

EXPERIENCIAS DE LA GUERRA Y OCUPACIÓN INSULARES EN EL ATLÁNTICO Y EL PACÍFICO: LAS CANARIAS Y LAS RYŪKYŪ (1936-1953)

TESIS DOCTORAL

presentada por:

Ismael Rodríguez Marrero

Directores:

Dr. Juan José Díaz Benítez

Dra. María Luisa Monteiro Quintana

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Programa de Doctorado: Territorio y Sociedad - Evolución Histórica de un Espacio
Tricontinental (África, América y Europa)



Unión Europea



**Gobierno
de Canarias**

Canarias
avanza
con Europa

Consejería de Economía,
Industria, Comercio y Conocimiento
Agencia Canaria de Investigación,
Innovación y Sociedad
de la Información

Las Palmas de Gran Canaria, julio de 2023

**EXPERIENCIAS DE LA GUERRA Y OCUPACIÓN INSULARES EN
EL ATLÁNTICO Y EL PACÍFICO: LAS CANARIAS Y LAS
RYŪKYŪ (1936-1953)**

TESIS DOCTORAL

presentada por:

Ismael Rodríguez Marrero

DIRECTORES:

Dr. Juan José Díaz Benítez

Dra. María Luisa Monteiro Quintana

**

Escuela de Doctorado de la ULPGC

**Territorio y Sociedad - Evolución Histórica de un Espacio Tricontinental (África,
América y Europa)**

TESIS INTERNACIONAL

* *

INTERNATIONAL PHD THESIS

Tesis cofinanciada por la **Agencia Canaria de Investigación, Innovación y Sociedad de la Información** de la Consejería de Economía, Industria, Comercio y Conocimiento y por el Fondo Social Europeo (FSE) Programa Operativo Integrado de Canarias 2014-2020, Eje 3 Tema Prioritario 74 (85%)



Unión Europea



Gobierno
de Canarias

Consejería de Economía,
Industria, Comercio y Conocimiento
Agencia Canaria de Investigación,
Innovación y Sociedad
de la Información



Canarias
avanza
con Europa

Agradecimientos

Esta investigación ha sido fruto no solo del propio trabajo individual, sino también de otras personas que me han acompañado a lo largo de estos cuatro años. Todas ellas han influido y ayudado, de manera directa e indirecta, para lograr finalmente la consecución de esta tesis doctoral. Por tanto, es necesario dedicar unas palabras de agradecimiento sinceras y sentidas a todas estas personas que me han brindado su presencia en este camino.

Desde la Antigua Roma hasta la China imbuida por las ideas confucianas el valor de la piedad filial o devoción hacia los progenitores se muestra transversal y universal. En este sentido, es mi deber como hijo agradecer a mis padres la educación que estos me han ofrecido y a los diversos valores transmitidos que me han configurado en la actualidad. El respeto, la concordia y la disciplina son solo algunos de estos. A ellos les profeso devoción y amor incondicional. Un amor y agradecimiento que también va dirigido a mis abuelos y tía paterna cuyas figuras siempre han ocupado un lugar en mis pensamientos.

De igual modo, me gustaría agradecer a mis directores de tesis la tutela de este trabajo. Concretamente, quiero agradecer al Dr. Juan José Díaz Benítez por mostrarse siempre dispuesto a guiarme en cualquier momento. Tener un director como él a mi lado ha facilitado mucho todos los procesos que he ido atravesando durante el doctorado. Bajo su dirección, la tesis ha cobrado forma con naturalidad y soltura. Sus sugerencias, correcciones y atención en general a mis necesidades como estudiante de doctorado han sido exquisitas hasta el punto de convertirse en ejemplares. Por su parte, tengo que agradecer igualmente a la Dr. María Luisa Monteiro Quintana por facilitarme la tutela académica dentro del programa de doctorado y codirigirme también la tesis. Su cálido y afable trato ha sido esencial durante los momentos más estresantes del trabajo. Me he sentido profundamente afortunado de haber estado bajo la dirección de ambos. Por último a este respecto, quiero agradecer a la Dr. Amelia Rodríguez Rodríguez toda su ayuda desinteresada, eficiencia como coordinadora del programa de doctorado DOCTESO y por su trato inestimable. Esto también se hace extensible al resto de miembros del Departamento de Ciencias Históricas, tanto al personal docente como administrativo.

Debo igualmente agradecer al Grupo Universitario de Investigación en Relaciones Internacionales (GUIRI) de la ULPGC por acogerme. Igual de importante también es la muestra de mi agradecimiento a la Agencia Canaria de Investigación, Innovación y Sociedad de la Información (ACIISI) del Gobierno de Canarias que, junto con el Fondo Social Europeo y la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, me han apoyado institucional y financieramente en esta investigación. Por otro lado, quiero dar las gracias

al personal de los archivos que consulté, con especial mención a los trabajadores de los archivos nacionales británicos cuya ayuda fue muy útil a la par que agradable para desarrollar mi trabajo. Y también al Dr. Aviel Roshwald por acogerme en mi estancia de investigación en la Georgetown University y por el afectuoso trato que siempre mostró.

No debo olvidarme de mis compañeros, ahora amigos, de doctorado cuya compañía ha sido realmente lo mejor que he extraído de esta experiencia. Mil gracias a Pedro Sosa Alonso, Sergio Hernández Suárez y Marta García Cabrera por su amistad y los buenos momentos compartidos durante este trayecto. Agradezco enormemente también el acompañamiento y trato de los Dres. María del Cristo González Marrero y Jonathan López-Vera por ser, en cierto modo, los precursores de mi primera etapa formativa e investigadora. Por último y no menos importante, quiero agradecer a Carolina su aparición en mi vida. Una aparición que se gestó y consolidó al compás de estos cuatro años de investigación. A ella le debo gran parte del apoyo moral en los momentos más dificultosos de este trabajo.

**EXPERIENCES OF ISLAND WARFARE AND OCCUPATION IN THE
ATLANTIC AND THE PACIFIC: THE CANARIES AND THE RYŪKYŪ (1936-
1953)**

PhD Thesis by

Ismael Rodríguez Marrero

Supervised by

Dr. Juan José Díaz Benítez

Dr. María Luisa Monteiro Quintana

**

ULPGC Doctoral School

**Territory and Society - Historical Evolution of a Tricontinental Space (Africa,
America and Europe)**

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	2
INTRODUCTION	27
I PARTE	51
REVALORIZACIÓN ESTRATÉGICA DE LOS ARCHIPIÉLAGOS	51
1. IMPORTANCIA ESTRATÉGICA DE LAS ISLAS	52
1.1. Consideraciones geoestratégicas sobre el Atlántico oriental y el Pacífico occidental en perspectiva histórica	52
1.2. Canarias en la encrucijada de rutas tricontinentales del Atlántico.....	58
1.3. Okinawa en el proceso de expansión imperialista japonés.....	69
2. LA REVALORIZACIÓN ESTRATÉGICA DE LOS ARCHIPIÉLAGOS PARA LAS GRANDES POTENCIAS DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	
78	
2.1. El Atlántico y el Pacífico en el desarrollo de la contienda	78
2.2. Canarias como alternativa a Gibraltar: planes británicos para la ocupación del archipiélago (1940-43).....	88
2.3. Okinawa como base para la invasión de Japón: la estrategia norteamericana en el Pacífico y la operación Iceberg (1945)	97
3. LAS ISLAS EN LA POLITICA EXTERIOR Y DEFENSIVA DE ESPAÑA Y JAPÓN	107
3.1. Dos situaciones jurídicas diferentes ante el mismo conflicto: la no beligerancia española (1940-42) frente a la beligerancia de Japón (1941-45).....	107
3.2. Canarias como “talón de Aquiles” de la no beligerancia española.....	122
3.3. Okinawa como baluarte defensivo de Japón.....	128
4. EL DESARROLLO DE LA GUERRA ANFIBIA DURANTE EL PERIODO DE ENTREGUERRAS Y LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	137
4.1. Breves consideraciones sobre la guerra anfibia.	138
4.2. Reino Unido.....	140
4.3. Japón	149
4.4. Estados Unidos.	156
5. LA DEFENSA DE COSTAS EN CANARIAS Y OKINAWA DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	168
5.1. La defensa de costas en España y Japón durante la Segunda Guerra Mundial..	168

5.2. La defensa de Canarias: precariedad de medios y atraso técnico y tecnológico	188
5.3. La defensa de Okinawa: innovaciones tácticas y mayor disponibilidad de medios	197
6. LAS ISLAS EN LA ESTRATEGIA NORTEAMERICANA DE LA POSGUERRA Y EL INICIO DE LA GUERRA FRÍA	212
6.1. Los planes norteamericanos para la posguerra (1943-47)	213
6.2. Okinawa: del ostracismo a piedra angular en el Pacífico	228
6.3. Canarias: de expectativas tangibles a la desvalorización	239
II PARTE	249
EL IMPACTO DE LA GUERRA EN LAS SOCIEDADES INSULARES	249
7. PROPAGANDA Y ADOCTRINAMIENTO EN LOS ESPACIOS INSULARES	250
7.1. Dos regímenes autoritarios: Japón al comienzo de la Era Shōwa y España bajo el primer franquismo; ¿“fascismo japonés” frente a “fascismo frailuno”?	251
7.2. Identidades regionales: la identidad “liminal” de los nativos de Okinawa frente al insularismo canario	265
7.3. La imposición de una identidad nacional: del adoctrinamiento japonés de Okinawa a la “reconquista” ideológica de Canarias.	285
8. EL CONTROL DE LAS ECONOMÍAS INSULARES	304
8.1. Dos economías relativamente modernas: el ascenso industrial japonés frente a la rezagada industrialización española.	305
8.2. Las economías archipelágicas: ¿fragilidad, atraso y dependencia?	320
8.3. Al servicio de la nación: la militarización y control de las economías insulares	335
9. LOS ESPACIOS INSULARES: ESCENARIOS DE GUERRA Y VIOLENCIA	352
9.1. La violencia en los conflictos armados: una aproximación teórica	353
9.2. Experiencias del soldado en Canarias y Okinawa (1936-1945)	362
9.3. Experiencias de violencia sobre la población civil	387
CONCLUSIONES	407
CONCLUSIONS	420
BLIBLIOGRAFÍA Y FUENTES	432

INTRODUCCIÓN

La primera mitad del siglo XX se caracterizó por ser un periodo convulso en la contemporaneidad. Una convulsión que vino marcada por la concatenación de diversos conflictos armados. Entre ellos destacaron las dos guerras mundiales junto con guerras a menor escala que afloraron durante el periodo de entreguerras. Ejemplos de estas últimas fueron la Guerra Civil española (1936-1939) y la segunda guerra sino-japonesa (1937-1945), estando esta última solapada a posteriori con la Segunda Guerra Mundial. Se produjeron, en última instancia, guerras que abarcaron todo el continente euroasiático. Como consecuencia, este gran volumen de conflictos implicó, directa e indirectamente, a una infinidad de territorios a lo largo y ancho del orbe. Se evidenció, en definitiva, la consolidación de la guerra total.

La implicación e impacto de estas guerras ha sido tal que de ellas han emanado ingentes cantidades de trabajos generales. Destacan, por ejemplo, los tres volúmenes de *The Cambridge History of the Second World War*¹, o los estudios de autores como Anthony Beevor² o Max Hastings³. Del periodo de entreguerras también destacan obras como la editada por Nicholas Dumanis⁴ o la de Mark Grossman⁵. En todo caso, cada país o potencia vio afectado, de algún modo, su statu quo o el de algunos de sus territorios. Casos flagrantes de esta dinámica lo representaron los entornos insulares. En efecto, multitud de naciones e imperios poseían durante el conflicto la preocupación de asegurar un territorio continental además de otro fragmentado representado por las islas. España, Reino Unido, Francia, Portugal o Japón fueron solo algunos ejemplos representativos de esta tesitura. Muchos de ellos, además de estar compuestos medularmente por contextos archipelágicos, también ejercieron un dominio colonial sobre otros. Véase los casos de los mencionados-Reino Unido y Japón. De hecho, este último ha sido calificado, dado su dominio marítimo en las aguas del Pacífico, de “imperio pelágico” por autores como Brett L. Walker o William M. Tsutsui⁶.

En este sentido, los entornos insulares se erigieron siempre como marcos geográficos vulnerables, especialmente aquellos con dimensiones más modestas. Las razones de esta comprometida situación desde el punto de vista militar y geoestratégico son evidentes: fragilidad de las comunicaciones aéreas y marítimas, dependencia externa para el

¹ Ferris, John *et al.* (eds.), *The Cambridge History of the Second World War. Volume I, II & III*. Cambridge University Press, 2015.

² Beevor, Anthony, *La Segunda Guerra Mundial*. Pasado y Presente, 2014.

³ Hastings, Max, *Se desataron todos los infiernos: Historia de la Segunda Guerra Mundial*. Crítica, 2014.

⁴ Dumanis, Nicholas, (ed.), *The Oxford Handbook of European History, 1914–1945*. Oxford University Press, 2016.

⁵ Grossman, Mark (ed.), *Encyclopedia of the Interwar Years: From 1919 to 1939*. Facts on File, 2000.

⁶ Walker, Brett L., *Historia de Japón*. Akal, 2017; William M. Tsutsui, “The Pelagic Empire”. En Jared Miller, Julia A. Thomas y Brett W. Walker (eds.), *Japan at nature’s edge: the environmental context of a global power*. University of Hawaiii Press, 2013, pág. 22.

suministro adecuado de bienes de consumo y equipo, sobreesfuerzo defensivo a raíz de la fragmentación territorial o uso de estos entornos como eventuales plataformas con alto valor geoestratégico para los invasores. Las islas Canarias y las islas que componen el archipiélago de Ryūkyū⁷ encarnaron esta problemática para sus respectivos gobiernos centrales de Madrid y Tokio durante la Segunda Guerra Mundial. Ciertamente, tanto España como Japón tuvieron que afrontar en diversas etapas de la guerra el cuestionamiento de su integridad territorial. Sus respectivos archipiélagos constituyeron un punto de inflexión en ambos casos. Mientras Canarias se apresuró para su defensa desde el inicio de la guerra con motivo de un eventual ataque británico -cuyos planes se mantuvieron hasta 1943-, Okinawa por su parte tuvo que esperar hasta la última fase de la contienda para afrontar un asalto aliado finalmente materializado.

Así, el principal objetivo de esta investigación, y planteándolo de manera muy genérica, radica en la comparación de ambos espacios archipelágicos durante un periodo en el que ambos vieron afectados sus dinámicas internas. Comenzaremos en 1936 dado que tanto Canarias como Okinawa atestiguaron -a la vez que participaron en mayor o menor grado- las tendencias belicistas de sus respectivos gobiernos -la Guerra Civil española y la segunda guerra sino-japonesa-, y finalizaremos en 1953. Esta última fecha no es tomada al azar pues representa el culmen de las negociaciones hispano-estadounidenses, con la firma de los Pactos de Madrid, en lo concerniente a los planes de posguerra norteamericanos donde Canarias estuvo en el punto de mira en los años previos. Okinawa también formó parte, más si cabe que su homólogo atlántico, de los proyectos estadounidenses. Tal fue su relevancia que esta se erigió como la “piedra angular” del Pacífico en la disposición de bases militares. Pero estas fechas solo se presentan como los puntos o límites cronológicos de este trabajo. A lo largo de estos años, Canarias y Okinawa transitaron por vías semejantes y las sociedades isleñas experimentaron contextos similares.

Conviene resaltar de igual forma una serie de características geográficas y demográficas de estos archipiélagos. Así, el entorno insular canario está actualmente conformado por las islas -de oeste a este- de El Hierro, La Palma, La Gomera, Tenerife, Gran Canaria, Fuerteventura, Lanzarote y La Graciosa. En conjunto, las islas ocupan una superficie total de 7.447 kilómetros cuadrados y para el año 1940 albergaban a una población 680.294 habitantes. Para el caso de las Ryūkyū -traducidas estas como “Islas del Suroeste”-, su composición geográfica es más compleja dependiendo de los criterios de los que se dispongan. Esto es, si se parte de criterios puramente geográficos o administrativos. En

⁷ A lo largo de esta investigación nos referiremos al archipiélago de las Ryūkyū indistintamente como Okinawa dado que, desde la anexión japonesa en 1879, este término se generalizó para designar a toda la prefectura -incluyendo tanto la isla principal como el resto de las islas de las Ryūkyū-.

todo caso, creemos pertinente adscribirnos a un criterio administrativo normalizado a partir de la incorporación del archipiélago a Japón a finales del siglo XIX.

Así, y a diferencia de Canarias, el archipiélago japonés estaría compuesto por más de 100 islas e islotes cuya circunscripción política y administrativa se divide entre las prefecturas de Kagoshima y Okinawa. Ateniéndonos a esta última, las islas quedan encuadradas en cuatro subgrupos archipelágicos -incluso en más subgrupos dentro de estos-. El primer subgrupo, denominado islas de Okinawa, está conformado por las islas de Okinawa -isla capitalina de la prefectura-, Iheya, Ie, Sesoko y el subgrupo de las Yokatsu. El segundo subgrupo, denominado islas Miyako, alberga a las islas de Miyako, Ikema, Irabu, Kurima, Ogami, Shimoji, Minna y Tarama. En tercer lugar se sitúa el subgrupo de las islas Yaeyama ocupando las islas de Ishigaki, Aragusuku, Hateruma, Iriomote, Kayama, Kohama, Kuroshima, Sotobanari, Taketomi, Yubu, Hatoma y Yonaguni. Finalmente y en cuarto lugar, se encuentra el subarchipiélago de las islas Daitō. Minamidaiō Kitadaitō y Okidaitō son las islas que lo componen. Tomando como referencia la misma fecha, para 1940 la prefectura de Okinawa poseía 570.000 habitantes, de los cuales 500.000 residían en la isla capitalina. En cuanto a su extensión total, la prefectura -ateniéndonos a la clasificación expuesta- ocupa un total de 2.271 kilómetros cuadrados. La distancia entre los archipiélagos español y japonés y sus respectivos centros de poder político de Madrid y Tokio es de 2.013 y 1.536 kilómetros, respectivamente. De este modo, podemos apreciar que Okinawa posee una densidad de población mayor, si tomamos como referencia a la isla capitalina, al calor de su extensión junto con un territorio más fragmentado y disperso. Pero ello no es óbice para apreciar algunas similitudes reseñables. La cantidad poblacional, la lejanía respecto a los centros de poder y su valor geoestratégico son algunas de ellas.

La referencia geográfica es un punto de partida esencial para poder ahondar en una comparación sistemática de ambos entornos isleños. En cualquier caso, podría sostenerse que la comparación entre Canarias y Okinawa durante este periodo es una idea un tanto peregrina. Pero lo cierto es que, como quedará expuesto a lo largo de esta investigación, esta comparación nos permite no solo realizar un análisis de las similitudes y diferencias de estos espacios insulares, sino también abordar con nuevas perspectivas muchas cuestiones ya abordadas por otros trabajos y revitalizadas con las comparaciones llevadas a cabo. Precisamente, la comparación o el enfoque comparado ha sido una herramienta casi constante en la disciplina histórica. En apartados posteriores ahondaremos sobre este asunto y en la viabilidad tanto epistémica como metodológica de este estudio comparado.

Estado de la cuestión

Toda investigación comparada -en realidad, toda investigación en general- debe partir siempre de los trabajos previos que separadamente han tratado los objetos de estudio que se pretenden abordar para su posterior comparación. Nuestro estudio no pretende ser diferente en este sentido y es perentorio destacar las principales aportaciones historiográficas en las que nos hemos apoyado y que nos competen para poder analizar con claridad la situación de Canarias y Okinawa durante el marco temporal delimitado. En efecto, los roles desempeñados por estos archipiélagos desde finales de la década de 1930 hasta la inmediata posguerra han sido ya abordados por una diversidad de autores. Del mismo modo, este protagonismo insular está acompañado de una gran cantidad de trabajos con una óptica más amplia. A saber, los papeles y acciones ejecutados desde España y Japón en las dinámicas belicistas del momento.

Uno de los temas fundamentales para contextualizar a Canarias y Okinawa dentro de las décadas mencionadas es el referido al de su valor geoestratégico, así como el de sus correspondientes escenarios del Atlántico y el Pacífico. Sobre esta última cuestión, nos han sido de gran ayuda los trabajos realizados por Gustavo Rosales Ariza, la obra clásica de Alfred T. Mahan -referida sobre todo a las consideraciones geoestratégicas centradas en las capacidades navales-, Hervé Cotau Bégarie, Francisco Rubio Damián u Omar Jaén Suárez⁸. Los trabajos de estos autores vienen complementados con el asentado trabajo de Immanuel Wallerstein donde profundiza en las dinámicas políticas y socioeconómicas que se desarrollaron y conectaron todo el globo. En última instancia, Wallerstein da forma a los bloques y centros de poder -donde el factor geoestratégico cobra su importancia- a raíz del auge del sistema capitalista -con énfasis en su genealogía mercantilista durante los siglos modernos-⁹.

Precisamente, fue a lo largo de la modernidad cuando Canarias y Okinawa se insertaron en el intrincado sistema del que nos habla Wallerstein quedando así encuadradas en la categoría de “semi-periferia”. Una semi-periferia que no debe ser entendida simplemente como un emplazamiento sometido a los centros de poder que se conformaron en el nuevo sistema-mundo, sino como lugares geoestratégicos en los que, además de erigirse como

⁸ Rosales Ariza, Gustavo, *Geopolítica, geoestrategia, liderazgo y poder*. Publicaciones y Comunicaciones UMNG, 2005; Mahan, Alfred T., *The Influence of Sea Power Upon History, 1660–1783*. Blackmask Online, 2004; Cotau Bégarie, Hervé, *Geoestrategia del Atlántico sur*. Ediciones Ejército, 1989; Rubio Damián, Francisco, “Importancia estratégica del Pacífico”, *Revista Ejército*, nº871, 2013, pp. 12-19; Jaén Suárez, Omar “La cuenca del océano Pacífico y la Historia Global”. En Montero Llácer, Francisco J. (coord.) *El océano Pacífico. Conmemorando 500 años de su descubrimiento*. Editorial centro de estudios Ramón Areces, 2014, pp. 73-86.

⁹ Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. Siglo XXI, 1979; *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*. Siglo XXI, 2006.

nexos importantes en las relaciones comerciales y diplomáticas con otros territorios, atrajeron grandes recursos humanos y materiales. En este sentido, este proceso para el caso de Canarias durante los siglos modernos ha sido ampliamente abordado por la historiografía insular. Destacan las investigaciones de autores como Manuel Lobo Cabrera, Antonio Rumeu de Armas, Germán Santana Pérez, Juan Manuel Santana Pérez o Eduardo Aznar Vallejo¹⁰.

El proceso de integración en el bloque atlántico quedó finalizado en la contemporaneidad cuando Canarias cobró nuevamente una relevancia geoestratégica en el desarrollo del imperialismo occidental. Destacan a este respecto trabajos como los de Francisco Javier Ponce Marrero, Javier Márquez Quevedo, Francisco Quintana Navarro o Miguel Suárez Bosa¹¹. Las mismas cuestiones aplicadas a Okinawa -inserción en el sistema-mundo y en la dinámica imperialista nipona- han sido escudriñadas por Fukuri Toshiaki, Yuan Jiadong, Akamine Mamoru o Hamashita Takeshi -siendo este último uno de los precursores de los trabajos de Fernand Braudel en la historiografía japonesa e influido igualmente por los postulados de Wallerstein para hablar de un sistema-mundo regional en el Pacífico-¹².

Estas consideraciones geoestratégicas para ambos archipiélagos, así como el rol desempeñado por estos en el Atlántico y el Pacífico, conectan directamente con la importancia de estos espacios insulares durante la Segunda Guerra Mundial. En efecto, este conflicto tuvo como escenarios los marcos oceánicos citados. Por esta razón,

¹⁰ Lobo Cabrera, Manuel, “El comercio canario europeo en tiempos de Carlos I”. *XIV Coloquio de Historia Canario Americana*, 2000, pp. 1998-2009; *El comercio canario europeo bajo Felipe II*. Secretaria Regional do Turismo, Cultura e Emigração, 1988; “Canarias y el mar”. *Catharum: Revista de Ciencias y Humanidades*, nº1, 2000, pp. 62-79; Rumeu de Armas, Antonio, *Piraterías y Ataques Navales contra las Islas Canarias*. Instituto Jerónimo Zurita, Tomo I, 1947; Santana Pérez, Germán, “Canarias en las relaciones hispano-africanas (I) De los orígenes hasta la transición”. *Palabras*, nº4, 2012, pp. 25-44; Santana Pérez, Juan Manuel, “Islas atlánticas en el comercio entre América y África en el Antiguo Régimen”. *Cuadernos Americanos: Nueva Época*, vol. 4, nº142, 2012, pp. 113-135; Aznar Vallejo, Eduardo “Estado y colonización en la Baja Edad Media. El caso de Castilla”. *La España Medieval*, vol. 11, nº7, 1988, pp. 7-22.

¹¹ Ponce Marrero, Francisco Javier, *Canarias en la Gran Guerra, 1914-1918 estrategia y diplomacia. Un estudio sobre la política exterior de España*. Cabildo Insular de Gran Canaria, 2006; Márquez Quevedo, Javier, *Canarias en la crisis finisecular española (1900-1907): Del desastre ultramarino a la garantía de seguridad exterior*. Ministerio de Defensa, 2007; Quintana Navarro, Francisco, *Barcos, negocios y burgueses en el Puerto de la Luz: 1883-1913*. La Caja de Canarias, 1985; Suárez Bosa, Miguel, *Atlantic Ports and the First Globalisation c. 1850-1930*. Palgrave Macmillan, 2014.

¹² Fukuri Toshiaki, “Considering Okinawa as a frontier”. En D. Hook, Glenn D. y Siddle, Richard (eds.), *Japan and Okinawa. Structure and subjectivity*. Routledge Curzon, 2003, pp. 21-39; Jiadong, Yuan, “Satsuma’s Invasion of the Ryukyu Kingdom and Changes in the Geopolitical Structure of East Asia”. *Social Sciences in China*, vol. 34, nº 4, 2013, pp. 118-138; Akamine, Mamoru, *The Ryukyu Kingdom. Cornerstone of East Asia*. University of Hawaii Press, 2017; Hamashita, Takeshi, “A History of Maritime Asia and East Asian Regional Dynamism 1600-1900 - Maritime Asia from the Ryukyu-Okinawa to the Hong Kong Networks”, *19th International Congress of Historical Sciences*, 2000, pp. 1-16; Hamashita, Takeshi, *China, East Asia and the Global Economy. Regional and historical perspectives*. Routledge, 2008.

Canarias y Okinawa estuvieron en el punto de mira aliado durante la gestación de la estrategia militar llevada a cabo en el Atlántico y el Pacífico. Reino Unido se erigió como la potencia -en el bando aliado- que mayores preocupaciones albergó sobre el control de las rutas aeronavales atlánticas. De este modo, era ineludible que Canarias se proyectara como un enclave vital ante una eventual pérdida de Gibraltar a raíz del acercamiento español hacia el Eje. Nuevamente, los trabajos que mejor han abordado los planes del alto mando británico son los de la historiografía canaria. Autores como Juan José Díaz Benítez, Marta García Cabrera o Víctor Morales Lezcano son los más destacados¹³. Por su parte, los planes de ocupación aliados -eminentemente norteamericanos- en torno a Okinawa han sido tratados desde las obras más clásicas -y bajo un relato oficialista- como las elaboradas por Roy E. Appleman y Charles S. Jr. Nichols hasta los estudios más renovadores y recientes de autores como Bill Sloan, George Feifer, Derrick Wright o Max Hastings¹⁴.

La planificación de ocupación aliada sobre las islas cobra si cabe mayor sentido teniendo en cuenta la política exterior desarrollada en España y Japón durante la guerra y la posición que ocupaban sus archipiélagos dentro de esta. Así, para la política exterior española durante estos años nos hemos apoyado de investigaciones como las de Enrique Moradiellos, Manuel Ros Agudo, Paul Preston o Stanley G. Payne y Jesús Palacios¹⁵. Sobre estos mismos aspectos para el contexto japonés encontramos los notorios trabajos

¹³ Díaz Benítez, Juan José, *Canarias indefensa: los proyectos aliados de ocupación de las Islas durante la II Guerra Mundial*. Ediciones Idea, 2008; *Anglofilia y autarquía en Canarias durante la Segunda Guerra Mundial*. Ediciones Idea, 2008; Santana Nelson, Teodoro y Díaz Benítez, Juan José, “El control naval aliado entre Canarias y la península durante la Segunda Guerra Mundial (septiembre de 1939-junio de 1940)”. *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea*, nº.19, 2021, pp. 166-195; Díaz Benítez, Juan José, “Pilgrim y la defensa de Gran Canaria en 1941”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº46, 2000, pp. 349-364; “Los proyectos británicos para ocupar las islas atlánticas durante la no beligerancia española (1940-1943)”. *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea*, nº11, 2013, pp. 1-28; García Cabrera, Marta, “La información y la propaganda como instrumentos preparatorios de las operaciones militares británicas en Canarias (1941-1943)”. *XXIV Coloquio de Historia Canario-Americana*, 2020, pp. 1-11; “Operation Warden: British sabotage planning in the Canary Islands during the Second World War”, *Intelligence and National Security*, vol. 35, nº2, 2019, pp. 252-268; “British geographic intelligence during the Second World War: a case study of the Canary Islands”. *Intelligence and National Security*, vol. 37, nº2, 2022, pp. 262-280; Morales Lezcano, Víctor, *Canarias en la II Guerra Mundial*. Edirca, 1995; *Historia de la no-beligerancia española durante la Segunda Guerra Mundial*. Artes Gráficas Soler, S.A, 1980.

¹⁴ Appleman, Roy E.; et al., *United States Army in World War II. The War in the Pacific. Okinawa: The Last Battle*. Center of Military History United States Army, 1993; Nichols, Charles S. Jr. y Shaw, Henry I. Jr., *Okinawa: Victory in the Pacific*. Marine Corps Monographs, 1955; Sloan, Bill, *Okinawa. La última batalla*. Crítica, 2008; Feifer, George, *Tennozan. The Battle of Okinawa and the Atomic Bomb*. Ticknor & Fields, 1992; Hastings, Max, *Némesis. La derrota del Japón, 1944-1945*. Crítica -versión Epub-, 2007.

¹⁵ Moradiellos, Enrique, “España y la Segunda Guerra Mundial, 1939-1945: Entre resignaciones neutralistas y tentaciones beligerantes”. En Navajas Zubeldia, Carlos e Iturriaga Barco, Diego (eds.), *Siglo. Actas del V Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*, Universidad de La Rioja, 2016, pp. 55-74; Ros Agudo, Manuel, *La gran tentación: Franco, el Imperio Colonial y el proyecto de intervención española en la Segunda Guerra Mundial*. Styria, 2008; Ros Agudo, Manuel, *La guerra secreta de Franco (1939-1945)*. Crítica, 2002; Preston, Paul, *Franco. Caudillo de España*. Debate, 2015; Payne, Stanley G. y Palacios, Jesús, *Franco: Una biografía personal y política*. Temas de Hoy -versión Epub-, 2014.

de Iriye Akira, Eri Hotta, Tajima Nobuo y Richard Sims¹⁶. De igual modo es reseñable tener en cuenta las propias relaciones hispano-japonesas: Florentino Rodao García es quien con mayor profundidad las ha analizado¹⁷.

Por otro lado, el análisis del desarrollo de las operaciones anfibia durante la contienda es primordial para entender la concreción de los planes aliados, así como su evolución a lo largo de estos años. Ian Speller y Christopher Tuck han abordado los asuntos militares relacionados con las maniobras anfibia de varias potencias a lo largo del siglo XX¹⁸. Agudizando esta cuestión para los casos de Reino Unido, Japón y Estados Unidos los trabajos de Julian Thompson, Williamson Murray, Allan R. Millet, Kenneth J. Clifford, David C. Evans, Mark P. Peattie, John Wukovits, David S. Nasca y Norman W. Hicks son los más concisos y clarificadores¹⁹.

La otra cara de la moneda de los planes aliados para el asalto de Canarias y Okinawa la representa los proyectos defensivos desplegados en ambos escenarios. Así, y como es habitual respecto a otros temas, la defensa de Canarias durante la Segunda Guerra Mundial ha quedado al amparo de las investigaciones locales. Aunque recientemente han salido a la luz aportaciones de varios autores, en nuestra investigación nos hemos apoyado sobre todo de los trabajos de Juan José Díaz Benítez sobresale²⁰. Respecto a las medidas

¹⁶ Iriye, Akira, *Power and Culture. The Japanese-American War, 1941-1945*. Harvard University Press, 1981; Hotta, Eri, *Japón 1941. El camino a la infamia: Pearl Harbor*. Galaxia Gutenberg, 2015; Tajima, Nobuo, "Tripartite Pact between Japan, Germany and Italy", *International Forum on War History*, 2016, pp. 45-60; Sims, Richard, *Japanese Political History since the Meiji Renovation. 1868-2000*. Palgrave, 2001.

¹⁷ Rodao García, Florentino, *Relaciones Hispano-japonesas, 1937-1945*. Tesis doctoral - Universidad Complutense de Madrid, Biblioteca virtual Miguel de Cervantes, 1993; Rodao García, Florentino, "Difícil y sin apoyos políticos. La Representación por España de los intereses japoneses durante la Guerra del Pacífico". *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, H. Contemporánea*, n°8, 1995, pp. 179-194; Rodao García, Florentino, "Japón y la propaganda totalitaria en España, 1937-1945", *Revista española del Pacífico*, n°8, 1998, pp. 435-454; Rodao García, Florentino, *Franco y el imperio japonés. Imágenes y propaganda en tiempos de guerra*. Plaza & Janes -versión Kindle-, 2013; Rodao García, Florentino, "La difícil (des)protección: la España de Franco y la representación de intereses japoneses en América Latina durante la Guerra del Pacífico". *Cuadernos CANELA. Revista anual de Literatura, Pensamiento e Historia, Metodología de la Enseñanza del Español como Lengua Extranjera y Lingüística de la Confederación Académica Nipona, Española y Latinoamericana*, n°26, 2015, pp. 24-39.

¹⁸ Speller, Ian y Tuck, Christopher, *Amphibious Warfare. The Theory and Practice of Amphibious Operations in the 20th Century*. Amber Books, 2001.

¹⁹ Thompson, Julian, *The Royal Marines. From Sea Soldiers to a Special Force*. Pan Books, 2000; Millet, Allan R., "Assault from the sea: The development of amphibious warfare between the wars - the American, British, and Japanese experiences" En Murray, Williamson y Millet, Allan R. (eds.), *Military Innovation in the Interwar Period*. Cambridge University Press, 1996; Clifford, Kenneth J., *Amphibious Warfare Development in Britain and America from 1920-1940*. Edgewood, 1983; Evans, David C. y Peattie, Mark R., *Kaigun. Strategy, Tactics and Technology in the Imperial Japanese Navy, 1887-1941*. Naval Institute Press, 1997; Wukovits, John, *Pacific Alamo. La batalla de la isla de Wake*. Inedita, 2004; Nasca, David S., *The Emergence of American Amphibious Warfare 1898-1945*. Naval Institute Press, 2020; Hicks, Norman W., *A Brief History of The Marine United States Marine Corps*. Marine Historical Reference Series Number 1, 1961.

²⁰ Díaz Benítez, Juan José, *Canarias indefensa...*; Díaz Benítez, Juan José, "Pilgrim y la defensa de Gran Canaria..."; Díaz Benítez, Juan José, "La indefensión naval de Canarias durante la Segunda Guerra

defensivas okinawenses, destacan los ya citados trabajos de George Feifer, Bill Sloan, Roy E. Appleman o Charles S. Jr. Nichols. Junto a ellos se sitúan también autores como Steven J. Zaloga, Thomas M. Huber o Yahara Hiromichi -este último fue uno de los comandantes supervivientes encargados de desarrollar los planes defensivos de Okinawa y quedaron reflejados en sus memorias-²¹.

Pero la Segunda Guerra Mundial no fue el único momento en el que estos espacios insulares se presentaron como enclaves geoestratégicos de alto valor. Ciertamente, la inmediata posguerra dio como resultado la configuración de un nuevo orden internacional -cuya gestación estaba ya en marcha durante el conflicto mundial- donde el antiguo equilibrio de poderes dio paso a uno nuevo: un sistema de equilibrio entre dos superpotencias, a saber, Estados Unidos y la Unión Soviética. Tanto Canarias como Okinawa salieron nuevamente a la palestra por su valor geoestratégico, pero esta vez bajo la mirada e interés estadounidense. Los planes de posguerra que se fueron elaborando dieron buena cuenta de ello. A este respecto, los planes gestados y barajados por los estrategas norteamericanos han sido ampliamente referenciados y estudiados. A nuestro juicio, son especialmente valiosos -tanto por su profundidad analítica como por su actualización- las investigaciones de David Vine, Elliot V. Converse y Christopher Layne²².

Para el caso de Canarias, el interés norteamericano en el archipiélago atlántico siempre estuvo a la sombra de las negociaciones generales con España. Pero en realidad, dicho interés estuvo supeditado a mejores alternativas geográficas para desplegar las instalaciones militares deseadas. Mientras las negociaciones hispano-estadounidenses -destacando así el interés de la potencia angloamericana en España- han sido bien cubiertas por obras y trabajos como los de Ángel Viñas, Arturo Jarque Íñiguez o Antonio Marquina

Mundial”. *Revista de Historia Naval*, nº85, 2004, pp. 57-72; Díaz Benítez, Juan José, “La defensa de Canarias contra asaltos aerotransportados en 1943”. *Vegueta: Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, nº8, 2004, pp. 93-108; Díaz Benítez, Juan José, “Spanish-German Military Collaboration during the Spanish Non-Belligerency: German Advice for the Defence of the Canary Islands in November 1942”. *War in history*, vol. 23, nº 3, 2016, pp. 362-381. Como comentamos, nos hemos servido especialmente de las investigaciones de Díaz Benítez, pero destacamos otras publicadas recientemente. Abad Ripoll, Emilio y Castro Martín, Juan Antonio, *Aportaciones a la defensa de Tenerife en la Segunda Guerra Mundial*. Ediciones Idea, 2013; Castro Martín, Juan Antonio, *Los ingenieros y el plan de obstrucciones. La defensa de Canarias durante la Segunda Guerra Mundial*. Ediciones Idea, 2014; Díaz Benítez, Juan José, Martínez de Merlo, Jesús y Romero Serrano, José, *La defensa militar de Fuerteventura en la Segunda Guerra Mundial*. Ministerio de Defensa, 2022.

²¹ Zaloga, Steven J., *Tank Battles of the Pacific War 1941-1945*. Concord Publications Company, 1995; Zaloga, Steven J., *Kamikaze. Japanese Special Attack Weapons 1944-45*. Osprey Publishing, 2011; Huber, Thomas M.: *Japan's Battle of Okinawa, April-June 1945*. Leavenworth Papers No. 18, 1990; Yahara, Hiromichi, *The Battle for Okinawa*. John Wiley - Sons Inc., 1995.

²² Vine, David, *Base Nation: How U.S. Military Bases Abroad Harm America and the World*. St. Martins Press, 2015; Converse, Elliot V., *Circling the Earth. United States Plans for a Postwar Overseas Military Base System, 1942-1948*. Air University Press, 2005; Layne, Christopher, *The Peace of Illusions. American Grand Strategy from 1940 to the Present*. Cornell University Press, 2006.

Barrio²³, no puede afirmarse lo mismo si echamos la vista a Canarias. En efecto, no hay una gran cantidad de referencias a este respecto. Consecuentemente, el estudio de esta cuestión descansa eminentemente en las pesquisas de Juan José Díaz Benítez²⁴ -el citado Marquina Barrio también referencia el interés estadounidense sobre el archipiélago español aunque de manera tangencial-.

Al contrario que Canarias, con mayor profusión y amplitud se encuentran abundantes trabajos que se centran en abordar el interés estadounidense -un interés que quedó finalmente materializado- sobre Okinawa para los planes de posguerra. Yamaguchi Kenichi, Yoshida Kensei, Ota Masahide -figura destacada por ser a la vez autor y partícipe en la batalla de Okinawa- y Nicholas Evan Sarantakes son los investigadores más sobresalientes²⁵.

Pero los aspectos meramente geoestratégicos, tanto en la contienda mundial como en los primeros años de la posguerra y todas las variables que ello conlleva analizar, no son las únicas cuestiones relevantes a la hora de escudriñar la situación de Canarias y Okinawa. Los elementos sociales, culturales y económicos son de igual importancia para comprender los marcos sociopolíticos que se configuraron en las islas durante este truculento periodo bélico y posbélico. Así, una de las variables elementales a este respecto está conformada por la edificación de las identidades insulares. Unas identidades que siempre estuvieron gestándose en los márgenes del imperio -un imperio emergente para el caso japonés y un imperio en constante retroceso como lo fue el español-. Dos son los conceptos que se elevan en el marco historiográfico para aproximarnos a las identidades insulares: la nación y el nacionalismo. Sobre este asunto trabajos de autores como José Álvarez Junco, Xosé Manoel Núñez Seixas y Andrea Geniola exponen reflexiones claras -donde también se aborda términos como regionalismo-²⁶.

²³ Viñas, Ángel, *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*, Crítica, 2003; Jarque Íñiguez, Arturo, *Queremos esas bases: el acercamiento de Estados Unidos a la España de Franco*. Tesis Doctoral - Universidad de Alcalá, 1998; Marquina Barrio, Antonio, *España en la política de seguridad occidental 1939-1986*, Ediciones Ejército, 1986

²⁴ Díaz Benítez, Juan José, "Aproximación a la importancia estratégica de Canarias durante el franquismo (1939-1975)" en Aarón León Álvarez (coord.), *El franquismo en Canarias: actas del Encuentro de Historia sobre el Franquismo en Canarias*, Le Canarien: Instituto de Estudios Canarios, 2014, pp. 321-338 y Díaz Benítez, Juan José, "Canarias en la estrategia de EE.UU. durante la II Guerra Mundial y el comienzo de la Guerra Fría", *Boletín Millares Carlo*, n°29, 2010, pp. 221-238.

²⁵ Yamaguchi, Kenichi, *Post-World War Governance in Okinawa: Normalizing U.S. Military Exceptionalism*. Tesis Doctoral - University of Saskatchewan, 2014; Yoshida, Kensei, *Democracy Betrayed: Okinawa Under U.S. Occupation*. Center for East Asian Studies - Western Washington University, 2001; Masahide, Ota, "The U.S. Occupation of Okinawa and Postwar Reforms in Japan Proper". En Ward, Robert E. y Sakamoto, Yoshikazu (eds.), *Democratizing Japan, The Allied Occupation*. University of Hawaii Press, 1987, pp. 283-304; Sarantakes, Nicholas Evan, *Keystone: The American Occupation of Okinawa and U.S.-Japanese Relations*. Texas A&M University Press, 2000.

²⁶ Álvarez Junco, José, *Dioses útiles. Naciones y nacionalismos*. Galaxia Gutenberg, 2016; Núñez Seixas, Xosé Manoel, "De gaitas y liras: Sobre discursos y prácticas de la pluralidad territorial en el fascismo

Desde un prisma más concreto, conceptos como “insularismo”, “liminalidad”, “colonialismo” o “modernidad” han tenido su incidencia en la conformación de las identidades archipelágicas de Canarias y Okinawa. Este es un tema ampliamente analizado por diversos investigadores. Juan Hernández Bravo de Laguna, Manuel de Paz Sánchez, Julio Yanes Mesa o Diego Batista Rey destacan para el contexto archipelágico canario²⁷. Matsuda Hiroko, Stanislaw Meyer, Suzuki Taku, Davinder L. Bhowmik y Mathew Allen han hecho lo propio para el ámbito okinawense²⁸.

Pero la gestación de las identidades insulares siempre estuvo bajo la imposición de políticas centrales que preconizaban la diseminación de un nacionalismo homogéneo. En otras palabras, las identidades insulares entraron en dialéctica y conflicto con los proyectos nacionalistas de España y Japón. Ricardo Guerra Palmero, Aarón León Álvarez y Olegario Negrín Fajardo -este último centrado en el contexto educativo- son los autores que más esfuerzos han dedicado en torno a la imposición del nacionalismo español en las islas -o a la “españolización” de estas-²⁹. Respecto al adoctrinamiento del nacionalismo

español (1930-1950)”. En Ruiz Carnicer, Miguel Ángel (coord.), *Falange, las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*. Instituto “Fernando el Católico”, 2013, pp. 289-316; Geniola, Andrea, *La patria interferida. Nacionalismos y regionalismos en la España franquista*. Tesis doctoral - Universidad de Autònoma de Barcelona, 2021; Geniola, Andrea, “Esos entrañables afluentes de la patria. El «sano regionalismo» del franquismo”. *Ayer*, nº3, 2021, pp. 13-21.

²⁷ Hernández Bravo de Laguna, Juan, “El insularismo canario: caracterización política, ofertas electorales y resultados”. *Papers: revista de sociología*, nº33, 1990, pp. 121-129; Hernández Bravo de Laguna, Juan, “El nacionalismo y el regionalismo canarios en torno al siglo XX”. *Cuadernos del Ateneo*, nº18, 2004, pp. 13-24; Hernández González, Manuel, “El nacionalismo canario ante el 98”. *Cuadernos del Ateneo*, nº4, 1998, pp. 6-9; De Paz Sánchez, Manuel, “Identidades lejanas. El proyecto nacionalista canario en América (1895-1933)”. *CATHARUM. Revista de Ciencias y Humanidades del Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias*, nº10, 2009, pp. 43-70; Yanes Mesa, Julio, “El insularismo, el nacionalismo y el independentismo en el periodismo canario de la emigración en Cuba”. *Revista internacional de Historia de la Comunicación*, nº12, 2019, pp. 67-86; Batista Rey, Diego, *La búsqueda de identidad cultural canaria (a través del tópicos marino) en la obra de Tomás Morales y Pedro García Cabrera*. Tesis doctoral – University of Oklahoma, 2011.

²⁸ Matsuda, Hiroko, *Liminality of the Japanese Empire. Border Crossings from Okinawa to colonial Taiwan*. University of Hawaii Press, 2019; Matsuda, Hiroko, “Becoming Japanese in the Colony. Okinawan migrants in colonial Taiwan”. *Cultural Studies*, vol.26, nº5, (2012), pp. 688-709; “Yaeyama: From Periphery of the Ryūkyūs to Frontier of Japan”. *Japanese Studies*, vol.28, nº2, 2008, pp. 149-164; Meyer, Stanislaw, “Between a Forgotten Colony and an Abandoned Prefecture: Okinawa’s Experience of Becoming Japanese in the Meiji and Taishō Eras”. *The Asia-Pacific Journal – Japan Focus*, vol.18, nº7, 2020, pp. 1-16; Suzuki, Taku, *Embodying Belonging: Racializing Okinawan Diaspora in Bolivia and Japan*. University of Hawaii Press, 2010; Bhowmik, Davinder L., *Writing Okinawa Narrative acts of identity and resistance*. Routledge, 2008; Allen, Mathew, “Okinawa, ambivalence, identity, and Japan”. En Weiner, Michael (ed.), *Japan’s Minorities. The illusion of homogeneity*. Routledge, 2009, pp. 188-206.

²⁹ Guerra Palmero, Ricardo y León Álvarez, Aaron, “La españolización de Canarias a través de la propaganda falangista (1936-1945)”. En Ruiz Carnicer, Miguel Ángel (coord.), *Falange, las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*. Instituto “Fernando El Católico”, 2013, pp. 195-220; Guerra Palmero, Ricardo y Millares Cantero, Sergio, “Las instituciones franquistas y la imposición de la cultura oficial”. En Millares Cantero, Agustín *et al.* (dirs.), *Historia contemporánea de Canarias*. Caja Insular de Ahorros de Canarias, Obra Social, 2011, pp. 471-484; Guerra Palmero, Ricardo, *La Falange en Canarias (1936-1950)*. Centro Cultura Popular Canario, 2007; León Álvarez, Aarón, “Falange y la construcción del consenso en Canarias durante el primer franquismo”. En Ruiz Carnicer, Miguel Ángel (coord.), *Falange, las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*. Instituto “Fernando El Católico”, 2013, pp. 278-300; León Álvarez, Aarón, “Los mártires del falangismo

japonés implementado en Okinawa sobresalen los estudios citados de Matsuda Hiroko, Stanislaw Meyer³⁰ además de los elaborados por Michael Weiner o Steve Rabson³¹.

Otro de los pilares esenciales que conforman esta investigación es el referido al desarrollo económico. Ciertamente, la evolución de las economías archipelágicas se proyecta como uno de los campos donde afloran un mayor número de similitudes a raíz del propio carácter insular. La configuración de las economías isleñas, así como de sus respectivos marcos institucionales, ha originado multitud de trabajos. Antonio M. Macías Hernández, Francisco Quintana Navarro o Miguel Suárez Bosa destacan por sus estudios para el contexto insular canario -análisis del modelo agroexportador, redes y conexiones comerciales e infraestructuras portuarias-³². Como réplica al análisis de estas características para Okinawa se sitúan los estudios de Hamashita Takeshi, Akamine Mamoru y Wendy Matsumura³³.

canario: Entre el frente de guerra, la retaguardia y las instituciones”. En González Madrid, Damián Alberto *et al.* (coords.), *La Historia: lost in translation?* Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2017, pp. 3589-3600; Negrín Fajardo, Olegario, “La depuración franquista del profesorado de los institutos de segunda enseñanza de la Provincia de Santa Cruz de Tenerife (1936-1943)”. *XV Coloquio de Historia Canario-Americana*, 2004, pp. 1067-1087; Aarón León Álvarez *Consenso y resistencia en Canarias durante el primer franquismo*. Ediciones Idea, 2008; Negrín Fajardo, Olegario “La depuración del profesorado de los institutos de segunda enseñanza de España durante la Guerra Civil y el primer franquismo”. En Cuesta Bustillo, Josefina (coord.), *La depuración de funcionarios bajo la dictadura franquista (1936-1975)*. Fundación Francisco Largo Caballero, D.L., 2009, pp. 64-81; Negrín Fajardo, Olegario “Balance de la depuración y represión franquistas del profesorado de los Institutos canarios de segunda enseñanza (1936-1942)”. En Gómez Bravo, Gutamaro *et al.* (coords.), *Actas del Congreso Posguerras 75 aniversario del fin de la Guerra Civil española*. Editorial Pablo Iglesias, 2015, pp. 1-16; Negrín Fajardo, Olegario, “El magisterio de la Provincia de Las Palmas en torno a 1936. Relación de maestros ejercientes y listas de depurados por el franquismo (1936-1942)”. *TEBETO. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, n°20, 2012, pp. 125-181.

³⁰ Meyer, Stanislaw, “The rhetoric of the assimilation ideology in the remote islands of Okinawa: becoming Japanese or Okinawan?”. *Eras*, n°9, 2007, pp. 1-29.

³¹ Weiner, Michael, “«Self» and «other» in imperial Japan”. En Weiner, Michael (ed.), *Japan’s Minorities. The illusion of homogeneity*. Routledge, 2009, pp. 1-21; Rabson, Steve, “Okinawan Perspectives on Japan’s Imperial Institution”. *The Asia-Pacific Journal – Japan Focus*, vol.6, n°2, 2008, pp. 1-23.

³² Macías Hernández, Antonio M., “Canarias, 1800-2000: La singularidad de la historia económica isleña”. *Historia contemporánea*, n°42, 2011, pp. 225-259; Macías Hernández, Antonio M., “La construcción de las sociedades insulares: el caso de las Islas Canarias”. *Estudios Canarios: Anuario del Instituto de Estudios Canarios*, n°45, 2000, pp. 61-91; Macías Hernández, Antonio M., “Canarias, una economía insular y atlántica”. En Germán Zubero, Luis Gonzalo *et al.* (eds.), *Historia económica regional de España: siglos XIX y XX*. Crítica, 2001, pp. 476-506; Quintana Navarro, Francisco, *Barcos, negocios y burgueses en el Puerto de la Luz: 1883-1913*. La Caja de Canarias, 1985; Quintana Navarro, Francisco, “Santa Cruz de Mar Pequeña y las tentativas «africanistas» de la burguesía grancanaria 1860-1898”. *VI Coloquio de Historia Canario-Americana*, 1987, pp. 332-352; Suárez Bosa, Miguel, “Puertos Francos y empresas en Canarias”, *XV Coloquio de historia canario-americana*, 2004, pp. 1905-1922 Suárez Mosa, Miguel y Cabrera Armas, Luis, “Los Puertos Francos y las economías insulares atlánticas”. *7º Congreso Ibérico de Estudios Africanos*, 2011, pp. 1-24.

³³ Hamashita, Takeshi, “A History of Maritime Asia and East Asian Regional Dynamism 1600-1900 - Maritime Asia from the Ryukyu-Okinawa to the Hong Kong Networks”, *19th International Congress of Historical Sciences*, 2000, pp. 1-16; Hamashita, Takeshi, *China, East Asia and the Global Economy. Regional and historical perspectives*. Routledge, 2008; Akamine, Mamoru, *The Ryukyu Kingdom. Cornerstone of East Asia*. University of Hawaii Press; Matsumura, Wendy, *The Limits of Okinawa. Japanese Capitalism, Living Labor, and Theorizations of Community*. Duke University Press, 2015.

El contexto militarista al que fueron sometidas estas economías insulares se debió a las propias dinámicas y políticas que se originaban desde los gobiernos de Madrid y Tokio. En este sentido, el intervencionismo, el control y la disposición de los recursos humanos y materiales para el servicio de la nación fueron consignas que se materializaron tanto en Canarias como en Okinawa. Ricardo Guerra Palmero sobresale nuevamente para la profundización de estas cuestiones en las islas atlánticas -análisis del intervencionismo franquista, políticas de racionamiento, el mercado negro y la militarización institucional de la economía mediante el Mando Económico-³⁴. A él le sigue también la relevante monografía *Anglofilia y autarquía en Canarias durante la II Guerra Mundial* de Juan José Díaz Benítez³⁵. En lo referido a la militarización y control de la economía okinawense ha resultado más dificultoso localizar trabajos, dada casi su inexistencia, de la historiografía occidental que hayan tratado este tema. Hemos recurrido en su lugar a estudios de la historiografía nipona donde destacan las investigaciones de Kabira Nario³⁶.

Finalmente, otro de los componentes esenciales para obtener una comprensión de las sociedades insulares es el de sus experiencias en los contextos bélicos. Ya fuera de la mano de los combatientes o de la mano de la población civil, lo cierto es que las poblaciones archipelágicas no estuvieron ajenas a las dinámicas de violencia que caracterizaron las décadas de 1930 y 1940. Pero antes de citar de lleno las principales aportaciones sobre dichas experiencias, hemos creído necesario apoyarnos de un marco taxonómico o definitorio que tratase la violencia, y su vinculación con la guerra, como un concepto analítico autónomo. Siendo esto habitualmente una cuestión marginal en los estudios de las Ciencias Sociales, entre los que se incluye la disciplina histórica, los últimos años han albergado una preocupación y auge de trabajos sobre la violencia en los

³⁴ Guerra Palmero, Ricardo, “El mercado negro en Canarias durante el periodo del Mando Económico: una primera aproximación”. *Revista de Historia Canaria*, nº183, 2001, pp. 175-189; Guerra Palmero, Ricardo, *Sobrevivir en Canarias (1939-1959): racionamiento, miseria y estraperlo*. Ediciones Idea, 2006; Guerra Palmero, Ricardo, “El racionamiento en Canarias durante el periodo del Mando Económico del archipiélago (1941-1946): una primera caracterización”. *Revista de Historia Canaria*, nº185, 2003, pp. 211-236; Guerra Palmero, Ricardo, “La larga posguerra en Canarias. Notas socioeconómicas”, *Cuadernos del Ateneo*, nº23, 2007, pp. 53-72; Guerra Palmero, Ricardo y Domínguez Prats, Pilar, “La implantación de la autarquía, la ruptura del puertofranquismo y el papel de la mujer”. En Millares Cantero, Agustín *et. al.* (dirs.), *Historia contemporánea de Canarias*. Caja Insular de Ahorros de Canarias, 2011, pp. 435-459.

³⁵ Díaz Benítez, Juan José, *Anglofilia y autarquía en Canarias durante la II Guerra Mundial*. Ediciones Idea, 2008.

³⁶ Kabira, Nario, “Senji tōsei keizai-ka no haikyū tōsei to Okinawa minshū”, *Ryūkyūdaigaku keizai kenkyū* (dai 65-gō) 2003-nen 3 tsuki, p. 14. [“El control de distribución y el pueblo de Okinawa bajo la economía controlada en tiempos de guerra”, *Estudios Económicos - Universidad de Ryukyus*, nº65, 2003, pp. 11-44]; Kabira, Nario, “Senji tōsei keizai-ka ni okeru Okinawa keizai no hen'yō — nitchūsensō-ki o chūshin ni —”, *Ryūkyūdaigaku keizai kenkyū* (dai 52-gō) 1996-nen 9 tsuki [“La transformación de la economía de Okinawa bajo una economía controlada en tiempos de guerra – Estudio de caso del periodo de la guerra sino-japonesa –”, *Estudios Económicos - Universidad de Ryukyus*, nº52, 1996, pp. 287-312]; Kabira, Nario “Senji tōsei keizai-ka no Okinawa-tō-gyō”, *Ryūkyūdaigaku keizai kenkyū* (56), 1998: 77 – 91. [“La industria azucarera de Okinawa bajo una economía controlada en tiempos de guerra”, *Estudios Económicos - Universidad de Ryukyus*, nº56, 1996, pp. 77-91].

contextos bélicos. Las obras de Stathis N. Kalyvas, Benjamin Ziemann, Joanna Bourke, John Keegan, la conjunta del historiador Sönke Neitzel y el psicólogo Harald Welzer, Julián Casanova Ruiz y nuevamente la colectiva dirigida por David Alegre Lorenz, Miguel Alonso Ibarra y Javier Rodrigo Sánchez son buenas muestras de este cambio de tendencia³⁷.

Por otra parte, uno de los autores que más se ha aproximado a las experiencias o fenomenología de la guerra -en este caso mediante la figura del combatiente- es el historiador israelí Yuval Noah Harari³⁸. El enfoque cultural propuesto por Harari -apoyado en el género de las memorias militares y los testimonios de los soldados- para adentrarse en la interpretación de la violencia bélica -e incluso en la edificación de la subjetividad moderna a partir de estas interpretaciones- ha sido esencial para el acercamiento que pretendemos. En efecto, si bien esta cuestión está respaldada por numerosos estudios para el contexto japonés y okinawense³⁹, no puede aseverarse lo mismo para Canarias. Por esta razón, además de realizar una comparación de las experiencias de violencia entre los soldados de ambos archipiélagos, hemos tratado de esclarecer la laguna historiográfica conectada con las experiencias de la guerra de los combatientes canarios -tanto en la Guerra Civil española como en la Segunda Guerra Mundial-. No obstante, las aportaciones de investigadores como Francisco J. Leira Castiñeira o Núñez Seixas son valiosas por, entre otras razones, analizar estas

³⁷ Kalyvas, Stathis N., *La lógica de la violencia en la guerra civil*. Ediciones Akal, 2010; Ziemann, Benjamin “La violencia como objeto de estudio en las investigaciones recientes sobre la Primera Guerra Mundial”. *Historia Social*, nº84, 2016, pp. 141-159; Bourke, Joanna, *Sed de sangre*. Crítica, 2008; Keegan, John, *El rostro de la batalla*. Turner, 2014; Neitzel, Sönke y Welzer, Harald, *Soldados del Tercer Reich. Testimonios de lucha, muerte y crimen*. Crítica, 2012; Casanova Ruiz, Julián, *Una violencia indómita. El siglo XX europeo*. Crítica, 2020; Alegre Lorenz, David *et al.* (coords.), *Europa Desgarrada. Guerra, ocupación y violencia, 1900-1950*. Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018.

³⁸ Harari, Yuval Noah, “Military Memoirs: A Historical Overview of the Genre from the Middle Ages to the Late Modern Era”. *War in History*, vol. 14, nº.3, 2007, pp. 289–309; “Combat Flow: Military, Political, and Ethical Dimensions of Subjective Well-Being in War”. *Review of General Psychology*, vol. 12, nº3, 2008, pp. 253-264; *The Ultimate Experience Battlefield Revelations and the Making of Modern War Culture, 1450–2000*. Palgrave Macmillan, 2008; “Scholars, Eyewitnesses, and Flesh-Witnesses of War: A Tense Relationship”. *Partial Answers: Journal of Literature and the History of Ideas*, vol.7, nº2, 2009, pp. 213-228.

³⁹ Buruma, Ian, *El precio de la culpa. Cómo Alemania y Japón se han enfrentado a su pasado*. Duomo ediciones, 2011; Benesch, Oleg, *Inventing the Way of the Samurai. Nationalism, Internationalism, and Bushidō in Modern Japan*. Oxford University Press, 2014; Yoshida, Yutaka, “The Battlefield Experience of Japanese Soldiers in the Asia-Pacific War”. *The Asia-Pacific Journal | Japan Focus Volume*, vol. 18, nº2, 2020, pp. 1-29; Drea, Edward J., *In Service of the Emperor: Essays on the Imperial Japanese Army*. University of Nebraska Press, 2003; Lynette D. Zeitz, *No Half-Hearted Soldiers. The Japanese Army's experience of defeat in the South-West Pacific 1942-1945*. Tesina – University of Adelaide, 1992; Yoshimi, Yoshiaki, “The Second Sino-Japanese War and national mobilization: the issue of rallying soldiers and personal experiences of the battlefield”. *Japan Forum*, vol.24, nº1, 2012, pp. 119-130; Rees, Laurence, *El holocausto asiático. Los crímenes japoneses en la segunda guerra mundial*. Crítica, 2009.

experiencias militares -con un enfoque similar al de Harari- de los soldados españoles⁴⁰. Tampoco se puede obviar el trabajo realizado por Francisco Jiménez Soto en lo referido a los voluntarios alistados desde Canarias en la División Azul o el del ya mencionado Juan José Díaz Benítez⁴¹.

Pero los soldados no fueron los únicos que padecieron la violencia bélica. Así, la población civil estuvo igual de expuesta -especialmente en Okinawa- a los contextos bélicos generadores de una amplia tipología de violencias. Mientras en Canarias sobresalió por encima del resto la propagación de una violencia política aplicada sobre los opositores del régimen, en Okinawa la violencia ejecutada respondió a un carácter sexual, instrumental y militarizado en mayor medida⁴². De este modo, la violencia política en las islas españolas se vio materializada por el fenómeno concentracionario con una variedad de trabajos e incluso memorias de algunos supervivientes como Antonio Junco Toral⁴³. Por su parte, la violencia sexual tanto en Okinawa como en el resto de los territorios ocupados por el Imperio japonés ha sido recientemente respaldada por diversos estudios⁴⁴. Estos aportan gran rigor a, quizás, una de las cuestiones más controvertidas y polémicas que han generado rechazo por parte de muchos pseudohistoriadores y revisionistas que niegan la violencia ejercida por parte del Ejército imperial.

En suma, disponemos de un amplio bagaje historiográfico que nos sirve de fulcro para impulsar nuestra investigación. Una investigación encaminada a explorar diversas variables que se sucedieron en Canarias y que analizamos mediante la comparación con

⁴⁰ Leira Castiñeira, Francisco J., *Soldados de Franco. Reclutamiento forzoso, experiencia de guerra y desmovilización militar*. Siglo XXI, 2020; Núñez Seixas, Xosé Manoel, *Camarada invierno. Experiencia y memoria de la División Azul (1941-1945)*. Crítica -versión ePub-, 2016.

⁴¹ Jiménez Soto, Francisco, *Voluntarios de Canarias en la División Azul*. Tesis Doctoral – Universidad de las Palmas de Gran Canaria, 2015; Díaz Benítez, Juan José, “Voluntarios de la zona aérea de Canarias y África occidental en la Wehrmacht”. *Historia Social*, nº53, 2005, pp. 47-62. Aunque nos servimos del formato de tesis doctoral de Jiménez Soto, existe una versión editada de su estudio: *La División Azul en el frente de Rusia (1941-1943). Voluntarios de Canarias*. Mercurio Editorial, 2019.

⁴² Ryukyu Shimpō; Elay Mark y McLaughlan (trads.), *Descent into Hell. Civilian Memories of the Battle of Okinawa*. Merwin Asia, 2014.

⁴³ Rodrigo Sánchez, Javier, *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*. Crítica, 2005; Hernández de Miguel, Carlos, *Los campos de concentración de Franco. Sometimiento, torturas y muerte tras las alambradas*. Ediciones B, 2019; García-Funes, Juan Carlos, *Espacios de castigo y trabajo forzado del sistema concentracionario franquista*. Tesis Doctoral – Universidad Pública de Navarra, 2017; González Vázquez, Salvador y Millares Cantero, Sergio, “Los campos de concentración en Canarias”. En León Álvarez, Aarón (coord.), *La represión franquista en Canarias*. LeCanarien Ediciones, 2015, pp. 213-250; Junco Toral, Antonio, *Héroes de chabola. Memorias de encarcelamiento en prisiones y campos de concentración de Canarias durante la Guerra Civil*. Mercurio Editorial, 2022.

⁴⁴ Tanaka, Toshiyuki, *Japan's Comfort Women. Sexual slavery and prostitution during World War II and the US occupation*. Routledge, 2003; Yoshimi, Yoshiaki, *Esclavas sexuales. La esclavitud sexual durante el Imperio Japonés*. Ediciones B, 2010; Norma, Caroline, *The Japanese Comfort Women and Sexual Slavery during the China and Pacific Wars*. Bloomsbury Academic, 2016; Hong, Yushin, “Comfort Stations” as Remembered by Okinawans during World War II. *International Comparative Social Studies*, 2020.

su homólogo archipelágico del Pacífico. En efecto, los estudios comparados siempre se presentan como un modo ilustrativo de abordar cuestiones con una perspectiva más amplia -de ello trataremos con más detalle en el apartado metodológico-. Por tanto, si bien existen rigurosos trabajos -tanto por parte de la historiografía nacional como local- que tratan diversos elementos de las dinámicas históricas de Canarias y Okinawa en el marco cronológico de esta tesis, nos encontramos con una ausencia de estos en perspectiva comparada. Se puede incluso afirmar que los estudios comparados entre islas han tenido poca resonancia en general.

Objetivos e hipótesis

Como ya quedó revelado en anteriores párrafos, el objetivo primordial de esta investigación es el de realizar un estudio comparado de las dinámicas que se sucedieron en Canarias y Okinawa durante las décadas de 1930 y 1940 -aunque es inevitable igualmente abordar algunas cuestiones que se salen de este estricto marco temporal-. Sin duda, este es un enunciado muy general y requiere de mayores concreciones para proveerlo de coherencia. En otras palabras, de este objetivo genérico se desligan otros objetivos secundarios que están encaminados a realizar un estudio comparado integral. En efecto, nuestro enfoque comparado parte de una visión holística mediante el análisis de las principales variables o elementos políticos, geoestratégicos, militares, culturales, sociales y económicos de Canarias y Okinawa. En este sentido, esta investigación pretende evaluar las similitudes y disparidades acaecidas en estos escenarios archipelágicos al calor del contexto bélico y posbélico. El escrutinio de las continuidades compartidas y, por el contrario, de las particularidades que caracterizaron cada uno de los entornos insulares nos permitirá poseer una comprensión más global y profunda del papel que estos desempeñaron a lo largo de este espacio temporal. Por último, y antes de la concreción de propósitos, otro objetivo general es el de ahondar desde la historiografía hispanohablante en el conocimiento histórico de Japón, algo que está cobrando mayor pujanza y emergencia a lo largo de los últimos años.

En todo caso, y comenzando con el primero de los objetivos concretos, trataremos con nuestro trabajo de abordar las principales condiciones geoestratégicas de Canarias y Okinawa en relación con sus respectivos escenarios del Atlántico y el Pacífico. Esto es, comparar cómo quedaron insertos estos marcos insulares en las dinámicas y circuitos político-económicos que se gestaron desde la modernidad hasta la contemporaneidad. Unas dinámicas que se evidenciaron en los procesos expansionistas de las principales potencias o naciones -como España y Japón- que estuvieron ligadas inevitablemente con espacios bicontinentales o tricontinentales.

Del mismo modo, los aspectos geoestratégicos se presentan como punto de arranque para abordar otro de nuestros objetivos. Así, es necesario comparar los planes de ocupación aliados para Canarias y Okinawa. Ciertamente, Reino Unido y Estados Unidos -actores que ejercieron un dominio marítimo en el Atlántico y el Pacífico- se interesaron por estos archipiélagos para utilizarlos como base de operaciones durante la contienda. Para ello, también es importante poner de relieve la evolución de las maniobras anfibia y la doctrina que desarrollaron las potencias citadas amén de la llevada a cabo igualmente por el Imperio japonés.

Otro de los objetivos, relacionado también con el ámbito geoestratégico, se refiere a estudiar la posición que ocuparon los archipiélagos dentro de las mentes de los estrategas y mandatarios estadounidenses para la inmediata posguerra. La aproximación a las similitudes en el punto de partida y a las notorias diferencias en los desenlaces de las negociaciones para la posguerra nos ofrecen una ampliación de la consideración geoestratégica de los marcos insulares para los intereses de Estados Unidos.

Por otro lado, los papeles que ocuparon Canarias y Okinawa en la política exterior española y japonesa respectivamente conectan directamente con otro de nuestros objetivos: analizar la relevancia geoestratégica de las islas para sus respectivos gobiernos centrales. Una relevancia que se vio finalmente materializada en los planes defensivos de los archipiélagos. La exposición y análisis de estos planes permite adentrarnos en la idiosincrasia castrense en materia defensiva junto con la realidad material particular de la que partieron en unos espacios muy similares en el marco geográfico.

Situados los objetivos referidos a las consideraciones geoestratégicas y militares, también es perentorio hacer lo propio, dado el carácter integral de nuestro estudio comparado, con los elementos políticos-económicos y socioculturales. Así, se hace indispensable comparar el carácter o naturaleza de los regímenes en los que estuvieron encuadradas Canarias y Okinawa. En efecto, trataremos de reconstruir y escudriñar la fascistización de los gobiernos de estos países para comprobar en qué medida pueden ser considerados como regímenes fascistas. Por supuesto, sin olvidar los componentes de las identidades insulares. El enfoque comparado en materia identitaria es casi insoluble de cualquier estudio para revelar unos criterios o parámetros que configuran dichas identidades.

Otro de los ejes neurálgicos que dota de mayor sentido si cabe a las investigaciones comparadas es el de la economía. Ciertamente, el acople progresivo de Canarias y Okinawa a los procesos de economía global se presenta como un campo sugerente de análisis comparado. Por tanto, trataremos de revelar el papel que desempeñaron estas islas en sus respectivos circuitos económicos. En particular, nos adentraremos en los modelos productivos que se desarrollaron en las islas y la fragilidad de estos, así como en la

importancia de estas como nexos o enclaves indispensables para las conexiones económicas gestadas en el Atlántico y el Pacífico.

Finalmente, el último de nuestros objetivos consiste en comparar las experiencias de la guerra vividas por las sociedades insulares -con particular incidencia en los soldados y la población civil-. A este respecto, trataremos también de cubrir la falta de cobertura historiográfica, especialmente en Canarias, existente sobre dichas experiencias desde el marco teórico del que nos servimos. Un marco teórico que presta especial atención a la interpretación de la guerra por parte de los sujetos que la experimentaron e influenciados estos a su vez por los contextos culturales y cognitivos del momento. En otras palabras, un marco que se preocupa por esclarecer la construcción de las subjetividades al calor de los contextos bélicos. En suma, pretendemos reconstruir, comparadamente, las experiencias de la guerra acaecidas en la retaguardia canaria y en la vanguardia okinawense.

Para la consecución de estos objetivos, nuestra investigación partirá de una serie de hipótesis o premisas que permitirán comprobar nuestros presupuestos teóricos. Debemos destacar de igual modo que el factor o elemento insular se presenta como una base transversal en todas nuestras hipótesis. Así, estas son las siguientes:

- La condición insular de Canarias y Okinawa, así como su localización en el Atlántico y el Pacífico, influye sobremanera en su valor geoestratégico.
- El valor geoestratégico de los archipiélagos posicionó a estos como plataformas de primer orden dentro de la planificación aliada durante la guerra.
- Al igual que en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, Canarias y Okinawa, dada las características citadas, entraron de lleno en la estrategia de posguerra norteamericana. Estos espacios insulares compartieron la matriz geoestratégica para albergar operaciones dedicadas a los bombardeos estratégicos de largo alcance a otras plataformas insulares o continentales.
- La indefensión no fue una impronta identitaria exclusiva de Canarias. Okinawa también acusó una grave indefensión gestada por las condiciones materiales de las que partía y del tardío o escaso interés -al igual que en Canarias- que obtuvo desde su gobierno central. La dejadez, la desidia y la negligencia fueron elementos compartidos por estos archipiélagos y quedaron patentes en sus respectivos planes defensivos.

- Las identidades archipelágicas de Canarias y Okinawa se forjaron al calor del factor insular y del fenómeno migratorio. Estos componentes influyeron en la configuración de unas identidades muy particulares -a diferencia de otros territorios nacionales- que estuvieron a caballo entre la asunción e imposición nacional y la defensa de las particularidades insularistas y culturales propias.
- La inserción de Canarias y Okinawa en la economía mundial estuvo marcada por el impulso de sus modelos productivos. Unos modelos hiper-especializados en el sector de la agroexportación que, más allá de presentarse como estructuras frágiles ante las coyunturas del momento, permitieron que las islas adquirieran un rol protagónico en las conexiones marítimas y diplomáticas de sus respectivos espacios oceánicos.
- Canarias y Okinawa se erigieron como espacios reducidos que albergaron una amplia tipología de violencias. La disposición de Okinawa como un campo de batalla conllevó que su población padeciera una violencia más militarizada que la canaria. Sin embargo, la interpretación de la violencia por parte de sus protagonistas -combatientes y civiles- fue más o menos similar, independientemente de las variedades y de las intensidades de violencia que experimentaron.

Metodología y fuentes

Nuestra investigación se ha llevado a cabo gracias a unos planteamientos metodológicos que poseen un asentado bagaje en la historiografía de las últimas décadas. Por su parte, para poder desarrollar con coherencia este trabajo hemos seguido un modelo de razonamiento hipotético-inductivo para profundizar, ratificar o matizar las cuestiones señaladas en el anterior apartado. En efecto, el modelo inductivo nos ha llevado a analizar los casos particulares de Canarias y Okinawa para, a raíz de las premisas planteadas, poder concretar nuestras hipótesis y plantear una serie de conclusiones al respecto. Sin embargo, es necesario exponer un par de cuestiones historiográficas previas. En este sentido, nuestro método de investigación debe gran parte de su razón de ser a la historia comparada y, en menor medida, a la nesología. Comenzando por esta última, la nesología es definida como un emergente campo de investigación o una disciplina autónoma, pero de carácter interdisciplinar, centrada en el estudio de las islas -especialmente en las de un reducido tamaño-. Por encima de todo, la nesología prima el factor insular a la hora de analizar estos espacios geográficos y cómo esta variable afecta a los procesos demográficos, geográficos, económicos, sociales, políticos, históricos, biológicos y de

conectividad marítima, entre otros. En otros términos, se trata de evidenciar si la insularidad ejerce una influencia por sí misma a la hora de configurar los marcos isleños en un amplio sentido. De este modo, la nesología quedaría subdividida según la materia desde la que se quiera abordar. Se situaría así, por ejemplo, la nesología histórica. Son varios los autores que han reflexionado acerca de este nuevo ámbito de estudio, pero el más destacado, a la vez que precursor, es sin duda Godfrey Baldacchino⁴⁵.

Sin embargo, es la historia comparada la que nos ha servido de guía y la que ha tenido una incidencia mayor en el desarrollo de este trabajo. Por tanto, conviene poner de relieve algunas cuestiones metodológicas. Ya Marc Bloch apuntaba la importancia de los trabajos históricos comparados en la primera mitad del siglo XX. En su obra clásica, *Apología para la Historia o el oficio de historiador*, Bloch aseveraba que “no existe conocimiento verdadero sin una cierta escala de comparación”⁴⁶. Pero antes de esta monografía, el historiador francés había publicado un artículo en 1928 -“Pour une histoire comparee des societees europeene”- donde profundizó con mayor sistematicidad sobre la historia comparada⁴⁷. A diferencia de otros autores, Bloch consideró siempre la comparación como un método para ser utilizado en las investigaciones antes que un género historiográfico independiente -aspecto que compartimos-.

El principal valor que aporta el método comparado, remarcado por Bloch al igual que otros autores como Chris Lorenz o Paul Herman, es el de proporcionar explicaciones sólidas a los fenómenos históricos. Si bien esta característica es un tanto genérica, el valor explicativo del método comparativo reside en la irregularidad, las diferencias y las contrariedades de dichos fenómenos. Así, Herman Paul expone que “el modelo comparativo presupone que, tanto en la investigación como en la vida diaria, esta necesidad [la de poseer explicaciones] no surge cuando las personas perciben la existencia de patrones o regularidades, sino cuando les intrigan unos acontecimientos fuera de lo normal”⁴⁸. Boris A. Caballero Escorcía también pondera el valor de las diferencias a la hora de plantear, ratificar y matizar hipótesis en la historia comparada: “el valor del método comparativo residiría, más que en la identificación de semejanzas, que a su vez

⁴⁵ Algunos de los trabajos más reseñables de Baldacchino sobre el marco teórico de la nesología son: Baldacchino, Godfrey, “The coming of age of island studies”. *Tijdschrift voor economische en sociale geografie*, vol. 95, nº3, 2004, pp. 272-283; “Islands, island studies, *Island Studies Journal*”. *Island Studies Journal*, vol. 1, nº1, 2006, pp. 3-16; *A World of Islands: An Island Studies Reader*. Institute of Island Studies – University of Prince Edward Island, 2007.

⁴⁶ Bloch, Marc, *Apología para la Historia o el oficio de historiador*. Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 70.

⁴⁷ Bloch, Marc, "Toward a Comparative History of European Societies,". En Lane, Fredric C. y Riemersma, Jelle C., (eds.), *Enterprise and Secular Change: Readings in Economic History*. Homewood, Ill. R.D. Irwin, 1953, pp. 494-521.

⁴⁸ Paul, Herman, *La llamada del pasado. Claves de la teoría de la historia*. Institución Fernando el Católico, 2016, p. 172.

resulta de suma importancia para explicaciones más estructurales, en la observación de las diferencias, aquello que no se repite”⁴⁹.

Por su parte, el teórico Chris Lorenz pone de relieve que la historia comparada -si asumimos que la comparación es indispensable en la investigación histórica- actúa en dos niveles. El primero de ellos se refiere a la propia labor de estudio que realizan los historiadores. En su quehacer investigativo, los historiadores -sean conscientes o no- afrontan presupuestos y juicios teóricos comparados en dos ejes: el temporal y el espacial. En segundo lugar, y con más razón de ser, la comparación sale a relucir en la propia labor historiográfica. Así, el propio Lorenz remarca lo siguiente: “historiographer is not only confronted with comparative judgments related to the historical reconstructions themselves, but also related to the historiographical reconstructions of those historical reconstruction”⁵⁰. Esta última problemática se relaciona directamente con uno de los motivos que da pie a utilizar un método comparativo: el encasillamiento historiográfico -con la edificación de diversas escuelas de pensamiento histórico- e histórico -mediante la elaboración de trabajos históricos- desde la perspectiva nacional. En efecto, son muchos los que como Lorenz resaltan el papel que juega la historia comparada a la hora de paliar el “etnocentrismo” de los trabajos históricos que parten desde la matriz historiográfica nacional⁵¹. John Elliot hablaba del “providencialismo histórico” que se generaba respecto a esta cuestión. O, en otras palabras, existe el riesgo en caer en una supuesta excepcionalidad a la hora de explicar fenómenos históricos⁵².

En todo caso, Bloch diferencia con claridad tres usos en los que el método comparativo cobra sentido. En primer lugar, para comprobar hipótesis explicativas planteadas. En segundo lugar, para revelar particularidades únicas en diversas sociedades y, finalmente, para formular nuevos problemas para la investigación histórica. A este respecto, William H. Sewell destaca que los tres usos formulados por Bloch para el método comparativo se aúnan en el mismo objetivo, aunque el propio Bloch no lo reconoció. A saber, todos ellos comparten la lógica de la comprobación de hipótesis, ya sea para ratificarlas o

⁴⁹ Caballero Escorcía, Boris Alexander, “La historia comparada. Un método para hacer Historia”. *Sociedad y Discurso*, nº28, 2015, p. 53.

⁵⁰ Lorenz, Chris, “Comparative Historiography: Problems and Perspectives”. *History and Theory*, vol.38, nº1, 1999, pp. 28-29.

⁵¹ Olábarri Gortázar, Ignacio, “Qué historia comparada”. *Studia historica. Historia contemporánea*, nº 10-11, 1992-93, p. 50; Caballero Escorcía, “La historia comparada...”, p. 52; Junena, Monica y Pernau, Margrit, “Lost in Translation? Transcending Boundaries in Comparative History”. En Haupt, Heinz-Gerhard y Kocka, Jürgen (eds.), *Comparative and transnational history: Central European approaches and new perspectives*. Berghahn Books, 2009, p. 107-108.

⁵² Elliot, John, “Historia nacional y comparada”. *Historia y Sociedad*, nº6, 1999, p. 24. El propio Elliot es un ejemplo en la elaboración de trabajos históricos utilizando el método comparado. Una obra ilustrativa a este respecto es *Imperios del mundo atlántico: España y Gran Bretaña en América, 1492-1830*. Taurus, 2011.

descartarlas⁵³. Otra de las cuestiones señaladas por Sewell que Bloch deja en suspense es la relacionada con las “unidades de comparación”. En efecto, dichas unidades vendrán siempre marcadas por el “problema explicativo” planteado por el propio investigador. En este sentido, de las unidades de comparación se desprenden unas variables que pivotan alrededor del problema expuesto. Así, Sewell recalca que no tiene sentido reducir el estudio comparado a un par de variables bajo una taxonomía rígida. En su lugar, lo más viable sería comparar diversas variables con cierta flexibilidad teórica bajo el halo general de las unidades de comparación. Finalmente, este autor advierte que se debe eludir el uso banal del método comparativo. Es decir, realizar una simple yuxtaposición de dos realidades estudiadas por separado sin ningún afán real de reflexionar sobre las variables manejadas y sin el respaldo de un problema explicativo sólido⁵⁴.

En términos muy parecidos a los de Sewell hablaba Olábarri. Así, este autor pone sobre aviso también acerca de la viabilidad de realizar comparaciones en un estudio, especialmente histórico. El anacronismo es uno de los grandes impedimentos, continúa Olábarri, para que las unidades de comparación sean propiamente comparables -también está al mismo nivel la homogeneidad espacial-: “las unidades y el nivel de comparación pueden a veces diferir tanto que podría ponerse en duda la propia razón de ser de las comparaciones”⁵⁵. Por el contrario, la viabilidad de la historia comparada, además de partir de cierta homogeneidad espacio-temporal, radica en extraer una serie de “variables cruciales” de los casos elegidos para compararlas sistemáticamente y no realizar una mera yuxtaposición de planteamientos⁵⁶. De este modo, Olábarri comenta que “uno de los objetivos principales de la comparación (histórica o sociológica) es hacer afirmaciones generales sobre relaciones entre casos, y para ello es necesaria la utilización de conceptos que, al nivel de los casos, están representados a través de variables observables”⁵⁷.

Para concretar los planteamientos de Sewell y Olábarri, remarcamos que nuestras unidades de comparación generales están materializadas en los marcos archipelágicos de Canarias y las Ryūkyū como elementos geográficos de larga duración -utilizando la terminología de Fernand Braudel-. De igual modo, además de compartir esta

⁵³ Sewell, William H., “Marc Bloch and the Logic of Comparative History”. *History and Theory*, vol. 6, n°2, 1967, p. 209.

⁵⁴ Ídem, pp. 213-214.

⁵⁵ Olábarri, “Qué historia comparada”, p. 53.

⁵⁶ Ídem, pp. 61-62. Sobre todo, Olábarri se muestra crítico con la simple yuxtaposición de casos que, sin compartir una cierta homogeneidad como base, son expuestos de forma paralela sin que exista una comparación rigurosa y pormenorizada. Concretamente, continúa el autor, que se realice una simple interposición de trabajos y comparación solo con el apoyo de fuentes secundarias. En este sentido, el uso de fuentes primarias ofrece una vuelta de tuerca añadida a los planteamientos de los que ya partieron los trabajos originarios que estudiaron los casos por separado. En otras palabras, el uso de la comparación con el apoyo de fuentes primarias ayuda a renovar los planteamientos, problemáticas e hipótesis en cuestión.

⁵⁷ Ídem, p. 54.

homogeneidad espacial, también están atravesados por el denominador común de las primeras décadas del siglo XX cuyo culmen se refleja en la etapa bélica y posbélica de 1930 y 1940. Como consecuencia, y conectando con los objetivos e hipótesis planteados, las variables para la comparación son varias: el valor geoestratégico de las islas, los planes aliados sobre las islas durante la guerra y la posguerra, los proyectos defensivos, los modelos económicos desarrollados, las identidades insulares gestadas al calor de la diáspora migratoria junto con la imposición nacional española y japonesa y la interpretación de las experiencias de violencia a raíz de los contextos bélicos por parte de los combatientes y civiles isleños.

De este modo, los problemas explicativos surgidos en relación con estas variables son: ¿por qué Canarias y Okinawa sobresalen en el Atlántico y el Pacífico en calidad de enclaves geoestratégicos?, ¿ello queda explicado simplemente por su condición insular?, ¿por qué Okinawa, compartiendo las características insulares con Canarias, se proyectó finalmente como una plataforma geoestratégica para los Aliados?, ¿ello se debe solamente a la condición de Japón como potencia derrotada generando así una situación de *tabula rasa* para las negociaciones?, ¿qué papel jugaban el Atlántico y el Pacífico a este respecto a ojos de los Aliados?, ¿puede afirmarse que la indefensión fue algo particular o único para el caso de Canarias?, ¿por qué el modelo productivo de la economía insular canaria logró asentar unas bases más sólidas -al menos hasta el preludio de la guerra- a diferencia que Okinawa -compartiendo esta similitudes en el modelo productivo-?, ¿por qué habiendo experimentado una violencia desigual en la guerra y con tipologías diversas las sociedades insulares de Canarias y Okinawa encauzan sus interpretaciones de esta violencia de manera similar? Sin duda, todas estas incógnitas y problemáticas nacen y son resueltas al mismo tiempo gracias a la utilización del método comparativo.

En lo referido a las fuentes, además de apoyarnos en un amplio corpus bibliográfico y cuyas aportaciones más relevantes han sido citadas en apartados anteriores, hemos manejado, consultado y analizado también una amplia gama tipológica de fuentes -fuentes documentales (informes, diarios, memorándums, periódicos, revistas), fuentes audiovisuales (cortometrajes y fotografías), memorias publicadas y fuentes orales (entrevistas transcritas o grabadas)-. La variada naturaleza de estas fuentes nos ha permitido abordar nuestro estudio de forma integral y desde múltiples perspectivas -ponderando elementos socioculturales- alejándonos así de la clásica visión de investigación histórica, aunque necesaria, puramente archivística en su más estricto sentido.

En todo caso, los archivos nacionales británicos (TNA) ofrecen una extensa documentación referida a los planes de ocupación aliados de Canarias. Destacamos a este

respecto los informes y memorándums elaborados por el *War Office* (WO), el *Air Ministry* (AIR) y el *War Cabinet* (CAB). De igual modo, destacamos los informes consulares creados por el *Foreign Office* (FO) donde se detalla la situación económica de las islas atlánticas a finales de 1940. Asimismo, los archivos británicos también albergaron copias de los planes de invasión sobre Okinawa reseñando el trabajo realizado por el WO junto al *British Military Intelligence Section 2* (MI2). Pero es en los archivos y centros de documentación estadounidense donde más se recogen los proyectos dedicados a Okinawa. Nos hemos servido sobre todo del *Defense Technical Information Center* (DTIC) del Departamento de Defensa.

Del lado norteamericano es importante también la documentación custodiada por los archivos nacionales (NARA), el *National Security Archive* (NSA) o el *National Museum of the Pacific War Digital Archive* (NMPW). De ellos emana información referida igualmente a los planes de guerra y posguerra estadounidenses. Son de especial mención los fondos de los grupos RG 263, 165, 342 y 127. El primero de ellos facilita de manera extensa una gran cantidad de informes y estudios elaborados por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) sobre la configuración del orden internacional de posguerra. El RG 165 por su parte ocupa los proyectos más concretos gestados por el *Joint Chief of Staff* (JCS) para la localización e instalación de las bases militares a lo largo del globo -incluyendo las regiones de Canarias y Okinawa-. El RG 127 alberga documentación referida al Cuerpo de Marines. De ella destacan fuentes documentales y gráficas sobre la campaña de Okinawa. Finalmente, el RG 342 consiste en un grupo documental que alberga, entre otros elementos, fotografías y filmes documentales en relación con los territorios ocupados por Estados Unidos durante la posguerra. Sobre estas últimas cuestiones también destaca la *National Diet Library* de Japón (NLD - *Kokuritsu Kokkai Toshokan*) que también soporta una gran cantidad de material aliado desde la década de 1940 en adelante.

En cuanto a los archivos españoles, destacamos aquellos que albergan documentación sobre las medidas y el análisis de la situación defensiva de Canarias. De especial mención son el Archivo Intermedio Militar de Canarias (AIMC), el Archivo General Militar de Ávila (AGMA), el Archivo General Militar de Guadalajara (AGMG) y el Archivo Histórico del Ejército del Aire (AHEA). Por último, debemos resaltar también los testimonios orales -fruto de entrevistas- albergados en archivos digitales. Son reseñables el Archivo del Museo Conmemorativo de la Paz de la Prefectura de Okinawa (AMCPPO) y el Archivo de la Memoria Histórica del Gobierno de Canarias (AMHGC). La información recogida en ellos se suma también a los igualmente valiosos testimonios provenientes de otros medios -entrevistas personales, memorias-. Este tipo de fuentes nos

ha permitido profundizar en cuestiones tan volátiles y subjetivas desde un punto de vista sociocultural -conformación de las subjetividades insulares a raíz de las experiencias de guerra y violencia- que de otro modo habría sido casi imposible abordar.

INTRODUCTION

The first half of the twentieth century was characterized for being a turbulent period in contemporaneity. A convulsion that was marked by the concatenation of various armed conflicts. Among them were the two world wars along with minor-scale wars that sprung during the interwar period. The Spanish Civil War (1936-1939) and the Second Sino-Japanese War (1937-1945) are some instances of it, the latter being later overlapped with World War II. There were, ultimately, wars which spanned the entire Eurasian continent. As a result, this large volume of conflicts involved, directly and indirectly, an infinity of territories throughout the world. In essence, the consolidation of total war was evident.

The implication and impact of these wars has been such that enormous amounts of general work have emanated from them. Among which the three volumes of *The Cambridge History of the Second World War*⁵⁸, or the studies of authors such as Anthony Beevor⁵⁹ or Max Hastings⁶⁰, stand out as the most remarkable ones. From the interwar period there are also works such as the one edited by Nicholas Dumanis⁶¹ or another one by Mark Grossman⁶². In any case, each country or power was affected, somehow, its status quo or that of some of its territories. Flagrant cases of these dynamics were represented by island environments. Indeed, many nations and empires possessed during the conflict the concern of securing a continental territory, in addition to another one fragmented represented by the islands. Spain, the United Kingdom, France, Portugal and Japan were just some representative examples of this situation. Many of them, besides being composed primarily of archipelagic contexts, also exercised colonial ruling over others. See the cases of the United Kingdom and Japan. In fact, the latter has been described, given its maritime domain in the waters of the Pacific, as "pelagic empire" by authors such as Brett L. Walker or William M. Tsutsui⁶³.

In this sense, island environments have always emerged as vulnerable geographical frameworks, especially those with more modest dimensions. The reasons for this compromised situation from the military and geostrategic point of view are obvious: on the fragility of air and maritime communications on the one hand, the external dependence for the adequate supply of consumer goods and equipment on the other, as

⁵⁸ Ferris, John *et al.* (eds.), *The Cambridge History of the Second World War. Volume I, II & III*. Cambridge University Press, 2015.

⁵⁹ Beevor, Anthony, *La Segunda Guerra Mundial*. Pasado y Presente, 2014.

⁶⁰ Hastings, Max, *Se desataron todos los infiernos: Historia de la Segunda Guerra Mundial*. Crítica, 2014.

⁶¹ Doumanis, Nicholas, (ed.), *The Oxford Handbook of European History, 1914-1945*. Oxford University Press, 2016.

⁶² Grossman, Mark (ed), *Encyclopedia of the Interwar Years: From 1919 to 1939*. Facts on File, 2000.

⁶³ Walker, Brett L., *Historia de Japón*. Akal, 2017; William M. Tsutsui, "The Pelagic Empire". En Jared Miller, Julia A. Thomas y Brett W. Walker (eds.), *Japan at nature's edge: the environmental context of a global power*. University of Hawáii Press, 2013, p. 22.

well as the defensive overexertion, as a result of territorial fragmentation or use of these environments as possible platforms with high geostrategic value for invaders. The Canary Islands and the islands that make up the Ryūkyū archipelago⁶⁴ embodied this problem for their respective central governments of Madrid and Tokyo during World War II. Certainly, both Spain and Japan had to face, at various stages of the war, the questioning of their territorial integrity. Their respective archipelagos constituted a turning point in both cases. While the Canary Islands rushed for their defense from the beginning of the war on the occasion of an eventual British attack -whose plans were maintained until 1943-, Okinawa on its behalf had to wait until the last phase of the war to face an allied assault finally materialized.

Thus, the main objective of this research, and putting it through in a very generic way, lies in the comparison of both archipelagic spaces during a period in which both were affected their internal dynamics. We will begin in 1936 since both the Canary Islands and Okinawa witnessed -while participating to a greater or lesser degree- the warmongering tendencies of their respective governments -the Spanish Civil War and the Second Sino-Japanese War-, and we will end in 1953. This last date is not taken at random because it represents the culmination of the Spanish-American negotiations, with the signing of the Madrid Pacts, regarding the North American post-war plans in which the Canary Islands were in the spotlight in the previous years. Okinawa was also part of the American projects, even more than its Atlantic counterpart. It was its relevance that this was erected as the “cornerstone” of the Pacific in the disposition of military bases. But these dates are only presented as the chronological points or limits of this work. Throughout these years, the Canary Islands and Okinawa traveled along similar paths and island societies experienced similar contexts.

It is also worth highlighting a series of geographical and demographic characteristics of these archipelagos. Thus, the Canary environment is currently made up of the islands - from west to east- of El Hierro, La Palma, La Gomera, Tenerife, Gran Canaria, Fuerteventura, Lanzarote and La Graciosa. Together, the islands occupy a total area of 7,447 square kilometres and by 1940 were home to a population of 680,294 inhabitants. In the case of the Ryūkyū -translated as "Southwest Islands"-, their geographical composition is more complex depending on the criteria available. That is, if it is based on purely geographical or administrative criteria. In any case, we believe it is pertinent to

⁶⁴ Throughout this research, the Ryūkyū archipelago will be referred to interchangeably as Okinawa, as since the Japanese annexation in 1879, this term has been generalised to designate the entire prefecture - including both the main island and the rest of the Ryūkyū islands.

adhere to a standardized administrative criterion from the incorporation of the archipelago to Japan in the late nineteenth century.

Thus, and unlike the Canary Islands, the Japanese archipelago would be composed of more than 100 islands and islets whose political and administrative circumscription is divided between the prefectures of Kagoshima and Okinawa. According to the latter, the islands are framed in four archipelagic subgroups -even in more subgroups within these. The first subgroup, called the islands of Okinawa, is made up of the islands of Okinawa -the capital island of the prefecture-, Iheya, Ie, Sesoko and the subgroup of the Yokatsu. The second subgroup, called the Miyako Islands, includes the islands of Miyako, Ikema, Irabu, Kurima, Ogami, Shimoji, Minna and Tarama. In third place, is the subgroup of the Yaeyama Islands occupying the islands of Ishigaki, Aragusuku, Hateruma, Iriomote, Kayama, Kohama, Kuroshima, Sotobanari, Taketomi, Yubu, Hatoma and Yonaguni. Finally, and fourthly, there is the subarchipelago of the Daitō Islands. Minamidaiō Kitadaitō and Okidaitō that comprise it. Taking the same date as a reference, by the 1940s the prefecture of Okinawa had 570,000 inhabitants, 500,000 of which resided on the capital island. As for its total extension, the prefecture -according to the classification exposed- occupies a total of 2.271 square kilometers. The distance between the Spanish and Japanese archipelagos and their respective centers of political power of Madrid and Tokyo is 2.013 and 1.536 kilometers, respectively. In this way, we can appreciate that Okinawa has a higher population density, if we take as a reference to the capital island, the heat of its extension along with a more fragmented and dispersed territory. But this does not prevent us from appreciating some remarkable similarities. The population quantity, the distance from the centers of power and its geostrategic value are some of them.

The geographical reference is an essential starting point in order to be able to delve into a systematic comparison of both island environments. In any case, it could be argued that the comparison between the Canary Islands and Okinawa during this period is a somewhat outlandish idea. But the truth is that, as it will be exposed throughout this research, this comparison allows us not only to carry out an analysis of the similarities and differences of these island spaces, but also to address, with new perspectives, many issues already addressed by other works and revitalized with the comparisons carried out. Precisely, comparative approach has been an almost constant tool in the historical discipline. In later sections we will delve into this issue and the epistemic and methodological feasibility of this comparative study.

State of the Art

All comparative research -in fact, all research in general- must always start from the previous works that separately have treated the objects of study intended to be addressed for subsequent comparison. Our study does not pretend to be different in this sense and it is imperative to highlight the main historiographical contributions on which we have relied, and which concern us, to be able to clearly analyze the situation of the Canary Islands and Okinawa during the delimited time frame. Indeed, the roles played by these archipelagos from the late 1930s to the immediate post-war period have already been addressed by a diversity of authors. In the same way, this insular protagonism is accompanied by a large number of works with a broader perspective. Namely, the roles and actions executed from Spain and Japan in the warmongering dynamics of the moment.

One of the fundamental issues to contextualize the Canary Islands and Okinawa within the aforementioned decades, is that of their geostrategic value, as well as that of their corresponding scenarios of the Atlantic and the Pacific. On this last question, the works carried out by Gustavo Rosales Ariza, the classic work of Alfred T. Mahan -referring above all to geostrategic considerations focused on naval capabilities-, Hervé Cotau Bégarie, Francisco Rubio Damián or Omar Jaén Suárez have been of great help⁶⁵. The works of these authors are complemented by the well-established work of Immanuel Wallerstein in which he delves into the political and socioeconomic dynamics that developed and connected the entire globe. Ultimately, Wallerstein shapes the blocs and centres of power – where the geostrategic factor takes on its importance – in the wake of the rise of the capitalist system – with emphasis on its mercantilist genealogy during the modern centuries⁶⁶.

It was, precisely, throughout modernity when the Canary Islands and Okinawa were inserted into the intricate system of which Wallerstein speaks to us, thus being framed in the category of "semi-periphery". A semi-periphery that should not be understood simply as a site subject to the centres of power that were formed in the new world-system, but as geostrategic places in which, in addition to being important links in commercial and

⁶⁵ Rosales Ariza, Gustavo, *Geopolítica, geoestrategia, liderazgo y poder*. UMNG Publications and Communications, 2005; Mahan, Alfred T., *The Influence of Sea Power Upon History, 1660-1783*. Blackmask Online, 2004; Cotau Bégarie, Hervé, *Geoestrategia del Atlántico sur*. Ediciones Ejército, 1989; Rubio Damián, Francisco, "Importancia estratégica del Pacífico", *Revista Ejército*, nº871, 2013, pp. 12-19; Jaén Suárez, Omar "La cuenca del océano Pacífico y la Historia Global". En Montero Llácer, Francisco J. (coord.) *El océano Pacífico. Conmemorando 500 años de su descubrimiento*. Editorial Centro de Estudios Ramón Areces, 2014, pp. 73-86.

⁶⁶ Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. Siglo XXI, 1979; *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*. Siglo XXI, 2006.

diplomatic relations with other territories, attracted great human and material resources. In this sense, this process for the case of the Canary Islands during the modern centuries has been widely addressed by the insular historiography. The research of authors such as Manuel Lobo Cabrera, Antonio Rumeu de Armas, Germán Santana Pérez, Juan Manuel Santana Pérez or Eduardo Aznar Vallejo stands out⁶⁷.

The process of integration into the Atlantic bloc was completed in contemporary times when the Canary Islands once again gained geostrategic relevance in the development of Western imperialism, standing out the pieces by Francisco Javier Ponce Marrero, Javier Márquez Quevedo, Francisco Quintana Navarro and Miguel Suárez Bosa⁶⁸. The same questions applied to Okinawa -insertion in the world-system and in the Japanese imperialist dynamics- have been scrutinized by Fukuri Toshiaki, Yuan Jiadong, Akamine Mamoru or Hamashita Takeshi -the latter being one of the precursors of the works of Fernand Braudel in Japanese historiography and influenced equally by Wallerstein's postulates to speak of a regional world-system in the Pacific⁶⁹.

These geostrategic considerations for both archipelagos, as well as the role played by them in the Atlantic and the Pacific, connect directly with the importance of these island spaces during World War II. In effect, this conflict had as scenarios the oceanic frameworks mentioned. For this reason, the Canary Islands and Okinawa were in the Allied spotlight during the gestation of the military strategy carried out in the Atlantic and the Pacific. The United Kingdom emerged as the power – on the Allied side – that had

⁶⁷ Lobo Cabrera, Manuel, "El comercio canario europeo en tiempos de Carlos I". *XIV Coloquio de Historia Canario Americana*, 2000; pp. 1998-2009; *El comercio canario europeo bajo Felipe II*. Secretaria Regional do Turismo, Cultura e Emigração, 1988; "Canarias y el mar". *Catharum: Revista de Ciencias y Humanidades*, n°1, 2000; Rumeu de Armas, Antonio, *Piraterías y Ataques Navales contra las Islas Canarias*. Instituto Jerónimo Zurita, Tomo I, 1947; Santana Pérez, Germán, "Canarias en las relaciones hispano-africanas (I) De los orígenes hasta la transición". *Palabras*, n°4, 2012, pp. 25-44; Santana Pérez, Juan Manuel, "Islas atlánticas en el comercio entre América y África en el Antiguo Régimen" *Cuadernos Americanos: Nueva Época*, vol. 4, n°142, 2012, pp. 113-135; Aznar Vallejo, Eduardo "Estado y colonización en la Baja Edad Media. El caso de Castilla". *La España Medieval*, vol. 11, n°7, 1988, pp. 7-22.

⁶⁸ Ponce Marrero, Francisco Javier, *Canarias en la Gran Guerra, 1914-1918 estrategia y diplomacia. Un estudio sobre la política exterior de España*. Cabildo Insular de Gran Canaria, 2006; Márquez Quevedo, Javier, *Canarias en la crisis finisecular española (1900-1907): Del desastre ultramarino a la garantía de seguridad exterior*. Ministerio de Defensa, 2007; Quintana Navarro, Francisco, *Bancos, negocios y burgueses en el Puerto de la Luz: 1883-1913*. La Caja de Canarias, 1985; Suárez Bosa, Miguel, *Atlantic Ports and the First Globalisation c. 1850-1930*. Palgrave Macmillan, 2014.

⁶⁹ Fukuri Toshiaki, "Considering Okinawa as a frontier". En D. Hook, Glenn D. and Siddle, Richard (eds.), *Japan and Okinawa. Structure and subjectivity*. Routledge Curzon, 2003, pp. 21-39; Jiadong, Yuan, "Satsuma's Invasion of the Ryukyu Kingdom and Changes in the Geopolitical Structure of East Asia". *Social Sciences in China*, vol. 34, no. 4, 2013, pp. 118-138; Akamine, Mamoru, *The Ryukyu Kingdom. Cornerstone of East Asia*. University of Hawai'i Press, 2017; Hamashita, Takeshi, "A History of Maritime Asia and East Asian Regional Dynamism 1600-1900 - Maritime Asia from the Ryukyu-Okinawa to the Hong Kong Networks", *19th International Congress of Historical Sciences*, 2000, pp. 1-16; Hamashita, Takeshi, *China, East Asia and the Global Economy. Regional and historical perspectives*. Routledge, 2008.

the greatest concerns about the control of Atlantic air and naval routes. In this way, it was unavoidable that the Canary Islands were projected as a vital enclave in the face of an eventual loss of Gibraltar as a result of the Spanish approach to the Axis. Again, the works that have best addressed the plans of the British high command are those of Canary historiography. Authors such as Juan José Díaz Benítez, Marta García Cabrera or Víctor Morales Lezcano are the most outstanding⁷⁰. On the other hand, the Allied occupation plans -eminently American- around Okinawa have been treated from the most classic works -and under an official story- such as those elaborated by Roy E. Appleman and Charles S. Jr. Nichols to the most innovative and recent studies of authors such as Bill Sloan, George Feifer, Derrick Wright or Max Hastings⁷¹.

The planning of the allied occupation over the islands makes even more sense considering the foreign policy developed in Spain and Japan during the war and the position occupied by their archipelagos within it. Thus, for the Spanish foreign policy during these years we have relied on research such as that of Enrique Moradiellos, Manuel Ros Agudo, Paul Preston or Stanley G. Payne and Jesús Palacios⁷². On these same aspects for the Japanese context, we find the notorious works of Iriye Akira, Eri Hotta, Tajima Nobuo and Richard

⁷⁰ Díaz Benítez, Juan José, *Canarias indefensa : los proyectos aliados de ocupación de las Islas durante la II Guerra Mundial*. Ediciones Idea, 2008; *Anglofilia y autarquía en Canarias durante la Segunda Guerra Mundial*. Ediciones Idea, 2008; Santana Nelson, Teodoro y Díaz Benítez, Juan José, "El control naval aliado entre Canarias y la península durante la Segunda Guerra Mundial (septiembre de 1939-junio de 1940)". *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea*, n.º.19, 2021, pp. 166-195; Díaz Benítez, Juan José, "Pilgrim y la defensa de Gran Canaria en 1941". *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º46, 2000, pp. 349-364; "Los proyectos británicos para ocupar las islas atlánticas durante la no beligerancia española (1940-1943)". *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea*, n.º11, 2013, pp. 1-28; García Cabrera, Marta, "La información y la propaganda como instrumentos preparatorios de las operaciones militares británicas en Canarias (1941-1943)". *XXIV Coloquio de Historia Canario-Americana*, 2020, pp. 1-11; "Operation Warden: British sabotage planning in the Canary Islands during the Second World War". *Intelligence and National Security*, vol. 35, n.º2, 2019, pp. 252-268; "British geographic intelligence during the Second World War: a case study of the Canary Islands". *Intelligence and National Security*, vol. 37, n.º2, 2022, pp. 262-280; Morales Lezcano, Víctor, *Canarias en la II Guerra Mundial*. Edirca, 1995; *Historia de la no-beligerancia española durante la Segunda Guerra Mundial*. Artes Gráficas Soler, S.A., 1980.

⁷¹ Appleman, Roy E.; et al., *United States Army in World War II. The War in the Pacific. Okinawa: The Last Battle*. Center of Military History United States Army, 1993; Nichols, Charles S. Jr. and Shaw, Henry I. Jr., *Okinawa: Victory in the Pacific*. Marine Corps Monographs, 1955; Sloan, Bill, *Okinawa. The Last Battle*. Crítica, 2008; Feifer, George, *Tennozan. The Battle of Okinawa and the Atomic Bomb*. Ticknor & Fields, 1992; Hastings, Max, *Némesis. La derrota del Japón, 1944-1945*. Crítica -Epub version-, 2007.

⁷² Moradiellos, Enrique, "España y la Segunda Guerra Mundial, 1939-1945: Entre resignaciones neutralistas y tentaciones beligerantes". En Navajas Zubeldia, Carlos e Iturriaga Barco, Diego (eds.), *Siglo. Actas del V Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*, Universidad de La Rioja, 2016, pp. 55-74; Ros Agudo, Manuel, *La gran tentación: Franco, el Imperio Colonial y el proyecto de intervención española en la Segunda Guerra Mundial*. Styria, 2008; *La guerra secreta de Franco (1939-1945)*. Crítica, 2002; Preston, Paul, *Franco. Caudillo de España*. Debate, 2015; Payne, Stanley G. and Palacios, Jesús, *Franco: Franco: Una biografía personal y política*. Temas de Hoy - Epub version-, 2014.

Sims⁷³. In the same way, it is noteworthy to consider the Spanish - Japanese relations themselves: Florentino Rodao García is the one who has analyzed them in greater depth⁷⁴.

On the other hand, the analysis of the development of amphibious operations during the war is essential to understand the realization of the allied plans, as well as their evolution throughout these years. Ian Speller and Christopher Tuck have addressed the military issues related to the amphibious maneuvers of various powers throughout the twentieth century⁷⁵. Sharpening this question for the cases of the United Kingdom, Japan and the United States the works of Julian Thompson, Williamson Murray, Allan R. Millet, Kenneth J. Clifford, David C. Evans, Mark P. Peattie, John Wukovits, David S. Nasca and Norman W. Hicks are the most concise and clarifying⁷⁶.

The other side of the coin of the allied plans for the assault of the Canary Islands and Okinawa is represented by the defensive projects deployed in both scenarios. Thus, and as usual with respect to other issues, the defense of the Canary Islands during the Second World War has been protected by local investigations. Although contributions from several authors have recently come to light, in our research we have relied mainly on the works of Juan José Díaz Benítez⁷⁷. Regarding the Okinawan defensive measures, the

⁷³ Iriye, Akira, *Power and Culture. The Japanese-American War, 1941-1945*. Harvard University Press, 1981; Hotta, Eri, *Japón 1941. El camino a la infamia: Pearl Harbor*. Galaxia Gutenberg, 2015. Galaxia Gutenberg, 2015; Tajima, Nobuo, "Tripartite Pact between Japan, Germany and Italy", *International Forum on War History*, 2016, pp. 45-60; Sims, Richard, *Japanese Political History since the Meiji Renovation. 1868-2000*. Palgrave, 2001.

⁷⁴ Rodao García, Florentino, *Relaciones Hispano-japonesas, 1937-1945*. Doctoral thesis - Universidad Complutense de Madrid, Biblioteca virtual Miguel de Cervantes, 1993; Rodao García, Florentino, "Difícil y sin apoyos políticos. La Representación por España de los intereses japoneses durante la Guerra del Pacífico". *Space, Time and Form, Series V, H. Contemporánea*, nº8, 1995, pp. 179-194; Rodao García, Florentino, "Japón y la propaganda totalitaria en España, 1937-1945", *Revista española del Pacífico*, nº8, 1998, pp. 435-454; Rodao García, Florentino, *Franco y el imperio japonés. Imágenes y propaganda en tiempos de guerra*. Plaza & Janes -Kindle version-, 2013; Rodao García, Florentino, "La difícil (des)protección: la España de Franco y la representación de intereses japoneses en América Latina durante la Guerra del Pacífico". *Cuadernos CANELA. Annual Journal of Literature, Thought and History, Methodology of the Teaching of Spanish as a Foreign Language and Linguistics of the Nippon, Spanish and Latin American Academic Confederation*, nº26, 2015, pp. 24-39.

⁷⁵ Speller, Ian and Tuck, Christopher, *Amphibious Warfare. The Theory and Practice of Amphibious Operations in the 20th Century*. Amber Books, 2001.

⁷⁶ Thompson, Julian, *The Royal Marines. From Sea Soldiers to a Special Force*. Pan Books, 2000; Millet, Allan R., "Assault from the sea: The development of amphibious warfare between the wars - the American, British, and Japanese experiences" In Murray, Williamson and Millet, Allan R. (eds.), *Military Innovation in the Interwar Period*. Cambridge University Press, 1996; Clifford, Kenneth J., *Amphibious Warfare Development in Britain and America from 1920-1940*. Edgewood, 1983; Evans, David C. and Peattie, Mark R., *Kaigun. Strategy, Tactics and Technology in the Imperial Japanese Navy, 1887-1941*. Naval Institute Press, 1997; Wukovits, John, *Pacific Alamo. La batalla de la isla de Wake*. Inedita, 2004; Nasca, David S., *The Emergence of American Amphibious Warfare 1898-1945*. Naval Institute Press, 2020; Hicks, Norman W., *A Brief History of The Marine United States Marine Corps*. Marine Historical Reference Series Number 1, 1961.

⁷⁷ Díaz Benítez, Juan José, *Canarias indefensa...*; Díaz Benítez, Juan José, "Pilgrim y la defensa de Gran Canaria..."; Díaz Benítez, Juan José, "La indefensión naval de Canarias durante la Segunda Guerra Mundial". *Revista de Historia Naval*, nº85, 2004, pp. 57-72; Díaz Benítez, Juan José, "La defensa de Canarias contra asaltos aerotransportados en 1943". *Vegueta*, nº8, 2004, pp. 93-108; Díaz Benítez, Juan

aforementioned works of George Feifer, Bill Sloan, Roy E. stand out. Appleman or Charles S. Jr. Nichols. Along with them are also authors such as Steven J. Zaloga, Thomas M. Huber or Yahara Hiromichi -the latter was one of the surviving commanders in charge of developing the defensive plans of Okinawa and were reflected in his memoirs⁷⁸.

But the Second World War was not the only moment in which these island spaces were presented as geostrategic enclaves of high value. Certainly, the immediate post-war period resulted in the configuration of a new international order – whose gestation was already underway during the world conflict – where the old balance of power gave way to a new one: a system of equilibrium between two superpowers, namely the United States and the Soviet Union. Both the Canary Islands and Okinawa came to the fore again for their geostrategic value, but this time under the gaze and interest of the United States. The post-war plans that were drawn up gave a good account of this. In this regard, the plans devised and considered by American strategists have been widely referenced and studied. In our opinion, the investigations of David Vine, Elliot V. Converse and Christopher Layne⁷⁹.

In the case of the Canary Islands, the American interest in the Atlantic archipelago was always in the shadow of general negotiations with Spain. In reality, this interest was contingent on better geographical alternatives for deploying the desired military installations. While the Spanish-American negotiations – thus highlighting the interest of the Anglo-American power in Spain – have been well covered by work such as those of Ángel Viñas, Arturo Jarque Íñiguez or Antonio Marquina Barrio⁸⁰, the same cannot be said regarding the Canary Islands. Indeed, there are not a large number of references in this regard. Consequently, the study of this question rests eminently on the investigations

José, "Spanish-German Military Collaboration during the Spanish Non-Belligerency: German Advice for the Defence of the Canary Islands in November 1942". *War in history*, vol. 23, no. 3, 2016, pp. 362-381. As mentioned above, we have made particular use of the research by Díaz Benítez, but we would also like to highlight other recently published studies: Abad Ripoll, Emilio and Castro Martín, Juan Antonio, *Aportaciones a la defensa de Tenerife en la Segunda Guerra Mundial*. Ediciones Idea, 2013; Castro Martín, Juan Antonio, *Los ingenieros y el plan de obstrucciones. La defensa de Canarias durante la Segunda Guerra Mundial*. Ediciones Idea, 2014; Díaz Benítez, Juan José, Martínez de Merlo, Jesús and Romero Serrano, José, *La defensa militar de Fuerteventura en la Segunda Guerra Mundial*. Ministerio de Defensa, 2022.

⁷⁸ Zaloga, Steven J., *Tank Battles of the Pacific War 1941-1945*. Concord Publications Company, 1995; Zaloga, Steven J., *Kamikaze. Japanese Special Attack Weapons 1944-45*. Osprey Publishing, 2011; Huber, Thomas M.: *Japan's Battle of Okinawa, April-June 1945*. Leavenworth Papers No. 18, 1990; Yahara, Hiromichi, *The Battle for Okinawa*. John Wiley - Sons Inc., 1995.

⁷⁹ Vine, David, *Base Nation: How U.S. Military Bases Abroad Harm America and the World*. St. Martins Press, 2015; Converse, Elliot V., *Circling the Earth. United States Plans for a Postwar Overseas Military Base System, 1942-1948*. Air University Press, 2005; Layne, Christopher, *The Peace of Illusions. American Grand Strategy from 1940 to the Present*. Cornell University Press, 2006.

⁸⁰ Viñas, Ángel, *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*, Crítica, 2003; Jarque Íñiguez, Arturo, *Queremos esas bases: el acercamiento de Estados Unidos a la España de Franco*, Universidad de Alcalá, 1998; Marquina Barrio, Antonio, *España en la política de seguridad occidental 1939-1986*. Ediciones Ejército, 1986.

of Juan José Díaz Benítez⁸¹ – the aforementioned Marquina Barrio also refers to the US interest in the Spanish archipelago although tangentially.

Unlike the Canary Islands, there are abundant works that focus on addressing the American interest with greater profusion and breadth – an interest that was finally materialized – on Okinawa for postwar plans. Yamaguchi Kenichi, Yoshida Kensei, Ota Masahide -a figure noted for being both author and participant in the battle of Okinawa- and Nicholas Evan Sarantakes are the most outstanding researchers⁸².

But the purely geostrategic aspects, both in the world war and in the first post-war years and all the variables that this entails, are not the only relevant issues when scrutinizing the situation of the Canary Islands and Okinawa. The social, cultural and economic elements are of equal importance to understand the socio-political frameworks that were configured in the islands during this truculent war and post-war period. Thus, one of the elementary variables in this regard is shaped by the construction of island identities. Identities that were always brewing on the margins of the empire – an emerging empire for the Japanese case and an empire in constant decline as was the Spanish. There are two concepts that rise in the historiographical framework to approach island identities: the nation and nationalism. On this subject, works by authors such as José Álvarez Junco, Xosé Manoel Núñez Seixas and Andrea Geniola present clear reflections -where terms such as regionalism are also addressed-⁸³.

From a more concrete perspective, concepts such as "insularism", "liminality", "colonialism" or "modernity" have had their impact on the formation of the archipelagic identities of the Canary Islands and Okinawa. This is a topic widely analyzed by various researchers. Juan Hernández Bravo de Laguna, Manuel de Paz Sánchez, Julio Yanes Mesa

⁸¹ Díaz Benítez, Juan José, "Aproximación a la importancia estratégica de Canarias durante el franquismo (1939-1975)" in Aarón León Álvarez (coord.), *El franquismo en Canarias: actas del Encuentro de Historia sobre el Franquismo en Canarias*, Le Canarien: Instituto de Estudios Canarios, 2014, pp. 321-338 and Díaz Benítez, Juan José, "Canarias en la estrategia EE. 321-338 and Díaz Benítez, Juan José, "Canarias en la estrategia de EE.UU. durante la II Guerra Mundial y el comienzo de la Guerra Fría", *Boletín Millares Carlo*, nº29, 2010, pp. 221-238.

⁸² Yamaguchi, Kenichi, *Post-World War Governance in Okinawa: Normalizing U.S. Military Exceptionalism*. PhD Thesis - University of Saskatchewan, 2014; Yoshida, Kensei, *Democracy Betrayed: Okinawa Under U.S. Occupation*. Center for East Asian Studies - Western Washington University, 2001; Masahide, Ota, "The U.S. Occupation of Okinawa and Postwar Reforms in Japan Proper", in Ward, Robert E. and Sakamoto, Yoshikazu (eds.), *Democratizing Japan, The Allied Occupation*. University of Hawaii Press, 1987, pp. 283-304; Sarantakes, Nicholas Evan, *Keystone: The American Occupation of Okinawa and U.S.-Japanese Relations*. Texas A&M University Press, 2000.

⁸³ Álvarez Junco, José, *Dioses útiles. Naciones y nacionalismos*. Galaxia Gutenberg, 2016; Núñez Seixas, Xosé Manoel, "De gaitas y liras: Sobre discursos y prácticas de la pluralidad territorial en el fascismo español (1930-1950)", in Ruiz Carnicer, Miguel Ángel (coord.), *Falange, las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*. Insituto "Fernando el Católico", 2013, pp. 289-316; Geniola, Andrea, *La patria interferida. Nacionalismos y regionalismos en la España franquista*. Doctoral thesis - Universitat Autònoma de Barcelona, 2021; Geniola, Andrea, "Esos entrañables afluentes de la patria. El "sano regionalismo" del franquismo". *Ayer*, nº3, 2021, pp. 13-21.

or Diego Batista Rey stand out for the Canary archipelagic context⁸⁴. Matsuda Hiroko, Stanislaw Meyer, Suzuki Taku, Davinder L. Bhowmik and Mathew Allen have done the best for the Okinawan field⁸⁵.

But the gestation of island identities was always under the imposition of central policies that advocated the dissemination of a homogeneous nationalism. In other words, insular identities came into dialectics and conflict with the nationalist projects of Spain and Japan. Ricardo Guerra Palmero, Aarón León Álvarez and Olegario Negrín Fajardo -the latter focused on the educational context- are the authors who have devoted the most efforts to the imposition of Spanish nationalism on the islands -or the "Spanishization" of these-⁸⁶. Regarding the indoctrination of Japanese nationalism implemented in Okinawa,

⁸⁴ Hernández Bravo de Laguna, Juan, "El insularismo canario: caracterización política, ofertas electorales y resultados". *Papers: revista de sociología*, nº33, 1990, pp. 121-129; Hernández Bravo de Laguna, Juan, "El nacionalismo y el regionalismo canarios en torno al siglo XX". *Cuadernos del Ateneo*, nº18, 2004, pp. 13-24; Hernández González, Manuel, "El nacionalismo canario ante el 98". *Cuadernos del Ateneo*, nº4, 1998, pp. 6-9; De Paz Sánchez, Manuel, "Identidades lejanas. El proyecto nacionalista canario en América (1895-1933)". *CATHARUM. Revista de Ciencias y Humanidades del Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias*, nº10, 2009, pp. 43-70; Yanes Mesa, Julio, "El insularismo, el nacionalismo y el independentismo en el periodismo canario de la emigración en Cuba". *Revista internacional de Historia de la Comunicación*, nº12, 2019, pp. 67-86; Batista Rey, Diego, *La búsqueda de identidad cultural canaria (a través del tópico marino) en la obra de Tomás Morales y Pedro García Cabrera*. Doctoral thesis - University of Oklahoma, 2011.

⁸⁵ Matsuda, Hiroko, *Liminality of the Japanese Empire. Border Crossings from Okinawa to colonial Taiwan*. University of Hawaii Press, 2019; Matsuda, Hiroko, "Becoming Japanese in the Colony. Okinawan migrants in colonial Taiwan." *Cultural Studies*, vol.26, no.5, (2012), pp. 688-709; "Yaeyama: From Periphery of the Ryūkyūs to Frontier of Japan". *Japanese Studies*, vol.28, no.2, 2008, pp. 149-164. Meyer, Stanislaw, 'Between a Forgotten Colony and an Abandoned Prefecture: Okinawa's Experience of Becoming Japanese in the Meiji and Taishō Eras'. *The Asia-Pacific Journal - Japan Focus*, vol.18, nº7, (2020), pp. 1-16; Suzuki, Taku, *Embodying Belonging: Racializing Okinawan Diaspora in Bolivia and Japan*. University of Hawaii Press, 2010; Bhowmik, Davinder L., *Writing Okinawa Narrative acts of identity and resistance*. Routledge, 2008; Allen, Mathew, "Okinawa, ambivalence, identity, and Japan". In Weiner, Michael (ed.), *Japan's Minorities. The illusion of homogeneity*. Routledge, 2009, pp. 188-206.

⁸⁶ Guerra Palmero, Ricardo and León Álvarez, Aaron, "La españolización de Canarias a través de la propaganda falangista (1936-1945)". In Ruiz Carnicer, Miguel Ángel (coord.), *Falange, las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*. Instituto "Fernando El Católico", 2013, pp. 195-220; Guerra Palmero, Ricardo and Millares Cantero, Sergio, "Las instituciones franquistas y la imposición de la cultura oficial". In Millares Cantero, Agustín et al. (eds.), *Historia contemporánea de Canarias*. Caja Insular de Ahorros de Canarias, Obra Social, 2011, pp. 471-484; Guerra Palmero, Ricardo, *La Falange en Canarias (1936-1950)*. Centro Cultura Popular Canario, 2007; León Álvarez, Aarón, "Falange y la construcción del consenso en Canarias durante el primer franquismo", in Ruiz Carnicer, Miguel Ángel (coord.), *Falange, las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*. Instituto "Fernando El Católico", 2013, pp. 278-300; León Álvarez, Aaron, "Los mártires del falangismo canario: Entre el frente de guerra, la retaguardia y las instituciones". In González Madrid, Damián Alberto et al. (coords.), *La Historia: lost in translation?* Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2017, pp. 3589-3600; Negrín Fajardo, Olegario, "La depuración franquista del profesorado de los institutos de segunda enseñanza de la Provincia de Santa Cruz de Tenerife (1936-1943)". *XV Coloquio de Historia Canario-Americana*, 2004, pp. 1067-1087; Aarón León Álvarez *Consenso y resistencia en Canarias durante el primer franquismo*. Ediciones Idea, 2008; Negrín Fajardo, Olegario "La depuración del profesorado de los institutos de segunda enseñanza de España durante la Guerra Civil y el primer franquismo". In Cuesta Bustillo, Josefina (coord.), *La depuración de funcionarios bajo la dictadura franquista (1936-1975)*. Fundación Francisco Largo Caballero, D.L, 2009, pp. 64-81; Negrín Fajardo, Olegario "Balance de la depuración y represión franquistas del profesorado de los Institutos canarios de segunda enseñanza (1936-1942)". In Gómez Bravo, Gutamaro et al. (coords.), *Actas del Congreso*

the studies cited by Matsuda Hiroko, Stanislaw Meyer⁸⁷ stand out, as well as those prepared by Michael Weiner or Steve Rabson⁸⁸.

Another of the essential pillars that make up this research is that referred to economic development. Certainly, the evolution of archipelagic economies is projected as one of the fields where a greater number of similarities emerge as a result of the insular character itself. The configuration of the island economies, as well as their respective institutional frameworks, has given rise to a great deal of work. Antonio M. Macías Hernández, Francisco Quintana Navarro and Miguel Suárez Bosa stand out for their studies for the Canary Island context -analysis of the agro-export model, commercial networks and connections and port infrastructures-⁸⁹. As a reply to the analysis of these characteristics for Okinawa are the studies of Hamashita Takeshi, Akamine Mamoru and Wendy Matsumura⁹⁰.

The militaristic context to which these island economies were subjected was due to the dynamics and policies that originated from the governments of Madrid and Tokyo. In this sense, interventionism, control and the provision of human and material resources for the service of the nation were slogans that materialized both in the Canary Islands and in Okinawa. Ricardo Guerra Palmero stands out again for the deepening of these issues in the Atlantic islands -analysis of the Francoist interventionism, rationing policies, the black market and the institutional militarization of the economy through the Economic

Posguerras 75 aniversario del fin de la Guerra Civil española. Editorial Pablo Iglesias, 2015, pp. 1-16; Negrín Fajardo, Olegario, "El magisterio de la Provincia de Las Palmas en torno a 1936. Relación de maestros ejercientes y listas de depurados por el franquismo (1936-1942)". *TEBETO. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, n°20, 2012, pp. 125-181.

⁸⁷ Meyer, Stanislaw, "The rhetoric of the assimilation ideology in the remote islands of Okinawa: becoming Japanese or Okinawan?" *Eras*, n°9, 2007, pp. 1-29.

⁸⁸ Weiner, Michael, "'Self' and 'other' in imperial Japan". In Weiner, Michael (ed.), *Japan's Minorities. The illusion of homogeneity*. Routledge, 2009, pp. 1-21; Rabson, Steve, "Okinawan Perspectives on Japan's Imperial Institution". *The Asia-Pacific Journal - Japan Focus*, vol. 6, no. 2, 2008, pp. 1-23.

⁸⁹ Macías Hernández, Antonio M., "Canarias, 1800-2000: La singularidad de la historia económica isleña". *Historia contemporánea*, n°42, 2011, pp. 225-259; Macías Hernández, Antonio M., "La construcción de las sociedades insulares: el caso de las Islas Canarias". *Estudios Canarios: Anuario del Instituto de Estudios Canarios*, n°45, 2000, pp. 61-91; Macías Hernández, Antonio M., "Canarias, una economía insular y atlántica", in Germán Zubero, Luis Gonzalo et. al. (eds.), *Historia económica regional de España: siglos XIX y XX*. Crítica, 2001, pp. 476-506; Quintana Navarro, Francisco, *Barcos, negocios y burgueses en el Puerto de la Luz: 1883-1913*. La Caja de Canarias, 1985; Quintana Navarro, Francisco, "Santa Cruz de Mar Pequeña y las tentativas "africanistas" de la burguesía grancanaria 1860-1898". *VI Coloquio de Historia Canario-Americana*, 1987, pp. 332-352; Suárez Bosa, Miguel, "Puertos Francos y empresas en Canarias", *XV Coloquio de historia canario-americana*, 2004, pp. 1905-1922; Suárez Mosa, Miguel and Cabrera Armas, Luis, "Los Puertos Francos y las economías insulares atlánticas". *7º Congreso Ibérico de Estudios Africanos*, 2011, pp. 1-24.

⁹⁰ Hamashita, Takeshi, "A History of Maritime Asia and East Asian Regional Dynamism 1600-1900 - Maritime Asia from the Ryukyu-Okinawa to the Hong Kong Networks". *19th International Congress of Historical Sciences*, 2000, pp. 1-16; Hamashita, Takeshi, *China, East Asia and the Global Economy. Regional and historical perspectives*. Routledge, 2008; Akamine, Mamoru, *The Ryukyu Kingdom. Cornerstone of East Asia*. University of Hawaii Press; Matsumura, Wendy, *The Limits of Okinawa. Japanese Capitalism, Living Labor, and Theorizations of Community*. Duke University Press, 2015.

Command⁹¹. He is also followed by the relevant monograph *Anglophilia and Autarchy in the Canary Islands during World War II* by Juan José Díaz Benítez⁹². With regard to the militarization and control of the Okinawan economy, it has been more difficult to locate works, given their almost non-existence, of Western Historiography that have dealt with this subject. We have resorted instead to studies of Japanese historiography where the research of Kabira Nario stands out⁹³.

Finally, another essential component to gain an understanding of island societies is their experiences in war contexts. Whether hand in hand with the combatants or the hand of the civilian population, the truth is that the archipelagic populations were not oblivious to the dynamics of violence that characterized the 1930s and 1940s. But before fully citing the main contributions on these experiences, we have thought it necessary to rely on a taxonomic or defining framework that treats violence, and its link with war, as an autonomous analytical concept. This being usually a marginal issue in the studies of the Social Sciences, among which the historical discipline is included, recent years have harbored a concern and boom of work on violence in war contexts. The works of Stathis N. Kalyvas, Benjamin Ziemann, Joanna Bourke, John Keegan, the joint historian Sönke Neitzel and psychologist Harald Welzer, Julián Casanova Ruiz and again the collective directed by David Alegre Lorenz, Miguel Alonso Ibarra and Javier Rodrigo Sánchez are good samples of this change in trend⁹⁴.

⁹¹ Guerra Palmero, Ricardo, "El mercado negro en Canarias durante el periodo del Mando Económico: una primera aproximación". *Revista de Historia Canaria*, nº183, 2001, pp. 175-189; Guerra Palmero, Ricardo, *Sobrevivir en Canarias (1939-1959): racionamiento, miseria y estraperlo*. Ediciones Idea, 2006; Guerra Palmero, Ricardo, "El racionamiento en Canarias durante el periodo del Mando Económico del archipiélago (1941-1946): una primera caracterización". *Revista de Historia Canaria*, nº185, 2003, pp. 211-236; Guerra Palmero, Ricardo, "La larga posguerra en Canarias. Notas socioeconómicas". *Cuadernos del Ateneo*, nº23, 2007, pp. 53-72; Guerra Palmero, Ricardo and Domínguez Prats, Pilar, "La implantación de la autarquía, la ruptura del puertofranquismo y el papel de la mujer". En Millares Cantero, Agustín *et al.* (eds.), *Historia contemporánea de Canarias*. Caja Insular de Ahorros de Canarias, 2011, pp. 435-459.

⁹² Díaz Benítez, Juan José, *Anglophilia y autarquía en Canarias durante la II Guerra Mundial*. Ediciones Idea, 2008.

⁹³ Kabira, Nario, "Senji tōsei keizai-ka no haikyū tōsei to Okinawa minshū", *Ryūkyūdaigaku keizai kenkyū* (dai 65-gō) 2003-nen 3 tsuki, p. 14. ["Distribution Control and the People of Okinawa under the Wartime Controlled Economy", *Economic Studies - Ryukyus University*, no. 65, 2003, pp. 11-44]; Kabira, Nario, "Senji tōsei keizai-ka ni okeru Okinawa keizai no hen'yō - nitchūsensō-ki o chūshin ni -", *Ryūkyūdaigaku keizai kenkyū* (dai 52-gō) 1996-nen 9 tsuki ["The transformation of Okinawa's economy under a wartime controlled economy - A case study of the Sino-Japanese war period", *Economic Studies - Ryukyus University*, no. 52, 1996, pp. 287-312]; Kabira, Nario "Senji tōsei keizai-ka no Okinawa-tō-gyō", *Ryūkyūdaigaku keizai kenkyū* (56), 1998: 77 - 91. ["Okinawa's sugar industry under a wartime-controlled economy", *Economic Studies - Ryukyus University*, no. 56, 1996, pp. 77-91].

⁹⁴ Kalyvas, Stathis N., *La lógica de la violencia en la guerra civil*. Ediciones Akal, 2010; Ziemann, Benjamin "Violence as an object of study in recent research on the First World War". *Social History*, no. 84, 2016, pp. 141-159; Bourke, Joanna, *Bloodlust*. Crítica, 2008; Keegan, John, *The Face of Battle*. Turner, 2014; Neitzel, Sönke and Welzer, Harald, *Soldiers of the Third Reich. Testimonies of struggle, death and crime*. Crítica, 2012; Casanova Ruiz, Julián, *Una violencia indómita. El siglo XX europeo*. Crítica, 2020; Alegre Lorenz, David *et al.* (coords.), *Europa Desgarrada. War, occupation and violence, 1900-1950*. Presses of the University of Zaragoza, 2018.

On the other hand, one of the authors who has come closest to the experiences or phenomenology of war – in this case through the figure of the combatant – is the Israeli historian Yuval Noah Harari⁹⁵. The cultural approach proposed by Harari – supported by the genre of military memories and soldiers' testimonies – to delve into the interpretation of war violence – and even in the construction of modern subjectivity from these interpretations – has been essential for the approach we seek. Indeed, although this issue is supported by numerous studies for the Japanese and Okinawan context⁹⁶, the same cannot be said for the Canary Islands. For this reason, in addition to making a comparison of the experiences of violence between the soldiers of both archipelagos, we have tried to clarify the historiographical gap connected with the experiences of the war of the Canarian combatants -both in the Spanish Civil War and in the Second World War-. However, the contributions of researchers such as Francisco J. Leira Castiñeira or Núñez Seixas are valuable for, among other reasons, analyzing these military experiences -with an approach similar to Harari- of Spanish soldiers⁹⁷. Nor can we ignore the work done by Francisco Jiménez Soto in relation to the volunteers enlisted from the Canary Islands in the Blue Division or that of the aforementioned Juan José Díaz Benítez⁹⁸.

But soldiers were not the only ones who suffered from war violence. Thus, the civilian population was equally exposed – especially in Okinawa – to the war contexts that generated a wide typology of violence. While in the Canary Islands the spread of political violence applied to opponents of the regime stood out above the rest, in Okinawa the

⁹⁵ Harari, Yuval Noah, "Military Memoirs: A Historical Overview of the Genre from the Middle Ages to the Late Modern Era". *War in History*, vol. 14, no. 3, 2007, pp. 289-309; "Combat Flow: Military, Political, and Ethical Dimensions of Subjective Well-Being in War". *Review of General Psychology*, vol. 12, no. 3, 2008, pp. 253-264; *The Ultimate Experience Battlefield Revelations and the Making of Modern War Culture, 1450-2000*. Palgrave Macmillan, 2008; "Scholars, Eyewitnesses, and Flesh-Witnesses of War: A Tense Relationship". *Partial Answers: Journal of Literature and the History of Ideas*, vol.7, n°2, 2009, pp. 213-228.

⁹⁶ Buruma, Ian, *El precio de la culpa. Cómo Alemania y Japón se han enfrentado a su pasado*. Duomo Ediciones, 2011; Benesch, Oleg, *Inventing the Way of the Samurai. Nationalism, Internationalism, and Bushidō in Modern Japan*. Oxford University Press, 2014; Yoshida, Yutaka, "The Battlefield Experience of Japanese Soldiers in the Asia-Pacific War". *The Asia-Pacific Journal | Japan Focus Volume*, vol. 18, no. 2, 2020, pp. 1-29; Drea, Edward J., *In Service of the Emperor: Essays on the Imperial Japanese Army*. University of Nebraska Press, 2003; Lynette D. Zeitz, *No Half-Hearted Soldiers. The Japanese Army's experience of defeat in the South-West Pacific 1942-1945*. Thesis - University of Adelaide, 1992; Yoshimi, Yoshiaki, "The Second Sino-Japanese War and national mobilization: the issue of rallying soldiers and personal experiences of the battlefield". *Japan Forum*, vol.24, no.1, 2012, pp. 119-130; Rees, Laurence, , *El holocausto asiático. Los crímenes japoneses en la segunda guerra mundial*. Crítica, 2009.

⁹⁷ Leira Castiñeira, Francisco J., *Soldados de Franco. Reclutamiento forzoso, experiencia de guerra y desmovilización militar. Siglo XXI*, 2020; Núñez Seixas, Xosé Manoel, *Camarada invierno. Experiencia y memoria de la División Azul (1941-1945)*. Crítica -Epub version-, 2016.

⁹⁸ Jiménez Soto, Francisco, *Voluntarios de Canarias en la División Azul*. Doctoral thesis - University of Las Palmas de Gran Canaria, 2015; Díaz Benítez, Juan José, "Voluntarios de la zona aérea de Canarias y África occidental en la Wehrmacht". *Historia Social*, n°53, 2005, pp. 47-62. Although we use the format of Jiménez Soto's doctoral thesis, there is an edited version of his study: *La División Azul en el frente de Rusia (1941-1943)*. *Voluntarios de Canarias*. Mercurio Editorial, 2019.

violence carried out responded to a sexual, instrumental and militarized character to a greater extent⁹⁹. In this way, the political violence in the Spanish islands was materialized by the concentration phenomenon with a variety of works and even memories of some survivors such as Antonio Junco Toral¹⁰⁰. For its part, sexual violence both in Okinawa and in the rest of the territories occupied by the Japanese empire has recently been supported by various studies¹⁰¹. These bring great rigor to, perhaps, one of the most controversial issues that have generated rejection by many pseudo-historians and revisionists who deny the violence exercised by the imperial army.

In short, we have a wide Historiographical background that serves as a fulcrum to promote our research. An investigation aimed at exploring various variables that occurred in the Canary Islands and that we analyzed by comparing it with its archipelagic counterpart in the Pacific. Indeed, comparative studies are always presented as an illustrative way of approaching issues with a broader perspective - we will deal with this in more detail in the methodological section. Therefore, although there are rigorous works -both by national and local historiography- that deal with various elements of the historical dynamics of the Canary Islands and Okinawa in the chronological framework of this thesis, we find an absence of these in comparative perspective. It can even be said that studies compared between islands have had little resonance in general.

Aims and Hypotheses

As already revealed in previous paragraphs, the primary objective of this research is to carry out a comparative study of the dynamics that occurred in the Canary Islands and Okinawa during the 1930s and 1940s – although it is also inevitable to address some issues that go beyond this strict time frame. Undoubtedly, this is a very general statement and requires greater specifics to provide coherence. In other words, this generic objective is separated from other secondary objectives that are aimed at conducting a comprehensive comparative study. Indeed, our comparative approach starts from a

⁹⁹ Ryukyu Shimpo; Elay Mark and McLauchlan (transl.), *Descent into Hell. Civilian Memories of the Battle of Okinawa*. Merwin Asia, 2014.

¹⁰⁰ Rodrigo Sánchez, Javier, *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*. Crítica, 2005; Hernández de Miguel, Carlos, *Los campos de concentración de Franco. Sometimiento, torturas y muerte tras las alambradas*. Ediciones B, 2019; García-Funes, Juan Carlos, *Espacios de castigo y trabajo forzado del sistema concentracionario franquista*. Tesis Doctoral - Universidad Pública de Navarra, 2017; González Vázquez, Salvador and Millares Cantero, Sergio, "Los campos de concentración en Canarias", in León Álvarez, Aaron (coord.), *La represión franquista en Canarias*. LeCanarien Ediciones, 2015, pp. 213-250; Junco Toral, Antonio, *Héroes de chabola. Memorias de encarcelamiento en prisiones y campos de concentración de Canarias durante la Guerra Civil*. Mercurio Editorial, 2022.

¹⁰¹ Tanaka, Toshiyuki, *Japan's Comfort Women. Sexual slavery and prostitution during World War II and the US occupation*. Routledge, 2003; Yoshiaki, Yoshiaki, *Sex Slaves. La esclavitud sexual durante el Imperio Japonés*. Ediciones B, 2010; Norma, Caroline, *The Japanese Comfort Women and Sexual Slavery during the China and Pacific Wars*. Bloomsbury Academic, 2016; Hong, Yushin, "Comfort Stations" as Remembered by Okinawans during World War II. *International Comparative Social Studies*, 2020.

holistic vision through the analysis of the main variables or political, geostrategic, military, cultural, social and economic elements of the Canary Islands and Okinawa. In this sense, this research aims to evaluate the similarities and disparities that occurred in these archipelagic scenarios in the heat of the war and post-war context. The scrutiny of the shared continuities and, on the contrary, of the particularities that characterized each of the island environments will allow us to have a more global and profound understanding of the role they played throughout this temporal space. Finally, and before the realization of purposes, another general objective is to delve from Spanish-speaking historiography into the historical knowledge of Japan, something that is gaining greater strength and emergence over the last few years.

In any case, and starting with the first of the specific objectives, we will try with our work to address the main geostrategic conditions of the Canary Islands and Okinawa in relation to their respective scenarios of the Atlantic and the Pacific. This is, to compare how these insular frameworks were inserted in the political-economic dynamics and circuits that were conceived from modernity to contemporaneity. Dynamics that were evident in the expansionist processes of the main powers or nations – such as Spain and Japan – that were inevitably linked to bicontinental or tricontinental spaces.

In the same way, the geostrategic aspects are presented as a starting point to address another of our objectives. Thus, it is necessary to compare the allied occupation plans for the Canary Islands and Okinawa. Certainly, the United Kingdom and the United States – actors who exercised maritime dominance in the Atlantic and the Pacific – were interested in these archipelagos to use them as a base of operations during the war. For this, it is also important to highlight the evolution of amphibious manoeuvres and the doctrine developed by the aforementioned powers in addition to that also carried out by the Japanese Empire.

Another objective, also related to the geostrategic field, refers to studying the position occupied by the archipelagos within the minds of US strategists and leaders for the immediate post-war period. The approximation to the similarities in the starting point and to the notorious differences in the outcomes of the postwar negotiations offer us a broadening of the geostrategic consideration of the insular frameworks for the interests of the United States.

On the other hand, the roles played by the Canary Islands and Okinawa in Spanish and Japanese foreign policy respectively are so directly linked to another of our objectives: to analyse the geostrategic relevance of the islands for their respective central governments. A relevance that was finally materialized in the defensive plans of the archipelagos. The exhibition and analysis of these plans allows us to delve into the

military idiosyncrasy in defensive matters together with the particular material reality from which they started in very similar spaces in the geographical framework.

Given the objectives referred to geostrategic and military considerations, it is also imperative to do the same, given the integral nature of our comparative study, with the political-economic and sociocultural elements. Thus, it is essential to compare the character or nature of the regimes in which the Canary Islands and Okinawa were framed. Indeed, we will try to reconstruct and scrutinize the fascistization of the governments of these countries to see to what extent they can be considered as fascist regimes. Of course, without forgetting the components of island identities. The comparative approach in matters of identity is almost indissoluble from any study to reveal criteria or parameters that configure these identities.

Another of the neuralgic axes that gives greater meaning, if possible, to comparative research is that of economics. Certainly, the progressive coupling of the Canary Islands and Okinawa to the processes of global economy is presented as a suggestive field of comparative analysis. Therefore, we will try to reveal the role that these islands played in their respective economic circuits. In particular, we will delve into the productive models that were developed in the islands and their fragility, as well as the importance of these as indispensable links or enclaves for the economic connections developed in the Atlantic and the Pacific.

Finally, the last of our objectives is to compare the experiences of war lived by island societies - with particular emphasis on soldiers and the civilian population. In this regard, we will also try to cover the lack of historiographical coverage, especially in the Canary Islands, existing on these experiences from the theoretical framework we use. A theoretical framework that pays special attention to the interpretation of war by the subjects who experienced it and influenced them in turn by the cultural and cognitive contexts of the moment. In other words, a framework that is concerned with clarifying the construction of subjectivities in the heat of war contexts. In short, we intend to reconstruct, comparatively, the experiences of the war that occurred in the Canary rearguard and in the Okinawan vanguard.

To achieve these objectives, our research will be based on a series of hypotheses or premises that will allow us to verify our theoretical assumptions. We must emphasize in the same way that the insular factor or element is presented as a transversal basis in all our hypotheses. Thus, these are the following:

- The insular condition of the Canary Islands and Okinawa, as well as their location in the Atlantic and the Pacific, greatly influences their geostrategic value.

- The geostrategic value of the archipelagos positioned them as platforms of the first order within the Allied planning during the war.
- As in the context of World War II, the Canary Islands and Okinawa, given the aforementioned characteristics, entered fully into the American post-war strategy. These island spaces shared the geostrategic matrix to host operations dedicated to long-range strategic bombing of other island or continental platforms.
- Helplessness was not an identity imprint exclusive to the Canary Islands. Okinawa also accused a serious defenselessness created by the material conditions from which it departed and the late or scarce interest -as in the Canary Islands- that it obtained from its central government. Neglect, apathy and negligence were elements shared by these archipelagos and were evident in their respective defensive plans.
- The archipelagic identities of the Canary Islands and Okinawa were forged in the heat of the insular factor and the migratory phenomenon. These components influenced the configuration of very particular identities – unlike other national territories – that straddled the national assumption and imposition and the defense of their own insularist and cultural particularities.
- The insertion of the Canary Islands and Okinawa in the world economy was marked by the promotion of their productive models. Hyper-specialized models in the agro-export sector that, beyond presenting themselves as fragile structures in the face of the current situation, allowed the islands to acquire a leading role in the maritime and diplomatic connections of their respective oceanic spaces.
- The Canary Islands and Okinawa were erected as small spaces that hosted a wide typology of violence. The disposition of Okinawa as a battlefield meant that its population suffered a more militarized violence than the Canary Islands. However, the interpretation of violence by its protagonists – combatants and civilians – was more or less similar, regardless of the varieties and intensities of violence they experienced.

Methodology and Sources

Our research has been carried out thanks to methodological approaches that have a well-established background in the historiography of recent decades. On the other hand, in

order to develop this work coherently, we have followed a model of hypothetical-inductive reasoning to deepen, ratify or qualify the issues indicated in the previous section. Indeed, the inductive model has led us to analyze the particular cases of the Canary Islands and Okinawa to, as a result of the premises raised, be able to specify our hypotheses and raise a series of conclusions in this regard. However, it is necessary to expose a couple of previous historiographical issues. In this sense, our research method owes much of its *raison d'être* to comparative history and, to a lesser extent, to nisology. Starting with the latter, nisology is defined as an emerging field of research or an autonomous discipline, but of an interdisciplinary nature, focused on the study of islands -especially those of a small size-. Above all, nisology prioritizes the insular factor when analyzing these geographical spaces and how this variable affects demographic, geographical, economic, social, political, historical, biological and maritime connectivity processes, among others. In other words, it is a question of showing whether insularity exerts an influence in itself when it comes to shaping island frameworks in a broad sense. In this way, the nisology would be subdivided according to the subject from which you want to approach. This would be the case, for example, of historical history. There are several authors who have reflected on this new field of study, but the most prominent, as well as a precursor, is undoubtedly Godfrey Baldacchino¹⁰².

However, it is comparative history that has served as a guide and has had a greater impact on the development of this work. Some methodological issues should therefore be highlighted. Marc Bloch already pointed out the importance of comparative historical works in the first half of the twentieth century. In his classic work *Apología para la Historia o el oficio de historiador*, Bloch asserted that "there is no true knowledge without a certain scale of comparison"¹⁰³. But before this monograph, the French historian had published an article in 1928 - "Pour une histoire comparee des societies europeene" - where he delved more systematically into comparative history¹⁰⁴. Unlike other authors, Bloch always considered comparison as a method to be used in research rather than an independent historiographical genre -an aspect that we share-.

¹⁰² Some of Baldacchino's most notable works on the theoretical framework of nisology are: Baldacchino, Godfrey, "The coming of age of island studies". *Tijdschrift voor economische en sociale geografie*, vol. 95, n°3, 2004, pp. 272-283; "Islands, island studies, Island Studies Journal". *Island Studies Journal*, vol. 1, no. 1, 2006, pp. 3-16; *A World of Islands: An Island Studies Reader*. Institute of Island Studies - University of Prince Edward Island, 2007.

¹⁰³ Bloch, Marc, *Apología para la Historia o el oficio de historiador*. Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 70.

¹⁰⁴ Bloch, Marc, "Toward a Comparative History of European Societies,". In Lane, Fredric C. and Riemersma, Jelle C., (eds.), *Enterprise and Secular Change: Readings in Economic History*. Homewood, Ill. R.D. Irwin, 1953, pp. 494-521.

The main value of the comparative method, highlighted by Bloch as well as other authors such as Chris Lorenz or Paul Herman, is to provide solid explanations for historical phenomena. Although this characteristic is somewhat generic, the explanatory value of the comparative method lies in the irregularity, differences and contradictions of these phenomena. Thus, Herman Paul argues that "the comparative model presupposes that, both in research and in daily life, this need [to have explanations] does not arise when people perceive the existence of patterns or regularities, but when they are intrigued by unusual events"¹⁰⁵. Boris A. Caballero Escorcía also ponders the value of differences when it comes to proposing, ratifying and qualifying hypotheses in comparative history: "the value of the comparative method would reside, more than in the identification of similarities, which in turn is of utmost importance for more structural explanations, in the observation of differences, what is not repeated"¹⁰⁶.

For his part, the theorist Chris Lorenz emphasizes that comparative history – if we assume that comparison is indispensable in historical research – acts on two levels. The first of these refers to the study work carried out by historians. In their research work, historians -whether conscious or not- face presuppositions and theoretical judgments compared in two axes: the temporal and the spatial. Secondly, and with more reason to be, the comparison comes to light in the historiographical work itself. Thus, Lorenz himself remarks the following: "historiographer is not only confronted with comparative judgments related to the historical reconstructions themselves, but also related to the historiographical reconstructions of those historical reconstruction"¹⁰⁷. This last problem is directly related to one of the reasons that gives rise to the use of a comparative method: historiographical pigeonholing - with the construction of various schools of historical thought - and historical - through the elaboration of historical works - from the national perspective. Indeed, there are many who, like Lorenz, highlight the role played by comparative history in alleviating the "ethnocentrism" of historical works that start from the national historiographical matrix¹⁰⁸. John Elliot spoke of the "historical

¹⁰⁵ Paul, Herman, *La llamada del pasado. Claves de la teoría de la historia*. Institución Fernando el Católico, 2016, p. 172.

¹⁰⁶ Caballero Escorcía, Boris Alexander, "La historia comparada . Un método para hacer Historia". *Society and Discourse*, nº28, 2015, p. 53.

¹⁰⁷ Lorenz, Chris, "Comparative Historiography: Problems and Perspectives". *History and Theory*, vol.38, no.1, 1999, pp. 28-29.

¹⁰⁸ Olábarri Gortázar, Ignacio, "Qué historia comparada". *Studia historica. Historia contemporánea*, nº 10-11, 1992-93, p. 50; Caballero Escorcía, "La historia comparada...", p. 52; Junena, Monica and Pernau, Margrit, "Lost in Translation? Transcending Boundaries in Comparative History". In Haupt, Heinz-Gerhard and Kocka, Jürgen (eds.), *Comparative and transnational history: Central European approaches and new perspectives*. Berghahn Books, 2009, p. 107-108.

providentialism" that was generated on this question. Or, in other words, there is a risk of falling into a supposed exceptionality when explaining historical phenomena¹⁰⁹.

In any case, Bloch clearly differentiates three uses in which the comparative method makes sense. First, to test explanatory hypotheses raised. Secondly, to reveal unique particularities in various societies and, finally, to formulate new problems for historical research. In this regard, William H. Sewell points out that the three uses formulated by Bloch for the comparative method are combined in the same objective, although Bloch himself did not recognize this. Namely, they all share the logic of hypothesis testing, either to ratify or discard them¹¹⁰. Another issue pointed out by Sewell that Bloch leaves in abeyance is that related to "units of comparison". In fact, these units will always be marked by the "explanatory problem" posed by the researcher himself. In this sense, the units of comparison deduce some variables that pivot around the exposed problem. Thus, Sewell emphasizes that it does not make sense to reduce the study compared to a couple of variables under a rigid taxonomy. Instead, the most feasible would be to compare various variables with some theoretical flexibility under the general halo of the units of comparison. Finally, this author warns that the banal use of the comparative method should be avoided. That is, to make a simple juxtaposition of two realities studied separately without any real desire to reflect on the variables handled and without the support of a solid explanatory problem¹¹¹.

In terms very similar to those of Sewell, Olábarri spoke. Thus, this author also warns about the feasibility of making comparisons in a study, especially historical. Anachronism is one of the great impediments, continues Olábarri, for the units of comparison to be properly comparable -spatial homogeneity is also at the same level-: "the units and the level of comparison can sometimes differ so much that the very reason for the comparisons could be questioned"¹¹². On the contrary, the viability of comparative history, in addition to starting from a certain spatio-temporal homogeneity, lies in extracting a series of "crucial variables" from the cases chosen to compare them systematically and not make a mere juxtaposition of approaches¹¹³. In this way, Olábarri

¹⁰⁹ Elliot, John, "Historia nacional y comparada". *Historia y Sociedad*, n°6, 1999, p. 24. Elliot himself is an example in the elaboration of historical works using the comparative method. An illustrative work in this respect is *Empires of the Atlantic World: Spain and Britain in America, 1492-1830*. Taurus, 2011.

¹¹⁰ Sewell, William H., "Marc Bloch and the Logic of Comparative History". *History and Theory*, vol. 6, n°2, 1967, p. 209.

¹¹¹ Idem, pp. 213-214.

¹¹² Olábarri, "Qué historia comparada", p. 53.

¹¹³ Idem, pp. 61-62. Above all, Olábarri is critical of the simple juxtaposition of cases which, without sharing a certain homogeneity as a basis, are presented in parallel without there being a rigorous and detailed comparison. Specifically, the author continues, that a simple interposition of works and comparison is carried out only with the support of secondary sources. In this sense, the use of primary sources offers an added twist to the approaches already taken in the original works that studied the cases separately. In other

comments that “one of the main objectives of the comparison (historical or sociological) is to make general statements about relationships between cases, and for this it is necessary to use concepts that, at the level of the cases, are represented through observable variables”¹¹⁴.

To specify the approaches of Sewell and Olábarri, we emphasize that our general comparison units are materialized in the archipelagic frameworks of the Canary Islands and the Ryūkyū as long-lasting geographical elements -using the terminology of Fernand Braudel-. Similarly, in addition to sharing this spatial homogeneity, they are also crossed by the common denominator of the first decades of the twentieth century whose culmination is reflected in the war and post-war stage of 1930 and 1940. As a consequence, and connecting with the objectives and hypotheses proposed, the variables for comparison are several: the geostrategic value of the islands, the allied plans on the islands during the war and the post-war period, the defensive projects, the economic models developed, the island identities gestated in the heat of the migratory diaspora together with the Spanish and Japanese national imposition and the interpretation of the experiences of violence as a result of the war contexts by the combatants and island civilians.

In this way, the explanatory problems arising in relation to these variables are: Why do the Canary Islands and Okinawa stand out in the Atlantic and the Pacific as geostrategic enclaves? Is this explained simply by their insular condition? Why Okinawa, sharing the insular characteristics with the Canary Islands, was finally projected as a geostrategic platform for the allies? Is this only due to the condition of Japan as a defeated power thus generating a situation of *tabula rasa* for negotiations? What role did the Atlantic and the Pacific play in this regard in the eyes of the Allied? Can it be said that the defenselessness was something particular or unique in the case of the Canary Islands? Why the productive model of the Canary Island economy managed to lay a more solid foundation – at least until the preludes to the war – unlike Okinawa – sharing these similarities in the productive model? Why, having experienced unequal violence in the war and with different typologies, do the island societies of the Canary Islands and Okinawa channel their interpretations of this violence in a similar way? Undoubtedly, all these unknowns and problems are born and solved at the same time thanks to the use of the comparative method.

words, the use of comparison with the support of primary sources helps to renew the approaches and hypotheses.

¹¹⁴ Idem, p. 54.

With regard to the sources, in addition to relying on a wide bibliographic corpus and whose most relevant contributions have been cited in previous sections, we have also handled, consulted and analyzed a wide typological range of sources -documentary sources (reports, newspapers, memoranda, newspapers, magazines.), audiovisual sources (short films and photographs), published memoirs and oral sources (transcribed or recorded interviews). The varied nature of these sources has allowed us to approach our study in an integral way and from multiple perspectives -pondering sociocultural elements- thus moving away from the classic vision of historical research, although necessary, purely archival in its strictest sense.

In any case, the British National Archives (TNA) offer extensive documentation referring to the Allied occupation plans of the Canary Islands. We highlight in this regard the reports and memoranda prepared by the *War Office* (WO), the *Air Ministry* (AIR) and the *War Cabinet* (CAB). Similarly, we highlight the consular reports created by the *Foreign Office* (FO) detailing the economic situation of the Atlantic islands at the end of 1940. The British archives also housed copies of the invasion plans on Okinawa outlining the work done by the WO with *British Military Intelligence Section 2* (MI2). But it is in the archives and documentation centers of the United States where the projects dedicated to Okinawa are most collected. We have mainly used the *Defense Technical Information Center* (DTIC) of the Department of Defense.

On the American side, the documentation guarded by the National Archives (NARA), the National *Security Archive* (NSA) or the *National Museum of the Pacific War Digital Archive* (NMPW) is also important. From them emanates information referring equally to the war and post-war plans of the United States. Of special mention are the funds of groups RG 263, 165, 342 and 127. The first of these extensively facilitates a large number of reports and studies prepared by the Central Intelligence Agency (CIA) on the configuration of the post-war international order. The RG 165 for its part occupies the most specific projects developed by the *Joint Chief of Staff* (JCS) for the location and installation of military bases throughout the globe -including the regions of the Canary Islands and Okinawa-. RG 127 houses documentation relating to the Marine Corps. Documentary and graphic sources on the Okinawa campaign stand out. Finally, RG 342 consists of a documentary group that houses, among other elements, photographs and documentary films in relation to the territories occupied by the United States during the postwar period. On these last issues also highlights the *National Diet Library* of Japan (NLD - *Kokuritsu Kokkai Toshokan*) which also supports a large amount of Allied material from the 1940s onwards.

As for the Spanish archives, we highlight those that house documentation on the measures and analysis of the defensive situation of the Canary Islands. Of special mention are the Intermediate Military Archive of the Canary Islands (AIMC), the General Military Archive of Ávila (AGMA), the General Military Archive of Guadalajara (AGMG) and the Historical Archive of the Air Force (AHEA). Finally, we must also highlight the oral testimonies -the result of interviews- housed in digital archives. The Archive of the Peace Memorial Museum of the Prefecture of Okinawa (AMCPPO) and the Archive of the Historical Memory of the Government of the Canary Islands (AMHGC) are noteworthy. The information gathered in them is also added to the equally valuable testimonies from other media - personal interviews, memoirs. This type of source has allowed us to delve into such volatile and subjective issues from a sociocultural point of view – the shaping of island subjectivities as a result of experiences of war and violence – that otherwise it would have been almost impossible to address.

I PARTE

REVALORIZACIÓN ESTRATÉGICA DE LOS ARCHIPIÉLAGOS

1. IMPORTANCIA ESTRATÉGICA DE LAS ISLAS

Para poder abordar de forma coherente los objetivos propuestos para nuestra tesis es indispensable tratar, en primer lugar, la relevancia estratégica de nuestro objeto de estudio: el archipiélago de las Ryūkyū y el archipiélago de Canarias. Así este primer capítulo nos servirá como preludeo para contextualizar la relevancia geoestratégica de estos marcos insulares. En efecto, la posición geográfica confirió a ambos archipiélagos una alta importancia estratégica que se pone de manifiesto en las diversas conexiones y procesos de expansión de varias potencias. Por tanto, trataremos contextualizar estos aspectos para servirnos como un primer marco general en el inicio de nuestra investigación. Así, plantearemos una serie de consideraciones geoestratégicas generales. Seguidamente, nos aproximaremos al desarrollo de ambos archipiélagos en relación con los procesos de globalización capitalista y expansión imperialista. Unos procesos que fueron ejecutados por relevantes imperios y potencias desde la modernidad hasta principios del siglo XX mediante las conexiones marítimas que se sucedieron y las conquistas territoriales que se gestaron a lo largo del orbe.

1.1. Consideraciones geoestratégicas sobre el Atlántico oriental y el Pacífico occidental en perspectiva histórica

Si se quiere ahondar en las consideraciones geoestratégicas del Atlántico oriental o del Pacífico occidental ello implica dilucidar, de manera somera, conceptos como estrategia militar, geoestrategia o geopolítica. Del mismo modo, en relación con el espacio físico que nos atañe, debemos aludir inevitablemente a los conceptos de Historia atlántica o del Atlántico e Historia del Pacífico. Más allá de ser términos que aluden a un espacio geográfico particular, estos se erigen como constructos historiográficos que han estado, y siguen, en constante debate a la hora de elaborar un determinado relato histórico.

Si se asume, por tanto, que tanto Canarias como las Ryūkyū, concretamente Okinawa, albergan un alto valor estratégico, especialmente militar, geográfico y político, debemos entender por estrategia militar como “el arte de concebir planes de operaciones, coherentes con la finalidad política pretendida por la propia comunidad soberana, y también el arte de conducir los ejércitos hacia los objetivos que se consideren decisivos”. Por su parte, la geoestrategia se encargaría de cumplir con unos objetivos políticos dentro de un escenario geográfico particular siendo el uso de los medios militares un factor vital para la consecución de tales objetivos¹¹⁵. Por otra parte, cabe mencionar a pensadores que influyeron en la gestación del concepto de la “geopolítica”. Rudolf Kjellen, padre de este

¹¹⁵ Pardo de Santayana, José R., “Geoestrategia y espacio español”. *Política Exterior*, vol.10, nº49, 1996, p. 122. La definición de “estrategia militar” viene dada por el general Miguel Alonso Baquer y es extraída de este estudio.

vocablo, consideraba a la geopolítica como el producto de las relaciones entre el ser humano, a través del Estado, y el territorio. O, en sus propias palabras: “es la ciencia que concibe al Estado como un organismo geopolítico o como un fenómeno en el espacio”¹¹⁶.

A su vez, destacan otros autores como Karl Ritter, Friedrich Ratzel o Harold J. Mackinder que aducen a su propia concepción de geopolítica, aunque no difieren mucho de la definición primigenia de Kjellen¹¹⁷. Todos ellos confluyen con la formación de la geopolítica clásica en la que el Estado, como un organismo geográfico, debe asegurar su espacio vital. Por ello, la alusión constante al Estado y al espacio físico no es una cuestión aleatoria si se tiene en cuenta el periodo histórico en el que se inserta. En efecto, estas definiciones sobre la geopolítica iban en consonancia con el nacimiento de los Estados-nación contemporáneos, así como los procesos de revolución industrial y expansión imperialistas de finales del siglo XIX y principios del XX¹¹⁸. En este sentido, dado que la geopolítica implica una notoria presencia de la política internacional no es de extrañar que esta esté conformada por múltiples variables y conceptos como “dominación”, “poder”, “influencia”, “independencia”, “soberanía”, “interdependencia” o “integridad territorial”, todas ellas analizadas desde múltiples disciplinas, entre las que se encuentra la Historia¹¹⁹. Así, por ejemplo, Alfred Thayer Mahan, otro pensador de la geopolítica clásica, aseveraba que el poder naval era el garante de la preminencia de los estados en su control por el espacio físico. Sus postulados, recogidos en su obra *The Influence of Sea Power Upon History, 1660–1783*, moldearon en gran medida la estrategia naval de Estados Unidos durante el siglo XX. En su obra, se postula la imperiosa necesidad del control de los mares en lo concerniente al auge económico de cada nación la cual esta eminentemente ligada al ascenso de la actividad mercantil desde comienzos de los siglos modernos¹²⁰.

En relación con estos términos, la investigación histórica que nos corresponde no debe considerar la delimitación del espacio físico como un asunto baladí. Así ocurre con la propia concreción del Atlántico y sus diversas compartimentaciones. Unas compartimentaciones que surgen en el momento en el que se intenta materializar estos límites. Por ejemplo, existe un consenso general relativo a la zona del Atlántico sur, que se fusiona con la zona oriental a su vez, en la que el Trópico de Cáncer se tiene como

¹¹⁶ Rosales Ariza, Gustavo, *Geopolítica, geoestrategia, liderazgo y poder*. Publicaciones y Comunicaciones UMNG, 2005, p. 17.

¹¹⁷ Ídem, p. 28.

¹¹⁸ Dallanegra Pedraza, Luis, “Teoría y metodología de la geopolítica. Hacia una geopolítica de la «construcción de poder»”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 2010, p. 22.

¹¹⁹ Ídem, p. 16.

¹²⁰ Mahan, Alfred T., *The Influence of Sea Power Upon History, 1660–1783*. Blackmask Online, 2004, p. 3.

referencia respecto al norte, el continente antártico hacia el sur, y al este y oeste con el cabo de las Águilas y el cabo de Hornos respectivamente¹²¹.

Una característica relevante del Atlántico es la gran cantidad de islas que este alberga y que son esenciales para el tránsito marítimo. Por ende, insertado en este marco general quedaría posicionado el triángulo Azores-Madeira-Canarias considerado por algunos como el “Mediterráneo atlántico”. Este triángulo se erige como punto nodal entre el Mediterráneo y el Atlántico desde la antigüedad, de ahí que autores como Nicolas Spykman lo consideren como una prolongación más del *Mare Nostrum* por las relaciones que en él se dieron¹²². Este eje de las diversas composiciones insulares, especialmente Canarias, ha pasado por momentos diferentes de revalorización estratégica según las coyunturas que se sucedieron. Así, por ejemplo, momentos cruciales de esta revalorización fueron la intensificación del tráfico marítimo a partir de siglo XVII, ligado especialmente al comercio triangular y a la ruta del cabo antes de la apertura del canal de Suez, el estallido de las dos guerras mundiales o los primeros años de la posguerra. En esta línea, la Segunda Guerra Mundial también marcó una revalorización del archipiélago japonés, particularmente en Okinawa¹²³.

Por su parte, la zona del Pacífico, siendo el océano más vasto en el que se localizan unas 25.000 islas, fue, y sigue siendo, una zona de choque de intereses entre diversas potencias. Tanto sus peculiaridades geográficas como las demográficas son algunos factores que impulsan la importancia estratégica de esta amplia región¹²⁴. Al igual que el Atlántico, la cuenca del Pacífico no estuvo ajena a los procesos de expansión marítima, sino todo lo contrario. La gestación de las redes atlánticas se prolongó a su homólogo oceánico con la irrupción de las potencias europeas en el teatro asiático. Ciertamente, la réplica del comercio triangular atlántico se materializó en el Pacífico a través de la ruta que conectaba El Callao, Acapulco y Manila. Una ruta en la que los comerciantes ansiaban la búsqueda de materias como porcelanas, sedas, especias, oro, plata, maderas preciosas, productos vegetales, objetos de arte y artesanía, fertilizantes, estaño, cobre o níquel para el mercado atlántico y las potencias europeas hasta el siglo XIX¹²⁵.

Dentro de este marco, el archipiélago de las Ryūkyū se conformó como escenario de interés por parte de China, Japón y EE. UU. Desde su nacimiento como un solo reino desde el siglo XIII, las Ryūkyū se integraron en el escenario internacional con las

¹²¹ Cotau Bégarie, Hervé, *Geoestrategia del Atlántico sur*. Ediciones Ejército, 1989, p. 32.

¹²² Ídem, p. 36.

¹²³ Ídem, p. 60.

¹²⁴ Rubio Damián, Francisco, “Importancia estratégica del Pacífico”. *Revista Ejército*, nº871, 2013, p. 12.

¹²⁵ Jaén Suárez, Omar, “La cuenca del océano Pacífico y la Historia Global”. En Montero Llácer, Francisco J. (coord.), *El océano Pacífico. Conmemorando 500 años de su descubrimiento*. Editorial centro de estudios Ramón Areces, 2014, pp. 78-79.

relaciones de dependencia que sostuvieron con China y, desde el siglo XVII, con Japón¹²⁶. En este sentido, tanto el archipiélago canario como el de las Ryūkyū comparten, además de su carácter insular, la relevancia estratégica en sus respectivos espacios físicos y la susceptibilidad de ser lugares fronterizos de perpetuo choque de influencias de la mano de múltiples potencias.

Si las consideraciones estratégicas tienen su incidencia en ambos archipiélagos, también lo tienen los conceptos historiográficos que se ocupan del estudio histórico del Atlántico y el Pacífico. El Atlántico en sí mismo es una invención conceptual europea desarrollada en los primeros siglos modernos como consecuencia de los procesos de expansión y conexiones que se sucedieron entre los litorales del viejo continente con África y América¹²⁷. Por ello, el concepto de historia atlántica no resulta novedoso tanto en cuanto ha sido objeto de interés sobre todo por la historiografía anglosajona. Por tanto, no es de extrañar que desde su consideración más historiográfica la historia atlántica se haya concebido como una historia norte-europea en relación con las antiguas colonias inglesas con la base cimentadora de la civilización occidental¹²⁸. En este sentido, John Elliot¹²⁹, tras preguntarse qué se entiende por historia atlántica, aduce que esta debería ser un medio para enarbolar una historiografía integral que traspase fronteras y temáticas. En efecto, desde sus orígenes la historia atlántica se ha centrado en el estudio de los imperios atlánticos dejando a zonas como los territorios insulares en un segundo plano o supeditados a la historia continental. Sin embargo, esta tendencia ha cambiado con los últimos años¹³⁰.

Por su parte, David Armitage considera que la historia atlántica, a pesar de la artificialidad de su concepto, se asienta en una realidad o geografía natural, esta es, el océano Atlántico¹³¹. Para Armitage, la aglutinación de los diversos relatos históricos bajo el semblante de diversas historias atlánticas puede darse desde una triple categoría de la historia atlántica: la historia circunatlántica, la historia transatlántica y la historia cisatlántica. Así, la primera categoría estaría dedicada a la historia del océano atlántico como espacio físico, pero también se incluyen los procesos de migración o intercambio

¹²⁶ Toshiaki, Furuki, "Considering Okinawa as a frontier". En Hook, Glenn D. y Richard Siddle, Richard, (eds.), *Japan and Okinawa. Structure and subjectivity*. Routledge Curzon, 2003, pp. 25-26.

¹²⁷ Elliot, John, "En búsqueda de la Historia Atlántica". *XIV Coloquio de historia Canario-Americana*, 2000, p. 22.

¹²⁸ Santana Pérez, Germán, "El África Atlántica: la construcción de la historia atlántica desde la aportación africana". *Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, nº 14, 2014, p. 11.

¹²⁹ Ídem, pp. 20-21.

¹³⁰ Ídem, p. 12.

¹³¹ Armitage, David, "Tres conceptos de historia atlántica". *Revista de Occidente*, nº281, 2004, p. 8.

de bienes e ideas, aunque no bajo el halo de la historia nacional o internacional, sino desde la perspectiva oceánica¹³².

La historia transatlántica, por su parte, presenta un enfoque comparado entre los diversos relatos insertos en la historia atlántica. Ello le confiere un carácter internacional a la hora de analizar diversas cuestiones susceptibles de ser comparadas. Así ocurre con la obra de Claudio Véliz, *The New World of the Gothic Fox: Culture and Economy in English and Spanish America*¹³³, donde se realiza una comparación entre aspectos económicos, sociales, religiosos o institucionales entre el imperio británico y el imperio español. Son ejemplos como estos los que dan pie a Armitage para hablar de la historia transatlántica como una historia de carácter internacional, incluso interimperial, y comparada¹³⁴.

Por último, la historia cisatlántica trataría de profundizar en las singularidades de zonas particulares dentro del mundo atlántico y ponerlas en relación en un espectro amplio de conexiones. En este sentido, este enfoque comparte la visión comparada de la historia transatlántica a la hora de enarbolar un relato. Estas conexiones pueden ser de diversa índole, desde los flujos migratorios de diferentes riberas, hasta la configuración de las sociedades portuarias e isleñas o la relación con el medio oceánico. Por ello, la historia cisatlántica posee una amplia perspectiva de análisis¹³⁵. El enfoque comparado que atribuye Armitage a ciertas aproximaciones de la historia atlántica es compartido también por John Elliot, el cual asevera que “la historia comparada tiene la gran virtud de obligarnos a colocar nuestros propios campos de conocimiento especializado dentro de un contexto más amplio”¹³⁶. A este respecto, nuestra investigación también confluye a la hora de poner de relieve las singularidades de cada archipiélago y compararlas.

Por su parte, la elaboración de una historia del Pacífico ha tenido más controversias en lo que a su concepción terminológica para el estudio histórico se refiere. Al igual que con la historia atlántica, la historia del Pacífico requiere de la delimitación espacial para insertar en ella los diversos relatos históricos que le competen. Esta delimitación física se vuelve problemática tanto en cuanto la complejidad geográfica de la cuenca del Pacífico y el surgimiento de términos que excluyen o incluyen a ciertas zonas o realidades. Son el caso de “océano del sur”, “el Pacífico” o “Asia Pacífico”¹³⁷. Del mismo modo, muchos de los

¹³² Ídem, p. 14.

¹³³ Véliz, Claudio, *The New World of the Gothic Fox: Culture and Economy in English and Spanish America*, University of California Press, 1994.

¹³⁴ Armitage, “Tres conceptos...”, pp. 17-19.

¹³⁵ Ídem, pp. 21-23.

¹³⁶ Elliot, “En búsqueda de...”, p. 27.

¹³⁷ Gulliver, Katrina “Finding the Pacific World”. *Journal of World History*, vol. 22, nº1, 2011, p. 85.

acontecimientos acaecidos en el Pacífico han sido supeditados a historias nacionales o imperiales.

Mientras la historia atlántica ha calado en el ámbito académico, adhiriéndose a la historia del Atlántico británico, ibérico o francés con un respaldo geográfico natural, la historia del Pacífico ha estado supeditada más bien a estudios antropológicos o de otras ciencias sociales antes que de la propia historiografía. Dichos estudios también han estado más centrados en el análisis de los aspectos naturales y científicos, sobre todo a partir de las expediciones europeas del siglo XVIII en adelante. Por otra parte, son muchos los que consideran, como es el caso de Katrina Gulliver, que la conformación histórica del término “historia del Pacífico” cobra sentido a partir de estos viajes de carácter científico y exploratorio hasta la conclusión de la Segunda Guerra Mundial. El argumento principal que da pie a esta aseveración es la mayor confluencia del tráfico de personas y mercancías en comparación con los primeros siglos modernos¹³⁸. Se podría aludir en este punto que la acuñación de términos como “el lago español” por parte de Oskar Hermann K. Spate, recogido en su obra más distinguida *The Spanish Lake*¹³⁹, es un ejemplo para poder abordar relatos históricos auspiciados bajo la historia del Pacífico. Sin embargo, Ben Finney pone de manifiesto que las conexiones que se dieron en el periodo bajo el “lago español” son bastante débiles y dejan muchas zonas del Pacífico inconexas¹⁴⁰. Por ende, esta concepción de una historia del Pacífico tiene por eje vertebrador la gran afluencia de intercambios a partir del periodo mencionado. En este sentido, son también las conexiones e intercambios marítimos un elemento fundamental de análisis que comparte con la historia atlántica.

De esta forma de entender la historia del Pacífico se deduce una tendencia eurocéntrica a la hora de articular un término historiográfico para la gestación de estudios. En efecto, más bien parece que este tipo de formación conceptual se da desde unos prismas historiográficos determinados, eminentemente europeos. ¿Hasta qué punto son las expediciones europeas el referente factual para erigir un concepto que pretende, a priori como su homólogo atlántico, cobrar un cariz integrador con múltiples relatos?

En relación con este cuestionamiento, la acuñación del término sistema-mundo por Immanuel Wallerstein¹⁴¹ puede ponerse en relación con este asunto. La idea fundamental que se proyecta de este término es la integración global, en todos sus ámbitos, del planeta mediante la formación de unos centros de poder que tejen unas redes de dominación y

¹³⁸ Ídem, p. 83.

¹³⁹ O. H. K. Spate, *The Spanish Lake*. University of Minnesota Press, 1979.

¹⁴⁰ Finney, Ben, “The Other One-Third of the Globe”. *Journal of World History*, vol. 5, nº2, 1994, p. 286.

¹⁴¹ Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. Siglo XXI, 1979.

conexión sobre unas periferias o semi-periferias desde el comienzo de la edad moderna. La característica por la cual se puede generar una relación con la historia del Pacífico, según lo anteriormente mencionado, es la marginalización de ciertas regiones en el sistema-mundo. Ciertamente, Toshiaki Furuki establece el nacimiento de estas relaciones dentro del sistema-mundo con una impronta eurocentrista. Prueba de ello es la escasa alusión que hace Wallerstein a regiones asiáticas en este proceso.¹⁴²

Para el caso de Asia, Toshiaki habla de la presencia de un sistema-mundo regional ya formado cuyo centro era China. Era dentro de este marco donde el archipiélago de las Ryūkyū, especialmente Okinawa, estaba supeditado a la influencia china. Las relaciones exteriores de este centro regional asiático se caracterizaban por un sistema de vasallaje y tributos¹⁴³. Por tanto, tanto la acuñación del sistema-mundo como de la historia del Pacífico bajo estos postulados pueden ser matizados.

Así pues, tanto Canarias como las Ryūkyū se erigen como entornos insulares estratégicos en sus respectivos escenarios. Su localización oceánica en medio de las encrucijadas marítimas y rutas mercantiles hace que estos espacios sean sempiternos testigos de la pugna expansiva que, desde siglos atrás, se da entre diversas potencias. En el caso de Canarias, con su inserción en las rutas atlánticas, americanas y africanas y, para el caso del archipiélago nipón, por su posición fronteriza entre los principales flujos marítimos de Asia. Por su parte, los conceptos historiográficos en los que se insertan la historia de estos archipiélagos parecen tener más consistencia para el caso de las islas atlánticas a la hora de hilvanarlas en un relato histórico más amplio, mientras que la historia del Pacífico adolece de cierta vaguedad conceptual como ha quedado mencionado. Nuestro enfoque comparado, pretende, entre otros objetivos, poner en relación estos dos escenarios y revalorizarlos en un marco más amplio.

1.2. Canarias en la encrucijada de rutas tricontinentales del Atlántico

Ciertamente, la incorporación de Canarias al sistema-mundo la convirtió en una zona de tránsito, o una “semi-periferia” para ser más exactos, entre los continentes donde se desarrollaba el comercio triangular¹⁴⁴. Las relaciones del archipiélago con diversas regiones, como África, siempre quedaban supeditadas a las decisiones que se tomaban fuera de este. En este sentido, el descubrimiento de las islas por parte de los europeos y

¹⁴² Toshiaki, “Considering Okinawa...”, p. 21.

¹⁴³ Ídem, p. 24.

¹⁴⁴ Algunos autores aducen incluso a un comercio cuadrangular donde el cuarto vértice estaría conformado por la participación de las islas atlánticas como Canarias, Madeira o Cabo Verde que servían de mercado, a la vez que enclave, en el tráfico mercantil. Véase el caso de Juan Manuel Santana Pérez, “Islas atlánticas en el comercio entre América y África en el Antiguo Régimen”. *Cuadernos Americanos: Nueva Epoca*, vol. 4, nº142, 2012, p. 126.

su conquista en el siglo XV marcó unas disputas, principalmente entre castellanos y lusos, por el control de las rutas africanas que se vieron saldadas con el tratado de Tordesillas en 1494¹⁴⁵. En efecto, la consolidación de los Estados europeos a través de la institución monárquica junto al desarrollo de un primigenio capitalismo comercial mediante políticas mercantilistas son factores que incidieron tempranamente en Canarias. Quizás el rasgo más característico de esta primera fase fue la aplicación de una autentica colonización de las islas cambiando sus patrones sociales, económicos y políticos anteriores. Fueron las oportunidades económicas que ofrecía este nuevo escenario un incentivo para su revalorización y poblamiento a pesar de la crisis demográfica que Europa arrastraba desde finales del periodo bajomedieval. Sería la monarquía una de las grandes beneficiarias de este proceso dado que jugó un rol preminente, al menos en las islas realengas¹⁴⁶.

Una de las primeras actividades económicas desarrolladas con vistas al continente africano fueron las cabalgadas o razias esclavistas, especialmente en Berbería, lo que ocasionaba que se produjeran réplicas de corsarios y piratas berberiscos que arribaban, sobre todo, a las islas de Lanzarote y Fuerteventura¹⁴⁷. El rescate de cautivos fue una parte de esta actividad donde los isleños tomaban partido al igual que en las persecuciones bajo el auspicio del gobernador de Gran Canaria. Todo ello era respaldado por la penetración castellana en el continente africano mediante la erección de construcciones defensivas como lo era la torre de Santa Cruz de Mar Pequeña¹⁴⁸. Por su parte, el ámbito comercial del archipiélago se caracterizó por su laxo control fiscal a la hora de entablar relaciones comerciales con las Indias, Berbería o el Mediterráneo. Pero esta libertad sería coartada dada la presión de comerciantes sevillanos, que exigían un control directo desde la Casa de Contratación, sobre todo con respecto al comercio americano, o el aumento de la piratería y el corso, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XVI¹⁴⁹. Los primeros incidentes piráticos fueron protagonizados por marineros y navíos lusos desde mediados del siglo XV. Unas incursiones que fueron emuladas por posteriores potencias como Inglaterra o Francia con los conocidos casos de François Le Clerc “pie de palo” o Francis Drake. Esta tesitura, además de influir en el comercio exterior archipelágico, evidenció la acuciante necesidad de fortificar las islas ante los posteriores ataques. La preocupación por las medidas defensivas de las islas se dejó notar con el nombramiento de los capitanes Juan de Benavides y Juan Álvarez de Fonseca como gobernadores de

¹⁴⁵ Santana Pérez, Germán, “Canarias en las relaciones hispano-africanas (I) De los orígenes hasta la transición”. *Palabras*, nº4, 2012, p. 27.

¹⁴⁶ Aznar Vallejo, Eduardo, “Estado y colonización en la Baja Edad Media. El caso de Castilla”. *En La España Medieval*, vol. 11, nº7, 1988, pág. 8.

¹⁴⁷ Rumeu de Armas, Antonio, *Piraterías y Ataques Navales contra las Islas Canarias*. Instituto Jerónimo Zurita, Tomo I, 1947, p. 479.

¹⁴⁸ Aznar Vallejo, “Estado y colonización...”, p. 16.

¹⁴⁹ Ídem, p. 20.

Gran Canaria y Tenerife respectivamente mediante la Real cédula del 20 de junio de 1571 atribuyendo así competencias militares al cargo civil de gobernador. Con ello, la intención de la Corona por perseverar el dominio de sus posesiones atlánticas se materializó con el envío de un presidio militar por orden de Felipe II para instruir a las milicias isleñas o en la construcción de fortificaciones como los castillos de San Cristobal del puerto de Santa Cruz de Tenerife, la torre del Conde en La Gomera¹⁵⁰, la Fortaleza de Santa Catalina en La Palma o la Torre del Cabo que se añadían a la primigenia Torre de San Miguel en la misma isla. Sus artífices fueron los ingenieros militares italianos Leonardo Torriani y Próspero Casola¹⁵¹. Estos conflictos emergieron de la política exterior de la Monarquía Hispánica, especialmente la rivalidad mantenida con Francia por lo que, en este sentido, las relaciones exteriores de Canarias siempre estuvieron siempre supeditadas a avatares exógenos¹⁵².

Sin ninguna duda, la situación geoestratégica del archipiélago lo convirtió en una parada inevitable en las rutas hacia las Indias y África desde su colonización. Su principal función sería la de proporcionar avituallamiento a las diversas flotas que arribaban a sus costas. La proyección internacional del territorio insular se manifestaba con el asentamiento comunidades de diversos mercaderes europeos como era el caso de los genoveses, que llegaron a controlar el 58% de la actividad comercial en el siglo XVI¹⁵³. Un comercio especializado en productos de exportación tales como el azúcar, el vino, la orchilla y algunos manufacturados cuyo principal destino eran los mercados europeos. Todos ellos cobraron relevancia según el paso del tiempo y, claro está, según las demandas condicionadas también por las variables políticas y económicas externas¹⁵⁴.

Estos intercambios tuvieron que estar respaldados por las pertinentes infraestructuras portuarias que en el archipiélago se materializaron en los puertos de primer orden de Las Palmas, Santa Cruz de la Palma y Santa Cruz de Tenerife. Todos ellos sufrirían diversas modificaciones como los proyectos de obras de muelles para abastecer propiamente a las flotas que hacían escala¹⁵⁵. Estos puertos atlánticos ejercerían una influencia económica, política y social en sus entornos más próximos. No se debe olvidar en este punto la

¹⁵⁰ Rumeu de Armas, *Piraterías y Ataques...*, pp. 475-477.

¹⁵¹ Lobo Cabrera, Manuel y Hernández Suárez, Sergio, “Las fortalezas de la isla de la Palma durante la segunda mitad del siglo XVI”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº66, 2020, p. 17. Sobre las cuestiones defensivas en relación con la piratería destacan también el estudio citado de Rumeu de Armas y el trabajo de Manuel de Paz Sánchez, *La piratería en Canarias*. Centro Cultura Popular Canario, 2009.

¹⁵² Lobo Cabrera, Manuel, “El comercio canario europeo en tiempos de Carlos I”. *XIV Coloquio de Historia Canario Americana*, 2000, p. 2012.

¹⁵³ Ídem, p. 2011.

¹⁵⁴ Lobo Cabrera, Manuel, *El comercio canario europeo bajo Felipe II*. Secretaria Regional do Turismo, Cultura e Emigração, 1988, p. 5.

¹⁵⁵ Lobo Cabrera, Manuel, “Canarias y el mar”. *Catharum: Revista de Ciencias y Humanidades*, nº1, 2000, p. 66.

inserción del escenario canario en la trata esclavista. Ciertamente, tal y como asevera Filipa Ribeiro da Silva, este fenómeno comercial del tráfico humano modificó las dinámicas de las sociedades portuarias africanas en el Atlántico, y Canarias no era una excepción. En este sentido, tuvo lugar una competencia entre los diferentes puertos atlánticos, ya fueran insulares o continentales africanos, caracterizada por el auge y detrimento de algunos respecto a otros según el paso del tiempo. Así, por ejemplo, Canarias llegó a su máxima afluencia de esclavos en el siglo XVII por dos factores principales: la gran demanda de mano de obra en las sociedades isleñas, que se produjo de igual forma en el caso de Madeira, y la carestía de recursos humanos en las metrópolis ibéricas por las diversas empresas marítimas expedicionarias¹⁵⁶.

No obstante, la participación insular en la trata negrera fue disminuyendo con el paso de los siglos y su papel se centró más en su calidad de enclave estratégico donde hacer escala para la continuación de los viajes transatlánticos¹⁵⁷. Ya entrado el siglo XVIII, el archipiélago veía reducida también su participación en los mercados africanos salvo tenues intercambios con Cabo Verde, las costas saharauí y mauritana, y la incidencia pesquera en el banco pesquero canario-sahariano junto a la costa de Berbería. A ello se le añadía que se aprovechara el entorno archipelágico como enclave para la actividad corsaria española¹⁵⁸.

El librecambismo comercial del reglamento de 1778 puso fin al monopolio gaditano en el comercio con América. Con ello, Canarias reactivó su flujo con este continente, aunque desde una posición debilitada dada las restricciones que había sufrido con anterioridad además de que el mantenimiento de los gravámenes impositivos hacía poco rentable el tráfico. Con la independencia de las colonias americanas, el archipiélago, bajo la promulgación de un Real Decreto en la década de los treinta del siglo XIX, se centró en el comercio con Venezuela y Uruguay¹⁵⁹. Este periodo coincidió con la primera fase de los imperialismos europeos, momento también en que se produjo la abolición de la esclavitud y una persecución de la trata negrera por su continuación ilegal a España y Portugal. Eran frecuentes las denuncias por la reiterada escalada de supuestas flotas mercantiles que, en realidad, transportaban esclavos en el archipiélago canario. Del mismo modo, las islas fueron vistas por las primeras expediciones imperialistas hacia África como un lugar de obligada estancia para el aclimatamiento para las diversas expediciones

¹⁵⁶ Ribeiro da Silva, Filipa, "The slave trade and the development of the Atlantic Africa port system, 1400s–1800s". *The International Journal of Maritime History*, vol. 29, nº1, 2017, pp. 150-151.

¹⁵⁷ Santana Pérez, "Islas atlánticas en el comercio...", p. 123.

¹⁵⁸ Santana Pérez, "Canarias en las relaciones...", p. 35.

¹⁵⁹ Santana Pérez, "Islas atlánticas en el comercio...", pp. 132-133.

y, por ende, en aras de soportar mejor las condiciones climáticas que les aguardaban en el continente susceptible de ser explorado y colonizado¹⁶⁰.

Ciertamente, las últimas décadas del siglo XIX trajeron consigo avances como el desarrollo de nuevos sistemas de comunicación que fueron utilizados para el tráfico oceánico, la mayor capacidad de carga de las flotas mercantes o la implementación de la navegación a vapor y, con ello, la disminución de los tiempos de viaje. Todo ello acompañado de la impregnación ideológica liberal sobre las estructuras políticas, sociales y económicas. Bajo estas condiciones, los expansionismos imperialistas se propagaron con mayor rapidez por África y Asia, donde el factor estratégico cobró una gran relevancia. Por tanto, la competición feroz entre diferentes Estados se materializó en la conquista formal de los nuevos territorios en vistas a su colonización o bajo la conquista informal con el control económico. Es aquí donde entró en escena el archipiélago canario que, dada su posición, fue testigo de la llegada de estos procesos a sus costas. En efecto, el control de las rutas marítimas supuso una inversión de capital en las islas que modificaron, además de su estructura económico-financiera, los puertos para el avituallamiento de las flotas¹⁶¹.

En este sentido, el papel desempeñado por las compañías mercantiles fue esencial no solo en la conformación de las nuevas redes marítimas favorables a este nuevo proceso globalizador, sino también en la modificación de las zonas portuarias necesitadas de una reconversión acorde a los cambios que se producían. Las islas de la Macaronesia fueron los destinos ideales para hacer escala en el Atlántico y para la provisión de agua y carbón, entre otros servicios. Así, con el incremento del flujo de buques de vapor a partir de 1850 uno de los primeros archipiélagos en beneficiarse de esta dinámica fue Cabo Verde. Del mismo modo, Canarias obtuvo grandes sumas de ingreso y se presentaba como uno de los mejores escenarios entre los principales puntos competidores en la escala y tráfico oceánico¹⁶².

Sin duda, en el caso canario el puerto de la Luz se erigiría como un ejemplo prototípico de lo que debía desempeñar un puerto de escala internacional de primer nivel cuyos principales servicios consistían en suministrar recursos carboníferos o de avituallamiento a las flotas extranjeras. La materialización de un marco jurídico favorable se dio con el

¹⁶⁰ Santana Pérez, “Canarias en las relaciones...”, p. 37.

¹⁶¹ Ponce Marrero, Francisco Javier, “Canarias y la expansión de los imperialismos: de la Europa Bismarckiana a la crisis finisecular, 1880- 1899”. *Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, nº1, 1993, p. 170. Sobre la importancia geoestratégica de Canarias para las potencias anglófonas en el cambio de siglo sobresale la monografía de Javier Márquez Quevedo, *Canarias y la crisis finisecular española (1890-1907). Del desastre ultramarino a la garantía de seguridad exterior*. Ministerio de Defensa, 2006.

¹⁶² Suárez Bosa, Miguel, “Atlantic Ports: An Interpretative Model”. En Suárez Bosa, Miguel (ed.), *Atlantic Ports and the First Globalisation c. 1850-1930*. Palgrave Macmillan, 2014, pp. 11-12.

Real Decreto de los puertos francos en 1852, dando comienzo de este modo a la modernización de la infraestructura portuaria de las islas -construcción del Puerto de La Luz-. Empresas destacadas que tuvieron una actuación protagónica en este proceso eran *Elder Dempster*, *Blandy Brothers*, *Wilson Sons*, *Cory Brothers*, *la Compañía Carbonera de Las Palmas* o la alemana *Woermann Linie*. Así, por ejemplo, datos que evidencian la relevancia del puerto isleño son la tasa de crecimiento que se registró desde 1883 hasta 1890 en la que el tonelaje y el número de vapores se había multiplicado por seis, o el récord histórico que se dio en los preludios de la Gran Guerra con la contabilización de unos 6.717 buques y más de diez millones de toneladas en mercancías¹⁶³.

Por otra parte, el archipiélago canario no fue solo escenario de la expansión comercial y marítima, sino también de diversas disputas de política internacional entre las principales potencias imperialistas¹⁶⁴. No obstante, tanto estas disputas de carácter más político como los intereses económicos estaban entrelazados en la compartición de intereses comunes durante todo el proceso imperialista. Es el caso de la guerra hispano-estadounidense de 1898, donde España estuvo en jaque debido a su débil proyección internacional tanto en el Atlántico como en el Pacífico. En efecto, durante el transcurso del conflicto emergió un halo de incertidumbre sobre las consecuencias que acarrearía la guerra. Se preveía que con la derrota española se produjera un repartimiento de sus vestigios coloniales tanto insulares como continentales. Así, las autoridades francesas temían que la posible anexión de Canarias por parte de EE. UU ocasionara un impedimento en el desarrollo de sus intereses norteafricanos, sobre todo a raíz de las rivalidades franco-británicas en esta área y la mediación del país norteamericano a favor de Reino Unido¹⁶⁵.

No obstante, el asunto de la anexión de Canarias por parte de la potencia angloamericana nunca estuvo planteada para llevarse a cabo seriamente tal y como ha revelado Javier Márquez Quevedo. En efecto, no ha quedado constancia de que Estados Unidos poseyera un plan concreto para ocupar las islas atlánticas españolas con vistas al desenlace de la guerra. En todo caso, el Alto mando naval norteamericano barajó proyectar una acción de castigo contra el archipiélago al calor de la propia guerra, pero de ningún modo debía llevarse a cabo una anexión permanente. Otra de las dudosas aseveraciones en esta materia que también enfatiza Márquez Quevedo es el de la mediación diplomática

¹⁶³ Quintana Navarro, Francisco, “El Puerto de la Luz, 1883-1983: un prototipo de puerto de escala internacional”. *Boletín Millares Carló*, nº15, 1996, pp. 189-190. Sobre la cuestión de la modernización portuaria de Canarias nos detendremos en un capítulo posterior al tratar de analizar la economía insular. Igualmente destaca con diferencia sobre este asunto la obra de Francisco Quintana Navarro, *Barcos, negocios y burgueses en el Puerto de la Luz, 1883-1913*. La Caja de Canarias, 1985.

¹⁶⁴ Cabrera Armas, Luis Miguel, “The Ports of the Canary Islands: The Challenges of Modernity”. En Suárez Bosa, Miguel (ed.), *Atlantic Ports and the First Globalisation, c. 1850–1930*. Palgrave Macmillan, 2014, pp. 19-48.

¹⁶⁵ Ponce Marrero, “Canarias y la expansión...”, pp. 174-175.

británica. Así, la acción de Reino Unido habría impedido la invasión de las islas por parte de Estados Unidos. Lo cierto es que, partiendo de la desmitificación anterior, nunca hubo una intención oficial por parte del *Foreign Office* de ofrecer una garantía de seguridad al archipiélago canario. Lo que sí sobresalió fueron las presiones de las corporaciones privadas asentadas en Canarias para defender sus intereses y propiedades¹⁶⁶.

En cualquier caso, es remarcable apelar a la misma posición de fragilidad en la que se encontraban los enclaves españoles en el Lejano Oriente. Tanto las Filipinas, las Carolinas como las Marianas eran para el Pacífico lo que Canarias era para el Atlántico. Es decir, la revalorización geoestratégica de estos archipiélagos era codiciada, no solo por el propio Estado español, sino por las demás potencias imperialistas que aguardaban la ocasión óptima para adquirir estas posesiones. A este valor estratégico para España se le añadía el valor comercial y naval tanto en cuanto se contempló establecer las condiciones necesarias para crear puntos esenciales en el tráfico marítimo con la formación de estaciones navales y carboneras. Unas condiciones que nunca llegaron a materializarse por la propia falta de capacidad de actuación de España en el repartimiento imperial en el ámbito internacional, especialmente en la zona del Pacífico, y por la inoperancia de los dirigentes españoles que no consiguieron ni se preocuparon por la organización de una red eficiente de comunicaciones entre los archipiélagos. También, la ausencia en los acuerdos internacionales que delimitaban las áreas de influencia y la inexistente búsqueda de apoyos externos para respaldar la preeminencia española en la Micronesia fueron otros factores decisivos en el aislamiento del país ibérico¹⁶⁷.

Así, a finales de 1898 el embajador alemán en Madrid mantuvo negociaciones con el Gobierno español para la compra de los territorios ultramarinos del Pacífico que incluían también enclaves africanos como Canarias o Fernando Póo. Este ambiente de incertidumbre aprestó a las autoridades españolas a reforzar militarmente Canarias con proyectos defensivos, aunque estos eran muy precarios. La finalización del conflicto se saldó con la incautación de Filipinas, Cuba y Puerto Rico por parte de EE. UU y la compra de las Carolinas y las Marianas de la mano de Alemania por un valor de diecisiete millones de marcos¹⁶⁸. En la dinámica de la crisis finisecular quedaba también inmersa Canarias. En efecto, una de las más notorias consecuencias que sacó a relucir este periodo fue la precariedad defensiva de las islas atlánticas. Deficiencias en los reclutamientos, en

¹⁶⁶ Márquez Quevedo, *Canarias y la crisis finisecular española (1890-1907)*, pp. 399-402.

¹⁶⁷ Dolores Elizalde, María Dolores, “La proyección de España en el Pacífico durante la época del imperialismo”. *Hispania*, vol. 1, nº183, 1993, pp. 281-283.

¹⁶⁸ Ponce Marrero, “Canarias y la expansión...”, p. 176.

el artillado o en los dispositivos fortificados eran las cuestiones que más apremiaban para subsanar la indefensión del archipiélago¹⁶⁹.

Las rivalidades volvieron a resurgir en el archipiélago atlántico cuando la notoriedad de la potencia teutona se hacía más latente en el control de las comunicaciones marítimas. Ello se constata en el choque con los intereses británicos que albergaban un amplio dominio sobre la economía isleña. En este sentido, a diferencia de las varias empresas británicas que operaban en el aprovisionamiento de carbón, Alemania solo contaba en La Luz con la ya mencionada *Woermann Linie* para principios del siglo XX¹⁷⁰. Con vistas a asegurarse otro depósito carbonero se iniciaron conversaciones para la creación de uno en Tenerife, algo que fue bien acogido por los habitantes de esta isla que veían con recelo el monopolio descompensado que se había gestado en Gran Canaria. Desde Madrid se veía la necesidad de desmontar este monopolio carbonero británico con la creencia de que perjudicaba enormemente los intereses económicos del entorno insular. Esto abrió paso a una ardua pugna diplomática en la que los británicos prestarían una dura oposición que retrasó el asentamiento de la estación carbonera alemana.

Del mismo modo, en 1909 se inauguraría el cable radiotelegráfico que conectaba Tenerife con Emdem por la *Deutsch-Südamerikanische Telegraphy* que pretendía prolongar su servicio hasta Marruecos. El acuerdo franco-alemán de ese mismo año, en el que se reconocía la influencia gala en el norte de África por parte de Alemania, supuso un viraje que Alemania tomó como una auténtica negociación para con las autoridades españolas con el objetivo de prolongar los servicios telegráficos hasta Casablanca. Pero con el respaldo diplomático francés y británico el Gobierno español rechazó la petición germana para expandir sus comunicaciones hasta el norte de África. Una petición que radicaba en el reconocimiento germano de la influencia española en el territorio citado¹⁷¹. En efecto, la “presencia mercantil” ya había quedado patente en lugares como Madeira, Canarias, Marruecos -en el puerto de Mogador- y en la Guinea española. Estos fueron los principales emplazamientos comerciales germanos desde los que se pretendían proyectar los planes colonialistas para el África continental. No es baladí, por tanto, que la aseguración de una conexión telegráfica jugara un papel tan preminente dentro de los intereses de diplomáticos, comerciantes y estadistas alemanes. La muestra más evidente de esta tesitura lo representó la simbiosis entre el expansionismo estatal y proteccionista

¹⁶⁹ Sobre la indefensión de Canarias en la crisis finisecular véase Márquez Quevedo, *Canarias y la crisis finisecular española (1890-1907)*, pp. 263-305.

¹⁷⁰ Ponce Marrero, Francisco Javier, “La rivalidad anglo-alemana en Canarias en vísperas de la Gran Guerra”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº48, 2002, p. 136.

¹⁷¹ Ídem, pp. 143-144.

del gobierno germano con sus respectivas compañías privadas. Destacaban a este respecto empresas como la citada naviera *Woermann Linie*¹⁷².

Estos son algunos ejemplos que evidencian el choque de intereses en Canarias por parte de varias potencias. Si bien es cierto que la acción alemana se veía limitada en el norte de África o en lo concerniente a las concesiones en el propio archipiélago con respecto a su homólogo anglosajón, su inserción e interés en el mercado canario puso de manifiesto las amplias ambiciones geoestratégicas que conformaban un eje esencial de la *Weltpolitik*.

Otro de los momentos álgidos de la revalorización geoestratégica de Canarias fue durante la Primera Guerra Mundial. Nuevamente, las tres habituales potencias europeas -Reino Unido, Francia y el Imperio alemán- se dejaban notar en la esfera diplomática para con España, país neutral. Una neutralidad que interesaba a todos por igual. Para las naciones de la Entente, que España se mantuviera neutral significaba que esta podía ser metida en la vereda aliada con mayor facilidad. Además, sus capacidades económicas y militares no ayudarían mucho ante una eventual entrada en la guerra. Era más provechoso, por tanto, presionar al Estado español hacia una neutralidad benevolente o bajo el halo de la Entente. Por su parte, las autoridades del II Reich eran conscientes de la debilidad y dependencia de España para con Gran Bretaña y Francia. Eran conscientes, en última instancia, de que en caso de guerra España sería desprovista de sus territorios insulares entre los que se encontraba Canarias. Por tanto, era conveniente aprovechar también la neutralidad española a favor de los intereses germanos¹⁷³.

La inoperancia y deficiencia militar española en un amplio sentido continuó como había quedado patente en la guerra de 1898. Y, como era de esperar, esta problemática no hizo más que temer, una vez más, por la defensa de Canarias. Los tratados que había firmado España con Francia y Reino Unido en 1904 y 1907 eran las garantías más tangibles que poseían las islas atlánticas, junto a otros territorios, en materia de seguridad militar. Así, las presiones diplomáticas franco-británicas sobre España y en relación con Canarias se esforzaron para explotar al máximo una neutralidad benevolente en el archipiélago con vistas a las operaciones marítimas¹⁷⁴. En efecto, las amenazas que debían ser

¹⁷² Márquez Quevedo, Javier, “Los cables submarinos en el Atlántico y las potencias imperialistas europeas (1885-1914)”. En Ponce Marrero, Javier y Fernanda Rollo, Miranda (eds.), *Poder, comunicaciones y propaganda: Reflexiones desde el Sur*. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Servicio de Publicaciones y Difusión Científica, 2016, pp. 18-19. Sobre las rivalidades europeas en el entorno macaronésico y africano véase este mismo estudio pp. 17-37.

¹⁷³ Ponce Marrero, Francisco Javier, *Canarias y la política exterior española en la Primera Guerra Mundial, 1914-1918: el protagonismo internacional de las islas como escenario de confrontación diplomática y estratégica*. Tesis doctoral – Universidad de las Palmas de Gran Canaria, 2001, pp. 154-157. Está disponible otra edición de esta investigación: *Canarias en la Gran Guerra, 1914-1918: estrategia y diplomacia. Un estudio sobre la política exterior de España*. Cabildo de Gran Canaria. Ediciones, 2006.

¹⁷⁴ Ídem, pp. 303-318.

contrarrestadas en las inmediaciones del entorno insular canario eran las ofensivas submarinas que estaba desplegando Alemania. La guerra submarina germana contra el tráfico comercial británico se había intensificado a partir de 1916 y Canarias entró de lleno como un nuevo teatro de operaciones. De este modo, fueron varios los buques de la Entente hundidos en las aguas canarias por los submarinos alemanes -destacaron los U-20, U-47 y U-52-. Era común también la proliferación de rumores sobre el abastecimiento de la flota submarina germana en los puertos insulares. Pero lo cierto es que el abastecimiento era organizado desde Las Palmas de Gran Canaria mediante el Servicio Secreto de Aprovisionamiento de la Armada o *Etappendienst* mediante el uso de cruceros auxiliares que salían del puerto¹⁷⁵.

En cualquier caso, tanto los intereses germanos, británicos y franceses no se solventaron tras la Gran Guerra y continuaron en disputa durante la década de los 20 y los 30, pero ahora en otro teatro de operaciones: el aéreo. Uno de los convenios más relevantes al respecto entre Alemania y España fue el firmado en diciembre de 1927. En este se reconocía la libertad de vuelo con carácter postal, comercial y de recogida de pasajeros sin dejar nada en claro sobre el establecimiento de rutas aéreas regulares. Para estos momentos, Canarias estaba inserta de lleno en la ruta aérea meridional en conexión con el nuevo continente¹⁷⁶. De este modo, Alemania trató de introducirse en los servicios de comunicación aéreos entre Europa y Sudamérica que estaban monopolizados por Francia mediante la compañía *Aeropostale*. Con el afán de evadir las rutas de dominio galo la fundación de la *Deutsche Lufthansa* (DHL) desempeñó esta labor cuya ruta alternativa pasaba por Canarias. Por ambas costas del Atlántico aguardaban buques alemanes para la escala y abastecimiento de las naves aéreas de la DHL que, posteriormente, quedaban supeditadas al Ministerio de Aviación del Tercer Reich junto con la *Luftwaffe*. El primordial objetivo del mantenimiento de esta ruta era de carácter comercial para con la población de origen alemán que estaba asentada en países como Chile, Argentina o Brasil. Pero ello cobró un giro político con el ascenso de Hitler al poder en 1933¹⁷⁷. En este sentido, la empresa encargada de apoyar radiotelegráficamente a este servicio en Canarias sería la alemana *Transradio* que había absorbido a la *Compañía Nacional de Telegrafía Sin Hilos* española.

¹⁷⁵ Ídem, pp. 282-299.

¹⁷⁶ Díaz Benítez, Juan José, “La *Deutsche Lufthansa*, Iberia y el espionaje alemán en Canarias durante la II Guerra Mundial”. En Ponce Marrero, Javier y Fernanda Rollo, Miranda (eds.), *Poder, comunicaciones y propaganda: Reflexiones desde el Sur*. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Servicio de Publicaciones y Difusión Científica, 2016, pp. 79-81. Sobre la competencia entre las potencias europeas en materia aérea durante este periodo y el espionaje germano con su incidencia en Canarias véase este mismo trabajo pp. 75-115.

¹⁷⁷ Pérez Jiménez, Rafael y Quintana Navarro, Francisco, “Conectando el Atlántico: La radiotelegrafía en Canarias en el periodo de entreguerras”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº65, 2018, p. 13.

A su vez, la bahía de Gando en Gran Canaria adquirió la categoría de “aeródromo nacional” con el fin de establecerse como un aeropuerto regular cuyo funcionamiento necesitó de la pertinente ayuda de una estación radioeléctrica. Fue esta estación la que captó unas emisiones no autorizadas en 1935 provenientes del vapor alemán *Orion* y que llevaba atracado en el puerto de la Luz desde 1933. Por lo general, las líneas aéreas de la *DHL* que cruzaban el Atlántico combinaban el uso de aviones con hidroaviones, respaldados estos últimos por buques nodriza entre los que se encontraba el *Orion*. Todo conduce que el principal motivo de estas emisiones era la de transmitir mensajes cifrados. A pesar de su fácil detección, Alemania era proclive a utilizar esta tecnología de comunicación ya que ofrecía la capacidad de un guiado automático en la trayectoria de sus aeronaves. Esta técnica fue utilizada a posteriori en el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial¹⁷⁸. Sin embargo, Canarias nunca llegó a convertirse en un enclave aéreo de primer orden como si había lo había hecho con sus estructuras portuarias, en gran medida porque las conexiones aéreas favorecieron la centralización de las líneas con Madrid¹⁷⁹.

Por su parte, la proyección británica en las islas seguía siendo notoria centrándose, sobre todo, en los sectores de la agricultura de exportación y en los servicios portuarios. Así, para 1937 un total de 110 propietarios británicos acumulaban un valor mayor a los tres millones de libras esterlinas por sus múltiples propiedades¹⁸⁰. Pero esta proyección se vería fuertemente mermada con el estallido de la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial que marcaron también un parón y estancamiento en la actividad económica, especialmente en aquella relacionada con el mundo portuario y las redes marítimas. Debido a ello, Alemania suplantó a Reino Unido en el suministro de productos manufacturados al archipiélago mientras las inversiones anglosajonas caían en picado¹⁸¹.

Por ende, la relevancia del archipiélago canario en términos geoestratégicos queda retratada con la pugna de diversas potencias que ansiaban un control estable para la consecución de sus proyectos imperiales en África y el Atlántico. Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial estos intereses externos cobrarían un cariz más militarista como quedaría evidenciado en los planes británicos de una posible ocupación del entorno insular o los proyectos de defensa por parte de las autoridades españolas.

¹⁷⁸ Ídem, p. 17.

¹⁷⁹ Santana Pérez, “Canarias en las relaciones...”, p. 42.

¹⁸⁰ Para un mayor detalle de las diversas entidades y propietarios británicos junto con la relación de propiedades y capitales véase el estudio de Francisco Quintana Navarro, “Los intereses británicos en Canarias en los años treinta. una aproximación”. *Vegueta: Anuario de la facultad de Geografía e Historia*, nº0, 1992, pp. 149-172.

¹⁸¹ Ídem, p. 161.

1.3. Okinawa en el proceso de expansión imperialista japonés

A diferencia del archipiélago canario, las Ryūkyū sufrieron un proceso de ocupación y colonización más tardío por parte de la que fue su antigua metrópoli, Japón. No obstante, las primeras evidencias materiales de población de las islas datan del 32.000 A.C., formándose una unificación cultural ryukyense a partir del siglo X y que está ligada directamente con la actual población nativa del archipiélago. Habría que esperar a la segunda mitad del siglo XIX, coincidiendo con la Restauración Meiji y el despertar del imperialismo japonés, para que Okinawa quedara inserta en pleno dominio nipón. No obstante, la influencia japonesa se había dejado sentir de forma sólida ya desde hace tres siglos atrás. En esta tesitura, Okinawa quedaría enmarcada en medio de conflagraciones de influencias entre China y Japón.

Aludiendo de nuevo a los términos de Wallerstein, igual que remarcaba Furuki al considerar a China como un “sistema-mundo regional” como centro de poder en Asia, Okinawa quedaría inmersa en este sistema de dependencia desde el siglo XIV. En él las relaciones que primaban era las propias de un complejo tributario que la dinastía Ming imponía sobre sus estados clientelares. En este sentido, las relaciones exteriores estuvieron sustentadas ideológicamente por lo que los chinos llamaban “sistema *ka-i*” donde *ka* alude a lo noble y refinado e *i* a lo salvaje o bárbaro. También el término *ten* (cielo) juega un papel esencial. Este sistema con ecos confucianos fue el regidor en las relaciones exteriores chinas. Por ello, *ka* actuaba como el centro de la relación mientras que *i* conformaba la periferia supeditada y todo ello estaba aglutinado bajo el *ten*. Sin profundizar en la lógica confuciana china en cuanto a las relaciones con otras regiones, es importante señalar que el uso de estos procederes le confería a China una legitimidad práctica e ideológica a la hora de establecer relaciones tributarias¹⁸².

Tal era el grado de subordinación que se erigió en Okinawa edificios para acoger a los frecuentes mensajeros y comerciantes chinos que llegaban hasta el castillo de Shuri, centro de poder de Okinawa desde la reunificación del reino de Chuzan que gobernaba toda la isla. Los pabellones construidos dentro del palacio isleño tenían un claro estilo arquitectónico chino. Sin embargo, el comercio con Okinawa no suponía grandes beneficios para Pekín. La dependencia se materializaba en un intercambio tributario simbólico donde primaban productos como azufre, conchas, cobre, ropa o caballos amaestrados¹⁸³.

¹⁸² Toshiaki, “Considering Okinawa...”, p. 24.

¹⁸³ Kerr, George H., *Okinawa. The History of an Island People*. Tuttle Publishing, 2000, pp. 160-161.

Esta situación se mantuvo al tiempo que Japón era testigo de la unificación de todos sus territorios bajo la figura de Toyotomi Hideyoshi en 1598. En efecto, la aglutinación de los diferentes *daymios* o señores feudales nipones bajo la estructura militar del *shogunato* o *bakufu* fue un factor indispensable en la llegada de la influencia japonesa a Okinawa y una oposición clara al sistema tributario chino. El despliegue de tropas en Corea con vistas a una posible invasión de China por parte de Hideyoshi o la invasión de Okinawa de la mano del clan Shimazu del dominio de Satsuma en 1609 son muestras de una política que ansiaba acabar con la hegemonía china en estas áreas de influencia. El interés por el shogunato en el envío de tropas al entorno insular sureño venía motivado, en parte, por la desconfianza hacia los castellanos asentados en Filipinas y para definir frente a ellos una línea fronteriza estratégica. A su vez, esto serviría como válvula de escape al bakufu para que el clan Satsuma, uno de los más poderosos de Japón, estuviera ocupado y evitar posibles subversiones internas contra el nuevo régimen¹⁸⁴.

La actuación del clan Satsuma estuvo auspiciada siempre bajo las directrices del shogunato. Así, Satsuma incorporó a su jurisdicción las islas más septentrionales de Kikai, Amami-Oshima, Tokonushima, Okinoerabu y Yoron teniendo restricciones en la organización interna de Okinawa, aunque, dentro de estos límites, hubo intentos de “japonización”, sobre todo en aspectos más culturales. Una situación que dio un giro en 1615, momento en el que el dominio sobre Okinawa fue visto como una oportunidad para establecer relaciones comerciales con China. Por ello, la nueva política impulsada por Satsuma fue la de evidenciar una clara diferenciación entre Okinawa y Japón en aras a mostrar una fachada ficticia de independencia de la isla que permitiera continuar con el contacto con la China Ming. En 1624 se promulgó artículos que prohibían el uso de nombres y estilos de ropa japoneses o el desplazamiento de los japoneses a ninguna de las islas de las Ryūkyū¹⁸⁵.

Okinawa quedaría de este modo sumergida en un sistema de subordinación dual: por un lado, con las relaciones tributarias chinas que fueron aprovechadas a su vez por los japoneses y, por otro, con la inserción de las Ryūkyū, como territorio vasallo de facto, en el dominio de Satsuma y la aplicación del *kokudaka*, con lo que las islas deberían suministrar un tributo anual de 123.700 *koku* de arroz¹⁸⁶. Esta ambivalencia será un elemento esencial en el desarrollo de las pretensiones geopolíticas chinas y japonesas. Tal

¹⁸⁴ Ídem, p. 188.

¹⁸⁵ Smits, Gregory, *Visions of Ryukyu. Identity and Ideology in the Early-Modern Thought and Politics*. University of Hawai'i Press, 1999, p. 19.

¹⁸⁶ Yuan, Jiadong, “Satsuma’s Invasion of the Ryukyu Kingdom and Changes in the Geopolitical Structure of East Asia”. *Social Sciences in China*, vol. 34, nº4, 2013), p. 132. El *koku* es una unidad de medida que equivale a 278, 3 litros. El *kokudada* era un sistema por el que se tasaba la tierra en términos de producción de *koku* de arroz durante el periodo Edo. Se calcula que para mediados del siglo XVII la suma de los *koku* de los diferentes dominios ascendía a un total de 26 millones.

dinámica se mantuvo durante los siglos modernos hasta el choque directo con China en la anexión formal nipona en el siglo XIX. Por otra parte, ya desde el siglo XVIII otros actores políticos empezaban a ejercer presión sobre Japón y sus áreas de influencia. Por el norte, desde principios de este siglo, exploradores y agentes rusos, en medio del expansionismo zarista, bregaban para asentarse en las islas Kuriles y con ello llegar a los puertos nipones. En 1804 un representante de la Compañía Ruso-americana arribó a Nagasaki para abrir el comercio con Japón, pero fue expulsado. Por el sur, el imperio británico devoraba vastas extensiones territoriales con el control del Mediterráneo, el océano Índico y la penetración por el sudeste-asiático en disputa con Francia. Y por el este las flotas mercantes estadounidenses se aproximaban a las costas japonesas al tiempo que mantenían relaciones comerciales con la ciudad portuaria de Cantón¹⁸⁷.

Mientras Okinawa se erigía como una frontera defensiva de la política aislacionista del shogunato, también era vista por los nuevos comerciantes y diplomáticos europeos como una vía para entablar relaciones con el país nipón. Todo ello enmarcado bajo un halo de incertidumbre donde diversos daymios habían visto una posición de vulnerabilidad por parte del shogunato ante la presión extranjera que se acrecentaba con el paso del tiempo. Fueron varios los europeos y norteamericanos que arribaron a las costas okinawenses durante los primeros años del siglo XIX. En sus diarios de viajes e informes se describía a población isleña como afable y en la que imperaba una ausencia de violencia. Pero sería la llegada del comodoro estadounidense Matthew C. Perry a la bahía de Tokio en 1853 con su flota de “barcos negros”, así llamaban los japoneses a los barcos occidentales, lo que rompió definitivamente con el aislacionismo japonés. En el caso de Okinawa, Perry arribaría en dos ocasiones entre 1853 y 1854 con pretensiones de establecer una base para la posterior apertura comercial japonesa. Su expedición, procederes y opiniones acerca de la actuación que se debía tomar en el entorno insular quedaron recogidas en *The Narrative of the Expedition of an American Squadron to the China Seas and Japan: performed in the years 1852, 1853, and 1854, under the command of Commodore M.C. Perry, United States Navy, by order of the Government of the United States*¹⁸⁸ que se presentó primeramente como informes al Senado de EE. UU antes de ser publicado. Así, la correspondencia mantenida con el Senado evidencia con claridad la necesidad de poseer un enclave en el archipiélago de las Ryūkyū por lo que, en palabras de Perry:

It will be desirable in the beginning, and indeed necessary, that the squadron should establish places of rendezvous at one or two of the islands south of Japan, having a

¹⁸⁷ Kerr, *Okinawa...*, p. 272.

¹⁸⁸ Hawk, Francis L., Perry, Matthew C. y Lilly, Lambert, *The Narrative of the Expedition of an American Squadron to the China Seas and Japan: performed in the years 1852, 1853, and 1854, under the command of Commodore M.C. Perry, United States Navy, by order of the Government of the United States*. Ulan Press, 2012.

good harbor, and possessing facilities for obtaining water and supplies, and by kindness and gentle treatment conciliate the inhabitants so as to bring about their friendly intercourse¹⁸⁹.

Finalmente, el tratado de Kanagawa, que se firmó en marzo de 1854, supuso la apertura de diversos puertos japoneses como los de Hakodate y Shimoda al libre comercio con EE. UU y, por tanto, la ratificación de tratados posteriores con otras potencias que se sumarían a las nuevas rutas mercantiles establecidas con Japón. Ello conllevó un desinterés por parte del comodoro Perry en continuar con la presencia norteamericana en Okinawa¹⁹⁰.

Las últimas décadas del siglo XIX atestiguarían la catarsis que sufrió el país del sol naciente al abandonar las prolongadas estructuras feudales en aras del renacimiento de un país moderno. El comienzo de este proceso arrancó desde el final de la Guerra Boshin (1868-1869), un conflicto civil que enfrentó a los diversos clanes nipones bajo las alianzas pro-imperiales y pro-shogunato, donde la institución imperial actuaría como piedra angular en los cambios venideros. En efecto, la Restauración Meiji se impuso por medio de artífices como Kido Koin u Okubo Toshimichi que abogaban por que la nueva reconversión del país tuviera como objetivo principal refrendar y fortalecer la autoridad del nuevo Estado con poderes centralistas influenciados por las ideas occidentales en materia de derecho, filosofía política o administración social y económica. Esta transformación en todos los niveles abogaba también por configurar un país fuerte ante el temor de la expansión del imperialismo occidental que ya había obtenido concesiones como fue el caso de la China Qing durante las Guerras del Opio (1839-1842 y 1856-1860)¹⁹¹.

En este sentido, Japón se acopló en lo que parecía la inexorable senda imperialista para seguir de ese modo la estela de sus homólogos occidentales. Así pues, la dotación de un nuevo ejército, que actuara tanto como defensor de los intereses expansionistas como garante del orden público doméstico a la hora de conjurar cualquier disidencia, era un elemento que cualquier Estado moderno debía mantener. Por ello, las consideraciones estratégicas del entorno japonés se verían materializadas en las reclamaciones de entornos insulares como las islas Bonin, incorporadas en 1875, o la anexión formal de las Ryūkyū en 1879, con la deposición del último rey, Shō Tai. Previamente, China y Japón habían entablado disputas sobre Okinawa con el “incidente de Formosa”. Dicho incidente tuvo lugar en 1871 cuando sesenta y seis pescadores ryukyenses habían quedado varados en

¹⁸⁹ Kerr, *Okinawa...*, p. 343. Documento original extraído de “Correspondence Relative to the Naval Expedition to Japan, 1853-1854; Mr. Conrad to Mr. Kennedy, 5 November, 1852” *U.S. Senate Documents*, 33 rd Congress, 2nd Session (1854-1855), v. 6, Ex. Doc. no. 34, Serial 751, p. 12.

¹⁹⁰ Kerr, *Okinawa...*, p. 379.

¹⁹¹ Walker, Brett L., *Historia de Japón*. Ediciones Akal, 2017, p. 187.

las costas de Formosa, actual Taiwán, y fueron decapitados por aborígenes de la isla. En consonancia, Japón aprovechó la ocasión para realizar una expedición punitiva de tres mil hombres con el afán de proteger a sus “súbditos de las Ryūkyū”. Las disputas entre China y Japón por sus áreas de influencia a posteriori no tardaron en aflorar tras saldarse este episodio a favor del país nipón. Por tanto, era de acuciante necesidad que el emergente Estado Imperial japonés se sumiera en un ambicioso proyecto, recordando los postulados de Mahan, que le confiriera una armada capaz de salvaguardar sus futuras adquisiciones¹⁹².

Ciertamente, la fragmentación territorial del Imperio japonés en zonas oceánicas ha dado pie para que autores como William M. Tsutsui lo categoricen como un “imperio pelágico”¹⁹³. Desde el prisma de una historia ecológica o natural Tsutsui defiende que el auge del imperio nipón no se debió sólo a sus conquistas territoriales, sino también a sus conquistas oceánicas y la pertinente explotación de sus recursos. En efecto, mientras para unos el control de los mares significaba el establecimiento de rutas de paso o zonas fronterizas, la escalada del expansionismo japonés no se entiende sin el control de los mares en su totalidad. Diplomáticos japoneses se encargaban de que en los diversos tratados con otras potencias se reconocieran los derechos de acceso de sus flotas pesqueras y de su armada a bancos ricos en fauna marina. El Estado imperial era consciente de esta gran ventaja por lo que no dejaba al azar ninguna variable en lo concerniente a la expansión oceánica. Así, por ejemplo, el tratado de San Petersburgo en 1875 permitió a los japoneses desempeñar labores pesqueras en el norte del Pacífico, cerca del litoral ruso de Okhotsk. Para este año unos trescientos barcos pesqueros rondaban por las aguas del norte, pero en 1904 esta cifra se había multiplicado por diez. No es de extrañar, por tanto, que Japón se convirtiera en uno de los principales exportadores de pescado enlatado, lo que le conferirá una gran cantidad de recursos para alimentar su maquinaria imperialista¹⁹⁴.

¹⁹² Iriye, Akira, “Japan’s drive to great-power status”. En Jansen, Marius B. (ed.), *The Cambridge History of Japan. The Nineteenth Century*. Cambridge University Press, 2008, p. 743.

¹⁹³ Tsutsui, William M., “The Pelagic Empire”. En Jared Miller, Jared, Julia A. Thomas, Julia A. y Walker, Brett W., (eds.), *Japan at nature’s edge: the environmental context of a global power*. University of Hawai’i Press, 2013, p. 22. El piélago es la zona oceánica que no está asentada sobre una plataforma continental dividiéndose así en varios niveles de profundidad. Esta importancia sobre los elementos naturales en perspectiva histórica es compartida por otros historiadores ecológicos como el citado Brett L. Walker.

¹⁹⁴ Walker, *Historia de Japón*, p. 251. Actualmente Japón sigue siendo uno de los principales exportadores de pescado enlatado. Tal era la preeminencia de este imperio pelágico que en 1958 llegaría a aguas canarias el primer barco pesquero japonés. Desde ese momento, Gran Canaria acogería a residentes japoneses provenientes de las crecientes flotas pesqueras, motivo por el cual se estableció el Consulado japonés de Las Palmas, que finalizaron su labor en 2001. Esta industria cobró su importancia gracias a la implementación de innovaciones técnicas que radican a principios del siglo XX, como fue el caso de los primeros arrastreros diseñados en Gran Bretaña que estaban dedicados a la pesca en alta mar y en grandes cantidades.

El sorprendente auge expansionista nipón fue contemplado por las potencias occidentales con una actitud de recelo, que se veía materializada en la frustración de los intereses imperiales japoneses en el tapete de las relaciones internacionales. La victoria japonesa sobre China en 1895 concedió la península de Liadong al imperio nipón como trofeo de guerra mediante el tratado de Shimonoseki. Sin embargo, las presiones de Rusia, Francia y Alemania hicieron que esta retornara de nuevo a China. Este tipo de intervenciones transmitía miedo al Estado japonés, que veía a las Ryūkyū en una posición similar de vulnerabilidad. Pero sin ningún género de dudas, el conflicto que sirvió de trampolín a Japón para posicionarse como una potencia capaz de rivalizar con sus homólogas occidentales fue el de la Guerra ruso-japonesa (1904-1905). Así, por vez primera un imperio occidental era puesto en entredicho por un Estado-nación no europeo con fuertes ansias imperialistas¹⁹⁵.

Por otra parte, las “veintiuna exigencias” impuestas sobre China en 1915, con las que Japón pretendía expandir su influencia e intereses económicos, fue mal acogida por las potencias europeas y EE. UU, que veían violada la “política de puertas abiertas” con China por la cual ningún país tenía concesiones especiales¹⁹⁶. De este modo, se iría gestando un antagonismo ideológico de tintes racistas como queda evidenciado en las leyes inmigratorias de EE. UU. En 1922 el Tribunal Supremo del país norteamericano prohibió la concesión de la ciudadanía estadounidense a la población japonesa, que empezaba a ser notoria, por denominarla como una “raza no asimilable”. Como contestación, Japón ya había empezado a enarbolar un discurso “pan-asianista” bajo el eslogan de la expulsión del imperialismo occidental en Asia y crear de ese modo lo que el país nipón denominó la “Esfera de la Co-prosperidad”. En aras de erigirse como adalid defensor de los oprimidos pueblos asiáticos, lo cierto es que Japón prosiguió ejerciendo un continuismo expoliador y colonialista al expulsar la presencia occidental del Pacífico. Este componente racial no es baladí puesto que jugó un rol protagónico en el desarrollo de la Guerra del Pacífico al retratar al enemigo como un ser infrahumano y dotar de legitimidad las acciones bélicas que se sucedieron¹⁹⁷.

En la configuración del nuevo Imperio japonés, Okinawa y el resto de las Ryūkyū habían quedado adscritas a la administración centralista del Estado como una prefectura más. No obstante, en la práctica el estatus que mantenían los okinawenses respecto a sus homólogos japoneses de las islas principales era el de “segunda clase”. Durante la contienda del Pacífico, muchos soldados japoneses consideraban a los okinawenses como “seres inferiores, zoquetes y culturalmente atrasados. En el mejor de los casos, los

¹⁹⁵ Kerr, *Okinawa...*, p. 472.

¹⁹⁶ Walker, *Historia de Japón*, p. 247.

¹⁹⁷ Dower, John, *War without mercy: race and power in the pacific war*. Pantheon Books, 1986, p. 73.

trataban como niños; en el peor, como ganado”¹⁹⁸. Esta discriminación se aplicaba también a la hora de emigrar a otras prefecturas. A raíz de los proyectos estatales de formar flujos migratorios que se establecieran en los territorios ultramarinos, sumado a la alta presión demográfica dentro de Okinawa, los okinawenses fueron los primeros candidatos para colonizar las islas adyacentes que estaban despobladas como Ishigaki, Yaeyama, Iriomote o Yonaguni. Así, a finales del siglo XIX, los varios intentos de fomento de inmigración okinawense, población compuesta por agricultores en casi su totalidad, a Yaeyama no tuvieron éxito. El motivo principal en el fracaso de estas empresas era que las islas de las Ryūkyū o del resto del Pacífico, como las Carolinas o las Marianas, donde la principal labor era desempeñada en las plantaciones de azúcar, no ofrecían un atractivo en cuanto a la búsqueda de mejores condiciones de vida. Situación contraria si se compara con la emigración mantenida con otras zonas como Hawái, Méjico, Filipinas o Latinoamérica. Para 1907 más de diez mil okinawenses se habían asentado en Nueva Caledonia y Perú. Y en 1930 más de cincuenta y cuatro mil isleños habían emigrado al extranjero, con la mitad de ellos destinados a regiones de Sudamérica¹⁹⁹.

Cuanto más se adentraba Japón en la vía imperialista, más obstáculos debía sortear. Por ello, el control de los asuntos domésticos era un punto esencial para la agenda política nipona, incluso más que los asuntos externos como aduce Iriye²⁰⁰. El control de las disidencias sociales a través de las leyes marciales, la gestación de una armada y ejército moderno o la edificación de una educación que abogara por valores leales al nuevo Estado eran los pilares en los que se asentaba la expansión imperial. En medio de la conflagración diplomática, rivalidades de intereses antagónicos o disputas de corte racista Okinawa quedaría inmersa como uno de los territorios más sufridores de la guerra venidera. Su posición fronteriza como uno de los primeros bastiones de suelo japonés se erigía como un factor de imperativa importancia tanto para los planes de defensa de los mandatarios nipones como para los planes de ocupación aliados en aras de establecer una base de operaciones efectiva desde la que proyectar los futuros ataques e invasión a las islas principales de Kyūshū, Shikoku y Honshū.

A raíz de todo lo planteado podemos atrevernos a enunciar una serie de afirmaciones en relación con la aproximación comparada que caracteriza a esta investigación. La más evidente de ellas es que tanto islas Canarias como las Ryūkyū se erigieron como espacios relevantes desde el punto de vista geoestratégico. Su localización oceánica en el Atlántico y el Pacífico fue inmejorable para que estas fueran contempladas por diversas naciones e

¹⁹⁸ Sloan, Bill, *Okinawa. La última batalla*. Crítica, 2008, pág. 292.

¹⁹⁹ Kerr, *Okinawa...*, pp. 490-491.

²⁰⁰ Iriye, “Japan’s drive...”, p. 780.

imperios como nexos o enclaves vitales. En otros términos, se posicionaron como unos enclaves primordiales para las conexiones de los espacios tricontinentales -Europa, África y América para el caso de Canarias- y bicontinentales -norte y sur del Pacífico para el ámbito de las Ryūkyū-. Pero, además de esta similitud -inherente también a la condición insular- ambos archipiélagos también compartieron un protagonismo notorio en la conformación de sus respectivos sistemas-mundo si nos atenemos a la terminología de Wallerstein. Unos sistemas-mundo que se forjaron al calor de las competencias o rivalidades de diversas potencias e imperios desde la modernidad.

Así, la temprana incorporación de las islas atlánticas a la Monarquía Hispánica contrastó en gran medida con el estado de autonomía poseído por las Ryūkyū como reino independiente. En efecto, mientras Canarias fue conoció un periodo de revalorización geoestratégica durante la modernidad por parte de la Corona, el valor geoestratégico de las Ryūkyū fue disputado por diversos imperios y naciones. La dinámica de un doble vasallaje al que estuvo supeditado el archipiélago -la China de los Ming en competencia con el Japón Tokugawa de la mano del clan Shimazu- fue constante durante el mismo periodo. En todo caso, sea cual fuere la coyuntura que atravesaran estos espacios insulares su valor geoestratégico era inmanente a su propia condición geográfica y localización. En este sentido, el siglo XIX y principios del XX atestiguaron nuevas rivalidades entre las principales potencias que se dirimían los ya consolidados sistemas-mundo. Unas rivalidades que reverberaron con notoriedad en los archipiélagos de Canarias y las Ryūkyū.

Las injerencias de toda índole por parte de potencias como Reino Unido, Francia o Alemania en las islas atlánticas españolas dieron buena muestra de ello. La disposición de obtener derechos en materia aérea y marítima, el valor de asentar factorías y compañías comerciales, la necesidad de contar en las islas de sólidas comunicaciones telegráficas o el paso por estas como un lugar de avituallamiento eran las aspiraciones más comunes y tangibles que deseaban las citadas potencias. Todo ello tenía como telón de fondo a la carrera imperialista sobre el continente africano que era uno de los motores que reavivaron el valor geoestratégico de Canarias. Por su parte, las Ryūkyū fueron testigos desde mediados del siglo XIX de las disputas mantenidas por diversas potencias. Como era de esperar dado el legado histórico del anterior periodo, China y Japón tuvieron en el punto de mira la incorporación del citado archipiélago durante su proceso de conformación de Estado-nación. La posesión de las Ryūkyū finalmente para Japón quedó solventada definitivamente tras la primera guerra sino-japonesa (1894-1895) y cuando la nación nipona se erigió como la potencia dominadora del sistema-regional de Asia-Pacífico. De este modo, la disposición de Okinawa como nueva prefectura sirvió para que

el emergente imperio materializara sus primeras fronteras desde las que proyectar
ulteriores conquistas.

2. LA REVALORIZACIÓN ESTRATÉGICA DE LOS ARCHIPIÉLAGOS PARA LAS GRANDES POTENCIAS DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Tal y como se ha remarcado, la Segunda Guerra Mundial supuso un crucial momento de revalorización de Canarias y Okinawa para las principales potencias implicadas en la contienda. Durante el desarrollo de la guerra, Canarias pareció posicionarse como una de las mejores opciones para los Aliados, concretamente para los británicos, para convertirse en una alternativa a Gibraltar en caso de que esta fuera ocupada por fuerzas del Eje ante el riesgo de una beligerancia española. A razón de ello, a partir de 1940 se empezaron a esbozar posibles planes de ocupación de las islas, especialmente para Gran Canaria, que se presentaron bajo diferentes nombres como *Puma*, *Pilgrim*, o *Tonic*. Por su parte, las Ryūkyū, particularmente Okinawa, partieron de una relativa falta de importancia estratégica a los inicios de la campaña en el Pacífico. Pero esta dinámica dio un giro de 180 grados a partir de los reveses que sufrió la Marina imperial japonesa a mediados de 1942 con la batalla de Midway como punto de inflexión. Para el Alto mando estadounidense, la isla de Okinawa se erigió como un enclave vital para la fase final de la guerra. Así se evidencia en la proyección de la operación *Iceberg* que se materializó en una encarnizada lucha que duró desde abril hasta junio de 1945. La elaboración y praxis de estos planes cobra su sentido si se tiene como referencia el desarrollo del conflicto en ambos escenarios, el Atlántico y el Pacífico. Por ende, se tratará de abordar todos estos aspectos en los siguientes apartados que componen este capítulo.

2.1. El Atlántico y el Pacífico en el desarrollo de la contienda

La batalla del Atlántico se conforma como el enfrentamiento principal que comenzó a los pocos días de declararse de manera oficial el inicio de la Segunda Guerra Mundial y, por tanto, principal escenario de las fuerzas navales alemanas y aliadas. Los primeros choques salieron a la luz cuando el 17 de septiembre el submarino alemán U-39 hundió al portaaviones británico *Corageous*. Al siguiente mes, otro submarino, esta vez el U-47, consiguió destruir al acorazado *Royal Oak* tras internarse en las islas Orcadas. Además de producir consternación en la *Royal Navy* estos ataques marcarían la pauta de las agresiones venideras por parte de los *U-Boote* germanos que, tal y como ideó Karl Dönitz, serían llevadas a cabo bajo la *Rudeltaktik* (jauría o manada de lobos, ataque en manada o, comúnmente conocida en la literatura anglosajona, *wolf pack*)²⁰¹.

En efecto, el eje vertebrador de la estrategia naval alemana consistía en atacar el comercio británico mediante la intercepción y destrucción de convoyes. El objetivo primordial de Dönitz era el de hundir un mínimo de 600.000 toneladas al mes. Si bien es cierto que el

²⁰¹ Beevor, Antony, *La Segunda Guerra Mundial*. Pasado y Presente -versión Epub- 2012, p. 59.

ataque a los buques mercantes se reconocía como algo esencial para la guerra, no faltaron disparidad de opiniones entre el *Großadmiral* Erich Reader y Dönitz. Para Reader el estrangulamiento del comercio británico debía hacerse a la par que el sometimiento de los buques de guerra de la *Royal Navy* y ello solo sería posible con la dotación de una armada compuesta principalmente por buques de guerra como acorazados, portaviones o cruceros pesados. Por su parte, Dönitz consideraba que los ataques a los convoyes debían ser protagonizados por la flota submarina dado que era más rápida y barata de construir además de ser más sigilosa durante la campaña. Finalmente, Hitler aprobaría el plan Z en enero de 1939 que priorizaba la dotación de buques de guerra en la superficie. Esta decisión causó una profunda decepción en Dönitz²⁰². Sin embargo, desde un principio las fuerzas germanas partieron de una situación desventajosa comparada con el dominio naval anglosajón. Así lo resaltó Reader nada más empezar la guerra:

Es evidente que la marina no está de modo alguno suficientemente preparada, en el otoño de 1939, para embarcarse en una gran lucha con Inglaterra [...] las fuerzas de superficie siguen siendo tan pocas en número y poderío comparadas con la flota inglesa que lo único que pueden demostrar es que saben morir con honor²⁰³.

Sea como fuere, los meses que discurrieron desde finales de 1939 hasta finales de 1942 fueron los más comprometidos para las fuerzas aliadas en términos de tonelaje hundido por los *U-Boote*²⁰⁴. Si bien es cierto que el hundimiento de tonelaje experimentó alzas y bajas durante el mejor periodo para los germanos, es reseñable destacar momentos concretos como el mes de octubre de 1940 cuando se hundieron 319.633 toneladas de barcos o entre marzo y abril de 1941 cuando los submarinos alemanes acabaron con un total de 453.500 toneladas. Este último momento coincide también con el papel más activo que protagonizó la armada del III Reich durante la contienda al disfrazar muchos de sus barcos como buques mercantes que actuaban como corsarios para atacar a los convoyes. Estos éxitos alemanes iniciales se explican en gran parte por la carencia de barcos de escolta para los convoyes o la negativa de la RAF (*Royal Air Force*) a emplear a la aviación para la localización y destrucción de submarinos enemigos²⁰⁵. Fue a finales de febrero de 1941 cuando Churchill empezó a preocuparse seriamente por la batalla del

²⁰² Williams, Andrew, *La batalla del Atlántico*. Crítica -versión Epub- 2018, pp. 21-22.

²⁰³ Citado en Murray, Williamson y Millet, Alan R., *La guerra que había que ganar*. Crítica, 2006, p. 227.

²⁰⁴ Recientes autores ponen de manifiesto que, a pesar de que la flota submarina alemana causó notables pérdidas en los convoyes aliados, nunca estuvo cerca de atisbar una esperanzada victoria, ni si quiera en los mejores momentos. De hecho, en pocas ocasiones se alcanzó el objetivo propuesto por Dönitz. Para W. Murray y A. Millet los ataques submarinos solo fueron “una molestia mortal, pero nada más”. Eric Grove considera que se ha venido dando una larga mitificación en los diversos relatos que tratan la batalla del Atlántico y lo único verídico que se encuentra en ellos es la importancia que tenía el comercio y las comunicaciones marítimas para Reino Unido durante la contienda. Ver Grove, Eric, “The Battle of the Atlantic: A legend deconstructed”. *The Mariner’s Mirror*, vol. 105, nº3, 2019, pp. 336-339.

²⁰⁵ Murray y Millet, *La guerra que...*, pág. 231.

Atlántico. Los ataques alemanes no suponían el único quebradero de cabeza para el primer ministro británico, sino también las grandes cantidades de tonelaje de barcos que estaban siendo o aguardaban ser reparadas y que para ese mes alcanzaron la cifra de 2, 6 millones²⁰⁶.

Uno de los elementos que contribuyó a la derrota alemana en la guerra aeronaval fue el desciframiento de los mensajes de Enigma. En este sentido, los servicios de inteligencia jugaron un papel crucial para la anticipación de los planes de ataque germanos. Tras la captura del buque *Krebs* en Noruega, un buque meteorológico en las costas de Islandia y el U-110 los británicos fueron capaces de compilar información suficiente para descifrar los códigos enemigos. En efecto, los desciframientos realizados en Bletchley Park, en la Escuela de Códigos y Cifras del Gobierno, se materializaron en una valiosa información denominada “información ultra”. Desde mediados de 1941 se apreciaron los primeros resultados de los datos obtenidos: cómo se desplegaban los buques germanos, cómo se concentraban las “manadas de lobos”, las operaciones que se iban a llevar a cabo y la destrucción de barcos nodrizas en el Atlántico destinados a reabastecer a los buques corsarios y submarinos²⁰⁷. Asimismo, John Buckley corrobora la importancia de los servicios de inteligencia incluso más que los propios avances tecnológicos u operacionales que se dieron en el Mando Costero de la *Royal Air Force* (RAF) una vez este comenzó a desplegar aviones para escoltar convoyes. Contrariamente a lo que se ha venido relatando, las innovaciones en la aviación no se dieron hasta la segunda mitad de la campaña del Atlántico, concretamente a partir de 1943. Previamente, los radares ASV (Air-to-Surface Vessel) no detectaban la cantidad suficiente de *U-Boote* o no eran usados adecuadamente para que estos se presentaran como un gran avance, ni si quiera cuando se presentó la mejora de los LRASV (*Long Range Air to Surface Vessel*). Más que hundir la flota enemiga, lo que sí proporcionó la aviación anglosajona fue una progresiva mejora en las escoltas y un efecto disuasorio contra los submarinos además de elevar la moral de los convoyes²⁰⁸.

Por su parte, Estados Unidos cobró un rol más protagónico en el enfrentamiento cuando en noviembre de 1940 el jefe de operaciones navales, Harold R. Stark, presentó el Plan *Dog* a Roosevelt en el que se detallaba la estrategia que debía seguir el país norteamericano en el caso de que este entrara en la guerra. De este plan se deriva la famosa frase “Alemania primero” que resume la prioridad total que debería mantener EE. UU

²⁰⁶ Grove, Eric, “The Battle of the Atlantic: A legend deconstructed”. *The Mariner’s Mirror*, vol. 105, nº3, 2019, p. 337.

²⁰⁷ Murray y Millet, *La guerra que...*, p. 234.

²⁰⁸ Buckley, John, “Air Power and the Battle of the Atlantic”. *Journal of Contemporary History*, vol. 28, nº1, 1993, p. 159.

para con sus aliados en la Europa continental. La materialización más evidente de la implicación norteamericana se expuso meses después cuando el 11 de marzo de 1941 Roosevelt firmó la “Ley de Préstamo y Arriendo” al momento de ser aprobada por el Senado. Esta ley no solo fue beneficiosa para que la balanza de la guerra se inclinase a favor de Reino Unido, sino que su ayuda llegaría también otras potencias como la URSS mediante la ruta de Murmansk por el Atlántico norte. En este contexto, la opinión pública estadounidense era recelosa sobre sus homólogos anglosajones que los consideraban como “imperialistas, snobs y expertos en el arte de hacer que otros combatieran en sus guerras en vez de combatir ellos”²⁰⁹.

Al igual que su aliado europeo, EE. UU no tuvo un comienzo alentador en la batalla del Atlántico. A ello se le sumó el sorpresivo ataque japonés en Pearl Harbor y, como consecuencia, el doble frente en la guerra naval que debía mantener junto con la declaración oficial de guerra por parte de Hitler. La inexperiencia de los marinos estadounidenses, la inexistencia de convoyes de escolta, la escasa cooperación aérea y naval, explicada en parte por la escasez de aviones de gran radio de acción como ocurría en la RAF, y el no aprovechamiento de la experiencia británica para idear tácticas antisubmarinas conformaron el caldo de cultivo idóneo para que la flota de Dönitz destruyera grandes cantidades de tonelaje, concretamente un total de 2.721.000, en la operación *Toque o Golpe de tambor* durante la primera mitad de 1942²¹⁰. No obstante, el almirante germano no pudo disponer de todos los submarinos que hubiera deseado puesto que una parte de estos fueron a apoyar la ofensiva de Rommel en el norte de África a mediados de 1942 y, posteriormente, para contrarrestar el desembarco aliado, conocido como operación *Torch*, en Túnez a finales de ese año. El Atlántico norte no mostraba tampoco una situación muy halagüeña. Los alemanes habían llevado a cabo de la misma forma actividades de contrainteligencia que se materializaron en el desciframiento de mensajes del almirantazgo de buques mercantes británicos. En total, durante 1942 los submarinos hundieron cinco millones de toneladas de barcos mercantes aliados²¹¹.

Ciertamente, las toneladas aliadas parecían presentarse como una catástrofe sin fin, pero las pérdidas de los *U-Boote* también iban en aumento. Durante 1942 se destruyeron 86 submarinos alemanes. Asimismo, el invierno de finales de 1942 y principios de 1943 fue el más frío y duro de la campaña. Bajo estas condiciones, los Aliados pudieron experimentar un respiro puesto que el despliegue y las operaciones de los submarinos fueron bastante limitadas. En relación con los elementos mitificados de este conflicto anteriormente mencionados, la primera mitad de 1943, concretamente desde enero a

²⁰⁹ Beevor, *La Segunda Guerra...*, p. 245.

²¹⁰ Williams, *La batalla del...*, pp. 155-156.

²¹¹ Murray y Millet, *La guerra que...*, pág. 241.

marzo, se erigió como el inicio de la decadencia germana en la guerra naval y submarina. Duncan Redford remarca que, incluso en la literatura reciente, todavía subyacen ideas como que durante estos meses los *U-Boote* estaban cerca de tener la oportunidad de frenar el comercio atlántico aliado. Lo cierto es que para este periodo la producción naval británica y estadounidense había alcanzado un ritmo más elevado que el daño propiciado por la flota de Dönitz. En este sentido, Redford aclara que es impreciso aludir a una “crisis de marzo”, llamada así por varios autores, para evidenciar la grave situación aliada en este mes. Ninguna operación importante fue modificada o cancelada por el Comité del Estado Mayor británico y no se abandonó el sistema de convoyes²¹². La mayor producción de barcos, las mejoras tecnológicas, una mayor cobertura aérea y reforzamiento de escoltas, el adiestramiento y experiencia adquiridos por las tropas y el aumento de las bajas de los *U-Boote* fueron factores determinantes para que entre abril y mayo de 1943 Dönitz viera la guerra naval y submarina perdida y diera la orden de repliegue de su flota en el Atlántico norte²¹³.

En el caso concreto de Canarias, esta tuvo un papel relativamente escaso durante la batalla del Atlántico debido en parte a que las principales rutas marítimas aliadas se habían concentrado en el Atlántico norte y occidental. Una mayor reconsideración del archipiélago español se relaciona con los planes aliados sobre su posible ocupación a mediados de mayo de 1940 o los planes alemanes para asegurar las comunicaciones con el proyectado *Mittelafrikanisches Kolonialreich* mediante la operación *Félix* que nunca llegó a materializarse²¹⁴. Pero estos planes no pretendían influir de forma inmediata en el curso de la contienda atlántica. En lo concerniente a los planes aliados, su origen radica en la posible ocupación alemana de Gibraltar y, por ende, la necesidad de buscar una alternativa a esta base. Por su parte, las motivaciones germanas partieron de las ambiciones de crear un imperio colonial en África central. Para ello se intentó conseguir la cesión de una de las islas y se entablaron negociaciones con el Gobierno español. Dados los infructuosos resultados, se optó por reforzar el archipiélago con dotaciones aéreas y navales alemanas mediante la operación *Félix*. En este sentido, los planes del III Reich estaban más dirigidos a resguardar su imperio colonial con vistas a la finalización de la guerra que con la propia batalla del Atlántico²¹⁵.

Sin embargo, no es desdeñable resaltar algunos elementos acaecidos en el marco insular que sí estaban directamente ligados al conflicto marítimo. Entre ellos se encuentran la

²¹² Redford, Duncan, “The March 1943 Crisis in the Battle of the Atlantic: Myth and Reality”. *The Journal of History*, vol. 92, nº305, 2007, p. 83.

²¹³ Williams, *La batalla del...*, p. 259.

²¹⁴ Morales Lezcano, Víctor, *Canarias en la II Guerra Mundial*. Edirca, 1995, pp. 82, 90.

²¹⁵ Díaz Benítez, Juan José, “Aproximación a la guerra naval en Canarias entre 1939 y 1945”. *XVII Coloquio de Historia Canario-Americana*, 2008, p. 1566,

presencia de submarinos en las inmediaciones de Canarias, la colaboración hispano-germana o los naufragos que arribaron a las costas isleñas. En efecto, si bien es cierto que varias acciones navales se desarrollaron cerca del archipiélago, es preciso remarcar que muchas de estas se dieron a centenares de kilómetros del litoral canario. Esta cuestión no es baladí, tal y como apunta Juan José Díaz Benítez, puesto que, mediante la clasificación de Canarias dentro de la división oceánica establecida por los Aliados o el III Reich, sería poco acertado aducir al desarrollo de la guerra naval en el propio escenario insular²¹⁶. Pero, lejos de profundizar en esta cuestión, lo destacable en este sentido fueron las operaciones y patrullas realizadas en aguas canarias por parte de submarinos de diversas potencias. Primeramente, fueron submarinos franceses los que transitaron por el archipiélago con la misión de vigilar el tráfico marítimo ilegal que pudiera favorecer a Alemania. Una vigilancia que cesó con la derrota francesa en junio de 1940 y que dio el relevo para que sumergibles italianos ocuparan el escenario insular con vistas a interceptar el tráfico marítimo aliado. La ausencia de intercepciones y la escasa importancia de este marco espacial para el tráfico internacional provocaron que los italianos desistieran este mismo año de estas acciones²¹⁷. Al año siguiente, Canarias cobró una ligera revalorización ocasional a raíz de la colaboración hispano-germana. En efecto, la materialización más tangible de esta dinámica se presentó con el abastecimiento de algunos *U-Boote* en el archipiélago. Durante los meses de marzo, junio y julio fueron el U-124, el U-106, el U-105, el U-123, el U-69 y el U-103 abastecidos por el buque *Corrientes*. Las autoridades españolas no solo eran conocedoras de estas operaciones, sino que colaboraron para que se llevaran a cabo²¹⁸.

Asimismo, la última característica relacionada con la batalla del Atlántico fue el fenómeno de los naufragos que alcanzaron las islas. Un total de 917 naufragos llegaron a Canarias siendo durante los últimos meses de 1942, con los desembarcos aliados en el norte de África, el periodo con más afluencia de extraviados. Un alto porcentaje de estos pertenecían a las fuerzas aliadas. En este sentido, el trato hacia los naufragos dejaba entrever también la actitud colaboracionista de España puesto que a muchos de ellos se les aplicaba un internamiento e interrogatorio mediante un cuestionario que se materializaba en información susceptible de ser consultada por los alemanes. En el caso de los pertenecientes del Eje, se les facilitaba traslado a la Península e incluso la

²¹⁶ Díaz Benítez, Juan José. “Submarinos en Canarias durante la Segunda Guerra Mundial”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº.65, 2019, p.2.

²¹⁷ Ídem, pp. 13-14.

²¹⁸ Díaz Benítez, Juan José, “Colaboración naval hispano-alemana en Canarias durante la II Guerra Mundial”. *XVI Coloquio de Historia Canario-Americana*, 2006, p. 992.

ocultación de su identidad en aras de presentar una imagen aparentemente neutral por parte del Gobierno español²¹⁹.

Retornando a un prisma analítico más amplio, si bien la batalla del Atlántico se erigió como el principal evento delimitado de la contienda en este marco espacial, el tratamiento de la guerra en el Pacífico requiere de una serie de consideraciones previas. Primeramente, la referencia sobre el conflicto en este escenario acarrea, inevitablemente, aludir de forma somera al debate en la demarcación temporal del mismo. Efectivamente, mientras la historiografía occidental remarca el punto de partida de la guerra con el ataque de Pearl Harbor en diciembre de 1941, otros autores aducen que este evento se presenta como uno de los clímax del expansionismo japonés que se vino gestando años atrás. Eri Hotta resalta que es más conveniente usar el término “Guerra de los quince años”, o “Gran Guerra de Asia Oriental” para la historiografía nipona, en vez de la “Guerra del Pacífico”. Sucesos como el incidente de Manchuria en 1931 o el incidente del puente de Marco Polo seis años después constituyeron, de facto, una guerra oficial en este marco geográfico. Asimismo, con la preferencia de la “Guerra del Pacífico” como concepto se asume también, siguiendo con las premisas de Hotta, la interpretación de que Japón no tenía alternativa y estaba abocado a la guerra²²⁰.

Aunque en esta investigación se aludirá a la Guerra del Pacífico desde su comienzo en 1941, no es baladí dejar claro este aspecto. Precisamente, otro de los elementos más discutidos sobre el conflicto viene por la visión, como antes se mencionó, de que Japón se adentró irreversiblemente en la senda belicista. Esta perspectiva se conjuga con la idea de que los japoneses, partiendo desde una irracionalidad y locura estratégica, se lanzaron al abismo de la guerra casi con una actitud suicida. La raíz de estas interpretaciones, y que de algún modo han pervivido en los trabajos históricos posteriores, viene del famoso discurso de la infamia que Roosevelt pronunció en el Congreso el día después del ataque a Pearl Harbor.²²¹ A partir de entonces, se conformó en el ideario estadounidense una imagen peyorativa de los japoneses donde el racismo y la infravaloración de aptitudes entraron en simbiosis. Así quedó evidenciado cuando al almirante Kimmel se le preguntó por qué, tras haber sido advertido a finales de noviembre de una posible guerra, decidió dejar la flota en Pearl Harbor. Kimmel respondió: “Nunca pensé que esos amarillitos hijos de puta pudieran llevar a cabo tal ataque tan lejos de Japón”²²². Si bien muchos

²¹⁹ Díaz Benítez, Juan José, “Náufragos en Canarias durante la batalla del Atlántico”. *Revista de historia naval*, nº77, 2002, pp. 49-50.

²²⁰ Hotta, Eri, *Pan-Asianism and Japan's War 1931-1945*. Palgrave Macmillan, 2007, pp. 4, 180.

²²¹ Sagan, Scott D., “The Origins of the Pacific War”. *The Journal of Interdisciplinary History*, vol. 18, nº4, 1988, pp. 893-894.

²²² Citado en Dower, John, *Culturas de guerra. Pearl Harbor, Hiroshima, 11S, Iraq*. Pasado y presente, 2012, p. 207. En esta obra, John Dower expone un análisis de las retóricas político-ideológicas a la hora de aludir al pasado histórico sirviéndose de comparaciones entre los eventos de Pearl Harbor, el 11 S y la

mandatarios nipones creían que el enfrentamiento era cada vez más ineludible, lo cierto es que dentro de la cúpula de gobierno hubo muchas indecisiones y opiniones contrapuestas.

En efecto, ante el embargo de petróleo estadounidense, para los militares japoneses parecía una opción bastante racional y plausible invadir las colonias europeas en Asia en aras de evitar un estrangulamiento económico. No obstante, la Armada y el Ejército imperial distaban mucho de estar de acuerdo sobre cómo se debía entrar en la guerra. Uno de los principales detractores del enfrentamiento contra Estados Unidos fue el almirante Yamamoto Isoroku. De hecho, durante el verano de 1941 miembros del Instituto de Investigación de la Guerra Total en Japón concluyeron que, tras haber realizado diversos estudios y simulaciones militares, estratégicas y diplomáticas, si se decidía entrar en la guerra contra EE. UU y sus aliados las posibilidades de victoria eran improbables²²³.

Sobre este mismo periodo, el gabinete presidido por Konoe Fumimaro había estado entablando encuentros con el Gobierno estadounidense con el objetivo de evitar la guerra por la vía diplomática. Al mismo tiempo, la línea más dura de los jerarcas japoneses acabó de pulir los planes de guerra de forma paralela. “Elementos Esenciales para Ejecutar las Políticas del Imperio” fue el nombre que adquirió el plan definitivo y que contemplaba que si la senda diplomática no daba frutos antes de octubre se debía proceder por el camino belicista. Además de varios militares insatisfechos con este proyecto, el emperador Hirohito tenía serias dudas sobre su éxito. Las posteriores reuniones de los jefes de los respectivos Estados Mayores Nagano y Sugiyama con el emperador fueron la clara evidencia de que los dirigentes militares más beligerantes ni siquiera tenían una idea clara de cómo quedaría situado Japón una vez comenzado el conflicto. La mezcla de vacilación con una actitud de beligerancia osada por parte de los militares fue un elemento que irritaba a Hirohito, pero este nunca logró o no fue capaz de imponerse para que las negociaciones diplomáticas cobraran más fuerza²²⁴.

La estrategia de Japón estaba bien definida en términos geopolíticos desde el momento en el que Yamamoto ideó el ataque a Pearl Harbor: crear un bloque autárquico denominado “Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental” bajo eslóganes y consignas como “Asia para los asiáticos” o la “liberación de Asia del dominio imperialista

invasión de Iraq. La sacudida del 11S revivió los casi enterrados recuerdos del “día de la infamia” que sirvió al Gobierno norteamericano para enarbolar un discurso justificador, con raíces históricas, de la invasión de Iraq en aras de la defensa de los valores democráticos occidentales contra un salvaje enemigo extranjero. Precisamente, la calificación de actitudes irracionales y de estupidez estratégica con respecto a los japoneses en Pearl Harbor pueden verse también reflejadas en las acciones estadounidenses en Oriente Medio tal y como resalta Dower.

²²³ Hotta, Eri, *Japón 1941. El camino a la infamia: Pearl Harbor*. Galaxia Gutenberg, 2015, p. 208.

²²⁴ Ídem, pp. 220-221.

occidental”. Esta premisa se llevó a cabo con la ocupación de los territorios británicos y de las Indias Orientales holandesas de donde el nuevo imperio insular extraería sus principales recursos. Los planes militares se concentraron en delimitar un perímetro de seguridad amplio en el Pacífico que serviría como barrera defensiva hasta conseguir un tratado de paz favorable con Estados Unidos y los Aliados²²⁵.

El 7 de diciembre de 1941 se produciría el ataque japonés a Pearl Harbor y con ello la inserción del imperio del sol naciente en la Segunda Guerra Mundial. El éxito de la operación se reflejó en el saldo de bajas de la flota estadounidense con el hundimiento o la incapacitación de 18 de sus buques de guerra, entre ellos los acorazados *Arizona* y *Oklahoma*. Seguidamente, se llevaron a cabo la ocupación, casi con una premura que asombró a los Aliados, de una vasta extensión de territorios del sudeste asiático. Calificada por algunos autores como la *Blitzkrieg* de Asia Oriental, en menos de seis meses los japoneses ya habían formado una amplia línea de control cuya conquista comenzó casi de manera simultánea al ataque en Hawái. Hong Kong, Guam, Nueva Bretaña, Buganvilla, Buka y las islas Gilbert fueron los puntos de invasión más rápidos por su posición geográfica y por la falta de unas defensas eficientes²²⁶. Ya un año antes, en 1940, las tropas niponas habían ocupado la Indochina francesa que abarcaba los territorios de Tonkín, Laos, Camboya, la Conchinchina y Annam. Siendo, en el plano teórico, una ocupación con el consentimiento del Gobierno de Vichy para abrir el paso a los japoneses hacia el sur, lo cierto es que la entrada del ejército imperial se transformó en una violenta invasión. Contrariamente a las órdenes que se dieron desde Tokio de realizar una entrada pacífica, los oficiales al mando Sato Kenryo, Nishimura Takuma y Cho Isamu desoyeron dichas directrices. Este claro acto de insubordinación fue una práctica habitual en el Ejército imperial japonés y que cristalizó en actos de violación, saqueo y, en general, en una brutalidad desmedida en los territorios anexionados²²⁷.

La expansión se concentró en dos grandes fases operacionales. La primera de ellas tenía como objetivos las Filipinas, la Malasia británica, Borneo, Birmania, Rabaul y las Indias Orientales holandesas. La segunda se dirigía a la captura de Nueva Guinea, Nueva Bretaña, las islas Fiyi, Samoa y algunos enclaves fronterizos con Australia²²⁸. Lejos de detallar exhaustivamente todas las exitosas campañas militares japonesas hasta 1942, es pertinente poner de relieve una serie de factores en las conquistas más relevantes. Para el caso de la conquista de Malasia y Singapur, este se presentó como uno de los mayores

²²⁵ Stewart, Richard W. (ed.), *American Military History Volume II. The United States Army in a Global Era, 1917-2008*. Center of Military History United States Army, 2010, p. 165.

²²⁶ Saburo, Ienaga, *The Pacific War, 1931-1945. A Critical Perspective on Japan's Role in World War II*. Nueva York, Pantheon Books, 1978, p. 73.

²²⁷ Ídem, p. 67.

²²⁸ Stille, Mark E., *The Imperial Japanese Navy in the Pacific War*. Osprey Publishing, 2014, p. 29.

desastres militares para el Ejército británico. En febrero de 1942 la que fuera la inexpugnable ciudad colonial fue rendida. Para Ishizu Tomoyuki y Raymond Callahan, más que la brillantez del Ejército imperial nipón, esta victoria se atribuía en gran medida a la desprotección que tenían las colonias británicas en Asia. En efecto, a pesar de que los británicos eran superiores en el número de tropas, el 25º ejército del general Yamashita Tomoyuki poseía un mejor apoyo naval, aéreo y logístico que el de su adversario cuya única potencia de ataque residía en los acorazados *Prince of Wales* y el crucero *Repulse*, ambos hundidos previamente. En este sentido, los japoneses estaban mejor pertrechados que sus homólogos imperialistas, pero aun distaban mucho de estarlo para la confrontación a largo plazo en Asia²²⁹.

En Filipinas, MacArthur no reaccionó a los desembarcos septentrionales de Luzón comenzados el 10 de diciembre de 1941 y que tenían por objetivo aislar a las tropas estadounidenses con un movimiento de pinza. La maniobra escogida fue la retirada a la península de Bataán y ofrecer allí resistencia. El principal problema del general norteamericano fue la falta de recursos logísticos para desplazar a sus fuerzas, la desertión de una parte de los contingentes filipinos y un mal aprovisionamiento que derivó en el debilitamiento de los soldados junto con la extensión de enfermedades. Después de que Roosevelt ordenara a MacArthur su retirada a Australia, el resto de las fuerzas aliadas bajo el mando de Jonathan Wainwright estaban condenadas a claudicar y, consecuentemente, a ser hechos prisioneros de guerra²³⁰. Por su parte, si las defensas de las posesiones británicas estaban lejos de ser las adecuadas para afrontar el ataque nipón, las holandesas en las Indias Orientales replicaron esta misma dinámica. Con el dominio absoluto del mar occidental de Java por parte de los japoneses en diciembre de 1941, tres meses después la capitulación de las fuerzas holandesas venía agravada por su débil capacidad de ataque, así como la desertión de un gran número de tropas nativas que, en muchos casos se unieron a los invasores. Un total de 80.000 soldados fueron hechos cautivos²³¹.

Para mediados de 1942 la expansión japonesa llegó a su culmen. Las batallas del mar del Coral en mayo y la batalla de Midway en junio supusieron una derrota estratégica y un daño irreparable para la Armada imperial. Cuatro de sus portaviones fueron destruidos, así como numerosos aviones y un total de 340 aeronaves. Estas bajas causaron una gran conmoción dada la preminencia cada vez más notoria que cobraban los ataques aéreos en

²²⁹ Ishizu Tomoyuki y Callahan Raymond, “The Rising Sun strikes. The Japanese invasions”. En Marston, Daniel (ed.), *The Pacific Companion. From Pearl Harbor to Hiroshima*. Osprey Publishing, 2005, p. 48.

²³⁰ Beevor, pág. 373.

²³¹ De Belot, Raymond, *La guerra aeronaval en el Pacífico (1941-1945)*. Editorial Naval, 1983, p. 58.

la campaña del Pacífico²³². A partir de entonces, el derrumbamiento nipón se fue materializando a cuentagotas en las contraofensivas aliadas en Guadalcanal, Saipán y el mar de Filipinas. Con el fin de la batalla del Golfo de Leyte la armada y aviación japonesa perdieron toda capacidad ofensiva²³³. Al igual que le ocurrió al III Reich, Japón no estaba a la altura económica e industrial necesaria para sostener una guerra prolongada. Después de la conquista de Iwo Jima en marzo de 1945, la isla de Okinawa se presentó como el último baluarte defensivo, cobrando así su mayor relevancia estratégica, antes de proyectar una invasión completa sobre el archipiélago principal nipón.

Durante el desarrollo de la contienda en el Atlántico y el Pacífico, ambos archipiélagos partieron de una escasa importancia en la planificación militar de los beligerantes. No obstante, esta dinámica mutó para Canarias desde mediados de 1940 con los planes aliados para buscar una base que sustituyera a Gibraltar en caso de que España entrase en la contienda o la tentativa germana de adquirir una de las islas para sus planes coloniales. En Okinawa, los bocetos bélicos llegaron a una mayor materialización dada la clara relevancia en su rol de servir de puente para la fase final de la guerra en el Pacífico. Pero esta revitalización estratégica del archipiélago japonés no solo se conformó durante el fin del conflicto, sino que continuó durante los primeros años de la posguerra, un aspecto que también fue contemplado en Canarias pero que, finalmente, fue perdiendo fuerza tal y como se detallará en apartados posteriores.

2.2. Canarias como alternativa a Gibraltar: planes británicos para la ocupación del archipiélago (1940-43)

El archipiélago canario se internó en el tapete de las operaciones militares aliadas, concretamente británicas, de forma más tangible en el momento en el que Gibraltar se vio amenazada por una posible ocupación germana. En efecto, las injerencias alemanas en este enclave se materializaron inicialmente por la vía del espionaje y sabotaje. La *Abwehr* cobró un rol protagónico a este respecto al propagar la infiltración de agentes alemanes, en ocasiones con colaboraciones de los españoles, para el establecimiento de una red de espionaje. Una de las operaciones más notorias fue la operación *Bodden*. A la luz de la planificación de la operación *Félix*, la adquisición de información sobre el estrecho de Gibraltar era una cuestión vital. Bajo estas premisas, la operación *Bodden* consistió en la construcción de una serie de puestos de observación en territorio español y norteafricano con el objetivo de estudiar los movimientos navales británicos, entre los que se encuentran los ataques y desembarcos realizados en el Peñón. Las actividades de contraespionaje

²³² Ídem, pp. 71, 78.

²³³ Smith, Robert R., *The War in the Pacific. Triumph in the Philippines*. Center of Military History United States Army, 1993, p. 651.

británicas a manos del SIS descubrieron que los alemanes no solo estaban proyectando esta serie de enclaves sobre los litorales ibéricos y africanos, sino también la participación española en esta dinámica que se plasmaba bajo la complacencia y asistencia de las autoridades franquistas²³⁴. Tampoco faltaron los intentos de sabotaje, contabilizados hasta 70 de entre los cuales tres fueron llevados a cabo por falangistas españoles, cuyo punto de mira estaba puesto en las instalaciones de abastecimiento de combustibles y armamento²³⁵.

Fueron constantes las quejas británicas por la senda diplomática hacia las autoridades españolas por el incumplimiento de su estricta neutralidad. En una ocasión Franco calificó una de las quejas del embajador británico en Madrid, Sir Samuel Hoare, de “exagerada basada en informes irresponsables de sus agentes”²³⁶. Esta tesitura se perpetuaría hasta el retorno a la neutralidad de España en 1943. En este sentido, las opciones de intervención británica para meter en vereda al Gobierno español pivotaron entre aquellos que propugnaban una acción más agresiva, como era el caso del Director de Inteligencia Naval, el Almirante John Godfrey, que abogaba por una destrucción inmediata de los puestos alemanes, y los que sostenían que una presión diplomática era más conveniente para no exacerbar las crispaciones con el Gobierno español. A razón de esta situación, no es baladí remarcar que tanto la dubitativa posición británica sobre cómo abordar el camuflado colaboracionismo español y la propia existencia de este fueron cuestiones también replicadas para el caso de Canarias.

Del lado alemán y español, tanto Hitler como Franco tenían sus propios proyectos en torno a Gibraltar y el norte de África. Para el líder nazi, tal y como aduce Norman J.W. Goda, Gibraltar se erigió más como un medio que como un fin en sí mismo. La preocupación sobre el Peñón radicaba en su calidad de ser un lugar de paso para asegurar el imperio colonial germano con vistas a una futura confrontación contra EE. UU y los planes de la posguerra más que presentarse como un objetivo de guerra para el sometimiento de Reino Unido que, a ojos de Hitler, estaba a punto de claudicar después de la derrota francesa en junio de 1940²³⁷. Por su parte, Franco estaba más centrado en la expansión imperialista norteafricana que en la hipotética recuperación de Gibraltar. A saber, las negociaciones con el Gobierno de Vichy sobre una reordenación de las fronteras de Marruecos a principios de 1941 fueron tan infructuosas como los reclamos territoriales

²³⁴ Cokely, Megan E., “British counter-intelligence in Gibraltar: Deciphering Spanish ‘neutrality’ during the Second World War”. *International Journal of Iberian Studies*, vol. 20, nº2, 2007, p. 133.

²³⁵ Best, Jonathan, “Spying on the rock: an assessment of Abwehr clandestine operations against Gibraltar during the Second World War”, *Intelligence and National Security*, vol. 32, nº 2, 2019, p. 253.

²³⁶ Cokely, Megan E., “British counter-intelligence...”, p. 134.

²³⁷ Goda, Norman J.W., “The Riddle of the Rock: A Reassessment of German Motives for the Capture of Gibraltar in the Second World War”. *Journal of Contemporary History*, vol. 28, nº2, 1993, p. 303.

africanos que el régimen franquista presentaba a Alemania como precio por la beligerancia española²³⁸.

Bajo este panorama internacional quedaría inserta Canarias que, como se ha mencionado, se erigió como base naval alternativa en caso de que Gibraltar fuera ocupada. En efecto, tal y como remarca Juan José Díaz Benítez, son cuatro los momentos clave en los que se tomaron decisiones importantes en torno al archipiélago español: el primer semestre de 1940, especialmente tras la derrota francesa en junio, la expansión del Eje por el Mediterráneo a partir de abril de 1941, la ejecución del plan *Barbarroja* y la entrada sin retorno a la beligerancia por parte de EE. UU y Japón en diciembre de 1941²³⁹.

A finales de junio de 1940 el *Joint Planning Staff* (JPS) esbozaba en su informe revisado la importancia estratégica de los archipiélagos atlánticos, Azores, Canarias y Cabo Verde, para su posible ocupación. Una de las premisas que sostenía el informe era el uso de estos espacios insulares para contrarrestar los ataques aéreos enemigos proyectados desde África. Para el caso de Canarias, se reconocía que su lejanía con respecto al entorno mediterráneo dificultaría las labores de intercepción marítimas alemanas. Del mismo modo, las islas españolas cobrarían relevancia si no se consiguiera la cooperación económica de América para frenar las importaciones del Eje. Gran Canaria se presentaba como la isla óptima para su ocupación dada la infraestructura portuaria que permitía albergar acorazados. Además del problema surgido de no poder dar un seguimiento inmediato a las actividades mediterráneas y de exportaciones, la insuficiencia de fuerzas en esos momentos para atacar simultáneamente la isla capitalina por varios puntos provocó que el archipiélago canario quedara en un segundo plano respecto a las islas atlánticas portuguesas²⁴⁰. En cualquier caso, la cuestión de Canarias permaneció en el limbo de los planes británicos hasta la primavera del año siguiente. La tentativa de ocupar las islas no parecía muy factible por la dudosa beligerancia española además de los factores retratados. En suma, había mucho que arriesgar en contra de los débiles beneficios que se atisbaban²⁴¹.

Para principios de 1941, poco tiempo tuvo Churchill de regocijarse por repeler a las fuerzas italianas en el norte de África mediante la operación *Compass*. El 12 de febrero de ese mismo año Erwin Rommel había desembarcado en Trípoli para arreglar el desastre

²³⁸ Goda, Norman J.W., "Franco's bid for empire: Spain, Germany, and the western Mediterranean in World War II". *Mediterranean Historical Review*, vol.13, nº1-2, 1998, p. 185.

²³⁹ Díaz Benítez, Juan José, "Los proyectos británicos para ocupar las islas atlánticas durante la no beligerancia española (1940-1943)". *Hispania Nova*, nº11, 2013, pág. 7.

²⁴⁰ National Archives (NA), CAB 84/15, informe JP (40), 291, 28 de junio de 1940. Para profundizar en el informe anterior a este véase la obra citada de Morales Lezcano, pp. 109-125.

²⁴¹ Díaz Benítez, Juan José, *Canarias indefensa: los proyectos aliados de ocupación de las Islas durante la II Guerra Mundial*. Ediciones Idea, 2008, p. 86.

de las tropas del general Rodolfo Graziani. A pesar de las dificultades logísticas y de abastecimiento, la contraofensiva alemana consiguió avanzar por la Cirenaica y recuperar enclaves como El Aghelia o Mechili hasta llegar a Tobruk donde se topó con una férrea defensa británica²⁴². Estos ataques, sumados con los que se lanzaron contra los Balcanes y Grecia en abril, despertaron nuevamente las preocupaciones de los mandatarios británicos sobre el cerco que se cernía en el Mediterráneo y, por ende, en Gibraltar. En este sentido, la relevancia de Canarias volvía a salir a la luz y, esta vez, con una intencionalidad más convincente en lo referido a su ocupación, sobre todo después de determinar que la infraestructura portuaria era la mejor en comparación con los archipiélagos lusos²⁴³.

Los problemas logísticos y de tropa ya no eran insalvables. Desde marzo se empezaron a concretar los planes, pero no fue hasta abril cuando el JPS instaba a que el plan de invasión, rebautizado con el nombre de *Puma*, estuviera a cargo del general Sturges, que sería sustituido a posteriori por el teniente-general H. R. Alexander, y el vicealmirante Hamilton²⁴⁴. Del mismo modo, la composición de fuerzas que se contemplaba era la siguiente: dos brigadas de *Royal Marines*, tres comandos, un grupo de brigada independiente, un escuadrón de carros de combate ligeros y un escuadrón de cazas. Todos ellos apoyados por dos portaaviones, dos cruceros y nueve destructores²⁴⁵.

Durante este mismo año se estaba promoviendo en paralelo una política de presión económica sobre España, acuñada como *política del palo y la zanahoria*²⁴⁶. Al igual que ocurría en Gibraltar, las opiniones británicas gravitaban entre la opción de un apaciguamiento económico, con las voces de Hoare, Anthony Eden o el Almirantazgo, o una acción militar clara respaldada por el Comité de Jefes de Estado Mayor (*Chief of Staff-COS*) o el JPS. A raíz de las investigaciones de Ángel Viñas, entre las acciones económicas se encontraba la estrategia británica, con Hoare como uno de los principales artífices, de sobornar a notables mandatarios franquistas mediante la figura de Juan March, como Nicolás Franco y los generales Varela, Aranda, Gallarza y Kindelán. Esta operación, calificada a *motu proprio* por Viñas como operación *Sobornos* y cuya gestación se remonta a junio de 1940, tenía como propósito disolver las tentaciones de Franco de entrar en la senda de la beligerancia²⁴⁷.

²⁴² Beevor, *La Segunda Guerra...*, pp. 236-240.

²⁴³ Para consultar el informe de marzo donde se reconoce la importancia del Puerto de la Luz ver de nuevo la obra de Morales Lezcano, pp. 149-154

²⁴⁴ NA, AIR 8/893, informe JP (41) 313, 23 de abril de 1941.

²⁴⁵ NA, AIR 8/893, informe COS (41) 313, 23 de abril de 1941.

²⁴⁶ Morales Lezcano, *Canarias en la II...*, p. 58.

²⁴⁷ Viñas, Ángel, *Sobornos. De cómo Churchill y March compraron a los generales de Franco* Crítica, - versión Epub- 2017, pp. 90, 222.

Con la puesta a punto de *Puma*, Churchill convino en que era hora de informar a Roosevelt sobre las operaciones que se estaban configurando en torno a los archipiélagos atlánticos en aras de buscar una colaboración más activa, sobre todo en la protección de los convoyes que cruzaban el Atlántico. Como remarcaba Churchill en uno de sus mensajes dirigido al presidente norteamericano: “With our other naval burdens we have not the forces to maintain a continuous watch. It would be a very great advantage if you could send an American squadron for a friendly cruise in these regions at the earliest moment”²⁴⁸.

A pesar de que Estados Unidos estaba dispuesto a cooperar en este escenario, el primer ministro británico quedó un tanto decepcionado al leer en la respuesta de Roosevelt que este prefería tomar acción en los archipiélagos portugueses, en caso de que la península fuera ocupada por los alemanes, solo mediante invitación del régimen de Salazar²⁴⁹. Cuando parecía que en mayo se iba a ejecutar el plan de ocupación de Gran Canaria, este fue finalmente pospuesto a razón de algunos condicionantes como la tardanza en la hipotética beligerancia española, los cambios internos de la política franquista, concretamente con el nombramiento del coronel Garlaza, de tintes monárquicos y reacio a las posturas de Falange, como ministro de la Gobernación, o la fricción de *Puma* con otras operaciones de Medio Oriente que disputaban recursos compartidos²⁵⁰.

Finalmente, las insistencias de Hoare y Eden, entre otras, sobre el aplazamiento del ataque hicieron que Churchill se decantara por esta opción. No obstante, las fuerzas y dotaciones se siguieron manteniendo y, esta vez, con modificaciones en su composición. A saber, las fuerzas navales estaban provistas de un acorazado, dos portaaviones, dos cruceros, once destructores, seis dragaminas, un submarino, tres petroleros, un escuadrón de aviación naval, un buque hospital, cuatro arrastreros, varios buques de defensa aérea, un minador y catorce buques de transporte. Para las fuerzas terrestres: ocho batallones de infantería, cinco comandos, tres baterías de obuses, un escuadrón mixto de tanques, una batería antiaérea pesada y otra ligera y tropas auxiliares. Y las fuerzas aéreas se nutrían de un escuadrón de cazas y una escuadrilla de bombarderos²⁵¹.

La ejecución de la operación *Barbarroja* supuso otra de las delicadas coyunturas que influyeron en los planes británicos de ocupación de Gran Canaria. En efecto, el envío de las primeras partidas de la División Azul junto con los discursos belicistas de Serrano Suñer y el Caudillo en julio de 1941 agudizaron nuevamente las preocupaciones por una

²⁴⁸ Churchill, Wiston, *The Grand Alliance*. RosettaBooks, 2002, p. 192.

²⁴⁹ Smyth, Denis, *Diplomacy and Strategy of Survival. British Policy and Franco's Spain, 1940-41*. Cambridge University Press, 2008, p. 225.

²⁵⁰ Díaz Benítez, *Canarias indefensa...* pp. 168-172.

²⁵¹ Díaz Benítez, “Los proyectos británicos...”, p. 19.

inminente beligerancia española²⁵². Cuando en agosto de ese año se programó la ejecución de *Puma* esta conoció un nuevo aplazamiento debido a las recomendaciones del COS a Churchill, disipando temporalmente sus preocupaciones, al informarle de la improbabilidad de la hostilidad real de España. Del mismo modo, e inserta en la planificación británica sobre el espacio isleño, durante julio y agosto donde se configuró y se puso a punto la operación *Warden*. Esta consistía en la detonación de siete buques, tres alemanes, tres italianos y uno danés, que supuestamente asistirían a los *U-Boote* en su repostaje de combustible desde el Puerto de la Luz. Bajo la tutela de la Dirección de Operaciones Especiales (*Special Operations Executive* - SOE) y la colaboración de la División de Inteligencia Naval (*Naval Intelligence Division* - NID) se pretendía usar un grupo de agentes polacos especializados para el sabotaje. No obstante, y siendo la tónica habitual en este tipo de acciones británicas relacionadas con España, la rama diplomática prevaleció, especialmente bajo el impulso del *Foreign Office* (FO), en su labor de presionar al Gobierno español a base de protestas formales para que desistiera en su actitud colaboracionista mal encubierta. Finalmente, *Warden* fue disuelta tras la victoria diplomática²⁵³.

Por su parte, el plan de ataque a Gran Canaria fue rebautizado bajo el nombre de *Pilgrim*²⁵⁴. El cambio onomástico no fue el único que experimentó el plan. La Fuerza 110, encargada de llevar a cabo la operación, absorbió efectivos de otras expediciones, concretamente las concernientes las Azores y Cabo Verde, para albergar finalmente una tropa de 24.000 hombres²⁵⁵. Por su parte, Roosevelt seguía siendo informado por correspondencia de Churchill sobre el mantenimiento del plan de ataque, esta vez con previsiones para septiembre, pero siempre enfatizando en la espera de un ataque alemán sobre la península para no provocar una beligerancia española²⁵⁶. Consecuentemente, entre los mensajes de los dos mandatarios se reconocía finalmente que Reino Unido debía de ocuparse en solitario para el caso de Canarias y Cabo Verde mientras que EE. UU haría lo propio con las Azores²⁵⁷. Ante esta tesitura, el COS acordó posponer la operación de agosto para septiembre²⁵⁸. También se decidió enviar parte de la expedición a Freetown,

²⁵² Smyth, Denis, *Diplomacy and Strategy*..., p. 231.

²⁵³ García Cabrera, Marta, "Operation Warden: British sabotage planning in the Canary Islands during the Second World War". *Intelligence and National Security*, vol. 35, nº2, 2019, pp. 258-260.

²⁵⁴ NA, CAB 119/29, informe COS (41), 28 de julio de 1941.

²⁵⁵ Díaz Benítez, "Los proyectos británicos...", p. 21.

²⁵⁶ Kimbal, Warren F. ed., *Churchill & Roosevelt. The Complete Correspondence. Vol. I Alliance Emerging*. Princeton University Press, 1983, mensaje de Churchill a Roosevelt, 29 de Agosto de 1941 pág. 234.

²⁵⁷ Churchill, Wiston, *The Grand Alliance*, p. 538.

²⁵⁸ NA, CAB 119/29, informe COS (41), 29 de julio de 1941.

cuya operación recibió el nombre de *Irrigate*, para sortear los obstáculos climatológicos que suponía partir en la temporada de otoño e invierno desde el Atlántico norte²⁵⁹.

Antes de los aplazamientos de verano, la eficacia de la Fuerza 110 distaba de la esperada en las maniobras anfibia. Algunos de los entrenamientos realizados, como el ejercicio *Leapfrog* en las islas Orkney, dejaban mucho que desear en lo concerniente a la cooperación de las fuerzas terrestres, navales y aéreas. Esta realidad chocaba, irónicamente, con las ansias de algunos estrategas británicos como Sir Roger Keyes, director de las Operaciones Combinadas (*Combined Operations* - CO), que abogaba por la ejecución inmediata de *Pilgrim* desde mayo de 1941. En este sentido, y junto con los preparativos que se venían dando, el plan de ataque se materializaba, grosso modo, en la proyección de tres desembarcos o ataques principales en Gran Canaria cuyos objetivos eran el Puerto de la Luz, la bahía de Gando para ocupar su aeródromo y un desembarco en Arinaga. Estos dos últimos tenían como propósito avanzar hasta Las Palmas para ejercer una pinza con la unión del ataque al puerto. A raíz de estos ataques, si las condiciones oceánicas eran óptimas, se desplegarían otros de menor calibre, como en San Felipe, el Pagador, punta de El Palo o punta de Gando, para distraer y confundir a las guarniciones ahí establecidas²⁶⁰. Sin embargo, el plan de ataque sería remodelado en julio de 1942 tras las consecutivas modificaciones que iría sufriendo la operación sobre Gran Canaria y, para este entonces, bajo un nuevo nombre: *Tonic*. En él se cambiaban los desembarcos principales para centrarlos en dos puntos: playa del Cardón y bahía de Gando. A partir de estos, las tropas avanzarían hacia el norte hasta asegurar la capital. Del mismo modo, también se reconocía ahora la conveniencia de la captura de Tenerife, especialmente del Puerto de Santa Cruz y del aeródromo de los Rodeos²⁶¹. El casi sempiterno aplazamiento de los planes británicos con respecto a Canarias coincidió con otro punto de inflexión: el ataque japonés a Pearl Harbor y la entrada de Estados Unidos y el Imperio del Sol Naciente en la guerra en diciembre de 1941. El raudo avance nipón en el Pacífico abrió un segundo frente de combate sangrante para los Aliados, especialmente para Gran Bretaña cuyas posesiones coloniales habían sido barridas del tapete asiático a golpe de bayoneta. A pesar de que Canarias seguía en la mente de los estrategas británicos, en febrero de 1942 la relevancia de las islas fue en detrimento por varios factores: la improbabilidad de la beligerancia española y la retención innecesaria de tropas y recursos que podían ser usados para otras misiones. La suma de esta situación junto al miedo de una posible llegada japonesa hasta los litorales africanos por el Índico provocó la disposición de la operación *Ironclad* cuya prioridad era asegurar la base naval

²⁵⁹ Díaz Benítez, “Los proyectos británicos...”, p. 22.

²⁶⁰ Díaz Benítez, *Canarias indefensa...* pp. 258-260.

²⁶¹ NA, WO 106/2954. informe JP (42) 591, 3 de julio de 1942.

De forma paralela, desde finales de 1941 se comenzaron a gestar dos planes alternativos para la ocupación de Canarias: uno de cariz disuasorio y otro por invitación. En efecto, la proposición del DCO de enviar una expedición de fuerza disuasoria que instara a la guarnición local isleña a rendirse se erigió bajo el nombre en clave de *Breezy*. Este proyecto no fue bien acogido por el JPS que veía improbable su éxito, entre otros factores, por la estimación de una férrea defensa establecida en las islas. Por su parte, la segunda operación, bajo el nombre de *Adroit*, venía por invitación de las autoridades españolas, aunque en el informe elaborado a este respecto no se concreta nombres ni figuras relevantes por lo que no estaba claro el origen de la colaboración. Para su consecución, se instaba a proyectar un pequeño grupo desde Gibraltar para, en caso de un verdadero deseo de acogida británico, enviar una expedición de tropa más notoria junto con víveres para establecerse en la isla²⁶³. En el plan revisado de abril de 1942 se concretaba que la expedición final se compondría de diez mil efectivos. Sin embargo, aún se reconocía la falta total de conocimiento sobre los artífices españoles de la invitación²⁶⁴.

La importancia de *Tonic* salió nuevamente del cajón del olvido de los estrategas británicos para ponerse sobre la mesa en el segundo semestre de 1942. Los varapalos británicos en el norte de África vinieron de la mano de un nuevo ataque de las fuerzas de Rommel que amenazaba con llegar hasta Alejandría. Como respuesta, la proyección de un ataque conjunto de las fuerzas estadounidenses y británicas sobre este territorio se aunaron bajo el estandarte de una nueva operación: *Torch*. A raíz de este plan, el JPS tanteó en septiembre de ese año las posibles injerencias germanas en la península ibérica. A saber, la hipotética ocupación de este territorio y del avance alemán por el sur cerraría el cerco sobre el estrecho provocando un cortocircuito de las conexiones marítimas en el Atlántico y el Mediterráneo. Los puntos candentes en este sentido fueron el protectorado español de Marruecos y las islas Canarias. Se preveía que en ambos escenarios no habría una resistencia en caso de ocupación aliada. En lo concerniente a Canarias, esta continuaba siendo la primera alternativa a Gibraltar. Si el Peñón era finalmente inutilizado, la reactivación del plan de captura de Gran Canaria junto con su ejecución tardaría al menos ocho semanas. Una demora que se explica por la dispersión de sus efectivos, recursos y comandantes a otras misiones²⁶⁵.

Ciertamente, el éxito de *Torch* a principios de noviembre otorgó a los Aliados una posición de fuerza efectiva donde hacer frente a los alemanes en el Mediterráneo y, por

²⁶³ NA, CAB 121/478 informe JP (41) 1112, 30 de diciembre de 1941.

²⁶⁴ NA, AIR 9/336, informe JP (42) 345, 8 de abril de 1942.

²⁶⁵ NA, CAB 120/693, informe JP (42) 828, 20 de septiembre 1942.

defecto, en la península en caso de que fuera invadida. Bajo esta tesitura, Canarias entró en el camino irreversible de la desvalorización. La preocupación por Gibraltar se había disipado casi por completo. Sin embargo, *Tonic* siguió sujeta a posteriores revisiones²⁶⁶ hasta su definitiva cancelación, junto con *Adroit*, en septiembre de 1943. En esta última nota, el JPS recomendó la cancelación de estos planes junto con la liberación de sus respectivos comandantes, que se hizo efectiva en noviembre, para otros menesteres más imperiosos. Además, desde octubre Gran Bretaña había conseguido establecer bases en Azores tras un acuerdo con el gobierno de Salazar²⁶⁷.

En suma, desde mediados de 1940 los estrategas y estadistas británicos empezaron a barajar la ocupación de las islas atlánticas en caso de la pérdida del Peñón. En este sentido, el archipiélago canario fue el marco insular que se impuso dentro del orden de prioridades por su mejor infraestructura portuaria. No obstante, los avatares internacionales de la guerra condicionaron las indecisiones británicas sobre la invasión de Canarias. Ello queda evidenciado en la casi interminable revisión y remodelación de los planes de ocupación que fueron bautizados con diversos nombres. A partir de 1942, las islas atlánticas españolas entraron en su recta final de desvalorización hasta que, a partir de 1943, retornaron definitivamente al cajón del olvido de los planes de guerra aliados.

2.3. Okinawa como base para la invasión de Japón: la estrategia norteamericana en el Pacífico y la operación Iceberg (1945)

Tras las ofensivas estadounidenses de Saipán, Papúa Nueva Guinea y Guadalcanal como territorios remarcables en el repliegue de las tropas niponas, los estrategas estadounidenses se encontraron en la tesitura de idear una nueva estrategia de agresión. Entre el verano y el otoño de 1944, las disquisiciones entre los jefes del Estado Mayor norteamericano tenían como denominador común la búsqueda de un trampolín sobre el que proyectar un ataque directo al núcleo de las islas japonesas. El almirante Ernest J. King abogaba por un ataque a Formosa (Taiwán), conocido como operación *Causeway* esbozada el 23 de agosto de ese mismo año, cuya principal ventaja residía en el apoyo logístico que proferiría la cercanía a la China continental. Por su parte, el almirante y comandante en jefe de las fuerzas navales de EE. UU. en el Pacífico, Chester W. Nimitz, tenía serias dudas sobre la propuesta de King. Desde su criterio, Formosa sería un bastión demasiado fuerte para ser asaltado lo que se traduciría en una gran pérdida de efectivos para su conquista, concretamente, y tras una serie de estimaciones, Nimitz calculaba que cerca de 150.000 estadounidenses causarían baja por muerte o herida. A ello se le sumó que no se disponía en esos momentos del apoyo suficiente del Ejército, algo esencial para

²⁶⁶ NA, WO 106/2954, informe JP (43) 144 (E) 12 de abril 1943.

²⁶⁷ NA, CAB 84/56, nota JP (43) 316, 6 de septiembre 1943.

la prolongación de la campaña terrestre²⁶⁸. Tras una reunión en octubre, Nimitz, con el apoyo de otros oficiales como el almirante Raymond A. Spruance o el teniente general Simón Bolívar Buckner, el que fue comandante del 10º Ejército asignado a la invasión de Okinawa, logró persuadir a King de que la mejor estrategia pasaba por la reconquista de Filipinas, de la mano de MacArthur, y la toma de Iwo Jima y Okinawa por el cuerpo de marines²⁶⁹.

Figura 2. Estrategia estadounidense en el Pacífico a finales de 1944.



Fuente: Appleman, Roy E.; et al., *United States Army in World War II. The War in the Pacific. Okinawa: The Last Battle*. Center of Military History United States Army, 1993, p. 2.

Una vez finiquitada la estrategia, el siguiente paso derivaba en la concreción del plan táctico. Las fuerzas que nutrían al 10º Ejército estaban formadas eminentemente por tres divisiones del Cuerpo de Marines (1ª, 2ª y 6ª) y cuatro divisiones de infantería del Ejército

²⁶⁸ Stewart, *American Military History...*, p. 183.

²⁶⁹ Sloan, *Okinawa...*, p. 16.

(7^a, 27^a, 77^a y 96^a). Del mismo modo, fueron dos los grupos bajo los que se aglomeraron los atacantes: la Fuerza Expedicionaria y la Fuerza de Cobertura quedando esta última subdividida en dos: la Fuerza 58 y la Fuerza 57. Por un lado, la Fuerza 58, compuesta por acorazados, cruceros, destructores y unos mil aviones de combate tenía asignada la misión de contener las acometidas aéreas japonesas durante el desembarco en Okinawa. Por el otro, la Fuerza 57, enarbolada por efectivos británicos, a saber, cuatro portaviones, dos acorazados y una escolta de cruceros y destructores, era dispuesta para proteger el flanco izquierdo de la operación *Iceberg* mediante el ataque de los aeródromos de las islas de Miyako, Ishigaki e Iromote al sur. Por su parte, la Fuerza Expedicionaria albergaba a los que fueron los núcleos de los desembarcos en la isla: el XXIV Cuerpo del Ejército estadounidense y el III Cuerpo de fuerzas anfibias, esta última bajo el mando del general Roy Geiger, mano derecha de Buckner ²⁷⁰.

Si bien la tropa total del 10º Ejército ascendía teóricamente a más de medio millón de personas, lo cierto es que la mayoría de ellas se encontraron en grupos de reserva y no pisaron nunca el campo de batalla. En el caso del contingente anfibio, este alcanzó la cifra de 183.000 hombres²⁷¹. Desde los primeros informes del Estado Mayor estadounidense, se concretó que la ejecución del plan de invasión pasaría por tres fases: primeramente, el objetivo prioritario era asegurar la zona sur de Okinawa junto con las islas Kerama, lugar donde se esperaba que hubiera una mayor resistencia, mediante el desembarco inicial de las fuerzas anfibias y terrestres en la playa de Hagushi, al norte de la capital de Naha. A partir de esta posición sería relativamente fácil apoderarse de los aeródromos de Yontan y Kadena, justo al norte de la capital. La segunda fase abarcaría la captura de la isla septentrional de Ie Shima y, como fase final, la ocupación de otras posiciones opcionales que circundaban la isla principal²⁷². Esta maniobra se asentaba en tres premisas: se esperaba que la campaña contra Iwo Jima finalizara antes de la llevada a cabo en Okinawa y, de ese modo, extender el apoyo aéreo y naval en el asalto. Por su parte, las unidades navales de asalto de MacArthur debían seguir el mismo patrón para ser trasladadas a las Ryukyu. Finalmente, toda la operación en sí giraba en torno a la superioridad aérea que debía mantenerse para conjurar las contraofensivas niponas desde Kyushu y la costa oriental china además de destruir las instalaciones aéreas enemigas en las inmediaciones²⁷³. A esta tentativa inicial se le sumó un plan alternativo. Este consistía en el asalto de Okinawa por el sur, concretamente mediante un desembarco simultáneo en

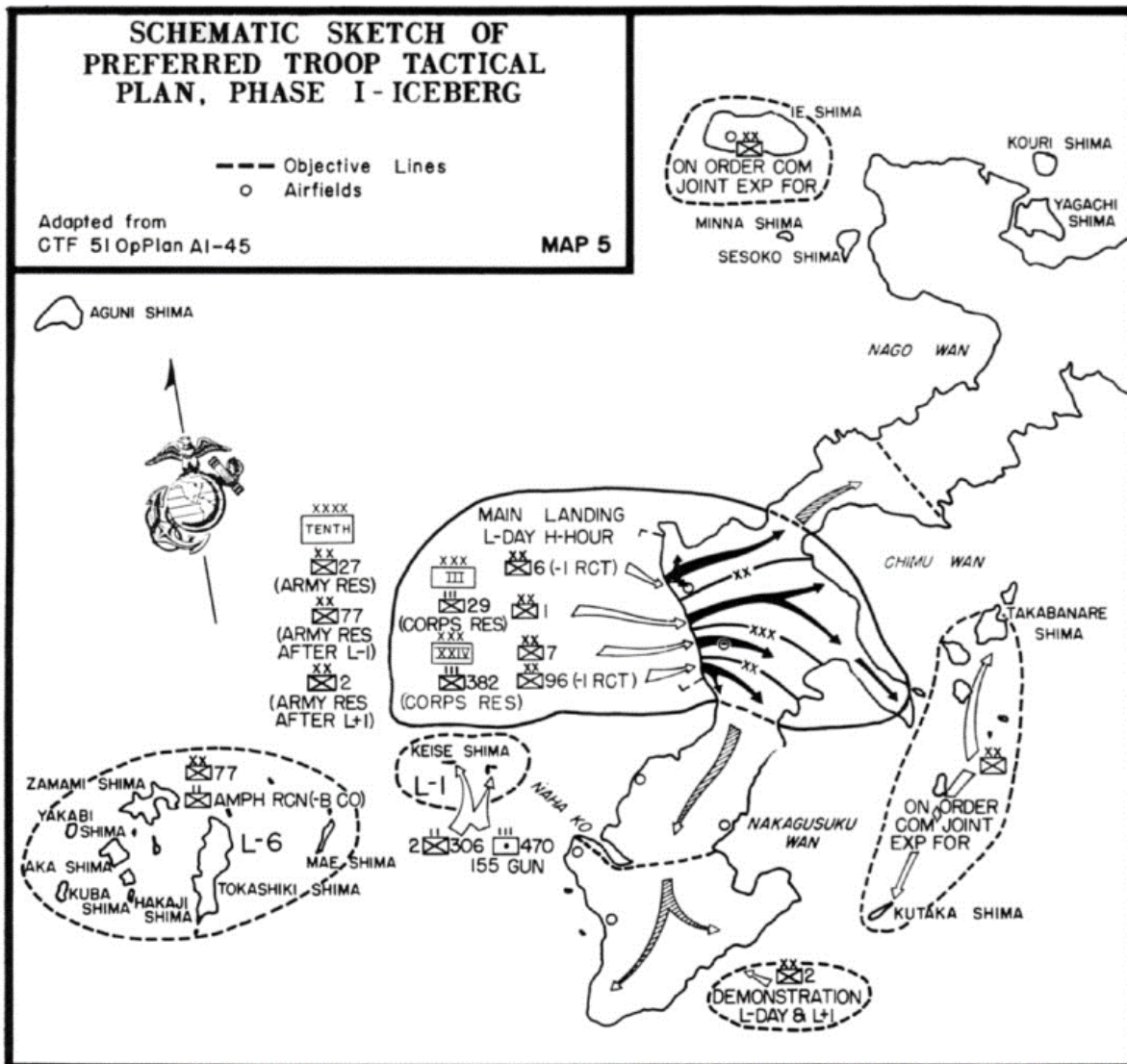
²⁷⁰ Wright, Derrick, *Pacific Victory. Tarawa to Okinawa 1943-1945*. Sutton Publishing Limited, 2005, p. 199.

²⁷¹ Sloan, *Okinawa...*, p. 21.

²⁷² Defense Technical Information Center (DTIC), Comander in Chief Pacific Ocean Areas (CINCPAC), "Joint Staff Study ICEBERG Operation", Serial 000131, 25 de octubre de 1944.

²⁷³ Ídem.

Figura 3. Plan de ataque definitivo de Iceberg.



Fuente: Nichols y Shaw, *Okinawa...*, p. 24.

Para febrero de 1945, las estimaciones de las fuerzas japonesas no distaban en demasía con respecto a los primeros y posteriores informes. Se calculaba que en total había una guarnición de entre 56.000 y 58.000 soldados, incluyendo tanto la tropa regular japonesa como los reclutas okinawenses que componían el grueso de las milicias y grupos guerrilleros²⁷⁵. La realidad era bien distinta dado que las fuerzas niponas encargadas de defender la isla, el 32º Ejército, sumaban un total de 110.000 hombres en los que se

²⁷⁵ DTIC, First Marine Division, "informe de Pedro del Valle, Operation Plan 1-45 ICEBERG", Serial 00015, 10 de febrero de 1945.

incluían de 20.000 a 40.000 reclutas isleños. En este sentido, las labores de inteligencia norteamericana se presentaron un tanto limitadas. En la fase final de la guerra del Pacífico, Okinawa había quedado completamente aislada y la información que se obtenía del entorno insular era mediante la captura de prisioneros y documentos en batallas previas. Pero, sin duda, fue el recurso de la fotografía aérea de las patrullas de reconocimiento el mejor mecanismo para recabar información, a pesar de que estas poseían también sus propias irregularidades. El mal tiempo durante algunos viajes o las vastas extensiones sobre las que hacer las fotografías eran las dificultades más comunes²⁷⁶. Además de los elementos orográficos, se puntualizaba los elementos esenciales de las condiciones isleñas como la potabilidad del agua creyéndose que esta pudiera estar contaminada. A razón de ello, se esperaba que hubiera una gran proliferación de enfermedades como la malaria, el dengue, el tifus y varias enfermedades dermatológicas. Asimismo, se remarcaba la extensión de un gran número de serpientes venenosas en las zonas frondosas.²⁷⁷ La importancia de este último elemento cobra su sentido si se tiene en cuenta que las anteriores invasiones en escenarios como Saipán o Guadalcanal los combates tenían lugar en junglas realmente densas.

Varios fueron los nuevos elementos que se presentaron en la invasión de Okinawa. Uno de ellos fue la extremada cooperación que se debía llevar a cabo entre la Marina, el Ejército y los Marines no solo en los planes de asalto a la isla, sino también en lo concerniente al mantenimiento de la logística y el abastecimiento para el óptimo desarrollo de la campaña. En efecto, la principal problemática radicaba en la dispersión de los puntos de donde partirían los convoyes de abastecimiento: Ulithi, las Marianas, Leyte o la costa oeste norteamericana conformaban una compleja telaraña de donde extraer los recursos. La responsabilidad del adecuado funcionamiento de las líneas logísticas recaía sobre los diversos comandantes implicados en la invasión de Okinawa. A saber, la responsabilidad del abastecimiento inicial y posterior de todas las tropas implicadas en la batalla estaba en manos de la Comandancia General de las Áreas del Océano Pacífico (CINCPOA) mientras que el apoyo logístico recaía en los comandantes de la Flota de los Marines, la Fuerza de Servicio y la Fuerza Aérea. Esta cooperación se vio también reflejada en las maniobras y ejercicios de entrenamiento de los diversos cuerpos que irían a invadir la isla nipona²⁷⁸.

Del mismo modo, otro de los factores novedosos que se presentaron durante la batalla fue el manejo y trato con la población local. En efecto, abarcando un total de 300.000 civiles

²⁷⁶ Nichols y Shaw, *Okinawa...*, pág. 20.

²⁷⁷ DTIC, First Marine Division, informe Pedro del Valle, Operation Plan 1-45 ICEBERG, Serial 00015, 10 de febrero de 1945.

²⁷⁸ Appleman et al., *United States Army in World War II ...*, pp. 36-39.

nativos en la isla, el 10º Ejército norteamericano tuvo que lidiar con esta variable tanto durante el proceso de combate como en el de la evacuación, asistencia médica y refugio de estos. Conscientes de esta situación, las labores preliminares de las fuerzas estadounidenses consistieron en la dispersión de multitud de panfletos mediante bombarderos en los que se indicaba el modo de actuar cooperativamente de la población civil para evitar cualquier tipo de resistencia²⁷⁹. En cualquier caso, durante los prolegómenos de la invasión se arrojaron diversas oleadas de lluvias de fuego mediante los bombardeos constantes que tenían por objetivo allanar el paso a las tropas terrestres y anfíbias. A los daños materiales causados, como fue el caso de la destrucción de las instalaciones del puerto de Naha, se le añadía el daño humano que se cernió con más ahínco sobre la población civil²⁸⁰.

El desembarco en la isla coincidiría con el 1 de abril, domingo de Pascua. Para muchos, este fue el elemento que originó la onomástica de este día: el Día del Amor o *Love Day* (L-D). Otros autores, como Derrick Wright, sugieren que dicho nombre viene dado como alternativa al día de la invasión de Iwo Jima que se conoció como el Día D²⁸¹. Sea como fuere, para sorpresa de las fuerzas invasoras el desembarco había sido demasiado sencillo. Ciertamente, no hubo ninguna oposición por la parte japonesa salvo ocasionales escaramuzas a medida que los estadounidenses avanzaron hacia la península de Motobu en el norte²⁸². De hecho, fue en esta península donde se estableció la defensa más tenaz por parte de los japoneses en toda la zona septentrional. Por lo demás, la primera semana de la invasión fue casi un “juego de niños” donde las actividades de combate quedaron eclipsadas por actividades lúdicas tales como “paseos en poni y barbacoas” según aduce Sloan²⁸³.

A saber, contrariamente a la imagen que se había formado en la cosmovisión de las tropas norteamericanas antes de llegar a Okinawa, un infierno sangriento igual o peor que las anteriores batallas, la realidad de la isla se presentó como un escenario casi paradisiaco ausente de toda amenaza. No obstante, esta placentera situación no se prolongó por mucho tiempo. Tras la rápida conquista de los aeródromos de Yontan y Kadena, el avance de los invasores hacia el sur se topó con la primera resistencia seria: un sistema defensivo implantado en la cordillera Kakazu. A partir del centro de la isla, las líneas defensivas establecidas pivotaban sobre el eje Naha-Shuri-Yonabaru donde el sistema montañoso del Kakazu se erigió como el primer bastión de contención²⁸⁴. Pese a la sorpresa inicial por

²⁷⁹ Ídem, pág. 34.

²⁸⁰ Sloan, *Okinawa...*, p. 22.

²⁸¹ Wright, *Pacific Victory...*, p. 199

²⁸² Hastings, Max, *Némesis. La derrota del Japón, 1944-1945*. Crítica, -versión Epub-, 2007, p. 448.

²⁸³ Sloan, *Okinawa...*, p. 55.

²⁸⁴ Ídem, pág. 67.

la relativa falta de oposición, las fuerzas estadounidenses no eran del todo ajenas a la ubicación del grueso de las tropas niponas. Era de sobra sabido que la mayoría estarían apostadas en la zona sur con unas fuertes defensas, pero lo que no logró atisbar la inteligencia norteamericana fueron los detalles de la estrategia defensiva en estos puntos²⁸⁵.

Uno tras otro, fueron cayendo los enclaves japoneses tras las oleadas norteamericanas, aunque a cambio los invasores pagaron un alto saldo de bajas. Unas bajas que se hicieron eco en la opinión pública norteamericana la cual arremetía con duras críticas sobre los mandos militares tachándolos de ineptos. Gran parte de esta rabia, materializada en las cartas que fueron enviadas por parte de familiares, radicó en la temprana edad de los combatientes. La mayoría de ellos no superaban los veinticinco años²⁸⁶. Para el final de la campaña, la cifra de muertos estadounidenses era de 12.000, a los que habría que añadir más de 36.000 heridos y varias decenas de miles de bajas por neurosis de guerra, enfermedades y otras causas. En este sentido, cada metro de terreno ganado suponía un gran objetivo militar que era conseguido mediante un alto coste. Un ejemplo que ilustró esta dinámica fueron los constantes ataques frontales que ordenó Buckner contra la última línea defensiva: la línea de Shuri. La insistencia del comandante del 10º Ejército suscitó crispaciones entre los comandantes de las diversas ramas militares²⁸⁷.

Las fuerzas niponas terrestres no eran las únicas preocupaciones en las mentes de los estrategas norteamericanos. Los cielos de la batalla de Okinawa fueron cubiertos por la Unidad Especial de Ataque Shinpu, comúnmente conocida como kamikazes, cuya actuación se remontaba a la batalla de Leyte un año atrás. Bajo el nombre de la operación Ten-Go, los pilotos kamikazes arremetieron con sus aparatos contra las naves aliadas desde el inicio de la invasión. En esta operación también se incluyó la última gran actuación naval japonesa en aras de frenar el ataque enemigo. El acorazado *Yamato*, el mayor acorazado de la Segunda Guerra Mundial, fue hundido el 7 de abril antes de que pudiera llegar a Okinawa y ofrecer una mayor resistencia²⁸⁸. Tras el progresivo declive japonés, la isla fue oficialmente tomada el 22 de junio de 1945. Ciertamente, esta fue una de las campañas más largas en el Pacífico y también una de las más sangrientas, así lo evidencia el aniquilamiento casi total del 32º Ejército japonés y la captura de poco más de 7.000 prisioneros. Poco antes de finalizar la batalla, el general Buckner fue muerto, siendo el oficial de mayor rango muerto en la Guerra del Pacífico, por los fragmentos que

²⁸⁵ DTIC, Comander in Chief Pacific Ocean Areas (CINCPAC), Joint Staff Study ICEBERG Operation, Serial 000131, 25 de octubre de 1944.

²⁸⁶ Hastings, *Némesis...*, p. 450.

²⁸⁷ Ídem, p. 456.

²⁸⁸ Sloan, *Okinawa...*, p. 111.

ocasionó el fuego de artillería enemiga mientras este visitaba un puesto avanzado en frente de la cresta Ibaru²⁸⁹.

Con la toma de Okinawa se encaró la recta final de la guerra, materializándose de este modo los planes esbozados por el alto mando estadounidense. Este escenario se erigió como la antesala de la tragedia venidera para las islas principales niponas que se encarnaría bajo el tenebroso semblante de las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki. Así, uno de los argumentos esgrimidos con más fuerza por parte de los mandatarios y estrategias norteamericanos a favor del uso de estas bombas era que mediante ellas se acabaría de un plumazo con la guerra y se evitarían una gran cantidad de eventuales bajas durante el asalto de las islas principales. Lo cierto es que autores como John Dower han revelado que la utilización de las bombas atómicas no respondió a la necesidad de mitigar las bajas estadounidenses. Dower remarca como en el mismo año de la derrota japonesa muchos estadounidenses como Edwin Locke Jr., enviado presidencial a Japón en octubre de 1945, pensaban que la utilización de las bombas solo había acelerado unos pocos días el fin de la guerra. A una conclusión similar llegaron posteriormente los análisis del *U.S. Strategic Bombing Survey* -comité de expertos cuya labor residía en generar informes y estudios sobre la utilización de bombardeos atómicos estratégicos en Europa y Asia-. Los estrategias estadounidenses sobrestimaban las capacidades defensivas de Japón después de la campaña de Okinawa. De este modo, el *U.S. Strategic Bombing Survey* aseveró que Japón se hubiera rendido con total seguridad antes de noviembre o diciembre. Una rendición que se hubiera hecho efectiva incluso sin el lanzamiento de las bombas atómicas, la entrada de la Unión Soviética en la guerra y el asalto estadounidense a las islas mayores²⁹⁰.

Una vez retratados aspectos como el desarrollo de la contienda en el Atlántico y en el Pacífico, la elaboración de planes de ocupación para ambos territorios y el desigual desenlace entre ellos es pertinente resaltar una serie de cuestiones. Así, ambos espacios insulares tuvieron periodos de revalorización y desvalorización durante la guerra, aunque en diferentes momentos y con distintos fines. A este respecto, Canarias tuvo una importancia geoestratégica en la mente de los militares británicos solo en calidad de alternativa a Gibraltar. Además de ello, la relevancia de las islas atlánticas españolas rivalizaba con la de los archipiélagos portugueses. De este modo, los planes de invasión de Canarias no formaron nunca parte de una estrategia ofensiva contra el Eje en el Atlántico, sino que, como se ha resaltado, constituyeron una reacción ante los ataques que la flota germana estaba ejecutando en este espacio sobre el tráfico marítimo aliado. A

²⁸⁹ Hastings, *Némesis...*, p. 478.

²⁹⁰ Dower, John, *Embracing Defeat: Japan in the Wake of World War II*. W. W. Norton & Company, 2000, p. 44.

razón de ello, la importancia geoestratégica de Canarias estuvieron atravesando altibajos hasta que finalmente en 1942 y 1943 su ocupación fue prácticamente descartada dado el dominio que consiguieron Estados Unidos y Reino Unido en el norte de África.

En cambio, y a diferencia de las islas españolas, la relevancia geoestratégica de Okinawa para los Aliados no salió a la luz hasta la recta final de la guerra -finales de 1944-. En efecto, el avance norteamericano por el Pacífico ocasionó que Okinawa se presentara como la antesala de la invasión a las islas principales japonesas. Ello revela también que, a diferencia de Canarias, Okinawa estaba inserta en la estrategia de ofensivas aliada contra Japón. No obstante, no se debe pasar por alto que la consideración de Okinawa como plataforma para continuar con los asaltos también estuvo en competencia con otros enclaves que podían ofrecer mayores ventajas. Este fue el caso de Taiwán cuya invasión se descartó finalmente por estar mejor defendida.

Ciertamente, la ofensiva contra Okinawa se esbozó cuando las fuerzas aliadas ejercían un claro dominio sobre el conflicto y el Imperio japonés ya no contaba con capacidad ofensiva. Por su parte, los planes contra Canarias se prepararon durante un momento de debilidad británica. La derrota francesa a mediados de 1940 había dejado asilada a Gran Bretaña en la lucha continental. Por ello, el Alto mando británico temió, con sólido fundamento, que los próximos pasos del Eje se encaminaban hacia la ocupación de los territorios continentales e insulares de España y Portugal. Del mismo modo, la política exterior de España y Japón influyó sobremedida en el destino de sus espacios insulares. Si la beligerancia japonesa era motivo evidente para que los Aliados atacaran al Imperio nipón, la neutralidad y la no beligerancia española frenaban los impulsos de aquellos que más abogaban por una invasión, incluso preventiva, de las islas atlánticas españolas.

Sin embargo, y a pesar de las diversas coyunturas que atravesaron Canarias y Okinawa durante el conflicto, el denominador común para ambos archipiélagos fue la idoneidad de estos a raíz de su potencial en términos de localización e infraestructuras. Ello queda evidenciado con el puerto de la Luz en el caso canario o en los aeródromos de Yontan y Kadena junto con el puerto de Naha para el ámbito okinawense. Sobre la cuestión de las infraestructuras insulares y su localización ahondaremos en posteriores capítulos. En suma, el devenir de la guerra provocó la bifurcación de la importancia de estos marcos espaciales quedando el archipiélago japonés como un enclave crucial en el Pacífico mientras Canarias se desvanecía en el tapete de la política exterior aliada.

3. LAS ISLAS EN LA POLITICA EXTERIOR Y DEFENSIVA DE ESPAÑA Y JAPÓN

Los planes aliados de ocupación de los archipiélagos español y japonés no explican por sí solos la importancia de las islas en el contexto de la guerra. Para ello, es imprescindible analizar la política exterior española y japonesa y ver de qué manera los entornos insulares se insertaron en estas. Concretamente, esta profundización pasa por encuadrarse en el periodo de la no beligerancia española (1940-1942) y de la propia beligerancia japonesa (1941-1945). Para el caso de España, la relevancia de la no beligerancia destaca por ser el momento más álgido de una posible entrada a la guerra por parte del país ibérico y, por tanto, el momento idóneo para que se produjera una contestación aliada. Por su parte, la beligerancia japonesa culminó prematuramente las pautas del sendero belicista que llevó a cabo el país del Sol Naciente. Pero, en todo caso, estas pautas estaban ya presentes en la política exterior nipona años atrás y la mera inmersión formal en la beligerancia del conflicto mundial no fue más que una etapa más de esta tesitura.

A razón de las diferentes dinámicas de España y Japón, sus respectivos entornos insulares ejercieron un rol igualmente dispar. A saber, el archipiélago canario encarnaba una de las debilidades territoriales españolas difícilmente defendibles si desde Madrid se tomaba la decisión de entrar finalmente en la guerra. En cambio, Okinawa se situó como uno de los enclaves esenciales, más por necesidad que por una consideración de su valor dentro de los territorios imperiales, en la recta final del conflicto. En este sentido, los mandatarios japoneses vieron en la isla una oportunidad para frenar el avance aliado y así ganar tiempo para buscar una posición más favorable a Japón ante su inminente derrota. Las siguientes líneas tratarán de ahondar en estas cuestiones bajo el análisis comparado que caracteriza esta investigación.

3.1. Dos situaciones jurídicas diferentes ante el mismo conflicto: la no beligerancia española (1940-42) frente a la beligerancia de Japón (1941-45)

La política exterior, lejos de regirse por unos ideales, directrices de cooperación altruistas o por principios morales ampliamente aceptados, siempre ha estado marcada por la conveniencia de intereses. La España y el Japón de la Segunda Guerra Mundial no fueron una excepción y sus respectivos procederes en los asuntos internacionales estuvieron siempre supeditados al balance de pros y contras que cada país consideró oportuno a raíz de sus propios intereses políticos o, mejor dicho, al de sus dirigentes.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial se mostró como una convulsa sacudida del tablero internacional que afectó a la toma de decisiones políticas de múltiples países. Siendo Alemania el país con una clara beligerancia desde el inicio de la contienda, el resto de las potencias fueron posicionándose en el nuevo escenario a lo largo de los siguientes

meses. En el caso de España, sus acciones exteriores estuvieron imbuidas por la ambigüedad, marcada por la influencia de realidad material del país y por las aspiraciones personales de Franco sin olvidar la constante actitud dubitativa que estuvo presente no solo en el periodo de la no beligerancia, sino también en el resto de los años que ocuparon la guerra.

En efecto, antes de la etapa de la no beligerancia, momento más evidente de una colaboración descarada para con el Eje, la originaria neutralidad española (septiembre de 1939-junio de 1940) estuvo caracterizada bajo la mencionada ambigüedad. El motivo principal que se arguyó para sostener la “estricta neutralidad” fue el de la paupérrima situación material en la que se encontraba el país, o al menos eso fue lo que se promulgó desde las instancias oficiales. En este punto cabe destacar la lista de motivos que apuntan diversos autores en lo concerniente a las acciones españolas de la política exterior que consistieron en el primigenio posicionamiento neutral, el viraje hacia la no beligerancia y el definitivo retorno a la neutralidad. En este sentido, aunque dichos motivos son ampliamente compartidos, existen unas matizaciones que será expuestas a continuación. Por ejemplo, Enrique Moradiellos aduce a la citada precariedad económica y material como uno de los factores determinantes, si no el que más, que explican la neutralidad española al inicio del conflicto²⁹¹. Sumado a esta perspectiva se encuentra también Víctor Morales Lezcano sosteniendo que la nefasta situación de España junto con la vulnerabilidad de las fronteras de sus territorios, especialmente insulares, fueron factores reales a la hora de sopesar la beligerancia por parte de Franco²⁹².

Prosiguiendo con la actitud ambivalente de España durante la primera neutralidad, la premisa de este periodo basada en la incapacidad económica y militar del país convivió con una actitud colaboracionista desde el inicio. El propio embajador alemán, Eberhard von Stohrer, declaraba en 1939 que “España estaba dispuesta a ayudarnos en la medida en que le fuera posible”²⁹³. Esta afirmación cobra sentido a raíz de la cooperación hispano-alemana emergida bajo el auspicio de las autoridades franquistas que facilitaron las acciones de espionaje y otras injerencias con objetivos militares en el territorio español como quedó retratado en el capítulo anterior en alusión a la región de Gibraltar. De hecho, el 31 de octubre de 1939 momentos después de la irrupción de la guerra, la Junta de Defensa Nacional se había reunido para dirimir sobre el futuro de España. En dicha

²⁹¹ Moradiellos, Enrique, “España y la Segunda Guerra Mundial, 1939-1945: Entre resignaciones neutralistas y tentaciones beligerantes”. En Navajas Zubeldia, Carlos e Iturriaga Barco, Diego (eds.), *Siglo. Actas del V Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo* (Logroño, Universidad de La Rioja, 2016, p. 60.

²⁹² Morales Lezcano, Víctor, “Las causas de la no beligerancia española reconsideradas”. *Revista de Estudios Internacionales*, vol. 5, nº3, 1984, p. 617.

²⁹³ Citado en Moradiellos, “España y la Segunda Guerra...” p. 58

reunión se acordó que el país debía comenzar a hacer preparativos de guerra si finalmente se decidía, por cualquier causa, ser un actor más en ella. Esta idea iría en conjunción con una política de no participación, encarnada en la citada neutralidad. En otras palabras, se establecía la neutralidad a la vez que se sostenía un programa de rearme. El artífice de este plan fue el general Juan Vigón, jefe del Alto Estado Mayor, y es calificado por Manuel Ros Agudo como el “cerebro militar” de Franco dada su gran influencia sobre el Caudillo²⁹⁴.

La figura de Vigón sintetiza muy bien la ambivalencia de intenciones del régimen. Para este, el posicionamiento neutral de España venía dado por la ausencia de deudas de ningún tipo con otros países y, por ende, emanado de la libre voluntad de la nación ibérica, una opinión compartida por otros mandatarios franquistas y por el propio Franco. Vigón argumentaba que España tenía “plena independencia de espíritu cuales hayan de ser en lo futuro nuestras tendencias y nuestras orientaciones”²⁹⁵. Esta declaración estaba ligada a la creencia de que la libertad de España residía en el incumplimiento del Pacto Antikomintern por parte de Alemania al firmar el Pacto Ribbentrop-Molotov. España, otrora también firmante del Pacto en abril de 1939, consideraba ahora papel mojado el tratado en el que se pretendía combatir las confabulaciones comunistas. Sin embargo, Ros Agudo nuevamente pone de manifiesto que este razonamiento se asentó sobre una tambaleante y cuestionable base argumental por parte de los dirigentes franquistas. A saber, en 1936 España firmó con Italia un tratado en el que se reconocía una actitud favorable, aun dentro de la neutralidad, respecto a la Italia fascista del Duce si esta entraba en guerra²⁹⁶.

Sea como fuere, el avance de la contienda fue forzando a las diversas potencias a encajar sus intenciones en el metamórfico marco internacional. La derrota francesa en junio de 1940 se erigió como uno de los sucesos bélicos decisivos en esta dinámica de realineamiento. Inmediatamente, Italia se adentró en la beligerancia junto a Alemania mientras que Franco decretaba el paso a la no beligerancia el 12 de junio del mismo año. En este punto, el elemento motriz que impelió al Caudillo en este mayor acercamiento respecto al Eje fueron las aspiraciones territoriales africanas, aspecto ampliamente compartido por diversos autores²⁹⁷. Estas aspiraciones fueron insuflándose de bríos

²⁹⁴ Ros Agudo, Manuel, *La gran tentación: Franco, el Imperio Colonial y el proyecto de intervención española en la Segunda Guerra Mundial*. Styria, 2008, pp. 129-130.

²⁹⁵ Citado en Ros Agudo, *La gran tentación...*, p. 131.

²⁹⁶ Para profundizar más en los pactos anteriores con Alemania e Italia ver Ros Agudo, *La guerra secreta de Franco (1939-1945)*. Crítica, 2002, pp. 27-34.

²⁹⁷ Ros Agudo, *La gran tentación...*, p. 134; Egido León, “Franco y la Segunda Guerra Mundial. Una neutralidad comprometida”. *Ayer*, nº57, 2005, p. 106; Moradiellos, “España y la Segunda Guerra...”, p. 61; Preston, Paul, *Franco. Caudillo de España*. Debate, 2015, p. 562; Payne y Palacios, *Franco: Una biografía personal y política*. Planeta, -versión Epub, 2014, p. 271.

renovados a medida que Alemania acumulaba victorias, sobre todo al inicio de la guerra²⁹⁸. En relación con esta tesitura, España comenzó a esbozar minuciosa y detalladamente diversos planes de ofensivas militares en aras de culminar sus reivindicaciones norteafricanas. Dichos planes, ampliamente estudiados y salidos a la luz por las investigaciones de Ros Agudo, consistían en el ataque casi simultáneo de cuatro zonas: el sudeste de Francia, Gibraltar, Portugal y el Marruecos francés²⁹⁹. Todo ello a razón de que fueran ofensivas de corta duración puesto que los recursos españoles para mantener una larga contienda eran limitados. Sin embargo, la única conquista territorial que lograría España fue la toma de Tánger dos días después de haberse declarado la no beligerancia. Esta ocupación fue resultado de un plan detallado ante un posible ataque aliado. La situación fue bien diferente dado que el derrumbe francés motivó finalmente a las autoridades franquistas a actuar en solitario, aunque estas intentaron justificar después que sus acciones estaban respaldadas por la Francia de Vichy. Este suceso fue influenciado mayormente por el coronel y Alto Comisario del Protectorado del Marruecos español Juan Luis Beigbeder. Uno de los militares africanistas que más abogaba, bajo el beneplácito y complacencia de Franco, por los sueños imperialistas españoles en África³⁰⁰.

Consecuentemente, todo se dispuso para el comienzo de las negociaciones con Alemania cuando en septiembre de 1940 Ramón Serrano Suñer partió rumbo Berlín y el general Von Richtofen llegó a Madrid. La misión del *cuñadísimo* era clara: convencer a Hitler de la idoneidad de España para entrar en la guerra a cambio de las reivindicaciones territoriales citadas, concretamente, estas se trataban de la incorporación del Marruecos francés, la región de Orán en Argelia y la ampliación de la Guinea española además del retorno de Gibraltar. Aparte de estas concesiones, se solicitaba de Alemania que esta proveyera a España de recursos alimenticios, económicos y militares para poder reconstruir el país y entrar en mejores condiciones a la guerra. Al momento de estos intercambios diplomáticos se estaba desarrollando la batalla de Inglaterra. Este evento fue clave y definitorio en la respuesta alemana hacia Franco. Si en un primer momento las propuestas españolas eran vistas como grandes exigencias, el desenlace de la batalla de Inglaterra a favor de Reino Unido transformó las peticiones hispanas en irrealizables, ilusorias e incluso arrogantes a ojos de Hitler³⁰¹.

Por su parte, los españoles también se negaron ante la proposición germana de la cesión de una de las islas de Canarias a cambio de la ayuda para ocupar Gibraltar. Así, con el

²⁹⁸ Morales Lezcano, “Las causas de la no beligerancia...”, p. 611.

²⁹⁹ Ros Agudo, *La gran tentación...*, pp. 137-139.

³⁰⁰ Ros Agudo, *La gran tentación...*, pp. 338-341.

³⁰¹ Egido León, “Franco y la Segunda Guerra Mundial...”, pp. 108-109.

paso de los días las relaciones entre Serrano Suñer, Joachim von Ribbentrop y Hitler se fueron enrareciendo hasta anquilosarse. Alemania consideraba en este punto más valiosa la relación con la Francia de Vichy para combatir a las fuerzas aliadas, como así había ocurrido en el rechazo del ataque anglo-francés en Dakar en septiembre de 1940, que la presunta ayuda de una potencia secundaria como era España. Por su parte, tanto Reino Unido como Estados Unidos centraron sus esfuerzos en evitar que Franco se decidiera por entrar en la guerra. Sus acciones fueron llevadas a cabo bajo la política del “palo y la zanahoria” tal y como se citó en el anterior capítulo y consistió en la ayuda económica, el bloqueo marítimo, la preparación de planes militares ante una posible beligerancia española como fue el caso de la operación *Puma*, más tarde bautizada como *Pilgrim y Tonic*, o las injerencias en la política interna de España con los sobornos de diversas figuras franquistas como evento más reseñable. Lo destacable en este sentido es que España se vio forzada a buscar ayuda económica por parte de los Aliados a la vez que mantenía negociaciones con el Eje. Muestra de ello fue la ayuda económica ofrecida a Franco por parte de Estados Unidos en septiembre de 1940 para la compra de alimentos, combustibles y demás recursos con la esperanza de apaciguar las tentativas belicistas³⁰².

Pero sin duda, el momento culmen de las negociaciones hispano-germanas quedó retratado en el encuentro de octubre de 1940 en Hendaya entre el Caudillo y el *Führer*. Al igual que las peticiones de Serrano Suñer en Berlín, Franco le presentó a Hitler el mismo precio por la beligerancia y una vez más estas cayeron en saco roto. Consecuentemente, en noviembre de ese mismo año, y a través de mediación italiana, España se adheriría en secreto al Pacto Tripartito de Alemania, Italia y Japón con el propósito de participar en la guerra según Franco lo creyera oportuno según las circunstancias del conflicto. En este sentido, más que presentarse este suceso como un elemento armonizador lo cierto es que el efecto que produjo fue el contrario. Para Mussolini la beligerancia española, y especialmente sus pretensiones territoriales, se planteó como una competencia por el Mediterráneo. Para Alemania, el alineamiento español al Pacto trajo la expectativa de que Franco entrara en la guerra en uno de los momentos frágiles como fueron las derrotas italianas en Grecia y África. Ante la petición germana de actuar en Gibraltar a modo de contestación, bajo la operación *Félix*, Franco demoró su beligerancia *sine die* aludiendo a la precaria situación material de España, el bloqueo marítimo aliado y a la dependencia económica con las potencias anglosajonas³⁰³.

Por otra parte, el desarrollo de la política exterior tuvo sus repercusiones en los asuntos internos. A saber, las incesantes ansias belicistas de Falange, con Serrano Suñer a la

³⁰² Preston, *Franco. Caudillo...*, pág. 566.

³⁰³ Moradiellos, “España y la Segunda Guerra...”, pp. 66-67.

cabeza, y su mayor protagonismo chocaban con la posición del resto de las familias políticas franquistas. Las tensiones entre Serrano Suñer y otros militares de corte monárquico, e incluso anglófilo, durante 1941³⁰⁴ o el incidente de Begoña en agosto de 1942³⁰⁵ eran un ejemplo de estas crispaciones. De igual forma, el envío de la División Azul o los discursos de Franco y Serrano Suñer en julio y octubre de 1941 respectivamente se presentaron como las acciones más claras de un acercamiento hacia el Eje encubierto bajo la no beligerancia. Aunque estos gestos, más que ser un preliminar de una inminente beligerancia fueron, en palabras de Morales Lezcano, gestos de “simpatía moral” para aplacar la demandas del *Führer*³⁰⁶.

La prolongación de la guerra, con el estancamiento del frente ruso, las complicaciones de Rommel en África, la interminable batalla del Atlántico o la incorporación formal de Estados Unidos a la guerra en diciembre de 1941, condicionaron la actitud, que se tornó aún más dubitativa, de Franco para posicionarse como claro contendiente. El desembarco aliado en el norte de África, bajo la operación *Torch*, constituyó la prueba de fuego en las decisiones españolas respecto a la guerra. El temor del Caudillo de que las fuerzas aliadas tomaran parte del territorio español durante la operación fue disuelto cuando en octubre de 1942 el embajador estadounidense, Carlton J. H. Hayes, comunicó al nuevo ministro de Asuntos Exteriores español, Francisco Gómez-Jordana Sousa, que las intenciones norteamericanas no irían en contra de la integridad territorial de España. Una comunicación que fue ratificada por la carta que envió Roosevelt a Franco a principios del mes siguiente³⁰⁷.

Durante el mandato de Jordana, junto al paralelo balance favorable de la guerra para los Aliados, España se adentró en un camaleónico y paulatino proceso de alejamiento del Eje, al menos en sus formas más evidentes. La retirada de la División Azul o la disminución de exportaciones de minerales hacia Alemania se proyectaron como claros indicios del viraje a la originaria neutralidad. Del mismo modo, el maquillaje del régimen para un

³⁰⁴ Preston, *Franco. Caudillo...*, p. 642.

³⁰⁵ Payne y Palacios, *Franco*, p. 309.

³⁰⁶ Morales Lezcano, “Las causas de la no beligerancia...”, p. 260.

³⁰⁷ Payne y Palacios, *Franco*, pp. 315-316. Para Payne y Palacios, el nombramiento de Jordana como nuevo ministro de exteriores no tuvo nada que ver con las intenciones de un viraje a la neutralidad por parte de Franco ni por parte del propio Jordana en un primer momento. Más bien, la elección de este por el Caudillo se motivó porque vio en Jordana una figura pragmática y competente para abordar el porvenir de la política exterior española que hasta el momento se había estancado, por no decir que se encontraba en una mala situación, debido a las ínfulas belicistas de Serrano Suñer. Del mismo modo, ambos autores remarcan que las reclamaciones territoriales siempre estuvieron en la mente de Franco hasta el final de la guerra. A pesar de que las tornas se habían vuelto contra Alemania, el Caudillo creyó que, pese a una posible derrota del Eje, la nación germana tendría una preminencia notable en las negociaciones de paz y España debería seguir mostrándose afable para con esta en aras de obtener una mejor posición internacional en el futuro. Véase Payne y Palacios, *Franco*, p. 318. Sobre la sustitución de Serrano Suñer por Gómez-Jordana destaca también la obra de Emilio Sáenz-Francés San Baldomero, *Entre la antorcha y la esvástica: Franco en la encrucijada de la II Guerra mundial*. Editorial Actas, 2009.

mejor posicionamiento respecto a los Aliados afianzó su retórica política en la lucha contra el comunismo y la exposición de una España siempre garante y defensora de los valores cristianos de la civilización occidental a la vez que se iban soslayando las voces falangistas más proclives al Eje³⁰⁸. En este punto no es desdeñable también señalar la caracterización de las relaciones hispano-japonesas. Partiendo de una similitud de regímenes similares en cuanto a la composición militarista de la estructura política, las relaciones compartidas entre España y Japón se fundamentaron principalmente por dos vías: la diplomática y la propagandística. Pero acabaría siendo esta última la que eclipsó a la primera dado que nunca hubo una ayuda mutua tangible³⁰⁹. No obstante, el distanciamiento con respecto a Japón se tornó más fácil para Franco y fue, de hecho, el perfecto chivo expiatorio para alinearse al lado de los Aliados en el escenario del Pacífico³¹⁰. En palabras de Florentino Rodao aludiendo al periodo del retorno de la neutralidad:

Este segundo periodo de Jordana, en definitiva, ofrece el ejemplo más claro de dualidad en la relación entre ambos países, porque frente a esa imagen amistosa ante el exterior, cada uno estaba dispuesto a traicionar al otro, si así convenía a sus intereses. La relación era esencialmente inestable porque comenzaba a considerarse que el otro no sólo era inútil para la consecución de sus objetivos, sino que incluso los obstaculizaba³¹¹.

Retornando a los matices interpretativos de la no beligerancia española, tanto Preston³¹² como Ros Agudo³¹³ coinciden que, de haber obtenido Franco garantías por parte de Alemania sobre el reparto del botín de guerra africano este habría cruzado el umbral de la guerra sin importar los altos costes materiales y humanos de España. O, en otros términos, para el Caudillo sus sueños imperiales bien valían una misa. Sea como fuere, el

³⁰⁸ Payne y Palacios, *Franco*, p. 324

³⁰⁹ Rodao García, Florentino, "España y Japón durante la II Guerra Mundial. Contextualización de una relación cambiante". En Thomàs, Joan Maria, (coord.), *Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, Japón y sus relaciones con España entre la guerra y la postguerra (1939-1953)*. Universidad Pontificia Comillas, 2016, p. 203.

³¹⁰ Para una mayor profundización en las relaciones hispano-japonesas ver Rodao García, Florentino, *Relaciones Hispano-japonesas, 1937-1945*. Tesis doctoral - Universidad Complutense de Madrid, Biblioteca virtual Miguel de Cervantes, 1993; "Difícil y sin apoyos políticos. La Representación por España de los intereses japoneses durante la Guerra del Pacífico". *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, H. Contemporánea*, nº8, 1995, pp. 179-194; "Japón y la propaganda totalitaria en España, 1937-1945". *Revista española del Pacífico*, nº8, 1998, pp. 435-454; *Franco y el imperio japonés. Imágenes y propaganda en tiempos de guerra*. Plaza & Janes -versión Kindle-, 2013; "La difícil (des)protección: la España de Franco y la representación de intereses japoneses en América Latina durante la Guerra del Pacífico". *Cuadernos CANELA. Revista anual de Literatura, Pensamiento e Historia, Metodología de la Enseñanza del Español como Lengua Extranjera y Lingüística de la Confederación Académica Nipona, Española y Latinoamericana*, nº26, 2015, pp. 24-39.

³¹¹ Rodao García, *Franco y el imperio japonés...*, p. 6849.

³¹² Preston, *Franco. Caudillo...*, p. 565.

³¹³ Ros Agudo, *La gran tentación...*, p. 343.

regreso a la neutralidad no se produjo hasta el otoño de 1943 de forma oficial y con ello el fin definitivo de las tentativas belicistas de España.

Pero si las pretensiones territoriales de España, y con ello la posible beligerancia, estaban influenciadas por el legado de la Guerra Civil y la cosmovisión africanista compartida de sus generales, la beligerancia japonesa estaba íntimamente conectada con un bagaje, sobre todo en materia de política exterior, que se remontaba hasta finales del siglo XIX con la conformación moderna del Estado japonés durante el periodo Meiji (1868-1912). Esta es, de hecho, la visión de Iriye Akira cuando sostiene que la beligerancia del país nipón en la Guerra del Pacífico estaba, en parte, determinada por las raíces militaristas que se gestaron durante el periodo citado³¹⁴. Ciertamente, la vertiente militar fue uno de los aspectos más sobresalientes en el proceso de modernización de la emergente potencia asiática cuyo objetivo residía en hacerse un hueco en el nuevo tablero internacional. Uno de los eslóganes característicos del periodo Meiji ilustró bien esta tendencia: *Fukoku kyōhei* que se traduce como “País rico, ejército fuerte”.

Sin embargo, una amplitud de autores³¹⁵ sugieren que fue en septiembre de 1931 con el incidente de Manchuria cuando el imperialismo japonés surgió de manera clara y se presentó como antecedente *sine qua non* de la beligerancia nipona en la Segunda Guerra Mundial. A diferencia del expansionismo llevado a cabo con anterioridad a la década de los 30, asentado en la aceptación de las reglas del juego internacional y cooperación con las potencias occidentales, el incidente de Manchuria fue el primer paso hacia un expansionismo en aras de satisfacer las demandas económicas nacionales, entre las que se encontraba la industria de guerra, a la vez que la creación de un bloque económico autárquico. El desmoronamiento del sistema económico liberal, con el crack del 29 como evento más destacado, fue el detonador en esta nueva dinámica. Del mismo modo, este fue el momento en el que los dirigentes civiles comenzaron a chocar con mayor contundencia con los mandatarios militares que, con el paso de los años, se harían con el control del gobierno.

Todo esto conecta con el debate citado en el anterior capítulo. A saber, la asunción de que a partir de este incidente Japón se encuadró en el conflicto mundial suscitó, como se ha constado, una discusión que se extendió hasta el propio concepto de la “Guerra del Pacífico”. En todo caso, lo que parece estar claro es que la imagen irreversible del Japón belicista se proyectó en el marco internacional con el abandono de la Sociedad de Naciones en marzo de 1933. Es interesante en este punto remarcar el discurso

³¹⁴ Iriye, Akira, *Power and Culture. The Japanese-American War, 1941-1945*. Harvard University Press, 1981, p. 1.

³¹⁵ Hane, Mikiso, *Breve Historia de Japón*. Alianza Editorial, 2003, p. 209; Hotta, *Japón 1941...*, pp. 89-95.

pronunciado por Matsuoka Yōsuke, dirigente de la delegación japonesa en la Sociedad de Naciones y futuro ministro del *Gaimushō* (Ministerio de Asuntos Exteriores), en el que se oponía a la condena internacional aludiendo que las potencias occidentales habían pecado del mismo colonialismo expansionista del que ahora se había visto imbuido Japón³¹⁶.

Por su parte, la política exterior nipona reflejó las tensiones internas de gobierno que se estaban desarrollando paralelamente. El asesinato de Inukai Tsuyoshi en 1932, primer ministro y opositor contra las injerencias militares en China, los enfrentamientos entre los cuerpos de la Armada y el Ejército Imperial o la influencia militar en los gabinetes de gobierno que lograron en 1935 presionar al ministro Okada Keisuke para revocar los acuerdos navales de Washington y Londres en 1935 fueron ejemplos habituales de la tónica que caracterizó la década de los 30. Pero, sin duda, el evento más ilustrativo de estas disputas endógenas fue el fallido intento golpe de Estado en febrero de 1936. Antes de que este se desencadenara, los grupos militares estaban aunados y enfrentados bajo dos facciones: la *Kōdōha* o facción imperial y la *Tōseiha* o facción de control. Tras la destitución de Masaki Jinzaburō en 1935 como inspector general de educación militar la *Kōdōha*, donde se consideraba a la violencia como piedra angular ideológica para el cambio, actuó aludiendo que el gobierno estaba inserto en un proceso conspirativo. El resultado de las acciones de este ala ultranacionalista y extremista fue el asesinato de figuras de gobierno como Takahashi Korekiyo, Saitō Makoto y Watanabe Jōtarō. No obstante, el golpe no llegó a prosperar, en parte por la falta de un plan después de los asesinatos de la mano de los golpistas, en parte por la condena del emperador junto con otras personalidades militares. Tal y como aduce Hane, el resultado de este suceso fue la toma de control y más influencia de figuras militares que no eran simplemente integrantes de la facción más moderada de las Fuerzas Armadas, sino de unos militares que se oponían al uso de la violencia como el único medio de expresión ideológica y política³¹⁷.

La segunda guerra sino-japonesa (1937-1945) se erigió como la antesala directa, siguiendo la reverberación militarista en China, de la beligerancia japonesa en el conflicto mundial. De hecho, China fue escenario a la vez que objeto de discusión en la política exterior nipona con otras potencias como fue el caso de la Unión Soviética o Estados Unidos. Todo ello cobra sentido si se tiene en cuenta que este enfrentamiento armado se solapó a la Segunda Guerra Mundial. El conflicto con China iría arrinconando cada vez más a Japón en sus relaciones con las potencias occidentales, especialmente con Estados Unidos. Por contraposición, hubo intentos de reconciliación con la potencia

³¹⁶ Hotta, *Japón 1941...*, pp. 94-95.

³¹⁷ Hane, *Breve Historia...*, pp. 210-213.

norteamericana sobre todo durante el segundo mandato de Konoe Fumimaro (1940-1941), pero estos no llegaron a buen puerto dado que Roosevelt exigía la desocupación japonesa en China, algo a lo que los mandatarios nipones no estaban dispuestos a renunciar. En el caso de las relaciones con China estas se vieron previamente aún más estancadas dada la insistencia japonesa, gracias a la mediación alemana a través de la Conferencia de Bruselas de 1937, de ofrecer como solución a Chiang Kai-shek que se reconociera el nuevo gobierno chino en Nankín, bajo tutela japonesa, de Wang Ching-wei. Precisamente, la intransigencia de Japón en este aspecto venía por las demandas de los grupos militares, especialmente de la facción más extremista. En este sentido, Konoe, una figura admirada y popular en amplios sectores sociales, prefirió satisfacer las expectativas de estos militares, de entre los cuales se encontraban algunos partícipes del fallido golpe de estado del 36, antes que buscar un acercamiento más flexible. Paralelamente, a Japón se le iba agotando el tiempo a raíz de los embargos de combustible progresivos que impuso Estados Unidos y la revocación del tratado de comercio de 1911³¹⁸.

La asfixia económica estadounidense agudizó aún más la delicada situación en la toma de decisiones en el marco internacional. Los perjudiciales enfrentamientos contra las fuerzas de la Unión Soviética entre 1938 y 1939 en la frontera manchuriana, conocidos como la batalla del lago Jasan y el incidente de Nomonhan, replantearon la estrategia japonesa en Asia. En este punto, comúnmente se ha aceptado que fue el Ejército el principal actor que promulgaba un avance hacia el norte mientras que la Armada insistía que la expansión debía llevarse a cabo hacia el sur, máxime durante 1940 cuando los recursos estaban llegando al límite y el sudeste asiático se presentaba como un oasis para oxigenar la maquinaria de guerra nipona. Sin embargo, Eri Hotta sostiene que fue Matsuoka en la primera mitad de 1940, actuando ahora como ministro de Asuntos Exteriores y en cuya figura se conjugaron la megalomanía y la excentricidad, quien había saboteado al inicio las negociaciones con Estados Unidos y ponderaba el derecho japonés a expandirse en Asia, atacando a la Unión Soviética si las necesidades lo hubiesen requerido. En palabras de Hotta: “Matsuoka, un civil que había eludido el servicio militar, estaba instando al ejército a adoptar una actitud más beligerante”³¹⁹.

En cualquier caso, y sin caer en una retórica tautológica con respecto a los antecedentes que llevaron a Japón a la beligerancia, conviene resaltar tres eventos diplomáticos que conectaron directamente con la posterior declaración de guerra en diciembre de 1941. A saber, el Pacto Antikomintern en noviembre de 1936, el Pacto Tripartito en septiembre de

³¹⁸ Jansen, Marius, *The Making of Modern Japan*. The Belknap Press of Harvard University Press, 2002, p. 628.

³¹⁹ Hotta, *Japón 1941...*, p. 106.

1940 y el Pacto de Neutralidad soviético-japonés en abril de 1941. Primeramente, el Pacto Antikomintern se concibió por los firmantes, tal y como remarca Rodao³²⁰, como una contestación al hegemónico orden político establecido por las Sociedad de Naciones. En este sentido, la implementación de un “nuevo orden” por parte de los países que habían sido marginados años atrás encontró su fundamento ideológico, y casi su razón de ser, en la lucha anticomunista. Es por ello por lo que las cláusulas de este acuerdo contemplaban la negativa para hacer ningún tratado con la Unión Soviética³²¹. Al Antikomintern se adherirían posteriormente Italia y demás países bajo la órbita o influencia del Eje como España y Yugoslavia entre otros. Lo destacable de este acuerdo es que, a pesar de que el Pacto Ribbentrop-Molotov en 1939 contradujo sus bases y fue una sorpresa y decepción para Japón, siguió en funcionamiento con su renovación en 1941.

Por su parte, el Pacto Tripartito significaba para sus miembros, además de una alianza formal en el plano político, una herramienta de disuasión contra los Aliados, especialmente contra Estados Unidos. De igual forma, tanto Alemania como Japón tenían intenciones de incluir a la Unión Soviética al nuevo tratado, algo que iba contra la lógica de la Antikomintern. El objetivo con esta maniobra era arrinconar todavía más a Estados Unidos dado que Francia se había hundido en la guerra, factor que fue aprovechado en el escenario asiático por los japoneses para entrar en Indochina, y se preveía que Reino Unido siguiera la misma inercia. Incluso, la inserción soviética posibilitaba especular sobre las futuras áreas de influencia internacional de los cuatro miembros³²². Pero las exigencias rusas para su adhesión, eminentemente demandas territoriales, truncaron su entrada además de provocar la irritación de Hitler. En cuanto a China, el Generalísimo vio en el pacto la oportunidad de internacionalizar más la guerra sino-japonesa obligando a los Aliados a inmiscuirse con mayor fuerza en el teatro de Extremo Oriente³²³. Lo cierto es que el Pacto Tripartito, más que presentarse como un arma para amedrentar a sus actuales y futuros enemigos, fue un agravante más en la encrucijada que se iba formando alrededor de los dirigentes nipones.

Finalmente, ante la aprensión de una posible guerra con la Unión Soviética en las fronteras manchurianas y el desencanto japonés al ver que su aliado germano había pactado con el enemigo común, Japón hizo lo necesario para salvaguardar su integridad mediante la firma del Pacto de Neutralidad en abril de 1941. Dicho pacto se consideró como una garantía para la estabilidad con la potencia siberiana, o al menos eso creía el

³²⁰ Rodao García, “España y Japón durante la II Guerra...”, pp. 206.

³²¹ Ídem, p. 207.

³²² Tajima, Nobuo, “Tripartite Pact between Japan, Germany and Italy”. *International Forum on War History*, 2016, p. 52.

³²³ Ídem, p. 55.

gobierno³²⁴. El propio Matsuoka se vanagloriaba de ser el principal artífice de este acuerdo tras su tour diplomático por Europa que comenzó en marzo. Desde su punto de vista, sus loables acciones trajeron a Japón un beneficioso “regalo” para asegurar la preminencia internacional nipona³²⁵. Pero lo que vieron los demás dirigentes japoneses en Matsuoka fue una camaleónica, incluso incoherente, actitud cuando este abogó poco después, como anteriormente quedó constatado, por una política belicista respecto a Rusia y el resto de Asia en medio de las negociaciones con Estados Unidos.

Así pues, el nuevo tablero político quedó finalmente configurado tras el ataque japonés a Peral Harbor. Con las conquistas japonesas en el Pacífico se estableció, progresivamente, la Esfera de la Coprosperidad de la Gran Asia Oriental. Un término que, como apuntan tanto Iriye³²⁶ como Beasley³²⁷, fue conformándose a la par que el expansionismo nipón y según las necesidades del momento. O, en otras palabras, la Esfera de la Coprosperidad no fue una concepción monolítica para implementar en el nuevo bloque autárquico japonés. De igual modo que tampoco fue monolítica una de las principales retóricas ideológicas que lo nutrieron: el panasianismo. En esencia, el panasianismo se asentó en una narrativa que preconizaba la lucha contra el yugo del imperialismo occidental en Asia y contra todos los pérfidos valores de occidente. Esa lucha debía ser encabezada, como no podía ser de otro modo, por Japón para proyectar los auténticos valores asiáticos bajo un “nacionalismo transnacional”³²⁸. Sin embargo, estos enunciados concebidos para la cooperación y armonía con el resto de los pueblos asiáticos chocaban con la lógica de la supremacía racial nipona que también ejercía presión en las mentes de aquellos que abogaban por la Esfera de la Coprosperidad. La cuestión racial no es baladí si se tiene en cuenta que la reconversión de Japón a un Estado moderno estuvo inmersa en medio del auge de las teorías raciales europeas. La diferencia en este sentido, y así lo remarca Dower, es que los japoneses concentraron sus esfuerzos en elevar la raza japonesa, o la “raza Yamato”, y ahondar en las virtudes propias como la “pureza” para distinguir al japonés de las demás razas³²⁹. Por ello, si los cánones del racismo europeo se basaban en el menosprecio de las demás razas bajo la lupa de la pseudociencia biológica, Japón estaba más preocupado por desentrañar los valores intrínsecos que le posicionaran en la cúspide racial a raíz de elementos más etéreos como la moral y la religión. Tanabe Hajime,

³²⁴ Sims, Richard, *Japanese Political History since the Meiji Renovation. 1868-2000*. Palgrave, 2001, p. 222.

³²⁵ Hotta, *Japón 1941...*, p. 89.

³²⁶ Iriye, *Power and Culture*, p. 6.

³²⁷ Beasley, William G., *Japanese Imperialism 1895-1945*. Oxford University Press, 1987, p. 233.

³²⁸ Hotta, *Japón 1941...*, p. 2.

³²⁹ Dower, *War without Mercy...*, p.205.

filósofo de la Escuela de Kioto, fue quizás uno de los autores más reseñables en la teorización de la superioridad racial japonesa³³⁰.

En cualquier caso, sería más acertado examinar a la Esfera de la Coprosperidad desde un punto de vista más pragmático. Es decir, esta estructura respondió más a una lógica militar cuyas acciones estuvieron encaminadas a la consecución de la victoria en la guerra o, al menos, a una paz negociada favorable para Japón. Es por ello por lo que el Estado japonés adoptó políticas diversas en los territorios conquistados, ahora integrantes de la Esfera de la Coprosperidad, según iba avanzando el conflicto³³¹. Así, el Estado de Manchukuo se había convertido en un Estado títere de Japón, pero bajo un halo de falsa independencia donde, además del seguimiento que militares japoneses llevaban a cabo, se permitió una cierta capacidad de maniobra de agentes civiles locales que autogestionaran los asuntos internos. La misma idea se pretendía aplicar al nuevo gobierno de Wang Ching-wei en Nankín. Sin embargo, esta política difería con la implementada en Malasia o Indonesia donde el Ejército poseía una mayor preminencia en la administración gubernativa. Asociaciones, partidos políticos y diversas organizaciones de corte nacionalista, que bregaban por una independencia aprovechando la transición de la ocupación japonesa, fueron prohibidas. En el caso de Birmania, también se dejó cierta autonomía para las políticas domésticas, pero siempre bajo la supervisión de los militares nipones. Por su parte, el gobierno aparentemente autónomo de Jorge Vargas en Filipinas fue abolido en julio de 1942, así como toda organización nacionalista para después establecer en 1943 un Estado títere con José Laurel a la cabeza³³².

Concretamente, el establecimiento de este Estado títere produjo una de las tensiones más notorias entre Estados Unidos y España, conocida como el “Incidente de Laurel” y entroncaba con otra de las acciones que irritaban a los anglosajones: el envío de wolframio a Alemania. El reconocimiento español del gobierno de Laurel crispó aún más las relaciones de Franco con los Aliados. Al final, todo se solventó con el cese de envío de wolframio a Alemania además de cerrar el consulado japonés en Tánger³³³. Del mismo modo, el escenario filipino fue testigo de la ruptura de las relaciones del régimen franquista con Japón derivada de la masacre de la colonia española en 1945 durante la batalla de Manila³³⁴. Por parte de los territorios de Indochina, hubo igualmente un colaboracionismo de las autoridades locales sin dejar a un lado la presencia militar

³³⁰ Véase Dilworth, David y Taira, Sato (trad.), “The Logic of the Species as Dialectics”. *Monumenta Nipponica*, nº24, 1969, pp. 273–288.

³³¹ Beasley, *Japanese Imperialism...*, p. 234.

³³² Ídem, pp. 239-240.

³³³ Rodao García, Florentino, “El trampolín tecnológico. El «Incidente Laurel» y España en la II Guerra Mundial”. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, H.ª Contemporánea*, nº7, 1994, p. 403.

³³⁴ Rodao García, Florentino, “Lo que perdió también España en la batalla de Manila”. *Revista Española del Pacífico*, nº6, 1996, p. 149.

nipona. En contraste con lo que ocurría en las posesiones continentales, las islas del Pacífico fueron administradas directamente por la Armada imperial que no vio con buenos ojos los “experimentos” que realizaba el Ejército en materia política. A razón de ello, la perspectiva para estos espacios insulares era la de acoplarlos como parte integral del Imperio japonés³³⁵. Para noviembre de 1943 se celebró la primera, y también última, Conferencia de la Gran Asia Oriental. En este evento, desplegado en Tokio, se congregaron los dirigentes de los diversos territorios integrantes del bloque panasiático con el por entonces Primer Ministro japonés, Tōjō Hideki, aunque no se trataron asuntos sustanciales en materia de administración política. En su lugar, la reunión se conformó como un recurso propagandístico para diseminar la solidaridad y cooperación entre las distintas naciones asiáticas³³⁶.

Respecto a las relaciones con Estados Unidos, Tōjō esperaba de la batalla de Midway una victoria que le otorgase la capacidad de negociar los términos de paz bajo las condiciones japonesas. Lo cierto es que el varapalo de la Armada en el atolón del Pacífico obligó a los jefes nipones a replantear su estrategia hasta que, tras un cúmulo de derrotas, en septiembre de 1943 se adoptó dejar a un lado las pretensiones expansionistas de la Esfera de la Coprosperidad y adoptar una actitud más defensiva³³⁷. Pero esta actitud defensiva mutaría a una mera supervivencia durante el año siguiente, momento en el que Tōjō dimitiría para ser sustituido por los dos últimos gabinetes previos a la ocupación estadounidense: los de Koiso y Suzuki. La brevedad, y posterior deposición, del gobierno de Koiso se caracterizó por la falta de apoyo de la esfera militar y civil además de su fallido intento de negociar la paz en China con Chiang Kai-shek. Su sucesor, el ex almirante Suzuki Kantarō, que tomó posesión el 7 de abril de 1945 destacaba por profesar una gran lealtad hacia el Emperador y era proclive al mantenimiento de la Casa Imperial como símbolo indispensable del orgullo y estructura nacional (*Kokutai*). Sus políticas se encauzaron con la prosecución de la guerra, pero este belicismo no duró demasiado dado que los Aliados ya se habían instalado en suelo japonés con las conquistas de Iwo Jima y Okinawa³³⁸.

Desde mediados de 1945 los dirigentes norteamericanos comenzaron a esbozar y concretar las medidas con respecto a Japón en la fase final de la guerra. Entre ellas se constataba que, en alusión a lo acordado en la Conferencia del Cairo y en la de Teherán, el régimen nipón debía desocupar Formosa y Corea. Asimismo, se trató la cuestión de

³³⁵ Beasley, *Japanese Imperialism...*, p. 241.

³³⁶ Gordon, Andrew, *A Modern History of Japan: From Tokugawa Times to the Present*. Oxford University Press, 2002, p. 211.

³³⁷ LaFeber, Walter, *The clash: a history of U.S.-Japan relations*. W. W. Norton & Company, 1997, pp. 225 y 228.

³³⁸ Sims, *Japanese Political History...*, pp. 234-235.

organizar procesos judiciales para aquellos, especialmente oficiales, que habían cometido crímenes de guerra. Seguidamente, a juicio de Estados Unidos, se procedería a la cesión japonesa de las Marianas o de las Ryūkyū lo cual se reconocía que podía chocar con las aspiraciones soviéticas si Rusia entraba en la guerra. Del mismo modo, se consideraba esencial la cooperación de Stalin para la devolución de Manchuria a China. Pero, por encima de todo, la premisa que se impuso sobre las demás era la de la rendición incondicional japonesa que requeriría una ocupación temporal del archipiélago principal. Ante una posible negativa, se procedería, “indeseablemente” como se recogió en el memorándum de la Secretaría de guerra en junio de 1945, a la “destrucción final” del pueblo japonés. Una misión que se llevaría a cabo, con la excusa de salvar vidas estadounidenses, mediante el uso de gas como arma química y una campaña de inanición³³⁹.

Por su parte, el Gobierno japonés consideró inaceptables las condiciones aliadas. Así quedó reflejado en la correspondencia del 21 de julio de 1945 del ministro de Exteriores, Tōgō Shigenori, cuando le comunicaba a su embajador en Moscú, Satō Naotake, que el país entero lucharía contra la invasión aliada, según la voluntad imperial, aunque se planteara el peor de los escenarios bélicos. Al mismo tiempo, se puntualizaba que había sido enviada una misión diplomática para que la Unión Soviética mediara en las condiciones de paz. Esta comunicación fue la respuesta que recibió Satō cuando este había contactado con Tōgō el día anterior para informar de una visión que chocaba con lo expuesto por el ministro. Satō reconocía la imperiosa necesidad de encauzar las relaciones en un camino bien diferente y más próximo a las exigencias aliadas. A saber, en un acto de honestidad el embajador nipón resaltó que Japón se había equivocado desde el día en que firmó el Pacto Antikomintern en 1936 marcando con ello el inicio de la debacle diplomática. Igualmente, expresó la imposibilidad de continuar con la actitud y objetivos militares dada la casi inexistente capacidad defensiva japonesa y el sacrificio fútil de miles de ciudadanos. El único punto de coincidencia radicaba en la preservación de la Casa Imperial como un elemento esencial para el mantenimiento del orden nacional³⁴⁰. El transcurso de los meses acabaría por encajar más con la visión de Satō y no fue hasta la detonación de las bombas atómicas cuando Japón aceptó la rendición

³³⁹ NSA (National Security Archive), RG (Record Group) 107, Memorandum from Chief of Staff Marshall to the Secretary of War, 15 de junio de 1945, enclosing "Memorandum of Comments on 'Ending the Japanese War'" prepared by George A. Lincoln, 14 de junio de 1945, Office of the Secretary of War, Correspondence of Secretary of War Stimson ("Safe File"), July 1940-September 1945, box 8, Japan (After December 7/41). Disponible a través de <https://nsarchive.gwu.edu/> [Consultado en enero de 2021].

³⁴⁰ National Archives and Records Administration (NARA), RG 457, "Magic" - Diplomatic Summary, War Department, Office of Assistant Chief of Staff, 22 de julio de 1945. Records of the National Security Agency/Central Security Service, "Magic" Diplomatic Summaries 1942-1945, box 18. Disponible a través de <https://nsarchive.gwu.edu/> [Consultado en enero de 2021].

incondicional aliada que se tradujo en la ocupación del archipiélago, además de la desmembración de sus conquistas, hasta 1952.

3.2. Canarias como “talón de Aquiles” de la no beligerancia española

Indudablemente, los avatares de la política exterior española, entre los que se incluían las veleidades expansionistas de Franco en África, tuvieron su eco en el archipiélago canario. O, si se quiere auscultar en el sentido inverso, la situación del marco insular español fue un factor influyente en las negociaciones de una posible beligerancia del país ibérico. Así, el elemento que sobresalió en esta dinámica fue la debilidad que suponía para el régimen franquista un territorio tan fronterizo como era el de Canarias. A razón de ello, lo que salió a relucir fue la indefensión del archipiélago. Sin embargo, esta indefensión no era algo exclusivo durante el conflicto de la Segunda Guerra Mundial, sino que era una rémora sempiterna, casi podría decirse un elemento identitario histórico, que arrastraba el entorno insular desde tiempos más pretéritos.

Sin pretender retrotraer la identificación de este problema a etapas muy lejanas, fueron reseñables dos los momentos en los que la vulnerabilidad de las islas se evidenció como una necesidad acuciante: el desastre del 98³⁴¹ y la Primera Guerra Mundial³⁴². En efecto, la lucha en el conflicto hispano-estadounidense por los reductos de ultramar y su posterior pérdida, marcando con ello el fin del que otrora fuera un gran imperio, se tradujo en el alarmismo suscitado por las autoridades españolas en torno a Canarias. La indefensión de las islas radicaba en su falta de recursos humanos y materiales que proveyeran de una seguridad decente. La lejanía con respecto al gobierno central, las disputas políticas internas entre las islas capitalinas, la paupérrima situación económica del país a la que se sumaba un atraso tecnológico e industrial o la mala imagen del mundo castrense por parte de la población isleña, reflejado en la evasión de las quintas para la guerra en Cuba, fueron factores que fraguaron la deriva de la vulnerabilidad del archipiélago³⁴³.

Este panorama no se presentó más halagüeño con el transcurrir de los años. Concretamente, la política exterior española se caracterizó por estar supeditada a las grandes potencias, a la vez que beligerantes, de la Primera Guerra Mundial. En este sentido, Canarias saltó nuevamente a la palestra remarcando su fragilidad ante cualquier

³⁴¹ Para una comprensión pormenorizada a este respecto véase el ya citado estudio de Márquez Quevedo, *Canarias y la crisis finisecular española (1890-1907)*. Ministerio de Defensa, 2006.

³⁴² Sobre el mismo asunto de la posición de Canarias, así como su vulnerabilidad, durante la Gran Guerra véase también la mencionada obra de Ponce Marrero, Francisco Javier, *Canarias y la política exterior española en la Primera Guerra Mundial, 1914-1918: el protagonismo internacional de las islas como escenario de confrontación diplomática y estratégica*. Tesis Doctoral – Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 2001). Disponible también en la edición del Cabildo de Gran Canaria: *Canarias en la Gran Guerra, 1914-1918: estrategia y diplomacia. Un estudio sobre la política exterior de España*. Cabildo de Gran Canaria. Ediciones, 2006.

³⁴³ Márquez Quevedo, *Canarias en la crisis finisecular...*, pp. 650-653.

injerencia bélica, especialmente si desde Madrid se decidía apostar por un acercamiento germano. Para alivio de los dirigentes españoles ocurrió todo lo contrario, y es que la relación comercial con la Entente, particularmente con Reino Unido, tuvo un peso notorio lo que se materializó en el cobijo de la diplomacia de esta a partir de noviembre de 1914. La prioridad española por mantener los territorios fronterizos, como el caso de Canarias, fue determinante en este acercamiento en los asuntos exteriores³⁴⁴. Precisamente, fue en el archipiélago español donde se aplicó la “diplomacia de la fuerza”. La vigilancia del Noveno Escuadrón de Cruceros británico en aguas canarias tuvo como propósito asegurar las medidas de neutralidad española³⁴⁵.

En cualquier caso, sería errático concebir la vulnerabilidad del archipiélago solamente en términos militares. La propia condición geográfica marcó también una dependencia exterior en materia económica. En este sentido, desde mediados del siglo XIX esta dependencia fue dirigida principalmente a los intereses ingleses que comenzaron a instalar un “imperio informal” en las islas mediante su agenda económica como se señaló en capítulos previos³⁴⁶. Pero ello no fue algo singular de Canarias, sino que a lo largo del territorio peninsular se establecieron varios “enclaves ingleses” con una fuerte proyección comercial e inversión de capitales en compañías de diversa índole³⁴⁷. Por tanto, tal y como aduce Morales Lezcano, las negociaciones británicas con el régimen franquista en los inicios de la contienda no deben entenderse solo bajo el prisma de una contestación a las injerencias germanas en España, sino también como una acción encaminada a defender los intereses económicos previamente asentados³⁴⁸.

Ciertamente, la vulnerabilidad económica de Canarias se vio agravada en la década de los treinta con la suspensión del régimen de los puertos francos y el detrimento de los intereses ingleses y, posteriormente, durante la Segunda Guerra Mundial con la implantación del sistema autárquico. Ello significó, especialmente durante el conflicto, una aguda crisis de abastecimiento, la pérdida de poder adquisitivo, una inflación de precios, la ineptitud, corrupción y represión gubernamental y una proliferación del mercado negro³⁴⁹. Estos condicionantes generaron a su vez el caldo de cultivo para la conformación de un creciente sentimiento anglófilo, especialmente en la provincia de Las

³⁴⁴ Ponce Marrero, “España en la Primera Guerra Mundial: política exterior, neutralidad y algunos apuntes sobre Canarias. *XXI Coloquio de Historia Canario-Americana*, 2014, pp. 4-6.

³⁴⁵ Ponce Marrero, “Neutral Waters? British Diplomacy of Force in the Canary Islands at the Start of the First World War”. *The Mariner’s Mirror*, vol 106, n°3, 2020, pp. 303-305.

³⁴⁶ Quintana Navarro, “Los intereses británicos en Canarias...”, pp. 155-158.

³⁴⁷ Morales Lezcano, Víctor, *Historia de no-beligerancia española durante la Segunda Guerra Mundial*. Artes Gráficas Soler, S.A, 1980, pp. 135-136.

³⁴⁸ Ídem, p. 138.

³⁴⁹ García Palmero, Ricardo A., “El racionamiento en Canarias durante el periodo del Mando Económico del archipiélago (1941-1946): una primera caracterización”. *Revista de Historia Canaria*, n°185, 2003, pp. 213-214.

Palmas. Durante la no beligerancia se temió más por el endurecimiento del bloqueo naval aliado, que se acentuaría hasta rozar la inanición para la población isleña si se decidía entrar en la guerra, que en una posible ofensiva británica para ocupar las islas. De hecho, era previsible que dicha invasión no encontrara gran resistencia por parte de la sociedad canaria³⁵⁰.

Concretamente, la mención de la política del “palo y la zanahoria” en anteriores apartados y capítulos se materializó en el bloqueo marítimo. Este fue uno de los mecanismos utilizados por la diplomacia británica para contrarrestar las tentativas beligerantes. El incremento de las importaciones ibéricas hacia el Eje impelió a los dirigentes Aliados a poner el punto de mira en la presión económica. Samuel Hoare se erigió como la figura idónea para aplicar esta táctica de apaciguamiento puesto que sus premisas preconizaban la dependencia financiera y comercial que debía ser combinada equilibradamente con una cierta libertad de acción por parte España, o, en otras palabras, no estrangular en exceso al régimen franquista para evitar su total adhesión al Eje³⁵¹. Dentro de esta tesitura destacaba el sistema de *navicerts*, consolidado a finales de 1940 aunque su uso radicaba desde la Primera Guerra Mundial. Un sistema que consistía, en esencia, en la expedición de permisos o certificados para que los buques mercantes pudieran realizar su labor bajo la supeditación aliada. Estos certificados, obtenidos mediante las instituciones consulares británicas, tenían por objetivo controlar el flujo oceánico entre neutrales y aliados para evitar las interferencias enemigas en este ámbito, sobre todo en lo referido al contrabando³⁵².

Las pretensiones británicas de hacer extensible el sistema de *navicerts* al resto del mundo encontraron sus particularidades en según qué escenario y las aguas españolas fueron uno de ellos. Algunas de las detenciones de barcos fueron el *Delfin*, en ruta de Río Martín a Sta. Cruz de Tenerife, el *Monte Castelo*, de Vigo a Ceuta, el *Cabo la Plata*, que iba de Ceuta a Río Martín o el *Castillo Montealegre* que fue obligado a dirigirse a Gibraltar para la correspondiente inspección³⁵³. Precisamente, la obligación de pasar por el Peñón fue el proceder habitual para revisar que los barcos cumplieran con lo establecido por el sistema de *navicerts*. Esta dinámica despertó recelos por parte de las autoridades franquistas que se quejaban de la excesiva vigilancia de las rutas nacionales y de la ambigua condición jurídica desde la que se desenvolvía Reino Unido al forzar a muchos navíos españoles a

³⁵⁰ Díaz Benítez, *Anglofilia y autarquía...*, pp. 121-126.

³⁵¹ Morales Lezcano, *Historia de no-beligerancia...*, pp. 125-126.

³⁵² Medlicott, W. N., *The Economic Blockade*. His Majesty's Stationery Office and Longmans, Green and Co., 1952, pp. 431-432.

³⁵³ Santana Nelson, Teodoro Fidel y Díaz Benítez, Juan José, “El control naval aliado entre Canarias y la Península durante la Segunda Guerra Mundial (septiembre de 1939-junio de 1940)”. *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, nº19, 2021, pp. 181-185.

abandonar, coercitivamente, las aguas jurisdiccionales para pasar a revisión. El propio Duque de Alba, embajador en Londres, pidió al Gobierno británico excluir a las conexiones entre Canarias y la Península, además de los navíos que pasaban por el Estrecho, de este sistema de supervisión³⁵⁴.

Sin embargo, las acciones inglesas encontraron su justificación dada la colaboración hispano-germana que se desarrolló en los puertos españoles. Principalmente, tal y como se ha retratado, esta colaboración cristalizó con el repostaje de buques y submarinos alemanes en aguas españolas bajo la tutela del *Grossetappe Spanien-Portugal*. En el caso de Canarias, se encuentran varios ejemplos de estas actividades. Quizás, el caso más notorio fue el del buque *Corrientes* que abasteció a seis submarinos alemanes, como se recogió en el anterior capítulo, entre marzo y julio de 1941. Asimismo, el *Winnetou*, el *Eurofeld*, el *Rekum*, el *Rudolf Albrecht* y el *Charlotte Schliemann* fueron otros ejemplos de esta dinámica³⁵⁵. Sin embargo, estas actividades fueron decreciendo a medida que la presión diplomática y económica aliada se cernía con más fuerza sobre el Gobierno español y también a raíz del viraje de la política exterior de este.

En materia puramente militar, la preocupación por Canarias se discutió en las negociaciones hispano-germanas de 1940. Dada la negativa de Franco en ceder una de las islas a Alemania, cuyas pretensiones residían en última instancia en reforzar su proyecto colonial africano, Hitler ofreció reforzar la guarnición insular con tropas alemanas, algo que no llegó a materializarse. Pero lo que sí cobró una mayor concreción fueron las misiones de reconocimiento, en aras de dar instrucciones y consejos para paliar la vulnerabilidad del archipiélago, de militares del Tercer Reich. La primera de ellas se llevó a cabo por el capitán de fragata Fritz Krauss. Tras un viaje que concurrió entre el 12 y 19 de diciembre de 1941 las conclusiones de Krauss fueron claras en torno a los factores que lastraban la defensa de Canarias: la desidia por parte de las autoridades españolas, una creciente anglofilia entre la población local, un atraso tecnológico-militar que se traducían en la casi ausencia de una fuerza naval decente o de armas pesadas y la precariedad de las fuerzas aéreas. Como solución se solicitó asistencia alemana que se materializó en el envío de cuatro baterías de doce cañones. Estas arribaron a las islas en agosto de 1941, pero, más que paliar la penuria imperante, la obsolescencia de la ayuda contribuyó a empeorar el grotesco panorama defensivo³⁵⁶.

³⁵⁴ Ídem, p. 191.

³⁵⁵ Díaz Benítez, Juan José, “German Supply Ships and Blockade Runners in the Canary Islands in the Second World War”. *The Mariner's Mirror*, vol. 104, nº3, 2018, p. 327.

³⁵⁶ Díaz Benítez, Juan José, “Spanish-German Military Collaboration during the Spanish Non-Belligerency: German Advice for the Defense of the Canary Islands in November 1942”. *War in History*, vol. 2016, nº3, 2016, pp. 367-368.

Otra de las destacables visitas alemanas al espacio isleño, enmarcada bajo el temor de que el ataque aliado en el norte de África tuviera una repercusión en Canarias, fue la del coronel Sigfried Eichheim desde el 27 de octubre hasta el 9 de noviembre de 1942. Eichheim redactó un informe que fue enviado a Juan Vigón, ministro del Aire. En este se detallaban las principales carencias y recomendaciones que el oficial germano consideraba indispensables para ofrecer una mínima resistencia ante un ataque aliado. Se resaltaba la importancia de las tareas de reconocimiento y vigilancia de las costas insulares, la fortificación de las islas, planes para destruir infraestructuras si fuera necesario, acciones para hacer imposible un desembarco aerotransportado, haciendo costoso su aterrizaje, o iluminar mejor las zonas de los posibles desembarcos. Esta última recomendación no resulta baladí dado que Eichheim dedujo que lo más probable, y con más sentido, era que los ataques se realizaran durante la noche. Y no se equivocó dado que en los informes de los planes británicos la ofensiva nocturna se contemplaba como la opción más deseable. Del mismo modo, Eichheim enfatizó en la distribución de las guarniciones de las islas, así como de los puntos susceptibles de ser dotados con un mayor número de efectivos. Este fue el caso de la ciudad de Las Palmas la cual contaba con un despliegue armamentístico mayor que en otras zonas³⁵⁷.

En todo caso, durante el culmen de las negociaciones con Alemania en 1940 acerca de una eventual beligerancia española el informe que redactó Luis Carrero Blanco, para entonces jefe de la Sección de Operaciones del Estado Mayor de la Armada, plasmó con claridad la visión del Gobierno de Franco si las islas eran atacadas:

Si se mandaran a Canarias fuerzas de superficie, y se produjera el ataque de una agrupación inglesa en la que habría acorazados, como no hay artillería gruesa en la costa, estos, fuera de todo peligro, bombardearían, el clamor popular pediría la salida de nuestros buques, y se reproduciría exactamente el caso de Santiago de Cuba. Los buques saldrían y serían destruidos, sin conseguir con su sacrificio el más mínimo beneficio a la defensa de las islas, y nos quedaríamos sin unas unidades que, aunque escasas e incompletas, podrían cumplir su misión en la protección del tráfico mediterráneo, cuyo papel tendría que ser desempeñado, en su defecto, por unidades aliadas, con el consiguiente desprestigio de España³⁵⁸.

Por tanto, la precariedad insular en estos términos era de sobra conocida por las autoridades franquistas las cuales no dudaron en encuadrar su posible pérdida, erigiéndose de ese modo como una moneda de cambio, en el eventual reajuste geopolítico

³⁵⁷ Ídem, pp. 373-376.

³⁵⁸ Citado en Díaz Benítez, Juan José, “Fuentes archivísticas sobre la importancia estratégica de Canarias durante la II Guerra Mundial: problemas y posibilidades”. En Pérez Herrero, Enrique (coord.), *Los documentos hacen historia*. Boletín del Archivo Histórico Provincial de Las Palmas, 2012, pág. 76.

si España se alineaba finalmente con el Eje. No obstante, la interminable postergación del ofrecimiento español provocó que la llama de la inquietud de Canarias nunca fuera del todo apagada. La no beligerancia española con actitud expectante que amparaba colaboraciones como las encarnadas por las visitas de los oficiales germanos a las islas ratificaron esta tesitura. Pero, sin duda, fue con la operación *Torch*, como se mencionó en el anterior capítulo a la luz de los planes británicos de ocupación, cuando Canarias pasaría por su última prueba de fuego en las disquisiciones de política exterior. En efecto, el plan aliado no estuvo exento de dudas sobre las intenciones españolas en esta gran ofensiva conjunta. A saber, además de los planes para ocupar Canarias, se contempló la posibilidad de invadir, si las condiciones lo requiriesen, Gibraltar y el protectorado español de Marruecos, conocida esta como operación *Backbone*. Pero el rol de la diplomacia pareció ser más efectivo teniendo un efecto “amortiguador”, tal y como apunta Morales Lezcano, entre los temores cruzados de España y los Aliados. Ello sumado a la dependencia y presión económica, que por parte de Estados Unidos se había tornado más intransigente en torno a la exportación de combustible, actuaron como disolvente de una posible contestación hispana en África³⁵⁹.

Por otra parte, es pertinente antes que nada resaltar uno de los argumentos, anteriormente reseñados, de Morales Lezcano. Para este autor las injerencias diplomáticas británicas tenían una fuerte carga histórica que se traducían en la defensa del legado comercial y de inversión de capitales ingleses establecidos en España, o al menos este se presentó un elemento que tuvo un notorio peso en esta dinámica. No obstante, Juan José Díaz Benítez recuerda que en el caso de Canarias las acciones británicas, especialmente la referida a los planes militares, respondían más a una lógica geoestratégica que a la preservación de puros menesteres económicos antaño afincados en las islas³⁶⁰. En este sentido, parece más coherente pensar que la presión diplomática general, a través de los mecanismos descritos junto con los proyectos de ocupación, tenía como objetivo final alejar a España de los cantos de sirena del Eje.

Sea como fuere, y a modo de corolario, lo que parece estar claro es que el archipiélago canario se proyectó como el territorio más vulnerable del Estado español durante el periodo de la guerra. Una vulnerabilidad que, como se ha visto, no era una novedad en la historia insular. Una visión comparada puede ofrecer unas claras ideas acerca de esta situación. Si para España las islas supusieron un quebradero de cabeza en materia de defensa, sobre todo si se tiene en cuenta la precariedad material e insuficiencia de medios tal y como se profundizará en el siguiente capítulo, para los Aliados, concretamente Gran

³⁵⁹ Morales Lezcano, *Canarias en la Segunda Guerra...*, pág. 191.

³⁶⁰ Díaz Benítez, *Canarias indefensa...*, p. 372.

Bretaña, la propia vulnerabilidad podía ser transformada en una fortaleza no solo porque ello facilitara su eventual conquista, sino también porque, de haberse llevado a cabo dicha invasión, la reconsideración y reorganización militar aliada hubiera disipado al mínimo la debilidad defensiva. Sin lugar para la duda, si bien Canarias se mostró como el “talón de Aquiles” de España, su posible pérdida no hubiera importado en demasía de haberse asegurado Franco ciertas garantías para su ansiado proyecto imperial³⁶¹. Citando reiteradamente a Morales Lezcano, el aislamiento de las islas dada su condición geográfica y su fragilidad económica han hecho que su soberanía haya estado vinculada a las “influencias marítimas”. Unas influencias emanadas de las aspiraciones expansionistas de cualquier potencia con una proyección oceánica fuerte y que observaron con detenimiento la utilidad estratégica de este enclave en medio del Atlántico³⁶².

3.3. Okinawa como baluarte defensivo de Japón

Durante la segunda mitad de 1943 Canarias perdió todo el interés para los británicos a la par que se mantuvo una actitud expectante por parte de las autoridades españolas. Por contraposición, fue a partir de este momento cuando Okinawa comenzó a sobresalir en el horizonte geoestratégico. Aunque más bien esta relevancia se planteó de la mano de los Aliados en la Conferencia del Cairo y Teherán ese mismo año donde la prefectura japonesa más meridional se barajó como una posibilidad más para encarar el final de la guerra³⁶³. En cuanto al Gobierno de Tokio, Okinawa era considerada como una prefectura de segunda clase en todos los aspectos. Esta premisa se tradujo en una tardía preocupación en la geoestrategia nipona para defender la isla. Sin embargo, el olvido de Okinawa venía de años atrás por lo que, al igual que se mostró con el archipiélago canario, no es baladí trazar unos someros antecedentes de esta dinámica.

La edificación del Estado japonés moderno durante la era Meiji vino de la mano de una reconsideración de sus fronteras territoriales. Unas fronteras que iban mutando a raíz de los proyectos expansionistas del emergente país asiático. La adquisición de Okinawa en 1875 durante este proceso vino aparejada de las negociaciones con la China de los Qing sobre las Ryūkyū. La designación de Okinawa como prefectura en 1879 provocó la disconformidad china dada la larga tradición de dependencia comercial que este archipiélago habían mantenido con esta. Como solución, y siendo una de las primeras veces que el entorno isleño, ahora bajo mandato japonés, se erigió con importancia en las negociaciones geoestratégicas, se ofreció a China la cesión de algunas islas como

³⁶¹ Díaz Benítez, *Canarias indefensa...*, pp. 382-383.

³⁶² Morales Lezcano, *Canarias en la Segunda Guerra...*, p. 204.

³⁶³ Sloan, *Okinawa. La última...*, p. 15.

Iriomote, Ishikagim Yonaguni y Miyako a cambió del fin de las reclamaciones de los derechos comerciales. Pero la propuesta fue declinada y las Ryūkyū pasaron al total dominio japonés³⁶⁴.

Unos años más tarde, el inicial desenlace favorable a Japón en la primera guerra sino-japonesa (1894-1895) se tornó en un sabor agrí dulce dada la triple intervención de Rusia, Francia y Alemania que presionaron para que Japón devolviera la península de Liandong a China. En este sentido, el valor de las Ryūkyū, especialmente Okinawa, salió nuevamente a la luz por una posible pérdida de esta como uno de los territorios recientemente anexionados. Sea como fuere, el verdadero interés de Tokio en Okinawa era el de servir como el trampolín idóneo para saltar hacia Taiwán que era ahora el nuevo límite fronterizo además de poseer una riqueza superior a Okinawa³⁶⁵. Esta desidia y desvalorización se proyectó a diversos ámbitos. En este sentido, parecería lógico que en Okinawa se diera una suerte de dominio “colonial interno” de facto ensamblado por un reconocimiento jurídico equitativo para con otras prefecturas.

No obstante, para Richard Siddle el uso de este concepto puede ser un tanto problemático. A saber, y entendiéndose el dominio colonial contemporáneo como una empresa de explotación, sobre todo económica, de una metrópoli con respecto al territorio colonizado, este esquema puede no ser el mejor para encuadrar a Okinawa. A pesar de que en la isla el funcionariado y la oficialidad de alto rango provenían de regiones como Nagasaki o Kagoshima y de que había un cierto desprecio respecto a la población nativa, nunca hubo un gran interés en elaborar proyectos económicos en el entorno insular, ni si quiera para obtener de ellos un rédito favorable³⁶⁶. En cualquier caso, el trato supremacista japonés con respecto a los nativos isleños será tratado en un capítulo aparte al aducir a los aspectos más culturales, aunque, inevitablemente, son estos elementos los que subyacieron, en parte, en la orientación política y geoestratégica japonesa en torno a Okinawa durante la guerra.

Los aspectos castrenses de las posesiones japonesas fueron un elemento trascendental en la senda de la beligerancia, especialmente durante la Guerra del Pacífico. En el caso okinawense, el servicio militar no se impuso hasta 1898 en contra de la opinión pública local. A su vez, en este año se estableció la primera guarnición fija a tenor de las presiones imperialistas que se estaban produciendo en Asia por parte de las potencias occidentales. Acciones como estas evidenciaban la aprensión de Tokio por dejar a Okinawa en un completo aislamiento algo que, de hecho, ocurrió durante el conflicto ruso-japonés

³⁶⁴ Siddle, Richard, “Colonialism and identity in Okinawa before 1945”. *Japanese Studies*, vol,18, nº2, 1998, p. 120.

³⁶⁵ Kerr, *Okinawa, The History...*, p. 473.

³⁶⁶ Siddle, “Colonialism and...”, p. 121.

cuando el puerto de Naha quedó desconectado con el de Kagoshima a causa de los ataques navales rusos. A partir de entonces, se fue implementando un proceso de militarización y adoctrinamiento para enarbolar el “espíritu nacional” que se agudizó durante las décadas de 1930 y 1940. A cambio de la protección y el honor conferidos desde Tokio era menester que los isleños hicieran lo propio poniendo sus esfuerzos bajo los intereses imperiales. Por ejemplo, los okinawenses que no ingresaban en el Ejército imperial a razón de su baja estatura en comparación con otras prefecturas, algo muy habitual, eran destinados a cuerpos de trabajadores u organizaciones civiles ligadas a las necesidades militares³⁶⁷.

Con respecto al conflicto mundial, el papel de Okinawa puede verse bien retratado en la siguiente idea que plasma George Kerr: “No prefecture contributed so little to the preparation for war and its prosecution through the years, but none suffered as much widespread misery, in loss of human lives and poverty, and in ultimate subservience to military occupation”³⁶⁸. En efecto, la esencia de la prefectura más meridional siguió siendo la misma que en los años previos del imperialismo japonés. A saber, el funcionamiento de una economía eminentemente agraria dedicada a la subsistencia de la propia población local sin una industria reseñable enmarcada en los objetivos militares, la inexistencia de grandes infraestructuras portuarias o aeronáuticas capaces de albergar grandes buques o aviones o la sempiterna consideración de la isla como un lugar de paso para ir hacia otras bases militares con mayor relevancia como las de Taiwán³⁶⁹. El número de vehículos motorizados para 1940 es un dato reseñable y esclarecedor que resume la precariedad y desvalorización de la isla. Para ese año, existían un total de doscientos cincuenta vehículos para un total de 475.000 habitantes³⁷⁰.

La importancia de Okinawa, por ende, fue tomada en cuenta en la recta final de la guerra. El repliegue japonés en el Pacífico, iniciado a partir del saldo negativo en Midway y el mar del Coral, insufló bríos renovados sobre el valor estratégico de Okinawa. Las conversaciones aliadas en torno al escenario asiático conllevaron a la discusión sobre las Ryūkyū. Como se mencionó anteriormente, en la Conferencia del Cairo y en la de Teherán en 1943 los líderes aliados ponderaron sobre la estrategia que se debía seguir para derrotar a Japón. En lo referido a la reestructuración territorial, se acordó que serían devueltas a China las regiones de Taiwán, la isla de Pescadores junto con la península de Liandong y sus respectivos puertos de Port Arthur y Dairen. Asimismo, Chiang Kai-shek ofreció su colaboración para ocupar y administrar el archipiélago de las Ryūkyū al lado de Estados

³⁶⁷ Kerr, *Okinawa. The history...*, pp. 513-515.

³⁶⁸ Ídem, p 517.

³⁶⁹ Ídem, p. 518.

³⁷⁰ Feifer, George, *Tennozan. The Battle of Okinawa and the Atomic Bomb*. Ticknor & Fields, 1992, p. 63.

Unidos³⁷¹. No obstante, estas consideraciones no fueron más que un esbozo de las pretensiones aliadas y la concreción real sobre Okinawa tuvo que esperar hasta finales de 1944 para que los estrategas estadounidenses idearan un plan de ocupación efectiva tal y como se expuso en el anterior capítulo.

Esta tesitura situó a Tokio en una encrucijada que gravitó sobre dos opciones: por un lado, negociar una rendición con unos términos favorables a Japón, manteniendo intacta la unidad territorial principal pero que sería acompañada, inexorablemente, con el despojo de las conquistas niponas en el Pacífico, de entre las que se temía que se incluyera Okinawa, o, por otro lado, rediseñar la estrategia militar para adoptar una actitud más defensiva. Siendo esta última vía la tomada, dada las mejores condiciones que tuvo Japón respecto a 1944 y 1945 junto con el peso del ala militarista más dura, Japón fue reestructurado en nueve distritos para encarar mejor una posible invasión. En el caso de la prefectura de Okinawa, esta se incluyó en el distrito de Kyūshū³⁷². Precisamente, la reorganización de la estrategia defensiva en las diseminadas islas del imperio era vista por los mandatarios militares como la oportunidad perfecta para rechazar a los invasores. En este sentido, se puede extraer el paralelismo para con el archipiélago canario. Si para Serrano Suñer las islas se presentaron como un “Alcázar” en el Atlántico, lo mismo ocurrió con las islas niponas, a saber, unos “Alcázares” en el Pacífico³⁷³.

Ciertamente, esta proyección defensiva estaba ligada con el cambio de la doctrina táctica y operacional, analizada con mayor profusión en el posterior capítulo en el que se trata específicamente la defensa de Okinawa, con el retroceso de las líneas perimetrales del imperio. En consecuencia, el 24 de julio de 1943 el Cuartel General Imperial ideó el denominado plan u operación *Shō* (Victoria) con el propósito de delimitar en cuatro las posibles zonas susceptibles de ser atacadas por las fuerzas estadounidenses. Taiwán y las Ryūkyū fueron coaligadas en una de estas zonas. El objetivo era claro para aquel año: ofrecer una tenaz resistencia en los lugares citados a la vez que se emplearían todas las fuerzas navales y aéreas restantes para acudir en ayuda de la defensa³⁷⁴. La premisa general que radicaba tras este replanteamiento era que las fuerzas aliadas no podrían aguantar un desgaste prolongado, evidenciado en vidas humanas y recursos materiales, por lo que tarde o temprano deberían resignarse a negociar con Japón. En el caso de Okinawa, al igual que Iwo Jima, se adaptó la estrategia *shūkketsu* (sangrado) para elevar al máximo los costes de su ocupación. Al mismo tiempo, para este año el Cuartel General

³⁷¹ Franklin, William M. y Gerber, William eds., *Foreign Relations of the United States. Diplomatic Papers. The Conferences at Cairo and Tehran 1943*. United States Government Printing Office, 1961, p. 324.

³⁷² Kerr, *Okinawa. The History...*, p. 519.

³⁷³ Díaz Benítez, *Canarias indefensa...*, p. 203.

³⁷⁴ Drea, Edward J., *Japan's Imperial Army. Its Rise and Fall, 1853-1945*. University Press of Kansas, 2009, p. 240.

Imperial fue transfiriendo divisiones desde China, a raíz del estancamiento de la lucha continental, hacia el sudeste asiático y las posesiones de ultramar en el Pacífico. Pero esta dinámica cesó al iniciarse la operación *Ichigō* que consistió en la maniobra militar de mayor calibre en aras de destruir las bases aéreas aliadas en China³⁷⁵.

La estrategia defensiva ideada en 1943 no pareció revertir en flamantes resultados. En todo caso, el inexorable avance estadounidense por el Pacífico motivó que, finalmente, en los meses iniciales de 1944 se empezaran a concretar los planes de actuación. Primeramente, la evacuación de civiles comenzó en febrero de este año, antes de que la isla fuera reforzada con efectivos militares³⁷⁶. Para mediados de marzo, un total de 180.000 civiles, entre niños y ancianos, fueron enviados a Japón o a Taiwán, aunque no faltaron hostigamientos por parte de la flota estadounidense, en esos momentos dominadora casi en solitario de las aguas, como el que se sucedió en agosto cuando un submarino aliado hundió un buque que trasportaba a unos 700 niños³⁷⁷. Asimismo, durante este mismo mes se organizó la tropa encargada de la defensa de Okinawa, el 32º Ejército, cuyo último equipamiento fue realizado el mes siguiente. El tardío refuerzo de las defensas de la isla dejó patente la omnipresente premisa: el relativo valor de esta prefectura, al menos hasta una situación desesperada, para la consecución de los objetivos militares. Esta despreocupación quedó ratificada con la visión paradisíaca y placentera que tuvieron los soldados japoneses que desembarcaron en la isla. La sensación generalizada era la de estar en un lugar de ensueño, lejos de la futura tempestad que marcó la subsiguiente batalla³⁷⁸.

Aparte del retrasado proyecto defensivo, el Cuartel General Imperial envió la mejor división de Okinawa para el refuerzo de Taiwán sin intención de reemplazarla. El motivo de esta maniobra fue la latente incertidumbre del próximo paso ofensivo estadounidense y, por su parte, la negativa en el replazo devino en el sacrificio innecesario que supondría enviar otra división a Okinawa sin esperanzas de que esta llegara a desembarcar y fuera hundida por el camino. A su vez, para mayor énfasis en las problemáticas previas a la batalla, desde instancias superiores se ordenó al 32º Ejército que defendiera a toda costa las instalaciones aéreas para que contribuyeran a los ataques suicidas que comenzaron desde la disputa por Filipinas. La respuesta de las fuerzas defensoras fue una frontal negativa a raíz del sentimiento de desamparo y consideración de futilidad táctica

³⁷⁵ Ídem, pp. 244-246.

³⁷⁶ Kerr, *Okinawa. The History...*, p. 520.

³⁷⁷ Drea, *Japan's Imperial Army...*, p. 247.

³⁷⁸ Feifer, *Tennozan. The Battle...*, p. 60.

de esta medida por lo que creyó más oportuno concentrar los esfuerzos en defender el perímetro terrestre más cercano a sus posibilidades³⁷⁹.

Durante los primeros días de enfrentamiento en Okinawa se hizo casi inevitable prever que el siguiente movimiento aliado sería directamente contra las islas principales japonesas, algo de lo que era consciente para aquel entonces el Primer Ministro Koiso. Pero no solamente estaba amenazada la integridad de la frontera meridional. Por diversas direcciones el acoso perimetral se hizo cada vez más intenso: el imperio británico ponderaba por la recuperación de Birmania y Malasia, la reapertura de la carretera de Birmania reanudó el paso para la entrada de efectivos y recursos para el Generalísimo en China y el pacto de neutralidad con la Unión Soviética pendía únicamente del hilo de su caducidad, a saber, hasta abril de 1946. A lo largo de junio, en medio de las discusiones enmarcadas en las conferencias imperiales, las posturas se dividían entre aquellos que preconizaban una resistencia final para forzar la ansiada rendición negociada, prueba de este atisbo de esperanza era el alto coste que Okinawa había dejado para el bando invasor, y entre las voces que querían abandonar la actitud belicista abocada a un claro fracaso³⁸⁰.

En suma, a lo largo de la Guerra del Pacífico, Okinawa fue espectadora de las políticas emanadas desde Tokio que centraban sus esfuerzos en la consecución de los objetivos militares para el bien de la Esfera de la Coprosperidad, en la que no jugaba un rol protagónico, ocasionando con ello un casi total olvido hasta el momento de extrema necesidad. Sin duda, para los mandatarios nipones Taiwán se habría erigido como un escenario óptimo para encarar la estrategia defensiva en la culminación del conflicto. Precisamente, fue este factor de vulnerabilidad y casi aislamiento de Okinawa el que impelió a los estrategas estadounidenses para que consideraran, además de su relativa menor dificultad de conquista y su mayor proximidad a Tokio como se retrató en el anterior capítulo, a la prefectura más meridional de Japón el enclave idóneo para invadir.

Definitivamente, las políticas llevadas a cabo por España y Japón durante la Segunda Guerra Mundial tomaron caminos diferentes. Sin embargo, ello no significa que no existieran ciertos elementos que ambos países compartieron, entre las que se encuentran las propias relaciones hispano-japonesas, cuya importancia no debe ser desdeñada. Así, y recapitulando en lo anteriormente expuesto en aras de proyectar una síntesis de los aspectos susceptibles de ser comparados, ambas potencias actuaron en el escenario del conflicto mundial desde un punto de partida dispar, pero con un denominador común:

³⁷⁹ Drea, *Japan's Imperial Army...*, p. 248.

³⁸⁰ Ídem, p. 250.

tanto España como Japón eran consideradas como potencias de segundo orden en el marco internacional.

En el caso de España, su atraso generalizado venía languideciendo desde tiempo atrás y su capacidad por hacerse un hueco en el marco internacional era casi inexistente, véase el caso de los últimos conflictos como el de la guerra hispano-estadounidense de 1898 o la costosa consolidación de la presencia española en Marruecos tras eventos como el desastre de Annual en 1921. Este atraso se vio del mismo modo agudizado tras salir de la Guerra Civil. Por el contrario, la desvalorización internacional japonesa no se debió tanto a elementos relacionados con sus capacidades, como su modernización industrial y militar dispuestas a proyectar una influencia en el exterior, sino por la marginalización que las tradicionales potencias imperialistas impusieron sobre el Imperio del Sol Naciente. Una marginalización cuyas raíces se remontan a las intervenciones que sufrió Japón desde las conquistas territoriales que iba cosechando desde la primera guerra sino-japonesa hasta la década de los 30 del siguiente siglo. El desligamiento nipón de la Sociedad de Naciones en 1933 es el caso más emblemático en el desquite de las sanciones internacionales.

En cualquier caso, otro punto de enlace entre España y Japón durante la Segunda Guerra Mundial fueron sus respectivas ambiciones expansionistas. Pero, matizando más esta cuestión, para Franco las reivindicaciones territoriales en África, precio irrevocable para la beligerancia española, se convirtieron casi en un mantra en las negociaciones para con el Eje. Por su parte, fueron precisamente las conquistas territoriales el elemento que lastró a Japón hacia una mayor complicación internacional. Las tensiones para con las potencias occidentales, especialmente con Estados Unidos, fueron muestra de ello. En este sentido, los posibles trofeos para unos, en este caso para España, fueron los impedimentos para otros, los japoneses, en aras de mejorar su posición geoestratégica. O, en otros términos, las pretensiones expansionistas españolas frustradas en última instancia fueron la salvación del régimen mientras que la materialización de estas veleidades simbolizó el hundimiento japonés en el fango de los campos de batalla en China y en las aguas del Pacífico. Asimismo, las retóricas justificadoras de los proyectos imperiales, así como de la propia nación, encontraron un escollo en lo referido a la búsqueda de unos lazos comunes. A saber, si para España el sustrato ideológico estaba conformado por nociones como el sentimiento fraternal africanista de sus generales, el iberismo o la erección de la nación española como la garante de la “civilización cristiana occidental”, el panasianismo japonés no acababa de encajar con los esquemas teorizados por el régimen franquista. Todo ello enmarcado en unas relaciones mutuas que se vieron inicialmente fortalecidas por la hermandad anticomunista con manifestaciones puramente propagandísticas, pero que fue insuficiente para consolidar una tangible cooperación a medida que avanzaba la

guerra y las contradicciones discursivas y prácticas, junto con el declive de las potencias del Eje, iban aflorando.

Respecto a un encuadre más preciso, los archipiélagos de ambas potencias partieron de una falta de valor geoestratégico. Esta desvalorización surgió a raíz de una herencia histórica compartida. Canarias representaba un territorio fronterizo cuya necesidad defensiva se remontaba a los siglos modernos. Hubo que esperar hasta mediados de 1940 para que se considerara al entorno insular como un escenario atractivo para los intereses militares, en este caso para los británicos. Siendo esta valoración aliada la chispa que avivó los temores desde Madrid que, siendo conscientes de sus carencias, no dudaron en plantear un escenario donde las islas fueran dadas por perdidas. Por su parte, la tardía incorporación de Okinawa a Japón no obstaculizó que el valor geoestratégico de esta fuera desdeñado antes de la guerra salvo de manera ocasional. Al igual que en Canarias, la isla nipona no tuvo una gran preminencia en los planes iniciales de los militares japoneses, pero, a diferencia del archipiélago español, su revalorización para las cuestiones castrenses tuvo que aguardar hasta el penúltimo año de la guerra. Un año en el que Canarias ya estaba fuera de peligro respecto a su posible invasión. La consideración de estos espacios como lugares fronterizos condicionó, en parte, la falta de interés por parte de sus respectivos gobiernos centrales.

Ciertamente, la vulnerabilidad de ambos marcos isleños fue un factor latente durante el desarrollo del conflicto. En este sentido, la indefensión de los archipiélagos mostró una imagen dispar dada la diversa preocupación, así como el diferente punto de partida, que emergió desde Madrid y Tokio. La conjugación de la preocupación a la par que resignación junto con la incapacidad material fue el tándem por el que se movieron las directrices franquistas en lo concerniente a Canarias. En el caso de Okinawa, a pesar de que su indefensión estuvo marcada por un relativo desinterés, su situación fue mejor paliada que la de su homólogo atlántico. No obstante, la importancia de Okinawa caminó por la cuerda floja de la duda hasta el último momento. Se debe recordar la prioridad que tenía Taiwán en la recta final de la guerra como mejor alternativa para frenar el avance estadounidense. Del mismo modo, otro de los denominadores comunes que acrecentaron la vulnerabilidad de los archipiélagos fue el apabullante dominio que ejercían los Aliados en las rutas marítimas del Atlántico y el Pacífico. Ello se sumaba también a la lejanía de las islas para con sus territorios metropolitanos, un elemento que se dejó sentir más en el caso de Canarias.

En todo caso, la precariedad para afrontar las invasiones en el Atlántico y el Pacífico fue también compartida, aunque para el caso español esta radicaba en un atraso material y económico histórico mientras que para Japón esta precariedad se configuró por el propio

desgaste bélico a raíz de la insostenibilidad de una guerra a largo plazo además de la primigenia despreocupación por este espacio. Por todo ello, se puede inferir que, a pesar de su relativa consideración geoestratégica según diversos momentos, ambos archipiélagos estuvieron en el punto de mira de las políticas que se conformaron desde Madrid y Tokio. A saber, la posición de un territorio de frontera de ultramar, el interés de las fuerzas aliadas o su indefensión fueron elementos en los que ambos espacios isleños convergieron. El desigual desenlace no debe eclipsar estos esbozos comunes que, más allá de la coyuntura del momento, pueden verse casi como unas condiciones constantes de los entornos insulares con sus respectivas matizaciones en momentos de guerra.

4. EL DESARROLLO DE LA GUERRA ANFIBIA DURANTE EL PERIODO DE ENTREGUERRAS Y LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

El éxito de un desembarco depende, básicamente, de la pericia del atacante para: a) irrumpir en la playa y doblegar la defensa inicial; b) apoyar a sus tropas de asalto, y c) conseguir que sus fuerzas dispongan de un poder de combate que el enemigo no pueda igualar. Esta última es de primordial importancia en invasiones a gran escala contra un oponente potencialmente poderoso, ya que el atacante debe ser capaz de organizar sus efectivos en el mar con mayor rapidez que sus adversarios en tierra³⁸¹.

Estas palabras del almirante Hewitt son quizás una buena síntesis introductoria que deja entrever el desarrollo que va a realizarse en los ulteriores apartados y líneas. Ciertamente, tras haber expuesto los principales elementos referidos a la política exterior española y japonesa y la inserción de Okinawa y Canarias en estas, es necesario, en aras de completar nuestro enfoque comparado en torno a los factores geopolíticos y militares, proseguir con una aproximación al desarrollo de la guerra anfibia durante el periodo de entreguerras y el propio conflicto mundial.

En efecto, para tener un mejor entendimiento de los planes ofensivos aliados sobre ambos archipiélagos es perentorio complementar esta información con una concreción más tangible de estos presupuestos teóricos, a saber, la puesta en práctica de las maniobras anfibias. Por ello, y cerrando el círculo analítico de este sentido, se detallarán los principales avances y procesos de este tipo de guerra mediante los casos de Estados Unidos, Gran Bretaña y Japón puesto que estos son los principales actores en nuestra investigación respecto a las operaciones ofensivas relevantes en el contexto que nos movemos.

En concreto, se tratará de abordar cuestiones como la doctrina anfibia de cada una de estas potencias, su preparación previa tanto teórica como material, es decir, la disposición de recursos, la mejora o negligencia de estos elementos y su puesta en acción durante la Segunda Guerra Mundial. En consecuencia, teniendo presente todos estos factores que envuelven a la guerra anfibia se podrá tener un mejor conocimiento acerca de las capacidades militares que poseyeron tanto las potencias anglófonas como el Imperio japonés en su pujanza por el control de los escenarios del Atlántico, el Mediterráneo y el Pacífico y, por ende, el eventual control que tuvieron sobre Canarias y Okinawa.

³⁸¹ Almirante Henry Kent Hewitt citado en Lewis, Adrian R., *Omaha Beach: Una amarga victoria*. Ariel, 2002, pág. 81.

4.1. Breves consideraciones sobre la guerra anfibia

Pues entonces eran los más ricos entre todas las ciudades de Grecia y más poderosos para la guerra, confiando en sus grandes fuerzas navales, y en la fama que tenían cobrada ya los feacios, sus antecesores, que primero habitaron Corcira, de ser diestros en el arte de navegar. Y esta gloria les impulsaba a tener siempre dispuesta una armada muy pujante, contando 120 trirremes cuando comenzaron la guerra³⁸².

Ya desde la Antigüedad exponía Tucídides mediante estos versos la importancia de la guerra marítima durante el conflicto, previo a la Guerra del Peloponeso, entre corcirenses y corintios. Y, aunque la guerra anfibia comparte aspectos propios de las tres ramas castrenses, el rol protagónico reside en la posesión de una armada fuerte capaz de ejercer un claro dominio sobre el espacio oceánico. Para esta cuestión en tiempos más contemporáneos, si por algo quedó caracterizada la Segunda Guerra Mundial en los asuntos militares fue, además de otros elementos, por el desarrollo y uso intensivo de la guerra anfibia. Incluso, algunos autores como David S. Nasca acuñan este periodo como la “época dorada de la guerra anfibia” durante el siglo XX³⁸³. En este sentido, dada la vasta extensión analítica que puede obtenerse sobre este aspecto de la guerra, nos centraremos en abordar los antecedentes, los avances y algunos casos de operaciones anfibias a través de las lentes de los principales actores que más conciernen a esta investigación: Estados Unidos, Reino Unido y Japón.

Pero antes de ahondar en estos campos, es perentorio enarbolar sumariamente unas líneas referidas a cuestiones conceptuales o de definición sobre la guerra anfibia. Ciertamente, las operaciones anfibias se distinguen, quizás, por ser de las más complicadas, si no las que más, dentro del ámbito de las maniobras militares. La organización previa de diferentes fuerzas o ramas militares, su coordinación antes y durante la operación, la disposición de unos cuerpos especializados, el cuidado en las actividades logísticas y de avituallamiento, la anticipación de la respuesta enemiga y, sobre todo, la ejecución de todo esto en un espacio hostil son algunas de las múltiples improntas que convierten a estas operaciones en cuasi obras titánicas. En una síntesis breve de estos factores en las palabras del excapitán del Cuerpo de Marines estadounidense, Richard S. Moore, las maniobras anfibias deben ser concatenadas bajo el siguiente esquema táctico: observación, orientación, decisión y acción (OODA). Cuanto más rápido se pase de una fase a otra, más probabilidades de éxito tendrá la operación³⁸⁴. Este esquema conecta

³⁸² Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Libro I, 2, vv. 38-44. Versión: Diego Gracián (trad.), *Historia de la guerra del Peloponeso*. Ediciones Orbis, S.A., 1986, p. 35.

³⁸³ Nasca, David S., *The Emergence of American Amphibious Warfare 1898-1945*. Naval Institute Press, 2020, p. 183.

³⁸⁴ Moore, Richard S., “Blitzkrieg from the Sea: Maneuver Warfare and Amphibious Operations”, *Naval War College Review*, vol. 36, nº6, 1983, p. 38.

también con las palabras de Hewitt al inicio de este capítulo. Principalmente, y acorde a las definiciones de Ian Speller y Christopher Tuck, hay cuatro tipos de operaciones anfibias: las de asalto, las de razia o batida, las de retirada o extracción y las de demostración de fuerza³⁸⁵.

Es necesario, por tanto, prestar un especial énfasis a las operaciones anfibias de asalto, no solo por su mayor uso durante la guerra, sino también por ser las más adecuadas para nuestro trabajo en torno a las ofensivas militares, que se ejecutaban para conseguir diversos objetivos. A saber, un asalto anfibio podría erigirse como la precuela operacional para el mantenimiento y proyección de un ataque terrestre de mayor envergadura. Asimismo, otro objetivo está ligado a la obtención y aseguración de puntos militares claves como puertos y aeródromos. Este último era el motivo más común en las acciones anfibias estadounidenses durante la Guerra del Pacífico³⁸⁶.

En cualquier caso, se dará paso a concretar en las siguientes líneas los precedentes de la guerra anfibia para los casos de Estados Unidos, Reino Unido y Japón, así como su desarrollo durante la guerra. Sin duda, el periodo de entreguerras, después de la finalización de la Primera Guerra Mundial, se presentó como un momento idóneo, a la vez que crítico por la guerra venidera, para refinar y moldear los aspectos y doctrinas de la guerra anfibia. Las tres naciones mencionadas partieron de un contexto geopolítico y geoestratégico delicado. Especialmente, la ventajosa posición de Japón en el Pacífico tras la Gran Guerra, con la obtención de las antiguas colonias germanas, se erigió como el primer peldaño internacional de una escalada imperialista en auge cuya posterior expansión pasó por el umbral de las operaciones anfibias. Por su parte, Reino Unido poseía casi la total necesidad de reconfigurar la *Royal Navy*, incluyendo en ello los preceptos de la guerra anfibia, para continuar sosteniendo su *regnum* marítimo de la *Commonwealth*. Y, finalmente, Estados Unidos protagonizó un auge exponencial en lo referente a las operaciones anfibias. Aunque adoleció de cierto letargo al igual que Reino Unido a lo largo del periodo de entreguerras y al inicio de la Segunda Guerra Mundial, la culminación del conflicto acarreó un refinamiento de la doctrina anfibia por parte de la nación norteamericana.

³⁸⁵ Speller, Ian y Tuck, Christopher, *Amphibious Warfare. The Theory and Practice of Amphibious Operations in the 20th Century*, (Reino Unido, Amber Books, 2001), p. 7.

³⁸⁶ Ídem, p. 13.

4.2. Reino Unido

Ciertamente, tras la fatídica experiencia de la campaña de Galípoli parecía obvio que los británicos trataran de subsanar su nefasta actuación en los siguientes años. Por ello, antes de profundizar en la doctrina anfibia británica durante el periodo de entreguerras y en el subsiguiente conflicto mundial, conviene trazar, grosso modo, algunas líneas sobre las maniobras anfibias de Gallipoli. En general, el resultado fallido de esta empresa puede sintetizarse en dos factores, a saber, la sobrestimación aliada de sus propias capacidades ligada a la minusvaloración de las fuerzas turcas y la nefasta planificación y ejecución de la Entente en los desembarcos dando como resultado una transferencia del anquilosamiento en el frente europeo al estrecho de Dardanelos. En conexión con este último punto, el estancamiento bélico en el viejo continente impelió a figuras como Winston Churchill, para entonces Primer Lord del Almirantazgo, Lord Kitchener, secretario del Departamento de Guerra británico, y el general francés Gallieni a buscar una válvula de escape que agilizara la guerra continental. Desde la perspectiva de estos, la toma del estrecho de los Dardanelos era crucial para atacar a los imperios austrohúngaro y germano por la retaguardia. Pero esta opinión no era compartida por el alto mando británico y francés que contemplaba este plan como un riesgo innecesario además de que se debilitaría el frente principal europeo³⁸⁷.

Un primer boceto exponía que un ataque meramente naval era suficiente para neutralizar el estrecho, pero tras una reunión del Consejo de Guerra en febrero de 1915 se acordó que sería enviada la 29ª División. A ella se le sumaba una división naval (*Royal Navy Division*) junto a fuerzas australianas y neozelandesas, *Australian and New Zeland Corps* (ANZAC) y una división francesa, la *Expeditionnaire d'Orient*. Todas ellas formaban la *Mediterranean Expeditionary Force* (MEF), un total de 75.000 efectivos, bajo el mando del general Sir Ian Hamilton de la parte anglosajona. Ante la exasperación de algunos mandatarios, el 18 de marzo se proyectó un avance naval por el estrecho, en aras de arribar hasta el mar de Mármara, que se saldó con el hundimiento o inutilización de diversos acorazados de la Entente como el *Irresistible*, el *Ocean*, el *Bowet*, el *Suffren*, el *Inflexible* y el *Gaulois*³⁸⁸.

Para subsanar dicha actuación el asalto anfíbio pareció la opción más conveniente. En consecuencia, se acordaron dos grandes desembarcos para la tropa: uno al norte del Gabe Tape asignado al ANZAC y otro en las playas del cabo Hales de la mano de los británicos. Ambos ataques debían confluir en una maniobra de pinza para encontrarse una vez

³⁸⁷ Álvarez-Maldonado Muela, Ricardo y Gamundi Insua, Abel, *Las operaciones anfibias*. Bazán, 1994, p. 140.

³⁸⁸ Halpern, Paul G., *A Naval History of World War I*. University College London, 1995, p. 115.

asegurados los desembarcos y superadas las primeras líneas enemigas tierra adentro. Por su parte, las fuerzas galas atacaron Koum Kaleh, en la costa asiática de Anatolia, para neutralizar las baterías de artillería turcas al sur del estrecho. Fijados para el 25 de abril de 1915 los desembarcos fueron nefastos por varias razones. La más evidente era la falta de coordinación entre los diversos mandos, además de una ausencia de un mando unificado, para seguir un plan de ataque coherente. La confusión reinó, por ejemplo, entre la tropa australiana que se había desviado una milla al norte de donde se suponía que tenían que desembarcar. Tampoco eran conscientes del terreno y condiciones a las que se enfrentarían una vez hecho el desembarco. Así, el contingente que desembarcó en Ari Burnu se topó contra un acantilado que debía sobrepasar para batir a las líneas enemigas. Ello queda explicado en parte por la falta de información previa sobre la situación del terreno y la disposición enemiga. Asimismo, la inexistencia de embarcaciones anfibia especializadas y la falta de entrenamiento entre las tropas eran factores que lastraron el éxito de la operación³⁸⁹. En definitiva, la rapidez que se pretendía en Galípoli con el afán de acabar cuanto antes la guerra acabó transformándose en un estancamiento que costó a los Aliados 150.000 bajas entre heridos y muertos.

Un contraste interesante y significativo a Galípoli fue la operación anfibia llevada a cabo por la colaboración hispanofrancesa contra la bahía de Alhucemas en 1925. Ciertamente, esta operación supo recoger las deficiencias cometidas en Dardanelos para revertirlas y asegurar un éxito. Las ansias de los africanistas para consolidar el dominio colonial español junto a los ataques que realizó Abd-el-Krim tanto en el Marruecos francés como hispano fueron los detonantes para ejecutar esta maniobra anfibia.

El desembarco en Alcazarseguer a finales de marzo de 1925 se erigió como preludeo, a la vez que como un valioso ensayo, del asalto de Alhucemas. En efecto, el éxito de la maniobra se debió a una conjunción de diversos factores. Durante la operación se utilizaron las barcasas tipo K para desembarcos, compradas a los británicos y que fueron usadas en Galípoli. Asimismo, el apoyo aéreo y naval que auspició el desembarco de los tres batallones que iban en las barcasas se tradujo en una superioridad de fuego sobre los defensores. Así pues, con el desarrollo de los planes para el futuro asalto a Alhucemas se fueron intensificando, a partir de julio, los entrenamientos de desembarcos anfibios en playas cercanas a Ceuta y Melilla. Para el 8 de septiembre, fecha en la que se produjo el asalto, se contaron con dos divisiones de nueve mil efectivos cada una las cuales contaron con una potente armada como respaldo. La extensión comprendida entre Morro Nuevo y

³⁸⁹ Rhodes James, Robert, *Gallipoli*. Pimlico, 1999, pp. 105-109.

la desembocadura del río Nekor fue la seleccionada para la acometida. A las seis de la mañana se inició un bombardeo naval y aéreo para ablandar las defensas enemigas³⁹⁰.

Tres horas más tarde se dio la orden para que zarparan las barcas tipo K en aras de asegurar las playas. Cabe destacar que esta fue la primera operación anfibia en la que se utilizaron carros de combate como el Renault FT-17. Al final del día, las playas se encontraban ocupadas y habían desembarcado un total de ocho mil soldados además de tres baterías de artillería de campaña. No cabe duda de que el apoyo naval y aéreo, destacando de este último no solo por el bombardeo, sino también por las actividades de reconocimiento y avistamiento de objetivos para el artillado de tierra, constituyeron un avance respecto a la experiencia de Galípoli y un factor crucial para la victoria hispanofrancesa. Pero, artífices de este éxito también lo fueron, aunque involuntariamente, las defensas presentadas por Abd-el-Krim que consistían en su gran mayoría enguerrillas con un escaso grupo de tropas regulares. Del mismo modo, el artillado de costas no era demasiado denso, al igual que la defensa partió de una inferioridad numérica de efectivos, y algunas de las mejores unidades rifeñas fueron enviadas a un ataque fallido a Tetuán, alejándose así del foco principal del asalto anfibio, con el objetivo de crear una distracción entre los atacantes³⁹¹.

Sea como fuere, y retornando al contexto británico, la negligencia y desestimación de las fuerzas anfibias por parte de la *Royal Navy*, el conservadurismo militar de la cúpula política y la restricción presupuestaria durante el periodo de entreguerras fueron los impedimentos más notorios para que se llevaran a cabo reconsideraciones y reformas serias acerca de estas operaciones. Los *Royal Marines* pueden servirnos como un primer hilo conductor para exponer esta comprometida situación. Así es, desde el fin de la Gran Guerra hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial este cuerpo, que se suponía que debía ser la punta de lanza de un elaborado entramado de maniobras anfibias, no era más que una unidad militar con múltiples carencias. A saber, no poseían una organización permanente, tampoco un equipamiento y entrenamiento acorde a sus objetivos y mucho menos disponían de una doctrina bien definida para proyectar asaltos anfibios contra costas. Por tanto, los principales cometidos de los *Royal Marines* se reducían a las misiones que ya realizaban antes de la Primera Guerra Mundial, esto es, a guardar y defender bases navales, servir como destacamento en buques pesados para manejar el artillado y ser una unidad intermediaria entre la Armada y el Ejército³⁹². En septiembre

³⁹⁰ Álvarez, José E., "Between Gallipoli and D-Day: Alhucemas, 1925". *The Journal of Military History*, vol. 63, nº1, 1999, pp. 86-87.

³⁹¹ Ídem, pp. 90-94.

³⁹² Bittner, Donald F., "Britannia's Sheathed Sword: The Royal Marines and Amphibious Warfare in the Interwar Years-A Passive Response". *The Journal of Military History*, vol. 55, nº3, 1991, pp. 348-349.

de 1923 se formó el *Madden Committee*, encabezado por el Almirante Charles Madden, para realizar tímidas reformas sobre el cuerpo. Además de sus tradicionales funciones, desde el comité se exhortaba que los *Royal Marines* debían formar una brigada de infantería con cuatro batallones y, aparte de llevar a cabo ejercicios con la Armada, estos tendrían que poseer un centro de entrenamiento independiente cerca de la costa y hacer incidencia en los entrenamientos como cuerpos de infantería y de manejo de artillado. Sin embargo, las pretensiones de crear un cuerpo independiente dedicado a labores ofensivas no tuvieron lugar con motivo de las mencionadas restricciones presupuestarias³⁹³.

Del mismo modo, durante el periodo de entreguerras los *Royal Marines* fueron reconfigurados en la denominada *Mobile Naval Base Defence Organisation* (MNBDO) respondiendo, como se ha mencionado, a la competencia de defender bases navales temporalmente. Otra de las carencias notables en estos años, además de un entrenamiento adecuado para las operaciones anfibas, fue la disposición de vehículos diseñados expresamente para estas tareas. O, en otros términos, la capacidad logística para las operaciones combinadas, especialmente las anfibas, era nula. En efecto, el transporte de personal y equipamiento era llevado a cabo en los tradicionales navíos, a saber, cruceros, destructores o acorazados. En diciembre de 1940 el brigadier Roger Lambert enfatizó en su escrito, *Misconceptions of Function of the MNBDO*, lo siguiente:

The MNBDO was designed to provide, in as short a time as possible, the defence for an advanced naval base against attack by cruiser, seaborne aircraft, and raids. It was never intended to be used for offensive combined [i.e., amphibious] operations. None of the units possess the necessary tactical mobility for offensive operations. Moreover, Coast Defence Batteries, etc., can hardly be considered as a Force to be included in the capture of territory³⁹⁴.

En esencia, Gran Bretaña se vio desprovista de un cuerpo especializado en operaciones combinadas con carácter ofensivo, con especial énfasis en los asaltos anfibs, nada más comenzar la Segunda Guerra Mundial. Tras el frustrado ataque contra Dakar la creación de la *Royal Marines Division* supuso la aparición de una fuerza anfibia que, entre 1940 y 1942, se preparó para ocupar las islas atlánticas españolas y portuguesas. Posteriormente, en julio de 1943 los batallones de este nuevo contingente anfibo fueron reconvertidos en Comandos. Esta evolución trajo consigo cambios sustanciales como la reducción de los efectivos por cada Comando, la disposición de tropas voluntarias y, lo más importante, la constitución de fuerzas de choque ligadas a las maniobras conjuntas. Esta reconversión fue vista con desconfianza y rechazo por parte de miembros de los Comandos del Ejército,

³⁹³ Ídem, p. 350.

³⁹⁴ Ídem, pp. 355-356.

especialmente entre los oficiales de alto rango que consideraban a los *Royal Marines* como unidades carentes de experiencia operacional para las maniobras ofensivas combinadas. Así, el brigadier John Durnford-Slater se quejaba de esta situación alegando que las “units of conscripted Marines could not be expected to maintain the high standards of shock troops”³⁹⁵. Pero lo cierto es que los *Royal Marines* rompieron con los negativos pronósticos que se apostaban sobre ellos convirtiéndose, tras su reconversión en Comandos, en unidades de choque competentes y a la altura de las operaciones que se desarrollaron a partir de 1943. No obstante, la comprometida situación de los *Royal Marines* solo era una prueba material de las deficiencias que se arrastraban desde el marco teórico, esto es, los presupuestos de la doctrina anfibia. Por ello, cabe apuntar que las maniobras anfibiaas llevadas a cabo antes de 1900 consistían esencialmente en incursiones rápidas sin intención de dilatarlas más de lo necesario. Esta tradición se encarnó durante las décadas siguientes en la proyección de ataques raudos bajo el amparo de la nocturnidad por lo que el factor sorpresa se erigió como el precepto fundamental de las acciones anfibiaas británicas y, de hecho, estuvo presente hasta la recta final del conflicto mundial. Pero el factor sorpresa había de estar acompañado por otra serie de condicionantes tal y como apunta Adrian R. Lewis:

La velocidad, el control marítimo y aéreo de la zona de intervención, la actuación limitada contra objetivos escogidos, la corta duración de las operaciones, la preferencia por zonas de desembarco sin oposición para adentrarse rápidamente hacia el interior y la cooperación entre los servicios más que el establecimiento de una unidad integrada de mando³⁹⁶.

Precisamente, este era el tipo de planteamientos teóricos que se encontraban en los planes de guerra británicos sobre el eventual asalto a Canarias. También, como se expondrá a posteriori, muchos de estos elementos eran prácticamente idénticos a los que conformaban la doctrina de asaltos anfibiaos japonesa. En cualquier caso, y prosiguiendo con lo anterior, el avance de la guerra puso cada vez más en entredicho la tradición de los postulados británicos. Así, Adrian Lewis subraya nuevamente en esta cuestión que “los desembarcos sin oposición ya no se juzgaban posibles en un mundo con ejércitos profesionales equipados con radar [...] el factor sorpresa era cada vez más difícil de conseguir y, a la vez, menos necesario desde un punto de vista táctico”³⁹⁷. Sin embargo, las deficiencias que mostraban los británicos en lo referente a las operaciones combinadas, esencialmente las operaciones anfibiaas, no significó que estas no se intentaran abordar y, en última instancia, subsanar. Evidencias de ello fueron la creación de instituciones y organismos como el *JPS* o el *Inter-Department Committee on*

³⁹⁵ Thompson, Julian, *The Royal Marines. From Sea Soldiers to a Special Force*. Pan Books, 2000, p. 302.

³⁹⁶ Lewis, Adrian R., *Omaha Beach...*, p. 57.

³⁹⁷ Ídem.

Combined Operations. De hecho, fue este último el que, tras una reunión en junio de 1920, rehusó modelar las doctrinas del *Manual and Combined Naval and Military Operations* de 1913. Un año después de la reunión, el Almirantazgo publicó otro manual donde se resaltaron las deficiencias de las operaciones anfibia. En 1925 una revisión de este último incluyó un apartado donde dichas deficiencias quedaban resueltas, aunque solo en el plano teórico³⁹⁸.

De igual modo, no fue hasta 1938 cuando se creó el *Inter-Services Training and Development Center* (ISTDC), bajo las directrices del COS, con el objetivo de ahondar en los asuntos de la guerra anfibia. Concretamente, los estatutos de esta entidad recogían que para mejorar las maniobras anfibia se debía “acelerar la velocidad del desembarco y la consecución del factor sorpresa”, la contemplación del uso del bombardeo aéreo y marítimo para contrarrestar las defensas enemigas o mejorar las “operaciones a pequeña escala” y la cooperación con otras de “mayor envergadura” en aras de conseguir un “desembarco masivo”³⁹⁹. Además, otras propuestas destacables eran elaborar futuras lanchas anfibia para el desembarco como fue el caso del *Landing Craft Assault Mark 1*, pero el mayor peso del Almirantazgo en una estrategia más defensiva que abogaba por el uso de la artillería disipó los esfuerzos por ahondar en el desarrollo de vehículos anfibia con carácter ofensivo⁴⁰⁰.

Asimismo, el ISTDC aconsejaba tratar la relación entre las operaciones aéreas y terrestres y la necesidad de poseer cuerpos de ingenieros especializados en la defensa y asalto de costas. En estas disquisiciones se encontraba el por aquel entonces capitán de navío de la *Royal Navy* L.E. H. Maund, uno de los principales precursores de la guerra anfibia. Sea como fuere, la necesidad de prestar más atención a estas maniobras militares en alza se evidenció fuertemente a partir de 1940 cuando ya no podía ser ignorada por Reino Unido⁴⁰¹. Los resultados fatídicos como la operación anfibia de extracción en Dunkerque en 1940, con grandes pérdidas materiales, o la de razia o batida de Dieppe en 1942 fueron la prueba de la desatención previa. Respecto a esta última cabe destacar una serie de consideraciones. Las pretensiones del Cuartel General de Operaciones Integradas residían en que Dieppe debía suponer un ensayo para aplicar los cambios teóricos que se fueron forjando desde anteriores años y, sobre todo, en una emulación para una eventual invasión

³⁹⁸ Millett, Allan R., “Assault from the sea: The development of amphibious warfare between the wars - the American, British, and Japanese experiences”. En Murray, Williamson y Millett, Allan R. (eds.), *Military Innovation in the Interwar Period*. Cambridge University Press, 1996, pp. 59-60.

³⁹⁹ Lewis, Adrian R., *Omaha Beach...*, pp. 55-56.

⁴⁰⁰ Moulton, J. L., *The Royal Marines*. Leo Cooper Ltd., 1972, p. 69.

⁴⁰¹ Lewis, Adrian R., *Omaha Beach...*, pp. 63-64.

futura del continente. El resultado de la operación fue, en palabras de Lewis, “un completo desastre”⁴⁰².

La ausencia del fuego naval y de apoyo aeronaval, la mala coordinación, la falta de preparación y entrenamiento previo y la sólida defensa alemana fueron los ingredientes que confluyeron en el fracaso de la maniobra. Respecto a la ausencia de apoyo del bombardeo aeronaval previo, quizás uno de los factores más cruciales, este estaba relacionado con otro de los presupuestos tácticos, a saber, el despliegue de carros de combate. Ciertamente, el prejuicio de creer que un bombardeo impediría el desembarco y movilización de los carros de combate fue el principal freno para que se descartara esta necesaria acción preliminar. Incluso, una de las lecciones extraídas de Dieppe fue que los carros de combate no debían desplegarse en las primeras oleadas de desembarco, más aun teniendo en cuenta la nefasta actuación de despejar los obstáculos previos y posteriores al desembarco⁴⁰³. A tenor de los intentos de corrección de años previos por parte del ISTDC ya mencionados, la experiencia de Dieppe evidenció la siguiente conclusión: la doctrina anfibia británica aun continuaba prístina en sus bases más elementales y ello se prolongó hasta la propia invasión de Normandía. En efecto, el factor sorpresa seguía teniendo un peso considerable en el marco conceptual y fue precisamente un aspecto sobre el que hubo discrepancia de opiniones entre los diversos mandatarios y estrategias británicos después de Dieppe. Pero esta coyuntura comenzó a cambiar con las operaciones ejecutadas en el Mediterráneo coincidiendo también con una mayor implicación estadounidense. Concretamente en el norte de África con la operación *Torch* bajo la dirección del *Combined Chief of Staff* (CCS), la campaña de Italia y la campaña de Grecia⁴⁰⁴.

Por otro lado, es necesario engarzar la situación de los planes de invasión de Canarias con el desarrollo general de las operaciones anfibia británicas. En efecto, la dinámica de los proyectos de ocupación de Gran Canaria durante 1941 y 1942 pueden arrojar un poco de luz sobre lo ocurrido en Dieppe. Para ello debemos retornar de nuevo, aunque brevemente, al estado del plan de ataque en junio de 1941 bajo la nomenclatura de *Puma*. Con seguridad, uno de los memorándums de los jefes de la expedición dejaban entrever que la ofensiva a Canarias estaba todavía lejos de presentarse como un proyecto sólido que proporcionara unas garantías mínimas de éxito para la invasión, un aspecto que no era de extrañar dado el panorama general de las operaciones anfibia británicas. En el memorándum se hacía énfasis sobre la carestía de personal para la ocupación, para lo cual

⁴⁰² Ídem, p. 60.

⁴⁰³ Clifford, Kenneth J., *Amphibious Warfare Development in Britain and America from 1920-1940*. Edgewood, 1983, p. 143.

⁴⁰⁴ Bettwy, Samuel W., “Amphibious Warfare since World War II”. *Electronic Journal*, 2015, p. 3

se recomendaba un aumento de 5.500 efectivos con su respectivo incremento de buques para su transporte, la ausencia de más lanchas de desembarco mecanizadas y la poca disponibilidad de calibre pesado naval para los bombardeos. Igualmente, se puntualizó sobre la gran dificultad que suponía aterrizar los cazas *Hurricanes* en el aeródromo de Gando. En este sentido, se reconoció que era imperativo poseer una superioridad aeronaval durante la operación. En todo caso, el plan seguía manteniendo la premisa inamovible de un ataque bajo el amparo de la noche para obtener el factor sorpresa, aunque esto último no convencía del todo a los jefes de la expedición L.H.K Hamilton y R. G. Sturges a raíz del refuerzo de la guarnición insular y la frecuencia de las patrullas aéreas⁴⁰⁵.

En el mismo mes de junio cuando se redactó este memorándum habían sido realizados varios ejercicios en Inveranay en aras de refinar los problemas del eventual asalto anfibio. De esta experiencia se extrajeron varias conclusiones, a saber, disponer de buques suficientes, mejorar el entrenamiento de la tropa en el manejo de las lanchas de desembarco, poseer un equipamiento adecuado para el desembarco y estar respaldado este por un buen apoyo aéreo. Meses después se llevaron a cabo otros ejercicios con el fin de subsanar estas dificultades. Concretamente, el 10 y 11 de agosto de ese mismo año el ejercicio, bajo el nombre *Leapfrog*, ejecutado en las islas Orkey evidenció los problemas habituales de la doctrina anfibia británica. Primeramente, no se dispuso de los buques necesarios para que toda la fuerza expedicionaria participara en el ejercicio. Solamente uno de los batallones de la división de los *Royal Marines* pudo desembarcar en condiciones mientras que el resto fueron incapaces de localizar y arribar a los puntos designados. En conexión con este elemento, se reconoció que una operación de gran escala como esta debía de poseer la flexibilidad suficiente con personal experimentado para que hubiera una férrea coordinación entre las pequeñas unidades durante el ataque y que estas fueran capaces de improvisar con éxito si las condiciones no eran las más favorables. La ineficiencia de los equipos de comunicación, la mala cooperación entre las fuerzas terrestres, aéreas y navales o la falta de armamento eran otras lecciones emanadas de *Leapfrog*⁴⁰⁶.

En consonancia con este último ejercicio, a finales de agosto el comandante de la expedición a Canarias, con su cambio nominal a *Pilgrim*, engarzaba y ponía de relieve lo expuesto en *Leapfrog*, a saber, un mayor adiestramiento de la tropa o la mejora de la coordinación entre la *Royal Navy* y la RAF. Para ello requirió dos meses más de

⁴⁰⁵ NA, AIR 8/889, COS (41) 121 (O), Memorándum de los jefes de la expedición Puma, 30 de junio de 1941.

⁴⁰⁶ NA, WO 206/2953, informe del comandante de la Fuerza 110 sobre el ejercicio combinado *Leapfrog*, del 10 al 11 de agosto de 1941.

entrenamiento⁴⁰⁷. Para finales de septiembre del mismo año la operación *Pilgrim* ya había sido refinada, al menos en el plano teórico, con su puesta a punto como se dejó entrever en las dos versiones del plan⁴⁰⁸.

Como quedó reflejado en anteriores capítulos, la vacilación del gobierno franquista sobre entrar o no en la guerra al lado del Eje supuso que la expedición destinada a invadir Canarias fuera postergándose y, en última instancia, disolviéndose para utilizar el personal y los recursos logísticos a otras misiones más acuciantes. Es en este momento cuando salen a la palestra dos operaciones que permiten apreciar los avances y retrocesos de la doctrina anfibia británica al calor de los planes contra el archipiélago atlántico español. Las operaciones en cuestión son las de Dieppe y Madagascar. Comenzando por este último escenario, el asalto contra la base naval de Diego Suárez se saldó con un éxito por parte de los británicos. Parte de la fuerza de asalto de esta ofensiva se nutrió de la desarticulada Fuerza 110. Concretamente, se trataba de la 29º Grupo de Brigada Independiente y el Comando número 5 dirigidos por el propio Sturges, otrora jefe de la expedición contra Canarias. De ello se deduce, por ende, que parte del éxito residió, además de en la inferioridad aeronaval de los defensores, en el entrenamiento recibido de estas tropas y su aglutinamiento previo a raíz de *Pilgrim*. Por su parte, el desenlace de Dieppe resultó en un fracaso como ya quedó mencionado. En este sentido, cabría preguntarse ¿por qué las lecciones extraídas de los ejercicios para la invasión de Canarias y el refinamiento de muchos aspectos no influyó en el planteamiento contra Dieppe? Lo más seguro es que en ello influyó la destitución de Sir Roger Keyes como director del CO y la propia disolución de la Fuerza 110. En efecto, lo que para la ofensiva contra Madagascar supuso una ventaja, para Dieppe fue todo lo contrario y fue, de hecho, un problema que aquejó Reino Unido hasta la recta final de la guerra: la ausencia de una fuerza expedicionaria anfibia fija y consolidada⁴⁰⁹.

En otro orden de cosas y para concluir con el caso británico, es conveniente exponer ciertos postulados o reflexiones de Kenneth Clifford y que son un tanto problemáticas, en gran parte por representar una línea oficialista de la disciplina histórica. En esencia, todos los autores hasta aquí citados confluyen en que Reino Unido adoleció de grandes carencias materiales y teóricas para desarrollar una doctrina anfibia competente, eminentemente fruto de la desatención en las décadas previas, que hubiera sido fundamental para afrontar el inicio de la Segunda Guerra Mundial. En este sentido, la

⁴⁰⁷ NA, CAB 121/478, COS (41) 534, memorándum del comandante militar de la expedición *Pilgrim* y su empleo durante el invierno, 29 de agosto de 1941.

⁴⁰⁸ NA, WO 106/2949, instrucción PJ 1 para la operación *Pilgrim*, 20 de septiembre de 1941; NA, WO 106/2949, instrucción PJ 1 (x) para la operación *Pilgrim*, 20 de septiembre de 1941.

⁴⁰⁹ Díaz Benítez, *Canarias indefensa...*, pp. 320-321.

eficacia de las maniobras anfibia británicas tuvo que esperar hasta la recta final de la contienda. Sin embargo, Clifford aduce que estas afirmaciones carecen de sentido puesto que Gran Bretaña sí estuvo en disposición de elaborar una adecuada doctrina anfibia, tanto teórica como práctica, desde el periodo de entreguerras en adelante. Aunque el autor reconoce que la nación anglosajona estuvo sometida a ciertas complicaciones como la restricción presupuestaria o la falta de personal, ello no significó que no existieran unos presupuestos teóricos de las maniobras anfibia y, por ende, una concreción paulatina en la praxis. La creación del *Madden Committee*, el ISTDC, los diversos manuales sobre las operaciones combinadas de las décadas de los veinte y los treinta o la reconsideración de las misiones y el rol de los *Royal Marines* son algunos elementos que dan pie a Clifford para sostener con rotundidad que Reino Unido nunca tuvo una actitud negligente o de descuido en lo referido a la doctrina anfibia⁴¹⁰. Sea como fuere, se retomará otras afirmaciones de este mismo autor en apartados posteriores, sobre todo concernientes a Estados Unidos, y que son cuanto menos discutibles.

4.3. Japón

En la parte contraria del globo, el otro teatro bélico donde discurrieron grandes maniobras anfibia, el Pacífico, Japón pareció posicionarse como el dominador en solitario con respecto a esta cuestión. De hecho, varios autores coinciden que el Estado japonés fue el único que verdaderamente desarrolló una doctrina anfibia, no solo teóricamente sino también en la praxis, durante el periodo de entreguerras erigiéndose de este modo en la cúspide del podio respecto a sus homólogos occidentales: Reino Unido y Estados Unidos⁴¹¹. Así, el bagaje bélico representado por la primera guerra sino-japonesa (1894-1895) y la guerra ruso-japonesa (1904-1905) fueron los escenarios donde las fuerzas japonesas hicieron un uso notorio de los desembarcos. Pero antes de ahondar en la doctrina y operaciones anfibia es necesario revelar, someramente, que la doctrina general de las fuerzas armadas japonesas descansaba sobre una serie de preceptos ofensivos. Así es, estos preceptos se presentaron como los patrones sobre los que se asentaron los mismos principios de la guerra anfibia. Por ello, la táctica de todas las maniobras militares en general se ejecutaba con vistas de proyectarse únicamente como operaciones ofensivas, buscando el factor sorpresa, los movimientos rápidos y siguiendo planes más o menos simples. Tal era la insistencia en el carácter ofensivo que en manuales como el *Tosui Koryo* o *Principios del Mando Estratégico* publicado en 1928 fueron eliminados

⁴¹⁰ Clifford, Kenneth J., *Amphibious Warfare...*, pp. 248-249.

⁴¹¹ Evans, David C. y Peattie, Mark R., *Kaigun. Strategy, Tactics and Technology in the Imperial Japanese Navy, 1887-1941*. Naval Institute Press, 1997; Millet, Allan R., "Assault from the Sea..."; Rottman, Gordon L., *Japanese Army in World War II. Conquest of the Pacific 1941-1942*. Osprey Publishing, 2005; Von Lehman, Hans G., "Japanese Landing Operations in World War Two". En Bartlett, Merrill L. (ed.), *Assault from the Sea: Essays on the History of Amphibious Warfare*. Naval Institute Press, 1983, pp. 195-202.

todos los términos como “defensa”, “retirada” o “rendición”. Ello estaba motivado por la creencia de que el mantenimiento de una actitud agresiva daría ventaja para sostener una moral marcial superior al enemigo. De hecho, otra creencia derivada de la superioridad militar japonesa respecto a sus adversarios occidentales era que el equipamiento de la tropa debía ser lo más ligero posible. Algo que cobra sentido dada la voluntad táctica en aplicar maniobras rápidas⁴¹².

Ciertamente, la guerra anfibia se convirtió en uno de los pocos ejes de cooperación entre la Armada y el Ejército imperial. Cada cual poseía su tropa anfibia que, aunque actuaban conjuntamente, eran independientes la una de la otra. Además, el Ejército controlaba la mayor parte de los servicios logísticos que incumbían a las tropas anfibias. Ello era posible por la fuerte conexión institucional que existía entre el mando militar con el Departamento de Transporte del Ejército o *Rikugun un'yubu*. En efecto, si bien la Armada proveyó el apoyo logístico para las operaciones anfibias, a partir de 1920 el Ejército se proyectó como la voz cantante en lo referido a la industria naval a través del Departamento de Transporte y su red administrativa especial para esta industria. Esta institución tenía el personal y los recursos necesarios para investigar y diseñar embarcaciones anfibias sin que la Armada se inmiscuyera en la toma de decisiones, aunque en la práctica colaboraba también en el desarrollo⁴¹³.

Por su parte, la Armada se nutría de una rudimentaria fuerza anfibia: la *Rikusentai* o Partida Naval de Desembarco. Eminentemente, esta unidad consistía en marineros con un limitado entrenamiento como tropas de choque de infantería con armas ligeras y fueron utilizadas en las guerras mencionadas. Destaca en este sentido la actuación de esta fuerza en la batalla de Shanghái en 1932. A pesar de contar con un gran apoyo de fuego aeronaval la *Rikusentai* protagonizó un pésimo comportamiento en las luchas callejeras de la ciudad. Asimismo, el asalto al emplazamiento fortificado de Woosung, esencial para acceder a los ríos Yangtzé y Whangpoo, fue repelido y se saldó con numerosas bajas del lado japonés. Como añadidura a la carencia de entrenamiento se situaban el uso de vehículos de desembarco sin ninguna protección acorazada y una deficitaria logística en términos de suministros por parte de la Armada. Para resarcir esta situación hubo que esperar hasta octubre de 1932, año de creación oficial de las Fuerzas Navales Especiales de Desembarco o *Kaigun Tokubetsu Rikusentai* (en adelante FNED). Esta fuerza sí contaba con unidades orgánicas de artillería ligera y armamento pesado además de un mejor entrenamiento siguiendo la estela de las unidades de infantería del Ejército⁴¹⁴.

⁴¹² Rottman, Gordon L., *Japanese Army...*, pp. 18-19.

⁴¹³ Millet, Allan, “Assault from the sea...”, p. 66.

⁴¹⁴ O'Sullivan, Brian, *Away all Boats: A study of the evolution and development of amphibious warfare in the Pacific War*. Tesina - University of Canterbury, 2008, pp. 72-75.

Del otro lado, la insistencia del Ejército en detallar mejores esquemas sobre las operaciones anfibia consiguió que los dos cuerpos del ejército cooperaran en ejercicios de esta índole a lo largo de las décadas de 1920 y 1930. Fue también durante este periodo cuando el Ejército comenzó a ejecutar diversos ejercicios de desembarco a tenor de su mayor peso en los planteamientos de la guerra anfibia. Esto se tradujo en la implicación de diecisiete divisiones dedicadas *exprofeso* para estas misiones. Pero la influencia del Ejército no se quedaba solo en la praxis de elaboración de embarcaciones anfibia y en los ejercicios mencionados, su preeminencia también suplantó a la Armada en el plano teórico. La gestación y publicación de diversos manuales y obras acerca de la doctrina anfibia por parte del Ejército reveló que, progresivamente, esta institución era casi la única con autoridad para dejar su impronta⁴¹⁵. La obra más destacada fue la *Jōriku oyobi joriku bōgyō sakusen kōyō* o *Resumen de las Operaciones Anfibia y las Operaciones de Defensa contra Ataques Anfibios* publicada en 1924 y que supuso una mejora del *Kaisen yomurei* o *Instrucciones de Batalla Naval* elaborado por la Armada. De todos modos, uno de los textos finales que sirvieron de apoyo teórico en la doctrina anfibia fue el *Tairiku sakusen kōyō* o *Esquema de Operaciones Anfibia* en 1932 como manual de estas doctrinas⁴¹⁶.

Otros planes previos también recogían consideraciones sobre las acciones de desembarco como el *Yōhei kōryō* (*Esquema sobre el uso de Fuerzas*) de 1918 o el *Kokubō Hōshin* (*Plan de Defensa Imperial*) donde se contemplaba también una eventual guerra contra Estados Unidos⁴¹⁷. A partir de 1932 China se convirtió en el teatro de operaciones ensayístico idóneo para aplicar los planteamientos anfibia. Precisamente, la mejorable actuación de la Armada en la batalla de Shanghái durante ese año sirvió para que las unidades de desembarco fueran mejor reorganizadas, armadas y dispuestas para futuras acciones. Grosso modo, el éxito de las operaciones anfibia japonesas que se llevaron a cabo en la segunda guerra sino-japonesa (1937-1945) descansaba sobre una serie de factores. Primeramente, las acciones de reconocimiento se centraban en buscar puntos de desembarco mal defendidos para seleccionar seguidamente varias zonas en aras de ejecutar desembarcos múltiples. En el caso de que la oposición fuera considerable, las fuerzas de desembarco localizaban otra área para llevar a cabo sus maniobras. De hecho, rapidez y versatilidad son las dos palabras que mejor resumen la actuación anfibia japonesa durante la fase de expansión por China y el Pacífico. Para ello, los ataques eran ejecutados por fuerzas con armamento ligero. Prosiguiendo con los factores, la sorpresa y la nocturnidad eran otros elementos esenciales en las maniobras. El uso de pantallas de

⁴¹⁵ Ídem, p. 67.

⁴¹⁶ Evans, David C. y Peattie, *Kaigun. Strategy, Tactics...*, p. 442.

⁴¹⁷ Millet, Allan, "Assault from the sea...", p. 65.

humo o la superioridad naval y aérea también ejercieron un rol protagónico. Si bien el Ejército ejercía una gran influencia en estas acciones, los primeros desembarcos eran llevados a cabo por las FNED mediante transportes de la Armada. El rol de esta última se limitaba a prestar ayuda logística y cobertura durante el ataque⁴¹⁸.

En efecto, los raudos ataques japoneses, explotando así al máximo los recursos de la nocturnidad y la sorpresa, pedían como requisito indispensable que las tropas de asalto desembarcaran con una logística y material ligeros. El material o armamento de las tropas que se desembarcaba era aquel que solamente podía ser transportado por los propios soldados. Por su parte, las piezas de artillería de menor calibre y autopropulsadas eran las que se destinaban para las ofensivas anfibias. En cuanto a los vehículos, estos iban desde bicicletas, pequeños todoterrenos y carros de combate ligeros. Exceptuando operaciones como las ofensivas contra Guam o Wake, la dirección en última instancia de los asaltos anfibios estaba a cargo de un general del Ejército. No obstante, durante las fases de desplazamiento embarcaciones-costa o la de consolidación de la playa los oficiales de mayor antigüedad, ya fueran del Ejército o de las FNED, asumían el control temporal hasta que un general del Ejército desembarcara en la playa una vez esta fuera asegurada. Comúnmente, se consideraba que el éxito de un asalto residía en la primera oleada de desembarco. Era en esta oleada donde se intentaba desembarcar al mayor número de tropas junto con su material, la artillería y los vehículos ligeros además de unidades de zapadores y transmisiones⁴¹⁹.

En lo referido al desarrollo y disposición de transportes para la guerra anfibia, Japón destacó por situarse por encima de Reino Unido y Estados Unidos. En el marco de las pequeñas embarcaciones para llegar desde los buques a la playa destacaron dos modelos. A raíz de los ejercicios y diseños de 1930 el primer tipo de embarcación consistió en una lancha blindada ligera capaz de albergar a 30 soldados con su material y equipo. El otro modelo era una barcaza de desembarco denominada *Daihatsu* provista con una rampa abatible en la proa. El hecho de poseer de una rampa no es un elemento baladí dado que ello supuso una mejora y un avance logístico sin precedentes para embarcar y desembarcar rápidamente. Ninguna de las potencias anglófonas poseía un modelo similar y hubo que esperar hasta la década siguiente para que empezaran a producirse. El *Daihatsu* permitió una mayor capacidad de carga, a saber, unos 70 soldados con su equipamiento, un camión o un carro de combate o 10 hombres y 10 caballos. Con las pequeñas embarcaciones preparadas solo quedaba solventar la cuestión de los grandes buques de asalto anfibios. Gracias a la insistencia del Ejército el primero de estos buques

⁴¹⁸ Rottman, Gordon L, *Japanese Army...*, p. 21.

⁴¹⁹ Álvarez-Maldonado Muela, Ricardo y Gamundi Insua, Abel, *Las operaciones anfibias...*, pp. 166-167.

fue bautizado como el *Shinshū Maru* y comenzó a estar operativo a partir de 1935. Al igual que en el caso anterior, el equivalente estadounidense era el *Landing Ship Dock* (LSD) y el británico *Landing Craft Tank* (LCT), que no entraron en servicio hasta bien entrada la década de 1940. También con una rampa abatible en su proa el *Shinshū Maru* contaba con un interior inundable para transportar embarcaciones anfibas de menor calado. De igual modo, este buque era capaz de llevar consigo piezas de artillería y ametralladoras pesadas. Un modelo mejorado de este mismo buque en 1940 era capaz de llevar 120 soldados o un carro de combate tipo 97 *Chi-Ha*. En total podía desplazar unas 8.100 toneladas. Al *Shinshū Maru* le siguieron el *Akitsu Maru* y el *Nigitsu Maru* cuya peculiaridad diferenciadora consistió en la disposición de una cubierta para desplegar aviones⁴²⁰.

Los japoneses continuaron con el desarrollo e invención de más vehículos anfibs, incluso cuando la Guerra del Pacífico se tornaba más desfavorable. Así es, si durante la campaña contra China o las exitosas victorias iniciales contra las colonias occidentales en Asia los vehículos anfibs respondían a un carácter ofensivo, con el nuevo periodo de repliegue nipón a partir de 1942 y 1943 la prioridad era mantener su fragmentario imperio conectado. La continuación del flujo de tropas y provisiones, así como el mantenimiento de las líneas de transporte pasaron a ser los principales cometidos de los vehículos anfibs. Ejemplos materiales de esta situación fueron los buques clase *Yusokan*. Se trataba de embarcaciones destinadas a transportar los elementos citados en condiciones comprometidas como lo era desembarcar directamente en la playa. Destacó también en el ámbito logístico el camión anfibio *Suki*. Por último, y en relación con las intenciones de los mandatarios nipones de llevar a cabo contraofensivas anfibas, sobresalieron los modelos de carros de combate *Ka-Mi* y *Ka-Chi*⁴²¹.

Retornando al teatro de operaciones de las ofensivas niponas, los desembarcos en el delta del Yangtzé en agosto de 1937, en la bahía de Hangzhou en noviembre del mismo año o el desembarco en la bahía de Daya en octubre de 1938 fueron ejemplos arquetípicos donde quedó plasmado el esquema de la doctrina anfibia japonesa. Sin embargo, sería desacertado aseverar con rotundidad que las maniobras anfibas niponas se desarrollaron en China sin problemas. Ciertamente, el avance japonés pareció imparable en los inicios de la campaña, pero a partir de 1938 y 1939 los invasores experimentaron una fase de estancamiento. Un estancamiento que se resintió en los

⁴²⁰ O'Sullivan, Brian, *Away all Boats...*, p. 71; Álvarez-Maldonado Muela, Ricardo y Gamundi Insua, Abel, *Las operaciones anfibas...*, p. 168.

⁴²¹ O'Sullivan, Brian, *Away all Boats...*, pp. 111-112.

aspectos que involucraron las maniobras anfibas⁴²². Precisamente, para agilizar este panorama fue necesario el envío de más divisiones niponas al continente, entre las que se encontraban tres divisiones del Ejército especializadas en operaciones anfibas. Cabe destacar el ejemplo de la 11ª División de infantería que luchó en Shanghái en 1937 y que sufrió numerosas pérdidas. Ante este evento, el Ejército decidió que no iba a malgastar más tiempo en entrenar a sus unidades en la guerra anfibia y que, por tanto, era más perentorio seguir la línea tradicional de adiestramiento⁴²³.

De igual modo, las conquistas durante la Guerra del Pacífico siguieron los mismos planteamientos. A saber, la invasión de las colonias británicas, holandesas y estadounidenses fue realizada gracias a la inadecuada defensa de estas. La conquista de Timor en 1942 es otro de los ejemplos de un rápido desembarco japonés que fue llevado a cabo además en conjunción con fuerzas paracaidistas⁴²⁴. Efectivamente, tomando el ejemplo de la ofensiva paracaidista alemana en Creta, Japón fue una de las potencias pioneras en combinar ambas tácticas, a saber, un asalto anfibia con un ataque aerotransportado. O, en una terminología más técnica, un asalto anfibia con una “operación de envolvimiento vertical”. Ya en 1940 la Armada imperial había creado un cuerpo de paracaidistas bajo el adiestramiento de instructores germanos que se componía de dos batallones. Estos eran los 1º y 3º batallones *Yokosuka* de las FNED, con 844 efectivos cada uno entre oficiales y soldados, cuyas capacidades no solo se centraban en las maniobras aerotransportadas, sino que también incluían un entrenamiento de infantería de marina. El 19 de febrero de 1942 se inició la ofensiva anfibia japonesa con un desembarco simultáneo bajo el amparo del manto nocturno. Las directrices consistían en desembarcar en diversas playas. Así, uno de los desembarcos debía realizarse al oeste del delta del río Paha. Una vez asegurada la playa, los efectivos avanzarían en dirección norte hasta Usau con el objetivo de encontrarse con uno de los grupos paracaidistas. Otro desembarco debía desplegarse en Punto Mar. Desde este lugar los japoneses se adentrarían también al norte para que una compañía capturara el aeródromo de Penfui mientras que el resto de las unidades proseguirían hasta la capital Kupang. Por su parte, las tropas paracaidistas aterrizarían en Usua y en la zona de Babu desde donde controlaron la carretera septentrional encaminada hacia Champlong resultando en el aislamiento de las fuerzas defensoras⁴²⁵.

⁴²² Para una comprensión general de la campaña japonesa en China véase Drea, Edward J. y Van de Ven, Hans, “An Overview of Major Military Campaigns during the Sino-Japanese War, 1937-1945”. En Peattie Mark R., Drea, Edward J. y Van de Ven, Hans (eds.), *The Battle for China. Essays on the Military History of the Sino-Japanese War of 1937-1945*. Stanford University Press, 2011, pp. 27-48.

⁴²³ O’ Sullivan, Brian, *Away all Boats...*, p. 78.

⁴²⁴ Stewart, R. A., “The Japanese Assault on Timor, 1942”. En Bartlett, Merrill L. (ed.), *Assault from the Sea: Essays on the History of Amphibious Warfare*. Naval Institute Press, 1983, p. 205.

⁴²⁵ Ídem, p. 206.

Sin embargo, la doctrina anfibia japonesa no era infalible y adolecía de serios problemas que a la larga se agudizaron durante la guerra contra Estados Unidos. Así, David C. Evans y Mark R. Peattie sostienen que la Armada japonesa nunca estuvo en posición de desarrollar un asalto anfibio de gran envergadura. Para principios de 1939, las FNED vieron cambiado su rol de unidad móvil con objetivos ofensivos para ser unas fuerzas defensivas de los territorios anexionados⁴²⁶. Dos años después, con la inmersión japonesa en el conflicto mundial, estas fuerzas contaban con un total de 16 batallones de los cuales uno de ellos estaba conformado por 1.600 hombres, tres con 1.400 y el resto entre 750 y 1.000. A lo largo de la contienda las fuerzas aliadas calificaron erróneamente a las FNED como los “Marines japoneses”, pero lo cierto es que estas estuvieron lejos de ser comparadas con unidades especializadas y totalmente independientes como los fueron los Marines estadounidenses⁴²⁷. Asimismo, las capacidades de asalto anfibia estaban muy limitadas a las condiciones descritas: ataque por sorpresa nocturno, débil oposición del enemigo, armamento ligero y apoyo sutil a las fuerzas de asalto. Es por ello por lo que ofensivas japonesas como la destinada a la isla de Wake en 1941 se saldaron con victorias pírricas.

Conviene ahondar, por tanto, someramente en el asalto a Wake para ilustrar las deficiencias anfibia japonesas. El primer asalto nipón del día 11 de diciembre estuvo precedido por una oleada de bombardeo aéreo. El raudo ataque posterior vino a raíz de la creencia por parte de los comandantes japoneses, entre los que se encontraba el almirante Sadamichi Kajioka, de que la lluvia de fuego previa había sido suficiente para ablandar las defensas, algo que no llegó a ocurrir. Ciertamente, el bombardeo japonés se concentró en destruir las instalaciones aeronáuticas y la artillería antiaérea, pero se había dejado intactas el resto de las posiciones defensivas. Como resultado, Kajioka esperaba que el asalto anfibio no sufriera ningún contratiempo y que sus 450 efectivos tomaran la isla velozmente. Fue en estos momentos en donde los japoneses erraron en uno de los principios de la ofensiva anfibia y fue en las acciones de reconocimiento⁴²⁸. En efecto, la suposición de que el enemigo había sido diezmado, el acercamiento imprudente de los buques a la costa y la espera de los defensores a que estos estuvieran lo bastante cerca para abrir fuego fueron los ingredientes idóneos para que se frustrara el ataque nipón haciendo retroceder a los buques que se aproximaban. Tampoco el factor sorpresa se llegó a dar. Hubo que esperar hasta el 23 de diciembre para que llegaran refuerzos japoneses, en concreto 1.500 efectivos de las FNED, y tomaran definitivamente el atolón. La vitoria anfibia se cobró con un desastroso saldo para los japoneses cuyas bajas entre

⁴²⁶ Evans, David C. y Peattie, *Kaigun. Strategy, Tactics...*, p. 446.

⁴²⁷ Nila y Rolfe, *Japanese Special Naval Landing Force: Uniforms and equipment 1932-45*. Osprey Publishing, 2006, p. 7.

⁴²⁸ Wukovits, John, *Pacific Alamo. La batalla de la isla de Wake*. Inedita, 2004, pp. 132-135.

heridos y muertos se situó en unos 1.153⁴²⁹. También, durante el resto de la contienda en el Pacífico las comunicaciones entre las fuerzas y cuerpos anfibios, especialmente aquellas referidas a las radiofónicas, no fueron del todo atendidas por los mandatarios nipones⁴³⁰. Para cuando el Ejército imperial quería revertir esta situación y mejorar su doctrina anfibia en 1943, Japón ya se encontraba a la defensiva con el creciente cerco a su perímetro vital en el Pacífico por los Aliados.

4.4. Estados Unidos

Por su parte, Estados Unidos indagó en la doctrina anfibia al igual que había hecho Japón durante el periodo de entreguerras. Así, uno de los eventos previos a la Segunda Guerra Mundial que influyó en el futuro de este asunto fue el Tratado Naval de Washington de 1922. En efecto, este tratado tenía como objetivo acotar la carrera armamentística naval de las principales potencias del momento, a saber, Estados Unidos, Reino Unido, Japón, Italia y Francia. Concretamente, la acotación hacía referencia al número de acorazados que cada nación debía poseer. Siendo las potencias anglófonas las más beneficiadas a este respecto, Japón aceptó esta situación a cambio de que Estados Unidos no ahondara en las pretensiones de establecer más bases navales en el Pacífico. Esta cláusula resultó ser muy ventajosa para el país del Sol Naciente en la guerra venidera, sobre todo durante su expansión inicial. A este acuerdo se le sumó, como ya se mencionó en anteriores capítulos, el plan *Orange* que contemplaba una eventual guerra contra Japón. En este sentido, la renuncia a poseer más enclaves en el Pacífico se tradujo en un generalizado descontento por parte de los mandatarios estadounidenses. La opción de tener que conquistar las islas palmo a palmo con asaltos anfibios era augurada como una ardua empresa, especialmente entre algunos almirantes de la Armada que aún confiaban en las premisas de Mahan, esto es, relegar el resultado total de un conflicto en el peso de la flota⁴³¹.

Las palabras del comandante del Cuerpo de Marines Pete Ellis, plasmadas en el *Advanced Base Operations in Micronesia* en 1921, fueron clarificadoras a este respecto:

Si queremos imponer nuestros dictados a los japoneses tendremos que enviar a la flota y a las fuerzas de tierra a través del Pacífico, para librar la guerra en aguas niponas. Para ello deberemos disponer de bases suficientes para abastecer y resguardar a nuestras escuadras durante el avance y con posterioridad. Hasta el momento no disponemos de

⁴²⁹ Ídem, p. 283.

⁴³⁰ Von Lehman, Hans G., “Japanese Landing Operations...”, p. 199.

⁴³¹ Álvarez-Maldonado Muela, Ricardo y Gamundi Insua, Abel, *Las operaciones anfibias...*, pp. 162-163.

tales bases más allá de Hawái y solo podemos contar con las que vayamos arrebatando al enemigo una vez abiertas las hostilidades⁴³².

El principal actor en este contexto fue el Cuerpo de Marines cuya razón de ser durante la Guerra del Pacífico residía en los asaltos anfibios. Desde la historia oficial se ha concedido gran importancia a la preparación previa de la nación angloamericana. Así, tal y como apunta Lewis, es muy común ver la proliferación de discursos históricos acrílicos, distorsionados o exagerados por parte de aquellos historiadores pertenecientes al mundo castrense. Este es el caso, por ejemplo, de Norman W. Hicks o el ya citado Kenneth J. Clifford entre otros. En cualquier caso, según estos relatos oficiales Estados Unidos había conseguido sentar unas bases sólidas de la guerra anfibia en el periodo de entreguerras. A saber, durante la década de 1920 y 1930 los conceptos teóricos de las operaciones anfibias se incrementaron, destacando entre ellos el *Tentative Landing Operations Manual* de 1934. De igual modo, se adoptaron nuevas técnicas y armamentos refinados en la base de Quántico, así como un entrenamiento exhaustivo del Cuerpo de Marines que los capacitaba plenamente para la guerra venidera⁴³³.

Prueba de esto último fue la creación de la *Marine Corps School* (MCS) que dedicó un total de 455 horas de instrucción a tratar elementos de las maniobras de desembarco. Sumado a ello, tal y como enfatiza Kenneth Clifford en su discurso, surgieron varias figuras conscientes de mejorar las cuestiones de la guerra anfibia. Fue el caso del general de brigada Randolph C. Berkley que llevó a cabo profundas medidas para solventar los problemas de las maniobras de desembarco. En 1931 se formó un comité con miembros de la *Field Officers Schools* para la creación del *Marine Corps Landing Operations*. Igualmente, el general Berkley aglutinó a diversas personalidades bajo el *Landing Operations Text Board* para seguir desarrollando teóricamente la cuestión de los desembarcos⁴³⁴. Y en general, prosiguiendo con la línea oficial, se asevera que se aplicó una mejoría en las maniobras logísticas y de coordinación entre fuerzas como eran la cobertura aérea y el respaldo del fuego de la flota durante los desembarcos. Nuevamente, y al igual que se apuntó para el caso británico, Clifford hace hincapié en estos elementos previos bien desarrollados por parte de Estados Unidos para encauzar con éxito la guerra anfibia. A su vez, el mismo autor remarca que tanto la doctrina anfibia estadounidense como la británica eran casi idénticas, a pesar de desarrollarse en contextos divergentes⁴³⁵. Nada más lejos de la realidad. Si los planteamientos de las maniobras anfibias británicas

⁴³² Citado en Lewis, Adrian R., *Omaha Beach...*, p. 70.

⁴³³ Hicks, Norman W., *A Brief History of The Marine United States Marine Corps*. Marine Historical Reference Series Number 1, 1961, p. 27.

⁴³⁴ Clifford, Kenneth, *Progress and purpose: A Developmental History of The United States Marines Corps 1900-1970*. History and Museums Division Headquarters, United States Marine Corps, 1973, pp. 43-44.

⁴³⁵ Clifford, Kenneth J., *Amphibious Warfare...*, pp. 249-250.

se caracterizaban por preconizar el asalto nocturno contra puntos débilmente defendidos y explotar al máximo el factor sorpresa, la doctrina estadounidense destacó desde un inicio por llevar a cabo asaltos frontales directos contra objetivos con una fuerte resistencia. En todo caso, todas estas consideraciones requieren ciertos matices. Aunque en las mentes de los estrategas estadounidenses la guerra anfibia tenía su lugar, esta no estuvo exenta de altibajos y carencias.

Así, durante estos años el Cuerpo de Marines tuvo que reconvertir su rol de defensores de costas en un cuerpo capaz de ejecutar asaltos anfibios. Para 1940 este cuerpo solo contaba con 28.000 efectivos. Por su parte, el apoyo del fuego de la flota era considerado uno de los pilares para las operaciones de desembarco. Sin embargo, esta doctrina no fue del todo bien aplicada dado que los miembros de la flota estaban entrenados para dirigir el fuego contra otros buques y no tanto para proporcionar apoyo a un desembarco. Algo similar ocurrió con la aviación de la flota. Todavía era necesario solventar que los bombardeos alcanzaran sus objetivos y evitaran el fuego enemigo a la vez que realizaban estas acciones⁴³⁶.

Conjuntamente, el *Joint Army and Navy Board (Joint Board)* plasmó otras publicaciones donde se recogía la acción conjunta de los diversos cuerpos para los planes de guerra, en los que se incluía la guerra anfibia. Destacan la *Joint Overseas Expeditions* de 1933 y la *Joint Action of the Army and the Navy* en 1935. También destacó la creación en 1933 de la *Fleet Marine Force (FMF)* compuesta de dos brigadas con bases en San Diego y en Quántico. Posteriormente, la creación de un mando conjunto bajo el *Joint Chief of Staff (JCS)* tenía como propósito estructurar las acciones de los futuros planes de guerra. En el caso de la guerra anfibia, hubo que esperar hasta el propio desarrollo del conflicto para que se estableciera un mando unificado para los desembarcos. Consciente de esta dinámica, el Ejército estadounidense estaba preocupado por la desidia mostrada por la Armada. Ambos poseían concepciones diferentes de lo que debía ser la doctrina anfibia y de lo que debía protagonizar el Cuerpo de Marines. De igual forma, en los años previos al conflicto el plano teórico suponía que una operación anfibia debía de estar supeditada bajo la dirección de un almirante y las fuerzas de desembarco formadas a partir de efectivos de la FMF y la Fuerza Naval de Apoyo. Pero lo que no se tuvo en cuenta para tornarse luego en una deficiencia fue la inexistencia de pautas que marcaran cuándo terminaba la fase de asalto y en qué momento los comandantes de tierra dejaban de depender del Mando Naval. No fue hasta el desembarco de Guadalcanal en 1942 cuando los jefes de las expediciones de asalto asumieron el mando de la maniobra durante su

⁴³⁶ Ford, Douglas, "Brute Force or Combat Finesse? The Evolving Role of Firepower in US Amphibious Operations against the Imperial Japanese Forces, 1941–1945". *War in History*, vol.23, nº3, 2016, p. 346.

ejecución e instalación de un puesto de mando en tierra para dejar de estar tutelados por los comandantes navales ⁴³⁷.

Por otro lado, los entrenamientos anfibios, denominados *Fleet Landing Exercises* (FLEX), realizados durante la década 1930 evidenciaron la gran falta de preparación de combate y de coordinación de los mandos conjuntos. En total, se ejecutaron unos seis ejercicios. Los dos primeros, llevados a cabo en 1935 y 1936, se mostraron muy limitados en tanto que las embarcaciones utilizadas consistieron en el reciclaje de dos antiguos cruceros. Al año siguiente durante el tercer ejercicio, los tres Ejércitos colaboraron para formar una fuerza expedicionaria anfibia concretada en una brigada. Para 1940 esta brigada había mejorado en lo referido al número de sus efectivos y armamento, aunque aún seguía careciendo de embarcaciones modernas y diseñadas para desplegar acciones anfibias. Además, estos entrenamientos también demostraron la lentitud de los desembarcos junto a la ineficiencia del apoyo aéreo y de la artillería naval⁴³⁸.

La baja producción de vehículos y de embarcaciones era otro problema acuciante, sobre todo después del ataque de Pearl Harbor cuando la Armada pensaba en recuperar la flota dañada más que en inmiscuirse en un plan de producción de embarcaciones para los asaltos anfibios⁴³⁹. La importancia de poseer una abundante flota de embarcaciones anfibias no se vislumbró, como anteriormente se expuso, hasta el mismo desarrollo del conflicto. Para la década de 1930 los encargados en esta tarea eran oficiales del Cuerpo de Marines. Estos tuvieron que lidiar con la ineficiencia y desidia de la *Navy Bureau of Construction and Repair*, o abreviadamente conocida *Bureau of Ships*. Por tanto, dos fueron los modelos para embarcaciones o vehículos anfibios adoptados por Estados Unidos antes del comienzo de la guerra. Por un lado, el beneplácito del Departamento de la Armada para abrir el diseño y producción de embarcaciones a empresarios particulares se tradujo en la negociación con Andrew Higgins, un constructor de embarcaciones de Luisiana. En efecto, uno de los modelos que llamó el interés fue la barcaza *Eureka* probada en 1936. A pesar de no contar con una rampa para el desembarco, la *Eureka* tenía gran potencia motriz para desplazarse velozmente. Un rediseño de 1941 proveyó a este modelo de una rampa. De igual forma, durante estos años tanto Higgins como la Armada colaboraron para elaborar una embarcación capaz de transportar carros de combates, este fue el *Landing Craft Mechanized* (LCM) capaz de albergar 16 toneladas. Del mismo modo, otro de los modelos estandarizados y derivados del *Eureka* fue el *Landing Craft*

⁴³⁷ Álvarez-Maldonado Muela, Ricardo y Gamundi Insua, Abel, *Las operaciones anfibias...*, p. 164.

⁴³⁸ Millet, Allan, "Assault from the sea...", pp. 75-76.

⁴³⁹ Greenwood, John T., "The U.S. Army and Amphibious Warfare During World War II". *Army History*, nº27, 1993, pp. 3-4.

Vehicle Personnel (LCVP) capaz de transportar a 36 personas o más de tres toneladas de carga⁴⁴⁰.

Por otro lado, uno de los grandes obstáculos que el Cuerpo de Marines debía superar era el de las barreras de coral, un elemento geológico habitual en el Pacífico. En este sentido, el vehículo de otra personalidad atrajo la atención de los militares y fue el de Donald Roebling. Se trataba de un vehículo de desembarco capaz de moverse en el agua y superar grandes accidentes orográficos gracias a su sistema de tracción de oruga. El primer prototipo denominado *Alligator* de 1937 fue la base sobre el que se construyeron subsiguientes modelos como el LVT-1, LVT-2, LVT-3 y LVT-4 (*Landing Vehicle Tracked*)⁴⁴¹. En un principio el objetivo esencial de los LVT era el de ser vehículos de apoyo dedicados al transporte de suministros y personas. Pero con el tiempo fueron adquiriendo un carácter más ofensivo siendo equipados en consecuencia con ametralladoras ligeras y mejorando su blindaje por parte del Cuerpo de Marines. La colaboración anglo-americana trajo consigo la producción de otro vehículo anfibia fundamental, el *Landing Ship Dock* (LSD). En efecto, como se expuso para el caso japonés con el *Shinshū Maru*, el LSD se erigió como la embarcación por antonomasia para transportar otras barcasas y vehículos de menor calibre, confiriéndoles gran protección durante las maniobras, gracias al hundimiento de su interior⁴⁴². Sea como fuere, lo que es evidente es que Estados Unidos se encontraba a la cola del desarrollo de vehículos anfibios en los años previos a la guerra. Esta delicada situación ha sido recientemente analizada en el estudio de David S. Nasca que también sostiene una visión crítica respecto a la preparación general de Estados Unidos en la guerra anfibia. En suma, la apresurada producción masiva o la puesta a punto de los cuerpos anfibios fueron elementos mejorados *ad hoc* durante el conflicto, aunque no hay que caer tampoco en el extremo contrario de las premisas de Clifford. Esto es, reconocer que, pese a las dificultades, Estados Unidos poseía unas líneas maestras teóricas y prácticas sobre las que trazar el futuro desarrollo de las maniobras anfibias⁴⁴³.

Así pues, iniciada la guerra, a partir de 1942 y 1943 comenzaron a aparecer mejoras en la doctrina anfibia. En este sentido, destacan las campañas del norte de África, con la operación *Torch*, y las de Guadalcanal y Tarawa en el Pacífico. Estas se proyectaron como escenarios de ensayo-error en aras de perfeccionar las maniobras anfibias. Los asaltos lanzados sobre Guadalcanal y Tarawa evidenciaron anomalías logísticas y de mando. La descoordinación de la cadena de mando entre los diversos cuerpos en conjunción con el

⁴⁴⁰ Millet, Allan, "Assault from the sea...", p. 84; O'Sullivan, Brian, *Away all Boats...*, p. 117.

⁴⁴¹ O'Sullivan, Brian, *Away all Boats...*, pp. 88-89.

⁴⁴² Ídem, pp. 119-120.

⁴⁴³ Nasca, Davis S., *The Emergence of American...*, p. 197.

despliegue de carros de combate, el inadecuado apoyo aéreo y fuego de cobertura además del retraso de la línea de suministro fueron los problemas más palpables⁴⁴⁴. En el caso del desembarco norteafricano, a pesar de que este tuvo éxito en su ejecución, había también complicaciones que resolver para los futuros asaltos. No hubo una estimación oportuna de la superioridad naval y aérea, también destacó la ausencia de las misiones de reconocimiento previas al desembarco y, finalmente, la débil defensa de las tropas de Vichy jugó un papel crucial en la victoria de la operación. Ciertamente, en relación con este último aspecto, las ofensivas sobre Italia, véase Nápoles y Anzio, se enfrentaron a una defensa más fuerte⁴⁴⁵. En cualquier caso, el refinamiento doctrinal para ulteriores acciones vino de la mano de mejoras como la mayor atención y coordinación del apoyo y superioridad aérea y naval y la elaboración de vehículos anfibios como se planteó en anteriores líneas.

A modo de comparación, la guerra anfibia fue utilizada por ambos bandos. La principal diferencia radica en dos puntos. En primer lugar, la mejor preparación previa del Eje, como así lo demostró el ejemplo japonés, otorgó a este una valoración adecuada de estas maniobras para ejecutar lo que debía ser una campaña corta. A fin de cuentas, esta doctrina no fue más que uno entre tantos campos de operaciones más donde se concretaban las premisas teóricas de los mandatarios nipones de lanzar raudos ataques simultáneos para acordonar la Esfera de la Coprosperidad. Sin embargo, fue esta misma inmediatez la que se priorizó a expensas del desarrollo de la doctrina anfibia en los años siguientes. En segundo lugar, el estancamiento de las innovaciones anfibias por parte del Eje coincidió con las sustanciales mejoras en los asaltos aliados, sobre todo en el teatro del Pacífico⁴⁴⁶.

Como colofón a este apartado de la “edad dorada de la guerra anfibia” no es desdeñable poner de relieve, brevemente, dos de los más exitosos asaltos anfibios aliados: la operación *Detachment* y la operación *Overlord*. En efecto, el desembarco de Normandía fue, a juicio de Ian Speller y Christopher Tuck, la mejor evidencia de una óptima coordinación de mandos y cuerpos, una acertada fase previa de preparativos donde destacaban las misiones de reconocimiento y recolección de información, el cálculo preciso de la hora del asalto y el uso crucial de los puertos artificiales Mulberry para proporcionar una fluidez en la línea de suministros y de logística militar⁴⁴⁷. Sin embargo, al igual que otras cuestiones, no existe una unanimidad sobre esta operación y es pertinente poner de relieve los principales fallos de esta acometida venidas de la mano nuevamente de Adrian Lewis. Así, el asalto ejecutado en junio de 1944 en la playa de

⁴⁴⁴ Ídem, p. 214.

⁴⁴⁵ Ídem, p. 215.

⁴⁴⁶ Ídem, p. 208.

⁴⁴⁷ Speller, Ian y Tuck, Christopher, *Amphibious Warfare...*, p. 33.

Omaha pudo haber acabado en un total fracaso a raíz de una serie de factores. Primeramente, las condiciones meteorológicas, con fuerte oleaje, no acompañaron a la realización de unas maniobras tranquilas. Por su parte, hasta en los mismos momentos previos de lanzar la ofensiva hubo dudas por parte de los comandantes norteamericanos, como fue el caso del general Clarence R. Huebner, sobre la organización estándar de las unidades de asalto. Especialmente se achacaba la premisa de sobreexplotar la capacidad de carga de las embarcaciones anfibas en detrimento del personal. En este sentido, el propio Huebner apuntaba: “Las lanchas deben ser cargadas según criterios tácticos, a pesar de que pueda quedar espacio libre. Los equipos de asalto basados en la capacidad de las embarcaciones son poco prácticos”⁴⁴⁸.

La merma de material para trasportar junto a las duras condiciones náuticas de las embarcaciones para arribar a la costa provocó que la tropa no estuviera en las condiciones óptimas para entablar un inminente combate, incluso varias de las lanchas y carros de combate quedaron hundidos antes de que pudieran vislumbrar la línea de playa. Además, otro elemento que comprometió el éxito inicial del ataque, a la vez que supuso un golpe más a la moral de los soldados de la primera oleada, fue la ineficacia del bombardeo previo, especialmente el naval. Los cálculos de la artillería no fueron muy acertados, dando como resultado el mantenimiento de gran parte de las defensas enemigas intactas. Ello queda explicado en parte por la distancia de los buques norteamericanos con respecto a los objetivos. Bajo este panorama las tropas que desembarcaron quedaron anquilosadas durante la fase inicial. El corresponsal de guerra Gordon Gaskill partícipe del primer desembarco enfatizaba: “La playa aparecía punteada de cuerpos que se arrastraban – los restos de nuestros 100 hombres, disputando una sombría carrera contra la muerte [...] Los equipos abandonados se acumulaban caóticamente por la arena, esparcidos en todas direcciones”⁴⁴⁹.

El hecho de tener grandes pérdidas en las unidades de observación de las baterías navales y las unidades de ingenieros supuso otro duro golpe para la maniobra de asalto. En efecto, las bajas en estas unidades significaron que las defensas y obstáculos, cuya destrucción era esencial para continuar la ofensiva y asegurar la playa, aún estaban en pie. Del fallo del fuego de apoyo aeronaval previo emergió la salvación del fuego de los destructores durante el desembarco. Fue el bombardeo de estos buques el que proporcionó un amparo suficiente a las tropas desembarcadas, junto a las oleadas que seguían llegando, para que estas pudieran reorganizarse. Diversas unidades tuvieron que crearse de nuevo solapándose las unas con las otras. A medida que avanzaba el día, los objetivos se iban

⁴⁴⁸ Citado en Lewis, Adrian R., *Omaha Beach...*, p.28.

⁴⁴⁹ Ídem, p. 38.

consolidando y se consiguieron abrir cuatro brechas en las defensas alemanas para continuar el asalto. Incapaces de realizar un contragolpe, los alemanes se limitaron a observar cómo eran superados por las fuerzas aéreas y terrestres aliadas. En suma, Lewis sostiene con rotundidad que la victoria del asalto a la playa Omaha fue una “victoria improvisada” por los Aliados y que graves errores de planteamiento, preparación y ejecución hicieron que estuviera cerca de una casi presente derrota⁴⁵⁰.

Del mismo modo, Lewis también apunta que parte de la responsabilidad del inicial desastre de la operación *Overlord* recayó en el plano doctrinal anfíbio. A saber, tanto Reino Unido como Estados Unidos partieron de un sustrato teórico diferente. Los asaltos frontales norteamericanos estaban respaldados por una mayor disponibilidad de recursos, tanto materiales, en forma de armamento y logísticos, como humanos. O, en otros términos, los estadounidenses podían permitirse el lujo de usar la “fuerza bruta” para ejecutar los asaltos anfíbios. Una fuerza bruta que es esgrimida por John Dower para hacer extensible la prolongación de la actitud estadounidense en el resto de las guerras en las que estuvo inmiscuida la potencia norteamericana durante la segunda mitad del siglo XX⁴⁵¹. Pero, retornando a los postulados de Lewis, para la invasión de Normandía se escogió un nuevo planteamiento con el objetivo combinar ambas cosmovisiones, es decir, se optó por una operación conjunta o integrada. Y fue esta combinación de esquemas y tácticas de ambos mundos lo que provocó una mala aplicación, así como una ausencia previa de su uso y el mal entendimiento entre algunos oficiales estadounidenses y británicos en la cadena de mando⁴⁵².

Por su parte, el asalto de Iwo Jima fue otro éxito destacado. A pesar de la férrea oposición japonesa, que ocasionó una prolongada invasión de más de treinta días, en las primeras horas las fuerzas estadounidenses desplegaron un total de treinta mil hombres. Las labores previas al desembarco, como el apoyo aéreo y naval en forma de bombardeo o el uso intensivo de los vehículos anfíbios bien equipados, fueron cruciales para garantizar en poco tiempo la línea de playa, una de las labores más costosas en este tipo de operaciones⁴⁵³. Al igual que en la conquista de Normandía, es necesario dedicar algunas líneas a una de las últimas ofensivas anfíbias en el Pacífico. La más notoria diferencia con respecto a la operación *Overlord* fue la total libertad estadounidense, dado su mayor rol protagónico en las aguas del Pacífico, para llevar a cabo sus preceptos teóricos que a

⁴⁵⁰ Ídem, pp. 45-47.

⁴⁵¹ Dower, John, *El violento siglo americano: Guerras e intervenciones desde el fin de la Segunda Guerra Mundial*. Crítica, 2018.

⁴⁵² Lewis, Adrian R., “The Failure of Allied Planning and Doctrine for Operation Overlord: The Case of Minefield and Obstacle Clearance”. *The Journal of Military History*, vol. 62, n°4 1998, pp. 788-789 y pp. 806-807.

⁴⁵³ Speller, Ian y Tuck, Christopher, *Amphibious Warfare...*, p. 81.

estas alturas estaban bastante refinados en el ámbito práctico. Ciertamente, el esquema de un asalto frontal diurno prevaleció. Al mando de la Fuerza Expedicionaria Conjunta estaba el almirante Richmond Kelly Turner a su vez supervisado por el almirante Raymond A. Spruance como comandante supremo de la operación. A cargo de la tropa de asalto se encontraban el teniente general Holland M. Smith y el general de división Harry Schmitdt. La fuerza se trataba del 5º Cuerpo Anfibio formado por la 3º, 4º y 5º Divisiones del Cuerpo de Marines resultando en un total de 70.000 efectivos. Todas estas divisiones se nutrían de tropas veteranas que habían participado ya en anteriores batallas en el Pacífico. Por su parte, la flota que respaldaba la invasión de Iwo Jima contaba con 485 buques y el personal ascendió a más de un cuarto de millón sumando el que participó indirectamente en la operación⁴⁵⁴.

Las fuerzas estadounidenses solo tenían dos zonas de playa donde desembarcar que discurrían en la mitad sur de la isla y, como consecuencia, uno de los objetivos primordiales era aislar y tomar el monte Suribachi, uno de los principales bastiones defensivos. En general, la preparación previa fue bastante buena. Un ejercicio simulado de asalto en Saipán el 11 de febrero de 1945 dio cuenta de ello. Tanto el desembarco de los LST como el de los LVT fueron bien coordinados, así como el despliegue de tropas. Del mismo modo, esta maniobra fue acompañada del apoyo aeronaval donde los buques ablandaron la costa y los cazabombarderos expulsaron bombas y napalm a ras de la zona marcada de la isla. Sin embargo, a la hora de la verdad una de las cuestiones que no acabó de cuajar fue el fuego aeronaval previo al desembarco en Iwo Jima. Normalmente, se consideraba que diez días de ablandamiento previo a base de bombardeo era suficiente para despejar la zona de asalto. Pero la Armada estadounidense tenía otros planes y solo concedió tres días para la utilización de este recurso, una decisión que irritó a Smith y a Schmitdt que consideraban insuficiente esta concesión. Y como si de una profecía autocumplida se tratase lo cierto es que los resultados cosechados por el bombardeo previo dejaron bastante que desear. El primer día los B-24 apenas pudieron encontrar sus objetivos, por lo que tuvieron que regresar cargados con sus bombas. El segundo día, los acorazados de la flota norteamericana llevaron a cabo un barrido para dar paso a los dragaminas que se acercaron hasta 700 metros respecto a la costa con los equipos de demolición subacuáticos para neutralizar cualquier mina u obstáculo, pero no se encontró nada y estos tuvieron que retirarse. El último día tampoco fue provechoso dada la adversa climatología que impidió localizar los objetivos susceptibles de ser destruidos⁴⁵⁵.

⁴⁵⁴ Wright, Derrick, *La batalla de Iwo Jima*. Inedita, 2005, pp. 43-45.

⁴⁵⁵ Ídem, pp. 51-54.

Entre las seis y siete de la mañana del 19 de febrero comenzó el desembarco en las playas delimitadas. En menos de una hora unos 9.000 efectivos estaban desplegados en la costa, sin embargo, uno de los inconvenientes con los que se toparon fueron los grandes bancales de arena que se habían formado en la playa a raíz del oleaje y el mal tiempo del día anterior. Estos obstáculos ralentizaron el avance tanto de las tropas como de los vehículos anfibios que se iban amontonando en la costa, una situación que fue aprovechada por los japoneses para abatir a los invasores con fuego de artillería proveniente del Suribachi y otros puntos defensivos⁴⁵⁶. Pero el entrenamiento, la reorganización y las comunicaciones de los estadounidenses habían mejorado con respecto a anteriores campañas y no tardaron mucho en salir de este embrollo. A este respecto fue crucial el papel de los *Seabees*, unidades del ámbito de la construcción que se encargaban de elaborar cualquier elemento *ad hoc* durante el asalto para agilizar las maniobras⁴⁵⁷. A pesar del desgaste que sufrieron los Aliados en este asalto, la invasión de Iwo Jima sirvió como la antesala de operaciones idónea para ejecutar la ulterior acometida sobre Okinawa.

En efecto, a la luz del bagaje de las maniobras estadounidenses a lo largo de la contienda la operación contra Okinawa se presentó como la culminación del refinamiento doctrinal anfibio, al menos si se compara con sus inicios durante los entrenamientos de la década de 1930 o las primeras campañas del Pacífico. Como ya se referenció en el segundo capítulo, las fuerzas armadas norteamericanas contaban con una sólida expedición de asalto con unidades veteranas, como la 1ª y 6ª división de marines, con larga experiencia en las ofensivas anfibia previas. Partiendo de la elemental premisa de un ataque frontal, la operación *Iceberg* se llevó a cabo con una óptima coordinación de los mandos y fuerzas siendo, por ejemplo, las tareas previas de reconocimiento y bombardeo mucho más eficientes de lo que habían sido en escenarios como Guadalcanal o Tarawa. Así, y como se remarca en los informes estadounidenses sobre *Iceberg*, algunas de las misiones indispensables de ser ejecutadas por los grupos de cazas y bombarderos, provenientes de las islas Marianas o Filipinas, eran realizar acciones de reconocimiento intensivas, destruir las embarcaciones enemigas en las inmediaciones de Okinawa, neutralizar las instalaciones y bases enemigas en Taiwán y en Kyūshū, proveer de protección a la flota de asalto y proyectar un fuego preliminar de unos ocho o siete días antes de la invasión de la isla⁴⁵⁸.

En relación con este último punto, fue crucial también mantener una red de comunicación en tierra una vez los efectivos estuvieran afianzando posiciones en la playa. Para ello se requirió el despliegue de “Shore Fire Control Parties” con el objetivo de servir como

⁴⁵⁶ Ídem, pp. 75-78.

⁴⁵⁷ Ídem, p. 94.

⁴⁵⁸ DTIC, ADA637813, Joint Staff Study, ICEBERG Operation, 2 de diciembre de 1944.

enlaces entre los puestos de tierra y la flota aeronaval. Los radares MK 2, 3, 4 y 12 fueron los propuestos para estas acciones⁴⁵⁹. Por otra parte, y conectando con una de las deficiencias de campañas anteriores, en los diversos informes también quedaron recogidas las directrices que se debían seguir para solventar los posibles problemas de abastecimiento de suministros y logística general. Aunque ello cobra una mayor lógica cuando se tiene en cuenta que para estas alturas ya Estados Unidos contaba con un dominio claro de las comunicaciones marítimas en el Pacífico. Así, desde las diversas bases que poseía la potencia norteamericana se estableció un rango de 15 días en los que estuvieran conectados varios puntos de salida y entrada de la flota que fuera a abastecer el frente de batalla⁴⁶⁰.

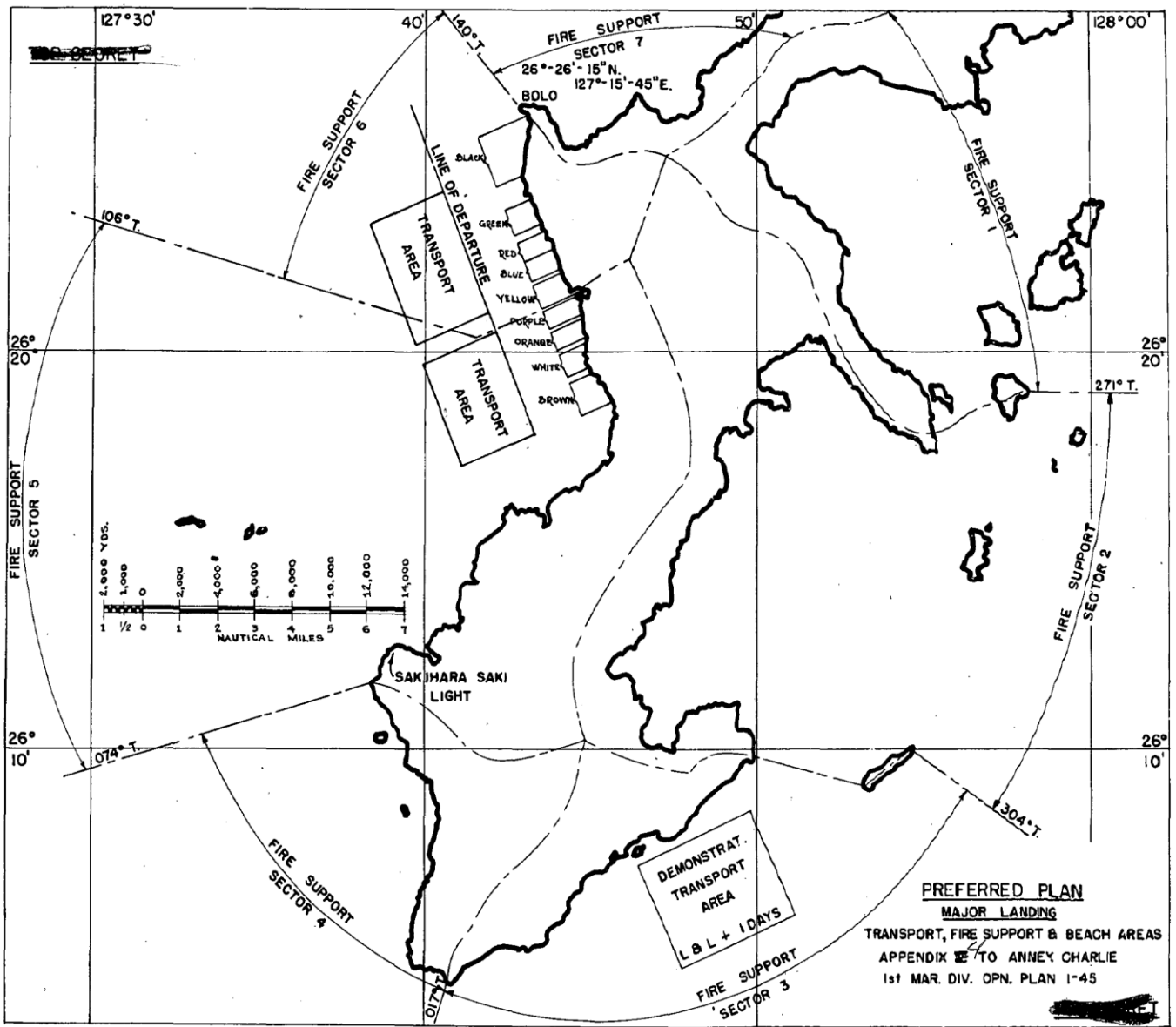
En suma, las acciones estadounidenses en el Pacífico, especialmente las en las últimas campañas, se tornaron como notorios éxitos en contraste con el teatro del Atlántico y el Mediterráneo. A mediados de 1942, las fuerzas armadas norteamericanas carecían de experiencia en ambos escenarios, la diferencia radicó en que sus maniobras en Europa fueron lastradas por otros factores. A saber, la planificación y ejecución con Reino Unido, una potencia con su propia tradición y proyección militar que dio como resultado la imposibilidad de llevar a cabo maniobras ofensivas estrictamente integradas sino más bien conjuntas, la ausencia de un único mando y las fuertes discrepancias entre la Armada y el Ejército⁴⁶¹.

⁴⁵⁹ DTIC, ADA637637, Operation Plan I-45 ICEBERG, 10 de febrero de 1945.

⁴⁶⁰ DTIC, ADA638135, Operation Plan 14-44 Iceberg, 31 de diciembre de 1945.

⁴⁶¹ Lewis, Adrian R., *Omaha Beach...*, p. 82.

Figura 5. Esquema del asalto a Okinawa con las áreas del apoyo de fuego aeronaval delimitadas.



Fuente: DTIC, ADA637637, Operation Plan I-45 ICEBERG, 10 de febrero de 1945.

5. LA DEFENSA DE COSTAS EN CANARIAS Y OKINAWA DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Una vez tratadas las cuestiones ofensivas en la pugna por el espacio oceánico y, en último término, por el espacio terrestre ligado al mundo marítimo conviene dilucidar en este capítulo las principales características defensivas de España y Japón. Ciertamente, si los actores protagónicos de la guerra anfibia quedaron encarnados por Reino Unido, Japón y Estados Unidos, las siguientes líneas se encauzarán acerca de la defensa de costas a través de los ejemplos de España y Japón dado que, además de ser los dos principales sujetos de estudio de esta investigación, compartiendo la base argumental de los protagonistas de los asaltos anfibios, estos países fueron dos los que más se sintieron amenazados sobre eventuales invasiones anfibas dentro de sus contexto geopolíticos. Por un lado, España con motivo de sus aspiraciones y tentativas belicistas pro-Eje y, por el otro, Japón dada la evidente implicación de lleno al lado de Alemania e Italia en la guerra. En este sentido, trataremos de esbozar en el primer apartado una panorámica de los sistemas defensivos español y japonés de manera general y detallándolos con algunos ejemplos.

Para una aproximación más precisa, la consideración de los planes aliados de ocupación sobre los archipiélagos también cobra una mayor lógica cuando se contextualiza con la perspectiva de los planes de los defensores en estos escenarios. Efectivamente, y conectando con esta última característica, la concreción de las medidas defensivas será tratada de manera más profusa en los dos últimos apartados a razón de los entornos insulares: la defensa de Canarias y de Okinawa. Son desde estos puntos de donde pueden trazarse las uniones, o por el contrario las divergencias, acorde a nuestro enfoque comparado. Si los anteriores capítulos evidenciaron una relevancia común de la posición geoestratégica de ambos archipiélagos, aunque en momentos dispares durante la guerra, ahora es perentorio examinar las preocupaciones, también compartidas, de España y Japón en pertrechar las islas y apreciar de qué manera y con qué medios fueron llevados a cabo.

5.1. La defensa de costas en España y Japón durante la Segunda Guerra Mundial

La evolución y aplicación tecnológica en la industria militar durante las dos guerras mundiales produjo que las construcciones defensivas tuvieran que reinventarse para adaptarse a las nuevas condiciones. En efecto, el uso de la aviación y de un artillado de mayor calibre tuvo como respuesta la aplicación de pequeños emplazamientos o fortines de hormigón armado en aras de conformar una línea de defensa competente. Estos elementos de cambio fueron bien percibidos por las autoridades militares españolas que exponían lo siguiente: “El sentido de la guerra en dos dimensiones, frente y fondo, se ha

ampliado de una manera brusca para dar paso a una tercera dimensión que ha adquirido de pronto una importancia verdaderamente trascendental: la altura [...]. ha pasado a ser vertical”⁴⁶². O también en palabras del capitán aviador M. Presa Alonso “en esta guerra, que caracterizará la «estrategia de la mecanización», será vencedor el Ejército que conserve la supremacía del aire”⁴⁶³. Igualmente, concomitante de estas innovaciones tecnológicas, a las que se añade también el uso más intensivo de los submarinos, destacó una nueva forma de asalto, a saber, el asalto aerotransportado o paracaidista. Para la defensa de todo ello “se necesitará la colaboración civil de la población toda previamente organizada, así como de todas las autoridades locales las que bajo un mando que unifique medidas”⁴⁶⁴. Estas apreciaciones fueron de la mano de considerar a las operaciones de desembarco alemanas en Noruega y japonesas durante el conflicto con Rusia (1904-1905) como los ejemplos modélicos, a juicio de los militares españoles, de las maniobras anfíbias⁴⁶⁵.

Por tanto, a raíz de las innovaciones castrenses tanto tecnológica como operacionalmente durante la primera mitad del siglo XX destacaron diversos sistemas defensivos como la línea Maginot, la línea Sigfrido o la línea Stalin como trazados terrestres o el Muro Atlántico como uno de los más ambiciosos proyectos de defensa de costas. A este respecto, destaca la obra de J.E. Kaufmann y Robert M. Jurga donde se tratan los principales sistemas defensivos de diversos países europeos⁴⁶⁶. No obstante, la exposición que se ofrece en este trabajo sobre los proyectos defensivos españoles se limita al apéndice. Es por ello por lo que, siguiendo las inferencias de Ángel J. Sáez Rodríguez⁴⁶⁷, este es un tema aún por analizar profusamente, especialmente por parte de la historiografía española. Lo que está claro es que para las autoridades franquistas coetáneas al conflicto el modelo susceptible de ser emulado se encarnaba en la titánica construcción que supuso la línea Sigfrido tanto por su magnitud como por su disposición táctica. Esta se describe de la siguiente manera:

La grandeza del proyecto [...] se compone de un gran número de fortificaciones [...] según la teoría de la moderna Técnica de Defensa, se hallan esparcidas por el terreno, constituyendo cada una de por sí una unidad de lucha independiente. En total son 22.000

⁴⁶² Anónimo, “Infantería y transportes aéreos”. *Ejército. Revista ilustrada de las armas y servicios*, nº5, 1940, p. 72.

⁴⁶³ Capitán aviador Presa Alonso, M., “Aviación... ¿Doctrina?”. *Ejército. Revista ilustrada de las armas y servicios*, nº6, 1940, p. 68.

⁴⁶⁴ Anónimo, “Infantería y transportes...”, p. 73.

⁴⁶⁵ Ídem, p. 74.

⁴⁶⁶ Kaufmann, J. E. y Jurga, Robert M., *Fortress Europe. European Fortifications of World War II*. Da Capo Press, 2002.

⁴⁶⁷ Sáez Rodríguez, Ángel J., “España ante la Segunda Guerra Mundial. El sistema defensivo contemporáneo del Campo de Gibraltar”. *Historia Actual Online*, nº24, 2011, p. 30.

fortines, construcciones pesadas y fuertemente blindadas [...] en una longitud de 600 kms. Por 50 de profundidad⁴⁶⁸.

Por consiguiente, parecía ser que ante el inminente auge de los ataques aéreos lo más propicio era seguir un esquema de fortificación en profundidad para, entre otros motivos, cubrir objetivos de vital importancia como los núcleos industriales generales y armamentísticos y los diversos puntos económicos relevantes para el mantenimiento de la guerra. Por tanto, tal y como insistían los militares españoles, la franja de combate y defensa situada tradicionalmente en los litorales y fronteras terrestres ha quedado obsoleta por la nueva dimensión de la guerra. A diferencia de la línea Maginot que se presentó como una defensa “esencialmente estática” y “sin profundidad”, el dispositivo defensivo de Sigfrido se mostró como “dinámico [...] una obra diseminada (los famosos *Bunker*) flanqueante y profundo en el conjunto”. Además, las fortificaciones seguían teniendo una preeminencia absoluta para la actuación de las fuerzas terrestres, principales opositoras del avance enemigo⁴⁶⁹.

Siguiendo estos planteamientos, para nuestro estudio destacan dos sistemas defensivos en alusión a España: el del campo de Gibraltar y el de la línea de los Pirineos, comúnmente conocido como línea P y se verán varios elementos de este último que confluyen con la cosmovisión que tenían los militares españoles respecto al modelo germano del que se inspiraban. Por otro lado, para futuras investigaciones sobre la línea de los Pirineos, Henar Alonso Rodríguez ofrece un buen punto de partida exponiendo los principales fondos, las entidades productoras de documentos, así como la organización de estos en el Archivo General Militar de Ávila⁴⁷⁰. Prosiguiendo con la línea P, el marco geográfico sobre el que se asentaba constituía genuinamente un espacio propicio, dada su orografía, para un proyecto defensivo. Los primeros esbozos sobre este proyecto se remontan hasta 1939 donde destacan la publicación de las *Normas para la Organización defensiva de la Frontera Pirenaica*, la creación de la Inspección General de Fortificaciones y Obras o el inicio de obras parciales en las zonas de Guipúzcoa y Navarra. Pero no fue hasta 1944 cuando los planes se empezaron a materializar con el objetivo de crear una gran barrera defensiva que abarcara desde el Mediterráneo hasta el Cantábrico⁴⁷¹. Del mismo modo, la prolongación de las obras hasta la década de 1950 no consiguió alcanzar el número de

⁴⁶⁸ Anónimo, “Cómo se levantó la línea Sigfrido”. *Ejército. Revista ilustrada de las armas y servicios*, nº5, 1940, p. 72.

⁴⁶⁹ General Latorre Roca, “El momento actual de la fortificación y aviación”. *Ejército. Revista ilustrada de las armas y servicios*, nº28, 1942, p. 13.

⁴⁷⁰ Alonso, Rodríguez, Henar, “La «Organización Defensiva de los Pirineos»: Identificación, organización y descripción de la documentación en el Archivo General Militar de Ávila”. *Boletín Informativo. Sistema Archivístico de la Defensa*, nº18, 2010, pp. 35-36.

⁴⁷¹ Sáez Rodríguez, Ángel J., *La fortificación “Vallespin” en Guipúzcoa (1939-1940)*, (San Sebastián, Michelena Artes Gráficas, 2010), p. 8.

construcciones previstas, unas 10.000, además de que nunca llegó a utilizarse para los fines previstos. En este sentido, es ampliamente aceptado que el motivo principal para la impermeabilización de la frontera septentrional era el temor de una invasión aliada descartándose el eventual peligro que pudieron suponer los reductos de los maquis⁴⁷².

Dividida en tres sectores a raíz de la división territorial de las Capitanías Regionales de Burgos, Aragón y Cataluña, la línea de los Pirineos albergaba una larga cantidad de Núcleos de Resistencia (NR) o Centros de Resistencia (CR). Estos a su vez eran respaldados por Puntos de Apoyo (PA). Este es el esquema ofrecido por Clúa Méndez en relación con los NR aragoneses y también distingue una variedad de asentamientos. A saber, asentamientos de observación o de mando, de combate, de artillería, a cielo abierto y abrigos⁴⁷³. En este sentido, los diversos Núcleos de Resistencia esbozados conectaban con las unidades de lucha independiente alemanas de la línea Sigfrido. Por su parte, Sáez Rodríguez resalta una clasificación general, esta vez sobre las defensas de Guipúzcoa y Navarra. Fue la Comisión de Fortificación de los Pirineos Occidentales la encargada de las defensas en estas zonas. Destaca la fortificación de Vallespín, nombre derivado del teniente coronel de Ingenieros José Vallespín integrante de la comisión, en el Alto de Gaintxurizketa. En una de las memorias redactadas a finales de 1939 la comisión reconocía once enclaves estratégicos en este marco espacial que conectaban con Francia. Del mismo modo, y retornando a la clasificación de Sáez Rodríguez a raíz de lo expuesto en la memoria, se diferencian, además de las fortificaciones principales, una serie de “sub-elementos tácticos” como “fortines, obras de enlace para máquinas automáticas, obras anti-tanques, puestos de observación, puestos de mando, cuarteles generales, casamatas para artillería ligera, trabajos para artillería, locales para registro de fogonazos y ruidos”⁴⁷⁴.

A más de mil kilómetros hacia el sur se ubicó el sistema defensivo del Campo de Gibraltar. En efecto, este es el proyecto que fue concebido para repeler un asalto anfíbio enemigo. De igual forma, durante 1939 se desataron una serie de tensiones prebélicas en la zona del Estrecho. A saber, las maniobras y movimientos realizados por las armadas alemana, francesa y británica fueron interpretadas por los informantes del régimen franquista como una posible amenaza sobre la costa española. En abril de ese mismo año Queipo de Llano expuso su preocupación al comandante general de Ingenieros del Cuartel General de Franco en aras de establecer un plan defensivo. Esta valoración fue suscrita por el coronel Beigbeder y por el inspector de Artillería de la Costa Sur, el general Pedro Jevenois,

⁴⁷² Clúa Méndez, José Manuel, “La línea Pirineos (línea P): la mayor obra de fortificación en España”. *Ripacurtia*, nº5, 2007, p. 152.

⁴⁷³ Ídem, pp. 154-155.

⁴⁷⁴ Citado en Sáez Rodríguez, *La fortificación “Vallespín”* ..., p. 13.

siendo este último una de las figuras protagónicas, a la vez que conveniente por su bagaje experiencial en la materia, en la Comisión de Fortificación de la Costa Sur encargada en llevar a buen puerto esta crucial tarea. Los dispositivos defensivos comprenderían desde el Cabo Roche hasta el río Guadiaro para cubrir toda la costa del Estrecho. El supuesto teórico del que se inspiró esta línea fue el de la “defensa en profundidad alemana” que dividía la defensa en tres líneas de oposición⁴⁷⁵.

En esencia, y a la luz de uno de los informes de la comisión, los objetivos de esta empresa defensiva eran dos:

Una previa e inexcusable, que era la de asegurar la defensa de nuestras costas inmediatas al Estrecho, impidiendo en ellas, bien una ampliación de la ocupación inglesa de Gibraltar, bien un desembarco en las proximidades de la Bahía...(y) otra, principal y primordial, de incalculable importancia internacional, (consistente) en lograr el cierre del Estrecho⁴⁷⁶.

Efectivamente, del proyecto no solo se infería una concepción defensiva a raíz de la construcción de fortificaciones a lo largo de la costa, sino que también se contemplaba la posibilidad ofensiva con el eventual cierre del Estrecho y la ocupación del Peñón. Para ello, el proyecto de artillado era indispensable siendo las piezas semimóviles las que jugarían un mayor papel en este sentido. Esta ambivalencia en los planes del régimen quedaba ratificada por la propia declaración de Jevenois que aducía lo siguiente:

Ahora, inexcusablemente, impone la técnica moderna...restablecer el cerco a Gibraltar...(Pero) no conviene dar publicidad a este concepto, pues interesa mantener la ficción de que nuestras obras de fortificación son defensivas, no siendo exacto más que para la fortificación, pues el plan de empleo de la artillería es netamente ofensivo y de anulación de la plaza inglesa⁴⁷⁷.

Cabe detenerse en este punto nuevamente en la concepción que tenían las autoridades castrenses españolas sobre cómo abordar la propia defensa del litoral, esto es, el papel que debían jugar tanto el artillado antiaéreo y de costas, la defensa terrestre, las bases navales y la actuación de la flota aeronaval. Primeramente, para que la defensa del litoral tenga éxito este ha de albergar dos dispositivos de defensa, a saber, uno fijo y otro móvil. Los fijos estarían encarnados por las defensas de las “bases navales”, las “defensas locales” y las “zonas de acción ofensiva”. Por su parte, el dispositivo móvil estaría conformado por la aviación y la flota naval en primera línea y por las fuerzas terrestres en última instancia. De igual forma, otro factor necesario para respaldar ambos

⁴⁷⁵ Escuadra Sánchez, Alfonso, “Megalitos de hormigón. La comisión de Jevenois y el Cerrojo fortificado del istmo”. *Almoraima*, nº29, 2003, p. 545.

⁴⁷⁶ Informe recogido en Escuadra Sánchez, “Megalitos de hormigón...”, p. 551.

⁴⁷⁷ Citado en Escuadra Sánchez, “Megalitos de hormigón...”, p. 559.

dispositivos es poseer una red compuesta por puestos de observación, con el objeto de realizar misiones de reconocimiento mediante sonido, fotogrametría y telemetría. De igual modo, las zonas fortificadas ejercen un desempeño crucial contra “posibles desembarcos, que normalmente estarán sin armamento [las zonas fortificadas] y casi sin guarnición, pero listos a ser cubiertos por las Unidades del Ejército de Tierra que, en caso de necesidad, se desplazarían desde el frente principal”. Todo ello debe estar coordinado y supeditado a un “mando único” entre los tres ejércitos. La actuación de este mando queda subordinada a su vez por la “subdivisión de todo el litoral en regiones” y estas al mismo tiempo en “sectores” ligados a las unidades de defensa descritas, esto es, las bases navales, las defensas locales y las zonas de acción ofensiva y zonas fortificadas⁴⁷⁸.

Así, el proyecto defensivo del estrecho de Gibraltar se posicionó como una zona costera de “acción ofensiva” siguiendo el esquema descrito. Esta zona estaría provista de una “artillería de costa” con carácter ofensivo, un “campo de minas” y una línea permanente de “acorazados terrestres”. Gracias a todo ello se obtendría la siguiente situación:

[Se] dominará el mar de una manera estática y local en la citada región, pero de una manera absoluta; y el ejercicio de este dominio se traducirá inmediatamente en su libre uso para el tráfico propio, control absoluto del tráfico neutral y prohibición del tráfico enemigo⁴⁷⁹.

En efecto, la consideración del tráfico marítimo era otro elemento crucial para España ya que esta “cuya vida depende geográficamente del mar, no sería, en fin de cuentas, sino una plaza sitiada” en caso de no obtener el dominio y defensa de este espacio y que en líneas previas se subrayó⁴⁸⁰. Una idea recurrente y asumida también por todos los mandos franquistas era la defensa móvil, en concreto la aviación. Ciertamente, la aviación estaba jugando cada vez más un rol protagónico tanto en las maniobras ofensivas como defensivas, pero a juicio de los militares españoles la artillería era un elemento aún más confiable y que podía subsanar de algún modo los defectos de la aeronáutica. A saber, dichos defectos eran los de suponer un gran coste de recursos si se quiere tener una escuadra permanente para la vigilancia y defensa, un panorama muy común en España dada la escasez material en el ámbito castrense y que será apreciada para el caso de Canarias en posteriores apartados, y la limitación de la propia escuadra de aviones de “actuar con ventaja en determinadas circunstancias”⁴⁸¹. Igualmente, se enfatizaba el valor

⁴⁷⁸ Capitán de fragata Carrero, Luis, “Las costas”. *Ejército. Revista ilustrada de las armas y servicios*, nº11, 1940, p. 91.

⁴⁷⁹ Ídem, p. 90.

⁴⁸⁰ Ídem, p. 88.

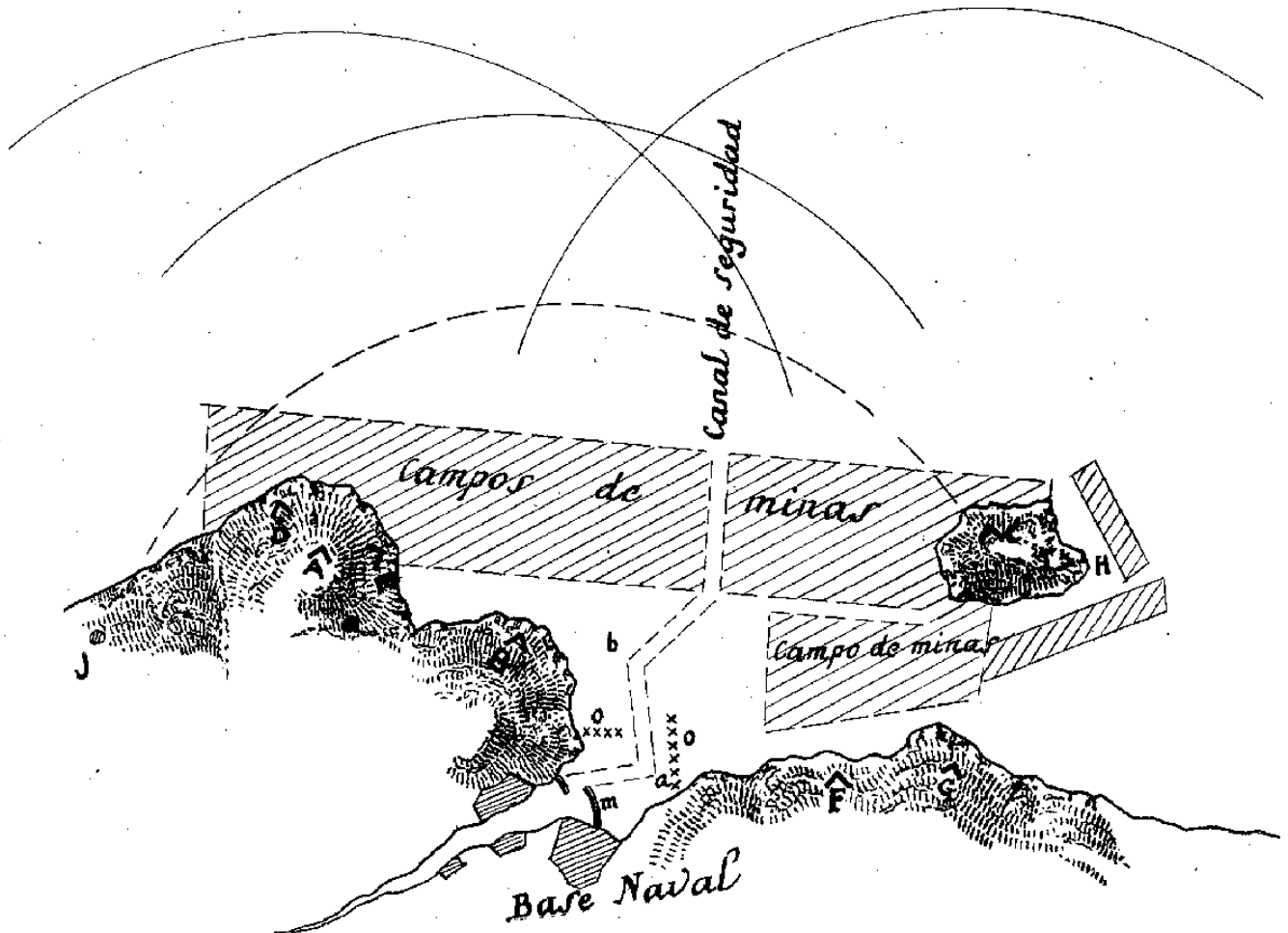
⁴⁸¹ Capitán de artillería Lorenzo García, José, “La Defensa artillera antiaérea de las Bases Navales”. *Ejército. Revista ilustrada de las armas y servicios*, nº6, 1940, p. 71.; Capitán de fragata Carrero, Luis, “Las costas...”, p. 86.

y la mejora del artillado español durante la Guerra Civil española y cómo esta mejora podía trascender a una eventual entrada de España en el conflicto mundial.

Para ser más incisivos, el capitán de artillería José Lorenzo García expuso una comparación estadística acerca del número promedio de disparos necesarios para derribar un avión. La comparación se realizó entre Francia, Alemania y España. Así, para el caso germano y galo se tomó la muestra de la Gran Guerra como escenario bélico para sacar las siguientes conclusiones: en 1918 la artillería francesa necesitó un promedio de 7.000 disparos para el derribo de un avión mientras que la teutona requirió de 5.000. Para España la cifra bajó hasta 399 disparos, claro está que hay que remarcar que no se trata de una comparación honesta y equitativa ya que los números extraídos de España hacen alusión a la Guerra Civil, es decir, más de dos décadas después con todo lo que ello supone en términos de avance y desarrollo de la industria militar en todos sus ámbitos⁴⁸². En otras palabras, se trató de justificar la precariedad española en el aspecto de la aviación mediante la exposición del dispositivo del artillado como un elemento sobrestimado para llevar a cabo una defensa brillante.

⁴⁸² Capitán de artillería Lorenzo García, José, “La Defensa artillera antiaérea...”, p. 72.

Figura 6. Boceto topográfico sobre un ejemplo del dispositivo defensivo de costas en una base naval.



Fuente: Capitán de fragata Carrero, Luis, "Las costas". *Ejército. Revista ilustrada de las armas y servicios*, nº11, 1940, p. 86.

Si los militares españoles tenían bastantes ideas y esquemas sobre los que trazar mimbres para llevar a cabo una defensa, especialmente litoral, lo mismo puede decirse sobre la cuestión de la parte ofensiva de este aspecto, es decir, sobre los asaltos anfibios. Así, en una de las publicaciones de la revista *Ejército* de 1942 se exponía que un desembarco naval estaba conformado por cuatro fases, a saber, primero un "reconocimiento táctico y técnico", segundo el "paso del curso de agua", tercero la "formación de la cabeza de puente" y por último las "operaciones ulteriores". En todas ellas se detallan aspectos como la cooperación de los tres ejércitos, las misiones de reconocimiento para la

obtención de información, la preparación de las fuerzas navales y terrestres, así como del grupo de asalto o la elección de los transportes y los puertos de embarque⁴⁸³. Así, dentro de estas maniobras de desembarco estaban también contempladas las acometidas británicas calificadas por las autoridades franquistas como “golpes de mano”. Estos se trataban de:

Ataques por sorpresa caracterizados por su violencia y rapidez, realizados por pequeñas Unidades navales o aéreas, generalmente contra puntos débiles de la costa y con objetivo limitado [...] los ingleses parecen bastante apegados a esta modalidad, de la que podemos citar dos casos, ambos fracasados, en Saint-Nazaire y al sur de Boulogne⁴⁸⁴.

Por lo general, los esquemas teóricos defensivos de las autoridades franquistas contra los desembarcos navales no difirieron mucho a lo largo de los años que duró la Segunda Guerra Mundial. Prueba de ello la ofrecen las publicaciones oficiales de la revista *Ejército* ya mencionada en líneas previas. A lo sumo, cada publicación profundizaba en diversas cuestiones concretas del marco general defensivo como la función de las casamatas y la fortificación del litoral, el uso de elementos como la iluminación costera ante un eventual asalto nocturno, el uso del terreno elevado para el despliegue de armas automáticas o la discusión de la ubicación de las baterías antiaéreas y de costa, su clasificación por calibres y la composición del número de piezas, siendo indispensable tener entre una y cuatro piezas con el ideal contar con tres para homogeneizar todas las baterías en caso de no llegar a cuatro⁴⁸⁵. En el caso del dispositivo del Campo de Gibraltar, los planes de artillado fueron asignados al Regimiento de Artillería de Costa nº1. Posteriormente en 1943, y con el proyecto casi finalizado, se creó el Regimiento Mixto de Artillería de Costa del Estrecho para organizar este sistema⁴⁸⁶. En 1940 la comisión encabezada por Jevenois fue disuelta y el plan general fue asignado a las Comandancias de Obras y Fortificaciones de la Región Militar.

Por su parte, los oficiales de la Armada preconizaban que una defensa estática de las fronteras terrestres o costeras no bastaba para alzarse con la victoria en una eventual guerra. A su juicio el “dominio bélico” se conseguiría mediante el control de las “comunicaciones vitales de su adversario”, entendidas estas como las comunicaciones marítimas. O, en otros términos, “la guerra es, simple y llanamente, un problema de

⁴⁸³ Capitán de artillería Sánchez García, Carlos, “Desembarcos navales”. *Ejército. Revista ilustrada de las armas y servicios*, nº35, 1942, pp. 2-5.

⁴⁸⁴ Capitán de artillería Sintés, Francisco, “Defensa de costas”. *Ejército. Revista ilustrada de las armas y servicios*, nº37, 1943, p. 5.

⁴⁸⁵ Capitán de artillería Sintés, Francisco, “Defensa de costas...”, p. 8; teniente coronel de ingenieros Montaner, Baltasar, “Defensa del litoral. Ideas”. *Ejército. Revista ilustrada de las armas y servicios*, nº46, 1943, pp. 3-4.

⁴⁸⁶ De Sequera Martínez, Luis, *Historia de la fortificación española en el siglo XX*. Caja Duero, 2006, p. 175.

dominio de comunicaciones vitales”. Así, y poniendo como ejemplo a las potencias insulares, estas son Reino Unido y Japón, como naciones “absolutamente marítimas” por antonomasia, potencias peninsulares y fragmentadas con “trozos de su soberanía separados por el mar” como lo son Italia y España se convierten en naciones igualmente marítimas y, en última instancia, susceptibles de ejercer un fuerte dominio sobre las “comunicaciones vitales”⁴⁸⁷. Pero para ser capaces de ejercer este dominio es perentorio la posesión de una herramienta indispensable, a saber, el “buque”. De este concepto genérico se profundiza en los diversos tipos de embarcaciones, así como sus funciones, para domeñar el espacio oceánico. Sin embargo, por encima de todo destacan el “acorazado” y el “portaviones”. El primero sobresale por ser el buque que combina una potencia de fuego considerable junto a su gran capacidad de aguante por su blindaje mientras que la importancia del segundo descansa en servir de plataforma del auge que cobraba la aviación durante el conflicto⁴⁸⁸. Esta cosmovisión teórica de la flota y el rol que debía desempeñar no era más que una prolongación de los preceptos que nutrieron el anteproyecto de flota de 1938 que se expondrá en el subsiguiente apartado.

Por otra parte, uno de los aspectos sociales más destacables en las obras del Campo de Gibraltar fue el de los trabajadores empleados. Efectivamente, el estudio de José Manuel Algarbani Rodríguez da constancia de ello al resaltar el uso de Batallones de Trabajadores, posteriormente Batallones Disciplinarios de Trabajadores, en el proyecto del Campo de Gibraltar. Entre 1939 y 1943 un total de 15.000 prisioneros republicanos pasaron a engrosar las filas de estas unidades compuestas de 700 a 1000 trabajadores cada una⁴⁸⁹. Con el paso de los años, la defensa de las costas españolas se extendió a las playas aptas para un desembarco. Así, en la instrucción C-10 de mayo de 1943 se detallaba el despliegue y funciones de las unidades de la serie 100. Principalmente, el núcleo de oposición estaría nutrido por batallones de fusiles a su vez divididos en compañías, secciones y pelotones. Llegado el momento, estas fuerzas “entorpecerán las operaciones de desembarco que se intenten realizar en el frente de su Batallón, informando rápidamente de la presencia del enemigo y resistiendo a toda costa, para dar tiempo a la llegada de refuerzos”. Del mismo modo, las fortificaciones se limitaban a “alojamientos de máquina sin blindaje, alambradas y trincheras”. Estos elementos se extendieron

⁴⁸⁷ Anónimo, “Concepto del dominio bélico”. *Revista General de Marina*, tomo 120, 1941, pp. 29-30.

⁴⁸⁸ Ídem, pp. 34-39; Ardenú, M., “Los barcos”. *Revista General de Marina*, tomo 123, 1942, pp. 974-975.

⁴⁸⁹ Algarbani Rodríguez, José Manuel, “Los caminos de los prisioneros. La represión de postguerra en el sur de España. Los batallones de trabajadores”. En Gómez Oliver, M. y Martínez López F. (eds.), *Historia y Memoria*. Editorial Universidad de Almería, 2007, p. 6. Para más detalle sobre los batallones partícipes en las obras véase el estudio del mismo autor, p. 7.

también para la fortificación del artillado que solo contó con “fortificaciones ligeras con alambrada en todas las baterías”⁴⁹⁰.

Como queda corroborado, la praxis defensiva distó de los ideales teóricos planteados por los militares españoles que fueron expuestos, entre otros lugares, en las revistas oficiales como la revista *Ejército* y la *Revista General de Marina*. Para finales de la Segunda Guerra Mundial se habían construido cerca de 500 obras defensivas en el Campo de Gibraltar, aunque lejos de seguir un plan homogéneo estas fueron erigiéndose a lo largo de los años a raíz de proyectos parciales. Finalmente, al igual que su homólogo pirenaico, el sistema defensivo sureño nunca llegó a entrar en acción. Basta también leer las afirmaciones de Anton Staubwasser, miembro del Abwehr destinado a inspeccionar el estado de los preparativos militares españoles, en su informe de agosto de 1940 para ratificar la disonancia existente entre la concepción teórica y la precaria realidad:

La Artillería, la artillería antiaérea, la aviación y la marina son totalmente insuficientes y, además, si tenemos en cuenta las reservas de municiones, no están en condiciones de realizar un bombardeo artillero o aéreo de Gibraltar⁴⁹¹.

En suma y en lo referido a la defensa de costas españolas por parte del artillado puede afirmarse que este poseía una “capacidad defensiva real muy mediocre” por la obsolescencia de las piezas, el atraso industrial militar cuyos proyectos de fabricación no culminaron hasta 1950, la dificultad para obtener materias primas durante la contienda y la insuficiencia de la ayuda germana a finales de la guerra mediante los planes *Bär*, *Eltze* y *Ankara* como factores más reseñables⁴⁹².

Así pues, las defensas españolas no se presentaron como los mejores ejemplos, dada la mencionada precariedad material y la prolongación de las obras en el tiempo, si se compara con las de otros países del viejo continente durante la contienda. Sin embargo, esta negligente situación fue también replicada para el caso japonés, aunque por diferentes motivos. En esencia, la política militar japonesa se asentaba sobre principios ofensivos a lo largo de su expansión territorial. Ello quedó bien representado, como se ha expuesto, en los preceptos de los ataques anfibios retratados en el anterior capítulo que buscaban una rápida acción. Por tanto, y a raíz del ideario de los mandatarios japoneses en realizar

⁴⁹⁰ AGA, Marina, caja 23624, “Para el despliegue sobre la costa N.N.O, S.O y de Levante y Sur de la península de unidades de la serie 100”, mayo de 1943.

⁴⁹¹ Cita recogida en Escudra Sánchez, Alfonso, “Los informes de agosto de 1940. Estudios sobre España y Gibraltar del alto mando de la Wehrmacht y el Heer”. *Almoraima: revista de estudios camogibraltareños*, nº38, 2009, p. 337.

⁴⁹² Rodrigo Fernández, Rafael, *El Ejército de Tierra en la España de posguerra (1939-1947): Instrumento y pilar en la consolidación del régimen franquista*. Tesis Doctoral – Universidad Autónoma de Madrid, 2017, pp. 296-297. Para mayor detalle de los planes de compra con Alemania véase este mismo estudio pp. 337-349.

una campaña corta para negociar una eventual paz, poco lugar hubo para pensar sobre el sistema defensivo en general. Así, para la década de 1930 se realizaron algunos esfuerzos para mejorar las fortificaciones en el estrecho de Corea con el objetivo de asegurar el paso hacia el mar de Japón, concretamente en Shimonoseki, Iki, Tsuhsima o Pusan. Pero más allá de medidas esporádicas, el sistema defensivo nipón, y especialmente el aspecto del artillado de costas, fue relegado a un segundo plano. Por ejemplo, en 1939 la rama de la Artillería de Costa del Ejército imperial contaba con la irrisoria cantidad de 267 oficiales y 3.074 efectivos para todo el territorio⁴⁹³. Del mismo modo, la organización de una administración territorial defensiva no llegó hasta mediados de 1941 con la creación de la Comandancia General de Defensa, aunque esta solo albergaba a las islas principales, subdivididas en cuatro distritos defensivos, y a las zonas adyacentes más inmediatas al núcleo nipón como Corea, Taiwán, la prefectura de Karafuto, las islas Bonin, las Ryūkyū y las islas de las Kuriles. De la sempiterna rivalidad entre la Armada y el Ejército imperial se sucedió un acuerdo en agosto de 1943 en donde se dejaba la total defensa de las islas principales japonesas, esto es Honshū, Shikoku, Kyūshū y Hokkaidō, en manos del Ejército salvo algunos distritos navales⁴⁹⁴.

En lo referido a la modernización del artillado, en 1926 se completó la instalación de obuses de 41 cm por parte del Ejército, siendo este proceso uno de los más reseñables. Hemos de destacar en este punto que el programa de artillado de costa más moderno aplicado en las principales bases navales españolas era también de esa fecha. En un sentido amplio, las piezas de artillería que se utilizaron durante la Guerra del Pacífico eran las mismas de finales del siglo XIX y principios del XX, véase el caso de los obuses de 280 mm de 1890 o el tipo 45 y 7 de 1912 y 1918 respectivamente. Por su parte, el Ejército era el principal responsable en el despliegue y mantenimiento del artillado de costas, pero la Armada era la asignada igualmente para la defensa marítima de las costas en caso de ataque. Para ello, el Ministerio de la Marina dividió las islas principales en cuatro distritos navales. A su disposición tenía la Comandancia de Defensa Marítima que aglutinaba una flotilla antisubmarina, una unidad de casamatas, un destacamento de observación y un batallón de reserva. La primera zona de importancia donde se establecieron defensas costeras fue en la bahía de Tokio en 1880. Años después se erigieron las fortalezas de otros enclaves ya mencionados con su respectivo artillado, fue el caso de Shimonoseki o la isla de Tsushima. Estos bastiones insertos en el litoral se clasificaban en tres tipos de mayor a menor según su envergadura, a saber, tipo A, B y C.

⁴⁹³ Zaloga, Steven, *Defense of Japan 1945*. Osprey Publishing, 2010, p. 8.

⁴⁹⁴ Ídem, p. 7.

Figura 7. Fortalezas costeras en las islas principales japonesas a principios del siglo XX.

Fortaleza	Localización	Tipo
Bahía de Tokio	Tokio	A
Shimonoseki	Acceso occidental al mar interior	A
Tsugaru	Entre Hokkaidō y Honshū	B
Yura	Bahía de Osaka	B
Maizura	Occidente de Honshū	B
Estrecho de Hoyo	Entre Kyūshū y Shikoku	B
Tsushima	Isla de Tsushima	B
Iki	Isla de Iki	B
Nagasaki	Puerto de Nagasaki	B
Kita-Chishima	Norte de las Kuriles	C
Soya	Hokkaidō	C

Fuente: Zaloga, Steven, *Defense of Japan 1945*, p. 8.
Elaboración propia.

Figura 8. Artillado de costa del Ejército imperial en 1945.

Calibre	N.º de piezas
Cañón de 75 mm	47
Cañón de 90 mm	7
Obús de 100 mm	8
Cañón de 100 mm	57
Obús de 120 mm	14
Cañón de 120 mm	32
Cañón de 140 mm	2
Obús de 140 mm	4
Cañón de 150 mm	122
Cañón de 200 mm	1
Torreta de 200 mm	4
Obús de 210 mm	4
Cañón de 240 mm	10
Obús de 240 mm	19
Torreta de 250 mm	4
Cañón de 270 mm	12
Obús de 280 mm	91

Obús de 300 mm	4
Torreta de 300 mm	12
Torreta de 400 mm	4
Piezas totales	458

Figura 9. Artillado de costa de la Armada imperial en 1945.

Calibre	N.º de piezas
Obús de 80 mm	21
Cañón de 80 mm	21
Obús de 120 mm	8
Cañón de 120 mm	43
Cañón de 140 mm	57
Cañón de 150 mm	58
Piezas totales	208

Fuente: Zaloga, Steven, *Defense of Japan 1945*, pp. 11 y 13.
Elaboración propia.

En 1943, tras un acuerdo entre la Armada y el Ejército en materia defensiva, la Armada desplegó piezas de artillería de costa. Concretamente, las baterías estaban concentradas a raíz de la importancia del lugar. Así, la bahía de Tokio, siendo una de las principales zonas con despliegue de artillado, albergó un total de 18 baterías. Asimismo, la rama antiaérea del Ejército experimentó un notable incremento de efectivos de 12.500 en 1939 a 68.500 para inicios de la guerra contra Estados Unidos. Pero este aumento no fue a la par de los medios disponibles, a saber, 300 piezas antiaéreas y 100 carros de combate medios del obsoleto modelo tipo 97 Chi-Ha para finales de 1941⁴⁹⁵. Otra de las grandes diferencias entre el Ejército y la Armada, dimanadas de la mayor responsabilidad de la rama terrestre en la defensa del litoral, era la posesión del número de piezas para el artillado de costas. El Ejército no solo doblaba la cantidad de estas, sino que también disponía de una mayor variedad de calibres como queda expuesto en las tablas de la página anterior. Esto presentaba un aspecto negativo a la hora de elegir municiones.

Por otro lado, las razias aéreas de los B-29 norteamericanos pusieron de relieve la gran falta de atención que había en la defensa antiaérea japonesa, en parte explicada por la improbable amenaza que suponía sufrir un ataque aéreo por parte de China o la Unión Soviética. De acuerdo con la dinámica retratada, los paliativos por parte de Japón a este respecto llegaron a destiempo. Los nuevos diseños de piezas antiaéreas que pudieran alcanzar la altitud de los bombarderos estadounidenses no entraron en producción hasta 1944 y 1945. A las carencias de fortificación y artillado se le sumaba también la ineficiente tecnología de radares para la localización de la aviación enemiga. Igualmente, para el comienzo de la guerra, se disponía de una red de alerta en caso de ataque aéreo rudimentaria pero extensa en el archipiélago principal compuesta por observadores civiles y militares y patrullas de pequeños buques situados a casi mil kilómetros de la costa. Sin embargo, este sistema no fue muy efectivo puesto que una de las acometidas en 1944 de los B-25 estadounidenses fue detectada con un margen de 113 kilómetros al norte de Tokio lo que derivó en una mala reacción defensiva. El fuego de los carros de combate tipo 97 resultaron inefectivos y las baterías antiaéreas no fueron alertadas a tiempo. Todos estos ataques que comenzaron con la célebre incursión de Doolittle motivaron a la Comandancia General de Defensa para solicitar profundas reformas en lo concerniente a la defensa aérea. De entre las diversas medidas se preconizaba la producción de mejores piezas de artillería como las de 88 mm y 120 mm, así como también por un aumento sustancial de las plantillas. Sobre este último aspecto, los efectivos de tropa pasaron de 91.540 en 1942 a 171.000 en 1944⁴⁹⁶.

⁴⁹⁵ Ídem, pp. 11-14.

⁴⁹⁶ Ídem, p. 15.

A finales de 1945 el Ejército disponía de 569 baterías de artillería antiaérea de medio y pesado calibre, con un total de 1.794 piezas, y 860 de pequeño calibre. La pieza más común era el cañón tipo 88 de 75 mm, un modelo de 1928 que luego fue adaptado para que pudiera utilizarse como una pieza móvil. Fue también este modelo uno de los mayores diseminados por el resto del Imperio japonés en ultramar. Además de los nuevos diseños propuestos por la Comandancia General de Defensa, el cañón tipo 99 de 85 mm fue desarrollado durante la guerra, aunque su puesta en acción no se dio hasta 1942. Pero los resultados cosechados por este modelo fueron mediocres dada la insuficiente altitud que alcanzaban sus disparos para derribar a los B-29. En este sentido, otro modelo surgido durante el conflicto, el tipo 3 con un calibre más contundente de 120 mm suplió el problema de la altitud. Aunque su producción comenzó tarde, a finales de 1943, y solo llegaron a elaborarse 154 piezas. Contrariamente a la atención que se les prestaba a las islas principales proveyéndolas de fortalezas y baterías de costas, el Ejército dedicó más esfuerzo para desplegar un número mayor piezas de artillería antiaérea en los territorios periféricos que en el archipiélago propiamente japonés. Sólo el 15 por ciento de las piezas antiaéreas se encontraban en este. El modelo de pieza más común en las islas del Pacífico era un vetusto cañón de 120 mm que entró en servicio en 1921⁴⁹⁷.

Otro de los elementos cruciales, como se ha señalado, para la defensa aérea nipona era la posesión de una tecnología a la altura de las cambiantes exigencias de la guerra. Concretamente, la tecnología más pionera de la que estaba equipada el Estado japonés en la década de 1940 era el radar, aunque su desarrollo y eficiencia fueron más bien mediocres. Cabe puntualizar de igual modo que las Fuerzas Armadas españolas carecían de este elemento. Su conocimiento procedía de publicaciones extranjeras⁴⁹⁸. Sobre el contexto japonés, para comienzos de la guerra, el radar más extendido, fabricado en conjunción con el Ejército y la *Nippon Denki Kabushiki Gaisha* (en inglés *Nippon Electric Company* - NEC), fue el tipo A cuya nomenclatura derivó luego en los Taichi-1 y 2. Con un diseño rudimentario este radar ofrecía una información poco precisa sobre los aviones enemigos que se aproximaban. A lo largo del conflicto, la colaboración germana-nipona produjo otros modelos y avances en esta tecnología. Una delegación de la Armada japonesa, encabezada por el ingeniero Yoji Ito del Departamento Naval de Investigación Técnica, llegó a Alemania en la primera mitad de 1941 para obtener información sobre, entre diversos elementos, los radares de alta frecuencia. En especial,

⁴⁹⁷ Ídem, pp. 17-20.

⁴⁹⁸ Díaz Benítez, Juan José, *La Armada española y la defensa de Canarias durante la II Guerra Mundial*. Idea, 2009, pp. 69-70.

uno de los más ansiados deseos de Ito era saber cómo funcionaba el radar Würzburg, un radar de control de tiro usado por la *Wehrmacht*⁴⁹⁹.

Sin embargo, antes de que se pudiera investigar algo sobre el radar germano los japoneses habían capturado modelos de radares británicos en Singapur, en concreto el modelo GL Mark II, y estadounidenses en Filipinas, los tipos SCR-270 y 268. Del modelo británico derivó el Taichi-3 japonés, mientras que la Armada imperial elaboró su propio radar a raíz del ejemplo estadounidense. Este último fue uno de los más usados, especialmente en Rabaul, con un total de 2.000 unidades fabricadas⁵⁰⁰. Finalmente, la copia del Würzburg se materializó en el Taichi-24 comenzado a fabricarse a finales de 1943, por lo que apenas pudo usarse para la guerra. Otros de los modelos más abundantes, desarrollados en este caso por la NEC y Toshiba, fueron los radares tipo B que fueron renombrados como Taichi-6 y Taichi-7, siendo este último una versión móvil. Una de las principales deficiencias japonesas tal y como afirmó el ingeniero Nakajima Shigeru, participe en la elaboración de radares durante la contienda, fue la falta de ingenieros, de medios adecuados y la ausencia de unas directrices unívocas dada la rivalidad constante entre el Ejército y la Armada. Ello dio como resultado una producción mediocre en esta tecnología⁵⁰¹. De igual forma, la mayoría de estos equipamientos, y los de mejor calidad, estaban aglutinados bajo la 1ª División Antiaérea que cubría el centro de Honshū y Tokio con un total de 75 radares⁵⁰².

Pero si las defensas de las islas principales reportaban una imagen que debía mejorarse, la situación del resto de territorios, especialmente las islas del Pacífico, se encontraba en un igual, o peor, estado defensivo. Esta deficiencia comenzó desde el propio marco teórico donde la táctica japonesa imperante contra los asaltos anfibios aliados era la de ofrecer un despliegue defensivo en dos líneas en las playas de las islas. Esta fue la denominada “defensa activa” cuyo objetivo era, además de disponer de un despliegue en primera línea, la de llevar a cabo constantes contraofensivas. Esto resultó un tanto problemático, no solo por la superioridad armamentística del enemigo, sino porque muchas de las islas al sur del Pacífico estaban conformadas por enormes longitudes de costas imposibles de ser defendidas al mismo tiempo o por inmensas y tupidas junglas⁵⁰³. La obstinación ofensiva japonesa en la defensa contra ataques anfibios era de sobra conocida por los Aliados. Para febrero de 1945 la División Militar de Inteligencia

⁴⁹⁹ Brown, Louis, *A Radar History of World War II. Technical and Military Imperatives*. Institute of Physics Publishing, 1999, pp. 135-136.

⁵⁰⁰ Ídem, p. 137.

⁵⁰¹ Nakajima, Shigeru, “Japanese Radar Development Prior to 1945”. *IEEE Antennas and Propagation Magazine*, vol. 34, nº6, 1992, pp. 20-21.

⁵⁰² Zaloga, Steven, *Defense of Japan...*, pp. 21-24.

⁵⁰³ Rottman, Gordon L., *Japanese Pacific Island Defenses 1941-1945*. Osprey Publishing, 2003, pp. 5-7.

estadounidense (*Military Intelligence Division – MID*) elaboró una publicación, y distribuida también por la inteligencia militar británica (el MI2), donde se detallaba, además de la idiosincrasia doctrinal, cuestiones tácticas, estratégicas, recursos materiales y humanos de los que disponía Japón para plantear una resistencia contra los asaltos anfibios:

Japanese basic tactical doctrine is characterized by a strong aversion to the defensive. Defensive operations are considered merely a temporary phase of combat necessitated by the momentary preponderance of the strength of hostile forces [...] The basic problem of coast defense, according to Japanese doctrine, is the shortage of men and fire power inherent in all such operations where the defense has to be dissipated over long coastal strips, while the enemy by his choice of landing site can bring a concentration to bear at a selected time and place⁵⁰⁴.

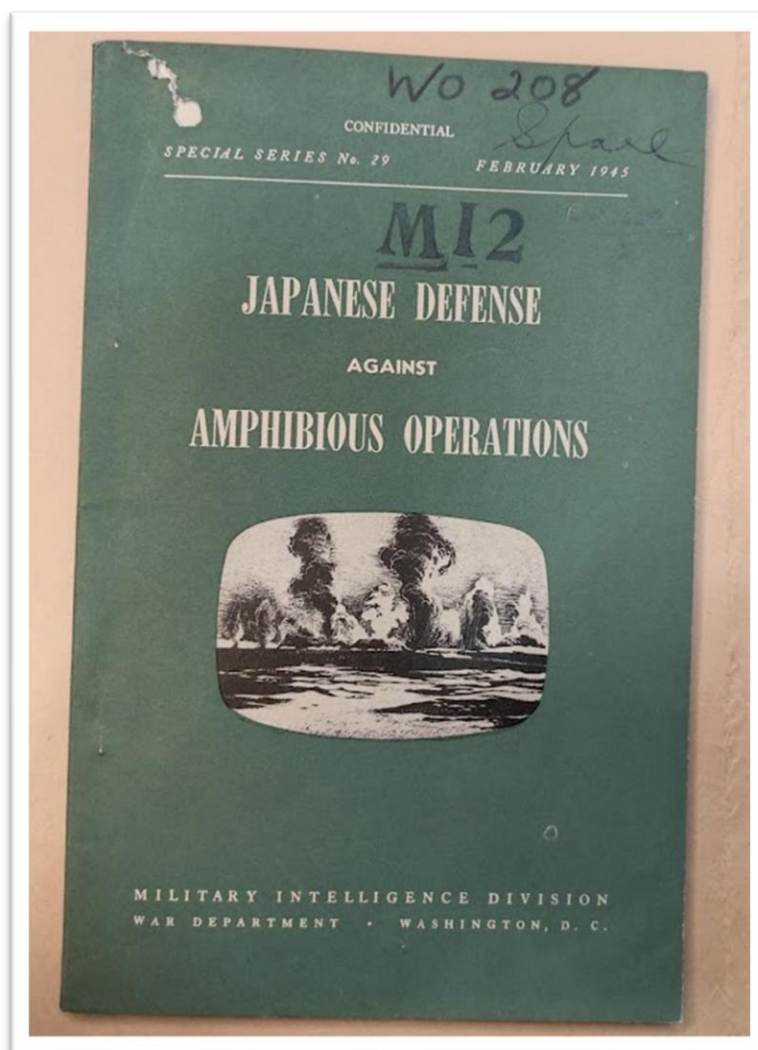


Figura 10. Portada de la publicación dedicada a la defensa japonesa contra ataques anfibios, febrero de 1945.

Fuente: NA, WO 208/1008, Japanese defense against amphibious operations, febrero de 1945.

⁵⁰⁴ NA, WO 208/1008, Japanese defense against amphibious operations, febrero de 1945.

No obstante, a pesar de que la premisa de una defensa con carácter ofensivo siguió imperando a lo largo del conflicto, hubo algunas modificaciones en las tácticas defensivas japonesas a medida que los estadounidenses iban ganando terreno. Así, a finales de 1943 las defensas de las islas Gilbert, las Marshall y las Carolinas atestiguaron ligeras modificaciones. Además de la tradicional disposición en las costas, se comenzó a diseminar puntos defensivos en el interior de las islas aglutinados en zonas interconectadas. Con ello, el nuevo panorama mostraba una imagen conformada por el posicionamiento de largas trincheras en las costas de las islas nutridas de asentamientos para armas automáticas, cañones contra embarcaciones y artillería antiaérea camuflada menos la de mayor calibre. Esta primera línea fue respaldada en profundidad hacia el interior con pequeños fosos de fusileros o nidos de ametralladora, así como de modestas fortificaciones y puestos de mando⁵⁰⁵. Pero el cambio real en el planteamiento defensivo nipón no llegó hasta mediados de 1944 coincidiendo con la invasión norteamericana de las Marianas. A pesar de seguir insistiendo en presentar una contención en primera línea de playa, hubo una intensificación de las defensas al interior de las islas. La mayor proliferación de emplazamientos fortificados y de obstáculos, la utilización de reservas de carros de combate o la desaparición, al menos doctrinalmente, de las cargas suicidas fueron evidentes ejemplos de este cambio⁵⁰⁶.

Por otro lado, otro de los elementos primordiales para encarar la defensa de las diversas islas en el Pacífico eran los aeródromos y para ello se hizo uso de reservas móviles. En efecto, la ausencia de un artillado de costas decente en muchos escenarios era suplido por proyecciones de ataques aéreos. Sin embargo, las fuerzas armadas estadounidenses no tardaron en neutralizar la amenaza aérea japonesa con bombarderos de largo alcance y con fuego naval como fue el caso de la destrucción de las infraestructuras aéreas de las islas Salomón antes de ser capturadas. Igualmente, además de la artillería antiaérea, de costas y de campaña, el artillado contra los carros de combate desempeñó un deficitario papel. Así, la pieza más común para este cometido era un cañón de 37 mm con buena eficiencia para destruir carros de combate ligeros, como así había ocurrido en el escenario soviético y chino a finales de 1930. Pero el uso de carros de combate medios como el M4 Sherman a partir de 1943 puso de relieve la inutilidad de las piezas japonesas, esencialmente por su escasa penetración de blindaje⁵⁰⁷.

Como ejemplo preliminar a la invasión de Okinawa cabe poner de relieve el escenario de Iwo Jima. En febrero de 1944 la isla solo contaba con una guarnición de 5.000 efectivos entre el Ejército y la Armada y con unos 20 aviones. No fue hasta febrero del siguiente

⁵⁰⁵ Ídem, p. 9.

⁵⁰⁶ Ídem, p. 12.

⁵⁰⁷ Ídem, pp. 11 y 22.

año, y días previos al asalto estadounidense, que la isla fue provista con un total de 23.000 hombres. Asimismo, el armamento pesado se limitaba a piezas de artillería de medio y corto alcance, carros de combate ligeros organizados por el 26º Regimiento de carros de combates y morteros. Las municiones y el abastecimiento básico fueron algunos de los problemas más acuciantes dada la ineficiente red de suministro ligada al absoluto control oceánico y aéreo estadounidense. A juicio del Mayor Yoshitaka Horie, integrante de la defensa de Iwo Jima, de no ser por los últimos refuerzos la isla habría sido conquistada en dos o tres días dada su paupérrima defensa. En opinión de Horie, la isla tendría que haber sido hundida o destruida para que esta fuera inservible en los proyectos de bombardeos norteamericanos⁵⁰⁸.

5.2. La defensa de Canarias: precariedad de medios y atraso técnico y tecnológico

Una vez expuestos a grandes rasgos los principales aspectos de los dispositivos defensivos de España y Japón, toca ahora hacer lo propio y agudizar el prisma analítico en los espacios insulares. Así, la premisa principal del archipiélago atlántico, como puede entreverse a priori en el título de este apartado, es que este no se caracterizó por erigirse como los “siete alcázares en el Atlántico” que a Serrano Suñer le hubiera gustado que fueran. Por el contrario, las islas Canarias relucieron por su deficitaria posición defensiva que, como se plasmó en anteriores capítulos, conectaba con una estela histórica. Por tanto, más que realizar una exposición recopilatoria de datos técnicos en lo que a los aspectos militares se refiere, se procederá a poner de relieve los elementos y medidas más destacables en conjunción de la deriva defensiva que se iba forjando en las islas.

La preocupación por la defensa de Canarias en el marco de un alineamiento con Alemania e Italia ya era visible desde antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Concretamente, el documento *Introducción a un Anteproyecto de Flota Nacional*⁵⁰⁹ de 1938 aducía como punto esencial que la Península y las islas formaran un “frente indivisible” en el caso de que España se viera envuelta en una guerra. Una guerra que, continuando con lo señalado en el anteproyecto, tendría como principales participantes a Gran Bretaña y Francia, poseedoras de un vasto imperio africano, y las potencias del Eje. Además de los archipiélagos, otro de los escenarios donde la nación ibérica debía mostrar su poderío militar era la zona del Estrecho. Para ello, el instrumento ineludible era la formación de una flota que, apoyada por la artillería de costas, guardaría los litorales

⁵⁰⁸ National Museum of the Pacific War Digital Archive, (NMPW) “Explanation of Japanese Defense Plan and Battle of Iwo Jima” por el Mayor Horie, World War II Documents Collection, 25 de enero de 1946. Disponible a través del Archivo Digital <https://digitalarchive.pacificwarmuseum.org/digital/collection/p16769coll3/id/0/rec/4> (consultado en mayo de 2021).

⁵⁰⁹ AGA, Marina, legajo 3, “Introducción a un Anteproyecto de Flota Nacional”, junio de 1938.

españoles. En efecto, la tenencia de una Armada fuerte era condición para influir en la política internacional en las guerras venideras. De igual forma, la dispersión de bases navales capaces de albergar semejante fuerza marina era otro de los factores contemplados. Para Canarias se particularizaba lo siguiente:

[...] El complemento de la Base de operaciones de Cádiz, será Canarias, también como Base de 2.º orden en posición favorable para actuar sobre las líneas de comunicaciones procedentes de América del Sur y del Cabo de Buena Esperanza y por las procedentes del Marruecos francés⁵¹⁰.

Sea como fuere, la realidad distaba de ser muy distinta de este ávido plan. La precariedad material del país, que se agudizó con la implementación del modelo autárquico, al lado de la falta de visión presupuestaria a largo plazo motivaron la disolución del anteproyecto nada más comenzar el conflicto mundial. Los mismos factores influyeron en el fracaso de un ambicioso plan de construcciones navales aprobado poco después del inicio de la guerra y que recordaba a este anteproyecto⁵¹¹.

En la primavera de 1940 se producirían cambios que configuraron la situación del archipiélago. Así, en abril se restableció, la Capitanía General de Canarias, la cual tenía a su disposición las fuerzas de los tres ejércitos, aunque hubo una ambigüedad en cuanto a competencias por parte del capitán general. A finales de este mismo mes, el capitán general remitió un escrito al ministro del Ejército, José Enrique Varela, sobre la situación defensiva del archipiélago. En lo referido a tropa, se resaltaba la posesión únicamente de un regimiento de infantería para cada una de las islas capitalinas, cuyos batallones y compañías se mostraban deficientes por estar algunos fuera de plantilla o por la carencia de bicicletas para la compañía de ciclistas. Del mismo modo, la tenencia de un Tabor de Tiradores de Ifni no duraría mucho dada la necesidad de reforzar la defensa del Sáhara. Para el resto de las islas quedaba un batallón de infantería como era el caso de La Palma, Fuerteventura y Lanzarote mientras que para el Hierro y la Gomera quedaba una compañía respectivamente. En cuanto a la artillería de campaña, destacaban solamente “dos baterías de 155 con tracción móvil y dos de 105 para todo el Archipiélago”. Para las homólogas de costa solo existía una batería regular para Gran Canaria y otra para Tenerife. En el caso de los ingenieros, sobresalían un grupo en Tenerife y otro en Gran Canaria de “dos compañías esqueléticas cada uno, una de zapadores y otra de transmisión”. A juicio del capitán general las únicas islas valiosas para defender eran las dos capitalinas, Lanzarote y La Palma mientras “las demás si se las llevara la trampa nos

⁵¹⁰ Ídem.

⁵¹¹ Díaz Benítez, Juan José, “El anteproyecto de flota de 1938 y la no beligerancia española durante la Segunda Guerra Mundial”. *Ayer*, n°49, 2003, p. 287.

haría un favor”. Ello cobra sentido dada la precaria disponibilidad de medios para un territorio fragmentado⁵¹².

A pesar de las deficiencias resaltadas por el capitán general, era de urgencia aplicar la ya mencionada instrucción C-3 de defensa contra desembarcos del 4 de abril, aplicada esta junto con las Baleares varios años con antelación en los territorios peninsulares. En esencia, se requería tener la superioridad naval y aérea durante el desembarco enemigo. También se planteaba un estudio sobre los planes de fuego que debían ser cruzados para flanquear a las tropas invasoras en las playas. A su vez, se establecía la defensa en dos líneas de oposición que, siguiendo el presupuesto de defensa en profundidad alemana mencionado anteriormente, quedaba dividido en puntos de resistencia y puntos de vigilancia⁵¹³.

Por otro lado, en julio se ordenó la movilización parcial de la guarnición de las islas a raíz de las plantillas aprobadas en abril del mismo año. La estimación de las fuerzas terrestres ascendía a 23.586⁵¹⁴. Todo ello coincidió con los planteamientos británicos primigenios de realizar un ataque preventivo a Canarias ya detallado en anteriores capítulos y con la tentación de entrar en la guerra al lado del Eje. Al compás de estos cambios, otra de las destacables modificaciones vino de la mano de la creación de la Comandancia Naval de Canarias. En efecto, si se quería mejorar la posición defensiva de las islas esta no podía ignorar el elemento marítimo. Sin embargo, el panorama general de España en materia naval no era el más prometedor. Así, al comienzo de la contienda mundial la Armada española partió con la desventaja de carecer de recursos materiales y humanos. Muestra de ello era, por ejemplo, la inexistencia de una aeronáutica naval, la posesión de un puñado de buques de guerra medios que se reducían a destructores y cruceros a la vez que dos submarinos y unos cuantos torpederos y lanchas rápidas. Como último agravante, la carencia de plantillas se resintió especialmente en el número de oficiales, suboficiales y marineros fruto de las consecuencias de la Guerra Civil⁵¹⁵.

En su caso, la Comandancia Naval de Canarias tenía como propósito paliar esta sombría situación. Su establecimiento albergó la explanada y el muelle del puerto de La Luz y el barranco de Tahodio y la montaña de La Altura en Tenerife para construir en estos últimos un almacén, un cuartelillo y tres depósitos de combustible. Pero, al igual que ocurrió con el anteproyecto de flota, la creación de la Comandancia Naval de Canarias estaba más insuflada por ilusiones teóricas que por una concreción real. La necesidad de personal no

⁵¹² AV, caja 99, escrito del capitán general de Canarias al ministro del Ejército, 24 de abril de 1940.

⁵¹³ AIMC (antigua signatura BRMC, legajo 17), Instrucciones para la defensa contra desembarcos, 4 de abril de 1940.

⁵¹⁴ Díaz Benítez, *Canarias indefensa...*, pp. 142-143.

⁵¹⁵ Díaz Benítez, Juan José, “La indefensión naval de Canarias...”, p. 62.

era el único problema como ya se ha señalado, pues también la disponibilidad de buques era preocupante. A saber, el cañonero *Lauria* en mal estado, el guardacostas *Xauen*, el minador *Marte* y dos aljibes, el *A-2* y *A-4* eran los únicos buques disponibles en las islas. Muchas misiones que les eran asignadas diferían con los principales cometidos para los que estaban concebidos. Igualmente, la inexistencia de los submarinos para los que se había diseñado la base naval, así como la lentitud de las obras o la carencia de armamento para la defensa de los puertos canarios eran problemas no resueltos⁵¹⁶.

Para el invierno de 1940, Canarias estaba de lleno inmersa en su proyecto defensivo con sus respectivas carencias asumidas por las propias autoridades castrenses. En este sentido, a tenor de las necesidades del momento, en un estudio sobre la defensa de las islas de noviembre de ese año se preconizaba por el aumento de dos baterías de piezas de costa *Vickers* para Gran Canaria y otra para Tenerife, aunque su instalación fue lenta por falta de repuestos, dos grupos de artillería motorizados repartidos respectivamente para las mismas islas y la distribución de las tropas aumentadas⁵¹⁷. Las necesidades defensivas, según el capitán general, incluían 23 batallones de infantería.

Figura 11. Fuerzas de infantería previstas para la defensa de Canarias en noviembre de 1940.

Isla	Tropa
Gran Canaria	6 batallones + 1 tabor de regulares y 1 batallón peninsular
Tenerife	7 batallones + 1 tabor de regulares y 1 batallón peninsular
Lanzarote	2 batallones + 1 batallón peninsular
Fuerteventura	2 batallones
La Palma	2 batallones + 1 batallón peninsular
La Gomera	2 compañía de fusiles y 1 C. ^a de ametralladora
El Hierro	2 compañía de fusiles y 1 C. ^a de ametralladora

Fuente: AIMC, (antigua signatura BRMC, legajo 17), Ligerio estudio de la defensa militar del archipiélago, 9 noviembre de 1940. Elaboración propia.

Durante 1941, a la par del mantenimiento expectante de los planes de asalto británicos sobre las islas, también seguían en curso los proyectos defensivos de estas. Mediante la

⁵¹⁶ Ídem, p. 67.

⁵¹⁷ AIMC, (antigua signatura BRMC, legajo 17), Ligerio estudio de la defensa militare del archipiélago, 9 noviembre de 1940.

orden nº.1 del 26 de abril del mismo año, y siguiendo con las premisas teóricas de conformar unas líneas defensivas escalonadas, la isla de Gran Canaria fue dividida en cinco sectores, aunque estos fueron reducidos a cuatro posteriormente⁵¹⁸. Su organización, incluyendo el repartimiento de tropas terrestres, fue la siguiente:

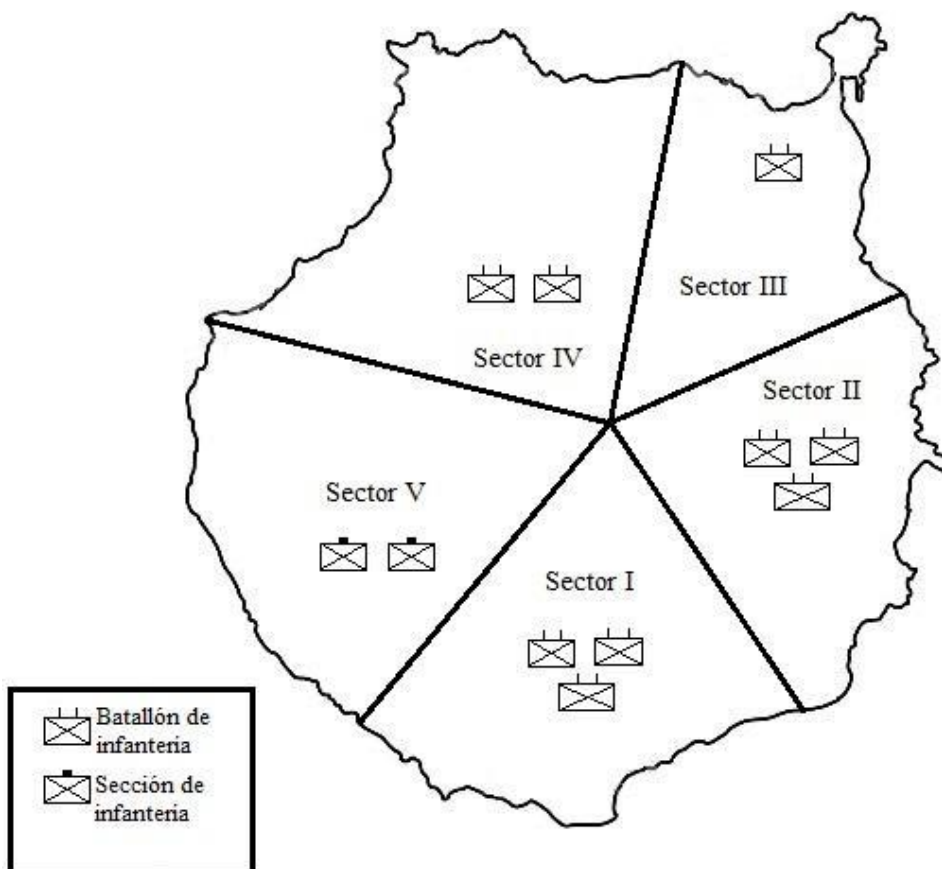
Figura 12. División de Gran Canaria en abril de

Sectores	Tipo	Cobertura	Tropa
Sector I	Resistencia	Punta de Puerto Rico-Barranco de Arinaga	3 batallones
Sector II	Resistencia	Barranco de Arinaga-Barranco de Jinámar	3 batallones
Sector III	Resistencia	Barranco de Jinámar-Punta del Camello	1 batallón, fuerzas de la Guardia Civil, Policía armada y milicias de Falange
Sector IV	Vigilancia	Punta del Camello-Punta de La Aldea	2 batallones
Sector V	Pasivo	Punta de La Aldea-Punta de Puerto Rico	2 secciones

Fuente: AHEA, expediente M-3257, Orden número 1 para la defensa de Gran Canaria, 26 abril de 1941. Elaboración propia.

⁵¹⁸ AHEA, expediente M-3257, Orden número 1 para la defensa de Gran Canaria, 26 abril de 1941.

Figura 13. División de Gran Canaria por sectores en abril de



Fuente: AHEA, expediente M-3257, Orden número 1 para la defensa de Gran Canaria, 26 abril de 1941. Elaboración propia.

De igual forma, en la misma orden quedaba establecida la organización de la artillería de costa que estaba dividida en tres áreas en la isla: Grupo Norte, Grupo Centro y Grupo Sur. Por otra parte, si la defensa naval se encontraba en un decrepito estado, la defensa aérea no difería en exceso de los mismos síntomas. En efecto, para finales de marzo de 1941 el general gobernador Militar solicitaba a Alejandro Mas de Gaminde, jefe de la Zona Aérea de Canarias y África Occidental (ZACAO), los medios oportunos para poder llevar a cabo las misiones de vigilancia aérea como así lo marcaba la Instrucción C-7 sobre la defensa de costas. En esencia, las misiones consistían en realizar dos patrullas por agrupación de islas, a saber, las orientales y occidentales. En su contestación, el jefe de la ZACAO expuso que solo se contaba con dos hidroaviones siendo necesarios otros dos

para completar las maniobras. También manifestó que la solicitud de más medios debía hacerse llegar al ministro del Aire mediante petición del capitán general. En consecuencia, se solicitaron dos escuadrillas, de tres hidroaviones cada una, para realizar con eficacia las labores de vigilancia de las islas y de la costa occidental africana⁵¹⁹. A estos recursos había que sumarle la posesión de una escuadrilla de seis *Ju-52* que habían sido configurados como bombarderos.

A inicios de 1942 las fuerzas aéreas se vieron tímidamente engrosadas con seis cazas *Fiat CR-32*, aunque ya existía un grupo de cazas de este mismo modelo que llegó en agosto de 1940 a Gran Canaria. Estos participaron en enero de 1942 en un ejercicio que consistía en repeler un simulacro de asalto enemigo en Gando y Arinaga en el 2º sector de Gran Canaria. No obstante, los cazas españoles habrían sido superados por sus homólogos británicos, los cazas *Hurricane*, en un eventual encuentro. Esta superioridad británica sería también transferida a sus fuerzas navales dado que contaban con acorazados y cruceros pesados cuyo artillado podría barrer de la costa las baterías isleñas antes de que estas pudieran abrir fuego. Ciertamente, las baterías del puerto de La Luz no brillaban por su eficiencia durante estos momentos al igual que se expuso para todo el ámbito español. Con un total de 12 baterías, 8 de ellas estaban compuestas por múltiples calibres del anticuado modelo *Ordoñez* de finales del siglo XIX. Otra de ellas era una italiana de 102 mm, otra del modelo *Muniz-Argüelles* de corto alcance y una *Vickers* de 152,4 mm⁵²⁰. Como quedó retratado en el anterior capítulo, la ayuda germana respecto al envío de piezas a finales de este año no fue suficiente para paliar este funesto panorama.

La ocupación del norte de África por parte de los Aliados a finales de 1942 tuvo su repercusión en Canarias en una doble vertiente como ya se ha expuesto en anteriores capítulos: Por un lado, el archipiélago atlántico entró en la recta final de su desvalorización para las futuras maniobras de este marco geográfico. Por otro lado, y en cierto modo contradictorio a raíz de la premisa anterior, se acrecentó el temor de las autoridades isleñas de ser más vulnerables ante un eventual ataque dada la nueva proximidad del enemigo. Estas cuestiones fueron recogidas en el plan de defensa de Canarias de septiembre de 1943 que, por otra parte, también resaltaba de manera exagerada la importancia geoestratégica del archipiélago en su calidad de enclave durante la batalla del Atlántico. Pero el valor geoestratégico de las islas no era lo más relevante, sino el hecho de que los Aliados ocupaban el norte de África y desde allí podían lanzar eventualmente ataques, incluyendo aerotransportados, contra Canarias con mayor

⁵¹⁹ AHEA, expediente M-3257, Orden número 1 para la defensa de Gran Canaria, marzo-abril de 1941.

⁵²⁰ Díaz Benítez, Juan José, "Pilgrim y la defensa de Gran Canaria en 1941". *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº46, 2000, pp. 359-362.

facilidad⁵²¹. Asimismo, las autoridades españolas realizaron estimaciones sobre las fuerzas aliadas que podrían intervenir en un intento de ocupación de las islas. Estas eran las siguientes:

Figura 14. Estimaciones españolas sobre las fuerzas aliadas septiembre de 1943.

Fuerzas aéreas	Fuerzas navales	Fuerzas terrestres
160 cuatrimotores de bombardeo	3 divisiones navales para neutralizar los objetivos costeros	5.800 paracaidistas
240 cazas	6 cruceros y 30 destructores para el transporte rápido de	18.000 infantes aerotransportados
240 aviones de cooperación	18.000 hombres	18.000 para los desembarcos anfibios
840 aviones de transporte		

Fuente: Díaz Benítez, Juan José, “La defensa imposible: la planificación militar de la guarnición de Canarias en 1943, *XIX Coloquio de Historia Canario-Americana*, (2010), p. 1349.

La posibilidad de sufrir un asalto aerotransportado a tenor de este posicionamiento aliado también se contempló como algo factible. Dada la paupérrima disposición de medios aeronáuticos la responsabilidad defensiva recayó en las fuerzas terrestres y el artillado antiaéreo. La escasez y obsolescencia de este último motivó que fuera preferible usar reservas de piezas móviles para poder cubrir amplias zonas en caso de ataque. Para finales de noviembre de 1943 se redactó un plan de defensa contra tropas aerotransportadas. En este se reconocía como principales puntos defensivos los aeródromos de Gran Canaria, Tenerife, Fuerteventura y Lanzarote. A saber, Gando, Los Rodeos, Tefía y Tías respectivamente. La principal acción contemplada era la de inutilizar los campos de aterrizaje para que el enemigo no pudiera servirse de ellos durante el asalto, pero, y como era tónica habitual, las obras fueron lentas por falta de personal y recursos logísticos. Del mismo modo, durante el proceso de desembarco aéreo enemigo se recomendaba que la artillería no disparara a la primera oleada de bombarderos sino a los aviones de transporte para evitar ser detectada y aniquilada precozmente. Acto seguido, guarniciones situadas

⁵²¹ AIMC (antigua signatura BRMC, legajo 17), Plan de defensa de Canarias, 8 septiembre de 1943.

en cotas aisladas y elevadas posicionarían armas automáticas para reducir el número de aterrizajes de paracaidistas. Estas guarniciones serían apoyadas por reservas móviles de artillería de pequeño calibre para concentrar el fuego en las zonas de aterrizaje. Sin embargo, estos planes defensivos preveían un aumento de la guarnición de Canarias imposible de sostener, sobre todo si el archipiélago quedaba bloqueado⁵²².

En cualquier caso, durante finales de 1942 y principios de 1943 el proceso de refuerzo de la guarnición de las islas siguió su curso. En este sentido destaca el asesoramiento alemán tratado en capítulos anteriores. Así, la misión de Eicheim a finales de 1942 se concentró en aplicar sobre el archipiélago atlántico las lecciones emanadas del nefasto desembarco anglocanadiense en Dieppe. En esencia, se enfatizó en las tareas de reconocimientos, la fortificación de puntos cruciales en la costa, la vigilancia de los acantilados, la eventual destrucción de infraestructuras, obstaculizar las zonas de un posible ataque aerotransportado y mejorar el alumbramiento nocturno. Lo más importante es que el informe llegó hasta la guarnición del archipiélago y, probablemente, influyó en los nuevos planes de defensa elaborados a principios de 1943.⁵²³ Así, se incorporaron un total de 2.844 soldados provenientes de disueltos batallones de trabajadores. Para enero de 1943 las plantillas habían alcanzado su máximo teniendo para entonces un total de 38.000 efectivos de tropa sumados un millar de jefes y oficiales además de otro millar de suboficiales. Una cifra que quedó ratificada en un documento de octubre de 1944 en el que se matizaba que 23.000 estaban movilizados⁵²⁴.

En contraste con Canarias, el archipiélago balear gozó de una mayor preocupación por parte del ministro del Ejército por su defensa a principios del conflicto. Ello queda evidenciado en la diferencia numérica de efectivos a finales de 1939. Pero esta se fue igualando en 1940 y, finalmente, las plantillas baleáricas fueron superadas por las canarias. No obstante, esta mayor preocupación no se tradujo en una mejora sustancial de recursos humanos y materiales. A saber, la deficitaria situación caracterizada por la falta de personal, vehículos terrestres, aéreos y navales, así como la ausencia de piezas de artillería modernas y de armamento para tropa azotaba todo el territorio español y las Baleares no fueron una excepción⁵²⁵. En cualquier caso, la fase final de la guerra aumentó aún más el desinterés por el archipiélago canario a la vez que la opción de la desmovilización de tropas en las islas fue cobrando forma en las mentes de las autoridades

⁵²² Díaz Benítez, Juan José, “La defensa de Canarias contra asaltos aerotransportados en 1943”. *Vegueta: Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, nº8, 2004, pp. 99-101.

⁵²³ Díaz Benítez, Juan José, “Spanish-German Military Collaboration...”, p. 374.

⁵²⁴ AGMA, Subsecretaría del Ministerio del Ejército, caja 23.010, contingente presente en filas según los datos facilitados por la 1ª Sección del Estado Mayor Central del Ejército, 6 de octubre de 1944.

⁵²⁵ Rodrigo Fernández, Rafael, “La defensa de las islas baleares durante la primera fase de la Segunda Guerra Mundial”. *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol.3, 2014, pp. 143-164.

militares. En efecto, esta desmovilización, aparejada a una reorganización durante 1943 así como de un intento de homogeneizar el armamento, especialmente de las piezas de artillería, fue progresiva. En suma, ni todos los esfuerzos humanos y materiales fueron suficientes para maquillar la decrepita situación defensiva de Canarias, la cual se caracterizó, como era habitual en su recorrido histórico, por una certera indefensión en el caso de que fuera atacada⁵²⁶.

5.3. La defensa de Okinawa: innovaciones tácticas y mayor disponibilidad de medios

Como se abordó en anteriores apartados, las medidas defensivas de Japón en la recta final de la guerra no brillaron por su eficiencia. De hecho, de esta precaria situación pueden establecerse paralelismos claros respecto al caso español. Pero esto será tratado a posteriori. Conviene ahora detenerse en el ámbito de Okinawa que, a pesar de la comprometida situación general del país nipón, ofreció una defensa competente cuyos rasgos más destacables provinieron de las innovaciones tácticas. Así, teniendo en cuenta que los planes aliados de ocupación fueron llevados a cabo en este escenario se tratará de exponer las principales características y medidas defensivas de Okinawa antes del desembarco aliado.

Previo al ataque estadounidense a las playas de Hagushi en abril de 1945, la defensa de Okinawa estaba bajo la tutela de una raquítica guarnición con escasos medios. No fue hasta marzo de 1944 cuando dio comienzo el proceso de refuerzo de la isla en vista a los avances aliados por el Pacífico. Así, a la conformación del 32º Ejército, liderada por el general Watanabe Masao y con el cuartel principal en Naha, se le encomendó la misión de realizar obras para construir aeródromos en la isla. Esta tarea venía a raíz de los planes del Cuartel General Imperial en Tokio (*Daihon'ei*), materializada en el *Esquema de preparaciones para la Operación Tei-Go*, en el que se subrayaba la prioridad de la defensa de las Ryūkyū y Taiwán como enlaces directos con el frente del Pacífico. En esencia, los planteamientos del Cuartel General Imperial continuaban con su arraigo doctrinal en lanzar ofensivas, en este caso aéreas, en vez de acomodar los supuestos teóricos castrenses a la comprometida situación de Japón. Por tanto, el objetivo radicaba en poseer una base lo suficientemente amplia para albergar los aviones que se suponía que iban a frenar el ataque del frente de las Marianas conocido también como la “línea Tojo”. A la operación *Tei-Go* se le adhirió la *Sho-Go* que, tras la pérdida de Saipán, contemplaba ahora el escenario de las Filipinas⁵²⁷.

⁵²⁶ Díaz Benítez, *Canarias indefensa...*, pp. 363-369.

⁵²⁷ Huber, Thomas M.: *Japan's Battle of Okinawa, April-June 1945*. Papers No. 18, 1990, p. 4.

Conectando con lo tratado anteriormente, la operación o plan *Sho-Go* también agrupó a Taiwán y las Ryūkyū en una de las zonas que podían ser el próximo objetivo estadounidense. Por ello, el refuerzo de Okinawa se fue realizando a cuentagotas durante junio y agosto de 1944. Para finales de junio arribaron a la isla unos 600 hombres de un total de 6.000 de la 44ª Brigada Mixta Independiente, puesto que la embarcación que la transportaba fue atacada por un submarino estadounidense el 23 de junio. Para suplir estas pérdidas se envió el 15º Regimiento Mixto Independiente con unos 5.000 efectivos en julio. Pero, sin duda, los mayores refuerzos fueron encarnados por el envío de tres divisiones de infantería. Así, la 9ª División llegaría en julio para ser seguida de las 62ª y la 24ª divisiones el mes siguiente⁵²⁸.

Del mismo modo, la única unidad acorzada del 32º Ejército estaba formada por el 27º Regimiento de Carros de Combate con un total de 750 hombres. Este estaba dividido en dos compañías, una con 14 carros de combate medio tipo *Ha-go* y otra con 13 carros de combate ligeros tipo *Shinhoto Chi-ha*, una compañía de infantería, una compañía de mantenimiento y un batallón de ingenieros. Esta pobre provisión de unidades acorazadas radicó en la decisión del Cuartel General que consideró una pérdida de recursos el envío de más carros de combate a Okinawa y, por ende, debía priorizarse la defensa de las islas principales⁵²⁹.

Por su parte, el artillado fue concentrado bajo un único mando, este fue el 5º Mando de Artillería. En total abarcaba cuatro regimientos de artillería y tres batallones de morteros y el 1º Regimiento Independiente de Morteros como unidad pesada. A las fuerzas terrestres se le sumaban las navales que, siendo un total de entre 9.000 y 10.000 hombres, estaban bajo el mando del Almirante Ota Minoru. Continuando con las fuerzas navales se encontraba también el 11º Grupo de Embarcaciones, de 9.000 efectivos, subdividido en siete batallones de Asalto Naval que, equipados con lanchas motorizadas y cargas explosivas, tenían por objetivo la ejecución de misiones suicidas contra la flota norteamericana. Pero, entre febrero y marzo de 1945 estos batallones fueron reorganizados en batallones independientes y fueron absorbidos por las 24º y 62º divisiones, así como por la 44ª Brigada Mixta Independiente. Ciertamente, al contrario del panorama general en Japón, Okinawa contó con abundantes piezas de artillería, a pesar de que algunas de ellas eran modelos obsoletos, con una gran variedad de calibres y también una decente provisión de municiones y suministros. En concreto, las piezas de costa ascendían a un total de 287 con calibres que iban desde obuses de 70 mm a cañones de 150 mm. En el caso del 1º Regimiento Independiente de Morteros, este poseía el Tipo

⁵²⁸ Nichols y Shaw, *Okinawa: Victory...*, p. 50.

⁵²⁹ Zaloga, Steven J., *Tank Battles of the Pacific War 1941-1945*. Concord Publications Company, 1995, p. 8.

98 de mortero, conocido como “mortero de espiga”, de unos 320 mm, que fue utilizado especialmente contra carros de combate. Grosso modo, estas eran las principales fuerzas de artillería excluyendo los cuerpos orgánicos de artillería de las unidades terrestres. En cuanto al armamento de infantería, destacaba la posesión de 333 ametralladoras pesadas y 1.208 ligeras distribuidas entre las diversas unidades⁵³⁰.

A raíz de la movilización general del 1 de enero de 1945, la tropa regular estuvo complementada por los cuerpos *Boeitai* (Guardia Nacional) conformados por varones okinawenses de entre 17 a 45 años. Estos actuaban como milicias locales como se plasmó en el segundo capítulo, aunque hay cierta discrepancia sobre el número total de efectivos al igual que la hay, por ende, sobre el total del 32º Ejército. En el caso de los *Boeitai*, estos oscilaron entre los 20.000 y 30.000 mientras que el total general rondó entre los 100.000 y 120.000. Con un escaso entrenamiento y un armamento ligero, las misiones y tareas asignadas a los *Boeitai* fueron de diversa índole, pasando por ser la primera línea de choque para enfrentar a los invasores hasta labores de utillaje, mensajería, guías en misiones de contraataque e infiltración o trabajo en obras militares⁵³¹. Este cuerpo se erigió aparte de los reclutas regulares entre la población local para engrosar las filas del 32º Ejército y cuyo número ascendió hasta 42.000. Asimismo, se produjo el reclutamiento de cuerpos auxiliares de la mano de estudiantes de secundaria para formar el denominado *Tekketsu Kinnōtai* (Cuerpo Imperial de Hierro y Sangre) cuya cifra alcanzó los 1.787. Las principales labores de estos eran las de mensajería, misiones de infiltración en las líneas enemigas, sabotaje y comunicación⁵³².

La 9ª División era de lejos la mejor unidad de infantería que poseía Okinawa. Se trataba de una unidad veterana que había combatido en China y poseía uno de los equipamientos más completos. Por debajo de esta se encontraba la 24ª División como otra de las unidades pesadas y, finalmente, estaba la 62ª División, siendo esta una unidad ligera sin artillería orgánica y solamente conformada por dos brigadas especializadas en misiones de contrainsurgencia a raíz de su experiencia en China. A excepción de esta última, el resto de las unidades terrestres, incluyendo la 44ª Brigada Mixta Independiente, eran de organización triangular⁵³³.

⁵³⁰ Appleman et al., *Okinawa: The last...*, pp. 90-92.

⁵³¹ Hirofumi, Hayashi, “Japanese Deserters and Prisoners of War in the Battle of Okinawa”. En Moore, B. y Hatley-Broad, B. (eds.), *Prisoners of War, Prisoners of Peace. Captivity, Homecoming and Memory in World War II*. Berg, 2005, p 52.

⁵³² Huber, *Japan's Battle...*, p. 13.

⁵³³ Ídem, p. 14.

Figura 15. Composición de una división de infantería triangular tipo B.

Unidades	Efectivos
3 regimientos de infantería	2.850 cada uno
1 regimiento de artillería de campaña	2.360
1 regimiento de reconocimiento	440
1 regimiento de ingenieros	900
1 regimiento de transporte	750
Total	13.000

Fuente: Jowett, Philip y Stephen Andrew: *The Japanese Army 1931-1945. Volume 2, 1942-45*. Osprey Publishing, 2002, p. 13. Elaboración propia.

Las directrices y organización del 32º Ejército estaban dimanadas del cuerpo de oficiales, entre los que destacaban el general Ushijima Mitsuru, que sustituyó al general Watanabe en agosto de 1944, el general Cho Isamu y el coronel Yahara Hiromichi. Durante el año de preparación de la isla para su defensa fueron frecuentes las fricciones entre los supuestos del Cuartel General Imperial y el trío de oficiales. A juicio de estos últimos, la evidente realidad de las defensas, acorde a los medios y circunstancias, chocaban con la visión que se proyectaba desde Tokio. Así, la reubicación de la 9ª División en Taiwán, con vistas a que participara en la batalla de Filipinas, asestó un duro golpe a la planificación de los oficiales isleños. Estos veían casi imposible que se consiguiera una victoria frente a los invasores, pero la retirada de su mejor unidad de infantería disolvió definitivamente cualquier esperanza que pudiera existir a este respecto. La construcción de aeródromos también era un punto de discordia. A saber, en las memorias de Yahara sobre la batalla de Okinawa se plasmó su descontento acerca de estas obras. Además de los limitados medios para llevar a cabo esta tarea, el coronel enfatizaba la pérdida de tiempo a la vez que el desperdicio de efectivos que serían desplegados para defender las bases aéreas durante la batalla⁵³⁴. La ineficacia de la ofensiva aérea impuesta desde Tokio

⁵³⁴ Yahara, Hiromichi, *The Battle for Okinawa*. John Wiley - Sons Inc., 1995, p. 8.

no solo era cuestionada en el plano teórico por la visión de Yahara, el cual abogaba por una concentración en las fuerzas terrestres, sino que fue materializada en los malos resultados cosechados por las razias kamikazes durante la operación *Ten-Go*. En total fueron hundidos 17 navíos y dañados otros 279, una irrisoria cantidad en términos absolutos a raíz de la magnitud de la flota aliada. Sin embargo, este fue el escenario donde más buques y vidas perdieron las fuerzas norteamericanas ejerciendo con ello un mayor daño cualitativo y psicológico en contraste con la mera estadística⁵³⁵.

Yahara era para Ushijima lo que Juan Vigón era para Franco. En efecto, el coronel japonés fue el encargado de organizar el plan táctico y defensivo, incluyendo la ubicación de tropas sobre el terreno, dada su reconocida capacidad. Así, otro de los aspectos que irritaba a Yahara era el secretismo emanado desde Tokio a la hora de establecer los refuerzos y las fechas en las que estos llegarían a las islas. Por este motivo, las unidades estuvieron casi en un sempiterno reposicionamiento hasta la misma invasión estadounidense⁵³⁶. Sin embargo, para alivio del 32º Ejército, su petición de destruir los aeródromos de Yotan y Kadena y parar el sinsentido de las obras de nuevas bases aéreas fue aprobada por el Cuartel General Imperial en marzo de 1945. Consecuentemente, Yahara planteó diversas posibilidades de actuación para la defensa. Siguiendo las recomendaciones del general Atomiya en una de las reuniones de oficiales en Tokio, se optó por concentrar las fuerzas en la mitad sur de la isla aprovechando la orografía montañosa, mediante el uso de túneles, galerías y fortificaciones subterráneas, y aplicar una guerra de desgaste⁵³⁷. Esta fue, sin duda, la mayor innovación táctica dentro de la tradicional doctrina castrense japonesa que ya había sido implementada, a menor escala, durante la batalla de Iwo Jima y antes también en Peleliu. La incapacidad de defender toda la isla era bien sabida también por parte de la inteligencia militar norteamericana. En los informes de campaña aliados enfatizaban el mejor equipamiento, entrenamiento y moral de la guarnición de Okinawa en comparación con la tropa de otras campañas. Sin embargo, los estadounidenses erraron en el conteo de tropas que guarecían la isla, a saber, un total de 90.000 hombres entre soldados regulares japoneses y milicianos okinawenses⁵³⁸.

El nuevo proyecto defensivo japonés chocaba con los esquemas del Cuartel General Imperial que en agosto de 1944 publicó un nuevo manual, *Puntos Esenciales para la Defensa de la Isla*, donde, a pesar de reconocer una actitud defensiva de las unidades

⁵³⁵ Zaloga, Steven J., *Kamikaze. Japanese Special Attack Weapons 1944-45*. Osprey Publishing, 2011, p.12.

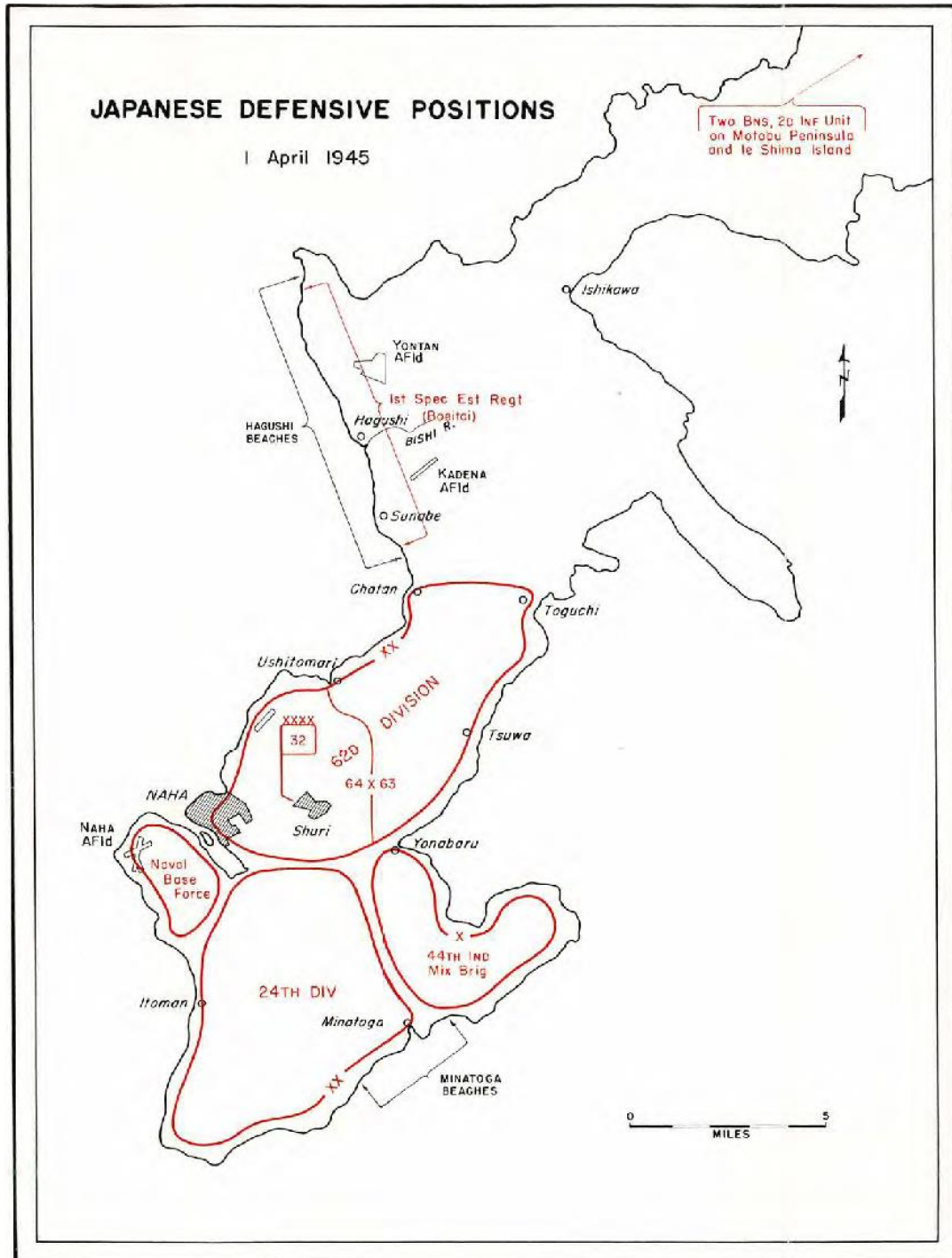
⁵³⁶ Yahara, *The Battle for...*, p. 15.

⁵³⁷ Ídem, p.12.

⁵³⁸ NA, WO 208/1010, Iwo Jima and Okinawa Campaign, "Extracts from Military Research Bulletin No.17 – Comparison of Japanese Tactics on Okinawa and Iwo", 20 de junio de 1945.

terrestres, estas deberían conformarse como una defensa móvil, concertada en diversos puntos, sin renunciar de este modo a la doctrina ofensiva de contraataques⁵³⁹. En cualquier caso, el despliegue de tropas quedó de la siguiente manera al inicio de los desembarcos aliados:

Figura 16. Disposición de unidades japonesas, 1 de abril de 1945.



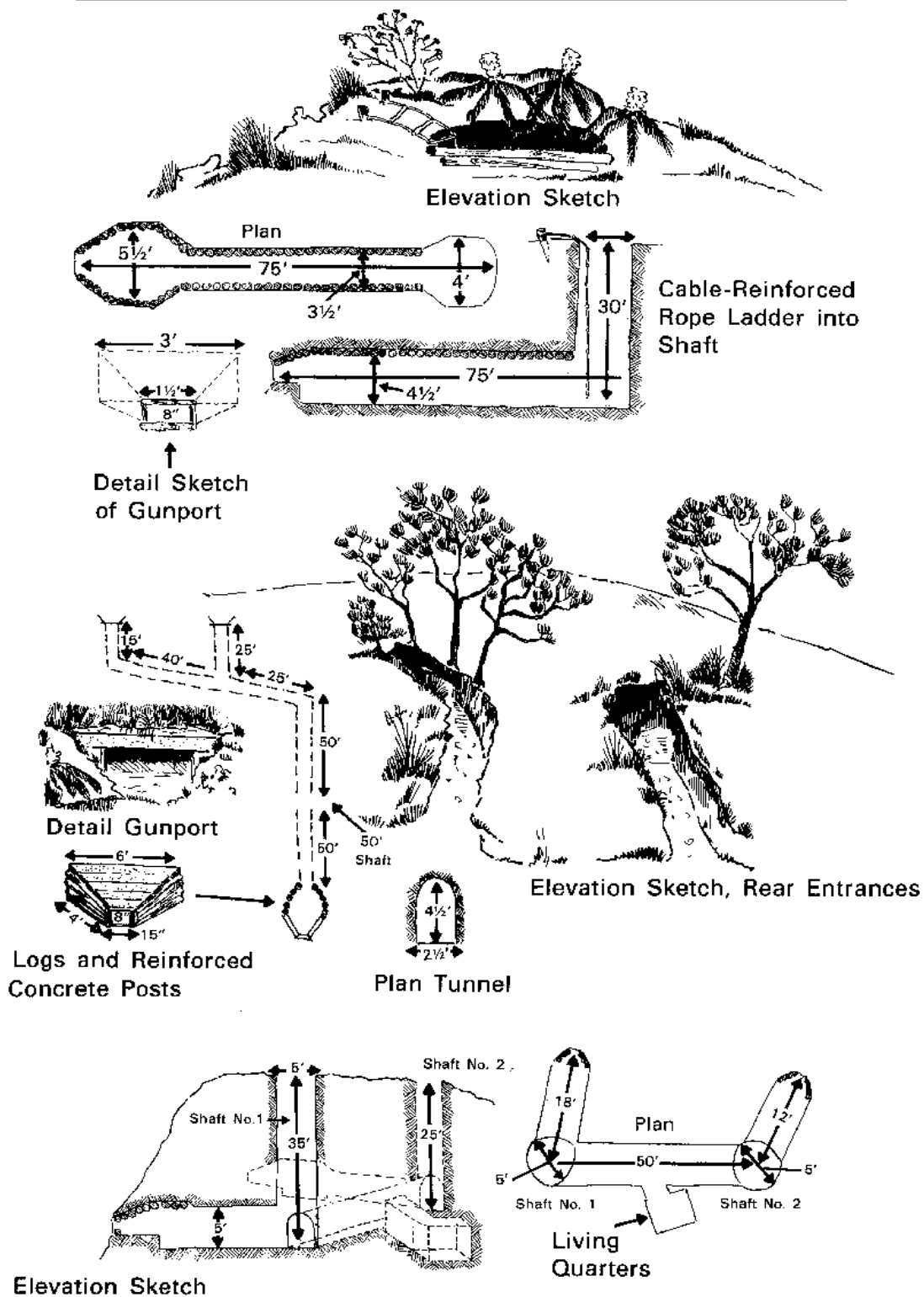
Fuente: Appleman, Roy E. *et al.*, *Okinawa: The Last Battle*. Center of Military History - United States Army, 1993, p. 534.

⁵³⁹ Drea, *Japan's Imperial...*, p. 242.

Ciertamente, el sistema de túneles, fortificaciones subterráneas y cuevas albergó una longitud de 60 kilómetros. El principal inconveniente de las obras fue la indisponibilidad de medios adecuados, contando solo con dos excavadoras para toda la isla, donde las palas, picos e incluso las manos eran las herramientas más habituales. Esto se agravaba dada la naturaleza del terreno septentrional, que estaba compuesto por piedra de coral, un elemento idóneo para resistir bombardeos, pero inconveniente para agilizar la velocidad de las construcciones. El aprovechamiento de la experiencia de los ingenieros y constructores de Iwo Jima fue esencial para plantear este nuevo tipo de defensa. Del mismo modo, había una taxonomía diversa de estas obras, pero las más comunes eran las dedicadas a la construcción de pequeños fortines y depósitos para municiones y suministros. Por lo general, estas construcciones podían albergar de 300 a 400 personas y estas eran provistas igualmente de depósitos de agua y comida junto a una instalación eléctrica mínima. El cuartel general del Alto Mando del 32º Ejército, ubicado bajo el castillo de Shuri, era con diferencia la obra más elaborada y mejor equipada con múltiples salas y entradas. Podría afirmarse que era una auténtica fortaleza subterránea capaz de aguantar severos bombardeos. Dentro de la categoría de fortines también existía variedad a razón de si estos albergaban solo tropas de infantería o piezas de artillería y morteros además de estas. La composición de estos últimos era la siguiente: poseer una pequeña abertura para la pieza de artillería, instalada en una cavidad, en el lado de la cresta donde estaba instalado el fortín. Esta cavidad estaba conectada en profundidad con una galería cuya salida cobraba la forma de otra galería vertical hacia el exterior. Su acceso era mediante escaleras y normalmente estaba camuflado⁵⁴⁰.

⁵⁴⁰ NA, WO 208/1010, Iwo Jima and Okinawa Campaign, “Extracts from Operations Reports on Reduction of Japanese Cave-type Fortifications Part II”, 1 de junio de 1945.

Figura 17. Ejemplos de la variedad tipológica de construcciones subterráneas.



Fuente: Huber, Thomas M.: *Japan's Battle of Okinawa, April-June 1945*, (Leavenworth Papers No. 18, 1990), p. 50.

Figura 18. Vista frontal de un fortín que albergaba artillería anti-carro de combate de 47 mm de calibre. Situado encima de un sistema de trincheras y túneles provistos de ametralladoras ligeras, barracones y víveres, 1945.



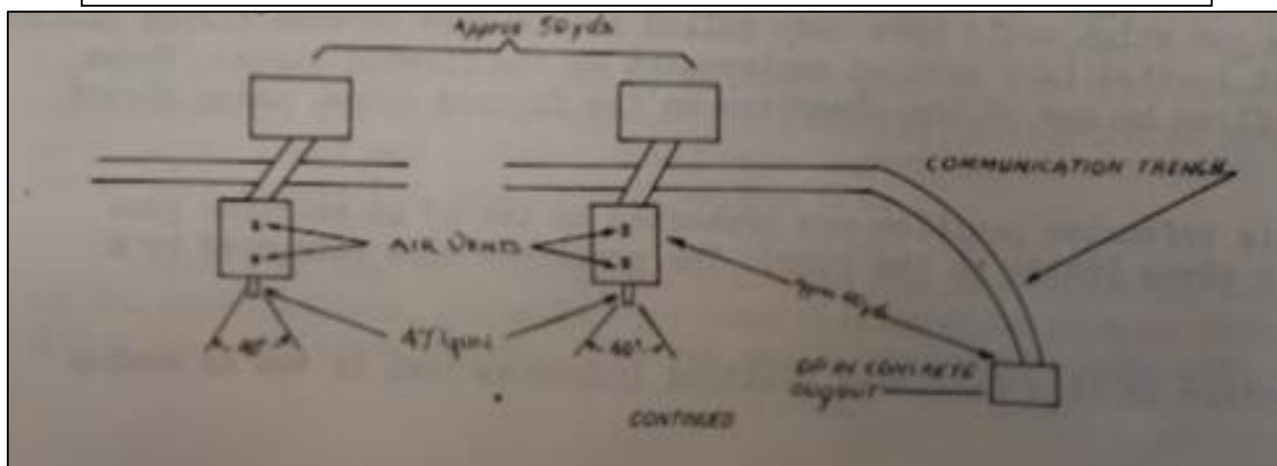
Fuente: NA, WO 208/1010, Iwo Jima and Okinawa Campaign, "Extracts from Military Research Bulletin Japanese Intelligence No.18 - Tactics and strategy", 4 de julio de 1945.

Figura 19. Nido de ametralladora emplazado y camuflado en una tumba, 1945.



Fuente: NA, WO 208/1010, Iwo Jima and Okinawa Campaign, "Extracts from Military Research Bulletin Japanese Intelligence No.18 - Tactics and strategy", 4 de julio de 1945.

Figura 20. Boceto de un sistema de trincheras y túneles para albergar ametralladoras ligeras, 1945.



Fuente: NA, WO 208/1010, Iwo Jima and Okinawa Campaign, "Extracts from Military Research Bulletin Japanese Intelligence No.18 - Tactics and strategy", 4 de julio de 1945.

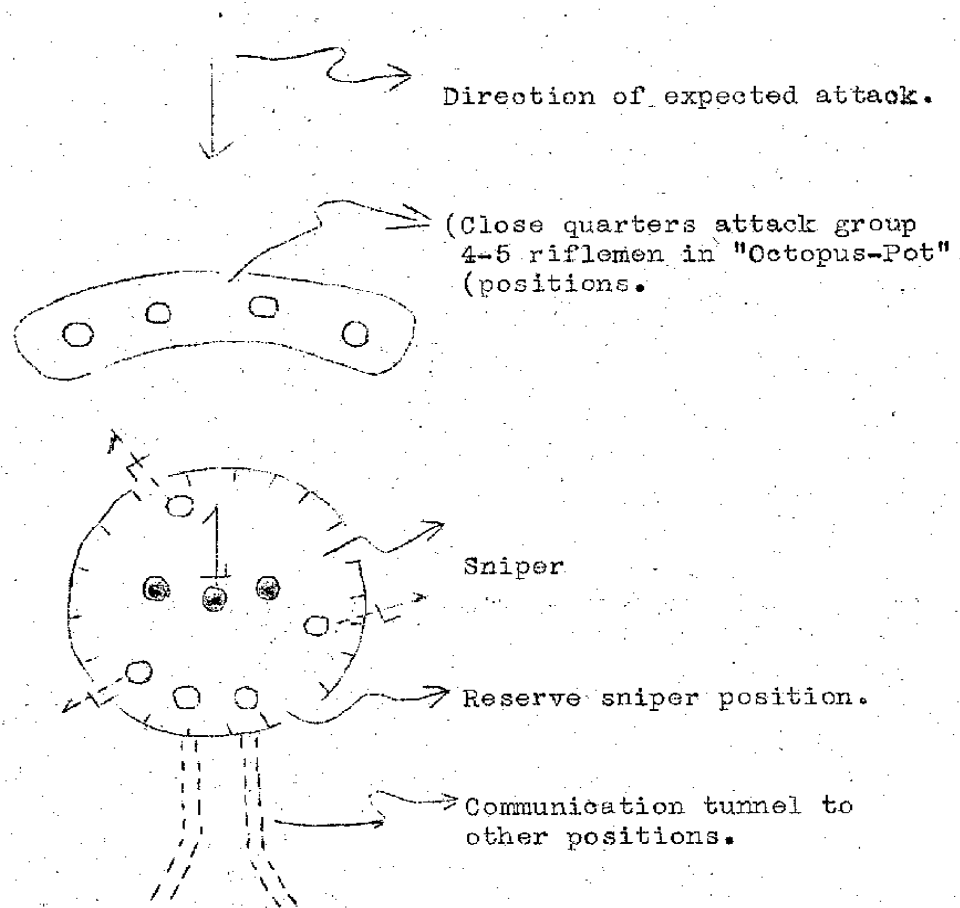
Una de las instrucciones dirigidas a la artillería oculta en estas obras era la de no abrir fuego hasta tener al enemigo a una distancia cercana. Ello evoca a la misma medida para el caso de Canarias con respecto al fuego contra un asalto aerotransportado donde, al igual que el ejemplo de Okinawa, la superioridad de las fuerzas invasoras era la principal preocupación en vistas de que la artillería defensora fuera descubierta prematuramente. En todo caso, las infraestructuras subterráneas okinawenses fueron complementadas con el prolífico uso de las tumbas familiares de la población nativa, siendo espacios de relativa profundidad, para acondicionarlos como nidos de ametralladora o trincheras. Esta práctica fue una de tantas entre los expolios y agravios ocasionados sobre la población civil. Por su parte, tanto Yahara como el resto de los altos oficiales eran conscientes de que, por subrayarlo metafóricamente, las obras defensivas se transformarían en sus propias tumbas una vez desembarcara el enemigo. En este sentido, en aras de mantener la motivación entre la tropa se repartió el panfleto titulado *El camino hacia una victoria certera* donde se exponía que las fortificaciones subterráneas serían lugares inexpugnables y garantes de la victoria⁵⁴¹.

Normalmente, las cuevas fortificadas estaban conectadas por túneles o trincheras con otras cercanas, por lo que la comunicación a nivel de batallones distribuidos entre los puntos de resistencia era buena. Pero no puede decirse lo mismo con respecto a los contactos hacia instancias superiores. En un informe estadounidense se detallaron estos puntos de resistencia, bajo el nombre de "Octopus -pot", mediante el siguiente esquema:

⁵⁴¹ Feifer, Tennozan. *The Battle...*, p. 110.

una primera línea conformada por cuatro o cinco fusileros respaldada a su vez por la propia fortificación donde estaban albergados francotiradores y un puesto para una ametralladora ligera. El boceto ofrecido en el informe es el siguiente:

Figura 21. Punto de resistencia japonés (Octopus-pot) según la visión estadounidense, 1945.



Fuente: DTIC, ADA438611, Information on Japanese Defensive Installations and Tactics, 3 de agosto de 1945.

El sistema de fortificaciones y obras subterráneas fue complementadas por las tácticas contra carros de combate y las misiones de infiltración. A juicio de Thomas Huber la guerra terrestre desarrollada en Okinawa fue la de un enfrentamiento entre los carros de combate móviles estadounidenses contra unos “carros de combate” japoneses estáticos encarnados en las fortificaciones⁵⁴². En el citado informe se recogió y tradujo diversas

⁵⁴² Huber, *Japan's Battle...*, p. 68.

instrucciones japonesas acerca de estas cuestiones. En efecto, las fuerzas japonesas eran conocedoras de que uno de los puntos fuertes de los invasores era el del gran uso de carros de combate apoyados por grupos de infantería. Por tanto, en la directiva nº13 del 32º Ejército se recomendaba que para repeler efectivamente a los atacantes se dispusiera de los obstáculos pertinentes, desde rocas hasta minas, en los caminos donde avanzarían los carros de combate. Seguidamente, se planificarían ataques a corta distancia manteniendo como mínimo una distancia de 135 metros para eludir los daños de los lanzallamas enemigos. Asimismo, se debería disponer de suficientes unidades de infantería en las entradas de diversas cuevas para apoyar el fuego de cañón anticarro de combate, el modelo 1 de 47 mm de 1941, a un rango de tiro cercano⁵⁴³. La distribución de este modelo, el único competente para dañar los carros de combate Sherman norteamericanos, fue bastante limitada entre los cuerpos de artillería del 32º Ejército.

Por su parte, las misiones de infiltración mostraban diversa naturaleza según los objetivos. En esencia, las misiones eran: destruir carros de combate, derribar aeronaves, eliminar piezas de artillería, hostigamiento y para recabar información. Salvo esta última el resto consistían meramente en misiones suicidas. Los grupos eran organizados de tres a cinco hombres y estaban equipados comúnmente con rifles, granadas, cargas explosivas y, ocasionalmente, con ametralladoras ligeras, morteros y equipo de radio. Las misiones eran llevadas a cabo principalmente durante la noche, aunque también era común que las unidades que habían sido sobrepasadas por el avance enemigo, pasando por ello inadvertidas en sus puntos de resistencia, organizaran misiones por la retaguardia⁵⁴⁴. A pesar de ello, las defensas okinawenses no fueron capaces de repeler la invasión aliada. A lo sumo pudieron alcanzar, parcialmente, uno de los principales objetivos marcados: ofrecer una guerra de desgaste que, aunque no se materializó en un daño de pérdidas humanas considerable haciendo nuevamente un paralelismo con las misiones suicidas de kamikazes, sí que demoró en dos meses y medio el avance estadounidense a las puertas de las islas principales japonesas. Igualmente, también fue el teatro donde más bajas estadounidenses hubo en todo el Pacífico.

A modo de conclusión de este capítulo, y a la luz de nuestro enfoque comparado, conviene resaltar varios elementos. Pero, si la comparación de estos tuviera que resumirse en una palabra esta sería la de precariedad. Claro está que ello requiere una serie de matices. Recapitulando desde una panorámica general, tanto España como Japón partieron de una situación defensiva bastante mejorable. Concretamente, si bien el régimen franquista inició proyectos de defensa como los del Campo de Gibraltar y el de la línea de los

⁵⁴³ DTIC, ADA438611, 32D Army Combat Directive No.13, Information on Japanese Defensive Installations and Tactics, 3 de agosto de 1945.

⁵⁴⁴ Ídem.

Pirineos, estos no llegaron nunca a ponerse en uso y tampoco fueron finalizados a tiempo para el propósito por el que fueron erigidos. De igual forma, el imperio del Sol Naciente acusó una falta generalizada de medidas defensivas para guardar sus fronteras más íntimas, a saber, las islas principales. Pero si España tenía la excusa de la miseria económica y el atraso técnico-militar para justificar su paupérrimo contexto, las explicaciones japonesas residían en una desidia sobre materia defensiva a raíz de su excesiva confianza en la doctrina ofensiva y en su capacidad de expandir la Esfera de la Coprosperidad en el Pacífico. Incluso, y como se ha remarcado, durante la misma fase final de la guerra las instancias militares superiores seguían confiando en que Japón conseguiría salir con entereza del conflicto gracias a una gran ofensiva final como estaba planteada en Okinawa.

En plano más tangible, la precariedad se presenta de nuevo como la síntesis conceptual más adecuada. Sin embargo, las diferencias que afloran dentro de esta conjunción merecen ser expuestas. Así, a pesar de partir de un comprometido escenario, Okinawa tuvo dentro de su precariedad un mayor número de posibilidades defensivas, tanto cualitativas como cuantitativas. La disponibilidad de tropa no solo era mayor en número respecto a las fuerzas canarias, sino que también su despliegue estaba menos disperso a pesar de contar igualmente con un territorio fragmentado. Dejando a un lado el ámbito numérico, existieron divergencias abismales entre los dos ejércitos insulares. Sin entrar en una excesiva recopilación de detalles, lo más destacable era que mientras el 32º Ejército japonés poseía una reserva de municiones y armamentos decentes, véase las piezas de artillería, morteros o armas automáticas, las fuerzas canarias aun arrastraban un atraso que se reflejaba tanto en la propia ausencia del armamento esencial como la heterogeneidad y obsolescencia de artillería. Asimismo, la disposición de la flota aeronaval fue otra de las grandes diferencias.

Pero sin lugar a duda, la diferencia más notoria en el aspecto táctico fue en la misma constitución del plan defensivo. Las autoridades militares en Canarias optaron por el clásico despliegue de la defensa de costas en primera línea tanto de infantería como de artillería. Ello venía ligado a la preocupación por defender objetivos militares ineludibles como los aeródromos o los puertos. Por el contrario, el entramado de fortificaciones subterráneas en Okinawa fue uno de los ejemplos más evidentes de innovación en cuanto al uso del terreno y, tal y como se desarrollaron los combates, el más exitoso dentro de sus límites para entorpecer una invasión. Cabría en este sentido resaltar la cierta similitud orográfica compartida en ambas islas. La historia contrafactual o alternativa carga con suspicacias y cuestionamientos dentro del mundo académico. Sin embargo, ello no resta importancia a la casi imperiosa necesidad de preguntarse si el sistema empleado en

Okinawa podría haberse transferido a Gran Canaria para repeler con mayor eficacia un eventual ataque británico, especialmente si se tiene en cuenta la mayor precariedad de la que partió la guarnición canaria.

Ciertamente, lo acaecido demuestra que el planteamiento aplicado en Okinawa era el mejor método para afrontar, en un entorno insular, a una fuerza invasora muy superior en recursos humanos y materiales. Y si el resultado fue fatídico para las fuerzas japonesas se puede afirmar con certeza que este hubiera sido igual, e incluso mucho peor, para la guarnición de Canarias si los británicos hubieran ejecutado su plan de invasión. Las defensas hubieran sido barridas rápidamente de las playas y costas sin que ni siquiera el artillado pudiera lanzar una sola andanada a los navíos invasores, aunque que este eventual escenario no podría haberse desenvuelto de la manera más favorable para Reino Unido por su doctrina anfibia. En efecto, y como se ha detallado anteriormente, los preceptos de los asaltos anfibios británicos descansaban en el factor sorpresa ligado al asalto nocturno, una fuerza expedicionaria contenida, la proyección de ofensivas en puntos mal defendidos y un laxo apoyo de fuego aeronaval previo. En todo caso, y realizando un paralelismo a la inversa, si la guarnición de Canarias pudiera haber aplicado las innovaciones tácticas del 32º Ejército japonés, los comandantes aliados habrían tenido que emular la doctrina estadounidense de un asalto frontal con un intenso bombardeo aeronaval para garantizar el éxito de la ocupación de las islas atlánticas.

El resultado dispar de la guerra tanto en España como en Japón y, por tanto, en sus correspondientes archipiélagos deriva en otra fundamental divergencia: la militarización de la población civil. Aunque este factor será analizado en un ulterior capítulo con mayor profundidad, no es desdeñable revelar someramente algunas cuestiones. Quizás pueda resultar obvio pensar que la implicación directa de la beligerancia japonesa trajera como efecto dominó una implicación general de toda su población. Pero a esta creencia a priori obvia le surgen una serie de cuestionamientos. ¿Hasta qué grado la beligerancia formal japonesa era una precondition para que la población okinawense fuera encuadrada inexorablemente en la planificación militar? Ciertamente nuestro enfoque comparado pretende arrojar algo de luz al respecto. Y es que antes de que desembarcaran las tropas estadounidenses a Okinawa el expolio sobre los locales isleños alcanzaba altos grados de dureza no solo con el afán de servirse de esta isla como la vanguardia contra el invasor, sino que se instó a los civiles desde las autoridades militares a que se inmolaran, bien para acabar con su vida o bien para atacar al soldado estadounidense. Para el caso de Canarias, aunque esta no se viera implicada en una batalla, las medidas atajadas sobre la población civil durante la fase de más inminencia de un ataque distaron bastante con respecto a las adquiridas sobre los residentes okinawenses. Es por ello por lo que, a nuestro juicio, los

factores que deben sopesarse para completar esta comparación no deben buscarse en los aspectos técnico-militares sino más bien en los culturales y sociales como veremos más adelante.

6. LAS ISLAS EN LA ESTRATEGIA NORTEAMERICANA DE LA POSGUERRA Y EL INICIO DE LA GUERRA FRÍA

Si durante la Segunda Guerra Mundial tanto Canarias como Okinawa cobraron un interés geoestratégico para los Aliados, los años posteriores, encarando de este modo los inicios de la posguerra o de la Guerra Fría, fueron testigos de la continuación de dicho interés, aunque por motivos diferentes al de derrotar al Eje. En efecto, el desbarajuste del viejo orden internacional dimanado del conflicto trajo consigo el planteamiento de una nueva configuración geopolítica, económica y militar que tendrían los territorios afectados, directa e indirectamente, por la guerra. Como es bien sabido, los grandes moldeadores del nuevo orden que estuvo por venir fueron Estados Unidos y la Unión Soviética, categorizadas estos dos por diversidad de autores con el término de “superpotencias”.

En este capítulo se abordará la continuidad de este interés en los espacios insulares que atañen a esta investigación a través de las lentes del protagonista más relevante en los años posteriores a la guerra: Estados Unidos. Por tanto, es necesario en primer lugar situarnos de manera general en el escenario de los planes norteamericanos para la inmediata posguerra cuya fase embrionaria arrancó durante la contienda. Una de las tendencias más comunes es tratar este aspecto desde el filtro del establecimiento de bases militares alrededor del globo. Sin embargo, este elemento estricta y aparentemente militar no puede comprenderse si no se tienen en cuenta los planes en clave geopolítica, económica e incluso cultural de la potencia norteamericana. Como se expondrá, las bases militares solo conformaron una pieza más del complejo tablero que deseaban erigir los mandatarios y estrategias estadounidenses.

Con este marco de referencia se pasará a abordar seguidamente la importancia de Canarias y Okinawa dentro de la planificación norteamericana. Será en estas líneas donde se encuentre una de las últimas diferencias dentro de este primer bloque entre ambos entornos insulares, a saber, el auge de valor geoestratégico y militar en uno y la evanescencia de dicho valor en otro. En este sentido, el factor que más ponderó en las discusiones de los planificadores estadounidenses para ambos archipiélagos fue el del establecimiento de instalaciones militares. Por ende, estos apartados, a diferencia del anterior, gravitarán con mayor énfasis sobre un análisis más profuso en lo referido a los aspectos geoestratégicos y castrenses.

6.1. Los planes norteamericanos para la posguerra (1943-47)

We do not have to face any attack tomorrow next day. Yet we are faced with something almost as difficult. We are faced with great decisions. [...] The 20th Century must be to a significant degree an American Century. This knowledge calls us to action now. What can we say and foresee about an American Century? It is meaningless merely to say that we reject isolationism and accept the logic of internationalism. [...] But what internationalism have we Americans to offer? It must be the product of the imaginations of many men. It must be a sharing with all peoples of our Bill of Rights, our Declaration of Independence, our Constitution, our magnificent industrial products, our technical skills. It must be an internationalism of the people, by the people and for the people. [...] The vision of America as the principal guarantor of the freedom the vision of Americas as the dynamic leader of world trade, the possibilities of such enormous human progress as to stagger the imagination⁵⁴⁵.

Estas son algunas de las líneas que escribió Henry Luce a principios de 1941 en la revista *Life* en su artículo titulado “The American Century”. Antes de que Estados Unidos se hubiera sumergido formalmente en la Segunda Guerra Mundial, Luce esbozaba, casi de forma premonitrice, los primeros atisbos, al menos ideológicos, sobre los que se asentaría el rol y los proyectos norteamericanos durante la década de 1940 en adelante. Era pues el momento de arranque para el “Siglo Americano”. Un siglo americano que debía preconizar, tal y como remarcaba Luce, el abandono de la política aislacionista y apostar de lleno por el internacionalismo conjugado mediante valores como la libertad, la democracia o los principios de la declaración de independencia entre otros. Pero, como también se señalaba en las líneas citadas, este internacionalismo significaba expandir no solo unos ideales etéreos, sino también la influencia material estadounidense, a saber, sus “productos industriales” y “habilidades técnicas”. En otras palabras, el eslogan del siglo americano se traducía en expandir la influencia geopolítica y económica norteamericana, bajo el filtro mesiánico del Destino Manifiesto, por todo el orbe. Haciendo uso del mismo titular de Luce, el historiador John Dower pone énfasis en que esta publicación “se convirtió en materia prima de la retórica de la guerra fría”, un periodo marcado más bien por un “violento Siglo Americano”. En esta nueva era se hacía indispensable, por tanto, poseer una buena “musculatura”, esto es, disponer de “una superioridad absoluta e infinita” para “desplegar el arsenal bélico más avanzado y destructivo del mundo” a largo plazo⁵⁴⁶.

Elizabeth Vargas sostiene que toda acción de política exterior de un Estado que se proyecta en el sistema político internacional está fundamentada, eminentemente, sobre

⁵⁴⁵ Luce, Henry, “The American Century”. *Life Magazine*, 17 de febrero de 1941, pp. 64-65.

⁵⁴⁶ Dower, *El violento siglo americano...*, p. 30.

dos pilares: el de la seguridad nacional y el del interés nacional. Es el Estado “la única entidad capaz de formular una política exterior ya que posee dos características esenciales”. Estas serían la de “conformar jurídicamente como sujeto básico del Derecho internacional” y, en el ámbito geopolítico, la de ser “la unidad primaria de la comunidad internacional con soberanía para decidir su política exterior”⁵⁴⁷. Por tanto, Estados Unidos como Estado soberano había ejercido una preeminencia sin retorno en el Sistema Internacional (SI) a partir de la década de 1940. Un sistema internacional que es definido por Esther Barbé como aquel “constituido por un conjunto de actores cuyas relaciones generan una configuración de poder (estructura) dentro de la cual se produce una red compleja de interacciones (procesos) de acuerdo con determinadas reglas”⁵⁴⁸.

Desde el realismo político, paradigma clásico para estudiar las relaciones internacionales, los conceptos mencionados de interés y seguridad nacional se analizan, casi de manera exclusiva, en clave de poder fáctico. Es decir, la seguridad e interés nacional, principales guías de la política exterior, pivotan sobre las plataformas de la guerra, la paz, la resolución de conflicto y, en última instancia, sobre cuestiones “fundamentalmente militares”⁵⁴⁹. En conexión con esta perspectiva se asientan los análisis de los neorealistas cuando tratan de explicar las relaciones y acciones ejercidas por Estados Unidos y la Unión Soviética en la inmediata posguerra y, en general, durante toda la Guerra Fría. A saber, todo se redujo a un equilibrio de poderes donde las fricciones y enfrentamientos eran inevitables por estar demarcados, casi teleológicamente, por un proceso estructural propio del sistema, aunque en ello se hará énfasis más adelante. En todo caso, los principales protagonistas, Estados Unidos y la Unión Soviética, cobraron un nuevo papel dentro del sistema internacional: el de superpotencia. Con ello quedaban suplantadas las viejas potencias tradicionales, como Reino Unido o Francia, sustentadas por sus imperios coloniales. Sin embargo, creemos que es más acertado seguir hablando de sistemas imperiales para referirnos a estos nuevos protagonistas tal y como sugiere Gustavo Bueno. Para el filósofo riojano hay una clara distinción entre imperios. A saber, los imperios depredadores y los imperios generadores. Tanto Estados Unidos como la Unión Soviética se suscriben como imperios generadores en tanto que:

Por estructura, y sin perjuicio de las ineludibles operaciones de explotación colonialista, determinan el desenvolvimiento social, económico, cultural y político de las sociedades

⁵⁴⁷ Vargas García, Elizabeth, *El rol de Estados Unidos en el sistema político internacional de la posguerra fría*. Tesis Doctoral - Universidad Complutense de Madrid, 2017, p. 24.

⁵⁴⁸ Barbé, Esther, *Relaciones Internacionales*. Tecnos, 2000, p. 113.

⁵⁴⁹ Vargas García, *El rol de Estados Unidos...*, p. 35.

colonizadas, haciendo posible su transformación en sociedades políticas de pleno derecho⁵⁵⁰.

Ciertamente, ejerciendo un dominio imperial emergente de facto, el rol y los proyectos dimanados del Estado norteamericano no debieron su razón de ser al estricto ámbito castrense. Decía Carl von Clausewitz con su famoso aforismo que “la guerra es la mera continuación de la política por otros medios”⁵⁵¹. Antes bien, el militar prusiano enfatizaba la guerra como un medio para conseguir un objetivo político que estaba a su vez interrelacionado con elementos sociales, culturales y económicos. O, en otras palabras, la guerra es ante todo un proceso social, político, cultural y económico. Para evitar extender *sine die* estas consideraciones previas baste decir que se procederá a ahondar en las siguientes líneas sobre los planes estadounidenses en la reconfiguración de un nuevo marco geopolítico desde diversas perspectivas.

Aunque Henry Luce ya dilucidaba tempranamente sobre los aspectos y el rumbo que debía tomar Estados Unidos, Cordell Hull, secretario de Estado, se había adelantado a finales de 1939 cuando convocó un comité departamental para discutir sobre las condiciones y problemas de la posguerra. Conocido por su apoyo a la línea internacionalista, Hull consideraba el proteccionismo, los modelos autárquicos y, en definitiva, la cerrazón de mantener los mercados enclaustrados al libre comercio como los principales provocadores de la guerra y los culpables de la aparición de regímenes totalitarios⁵⁵². Por tanto, los intereses de Estados Unidos quedaron delimitados en las conferencias de Dumbarton Oaks y Bretton Woods en 1944. En efecto, las conversaciones para la creación de la Organización de las Naciones Unidas con su Consejo de Seguridad o la aplicación de una política de “puertas abiertas” en el futuro sistema económico internacional eran los basamentos indispensables para la influencia y los planes de Estados Unidos. En particular, esta política de “puertas abiertas” se materializó en la creación del Fondo Monetario Internacional, el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo o el Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio donde se aceptaba la convertibilidad monetaria, la fijación de los tipos de cambio en el mercado de divisas y la eliminación de cualquier traba comercial. Todo ello quedaba supeditado a que la pujante industria norteamericana pudiera exportar favorablemente sus bienes de consumo. Una industria que estuvo insuflada por el propio conflicto y que ahora necesitaba nuevas válvulas de escape. Así, el PNB estadounidense pasó de 88,6 mil millones de dólares en 1939 a 135 mil millones en 1945. En 1944 el gigante

⁵⁵⁰ Bueno, Gustavo, *Diccionario filosófico*. Biblioteca Filosofía en Español, 2000, p. 723.

⁵⁵¹ Von Clausewitz, Carl, *De la guerra*. Tomo I, Venezuela, Fondo Editorial Hormiguero, 2017 [1832], p. 51.

⁵⁵² Kennedy, Paul, *Auge y caída de las grandes potencias*. DeBolsillo, 2004, p. 563.

norteamericano ya producía la mitad del armamento y bienes de consumo del mundo. Parecía que los estragos del Crack de 1929 eran tan solo un difuso mal recuerdo⁵⁵³.

Pero para construir un verdadero mercado global libre de interferencias a Estados Unidos no le bastaba con ocupar el vacío legado por las potencias del Eje, sino que también debía afianzarse sobre los retales imperiales de sus aliados en la guerra, especialmente sobre las posesiones de Reino Unido. Esta herencia o traspaso de poder no resultó ni mucho menos pacífica o mediante una transición lógica como remarca Christopher Layne. Más bien, el Estado norteamericano presionó y contribuyó activamente al desmoronamiento, al menos económico, del imperio británico, el cual intentó resistirse por todos los medios. Más allá de la mitificada “relación especial” sostenida entre las dos naciones anglófonas durante el conflicto, arguye Layne, Estados Unidos veía a Gran Bretaña como un claro competidor en el devenir de la posguerra. De hecho, Jan Melissen considera que es más propio hablar de una “cooperación competitiva” para abordar la alianza de ambos países⁵⁵⁴. Así, Melissen aduce que: “El concepto «especial relación» no es otra cosa que una estrategia diplomática británica, el instrumento de una gran potencia en declive que intentaba ganarse a la incipiente superpotencia de ideas afines”⁵⁵⁵.

El ejemplo más flagrante de esta competición era acabar con el sistema de comercio imperial emanado desde Londres y entrar en los mercados protegidos de Oriente Medio, en especial en Irán y Arabia Saudí, donde Reino Unido poseía grandes concesiones en la exportación de petróleo⁵⁵⁶. La ley de Préstamo y Arriendo, por ejemplo, obligaba a Reino Unido a aceptar la política de “puertas abiertas” a la vez que limitaba sus exportaciones. Del mismo modo, los acuerdos de Breton Woods forzaron a la potencia anglosajona a terminar, en 1946 como fecha límite, con el control sobre las importaciones. Son muchos los que sostienen, continua Layne, que realmente Reino Unido ya arrastraba una dinámica de decadencia en su sistema imperial originada a finales del siglo XIX. Como consecuencia, tanto los mandatarios como los estrategas norteamericanos, conscientes de este colapso, aprovecharon la oportunidad⁵⁵⁷.

Otro requisito ineludible para la proyección económica estadounidense era la reconstrucción política y económica del viejo continente. De los proyectos más

⁵⁵³ Bosch, Aurora, *Historia de Estados Unidos 1776-1945*. Crítica, 2005, pp. 494-495; Kennedy, *Auge y caída...*, p. 560.

⁵⁵⁴ Melissen, Jan, “Cooperación y competencia: relaciones entre Gran Bretaña y los Estados Unidos durante la Guerra Fría”. *Revista de Estudios Políticos*, nº68, 1990, p. 229.

⁵⁵⁵ Ídem.

⁵⁵⁶ Layne, Christopher, *The Peace of Illusions. American Grand Strategy from 1940 to the Present*. Cornell University Press, 2006, p. 47. Melissen recoge el término de “cooperación competitiva” de David Reynolds en su obra *The Creation of the Anglo-American Alliance, 1937-41: a study in competitive cooperation*.

⁵⁵⁷ Ídem, p. 50.

destacables en este sentido se sitúa el ampliamente conocido plan Marshall. Los diversos encuentros diplomáticos entre las potencias aliadas revelaron fricciones en torno al devenir de los territorios alterados por la contienda, particularmente entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Así, en la conferencia de Teherán, Stalin preconizaba una implantación de severas restricciones sobre Alemania además de su ocupación física compartida junto también a las posesiones japonesas, lo que se traducía en duras sanciones y el desmantelamiento de su tejido industrial. La actitud del dirigente soviético se formulaba sobre el temor de que Alemania, tal y como se lo puso en conocimiento a Churchill durante las discusiones, retornaría a ser una amenaza militar al poco tiempo de ser derrotada. Stalin se refería a los conflictos que discurrieron en un breve lapso, desde la Guerra franco-prusiana (1870), pasando por la Primera Guerra Mundial (1914), hasta la Segunda Guerra Mundial (1939). A ojos de Stalin, parecía que los alemanes tenían casi inscrito el belicismo en su ADN. Como solución añadida a lo ya planteado, el dictador soviético recomendaba que se ejecutara entre 50.000 y 100.000 oficiales alemanes, algo que fue rechazado por Roosevelt y Churchill⁵⁵⁸.

Con la conferencia de Yalta en febrero de 1945 parecía que las posibles disquisiciones quedarían resueltas, al menos en teoría. Se acordó dividir Alemania en cuatro zonas administradas por los Aliados, se reconocía las áreas de influencia de Estados Unidos, mediante el dominio de Latinoamérica y el hemisferio occidental, y la Unión Soviética, con algunas concesiones territoriales asiáticas y los derechos ferroviarios en Manchuria. También se consolidó el Consejo de Seguridad de la ONU, así como la capacidad de veto de sus miembros permanentes y se apoyó la configuración de nuevos gobiernos en los antiguos territorios ocupados por el Eje a través de elecciones libres sin injerencias de ningún tipo⁵⁵⁹.

Claro está que muchas de estas propuestas no tardaron en encaminarse por la vía de la discordia. En concreto, durante de la conferencia de Potsdam en julio de 1945 no hubo un consenso acerca de las reparaciones que debía pagar Alemania de manera conjunta, lo que derivó que cada potencia aliada aplicara las indemnizaciones que creyera oportunas en su zona de ocupación. En relación con el temor soviético acerca del resurgimiento de una nueva amenaza alemana en poco tiempo, el Departamento de Estado norteamericano creía que la desmovilización de tropas y la privación de armas a la potencia germana eran medidas más que suficientes para disipar cualquier duda acerca de un nuevo conflicto. De

⁵⁵⁸ Franklin, William M. y Gerber, William eds., *Foreign Relations of the United States. Diplomatic Papers. The Conferences at Cairo and Tehran 1943*. United States Government Printing Office, 1961, pp. 532 y 553-554.

⁵⁵⁹ Paterson, Thomas G., *On Every Front: The Making of the Cold War*. W. W. Norton & Company, 1979, pp. 38-39.

hecho, las exigencias soviéticas en el asunto de las reparaciones se consideraba que rozaban el expolio y no contribuirían en el proyecto de reconstrucción económica y política de Europa⁵⁶⁰. Por otro lado, se acordó la creación de un Consejo de Ministros Exteriores para que se encargara de la partición de Alemania. Una medida motivada para que no se repitiesen los errores originados en el Tratado de Versalles en 1918⁵⁶¹.

Otro campo de las desavenencias entre Estados Unidos y su aliado soviético radicó en las mencionadas áreas de influencias. Thomas Paterson se refiere a estas áreas con los términos de “esferas de influencia” y estarían clasificadas como esferas abiertas y esferas exclusivas. La diferencia esencial entre ellas es que en las esferas abiertas una gran potencia intenta influir en los países de dicha esfera a través de su política exterior, pero sin interferir en los asuntos de su política doméstica o sin socavar su soberanía. La esfera exclusiva es, por consiguiente, todo lo contrario, una zona donde una gran potencia mantenía un férreo dominio en todos los ámbitos⁵⁶². Dentro de esta última categoría pensaban los mandatarios norteamericanos que se situaban los países de Europa oriental a consecuencia de su relación con la Unión Soviética. Como apuntaba el embajador estadounidense en Moscú, W. Aderell Harriman, “soviet control over any foreign country did not mean merely influence on their foreign relations but the extension of the Soviet system”⁵⁶³.

Si bien la lucha por la proyección de la influencia pasaba por bregar en diversos escenarios, lo esencial para Estados Unidos y la Unión Soviética era tener un peso notorio en el “corazón de Eurasia” que era “la presa económica y estratégica más preciada del mundo”⁵⁶⁴. Era evidente que dentro de los planes de propagación de la hegemonía norteamericana el enfrentamiento con los soviéticos era inevitable, o al menos eso era lo que pensaron los decisores y estrategias desde Washington. Esta visión fue compartida, como ya se apuntó anteriormente, por los neorrealistas. Incluso, los analistas ortodoxos aducían que Estados Unidos era un mero actor pasivo susceptible de sufrir la constante amenaza de Moscú, por lo que sus acciones expansivas en la política exterior respondían simple y llanamente a su defensa, o como se remarcaba en párrafos anteriores, a su interés y seguridad nacional. Fue en este punto, justo en 1945 y 1946, cuando comenzó a gestarse la “paranoia” estadounidense, en palabras de Dower⁵⁶⁵. Una paranoia que se originó en parte por un cambio de actitud en las relaciones con el régimen de Stalin. En efecto, como

⁵⁶⁰ NARA, Collection HST-Naval, *The Berlin Conference Agenda Proposed by the Department of State*, 30 de junio 1945.

⁵⁶¹ Ídem.

⁵⁶² Paterson, *On Every Front...*, p. 42.

⁵⁶³ Citado en Paterson, *On Every Front...*, p. 43.

⁵⁶⁴ Mc Mahon, Robert, *La Guerra Fría. Una breve introducción*. Alianza, 2009, p. 22.

⁵⁶⁵ Dower, *El violento siglo americano...*, p. 24.

asevera Layne, el cambio de gobierno de Roosevelt al de Truman derivó en el traspaso de los “axiomas de Yalta”, caracterizados por un acercamiento más tradicional a la Unión Soviética como gran potencia y con espacio para la colaboración, a los “axiomas de Riga” donde la coexistencia de dos grandes potencias no era una opción válida y menos cuando el gobierno soviético era concebido como un Estado revolucionario peligroso para el futuro orden internacional⁵⁶⁶.

Por ende, varios de los temores estadounidenses, en muchos casos exagerados, acerca de la capacidad real soviética de conformarse como una amenaza quedaron plasmados en los diversos informes que elaboró la Agencia Central de Inteligencia (CIA) norteamericana. Un aspecto interesante de estos documentos era la combinación del autoengaño con la veracidad factual respecto a la Unión Soviética, ensamblado todo ello con una cierta retórica propagandística, que resquebrajaba en algunos momentos el mantra ortodoxo de contemplar a la potencia soviética como un implacable peligro, al menos durante los primeros años de la posguerra. Así, la CIA ponderaba con vehemencia que la principal finalidad de la política exterior del gobierno de Stalin era el de la “dominación mundial”. Un objetivo que fue motivado, a juicio de los analistas de inteligencia, por la siguiente explicación:

It is deeply rooted in a haunting sense of internal and external insecurity inherited from the Russian past, is required by compelling internal necessity as a justification for the burdensome character of the Soviet police state and derives its authority from the doctrine of Marx and Lenin⁵⁶⁷.

Bajo estas premisas el dominio mundial de los soviéticos pasaba por aplicar injerencias en la política exterior como medidas preventivas al inexorable conflicto contra Estados Unidos. Concretamente, las acciones soviéticas pasaban por:

To undermine the unity and strength of particular foreign states by discrediting their leadership, fomenting domestic discord, promoting domestic agitations conducive to a reduction of their military and economic strength and to the adoption of foreign policies favorable to Soviet purposes, and inciting colonial unrest⁵⁶⁸.

Junto a este tipo de informes convivían otros que, como se ha señalado, exponían una visión un tanto contradictoria, y más realista, respecto al discurso que afianzaba el miedo desenfrenado hacia la Unión Soviética. Ciertamente, realizando un sondeo sobre las capacidades militares soviéticas, un informe de octubre de 1946 indicaba que estas aún no habían alcanzado un desarrollo óptimo para convertirse en un peligro inminente. Se

⁵⁶⁶ Layne, *The Peace of Illusions...*, p. 54.

⁵⁶⁷ NARA, RG 263, ORE 1, *Soviet Foreign and Military Policy*, 23 de julio de 1946.

⁵⁶⁸ Ídem.

puntualizó el maltrecho potencial industrial que sustentaba el régimen soviético, así como su mermado sistema logístico o la limitada capacidad tecnológica en la industria armamentística. Aspectos, todos ellos, depauperados por la guerra. Por otro lado, se reconocía que mucho de lo plasmado en este documento estaba asentado en conjeturas por no disponer de información suficiente. Es por ello por lo que se realizaron estimaciones, normalmente de un periodo de diez años, para afirmar que Moscú tendría la mayor parte de su arsenal bélico actualizado. En especial, la tenencia de la bomba atómica, misiles balísticos, bombarderos equivalentes a los B-29 estadounidenses, una tecnología en radares decente o una amplia flota de submarinos eran algunos elementos de los que la Unión Soviética no podría disponer hasta bien entrada la década de 1950⁵⁶⁹. Estos datos fueron ratificados dos años más tarde en otro informe que valoraba las posibles amenazas a la seguridad nacional estadounidense. Las capacidades soviéticas eran vistas todavía muy limitadas en materia militar, e incluso se preveía que para 1958 las fuerzas industriales combinadas de Estados Unidos y Reino Unido seguirían siendo superiores en 2 a 1 respecto al régimen encabezado por Stalin. Del mismo modo, se reconocía una cierta invulnerabilidad de la nación norteamericana en cuanto a un ataque directo, por lo que la Unión Soviética solo podía limitarse a acciones de sabotaje y espionaje, a través de los partidos comunistas, en el hemisferio occidental⁵⁷⁰.

Pero las injerencias soviéticas no se limitaban solamente a lo descrito en estos informes, ni tampoco se circunscribían a sus fronteras más próximas en la Europa continental. Para destacar esta tesitura con algunos ejemplos, territorios tan dispersos respecto a Moscú como Grecia, Turquía o Irán atestiguaron la confrontación de influencias entre los dos emergentes imperios. En medio de la guerra civil de la nación helénica, desde Washington se temía que el Kremlin aumentara su presencia mediante el apoyo a las guerrillas conformadas en torno al partido comunista griego (KKE), el Frente de Liberación Nacional y los estados balcánicos bajo gobiernos comunistas. Además de diseminar el comunismo por Grecia, los mandatarios norteamericanos sostenían que el apoyo soviético se dirigía también para poder operar en los puertos del mar Egeo⁵⁷¹.

De igual forma, las acciones soviéticas igualmente bregaban en la península de Anatolia por instaurar unas relaciones con un gobierno favorable a Moscú. Todo ello movido por el afán de controlar el estrecho de Dardanelos como punto crucial para las comunicaciones marítimas en la conexión del Mediterráneo con Próximo y Medio Oriente. Sin embargo, los norteamericanos creían que la influencia soviética era débil

⁵⁶⁹ NARA, RG 263, ORE 3-1, *Soviet Capabilities for the Development and Production of Certain Types of Weapons and Equipment*, 31 de octubre 1946.

⁵⁷⁰ NARA, RG 263, ORE 60-48, *Threats to the Security of the U.S.*, 28 de septiembre de 1948.

⁵⁷¹ NARA, RG 263, ORE 6-1, *The Greek Situation*, 7 de febrero de 1947.

dado el frontal rechazo de la población y el gobierno turco. En este sentido, urgía una mayor colaboración entre Estados Unidos y Turquía para poder implementar los planes de ayuda estadounidenses en aras de modernizar las fuerzas armadas turcas para contener una eventual maniobra militar proyectada desde la Unión Soviética⁵⁷².

Una dinámica similar se replicó en Irán, aunque en este caso con intereses sobre recursos petrolíferos de por medio. En efecto, las presiones de Stalin por vía diplomática hacia el Gobierno de Irán para la autonomía de la provincia de Azerbaiyán, respaldadas con el apostamiento de tropas soviéticas en la frontera, estaba ligado al ansia del Kremlin de obtener concesiones para la explotación de petróleo⁵⁷³.

En aras de aplacar las ansias de dominio mundial soviéticas era imperativo, según la perspectiva de los estrategas estadounidenses, confeccionar y esparcir numerosos enclaves a lo largo y ancho del globo. Esto es, establecer bases aeronavales para diversos fines. En efecto, como se apuntó anteriormente, a la hora de explicar las motivaciones de los planes generales estadounidenses para la posguerra, lejos de observar estos enclaves desde el simplista prisma castrense, los intereses geopolíticos y económicos también jalonaron en el proyecto de expansión estadounidense para entrar en una perfecta simbiosis. Pero el fenómeno del establecimiento de enclaves no era algo novedoso ni Estados Unidos había sido pionero en la consideración de estos proyectos. Antes bien este proceso tenía una larga tradición, casi podría decirse que era un elemento identitario, en las dinámicas de los grandes imperios. Véase los ejemplos del imperio mongol, la China de los Ming, el portugués, el español, el otomano y, precedente a la nación norteamericana, el británico. En todo caso, Robert Harkavy aduce que Estados Unidos quedó rezagado para adherirse a estas dinámicas imperiales⁵⁷⁴.

Las primeras adquisiciones estadounidenses se materializaron en Puerto Rico y Filipinas a raíz de la guerra hispanoamericana (1898) y posteriormente con la posesión de las islas hawaianas y Guam. De hecho, siguiendo nuevamente con las premisas de Harkavy, más allá de estos territorios los dirigentes norteamericanos no se preocuparon en demasía para incorporar nuevos enclaves hasta finales de 1930, confiando, por tanto, en el dominio británico de espacios oceánicos como el Atlántico. No obstante, esta situación pareció revertirse raudamente a partir de 1940. El “Acuerdo de destructores por bases” de este

⁵⁷² NARA, RG 263, ORE 50, *The Current Situation in Turkey*, 20 de octubre de 1947.

⁵⁷³ NARA, RG 263, ORE 48, *The Current Situation in Iran*, 20 de octubre de 1947. En relación con la visión de la política exterior estadounidense que se plasmaba en párrafos anteriores, a saber, cuando se aludía a los realistas y ortodoxos, existió también un debate de autores que ponderaban por explicaciones dispares acerca de la actitud norteamericana en la crisis de Irán entre 1945 y 1946. Véase Hess R., Gary, “The Iranian Crisis of 1945-1946 and the Cold War”, *Political Science Quarterly*, vol.89, nº1 (1974), pp. 117-146.

⁵⁷⁴ Harkavy, Robert E., *Strategic Basing and the Great Powers, 1200–2000*. Routledge, 2007, p. 80.

mismo año, luego respaldado por la Ley de Préstamo y Arriendo un año más tarde, supuso el punto de partida en la expansión estadounidense en el ámbito de las bases aeronavales⁵⁷⁵. La cesión de bases bajo el mandato británico en el Atlántico y el Caribe, a saber, en Bermuda, las Bahamas, Jamaica, Antigua, Santa Lucía, Trinidad, la Guayana británica o en Terranova, estuvo ligada a las negociaciones y presiones norteamericanas para obtener más enclaves en Latinoamérica. Acapulco, las islas Galápagos, Haití, el uso de puertos y aeródromos brasileños, Guantánamo o Santiago en Cuba fueron algunos escenarios que cerraron el cerco norteamericano en el hemisferio occidental para el establecimiento o uso de bases⁵⁷⁶.

Pero la consideración de planes acerca de la disposición de bases ex profeso al periodo de la posguerra no llegó hasta mediados de 1943. De estos proyectos fueron artífices tanto organismos militares y como civiles. Ejemplo de ellos son la Jefatura de Estado Mayor Conjunto (*Joint Chief of Staff* - JCS), el Estado Mayor Conjunto (*Joint Planning Staff* - JPS) o el Departamento de Estado. Si se quisiera sintetizar al extremo las motivaciones y consideraciones sobre el entramado de bases norteamericanas Elliot Converse ofrece en su obra *Circling the Earth: United States Plans for a Postwar Overseas Military Base System, 1942-1948*, una de las monografías más completas a este respecto, ideas muy claras. En ella se puede encontrar las siguientes aseveraciones:

Many hoped American air carriers would be able to penetrate every corner of the globe in search of investment opportunities, markets, and raw materials for American business and industry. Shortly after the death of President Franklin D. Roosevelt, President Harry S. Truman told Secretary of Commerce Henry A. Wallace that, along with reparations, the future of international aviation was «the most important postwar international problem». In the 1940s little difference existed between an airfield used for military purposes and one used for commercial aviation. Civil aviation leaders, top military officers, and other government officials recognized the potential in linking the two. From the beginning of the postwar planning process, they hoped to integrate military and civil airfields into a vast network, assuring both physical and economic security for the United States⁵⁷⁷.

Sin embargo, no hay que olvidar que el peso de los objetivos militares estuvo muy presente en la mente de los diplomáticos y estrategas norteamericanos. En 1946, el general Carl Spaatz, jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos,

⁵⁷⁵ Vine, David, *Base Nation: How U.S. Military Bases Abroad Harm America and the World*. St. Martins Press, 2015, pp. 21-22; NARA, RG 165, *Memorandum for General Gerow: Military Agreement with the British*, 18 de febrero de 1941.

⁵⁷⁶ Harkavy, *Strategic Basing...*, pp. 81, 82 y 85.

⁵⁷⁷ Converse, Elliot V., *Circling the Earth. United States Plans for a Postwar Overseas Military Base System, 1942-1948*. Air University Press, 2005, p. xv.

escribió en *Foreign Affairs* un artículo titulado “Strategic Air Power: Fulfillment of a Concept”. Grosso modo, el artículo trataba de hacer un análisis en retrospectiva sobre la Segunda Guerra Mundial y las lecciones aprendidas en el marco de las operaciones aéreas. Destacaba el bombardeo estratégico durante la guerra, fruto de las innovaciones técnicas aeronáuticas, y que fue descuidado por Alemania como una herramienta eficaz. En cambio, Estados Unidos, ponderaba Spaatz, ya configuraba los primeros pasos, tanto teóricos como técnicos, del bombardeo estratégico desde la década de 1930 con el diseño del B-17 como primer bombardero competente. El conflicto proporcionó al país norteamericano la oportunidad de refinar sus cualidades en este ámbito para erigirse como uno de los factores esenciales para la victoria, sobre todo en el Pacífico. Al final del artículo, Spaatz afirmó que las futuras guerras se decidirían en mayor medida por el peso de las fuerzas aéreas. Esta era la lección más valiosa que extrajo del conflicto⁵⁷⁸.

Ya desde diciembre de 1942 el presidente Roosevelt pidió al JCS que comenzara a esbozar un estudio sobre los lugares adecuados para albergar instalaciones aéreas. Este primer interés del dirigente norteamericano residía en buscar rutas alternativas para cruzar el Pacífico, impelido también por un memorándum de la legación australiana en Washington, para evitar el acoso de las fuerzas japonesas. Sin embargo, hubo que esperar hasta noviembre de 1943 para que el JCS definiera un primer proyecto acerca de la situación específica de las futuras bases estadounidenses, así como de su jerarquización ahora con el punto de mira en la inmediata posguerra. Ello fue plasmado en la serie de planes conocidos como JCS 570 sobre los cuales se realizaron diversas modificaciones en los años subsiguientes. Mientras tanto, previo a este momento se sucedieron varias deliberaciones entre los organismos norteamericanos en relación con este asunto. Así, en enero de 1943 Adolf A. Berle, asistente de la Secretaría de Estado, obtuvo el beneplácito de Hull para crear el Comité Interdepartamental de Aviación Internacional (*Interdepartmental Committee on International Aviation* – ICIA) con el objetivo de profundizar en los elementos económicos, rutas comerciales y aviación civil que debían estar adscritos al plan de las bases para la posguerra. Por su parte, los oficiales del Comité Conjunto de Estudios Estratégicos (*Joint Strategic Survey Committee* - JSSC), y también del JCS, creían que el escenario de la posguerra debía encararse con la división de áreas de influencia a cargo de Estados Unidos, Reino Unido y la Unión Soviética. Siendo la potencia norteamericana la encargada del hemisferio occidental y gran parte del Lejano Oriente, lo perentorio era establecer rutas y bases aéreas a través de África, Medio Oriente y el suroeste del Pacífico⁵⁷⁹.

⁵⁷⁸ Spaatz, Carl, “Strategic Air Power: Fulfillment of a Concept”. *Foreign Affairs*, vol. 24, nº3, 1946, pp. 388-389 y 396.

⁵⁷⁹ Ídem, pp. 2, 6 y 11.

En octubre de 1943 el *Air Staff Plans* (ASP) recalca en un memorándum dirigido al comandante general de las Fuerzas Aéreas las dificultades que produciría el establecimiento de instalaciones aéreas norteamericanas en buena parte del globo terráqueo. Además del elevado dispendio económico que suponía este proyecto, otros problemas, como la percepción por otros países de las rutas e instalaciones aéreas como pretensiones imperialistas, la incógnita jurídica sobre la situación del personal fuera de estas instalaciones, las eventuales fricciones entre el personal militar norteamericano y la población civil de cada lugar o la complicación de adquirir derechos para la implementación de las bases, eran otros aspectos para tener en cuenta⁵⁸⁰. No faltaron tampoco en estos momentos enfrentamientos entre el Mando de Transporte Aéreo (*Air Transport Command* - ATC) y el APS junto a la Secretaría de Guerra. Enfrentamientos, en último término, entre aquellos que pujaban por una expansión de los intereses comerciales aéreos, véase el ejemplo de la *Pan American Airways* y su contribución en las rutas y la industria aeronáutica durante la guerra, y los intereses puramente geoestratégicos en clave militar⁵⁸¹. Del mismo modo, y conectados con el memorándum del APS, las instalaciones y derechos que poseía Estados Unidos por este periodo era fruto de acuerdos informales y pactados con oficiales militares y civiles locales, por ende, habría que establecer un acercamiento diplomático más sistemático en aras de expandir las bases y derechos que se querían conseguir⁵⁸².

A principios de noviembre de 1943 el JCS elaboró un informe a razón del documento JCS 570 donde comenzó a detallarse el sistema de bases aéreas. Aunque esto supuso un avance en la concreción de los planes norteamericanos, lo cierto es que el JCS aun reconocía que, exceptuando algunos lugares en Canadá, África y América del Sur, todavía haría falta más tiempo para estudiar en detalle la localización exacta de cada una de las instalaciones aéreas. Igualmente, no se exponía nada acerca de las rutas comerciales para las agencias estadounidenses, pero se esperaba que estas encontrarán una guía respecto a lo dirimido para el ámbito militar⁵⁸³. En otro informe se ahondaba en la organización y clasificación de las bases aéreas. Esencialmente, estas estaban aunadas en cuatro grupos según eran consideradas bases primarias o esenciales localizadas en el hemisferio occidental y vitales para la defensa del país, bases secundarias o requeridas con variación en sus defensa y mantenimiento, bases subsidiarias con instalaciones muy limitadas dedicadas para apoyar a las bases secundarias o para denegar operaciones enemigas y, finalmente, bases menores

⁵⁸⁰ NARA, RG 165, *Memorandum for the Commanding General, Army Air Forces – U.S. Military Requirements for Air Bases, Facilities, and Operating Rights in Foreign Territories*, 22 de octubre de 1943.

⁵⁸¹ Converse, *Circling the Earth...*, p. 27.

⁵⁸² Ídem, p. 30.

⁵⁸³ NARA, RG 165, Entry 421, Caja 611, *Joint Chief of Staff – U.S. Requirements for Post-War Air Bases*, 6 de noviembre de 1943.

para paradas técnicas y ser usadas como alternativas en las rutas aéreas si fuese necesario⁵⁸⁴.

Lo planteado en estos documentos por el JCS contó con la aprobación de Roosevelt el 19 de noviembre, aunque con una modificación. El presidente quería extender el área para la aplicación de derechos de exclusividad en las bases hasta el este de Samoa y el grupo de islas Marquesas. Quería, en definitiva, que estas islas estuvieran abiertas al tráfico comercial. Esta cuestión no era baladí en tanto que, si Reino Unido conseguía establecer o usar también instalaciones en Clipperton, las Marquesas y las islas de la Sociedad, evadiendo así la ruta hacia Hawái, el proyecto norteamericano de erigir una expansión comercial aérea se vería muy comprometido. Como añadidura a las demandas de Roosevelt se posicionaba también el objetivo de conseguir bases o derechos en el África Occidental. Marruecos, las islas Canarias, Dakar, Cabo Verde o Liberia eran los lugares más barajados para ello. Por todo esto, el Departamento de Estado se insertó pronto en una dinámica de contactos con diversos Estados para la negociación de derechos e instalaciones. En este sentido, la actividad burocrática comenzó a incrementarse a principios de 1944 y diversos miembros de los Departamentos de Estado, Guerra y Marina se reunieron para solicitar al JCS que proveyera de un listado detallado de las diversas instalaciones aéreas, así como su localización exacta⁵⁸⁵.

En efecto, durante 1944 muchos empleados civiles de los Departamentos de Guerra y Marina se mostraron insatisfechos con el trabajo hasta ese momento realizado por el JCS y el Departamento de Estado. A juicio de estos, aún quedaba por dirimir con más exactitud las condiciones y lugares sobre los que se asentarían las futuras instalaciones. Así, los planificadores de la Marina, encabezados por el secretario de esta misma institución, James Forrestal, enviaron al presidente y al Congreso en junio de este año su propio plan de la posguerra, el *Basic Post War Plan No. 1*, para resaltar el uso deseado, tanto para la flota aérea como naval, de las futuras bases. En esencia, las instalaciones señaladas en este documento se demarcaban dentro de los límites propuestos en el JCS 570. De igual modo, el plan de la Marina enfatizaba la importancia venidera de un enfrentamiento contra otra flota naval. No se contemplaba a la Unión Soviética en un primer momento como una potencia solvente capaz de enfrentarse a Estados Unidos, pero si se ponía de relieve la rivalidad casi ineludible que suponía la flota británica en el ámbito de la marina mercante. Por su parte, las fuerzas aéreas elaboraron su propio estudio, de nuevo al calor

⁵⁸⁴ NARA, RG 165, Entry 421, Caja 611, *Joint Staff Planners – Over-all Examination of U.S. Requirements for Military Bases*, 1943.

⁵⁸⁵ Converse, *Circling the Earth*.... pp. 35-37.

de las revisiones del JCS 570, en verano de 1945 acerca de los requisitos aéreos de las bases⁵⁸⁶.

Unos meses después, en septiembre de 1945, el Comité Conjunto de Planes de Guerra (*Joint War Plans Committee – JWPC*) publicó un listado de los escenarios donde debían asentarse las bases a raíz de la clasificación por importancia expuesta anteriormente⁵⁸⁷. Aunque, como quedó constatado a posteriori, la elección de estas bases según su relevancia, a saber, esenciales, requeridas, subsidiarias y menores, fue variando con la modificación de los planes. Dos meses más tarde, en otro documento elaborado por el mismo comité, se escudriñó con más concreción las áreas donde quedarían enmarcadas las instalaciones estadounidenses. Estas eran el área estratégica del Atlántico norte, el área estratégica del Sur, refiriéndose a las aguas del Caribe y el Atlántico sur hasta la latitud 30° N, el área estratégica del Pacífico y el área estratégica del Ártico.

Todos estos avances de planificación fueron frutos de las frecuentes presiones que las autoridades civiles ejercían sobre el JCS. Así, tras las constantes remodelaciones, para octubre de este mismo año el JCS 570 derivó en el JCS 570/40 como documento casi definitorio para guiar los planes de posguerra en materia de bases militares y adquisición de derechos. Precisamente, se ponderó más en la adquisición de derechos para usar instalaciones en territorio extranjero, dada la expectativa de poseer un limitado presupuesto a priori, que en la construcción de nuevas bases. En todo caso, con el JCS 570/40 la estrategia estadounidense en torno a las bases centró su punto de mira en el Atlántico, el hemisferio occidental y en las fronteras del inmediato perímetro defensivo norteamericano. No obstante, en las últimas modificaciones llevadas a cabo entre 1946 y 1948 fue necesario recolocar algunas localizaciones de las futuras bases, además de reducir algunos requerimientos, por varios motivos: el bajo presupuesto, la reluctancia de algunos países como Islandia a ceder instalaciones o lugares para los proyectos norteamericanos y la conveniencia de buscar zonas más cercanas a las esferas de influencia de la Unión Soviética. En suma, la síntesis más acertada para concebir la planificación estadounidense es pensar que esta pivotó en todo momento sobre dos ejes: por un lado, sobre los planes de una eventual guerra y, por otro, sobre los proyectos económicos materializados en ideas como compartir las rutas aéreas utilizadas para fines geoestratégicos y militares o asegurar una fluctuación en los derechos de tránsito por regiones tan distantes como el norte de África, medio Oriente y el sudeste asiático⁵⁸⁸.

⁵⁸⁶ Ídem, pp. 55-58.

⁵⁸⁷ Para ver un listado detallado de los lugares donde quedarían situadas las bases, así como su clasificación al final de la guerra véase NARA, RG 165, Entry 421, Caja 612, *Memorandum for the Joint Staff Planners*, 4 de septiembre de 1945.

⁵⁸⁸ Converse, *Circling the Earth...*, pp. 137-138 y 184.

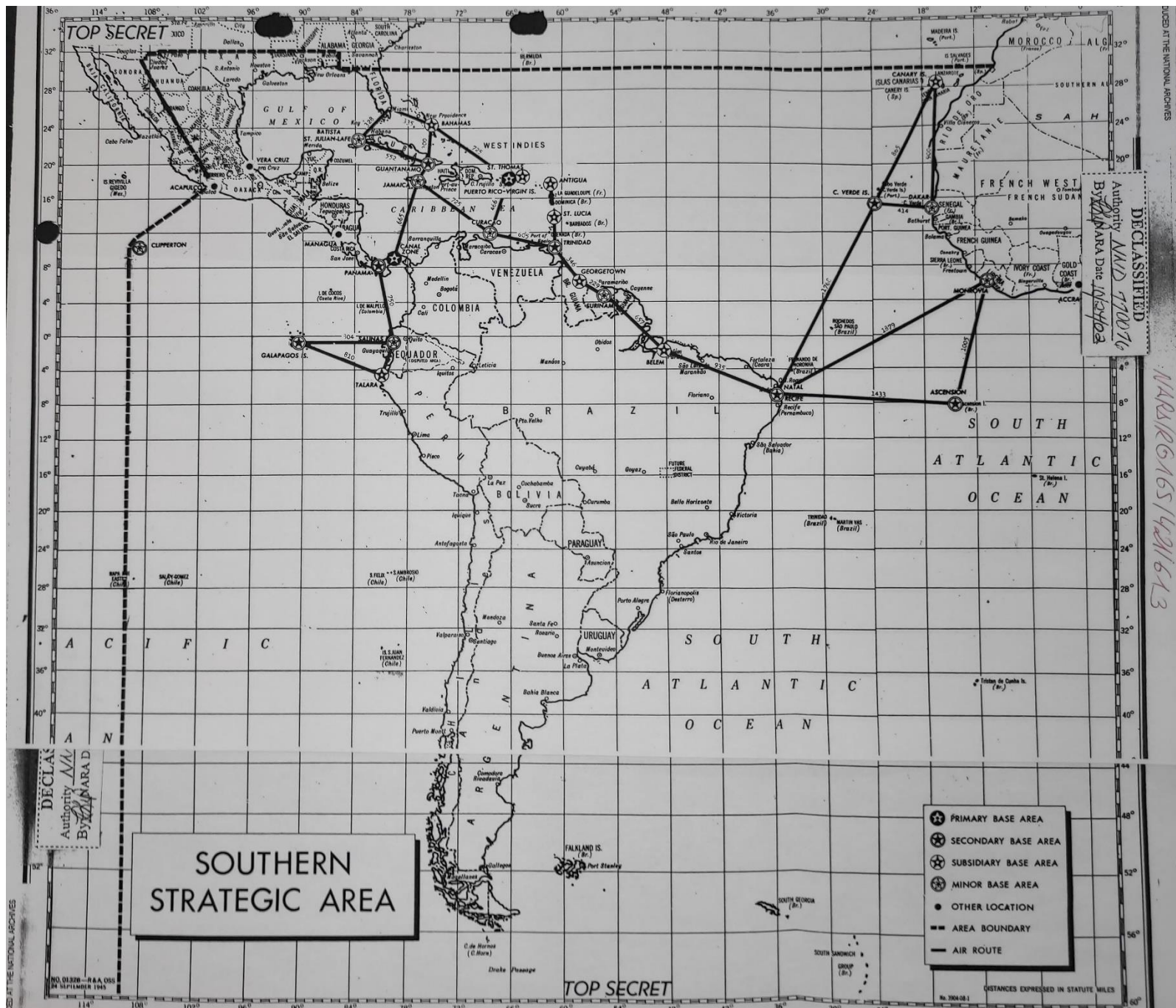


Figura 22. Bases clasificadas según su importancia en el área estratégica Sur.

Fuente: NARA, RG 165, Entry 421, Caja 613, *Attributes of United States Overseas Bases*, 2 de noviembre de 1945.

6.2. Okinawa: del ostracismo a piedra angular en el Pacífico

En la actualidad, el archipiélago de las Ryūkyū, especialmente Okinawa, constituye una de las piedras angulares estadounidenses en lo referido al despliegue de bases e instalaciones militares en el Pacífico. Es de sobra conocido que la presencia norteamericana en la isla nipona se fue acrecentando una vez finalizada la Guerra del Pacífico. Una presencia que en los últimos años no solo se palpa en la importancia geoestratégica, sino en las repercusiones de diversa índole que esta ha provocado. Así, uno de los casos más recientes y flagrantes que evidencian dicha repercusión, y que tiene eco en la prensa nacional japonesa, es el de la base aérea del Cuerpo de Marines estadounidense en Futenma. En torno a ella giran problemas que afectan a la población adyacente, en el área de Ginowan, como la contaminación acústica o los accidentes aéreos desde hace décadas⁵⁸⁹. Como paliativo a esta dinámica, el gobernador Denny Tamaki de la Prefectura de Okinawa ha propuesto en repetidas ocasiones, a raíz del acuerdo hecho con el Gobierno estadounidense en 1996, planes para trasladar las instalaciones aéreas de Futenma a una zona con menos presión demográfica, la costa de Henoko. El hecho de que las instalaciones norteamericanas ocupen un tercio del espacio de la isla y los acuerdos entre Japón y Estados Unidos en materia de seguridad ralentizan todas las decisiones que se puedan llevar a cabo para el traslado de la base⁵⁹⁰.

⁵⁸⁹ Kyodo, Jiji, “Japan government ordered to pay damages for noise from U.S. base”. *The Japan Times*, 11 de marzo de 2022. <https://www.japantimes.co.jp/news/2022/03/11/national/crime-legal/futenma-noise-damages/> [Consultado en mayo de 2022].

⁵⁹⁰ Kyodo, Jiji, “Okinawa urges dropping base transfer plan ahead of 50th return anniversary”. *The Japan Times*, 8 de mayo de 2022. <https://www.japantimes.co.jp/news/2022/05/08/national/okinawa-base-transfer-2/> [Consultado en mayo de 2022].

Figura 23. Instalaciones militares estadounidenses en Okinawa, 2018.



Fuente: Gobierno de la Prefectura de Okinawa. <https://www.pref.okinawa.jp/site/chijiko/henoko/english.html> [Consultado en mayo de 2022].

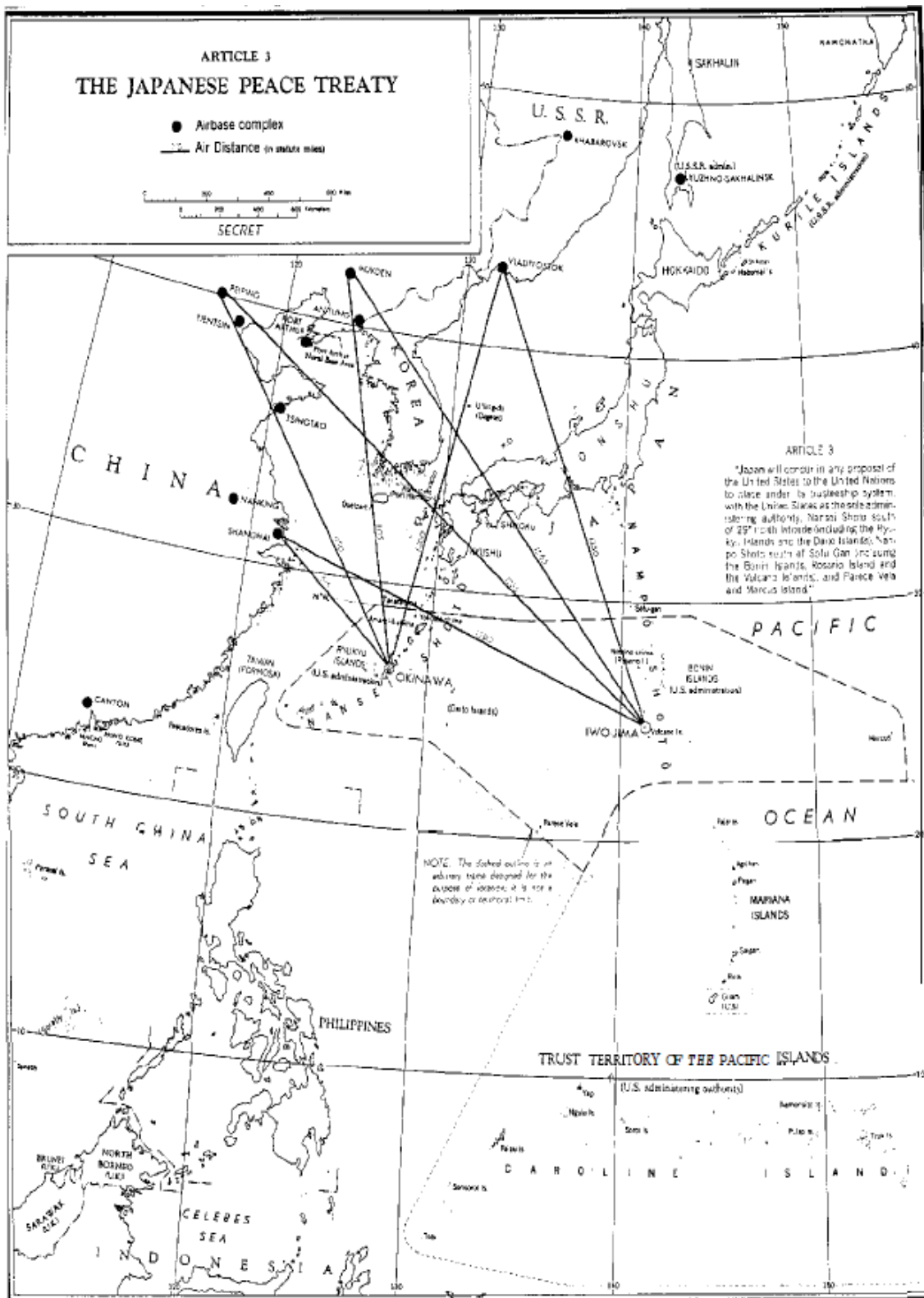
El ejemplo, entre tantos, de la base aérea de Futenma no debe conducir sin embargo a pensar que Okinawa fue un emplazamiento esencial donde las construcciones de las instalaciones militares se dieron a pasos agigantados desde el propio comienzo de la presencia estadounidense una vez ocupada la isla durante la guerra. De hecho, se evidenció todo lo contrario, al menos durante la inmediata posguerra. “Apatía y negligencia”. Así es como tituló Arnold G Fisch, historiador oficial del *Army’s Center of Military History*, el apartado referido al gobierno militar norteamericano en Okinawa durante la segunda mitad del 1940 en su monografía acerca del primer periodo de gobierno militar en las Ryūkyū entre 1945 y 1950⁵⁹¹. Si bien los adjetivos propuestos por Fisch dejan entrever la comprometida situación de Okinawa una vez asegurada por los estadounidenses, lo cierto es que tras esa apatía y negligencia se escondieron diversidad de problemas que disociaron la realidad material de la isla con los planes teóricos de los mandatarios y estrategias norteamericanos. O, en otras palabras, la precariedad material de Okinawa, en todos los sentidos, durante los años iniciales de la ocupación no casaron con las aspiraciones norteamericanas sobre el papel de convertir a la isla en la piedra angular geoestratégica del Pacífico.

Como se expuso en el apartado previo, el prolongado estudio del JCS para establecer lugares y condiciones concretas para las instalaciones militares fuera del territorio nacional retrasaba la planificación de estas. Así, no fue hasta abril de 1947 cuando el JCS precisó la importancia estratégica que debía tener el escenario del Pacífico en aras de implementar una estructura de mandos sólida. En este sentido, este escenario era considerado como un área secundaria en comparación con el área europea-mediterránea para el desarrollo de futuras guerras. En lo concerniente a las islas del Pacífico, se preconizaba que las capacidades militares de estas debían estar bajo control estadounidense, al menos las situadas al norte de la línea ecuatorial. Dichas islas serían esenciales para el tráfico aéreo norteamericano en una eventual contienda. Para el caso de las Ryūkyū, el JCS recomendaba que la guarnición ascendiera a un total de 26.600 efectivos entre fuerzas terrestres, aéreas y navales en tiempos de paz⁵⁹².

⁵⁹¹ Fisch, Arnold G., *Military Government in the Ryukyu Islands 1945-1950*. Center of Military History United States Army, 1988, pp. 69-89.

⁵⁹² Schnabel James F., *History of the Joint Chiefs of Staff. Volume I The Joint Chief of Staff and National Policy 1945-1947*. Office of Joint History, 1996, pp. 88-89.

Figura 24. Concesiones territoriales a Estados Unidos en el Pacífico por el Tratado de paz de 1952 y posición geoestratégica de Okinawa.



Fuente: NARA, RG 59, Planning Staff Papers, *The Japanese Treaty Islands*, 15 de junio de 1953.

Esta concepción geoestratégica sobre Okinawa conectaba directamente con la aprensión estadounidense acerca del futuro general en el Pacífico. En otros términos, la pervivencia de las injerencias comunistas, como se remarcó en el anterior apartado, no dejó de seguir latente, algo que chocaba frontalmente contra los intereses norteamericanos de seguridad nacional. Personalidades como el subsecretario del Departamento de Estado Dean Acheson, el secretario del Departamento de Guerra Robert Patterson, el secretario del Departamento de Marina James Forrestal o el diplomático George F. Kennan creían que la mejor forma de conjurar el peligro soviético era que Estados Unidos llevara la tutela de la reconstrucción política y económica en Japón. Además, se daba por sentado la tenencia de instalaciones militares en los territorios medulares japoneses y en las áreas bajo el Mandato del Pacífico Sur (*Nan'yō-shotō*), un conglomerado de islas en el Pacífico sur y central⁵⁹³. Precisamente, en el ya citado informe JCS 570/40 se apostaba por el “control estratégico exclusivo” norteamericano de estas islas, entre las que se encontraban las Ryūkyū situadas ya en la categoría de bases primarias para finales de 1945, aunque no se mencionaba a Okinawa directamente. Antes de esta fecha, los informes elaborados hasta el momento no contemplaban a este archipiélago, especialmente a Okinawa, como un lugar esencial para el establecimiento de instalaciones militares⁵⁹⁴.

A partir de entonces, se comenzó a dirimir las vías concretas que debía seguir Estados Unidos para establecer un control efectivo. En junio de 1946, el Departamento de Estado propuso que los territorios bajo el Mandato del Pacífico Sur, entre otras islas como las Ryūkyū, estuvieran supeditados a un sistema de fideicomiso bajo el amparo de las Naciones Unidas y se esperaba que la nación norteamericana fuera la administradora. Ante esto, el JCS transmitió a la Secretaría de Estado, a través del *State-war-Navy Coordinating Committee* (SWNCC), sus condiciones para el fideicomiso. Un fideicomiso que solo sería aplicable a las Ryūkyū, ya que el resto de las islas bajo el Mandato del Pacífico Sur debían ser adquiridas directamente por los Estados Unidos⁵⁹⁵. Así, los términos para el fideicomiso en las Ryūkyū eran los siguientes: exclusividad de Estados Unidos para administrar el archipiélago con permanencia indefinida, toda la zona del fideicomiso debía ser categorizado como “área estratégica”, ausencia de limitaciones para acciones relacionadas con propósitos de seguridad y potestad para restringir las injerencias externas de cualquier tipo, haciendo énfasis en los asuntos militares⁵⁹⁶.

⁵⁹³ Schaller, Michael, *Altered States. The United States and Japan since the Occupation*. Oxford University Press, 1997, p. 13.

⁵⁹⁴ NARA, RG 165, Entry 421, Caja 612, *Over-all Examination of U.S. Requirements for Military Bases*, septiembre de 1945.

⁵⁹⁵ Sarantakes, Nicholas Evan, *Keystone: The American Occupation of Okinawa and U.S.-Japanese Relations*. Texas A&M University Press, 2000, p. 27.

⁵⁹⁶ Schnabel James F, *History of the Joint Chiefs of Staff...*, p. 155.

En cualquier caso, si por algo quedó caracterizada la dinámica del archipiélago de las Ryūkyū, con énfasis en Okinawa, desde la recta final de la guerra hasta principios de 1950 fue por la inestabilidad de una política clara por parte de Estados Unidos. No fue hasta 1951 con el Tratado de San Francisco⁵⁹⁷ que asuntos como la soberanía de las islas y el estatus legal de la población fueron resueltos⁵⁹⁸. En otras palabras, muchos eran los que apostaban y se desvivían por mostrar interés para controlar el entorno insular japonés, pero cómo debía materializarse ese control ya era una cuestión más volátil. Igualmente, el mismo planteamiento de tener a las Ryūkyū bajo la órbita estadounidense no era unánime. En resumidas cuentas, los principales valedores para la retención de estas islas, a poder ser con el menor número de cortapisas posible, eran los organismos militares. El propio Simon Bolivar Buckner le decía al almirante Nimitz en abril de 1945:

Okinawa should be retained by us as a means of access to the China Sea, a flanking position against north and south movements [...] as an outpost to prevent Russia from expansion into the Pacific from Chinese ports⁵⁹⁹.

Como contrapeso a esta postura se encontraban las posiciones del gobierno civil, eminentemente del Departamento de Estado, que veía con suspicacia y como un atropello el hecho de apropiarse a toda costa de Okinawa. Así, Robert D. Eldridge afirma que el presidente Roosevelt se encontraba más cómodo discutiendo sobre la cuestión de Okinawa con el JCS que con los oficiales civiles de los Departamentos de Guerra y Marina, llegando incluso a no implicar a Cordell Hull en este asunto, secretario de Estado hasta 1944⁶⁰⁰.

En este sentido, y al fallecimiento de Roosevelt, las proposiciones del JCS sobre las condiciones del fideicomiso no fueron del agrado del Departamento de Estado, el cual envió una serie de recomendaciones a Truman a finales de 1945: Estados Unidos no debería buscar una expansión territorial, se aconsejaba devolver la soberanía y el derecho de autogobierno a la población que había sido sometida durante la guerra y no se debería hacer cambios territoriales en las zonas ocupadas por la potencia norteamericana. En último término, se aludía también a que los okinawenses no diferían culturalmente de los japoneses, por lo que su eventual desarraigo territorial en aras de los objetivos militares estaba completamente injustificado. Además de todo ello, otro de los grandes argumentos

⁵⁹⁷ United Nations, "Treaty of Peace with Japan (with two declarations)". En *Treaty series - 1952*, 8 de septiembre de 1952.

⁵⁹⁸ Yamaguchi, Kenichi, *Post-World War Governance in Okinawa: Normalizing U.S. Military Exceptionalism*. Tesis Doctoral – University of Saskatchewan, 2014, p. 66.

⁵⁹⁹ Citado en Yoshida, Kensei, *Democracy Betrayed: Okinawa Under U.S. Occupation*. Center for East Asian Studies – Western Washington University, 2001, p. 19.

⁶⁰⁰ Eldridge, Robert D., *The Origin of the Bilateral Okinawa Problem. Okinawa in Postwar U.S. – Japan Relations, 1945-1952*. Garland Publishing, 2001, p. 34.

que sostenían aquellos en contra de la retención de Okinawa era económico. En efecto, sumado al hecho de tener que gobernar sobre una población culturalmente alienada, la administración directa de Okinawa hubiera supuesto un gran dispendio financiero⁶⁰¹. Esta era la posición más lógica según creía James F. Byrnes, secretario de Estado desde 1945, ya que ello habría ido acorde con el buen trato diplomático con Japón y en sintonía con los objetivos estadounidenses de desmilitarizar y propulsar económica y políticamente a Japón. En suma, acorde a un proceso de democratización del Estado japonés⁶⁰².

Sobre esta última cuestión reside un aspecto fundamental para comprender la actitud, y la política en última instancia, adoptada por Estados Unidos en Okinawa. Ota Masahide, superviviente de la batalla de Okinawa y adscrito al *Tekketsu Kinnōtai* (Cuerpo Imperial de Sangre y Hierro), resalta que tradicionalmente los diversos estudios que tratan los planes llevados a cabo en Okinawa llevan a la conclusión de que era inmanente e inexorable que, como consecuencia de la derrota nipona, la prefectura meridional japonesa se desgajara para pasar a manos estadounidenses. Este autor japonés sostiene todo lo contrario. La tenencia final estadounidense de Okinawa para fines militares fue un acuerdo pactado bilateralmente por el Gobierno nipón y el norteamericano. En otros términos, Okinawa fue la moneda de cambio en la política de posguerra estadounidense, de lo que se deduce, como arguye Masahide, que realmente hubo siempre dos políticas de posguerra bien distintas: una para Japón y otra para Okinawa⁶⁰³.

Así, y enlazando con el factor cultural, desde la misma invasión de Okinawa, se publicaron diversos trabajos de la mano de militares que habían ejercido otras profesiones antes de la guerra para allanar el camino del embrionario gobierno militar norteamericano en la isla. Fue el caso del antropólogo, y posterior teniente de marina, George P. Murdock y su libro *The Civil Affairs Handbook: Ryūkyū (Loo choo) Islands*⁶⁰⁴. Este y otros ejemplos fueron utilizados por el *Office of Strategic Studies* (OSS en adelante) para tener cierto bagaje teórico sobre los elementos sociales y culturales indispensables de Okinawa. En esencia, en estas publicaciones e informes se enfatizaba la clara heterogeneidad cultural de los okinawenses respecto a sus homólogos de las islas principales. El propósito era evidente: servir de hoja de ruta para la administración militar norteamericana, servir de justificación teórica en la posesión de la isla y buscar un apoyo discursivo para diseminar entre la propia población local.

⁶⁰¹ Yoshida, Kensei, *Democracy Betrayed...*, pp. 21-22.

⁶⁰² Kingston, Jeff, *Japan in Transformation, 1945–2020*. Routledge, 2022, pp. 9-12.

⁶⁰³ Masahide, Ota, “The U.S. Occupation of Okinawa and Postwar Reforms in Japan Proper”. En Ward, Robert E. y Sakamoto, Yoshikazu (eds.), *Democratizing Japan, The Allied Occupation*. University of Hawaii Press, 1987, pp. 283-284.

⁶⁰⁴ Murdock, George P., *The Civil Affairs Handbook: Ryūkyū (Loo choo) Islands*, (OPNAV 13-31), 1944.

Esta narrativa continuó con fuerza en las décadas posteriores. Evidencia de ello fue un panfleto titulado *Okinawa Keystone of the Pacific* donde, además del claro mensaje acerca de la unicidad cultural en la idiosincrasia de los lugareños, se resaltaba la importancia geoestratégica de Okinawa. Un reportaje semanal de 1958, bajo el programa *Big Picture*, se emitió con el mismo título y redundaba en las mismas ideas⁶⁰⁵. De hecho, la propia denominación de la isla como *keystone of the Pacific* era un término ya elaborado y utilizado por los militares estadounidenses desde 1944⁶⁰⁶. En conexión nuevamente con las aseveraciones de Masahide Ota, el historiador Nicholas Evan Sarantakes resalta ideas bastante contrarias respecto al autor japonés. En concreto, Sarantakes sostiene que la administración de Truman se encontraba indecisa sobre qué hacer con Okinawa y que el gobierno militar provisional establecido seguía las directrices que también se aplicaban en las islas principales japonesas. Resultado de ello fue que la administración de la isla estuviera a la deriva hasta 1949, momento de la revalorización, y que se extendiera la creencia, cada vez más certera dada las condiciones materiales, entre los militares de que Okinawa era un destino indeseable o, en términos más coloquiales, “un vertedero para incompetentes”⁶⁰⁷.

Así, la claridad para llevar una política estable en la isla se vio impelida más por las necesidades y condiciones geoestratégicas del Pacífico durante 1949 y 1950, siendo este último año cuando estalló la Guerra de Corea (1950-1953), y culminada en 1951 con el Tratado de San Francisco. En todo caso, y en aras de evitar confusión en estas dilucidaciones, la crítica genuina de Masahide iba en contra de la idea preestablecida de que las dudas estadounidenses estaban muy presentes sobre la consideración y conveniencia geoestratégica de Okinawa. A este respecto, Masahide afirma que, si bien hubo cierta discusión sobre la tenencia de Okinawa por parte de los mandatarios civiles y militares norteamericanos, la importancia de Okinawa como piedra angular geoestratégica nunca estuvo en tela de juicio y ello quedó patente desde la propia Conferencia del Cairo en 1943⁶⁰⁸. Esa discusión que no fue relevante para la decisión final es lo que Sarantakes denominó el “largo debate de la década de 1940” y que terminó zanjado a principios de 1950⁶⁰⁹.

⁶⁰⁵ NARA, RG 342, Series Film Reports, 9/1958 – 1971, *Okinawa – Keystone of the Pacific*, 31 de enero de 1958.

⁶⁰⁶ Anónimo, *Okinawa: Keystone of the Pacific*, sin fechar, probablemente de la década de 1950. Disponible en el repositorio digital de la Universidad de Hawaii, Asian Collection. <http://hdl.handle.net/10524/1111>

⁶⁰⁷ Sarantakes, *Keystone: The American Occupation...*, pp. 28-29.

⁶⁰⁸ Masahide, “The U.S. Occupation of Okinawa...”, p. 287.

⁶⁰⁹ Sarantakes, *Keystone: The American Occupation...*, p. 41. Una parte de las discrepancias en las posturas de autores como Sarantakes y Masahide se centra también a la hora de abordar, con disparidad de aseveraciones, la actitud del Gobierno japonés sobre la cuestión de Okinawa. En resumidas cuentas, Sarantakes realza la posición del primer ministro japonés durante los primeros años de la posguerra, Yoshida Shigeru, que trató de negociar para que la soberanía de Okinawa no fuera cuestionada respecto al

El denominador común en el que convergen ambos autores se sitúa en la precariedad, en todos los sentidos, por el que pasaron Okinawa y la administración militar estadounidense durante los primeros años de ocupación. En efecto, Leonard Weiss, un economista y oficial en asuntos económicos del gobierno militar de las Ryūkyū, resumió en cinco los factores que más acrecentaron la paupérrima situación insular. La ausencia de personal, especialmente en asuntos civiles, cualificado y entrenado, la barrera lingüística para comunicarse con la población local, la confusión y sempiterna transferencia de competencias entre las autoridades militares, concretamente entre el Ejército y la Marina, la falta de una política clara para aplicar desde el gobierno militar y la gran carestía de bienes de consumo básicos y de equipamiento eran los mayores escollos para los estadounidenses⁶¹⁰.

Para Masahide, esta comprometida situación se debió más a la implantación de medidas de los administradores militares *ad hoc* desde el comienzo de la invasión de la isla, siempre teniendo muy clara su importancia geoestratégica en los años venideros, que como resultado de no saber bien qué hacer con Okinawa⁶¹¹. En última instancia, esto conecta con la tesis de Sarantakes: la precariedad respondió claramente a la indecisión estadounidense de no vislumbrar con certeza la posición que tendría el entorno insular japonés y, como efecto dominó, ello derivó en una total ausencia de una política estable para la gestión de la isla⁶¹².

Sea como fuere, y a pesar de que la precariedad todavía continuó siendo un protagonista notorio en la isla, a partir de 1950 se proyectó un programa de recuperación e inversión más concreto por parte de Estados Unidos en Okinawa. En julio de 1950 las *Far East Air Forces* inyectaron dos millones de dólares para la construcción de carreteras, el mantenimiento y la expansión del aeródromo de Kadena y otros dos millones para la puesta en nuevo funcionamiento de sus homólogos de Yotan, Bolo y Futenma⁶¹³. Durante este mismo año se dotó de cierto barniz civil al gobierno del archipiélago bajo el mando de la *United States Civil Administration of the Ryukyu Islands* (USCAR) y un organismo

resto de Japón. Asimismo, Yamaguchi aduce a la resistencia local con la formación de diversos organismos que no veían con buenos ojos a la administración norteamericana. Sea como fuere, dado el limitado espacio y que este apartado se centra en las cuestiones geoestratégicas y las políticas adheridas a ellas, se emplaza al lector los estudios de Sarantakes, Masahide, Yamaguchi, Toriyama Atsushi y David Buist si quisiera profundizar sobre este asunto.

⁶¹⁰ Weiss, Leonard, "U.S. Military Government on Okinaawa", *Far Eastern Survey*, vol.15, n°15, 1946, pp. 237-238.

⁶¹¹ Masahide, "The U.S. Occupation of Okinawa...", p. 289.

⁶¹² Sarantakes, *Keystone: The American Occupation...*, pp. 46-47.

⁶¹³ Yoshida, *Democracy Betrayed...*, p. 45.

político, el *Government of Ryukyu Islands* (GRI), cuyos miembros eran nominados por el mismo USCAR⁶¹⁴.

Para 1956 el Gobierno estadounidense había invertido cerca de seiscientos millones de dólares para la construcción y rehabilitación de bases militares junto con sus respectivas infraestructuras inmanentes para su funcionamiento. La Guerra de Corea por su parte, además de acelerar el tratado de paz con Japón, se presentó como un trampolín económico que facilitó la reconstrucción del país del Sol Naciente. Okinawa exportó un total de 689.560 toneladas de chatarra, una de las mercancías más solicitadas⁶¹⁵. En pocos años la isla se metamorfoseó, como acuñan Toriyama Atsushi y David Buist, en una “gigante fortaleza” gracias al proyecto de las bases militares⁶¹⁶. Unas bases que ocuparon para 1953 unos 169.974 kilómetros cuadrados o su equivalente porcentual de un 14 por ciento de toda la isla que a su vez se tradujo en un 41 por ciento de la tierra cultivable. Este auge en los propósitos militares en detrimento de los civiles produjo oposición entre los lugareños. Ante ello, la actitud estadounidense se resumió en el siguiente mensaje:

Headquarters, Island Command, had no intention of discussing compensation for such land usage since the American point of view held that such land had been taken as an act of war and that under the Rules of Land Warfare no compensation was required⁶¹⁷.

En suma, si bien Okinawa fue, y continúa siendo, un pilar irrenunciable para los intereses de seguridad nacional estadounidenses en el Pacífico y que arrancaron en la recta final de la guerra, no debe obviarse la contradicción que supuso esta postura con la situación de relativo abandono y dejadez que experimentó la isla nada más finalizar el conflicto y años subsiguientes. Por ende, las décadas de 1950 y 1960, aunque alejadas de nuestro marco cronológico de análisis, atestiguaron materialmente la auténtica revalorización geoestratégica de Okinawa.

⁶¹⁴ Yamaguchi, *Post-World War Governance in Okinawa...*, p. 70. Yamaguchi sostiene que estos organismos, lejos de establecer una política estable de auténtica recuperación de las islas, estuvieron más preocupados por amoldar los asuntos civiles a los intereses militares norteamericanos. Dicha motivación produjo que se prolongara la agónica precariedad de la población incluso bien entrada la década de 1950. Para profundizar sobre las responsabilidades, competencias y objetivos de estos organismos véase National Diet Library (NDL - *Kokuritsu Kokkai Toshokan*), 323: RYCOM, Binder No. 3, 16 Aug - 31 Dec 1950, *Directive for United States Civil Administration of the Ryukyu Islands*, 5 de diciembre de 1950.

⁶¹⁵ Yoshida, *Democracy Betrayed...*, p. 62.

⁶¹⁶ Toriyama Atsushi y David Buist, “Okinawa's ‘postwar’: some observations on the formation of American military bases in the aftermath of terrestrial warfare”. *Inter-Asia Cultural Studies*, vol.4, nº3, 2010, p. 404.

⁶¹⁷ Citado en Yoshida, *Democracy Betrayed...*, p. 63.



Figura 25. Aeródromo de Naha, 9 de julio de 1946.

Fuente: NARA, RG 342, Photographs of Activities, Facilities and Personnel, *Aerial View of Naha Airfield, Southwest Corner of Okinawa, Ryukyu Retto*, 9 de julio de 1946.

Figura 26. Reacondicionamiento del aeródromo de Kadena, 17 de mayo de 1945.



Fuente: NARA, RG 342, Photographs of Activities, Facilities and Personnel, *Construction of Kadena Airfield, Okinawa, Ryukyu Retto*, 17 de mayo de 1945.

6.3. Canarias: de expectativas tangibles a la desvalorización

A diferencia del caso japonés, la aproximación estadounidense al marco insular canario siempre estuvo inserta en la política exterior que se mantenía con el gobierno central de Madrid. Como quedó mencionado, la planificación norteamericana en Japón y Okinawa discurrió por vías dispares contando cada una con un gran margen de maniobra, dada la derrota incondicional nipona, a la hora de aplicar diversas políticas, aunque estas tuvieran finalmente que apoyarse sobre fulcros reciclados del antiguo aparatage burocrático-militar japonés⁶¹⁸. Por su parte, al gobierno de Franco le costó caro su mal camuflado colaboracionismo con los Estados del Eje y sus tentativas belicistas. Como es de sobra conocido, dicho coste se vio saldado de forma inmediata con un distanciamiento y repulsa por parte de las principales potencias aliadas. La retirada de embajadores de Madrid, el cierre de la frontera pirenaica y el cese de la relación comercial con Francia o la resolución condenatoria de la ONU en 1946 fueron algunos ejemplos flagrantes del castigo hacia España⁶¹⁹. Por consiguiente, antes de ahondar en las interacciones e intenciones que poseía la potencia norteamericana respecto a Canarias, es pertinente situarnos, brevemente, en el espectro general de las relaciones hispano-estadounidenses.

Ante el embate aislacionista al que fue sometido el país ibérico, la política exterior franquista se redujo, como bien apuntan Florentino Portero y Rosa Pardo, al “principio estratégico” de “preservar su régimen político”⁶²⁰. Para ello, la estrategia llevada a cabo descansó en el “orden, unidad y aguantar” que Carrero Blanco aconsejó a Franco en 1945⁶²¹. En efecto, los esfuerzos del régimen se concentraron en el aparatage propagandístico con el objetivo de elaborar una narrativa que se apoyara en el triunvirato eidético del tradicionalismo católico, la predisposición a restaurar el sistema monárquico a largo plazo y, sobre todo, el férreo anticomunismo. Precisamente, fue esta última característica la que conectó con los avatares externos que suavizaron la actitud de las potencias aliadas respecto a España. A partir de 1947 las sanciones hacia España fueron

⁶¹⁸ Sobre la continuidad de la estructura administrativa y política japonesa durante los primeros años de ocupación estadounidense véase Buruma, Ian, *El precio de la culpa. Cómo Alemania y Japón se han enfrentado a su pasado*, Duomo ediciones, 2011; Caprio, Nark E. y Sugita, Yoneyuki (eds.), *Democracy in Occupied Japan. The U.S. occupation and Japanese politics and society*, Routledge, 2007; Schaller, Michael, *Altered States. The United States and Japan since the occupation*, Oxford University Press, 1997.

⁶¹⁹ Pardo Sanz, Rosa, “La política exterior del Franquismo: aislamiento y alineación internacional”. En Moreno Fonseret, Roque y Sevillano Calero, Francisco (eds.), *El Franquismo. Visiones y balances*. Universidad de Alicante, 1999 p. 101; Hughet Santos, Montserrat, “Descubrir el Mediterráneo: una orientación recurrente en el ideario exterior franquista”. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº19, 1997, p. 95; Jarque Íñiguez, Arturo, “España, Estados Unidos, Guerra Fría y Bases”. *REDEN: Revista Española de Estudios Norteamericanos*, nº5, 1992, pp. 93-95.

⁶²⁰ Pardo Sanz, Rosa y Portero Rodríguez, Florentino, “Las relaciones exteriores como factor condicionante del franquismo”, *Ayer*, nº33, 1999, p. 191.

⁶²¹ Citado en Tusell, Javier, *Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco*. Temas de Hoy -version Epub-, 1993, p. 111.

perdiendo fuerza, fruto del creciente resquebrajamiento de la alianza entre la Unión Soviética y las potencias occidentales, sobre todo Estados Unidos.

Esta situación quedó bien retratada en uno de los informes que elaboró la CIA al analizar la situación general de España. En este, además de la consideración del país ibérico como “último bastión” frente a una eventual expansión comunista en la Europa occidental y su posición neurálgica entre el Atlántico, el Mediterráneo y el norte de África, se enfatizaba acertadamente las causas que permitían el mantenimiento de Franco en el poder. De entre ellas destacó la bipolarización internacional que se fue configurando amén de las reticencias de las potencias aliadas a intervenir en la política doméstica española por muy aberrante que les resultara el Estado franquista. En este sentido, y en consonancia con el acercamiento occidental a España, el Consejo de Seguridad de la ONU no consideró al régimen de Franco como una amenaza real para la paz internacional. Finalmente, puntualizó sobre las capacidades militares españolas destacando que, si bien el Ejército poseía solvencia en términos de armamento y munición de pequeño calibre, no podía decirse lo mismo del artillado en general, así como de las fuerzas aéreas y navales que carecían de un dispositivo logístico competente, tanto para operaciones ofensiva-defensivas como de suministro y abastecimiento⁶²².

Bajo este panorama internacional se conjugaron y normalizaron las relaciones hispano-estadounidenses. Ajustando nuestro análisis a los elementos que más competen a este apartado, los Pactos de Madrid de 1953 se posicionaron como el clímax en las negociaciones geoestratégicas entre los dos países atlánticos. La derrota de los nacionalistas chinos liderados por Chiang Kai-shek y la Guerra de Corea, como aceleradores del acercamiento norteamericano respecto a España, o la firma del concordato con la Santa Sede en 1955, como broche para el fin del aislamiento español, conformaron un conjunto de eventos trascendentales para la normalización de la política exterior española con el bloque occidental. Pareció que los ecos y la “larga sombra de la Guerra Civil”, como sostiene Joan Maria Thomàs, se fueron disipando⁶²³.

En todo caso, lo que caracterizó a las negociaciones de los acuerdos de 1953 fue un constante pulso por ambas partes. Los estadounidenses deseaban poseer enclaves en territorio español con las menores restricciones posibles y los españoles ansiaban que estos acuerdos supusieran una especie de tratado de seguridad mutua además de la solicitud de crédito y armamento actualizado. La maltrecha economía española y el paupérrimo estado de las Fuerzas Armadas no permitieron a Franco posicionarse en una

⁶²² NARA, RG 263, ORE 53, *The Current Situation in Spain*, 5 de noviembre de 1947.

⁶²³ Thomàs, Joan Maria, “La larga sombra de la Guerra Civil: España y las grandes potencias (1939–1953)”. *Dictatorships & Democracies. Journal of History and Culture*, n°8, 2020, p. 24.

condición de igualdad para la negociación, más bien supusieron todo lo contrario⁶²⁴. Al final, el motivo que impelió a los estadounidenses, esencialmente la cúpula militar, fue el factor geoestratégico. De los Pactos de Madrid el Gobierno norteamericano obtuvo bases aéreas en Torrejón, Zaragoza y Morón de la Frontera, añadidas a la base naval de Rota. Como contrapartida, España recibió, según se aprobó en verano de 1952, 125 millones de dólares, cifra que se acrecentó con las posteriores renovaciones de los acuerdos, y ayuda militar⁶²⁵.

Ciertamente, estos acuerdos se proyectaron como la plataforma para que España entrara de lleno en la política de seguridad occidental. En este sentido, el archipiélago canario también jugó un papel de relativa preeminencia, aunque anterior a los Acuerdos de 1953, y que ha estado ausente en la mayoría de los trabajos de autores centrados en la política exterior franquista en la inmediata posguerra. Ejemplos de este olvido o inconsciencia son los estudios citados en la anterior nota a pie de página con la excepción de la monografía de Antonio Marquina Barrio. Incluso, en una investigación más reciente, elaborada por Wayne H. Bowen, acerca de las relaciones hispano-estadounidenses durante la posguerra solo se realiza una tímida mención a Canarias. Al calor de los estudios que fue realizando el personal militar del Departamento de Defensa norteamericano a partir de 1947 sobre las condiciones geoestratégicas de España, el autor aduce lo siguiente respecto a uno de los trabajos centrados en el archipiélago canario:

El trabajo se hacía eco de otros dedicados a las Islas Canarias – en el que los analistas que se fijaban en la importancia de una de ellas, la de Gran Canaria – y sus posibilidades de convertirse a largo plazo en base naval, sobre todo si las Azores portuguesas – que habían cumplido esa función durante la Segunda Guerra Mundial – dejaban de estar disponibles⁶²⁶.

El estudio de Bowen está inserto en una obra colectiva con el objetivo de exponer de manera fresca y renovada las relaciones que mantuvo España con diversas potencias

⁶²⁴ Sobre las exigencias españolas y las principales dificultades que estas encontraron véase Marquina Barrio, Antonio, “Las negociaciones entre España y los Estados Unidos (1953-1982): algunas cuestiones centrales en retrospectiva”. *UNISCI Discussion Papers*, nº3, 2003, pp. 4-5.

⁶²⁵ En realidad, la ayuda financiera estadounidense estaba destinada en su mayoría a la construcción de las instalaciones militares y las estructuras derivadas de estas. Para un análisis más completo acerca de las negociaciones hispano-estadounidenses sobre la cesión de bases militares con su culminación en los Pactos de Madrid de 1953 véase Viñas, Ángel, *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*. Crítica, 2003; Jarque Íñiguez, Arturo, *Queremos esas bases: el acercamiento de Estados Unidos a la España de Franco*. Universidad de Alcalá, 1998; Marquina Barrio, Antonio, *España en la política de seguridad occidental 1939-1986*, Ediciones Ejército, 1986; Escudé, Carlos, “¿Cuánto valen esas bases? El tira y afloja entre Estados Unidos y España, 1951-1953”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº25, 2003, pp. 61-81.

⁶²⁶ Bowen H., Wayne, “Con la mayor reticencia: Harry Truman, Francisco Franco y la alianza España-Estados Unidos”. En Maria Thomàs, Joan, (coord.), *Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, Japón y sus relaciones con España entre la guerra y la posguerra (1939-1953)*, Universidad Pontificia Comillas de Madrid, 2016, p. 75.

durante la guerra y la posguerra. Del mismo modo, y haciendo hincapié nuevamente en la omisión de Canarias respecto a sus elementos geoestratégicos, los capítulos referidos a las relaciones con Alemania y Gran Bretaña también se presentan negligentes acerca del rol que poseyó el archipiélago atlántico español. Nada se plasma acerca del interés que tenía Hitler en la cesión de una de las islas, ni tampoco se evidencia rastro alguno sobre los planes de invasión que elaboraron los británicos, desarrollados tanto teórica como tangiblemente, salvo una escueta mención de estos a la luz de la operación *Torch*⁶²⁷.

En cualquier caso, la importancia que tuvo el entorno insular canario en los planes geoestratégicos norteamericanos para la posguerra descansa en trabajos de la historiografía local, esencialmente los elaborados por Juan José Díaz Benítez⁶²⁸. A lo largo del transcurso del conflicto mundial, los estrategas estadounidenses no estuvieron interesados en la posesión de Canarias mediante una invasión, misión ya asignada a Reino Unido. Pero sí se mostraron receptivos a la hora de servirse de su homólogas portuguesas, las Azores, como punto esencial de escala en el Atlántico. Este interés dio como resultado al acuerdo luso-estadounidense de noviembre de 1944 por el que se establecía una base aérea en la isla de Santa María⁶²⁹. La mala relación con el gobierno franquista tampoco animaba en demasía a pensar sobre Canarias. Sin embargo, a lo largo de 1943 y 1944 lo que sí consiguió Estados Unidos de España fue un convenio aéreo con sus respectivos derechos de aterrizaje de compañías norteamericanas, incluyendo el ATC a principios de 1945, en suelo español. De entre las rutas, destacaba la entrada sur vía Canarias o vía Villa Cisneros, aunque acabó utilizándose este último punto⁶³⁰.

Cabo Juby o Port Lyautey eran otros enclaves de conexión con esta ruta. Estos acuerdos no solo eran útiles para los fines comerciales, sino que también resultaban potenciales para eventuales operaciones militares norteamericanas en el futuro. Paralelamente y durante estos mismos años, Canarias atestiguó una serie de incidentes en su espacio aéreo que se extendieron al área de la ZACAO. En resumidas cuentas, se trató de episodios

⁶²⁷ Moreno Juliá, Xavier, “Alemania frente a España, 1939-1953: Supremacía, distanciamiento y reencuentro”. En Maria Thomàs, Joan, (coord.), *Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, Japón y sus relaciones con España entre la guerra y la posguerra (1939-1953)*. Universidad Pontificia Comillas de Madrid, 2016, pp. 103-149.; Sáenz-Francés Balmonte, Emilio “De águilas y leones. Diplomacia británica en España 1939-1953: Tiempo de guerra y era de cambios”. En Maria Thomàs, Joan, (coord.), *Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, Japón y sus relaciones con España entre la guerra y la posguerra (1939-1953)*. Universidad Pontificia Comillas de Madrid, 2016, pp. 151-189.

⁶²⁸ Díaz Benítez, Juan José, “Aproximación a la importancia estratégica de Canarias durante el franquismo (1939-1975)”. En León Álvarez, Aarón, (coord.), *El franquismo en Canarias: actas del Encuentro de Historia sobre el Franquismo en Canarias*, Le Canarien: Instituto de Estudios Canarios, 2014, pp. 321-338 y Díaz Benítez, Juan José, “Canarias en la estrategia de EE.UU. durante la II Guerra Mundial y el comienzo de la Guerra Fría”, *Boletín Millares Carlo*, n°29, 2010, pp. 221-238.

⁶²⁹ Marquina Barrio, Antonio, *España en la política de seguridad...*, p. 106.

⁶³⁰ Ídem, p. 107; Díaz Benítez, Juan José, “Aproximación a la importancia estratégica de Canarias...”, p. 326.

relacionados con la violación del espacio aéreo español por parte de aeronaves aliadas que realizaron vuelos de reconocimiento, entre las que se encontraban patrullas estadounidenses⁶³¹.

En cuanto a los propios planes de posguerra norteamericanos, Canarias apareció por vez primera en los informes del JCS a finales de 1943. En un memorándum elaborado para el JPS el archipiélago español estaba encuadrado como base requerida dentro de las bases activas, esto es, con una prioridad secundaria⁶³². Pero antes de esta fecha Estados Unidos ya se había interesado por el entorno insular canario por motivos que también estaban conectados de alguna manera con los asuntos militares. El 26 de mayo de 1945 se envió un telegrama a la embajada norteamericana en Madrid para que se iniciaran negociaciones, bajo el auspicio del Departamento de Estado, con las autoridades españolas acerca de una propuesta de la Oficina de Meteorología, inserta en el Departamento de Comercio. Dicha propuesta consistía en establecer una estación de radiosondeo en la isla del Hierro o La Palma. En realidad, este interés emanaba del Comité Meteorológico Conjunto (*Joint Meteorological Committee* - JMC), un organismo integrado en el JCS. Norman R. Hagen, oficial técnico adjunto de la Oficina de Meteorología y enlace con los gobiernos europeos, debía ser asistido por la embajada para entablar conversaciones con Madrid⁶³³.

Pero la aspiración estadounidense de establecer esta estación de radiosondeo no acabó por materializarse y no quedaron más registros documentales de ello, al menos de la parte norteamericana. Como quedó mencionado, la importancia de este proyecto radicó en intereses militares. En 1941, miembros del Ejército, la Marina y la Oficina de Meteorología estadounidense conformaron el Comité de Defensa Meteorológico (*Defense Meteorological Committee* - DMC) en aras de facilitar las comunicaciones entre las instituciones militares y civiles meteorológicas. Con la inmersión formal de Estados Unidos en la guerra, el DMC mutó al JMC. El 26 de diciembre de ese mismo año, Roosevelt, mediante la orden ejecutiva 8991, designó a la Oficina de Meteorología como agencia de guerra. Por su parte, el cometido primordial del JMC era el de recabar información meteorológica en los diversos frentes y zonas de actuación estadounidense, entre las que se encontraban las rutas del Atlántico, y evitar que esta cayera en manos enemigas. Hitler se servía de la información proporcionada de estaciones submarinas, además del espionaje, para conocer las actividades de su armada en el Atlántico, pero ello

⁶³¹ Sobre estos incidentes aéreos véase Díaz Benítez, Juan José, “Canarias en la estrategia de EE.UU. durante...”, pp. 225-232.

⁶³² NARA, RG 165, Entry 421, Caja 612, *Memorandum for the Joint Staff Planners*, 4 de septiembre de 1945.

⁶³³ NARA, Colletion HTS-Naval, *Brief of Telegrams of the Department of State prepared by Division of Naval Intelligence*, 29 de mayo 1945.

resultaba dificultoso. Una dificultad que se acrecentó cuando la Oficina de Meteorología, la Marina y la *Civil Aeronautics Administration* comenzaron a cifrar los mensajes a partir de 1942⁶³⁴.

Con todo esto nos atrevemos a inferir que probablemente el interés norteamericano de establecer una estación de radiosondeo en Canarias radicaba en la preocupación por respaldar informativamente a las eventuales rutas aeromarítimas en el Atlántico con vistas a los años de posguerra, añadido ello a la negación de información meteorológica de este espacio a cualquier potencia hostil. Esta pretensión estadounidense cobra si cabe más sentido si Canarias hubiera pasado finalmente a formar parte de la red de bases militares. En otros términos, la consideración de poseer una estación de radiosondeo coincidió con el momento en alza de poseer un enclave militar en el archipiélago.

Así pues, Canarias continuó estando en el punto de mira del JCS hasta la segunda mitad de 1947 como así lo evidencian los subsiguientes informes que fueron elaborados. La relevancia del archipiélago español estaba condicionada no solo por la situación ligada a las Azores como apuntaba Bowen, sino también y especialmente, a la base de Casablanca-Port Lyautey. En efecto, a mediados de 1946 se indicó que de no ser posible la obtención de derechos para la base de Casablanca-Port Lyautey, Canarias adquiriría la máxima prioridad por ser la alternativa más conveniente en el marco del África Occidental⁶³⁵. Eventualmente, las negociaciones con el Gobierno español respecto a su archipiélago atlántico pasaban por las siguientes concesiones: tenencia de una base aérea, preferiblemente en Gando, instalaciones para maniobras navales, libertad para que buques y aeronaves navales operaran, utilización de infraestructuras logísticas, mantenimiento de la jurisdicción extraterritorial para el personal estadounidense, mediación de todas las actividades por un contratista civil, traslado de material sin imposición de ningún tipo y derecho a la importación de material sin pagar los derechos aduaneros⁶³⁶.

La concatenación de diversos eventos y dinámicas provocó que, finalmente, el interés estadounidense por Canarias se disipara. En primer lugar, la reticencia por parte del Departamento de Estado a negociar con el régimen franquista hizo que no llegaran a materializarse las intenciones negociadoras respecto al entorno insular. Ello cobra sentido si, como se mencionó con anterioridad, se tiene en cuenta que España estaba transitando

⁶³⁴ Bradford, Marlene, *Scanning the Skies. A History of Tornado Forecasting*. University of Oklahoma Press, 2001, pp. 57-58.

⁶³⁵ NARA, RG 165, Entry 421, Caja 625, *United States requirements for military rights which require negotiation with the Spanish Government*, 10 de julio de 1946; Díaz Benítez, Juan José, “Canarias en la estrategia de EE.UU. durante...”, p. 236; Díaz Benítez, Juan José, “Aproximación a la importancia estratégica de Canarias...”, p. 327; Schnabel James F., *History of the Joint Chief of Staff...*, p. 149.

⁶³⁶ NARA, RG 165, Entry 421, Caja 625, *United States requirements for military rights which require negotiation with the Spanish Government*, 10 de julio de 1946.

por el punto más álgido del escollo aislacionista que se le imponía y que quedó patente con la condena de la ONU a finales de 1946⁶³⁷. El avance de contactos con el Estado luso proporcionó a Estados Unidos un enclave seguro en las Azores, el escenario más vital para las operaciones de apoyo de las aeronaves de transporte y combate. Aunque no pudo decirse lo mismo acerca de su relevancia para las maniobras ofensivas o defensivas donde Groenlandia e Islandia cobraron un mayor protagonismo⁶³⁸. A finales de 1947, y en medio de la tensión soviético-estadounidense, Canarias seguía estando presente en los pensamientos de los estrategas norteamericanos, aunque con menor preeminencia. Los acuerdos de 1950 y 1951 con Francia y Portugal respectivamente acabaron por dar el golpe de gracia a la ya marginada posición de las islas españolas en el Atlántico. La aseguración de Casablanca-Port Lyautey y los derechos sobre bases en las Azores, además de la posibilidad de mantener en las islas una presencia militar durante tiempos de paz, fueron el colofón de estos tratados⁶³⁹.

De igual forma, los Pactos de Madrid de 1953 sellaron todas las concesiones estadounidenses en territorio español. La última referencia documental estadounidense respecto a Canarias durante este marco cronológico la conformó un estudio de inteligencia, llevado a cabo por el *Atlantic Fleet Intelligence Center*, donde se profundizó exhaustivamente en aspectos geoestratégicos, políticos, económicos, culturales y capacidades militares, pero nada se mencionaba acerca de las islas dentro de los planes de la posguerra. Lo más destacable de este estudio a nuestro juicio era la incuestionable posición estratégica que albergaba Canarias en el Atlántico Sur y el África Occidental. De hecho, y a diferencia de Azores, el archipiélago español era el mejor situado, si no el único en todo el Atlántico, para eventuales operaciones ofensivas y defensivas de bombardeos estratégicos. Su conexión con Gibraltar, Casablanca y Dakar era también un aspecto primordial⁶⁴⁰.

Llegados a este punto es necesario concluir este capítulo con unas reflexiones finales comparando la situación de Canarias y Okinawa en el contexto de los planes de posguerra norteamericanos. La similitud más visible entre ambos espacios isleños fue, sin duda, su relevancia estratégica dada su unicidad geográfica en el Atlántico y en el Pacífico. En concreto, tanto Canarias como Okinawa ofrecían las condiciones óptimas para albergar aeronaves dedicadas a los bombardeos estratégicos, sobre todo bombardeos atómicos como acabó ocurriendo para el caso de la isla nipona. Aunque en los informes del JCS el

⁶³⁷ Díaz Benítez, Juan José, “Canarias en la estrategia de EE.UU. durante...”, p. 237.

⁶³⁸ NARA, Collection HST-PSF, NSC 2/1. *A Report to the President by the National Security Council on Base Rights in Greenland, Iceland, and the Azores*, 25 de noviembre de 1947.

⁶³⁹ Marquina Barrio, Antonio, *España en la política de seguridad...*, p. 378.

⁶⁴⁰ NARA, RG 319, Entry NM3 82A, Caja 184, *Intelligence Study - Atlantic Fleet Intelligence Center: Canary Islands*, abril de 1950.

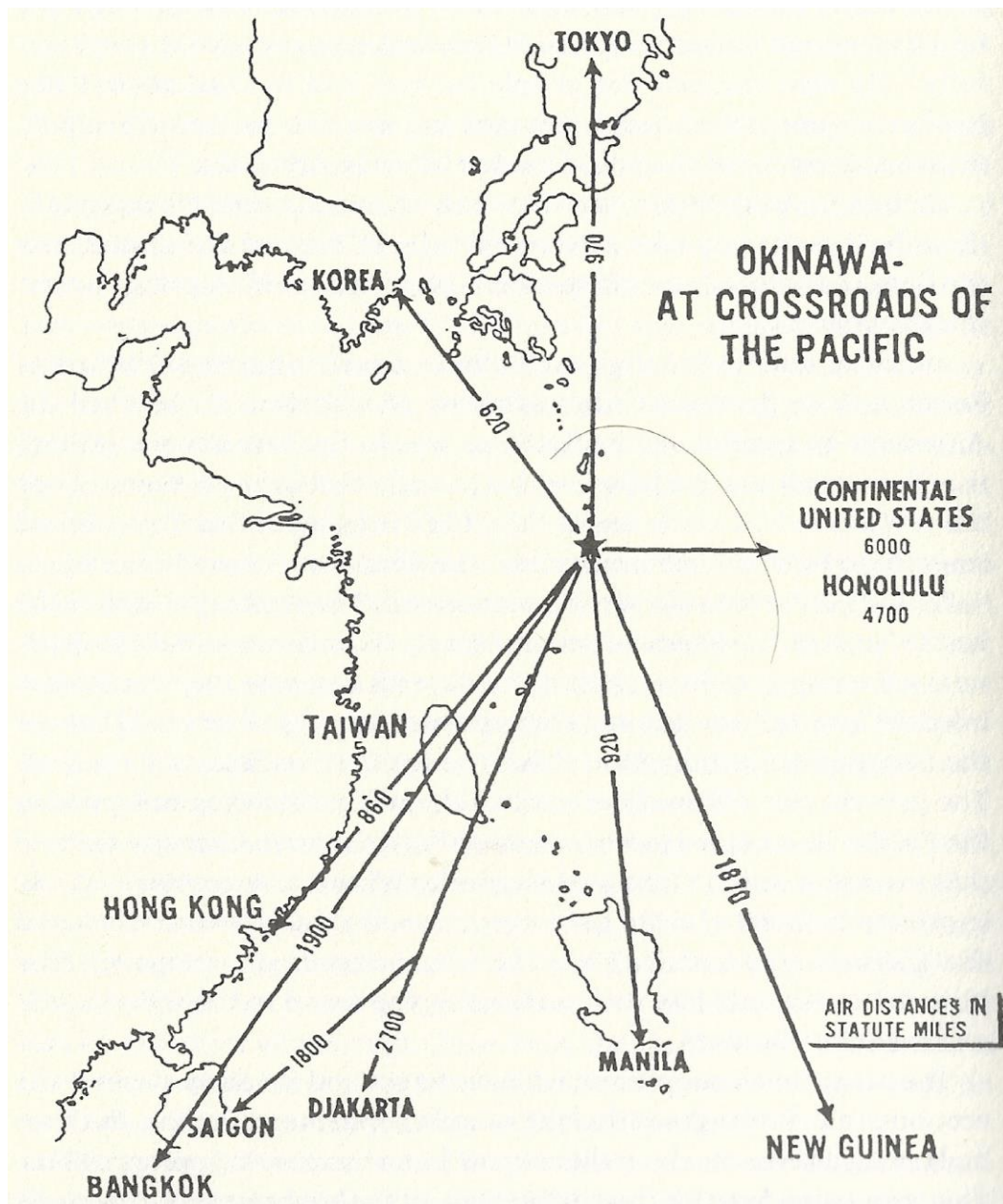
archipiélago español no destacara por posicionarse como un enclave para misiones ofensivas y defensivas, el estudio de inteligencia citado remarcó este tipo de cuestiones.

Otra de las semejanzas contempladas reside en que esta revalorización geoestratégica estuvo presente en diversos informes de los estrategas estadounidenses. Sin embargo, y conectando con la primera de las diferencias, la importancia de los archipiélagos en los planes norteamericanos no fue a la par, esencialmente por las motivaciones que ambos espacios suscitaban. Canarias y Okinawa aparecieron igualmente en la serie documental JCS 570 desde 1943, incluso, el archipiélago japonés reverberaba en las cumbres de los líderes aliados como lo evidenció la discusión de su posición futura a partir de la Conferencia del Cairo. Pero el punto de partida estadounidense para poner su fijación en ambos archipiélagos fue bien distinto y estuvo influenciado por la política exterior respecto a España y Japón.

La beligerancia del Imperio japonés dejó clara la actitud que debían tener los estrategas y mandatarios norteamericanos en los eventuales tratados: la imposición incondicional de los intereses aliados una vez Japón fuera derrotado. Esto incluía por supuesto la aplicación de una política de ocupación con pocas restricciones y a juicio de Douglas MacArthur, Comandante supremo de las Potencias Aliadas (*Supreme Commander for the Allied Powers - SCAP*). Okinawa no fue una excepción e, incluso, se erigió como terreno con más margen de maniobra para los planes de posguerra. En el caso español, el Gobierno de Madrid también partió de una precaria posición para negociar con la potencia estadounidense. La delicada economía de España y la obsolescencia de sus Fuerzas Armadas fueron las debilidades explotadas por los diplomáticos norteamericanos para sacar el máximo beneficio en las concesiones de los Pactos de Madrid en 1953. No obstante, el colaboracionismo de Franco con el Eje no fue motivo suficiente para la intromisión en los asuntos internos de su régimen.

Por tanto, la revalorización geoestratégica de Canarias y Okinawa para Estados Unidos, dentro de este marco general, solo parecía estar al mismo nivel en el ámbito teórico de los planes del JCS. La realidad y el pragmatismo proyectaron una imagen diferente. Okinawa siempre se situó en una categoría superior en los deseos de los militares norteamericanos. Su posición geográfica era esencial y casi irremplazable por ningún otro enclave dada la idoneidad de distancias que mantenía con el continente y el sudeste asiático y las islas principales de Japón, lugar que acogió el mayor contingente estadounidense desde la ocupación de 1945 en la zona del Pacífico.

Figura 27. Distancias en millas entre Okinawa y diversos puntos del Pacífico y Asia.



Fuente: Sarantakes, *Keystone: The American Occupation...*, p. 118.

El interés por Okinawa no solo se explicaba por su buena situación en lo referido a cuestiones logísticas, sino que el temor por el peligro comunista fue encontrando una fundamentación material en el área del Pacífico. Si la victoria de los comunistas chinos o

la Guerra de Corea ayudó en el acercamiento hispano-estadounidense, en Asia tales sucesos pusieron en sobre aviso a las autoridades norteamericanas. Esto es, provocaron una aceleración en la ejecución de sus planes sobre Okinawa. Tal clarividencia no fue compartida en el caso de Canarias. En efecto, la trascendencia del archipiélago español estuvo siempre a la sombra de opciones mejores. Desde su primera aparición en 1943 en los informes del JCS, Canarias estaba situada como un lugar secundario para el eventual establecimiento de bases militares. La única ocasión en que las islas pasaron a un primer plano fue cuando la aseguración de Casablanca-Port Lyautey estuvo en duda, pero aun así el archipiélago simplemente era prioritario en calidad de alternativa.

Este interés relativo por parte de Estados Unidos queda explicado por la ausencia de una amenaza soviética inminente en el Atlántico Sur y el África Occidental, además del rechazo hacia el régimen de Franco, el enfriamiento de las relaciones hispano-estadounidense y la mejor conveniencia para negociar derechos con Francia. En todo caso, dicha aprensión se trasladó, o era más palpable de fraguarse, hacia Europa y el área del Mediterráneo, zona de máxima prioridad para Estados Unidos. Justo cuando la potencia norteamericana comenzó su acercamiento con el régimen franquista coincidió con el inicio de la pérdida de interés de Canarias. La disponibilidad de Azores y de instalaciones en la España peninsular derivó en un control sobre el Atlántico y el extremo de Eurasia y, por extensión, hizo innecesaria tarea de seguir buscando más enclaves en estos escenarios.

II PARTE

EL IMPACTO DE LA GUERRA EN LAS SOCIEDADES INSULARES

7. PROPAGANDA Y ADOCTRINAMIENTO EN LOS ESPACIOS INSULARES

Finalizado el anterior capítulo, y quedando cerrado de esta forma el análisis comparado de Canarias y Okinawa desde las lentes de los elementos geopolíticos, militares y estratégicos, es preciso a partir de este segundo bloque llevar a cabo un estudio comparado de los aspectos políticos, socio-económicos y culturales. Por ello, parece más lógico empezar con las características político-ideológicas, aunque también tengan estas sus repercusiones en el ámbito sociocultural. Así, este apartado pivotará sobre tres ejes: la identificación de los regímenes español y japonés durante la década de 1930 y 1940, la identidad regional de la población canaria y okinawense y, por último, la imposición ideológica que se dio sobre estas sociedades archipelágicas desde los centros de poder.

Parecería evidente aseverar, desde una postura genérica y apresurada, que las formas de gobierno implementadas en España y Japón durante los años señalados se caracterizaron por la adscripción dentro del marco teórico del fascismo. Como resultado, de esta afirmación se podría también deducir, con la misma celeridad y vaguedad, que ambos sistemas compartieron gran cantidad de similitudes en múltiples aspectos. No obstante, un análisis comparado más pausado nos ofrecerá una mejor comprensión y matización acerca de estos apriorísticos postulados. En este sentido, indagaremos sobre la idoneidad conceptual de categorizar a la España del primer franquismo (1936-1945) y al Japón de principios de la Era Shōwa (1926-1945) dentro de los esquemas del fascismo y, por extensión, trataremos de averiguar si estos pueden resultar comparables entre sí.

En todo caso, el desarrollo de estos regímenes se distinguió por su fuerte autoritarismo centralista no solo en la pura gobernanza política, sino también en las proyecciones de los programas ideológicos. A raíz de ello, las sociedades de Canarias y Okinawa fueron testigos de esta imposición centralista en múltiples vertientes. Quizás, el caso japonés mostró esta dinámica con más evidencia dada la tardía incorporación de la isla, y en general del archipiélago de las Ryūkyū, al proyecto expansionista nipón. La represión, la discriminación -en algunos casos racial- y la edificación forzada de una identidad homogénea fueron las herramientas más comunes que emanaron desde Tokio y Madrid, aunque con intensidades diversas. Por ende, los dos últimos subapartados de este capítulo quedarán dedicados a comparar estas cuestiones: la particularidad identitaria de estos espacios insulares y su encuadramiento en las políticas adoctrinadoras de España y Japón.

7.1. Dos regímenes autoritarios: Japón al comienzo de la Era Shōwa y España bajo el primer franquismo; ¿“fascismo japonés” frente a “fascismo frailuno”?

Sin lugar a duda, una de las tareas más arduas y fatigosas de los historiadores consiste en lidiar, desde la reflexión teórica en un amplio sentido, con el aparato conceptual o terminológico del que se sirven. Pero esta tarea se presenta, a la par que compleja, igualmente necesaria por un doble motivo que se retroalimenta. Primero, porque todo concepto utilizado por la disciplina histórica deriva de una construcción historiográfica. Segundo, porque estos diversos conceptos hacen referencia a una realidad histórica cuya aplicación se hace posible tras el primer paso de debate y edificación historiográfica. En otras palabras, las interpretaciones de diversos autores acerca de conceptos como, por ejemplo, “feudalismo” o “Edad moderna” -en sí mismos constructos historiográficos- posibilitan y facilitan el propio estudio de la realidad histórica en todas sus facetas. Ello no significa que muchos de los conceptos que maneja el historiador deban presentarse como dogmas irrefutables. Prueba de ello son los sempiternos procesos de confrontación dialécticos que se van sucediendo. Casualmente, el fascismo como término que trata de aludir a una realidad histórica concreta se muestra como uno de los ejemplos más ilustrativos a este respecto.

Ciertamente, existe una larga plétora de autores que han dirimido sobre qué se entiende por fascismo y acerca de la idoneidad de usar este término para analizar diversas realidades político-ideológicas⁶⁴¹. De entre ellas destaca para nuestro caso los ejemplos de la España del primer franquismo (1936-1945) y del Japón de inicios de la Era Shōwa (1926-1945). Extensa es la lista de estudiosos cuyos trabajos han tratado ambos casos⁶⁴². Son estos mismos autores, al igual que otros que tratan la cuestión del fascismo para otras realidades, los que afirman constantemente que la indagación y clarificación de la naturaleza fascista de estos regímenes debe hacerse mediante la comparación con otros países. Este último es el caso, por ejemplo, de Ismael Saz, que enfatiza el estudio del régimen franquista en comparación con otras dictaduras europeas de la época⁶⁴³. Sin embargo, nada se ha elaborado, se hable de sistemas fascistas o no, en la comparación de

⁶⁴¹ Dejamos de lado las igualmente importantes discusiones del fascismo como concepto dentro de los estudios de las Ciencias Políticas, aunque también este campo ha adolecido de cierta vaguedad en su definición tal y como asevera Stanley G. Payne. Por la parte de la disciplina histórica, la vastedad de obras y autores que tratan el fascismo taxonómicamente, así como su aplicación a diversos casos, es inconmensurable. Por esta razón, y para evitar el error de no considerar todos los estudios posibles, creemos a nuestro juicio que las siguientes obras son las más destacables, tanto por su claridad y precisión como por su aceptación internacional. Véase ejemplos como la clásica monografía de Payne, Stanley G., *El fascismo*. Alianza Editorial, 1980; Griffin Roger, *Fascismo. Una introducción a los estudios comparados sobre el fascismo*. Alianza Editorial, 2019; Gentile, Emilio, *Fascismo. Storia e interpretazione*. Laterza, 2005 y del mismo autor también *Il fascismo in tre capitoli*. Latreza, 2010.

⁶⁴² Al igual que se remarcaba en la anterior cita, el número de estudios para los casos japonés y español es bastante amplio. Por esta razón, nos centraremos en los trabajos más significativos.

⁶⁴³ Saz, Ismael, “El primer franquismo”. *Ayer*, nº36 1999, p. 201.

estos dos regímenes salvo una breve aproximación realizada por Florentino Rodao García⁶⁴⁴. En este sentido, trataremos de vislumbrar esta cuestión en las siguientes líneas.

Y para ello, sostenemos que lo más razonable es encarar dicho análisis bajo los criterios que pone de relieve Federico Marcon. Aludiendo nuevamente la complejidad de escudriñar el fascismo y su aplicabilidad a ciertos casos, el historiador italiano propone que solo puede realizarse desde tres ejes, aunque dos de ellos ya han sido mencionados anteriormente. En primer lugar, el fascismo como una reconstrucción de la realidad histórica mediante un método empírico o como una herramienta heurística y con una función hermenéutica. En segundo lugar, el fascismo como un constructo historiográfico. Y finalmente el fascismo como una categoría metahistórica, esto es, como un término que trasciende las barreras del ámbito académico⁶⁴⁵. Con respecto a este último elemento, Roger Griffin ejemplifica este uso metahistórico del fascismo de la mano de diversos comentaristas políticos y periodistas en la actualidad que, sin detenerse en estadios previos de reflexión teórica, realizan una definición y calificación de este término de forma acrítica y rígida⁶⁴⁶. No obstante, estas dolencias también pueden encontrarse incluso en algunos estudios históricos.

En este sentido, nuestro análisis acerca del caso español y japonés pivotará sobre los dos primeros ejes que aducía Marcon, aunque prestaremos mayor énfasis a la discusión historiográfica. En otros términos, pondremos de relieve las aportaciones más relevantes del debate historiográfico sobre la propiedad de hablar de fascismo en España durante el primer franquismo y en Japón durante los inicios de la Era Shōwa y detectar los rasgos propiamente fascistas de estos dos regímenes para ponerlos en comparación. Sin embargo, y pese al riesgo de incurrir en una dilatada consideración previa, creemos que es igualmente necesario poseer un marco de referencia mínimo sobre el fascismo. Así, las definiciones que consideramos más interesantes son las del citado Roger Griffin y, en menor medida, la del filósofo Gustavo Bueno.

En referencia a la posición de Griffin, su definición del fascismo cobra sentido en contraste con los estudios previos que intentaron ahondar en esta tarea taxonómica. En efecto, el historiador británico sintetiza concisamente las principales corrientes que han tratado de definir al fascismo. Grosso modo, destaca a los estudios marxistas, aunque

⁶⁴⁴ Rodao, Florentino, “España y Japón durante la II Guerra Mundial. Contextualización de una relación cambiante” en Thomàs, Joan Maria (coord.), *Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, Japón y sus relaciones con España entre la guerra y la postguerra (1939-1953)*. Universidad Pontificia Comillas, 2016, pp. 193-197.

⁶⁴⁵ Marcon, Federico, “The Quest for Japanese Fascism: A Historiographical Overview”. En Bulian, Giovanni y Rivadossi, Silvia (eds.), *Itineraries of an Anthropologist: Studies in Honour of Massimo Raveri*. Edizioni Ca’ Foscari, 2021, p. 53.

⁶⁴⁶ Griffin, Rogger, *Fascismo. Una introducción...*, p. 8.

dentro de ellos existen también diversas vertientes, y los trabajos de autores liberales centrados en estudios comparados del fascismo, especialmente del ámbito angloparlante⁶⁴⁷. La conclusión a la que llegó Griffin fue que poco se había realizado en estos contextos con el objetivo de poseer ideas precisas y legibles acerca de qué se entiende por fascismo. En su lugar, los estudios marxistas se caracterizaron por ver y definir al fascismo como un síntoma del capitalismo. Entendida esta postura como la “teoría del agente” por ser el fascismo un agente directo del capitalismo, los marxistas argüían hasta la década de 1990 que el fascismo no era sino una forma más de opresión capitalista, dirigida por las élites dominantes, erigiéndose así como un fenómeno reaccionario y contrarrevolucionario desprovéyéndole de toda autonomía teórica y práctica⁶⁴⁸.

Más confusa era, según Griffin, la visión que ofrecían los autores liberales. En esencia, estos se preocupaban por identificar al fascismo con características muy vagas que no eran exclusivas de este (“el liderazgo carismático, el terror, el racismo, el sistema de partido único, las políticas ritualistas, el corporativismo, el nacionalismo radical y la imagería apocalíptico”). Sobre todo, trataron de identificarlo desde diversos antagonismos sin ahondar en unas características intrínsecas genuinas. Por ende, el fascismo era “irracional, intolerante, antisocialista, antihumanista, antimoderno, patológico”⁶⁴⁹. En resumen, los estudios comparados del fascismo desde el enfoque liberal no ofrecían una definición clara y constantemente derivaban en que:

Los modelos de fascismo que producían eran demasiado arbitrarios y carentes de fundamento empírico para ayudar a los investigadores que trabajaban «idiográficamente» (es decir, reconstruyendo y analizando fenómenos y hechos concretos) a reconocer patrones generales en su área especializada de investigación, o a distinguir entre manifestaciones fascistas y no fascistas de la extrema derecha⁶⁵⁰.

Esta imprecisión se contempla también en el uso de términos que son un tanto genéricos, como es el caso del “totalitarismo” con Hanna Arendt⁶⁵¹ como máxima exponente, derivando en una suerte de “cajón de sastre” para salir del atolladero taxonómico. Ante este panorama, Griffin destaca la renovada ola de trabajos sobre el fascismo que se dio en la década de 1990 y se sirve de una “empatía metodológica” elaborada por George Mosse para tratar de clarificar qué es el fascismo. O, en otros términos, Griffin apuesta por definir el fascismo en los términos en que los propios fascistas de la época se

⁶⁴⁷ Ídem, pp. 37-43.

⁶⁴⁸ Ídem, p. 24.

⁶⁴⁹ Ídem, pp. 40 y 49.

⁶⁵⁰ Ídem, p. 37.

⁶⁵¹ Arendt, Hanna, *Los orígenes del totalitarismo*. Taurus, 1998.

contemplaban a sí mismos y a sus proyectos en sus múltiples vertientes. Con ello, el historiador británico llega a proponer una definición del fascismo como un “ultranacionalismo palingenésico”. En las propias palabras de Griffin, “el fascismo es un género de ideología política cuya esencia mítica, en sus diversas variantes, es una forma palingenésica de ultranacionalismo populista”⁶⁵².

Así, los fascistas eran aquellos que ante el declive político, cultural e ideológico de la sociedad del momento buscaban a ultranza una regeneración de esta, una palingenesia. Esta renovación se conseguía inexorablemente mediante una “destrucción creativa”. Y es que este proceso destructivo cobra sentido y entidad material con el distintivo por antonomasia del fascismo que apuntan autores como Emilio Gentile o Stanley G. Payne, este es, un ethos de violencia⁶⁵³. Una violencia que ya era señalada del mismo modo por el propio Benito Mussolini cuando sostenía que el fascismo iba en contra del pacifismo. Así, este decía: “Sólo la guerra eleva a la máxima tensión todas las energías humanas e imprime un sello de nobleza a los pueblos que tienen la virtud de afrontarla”⁶⁵⁴.

Como resultado se obtendría una sociedad regenerada que rozaba el utopismo, un orden nuevo y, como atomización extrema, un “nuevo hombre”. Por tanto, y siguiendo con la postura de Griffin, este proceso de palingenesia debía llevarse a cabo con otro pilar fundamental: la ultranación. La significación de ultranación responde a una cuestión etimológica, es decir, va más allá de la definición de nación previamente imaginada en las democracias liberales. Por ende, esta concepción de la ultranación conecta directamente con el mito fascista de un pasado imperialista glorioso, ese nuevo orden, que engarzaba con retóricas, por ejemplo, de un pangermanismo para el caso del III Reich, un panasianismo liderado por el Japón imperial, o con un hispanismo africanista preconizado por parte del régimen franquista. En este sentido, el fascismo no se caracterizaba en teoría y a priori por un racismo “biológico, pseudo-científico o eugenésico”⁶⁵⁵. En la práctica se observa que esto fue distinto y más complejo. El mismo Griffin aclara que:

El ultranacionalismo, pese a su énfasis primordial en la necesidad de una palingenesia nacional o racial, puede así adquirir una importante dimensión internacional o transnacional que va más allá de cerradas divisiones culturales, lingüísticas o étnicas, hecho este que cada vez admiten más los estudiosos del fascismo⁶⁵⁶.

⁶⁵² Griffin, *Fascismo. Una introducción...*, p. 52.

⁶⁵³ Gentile, Emilio, *Il fascismo in tre capitoli*. Latreza, 2010, p. 21.; Payne, Stanley G., *El fascismo*. Alianza editorial, 1980, p. 9.

⁶⁵⁴ Mussolini, Benito, *El Fascismo*. Librería de San Martín, 1934, p. 82.

⁶⁵⁵ Griffin, *Fascismo. Una introducción...*, p. 50.

⁶⁵⁶ Ídem, p. 51.

En cualquier caso, la aportación de Griffin respecto a un esfuerzo taxonómico del fascismo no debe asumirse como una definición definitiva. El mismo autor aduce que es precisamente el debate historiográfico el que debe seguir siendo el motor de avance en este asunto. Por su parte, y como se ha aludido, otra de las definiciones o caracterizaciones sobre el fascismo es la realizada por Gustavo Bueno. Este autor profundiza en las claves definitorias del fascismo, así como de otros movimientos de derecha e izquierda en un sentido tradicional, mediante su comparación con el Antiguo Régimen. Así, y en síntesis, el fascismo constituye para Bueno un movimiento político-ideológico de derecha no alineada y contrarrevolucionaria. Se erige como derecha no alineada, y revolucionario en cierto modo, al ir contra de los pilares esenciales de su predecesor genealógico político, el Antiguo Régimen. Dichos pilares son la unión del trono y el altar. Además, se presenta también como un movimiento contrarrevolucionario respecto a los movimientos de izquierdas tradicionales definidos⁶⁵⁷.

Añadido a estos rasgos identitarios, el fascismo quedaba caracterizado, según Bueno, por preconizar proyectos políticos, ideológicos y culturales que no eran racionuniversalistas, sino más bien particularistas y excluyentes. El caso más flagrante que evidencia esta dinámica fue el racismo que imperó en diversos regímenes. Véase el caso del nacionalsocialismo alemán que se afanaba por una pureza aria o también el ejemplo del supremacismo racial japonés en la Esfera de la Coprosperidad. En este sentido, esta característica iría en contradicción con el planteamiento de Griffin. Esto es, percibir al fascismo como un movimiento ultranacionalista y a priori no excluyente en sus proyectos. En última instancia, esta discordancia radica en qué sujeto político sostiene cada autor para elaborar su definición. Para Bueno, se ve la clara correlación del fascismo con el Estado-nación. Es decir, el Estado como un fin en sí mismo como apuntaba Mussolini: “[La] personalidad superior es la nación tanto que Estado”⁶⁵⁸. O el Estado como un medio, como era el ya citado ejemplo de un Reich racista para Alemania. Por ello, Griffin plantea un sujeto para el fascismo un tanto más versátil, la ultranación.

Sea como fuere, y finalizando con la labor taxonómica, otro de los conceptos que maneja Bueno y en los que puede estar contenido el fascismo es el de “imperio depredador”. Ya en el anterior capítulo definimos su antagonista, esto es, el “imperio generador” para referirnos a Estados Unidos y la Unión Soviética. Así, Gustavo Bueno afirma lo siguiente:

Un Imperio es depredador cuando por estructura tiende a mantener con las sociedades por él coordinadas unas relaciones de explotación en el aprovechamiento de sus recursos

⁶⁵⁷ Bueno, Gustavo, *Diccionario filosófico*. Biblioteca Filosofía en Español, 2000, p. 266.

⁶⁵⁸ Mussolini, *El Fascismo...*, p. 61.

económicos o sociales tales que impidan el desarrollo político de esas sociedades, manteniéndolas en estado de salvajismo y, en el límite, destruyéndolas como tales⁶⁵⁹.

Así pues, obtenido a grandes rasgos este marco de partida definitorio es perentorio a partir de ahora ahondar en las cuestiones ya aludidas. A saber, analizar en perspectiva comparada al fascismo como constructo historiográfico y como herramienta heurística con función hermenéutica para el caso español y japonés. En relación con el aspecto terminológico, encontramos que para ambos casos los historiadores que están a favor de ver a estos regímenes como fascistas, o al menos parte de estos, disponen de múltiples acepciones. “Fascismo frailuno”, “parafascismo” o “perifascismo”, “Estado semifascista”, “régimen fascistoide” o “fascistizado” son los términos más empleados en los debates concernientes a la España del primer franquismo. “Sistema imperial fascista”, “fascismo militarista”, “fascismo imperial” o “tecno-fascismo” se presentan como los homólogos para el ámbito japonés⁶⁶⁰.

A diferencia de lo que ocurrió en Japón, la teorización historiográfica en torno a la eventual naturaleza fascista del régimen de Franco se originó una vez fallecido el dictador, en el periodo posfranquista. En la actualidad, Glicerio Sánchez Recio sostiene que esta problemática está más o menos superada en el ámbito académico⁶⁶¹. Pero no puede hablarse a priori de que esa superación se haya transferido fuera de los púlpitos intelectuales. El uso metahistórico del término fascista para la España franquista sigue muy presente. Un ilustre ejemplo lo conforma un artículo, relativamente reciente, del politólogo Vicenç Navarro en el diario *Público*. En resumidas cuentas, Navarro se muestra partidario de categorizar al régimen de Franco de fascista. Para ello arguye que el establishment político y mediático español siempre ha desplazado el término fascista por el de franquista cuando este último nunca ha tenido resonancia en el ámbito internacional, especialmente en los medios de comunicación. Rechaza la definición del sociólogo Juan José Linz sobre tildar al régimen como una dictadura autoritaria sin más, derivando ello en acepciones como totalitaria o caudillista que poco hacen por clarificar de manera concisa la naturaleza del régimen. Finalmente, aduce que ese fascismo quedó impregnado en diversas capas tras la muerte de Franco, gracias a una ideología totalizante,

⁶⁵⁹ Bueno, *Diccionario filosófico...*, p. 723.

⁶⁶⁰ Recientemente destacan dos trabajos que sintetizan de manera clara y concisa las principales aportaciones que se han venido dando en los debates historiográficos acerca de la idoneidad de catalogar de fascista a los regímenes franquista y japonés. Para el contexto español véase Sánchez Recio, Glicerio, “Dictadura franquista e historiografía del franquismo”. *Bulletin d’Histoire Contemporaine de l’Espagne*, nº52, 2017, pp. 71-82. Para el caso japonés Marcon, “The Quest for Japanese Fascism...”, pp. 53-86.

⁶⁶¹ Sánchez Recio, ““Dictadura franquista...”, p. 71.

que hoy se traduce en la continuidad de la estructura fascistoide de dicho régimen en un amplio espectro⁶⁶².

En todo caso, y retornando al mundo académico, los debates sobre cómo debía catalogarse la dictadura franquista tuvieron su apogeo en las décadas de 1980 y 1990. Destaca como uno de los pioneros a este respecto los trabajos de Manuel Tuñón de Lara⁶⁶³. En esencia, tal y como recuerda Sánchez Recio, Tuñón de Lara apostaba por identificar al régimen de Franco como un régimen fascista, antiliberal y reaccionario, aunque con el matiz de verlo como una especie de “fascismo rural” dada la preminencia agraria en la economía española y el papel que jugaron las elites sociales de este sector⁶⁶⁴. Concretamente, este autor sostiene que durante la primera década del régimen de Franco se estableció esta variante del fascismo, sufriendo el resto de los años una metamorfosis de este fascismo a una dictadura de derechas⁶⁶⁵.

En este punto es interesante destacar el factor rural o agrario con el fascismo que ha sido analizado en la última década por Gustavo Alares López. A modo de síntesis, Alares López enfatiza el gran papel que jugó el elemento rural en el imaginario, y por ende en la ideología, de los grupos fascistas. Ejemplifica esta tesis con la comparación del caso italiano con el español para inferir que ambos tomaron del medio rural una piedra angular perfecta para reforzar eidética y dialécticamente el proyecto de regeneración fascista, o de palingenesia como aducía Griffin. Como hemos apuntado, dicha regeneración pasaba por edificar un “nuevo orden” que debía ser encarnado en primera instancia por un “nuevo hombre”. Para los casos italiano y español, Alares López remarca que ese nuevo hombre debía ser engendrado por el mundo rural. Un mundo rural que albergaba las cualidades y valores idóneos como la “virilidad, la fecundidad, o el sentido del deber”⁶⁶⁶. En suma, el ruralismo no jugó simplemente un papel de encuadramiento y movilización social, sino que era también un poderoso elemento discursivo para crear, mediante la inspiración de

⁶⁶² Vicenç Navarro, “Franquismo o Fascismo”. *Público*, 2017, pp. 1-11.

⁶⁶³ Tuñón de Lara, Manuel y Biescas, José Antonio, *España bajo la dictadura franquista (1939-1975)*, tomo X de la *Historia de España* dirigida por Manuel Tuñón de Lara, Labor, 1980.

⁶⁶⁴ Miralles, Ricardo, “Una visión historiográfica: la dictadura franquista según Manuel Tuñón de Lara”, en De la Granja, José Luis, Reig Tapia, Alberto y Miralles Ricardo (eds.), *Tuñón de Lara y la historiografía española*. Siglo XXI, 1999, p. 55-68.

⁶⁶⁵ Tuñón de Lara y Biescas, *España bajo la dictadura...*, p. 297.

⁶⁶⁶ Alares López, Gustavo, “Ruralismo, fascismo y regeneración. Italia y España en perspectiva comparada”, *Ayer*, nº83, 2011, p. 130. Es interesante citar aquí el trabajo de Thomas R. H. Havens, *Farm and Nation in Modern Japan. Agrarian Nationalism, 1870-1940*. Princeton University Press, 1974. Al igual que el estudio de Alares López, la obra de Havens analiza el componente rural de la conformación nacional japonesa en múltiples vertientes. Entre ellas se encuentran las interpretaciones ultranacionalistas y conservadoras de intelectuales y personalidades provenientes de diversas esferas que reivindicaban lo rural o agrario como uno de los refugios de las mejores virtudes que albergaba la nación nipona.

un pasado y un mundo agrario mitificado, un nuevo orden alternativo a la decadencia de los sistemas políticos del momento⁶⁶⁷.

Por su parte, Julio Aróstegui sostiene que el término “fascista” es insuficiente para definir a la dictadura franquista, esencialmente porque ello no demarca con claridad los elementos de este régimen⁶⁶⁸. Esto quizás queda en parte explicado por la vaguedad y complejidad del propio concepto de fascismo que se manejaba para estas décadas. Una crítica que ya dejaba entrever el ya citado Stanley Payne al hablar en estos términos en su obra publicada durante este marco temporal⁶⁶⁹.

Es a su vez el propio Payne quien sostiene que el régimen de Franco puede presentarse como un sistema “semifascista” hasta 1945, momento en el que, desde su óptica, comienza a darse un proceso de “desfascistización”. Sintetizando al extremo, lo que da impulso al historiador estadounidense para hablar de estado semifascista es el hecho de que el gobierno franquista albergó una amalgama de fuerzas de derechas y conservadoras muy heterogéneas. De entre ellas destacaron para el periodo de 1936-1945 el partido *Falange* de José Antonio Primo de Rivera y la organización *Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista* (JONS) fundada por Ramiro Ledesma Ramos. Fueron estos elementos los que tuvieron que bregar contra carlistas, monárquicos alfonsinos, y los grupos católicos y conservadores de la CEDA para tratar de establecer un proyecto político cuya inspiración y comparación debe verse, según Payne, con el modelo italiano. En este sentido, la Guerra Civil española (1936-1939) y la primera mitad de la Segunda Guerra Mundial hasta 1942 dieron la oportunidad a las fuerzas fascistas españolas de cobrar influencia en la esfera pública. Una influencia que antes de estos conflictos era marginal y lánguida dado el peso de las otras facciones conservadoras⁶⁷⁰. Uno de los estudios más recientes y clarificadores acerca de la génesis de los grupos fascistas en España lo presenta Julio Gil Pecharromán al remarcar que la verdadera semilla fascista residía en *Falange Española* y las *JONS* siendo *Falange Española Tradicionalista* y de las *Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista* (FET-JONS), por decreto de Franco en 1937, una unificación que poco tenía que ver con el fascismo español primigenio⁶⁷¹.

De igual forma, la opinión de Payne es compartida por varios autores. Ello ha dado pie para que estos aduzcan términos ya mencionados como “régimen fascistoide”,

⁶⁶⁷ Ídem, pp. 146-147.

⁶⁶⁸ Aróstegui, Julio, “Una dictadura conservadora”. *La aventura de la Historia*, nº16, 2000, pp. 16-18.

⁶⁶⁹ Payne, *El fascismo*, pp. 4-10.

⁶⁷⁰ Ídem, pp. 91-95.

⁶⁷¹ Gil Pecharromán, Julio, “Un partido para acabar con los partidos: el fascismo español, 1931-1936”. *Bulletin d’Histoire Contemporaine de l’Espagne*, nº51, 2017, pp. 69-84. También destaca un trabajo reciente de Joan M. Thomàs sobre la influencia alemana en los componentes fascistas españoles, “La Alemania nazi y el fascismo español durante la Guerra Civil”. *Cuadernos de Historia de España* nº87 2020, pp. 37-54.

“parafascismo” o “perifascismo” similares al “semifascismo” de Payne. Concretamente, el concepto de “parafascismo” es empleado por Ismael Saz para cerrar más el cerco taxonómico. Todo ello tras admitir, de forma semejante a Glicerio Sánchez, que se ha venido dando un consenso entrado el siglo XXI sobre la naturaleza del régimen de Franco. Saz también se muestra partidario de los esfuerzos de Griffin en la caracterización del fascismo. Por ende, Saz entiende a la dictadura parafascista en España como un régimen contrarrevolucionario. Dentro de este, las fuerzas fascistas genuinas, incapaces de movilizar a las masas por sí solas y proyectar materialmente un programa corporativista, tuvieron que servirse de instituciones y grupos sociales tradicionales de peso como el Ejército o las élites conservadoras ya instauradas. Dentro de estas se situó claramente la Iglesia católica. En otros términos, el régimen de Franco transitó por un proceso de fascistización dado el acercamiento, muchas veces forzado, de los sectores tradicionales a los grupos fascistas. Pero este era un proceso que tenía un retorno y es que a la vez que estos grupos iban fascistizándose también neutralizaban a los propios sujetos fascistas, sobre todo porque con el paso de los años el partido de masas, ahora bajo las siglas de FET y las JONS, quedaba supeditado a los intereses del ejecutivo⁶⁷².

Esta conclusión definitoria a la que llega Saz también es posible, según él mismo, gracias a la comparación de la dictadura de Franco con el régimen de Vichy. Ciertamente, Saz arguye que es al país galo al que debemos mirar en aras de hacer comparaciones y no tanto a Italia como predicaba Payne. Unas comparaciones, por ejemplo, que revelan la similar dinámica de las clases medias burguesas y conservadoras de ambos países, la inspiración que FE obtuvo respecto al partido *Action Française* o las semejanzas entre las figuras de Pétain y Franco. De ello se deduce, continua Saz, que Franco impuso el ejemplo prototípico de un régimen fascistizado o parafascista por encima de cualquier otro en Europa⁶⁷³.

Por lo general, la tónica historiográfica reciente se mueve dentro de estos marcos definitorios para el caso español, aunque ello venga acompañado de variaciones y matices. De entre ellos sobresale el ejemplo del citado Aróstegui que calificó al régimen de Franco como “una dictadura conservadora tradicional” sin obviar la influencia que ejercieron las fuerzas fascistas, o al menos de inspiración fascista, ya mencionadas⁶⁷⁴. Igual de importante en estos matices se sitúan las posiciones de Enrique Moradiellos que abogan por una conjunción de culturas políticas de las diversas fuerzas de derechas y conservadoras más que una impregnación de una cultura fascista totalizadora para la

⁶⁷² Saz, “El primer franquismo”, pp. 204-206.

⁶⁷³ Ídem, p. 219.

⁶⁷⁴ Aróstegui, “Una dictadura conservadora”, p. 17.

configuración del régimen⁶⁷⁵. Moradiellos aseveraba esta tesis como replica a los postulados de Ferrán Gallego que se reducían a tomar a la cultura política fascista, y no al partido fascista per se, para analizar la diseminación de esta y servir como punto de unión e influencia sobre el resto de las fuerzas franquistas. Destacan también algunos estudios recientes como el de Ángel Viñas que se centra en aspectos concretos como el del *Führerprinzip* -liderazgo autoritario-, resaltado también en la obra de Payne, que se tradujo en un fuerte caudillaje y capacidades ejecutivas de Franco. En última instancia, Viñas califica al régimen franquista de “fascistoide”, al menos hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial⁶⁷⁶.

Como se puede inferir, estos son los principales mimbres por los que han discurrido los debates en torno a la naturaleza del de la dictadura franquista en su primera etapa. Por tanto, es necesario hacer lo propio a partir de este punto con el caso japonés. Así, anticipando una de las diferencias sobre este asunto, mientras que existe un cierto consenso sobre el carácter fascista del régimen de Franco -o por lo menos en algunos de sus elementos- cuando nos adentramos en la esfera japonesa no parece tan fácil y claro que exista un consenso equivalente. Es decir, la problemática de catalogar de fascista o no al Imperio japonés hasta 1945 parece arribar más a un estado irresoluble por la diversidad de conclusiones que han llegado los académicos. Incluso, pueden encontrarse trabajos en los que se asume la categoría de fascismo para Japón sin justificación o, si la hay, se trata de una fundamentación muy vaga⁶⁷⁷.

Sea como fuere, la primera referencia sobre la catalogación y reflexión del fascismo en Japón vino de la mano de autores marxistas. Pero este círculo no presentó una homogeneidad en sus interpretaciones y afirmaciones. Así, la corriente más ortodoxa defendía la existencia de un Japón fascista caracterizado, como se expuso anteriormente, por ser un sistema instrumental para el capitalismo y que fue dirigido por una élite social autoritaria y conservadora. Los conceptos barajados por los ortodoxos fueron los de “régimen militarista-fascista” o “dictadura monárquica-fascista”. Sin embargo, ya desde 1930 diversos marxistas discrepaban de esta visión. Más que calificar al Imperio japonés como un régimen fascista, diversos autores soviéticos de esta corriente como O.S.

⁶⁷⁵ Moradiellos, Enrique, “Evangelios fascistas”, *Revista de Libros*, 2014.

⁶⁷⁶ Viñas, Ángel, *La otra cara del caudillo. Mitos y realidades en la biografía de Franco*. Crítica, 2015, p. 87. Sobre la cuestión caudillista destaca también el análisis de Ismael Saz que plasma en “Franco, ¿Caudillo fascista? Sobre las sucesivas y contradictorias concepciones falangistas del caudillaje franquista”. *Historia y Política*, nº27, 2012, pp. 27-50. En este artículo se hace un repaso de la concepción de este término desde la visión de FE y luego de FET y las JONS destacando la similitud e influencia germana de la figura de Hitler como *Führer*. De entre los lemas de FET y las JONS sobresalía el de “Una Patria, un Estado, un Caudillo” con claras connotaciones populistas y fascistas y cuyo equivalente alemán era “Ein Volk, ein Reich, ein Führer”.

⁶⁷⁷ Este es el caso de la investigación de Moritz Munderloh, *The Imperial Japanese Army as a Factor in Spreading Militarism and Fascism in Prewar Japan*. Tesina - Universität München, 2013.

Tarkhanov and Y.S. Iolk preferían hablar de un “imperialismo militarista-feudal” o de un “imperialismo absolutista”. En efecto, fueron estos elementos “feudales” que permanecieron tras la Restauración Meiji en 1868, encarnados por la continuación de las élites sociales y económicas, los que impidieron que se desarrollara una auténtica revolución burguesa, un sistema democrático-liberal y, por ende, un sistema fascista⁶⁷⁸. Es interesante tener en mente estas características ya que, como se expondrá más adelante, son las mismas que sostienen otros teóricos para asociar al país del Sol Naciente con el fascismo.

La influencia marxista en Japón se vio replicada con la aparición de dos corrientes a partir de 1930. Por un lado, la *Kōza-ha* (facción de lecturas) y, por el otro, la *Rōnō-ha* (facción de trabajadores y agricultores). Aunque ambas difirieron sobre la naturaleza del régimen japonés durante las décadas de 1930 y 1940, una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial fueron acercando posturas. Grosso modo, los pilares que afianzaron el fascismo en Japón desde el prisma de la *Rōnō-ha* fueron la asociación de las fuerzas armadas junto a los zaibatsus (conglomerados empresariales que controlaban los resortes económicos nacionales), los partidos políticos y la burocracia estatal. Y para la *Kōza-ha* el fascismo encontró su razón de ser en el sistema centralista imperial cuyos fulcros eran la figura del emperador y la religión estatal sintoísta⁶⁷⁹.

Situado del mismo modo dentro de la historiografía japonesa, otro de los autores destacados sobre esta problemática durante las décadas de la posguerra fue Maruyama Masao. En resumidas cuentas, a pesar de no adscribirse como un intelectual marxista, Maruyama no distó en exceso de las posiciones y elementos mencionados del materialismo histórico. Este politólogo especialista en filosofía política nipona también sostenía la existencia de un sistema fascista japonés. Lo más remarcable de su trabajo fue la segmentación que propuso para hablar de la influencia fascista en el Imperio nipón. Así, apuntó tres fases de desarrollo fascista e igualmente sostuvo que dicho desarrollo no se daba simplemente de arriba abajo, tal y como planteaban los marxistas, sino que también se evidenciaba el camino inverso, de abajo arriba. Prueba de ello, remarca Maruyama, fue el gran apoyo que encontraron las consignas fascistas en la base institucional del Ejército o sociedades secretas ultranacionalistas y que fueron partícipes del fallido golpe de estado de 1936. Su apaciguamiento supuso el establecimiento del fascismo “desde arriba”⁶⁸⁰. Lo que diferenció a Maruyama de los teóricos marxistas fue, esencialmente, la forma política en que el fascismo se expresó en Japón.

⁶⁷⁸ Marcon, “The Quest for Japanese Fascism...”, pp. 55-57.

⁶⁷⁹ Ídem, p. 61.

⁶⁸⁰ Maruyama, Masao, *Thought and Behaviour in Modern Japanese Politics*. Oxford University Press, 1963, pp. 26-27. Las diversas sociedades secretas y sus actividades fueron bien estudiadas por diferentes

Un factor que no puede obviarse dentro de los debates intelectuales japoneses, concretamente durante la posguerra, es que dentro de estos la cuestión fascista no respondía meramente a una necesidad de indagación historiográfica, sino también política. El contexto de la Guerra Fría y la necesidad de buscar una razón del desastre por el que pasó Japón a raíz de su condición beligerante fueron puntos que alentaban a ver al fascismo como un campo fértil para rendir cuentas. Durante este periodo también surgieron críticas que se afanaban por negar la naturaleza fascista del régimen japonés. Principalmente, dichas críticas provenían de historiadores occidentales, de la anglo-esfera para ser más exactos. Destacan figuras como John W. Hall⁶⁸¹, Marius Jansen⁶⁸² que se adscribían a la línea de historiadores liberales sobre los estudios comparados del fascismo como exponía Griffin. “Ultranacionalista” o “militarista” eran los conceptos barajados para referirse al Imperio japonés ante la desconfianza de abogar por el fascismo.

Esta desconfianza fue provocada, tal y como aduce Gregory J. Kasza, por la desidia en estos años de diversos autores para establecer unos parámetros claros sobre qué se entiende por fascismo. Ello provocó que este término fuera utilizado por otros observadores no especializados en la materia de manera acrítica⁶⁸³. Esta dinámica ha dado pie para que autores como Payne sostengan la tesis de que no puede hablarse de la existencia de un régimen fascista japonés. Para apuntalar esta afirmación, Payne aduce que se ha calificado de fascista al Imperio japonés simplemente por erigirse como un Estado donde las fuerzas de derecha autoritaria y radical coparon las esferas de decisiones políticas y mostrándose así contrarias al liberalismo, al marxismo o al socialismo. Para el historiador norteamericano este argumento no es suficiente, pues conecta con lo que apuntaba ya Griffin, a saber, definir al fascismo en una faceta negativa o de antítesis a otros modelos. En resumidas cuentas, Payne sostiene que no hubo un cambio estructural en el ámbito político, social o económico en Japón para caracterizarlo de fascista. Las figuras de los militares más radicales que ocasionaron fallidos golpes de estado, como el de febrero de 1936, asesinatos o actos terroristas no pueden adscribirse, continúa Payne, como representantes del fascismo sino como muestras de una derecha autoritaria y nacionalista radical. No hubo un partido fascista que promoviera un profundo cambio y movilizara a las masas. Por esta razón, este autor afirma que el régimen japonés se pareció

organismos de inteligencia aliada durante la guerra. Destacan los estudios llevados a cabo, por ejemplo, por la Segunda Sección de Inteligencia Militar Británica o MI2. Véase NA, WO 208/1211 *Japanese secret societies and nationalist organizations*, octubre 1942 - mayo 1946.

⁶⁸¹ Hall, John W., *Japan: From Prehistory to Modern Times*. Dell, 1970.

⁶⁸² Jansen, Marius B., *The Making of Modern Japan*. The Belknap Press, 2000.

⁶⁸³ Kasza, Gregory J., “Fascism from Below? A Comparative Perspective on the Japanese Right, 1931-1936”. *Journal of Contemporary History*, vol.19, n°4, 1984, p. 607.

más al II Reich de Guillermo II que a la propia Alemania nazi o a la Italia fascista. Así, Payne sintetiza lo siguiente al indagar sobre el Imperio japonés:

La expansión imperial se realizó bajo un sistema tradicionalista y monárquico, sin una estructura radical nueva ni una movilización independiente nueva. Faltaba el objetivo de crear un “hombre nuevo” común al fascismo y a todas las revoluciones en profundidad. Aunque el militarismo, el nacionalismo y el expansionismo japoneses sumados al espíritu bushido, pudieran parecer un equivalente funcional del fascismo, no era así más que a un nivel muy elevado de abstracción. Tanto en su estructura como en sus ideas y su ética, todo ello difería específicamente del fascismo europeo⁶⁸⁴.

No muy dispares de la tesis de Payne se encuentran las conclusiones de Kasza. Es interesante su estudio en el que analiza y matiza los elementos que sí pueden considerarse fascistas. Mediante la pesquisa y detenimiento en diversas publicaciones periódicas de la década de 1930 por parte de los grupos derechistas más radicales Kasza llegó a la siguiente inferencia. Aunque este autor niega la existencia de un régimen fascista nipón ello no significa que no hubiera facciones fascistas, o al menos imbuidas por el fascismo. Sin embargo, estos elementos eran minoritarios y, por ejemplo, de los más de setecientos libros publicados por grupos de derecha y conservadores, solo once estaban dedicados al estudio de las ideas fascistas. En todo caso, si se quisiera analizar el fascismo desde arriba hacia abajo como apuntaba Maruyama, el verdadero partido de corte fascista que se formó en el Imperio japonés fue el *Tōhōkai* (Sociedad de Oriente), pero su influencia fue más bien modesta y su disolución se dio incluso antes de acabar la guerra, en 1944⁶⁸⁵.

En todo caso, durante todas estas décadas un aspecto revelador sobre estos debates fue que tanto la plétora de autores que abogaban por catalogar a Japón de fascista como los que lo negaban con rotundidad dejaron de manejar el término fascista desde una perspectiva ontológica, esto es buscando la esencia o naturaleza de este, para abordarlo en términos heurísticos y hermenéuticos. Este es un importante matiz al que llegó también el estudio de Peter Duus y Daniel I. Okimoto. Dichos autores se mostraron igual de escépticos para hablar del régimen japonés como fascista, aunque, al igual que Kasza, no negaban la existencia de componentes fascistas o “fascistizados” en este de forma minoritaria. Pero al final, tanto Duus como Okimoto afirman que lo que se impuso fue un “régimen militarista-corporativista”⁶⁸⁶. Como efecto de la transferencia de lo ontológico a lo heurístico y hermenéutico emanaron trabajos que aplicaban el término fascista al Imperio japonés y que adolecían, a juicio de Marcon, de una ausencia comprensiva y

⁶⁸⁴ Payne, *El fascismo*, pp. 101-102.

⁶⁸⁵ Kasza, “Fascism from Below?...” pp. 620-623.

⁶⁸⁶ Duus, Peter y Okimoto, Daniel I., “Fascism and the History of Pre-War Japan: The Failure of a Concept”. *The Journal of Asian Studies*, vol. 39, n°1, 1979, pp. 67-72.

taxonómica de la naturaleza del fascismo⁶⁸⁷. En otras palabras, se priorizaba la búsqueda y análisis de patrones culturales, económicos y sociopolíticos para encajarlos bajo el paraguas conceptual fascista.

De entre dichos trabajos destacan obras como la de Yoshimi Yoshiaki que, a diferencia de los marxistas y de Maruyama, argumentó que el fascismo en Japón se estableció “desde abajo”. En efecto, Yoshimi se centró en evidenciar la gran aceptación y apoyo popular que tenía el proyecto militarista japonés y las instituciones tradicionales, entre las que se encontraba el Ejército. “Fascismo militarista” o “fascismo imperial” son los términos que defiende el historiador nipón⁶⁸⁸. También se presenta el caso de Andrew Gordon cuyo libro, *Labor and Imperial Democracy in Prewar Japan*, va en la línea de la imposición del fascismo “desde abajo”. Para ello, analiza las relaciones que se dieron entre la élite gobernante y trabajadores, especialmente agrarios, con el ascenso militarista y el proyecto imperial que provocó una gran movilización social⁶⁸⁹. Así, Marcon realza que tanto Yoshimi como Gordon no encuentran muchas reticencias a la hora de usar el término fascista, pero no se preocupan mucho de definirlo o de establecer un marco teórico de referencia sobre este en términos generales y mucho menos para el caso nipón⁶⁹⁰.

Igualmente, el periodo que discurre desde finales de 1990 hasta las primeras décadas del siglo XXI fue testigo de la aparición tanto de investigaciones que seguían preconizando el Japón fascista como las que se oponían a ello. De las primeras destacan las realizadas por autores como E. Bruce Reynolds⁶⁹¹, Janis Mimura⁶⁹² o Aaron S. Moore⁶⁹³. Reynolds se muestra partidario de evitar la concepción de un fascismo genérico, para más bien fijarse en las particularidades de cada país, entre los que destaca Japón, y centrarse en que las similitudes de cada caso pueden llevarnos a afirmar la existencia de un fascismo en cada una de las diferentes naciones. En esencia, para Reynolds los proyectos que se llevaron a cabo en materia política, social y militar en Japón fueron muy similares a sus homólogos alemán e italiano, por lo que de ello se deduce que se impusiera un régimen fascista⁶⁹⁴. Similar a las inferencias de Reynolds para hablar de un fascismo japonés son las ideas de Mimura y Moore. En el caso de Mimura, este acuñó el término de “tecno-fascismo” para recalcar los componentes fascistas sobre los que descansaba el Imperio japonés. En lugar

⁶⁸⁷ Marcon, “The Quest for Japanese Fascism...”, p. 74.

⁶⁸⁸ Yoshimi, Yoshiaki, *Grassroots Fascism: The War Experience of the Japanese People*. Columbia University Press, 2015.

⁶⁸⁹ Gordon, Andrew, *Labor and Imperial Democracy in Prewar Japan*. University of California Press, 1991.

⁶⁹⁰ Marcon, “The Quest for Japanese Fascism...”, p. 75.

⁶⁹¹ Reynolds, E. Bruce (ed.), *Japan in the Fascist Era*. Palgrave Macmillan, 2004.

⁶⁹² Mimura, Janis, *Planning for Empire: Reform Bureaucrats and the Japanese Wartime State*. Cornell University Press, 2011.

⁶⁹³ Moore, Aaron S., *Constructing East Asia: Technology, Ideology, and Empire in Japan's Wartime Era, 1931-1945*. Stanford University Press, 2013.

⁶⁹⁴ Reynolds, *Japan in the Fascist...*, pp. 186-187.

de abogar por una búsqueda del fascismo en términos de abstracción ideológica o cultural, Mimura indica que elementos más tangibles materialmente de inspiración germano-italiana como el *Führerprinzip*, la concepción de un espacio vital o la planificación económica y militar fueron los auténticos pilares del tecno-fascismo nipón⁶⁹⁵. En otras palabras, Japón conoció un fascismo más por la vía tecno-burocrática que por un sustrato ideológico puro. Por su parte, Moore concuerda con esta acepción tecno-fascista japonesa. Las siguientes aseveraciones sintetizan su cosmovisión:

Japan's technological imaginary represented a form of fascist ideology that employed familiar tropes of modernity and rationality rather than relying primarily on cultural appeals to spiritualism or ultranationalism⁶⁹⁶.

Y como ejemplo de la otra cara de la moneda, la de aquellos que aún siguen pensando que el fascismo no es el mejor término para analizar al régimen japonés, se encuentran los estudios de Stephen S. Large. De forma sucinta, Large cree que la alternativa conceptual ofrecida por Duus y Okimoto sobre el régimen “corporativista” es insuficiente a la par que vaga en su aplicabilidad y taxonomía. Por tanto, este autor sigue los criterios de Payne, entre otros teóricos, para definir al régimen japonés. A saber, Large defiende la idea de entender al Imperio japonés como una dictadura militarista con un proyecto imperialista donde se pasó en la política doméstica de un proceso de liberalización a otro de burocratización militarista sin que ello supusiera grandes cambios estructurales⁶⁹⁷.

7.2. Identidades regionales: la identidad “liminal” de los nativos de Okinawa frente al insularismo canario

Si la clarificación terminológica del fascismo, y su correspondiente correlación con los regímenes citados, presentaba una complejidad que era necesaria comprender, la cuestión de la identidad, para este caso insular, no se muestra como una tarea más simple. En otras palabras, la cuestión identitaria, con sus diversas variaciones entre las que se encuentra la histórica, es tan o más compleja que cualquier otro concepto historiográfico. Efectivamente, la identidad insular se encuentra relacionada con una multitud de variables que deriva en un intrincado panorama taxonómico y analítico. Y es que la identidad en sí misma puede ofrecer una imagen poliédrica dados los múltiples criterios o perspectivas que se utilicen para acercarnos a ella. Criterios políticos, psicológicos, sociales, culturales en un amplio sentido, económicos, de género, geográficos, filosóficos e históricos son aquellos más sobresalientes y que puede ser seguidos por un largo etcétera.

⁶⁹⁵ Mimura, *Planning for Empire...*, p. 3.

⁶⁹⁶ Moore, *Constructing East Asia...*, p. 7.

⁶⁹⁷ Large, Stephen S., “Oligarchy, Democracy and Fascism”. En Tsutsui, William M. (ed.), *A Companion to Japanese History*, Blackwell Publishing, 2007, pp. 167-168.

A su vez, todos estos criterios son interseccionales. Esto es, se conectan unos con otros en aras de plasmar unos postulados definitorios respecto a la cuestión identitaria. Por tanto, al tratar de abordar la identidad insular comparada de Canarias y Okinawa desde finales del siglo XIX y primeras décadas del XX es inevitable que para ello tenga que ser utilizado más de un criterio. El ejemplo más claro de ello lo configura el nacionalismo, un término que pivota en torno a la dinámica identitaria y que es fruto de criterios políticos, históricos, sociales, culturales o geográficos. En cualquier caso, lo realmente relevante en este sentido es que los estudios de las identidades en clave histórica, o del mismo nacionalismo entendido este como la necesidad de explicar una identidad bajo criterios políticos, históricos y culturales, han cobrado su razón de ser gracias a un enfoque comparado.

Ejemplo de ello es la obra de José Álvarez Junco, *Dioses útiles. Naciones y nacionalismos*⁶⁹⁸. En esta monografía Álvarez Junco ofrece una de las revisiones más recientes y esclarecedoras acerca del nacionalismo y la nación en su definición y funcionalidad identitaria. De igual modo, expone un recorrido por los diversos paradigmas y autores que han trabajado en ello, una indagación en los principales pilares que lo erigen, así como su concreción con el caso español en perspectiva comparada con otros países. Por tanto, creemos pertinente guiarnos por la obra de Álvarez Junco como referente teórico para analizar la cuestión identitaria insular, al menos en lo que respecta al ámbito político con sus diversas conexiones. Así, se hace indispensable poner de relieve una serie de ideas y conceptos previos que nos facilita este autor.

En primer lugar, Álvarez Junco señala el sistema dual por el que la nación ha sido analizada por diversos autores. En este sentido, la nación ha sido escudriñada desde una visión primordialista o etnicista y, por otro lado, una visión modernista. En resumidas cuentas, los adscritos al primordialismo abogaban por ver y estudiar a la nación como si esta fuera un sujeto orgánico cuyos orígenes se trazaban a lo largo de los siglos. Para Álvarez Junco, esta perspectiva trató de ver “que el sentimiento de pertenencia a una colectividad nacional era un fenómeno natural”, por lo que la unificación de esta bajo una estructura estatal, sobre todo a partir de la Revolución francesa en adelante, era un derivado lógico⁶⁹⁹.

Por su parte, la corriente modernista preconizaba que las naciones no eran más que un producto del proceso modernizador que comenzó con la mencionada Revolución francesa y se consolidó en los siglos XIX y XX. A este respecto, fue el Estado el que precedió y engendró a la nación y no a la inversa. Esta visión recuerda a la citada perspectiva de

⁶⁹⁸ Álvarez Junco, José, *Dioses útiles. Naciones y nacionalismos*. Galaxia Gutenberg, 2016.

⁶⁹⁹ Ídem, p. 18.

Mussolini sobre la formación de las naciones. Teóricos como Benedict Anderson o Eric Hobsbawm sobresalían en esta postura y puntualizaban que las naciones no eran más que “comunidades imaginadas” o “artefectos inventados y etéreos”. En todo caso, lo realmente importante bajo el filtro de estos autores es que la nación servía de instrumento eidético y discursivo por parte de ciertos agentes -normalmente las élites sociales y culturales- para fines políticos. Una situación similar se daría con el nacionalismo. Por una parte, este, bajo el paraguas primordialista, consistió en un sentimiento natural y espontáneo de pertenencia por parte de los miembros de un grupo o comunidad con una clara percepción y anclaje territorial. Por otra parte, a razón de lo visto por los modernistas, el nacionalismo no fue más que un subproducto o sistema político-cultural sustituto de los antiguos sistemas de mitos y ritos como la religión. Así, el nacionalismo se configuró como un artefacto generador de nuevos mitos y ritos con una funcionalidad performativa claramente diseñada desde objetivos políticos⁷⁰⁰. En relación con este último aspecto, Álvarez Junco pone de relieve lo siguiente:

Y no basta con hablar del «Estado»; hay que especificar. Ante todo, porque el aparato estatal se encuentra bajo el control de grupos de funcionarios y políticos, con diferentes ideologías e intereses según las épocas o circunstancias. Pero además porque no siempre es el Estado el impulsor o «inventor» del nacionalismo, ya que hay nacionalismos que cuestionan los estados existentes; en este caso, hay que estudiar las élites con vocación política, excluidas o relegadas por el sistema de poder actual y decididas a construir (y controlar) un marco distinto⁷⁰¹.

En otros términos, el matiz que establece Álvarez Junco permite distinguir la ambivalencia que conforma el nacionalismo. Particularmente, entre un nacionalismo como un instrumento legitimador de la *auctoritas* y *potestas* estatal y un nacionalismo emanado de grupos sociales disidentes o marginados y cuya actitud puede ser dual. Esto es particularista y diferenciador o integracionista para con los promotores estatales del discurso nacionalista.

En cualquier caso, una de las características principales que señala Álvarez Junco de estas dos visiones sobre la nación y el nacionalismo es que ambas, pese a sus diferencias, abordaban y analizaban estos conceptos en calidad de sujetos históricos, especialmente de los países e imperios occidentales. Respecto a este último elemento, los estudios poscoloniales de finales del siglo XX han contribuido a matizar e invertir los criterios por los que se vertebran los conceptos de nación y nacionalismo en los antiguos territorios coloniales. La solidez analítica de estos términos como sujetos históricos fue tambaleada por una tercera vía surgida a raíz del giro lingüístico, un fenómeno que tuvo su impacto

⁷⁰⁰ Ídem, pp. 23-25.

⁷⁰¹ Ídem, p. 43.

en diversas disciplinas de las humanidades a partir de la segunda mitad del siglo pasado. Concretamente, nos referimos al deconstruccionismo, una corriente, eminentemente filosófica, que abogaba por la puesta en duda de que el lenguaje fuera una representación realista del mundo exterior. Destacaron los estudios de figuras como Jacques Derrida para el campo filosófico o la de Hayden White en su transferencia para la Historia con la corriente narrativista⁷⁰².

Por ende, bajo esta premisa es inevitable que todo concepto sea cuestionado para referirnos a una realidad en concreto, incluidos los de nación y nacionalismo. Así, y en síntesis, “el lenguaje no sólo no trasluce realidades externas, sino que las «construye»; los seres humanos, al hablar, creamos universos en cuya realidad nosotros mismos acabamos creyendo”⁷⁰³. A raíz de ello, la nación y el nacionalismo son entendidos como una construcción social e histórica gracias a la materialidad del lenguaje, por lo que el análisis de estos términos debe ser en calidad de objetos y no de sujetos históricos.

La volubilidad taxonómica de estos términos impele a que Álvarez Junco se aproxime a esta cuestión con cautela. A raíz de ello, el autor propone una identificación tripartita de la nación y el nacionalismo que en ningún caso impone como categórica e inamovible. Por un lado, respecto a la nación, además de citar a esta desde un prisma estatalista -bajo la visión modernista- y primordialista, la tercera acepción emana de un voluntarismo. Es decir, de la voluntad de un “grupo humano de constituir una comunidad política”⁷⁰⁴. Pero para ello son indispensables dos requisitos. A saber, “debe tratarse de una población con un asentamiento histórico concentrado y continuado sobre un determinado territorio (o una conciencia de haber estado asentados allí, aunque históricamente sea dudoso)”. Igualmente, también “se requiere también un deseo de construir una estructura política autónoma o propia sobre tal territorio, basado en una conciencia de poseer derechos sobre el mismo”⁷⁰⁵. Por su parte, y finalizando con estas disquisiciones, Álvarez Junco define al nacionalismo como una visión en el mundo -entra en juego los factores psicológicos y de autopercepción grupal-, como un sentimiento -relacionada con la subjetividad individual y la lealtad al grupo que puede derivar en un chauvinismo, patriotismo o supremacismo racial- y, por último, el nacionalismo como una doctrina política⁷⁰⁶.

Una vez expuestas estas consideraciones proemiales es necesario abordar las dinámicas identitarias de los espacios insulares que nos atañen. Y para ello debemos,

⁷⁰² White, Hayden, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Ediciones Paidós, 1992.

⁷⁰³ Álvarez Junco, *Dioses útiles...*, p. 58.

⁷⁰⁴ Ídem, p. 67.

⁷⁰⁵ Ídem, p. 68.

⁷⁰⁶ Ídem, pp. 71-72.

irremediamente, apoyarnos o al menos mencionar conceptos como “lo regional” o “regionalismo” y “lo insular” o “insularismo”. Para evitar una eternización *ad nauseam* en lo taxonómico, pasaremos a definir brevemente estos términos. A raíz de estudios de autores como Xosé Manoel Núñez Seixas y Andrea Geniola, el regionalismo no está exento de diversas interpretaciones y definiciones. Para Núñez Seixas el regionalismo es “la cultura que sostiene y forja, en el espacio público, que un territorio determinado es una región [y ello] se puede acompañar de una reivindicación de descentralización política, pero también puede carecer de ella”⁷⁰⁷. Con ello, Núñez Seixas desdobra el regionalismo en uno político si este tiene aspiraciones descentralizadoras y de autonomía político-administrativa y un regionalismo cultural que simplemente se reafirma y reivindica elementos históricos y etnoculturales pero adscrito a “una narrativa nacional(ista)” de mayor envergadura, es decir, a una nación y un nacionalismo estatal. Este es conocido también como un “nacionalismo regional” o “regionalizado”⁷⁰⁸.

Relacionada con los postulados de Núñez Seixas se encuentra también la definición de Andrea Geniola. Para este autor, el regionalismo no es entendido solamente como el “posible antecedente del nacionalismo subestatal” sino que es un elemento crucial en “los procesos de construcción de la nación”. Dada la volatilidad de las fronteras o límites geográficos, históricos o culturales Geniola asevera que el regionalismo puede definirse como un “nacionalismo localizado” en un sentido “genérico y multidimensional”. Por tanto, el regionalismo cobraría para este una posición ambivalente tal y como expuso Núñez Seixas. Pero Geniola pone de relieve la importancia de la formación de un regionalismo en el marco de las relaciones de “centro-periferia entre Estado y élites locales”. En otras palabras, los agentes de formación de dicho regionalismo pueden venir del ámbito estatal o del contexto local y sus intereses o proyectos pueden estar aunados o no. Sobresale ante todo un proceso dialéctico⁷⁰⁹.

En lo que respecta al insularismo, debe constatarse la no tan clarificadora posición de este término, tanto por su bagaje teórico como por su limitado cerco de aplicación a un espacio concreto: Canarias. En efecto, todos los conceptos hasta ahora citados pueden encontrar una definición en diferentes diccionarios y también en estudios de múltiples pensadores con una transferencia más o menos permeable para referirse a varias realidades. Pero, comenzando por un punto de partida elemental, ni siquiera el término de “insularismo”

⁷⁰⁷ Núñez Seixas, Xosé Manoel, “De gaitas y liras: Sobre discursos y prácticas de la pluralidad territorial en el fascismo español (1930-1950)”. En Ruiz Carnicer, Miguel Ángel (coord.), *Falange, las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*. Insituto “Fernando el Católico”, 2013, p. 290.

⁷⁰⁸ Ídem.

⁷⁰⁹ Geniola, Andrea, “Esos entrañables afluentes de la patria. El «sano regionalismo» del franquismo”. *Ayer*, nº3, 2021, pp. 13-14.

aparece en los diccionarios de uso general ni en los diccionarios más especializados por materia, para nuestro caso la Historia.

Por otra parte, el insularismo aparece en diversos trabajos de autores que tratan el asunto de la pugna política entre las élites isleñas. En el estudio de Juan Hernández Bravo el insularismo es asociado directamente al conocido como “pleito insular”, aunque también se intenta vislumbrar las dimensiones sociales de este⁷¹⁰. En efecto, este autor resalta la heterogeneidad de la pugna y aspiraciones de estas élites en el ámbito económico y político. Unas aspiraciones que repercutieron en un proceso de ideologización sobre la base social isleña que se vio reflejado no solo en el establecimiento de una red clientelar particular para cada élite, sino también en el “comportamiento electoral canario”⁷¹¹.

También destacan en relación con el insularismo en clave política las investigaciones de Marcos Guimerá Peraza, autor al que se le atribuye la acuñación del término “pleito insular”⁷¹². Sea como fuere, creemos que lo más coherente es situar teóricamente al insularismo bajo el paraguas taxonómico que Geniola y Núñez Seixas proponen para el regionalismo. A saber, entender al insularismo como un fenómeno político-económico con variantes culturales y sociales. Un fenómeno caracterizado por la tensión entre un centro y una periferia, como apuntaba Geniola, y cuyos agentes pueden abogar o no por un proyecto autonomista o nacionalista.

Expuesto este marco de referencia teórico, el desarrollo de los factores de la identidad canaria se presenta más claro. Así, la Guerra hispano-estadounidense de 1898 fue un punto crucial de partida⁷¹³. Ciertamente, la pérdida de los resquicios coloniales españoles, teniendo mayor impacto la desposesión de Cuba, marcó un punto de inflexión para reconsiderar la percepción de Canarias en el nuevo orden internacional que se configuraba. Una percepción venida de la mano de los mandatarios y militares de Madrid,

⁷¹⁰ Hernández Bravo de Laguna, Juan, “El insularismo canario: caracterización política, ofertas electorales y resultados”. *Papers: revista de sociología*, nº33, 1990, p. 121. Este autor sugiere referencias alternativas al pleito insular como, por ejemplo, “enfrentamiento social” o “enfrentamiento fraccional social”.

⁷¹¹ Ídem, p. 122.

⁷¹² Guimerá Peraza, Marcos, *El pleito insular (1808-1936)*. Caja General de Ahorros, 1976.

⁷¹³ Aunque nuestra investigación se fije cronológicamente en el periodo contemporáneo, no es desdeñable mencionar brevemente que esta cuestión identitaria con sus múltiples vertientes ya estaba vigente desde los siglos modernos. Es de sobra conocido y estudiado que la inserción de Canarias en la Monarquía Hispánica conllevó que el archipiélago se conformara como un punto de referencia en el sistema comercial atlántico. Como consecuencia, la diáspora migratoria siempre fue una constante. De los estudios recientes sobresalen algunos de autores como Javier Luis Álvarez Santos, *De la Historia Atlántica a la Nesología. La formación de una identidad insular macaronésica durante la consolidación del mundo atlántico*. Instituto de Estudios Canarios, 2018; “Identidad y pacto social: los portugueses en Canarias durante la Unión Ibérica”. *Anuario de historia regional y de las fronteras*, vol.24, nº1, 2019, pp. 139-154. En ellos se demuestran que al menos hasta el fin de la Unión Ibérica hubo en Canarias un pacto social entre los habitantes de esta para con los extranjeros. Destaca el ejemplo de la comunidad portuguesa que fue testigo de una integración en las dinámicas insulares. Esto derivó en una identidad más o menos homogénea del cuerpo social, ya fuera mediante la ocupación de cargos públicos o mediante el mestizaje.

pero sobre todo de la mano de las élites isleñas. Con el fin de la guerra, la duda sobre la posición de Canarias dentro del nuevo orden político español no solo estaba diseminada entre estos grupos citados sino también entre las potencias europeas y Estados Unidos. Parecía que el archipiélago atlántico era parte de un legado colonial antes que una parte integral de la identidad político-administrativa española⁷¹⁴. A ojos de las élites sociales canarias, la única vía para aplacar una eventual amenaza exterior por el cuestionamiento de su identidad política y territorial era adherirse a un proceso de reivindicación de la españolidad de las islas en colaboración con los dirigentes de Madrid. La viabilidad de esta opción provenía, en parte, por la casi inexistencia de movimientos o procesos nacionalistas con aspiraciones de independencia, al menos así lo juzgaron tanto personalidades políticas y militares canarias como del gobierno central⁷¹⁵.

Es reseñable destacar que esta fue una de las primeras muestras de suscripción del regionalismo o insularismo canario al calor de una de las vertientes señaladas por Núñez Seixas. Esto es, la reivindicación de un insularismo y de sus particularidades como una impronta identitaria vital que nutre el sentimiento españolista. En todo caso, el nacionalismo canario, aunque marginal, tuvo igualmente sus ecos a raíz de la misma crisis del 98. En concreto, es importante remarcar la diáspora migratoria de canarios a las excolonias españolas como fenómeno que impulsó el movimiento nacionalista. Secundino Delgado fue la figura más sobresaliente en lo referido al proyecto nacionalista canario.

Hijo de canarios emigrados en Cuba, Delgado desarrolló su pensamiento bajo la influencia de la Escuela Regionalista de la Laguna con Nicolás Estévez Murphy como máximo referente. Las aspiraciones políticas de Delgado estuvieron diferenciadas en dos etapas. La primera corresponde a una fase que preconizaba el independentismo y coincidió con el factor migratorio, es decir, con la estancia de Delgado en Venezuela donde fundó la revista *El Guanche*. En la segunda, el independentismo tornó en autonomismo y Delgado se había trasladado ya a Santa Cruz de Tenerife donde mantenía relación con la Asociación Obrera de Canarias. De esta asociación surgió en noviembre de 1901 el Partido Popular Autonomista. Con posterioridad, en 1924 se fundó el Partido Nacionalista Canario (PNC), que se arrogaba ser el sucesor directo de las ideas de Delgado⁷¹⁶.

⁷¹⁴ Geniola, Andrea, *La patria interferida. Nacionalismos y regionalismos en la España franquista*. Tesis doctoral - Universidad de Autònoma de Barcelona, 2021, p. 135.

⁷¹⁵ Márquez Quevedo, Javier, *Canarias en la crisis finisecular española (1900-1907): Del desastre ultramarino a la garantía de seguridad exterior*. Ministerio de Defensa, 2007, pp. 490-498.

⁷¹⁶ Hernández Bravo de Laguna, Juan, "El nacionalismo y el regionalismo canarios en torno al siglo XX". *Cuadernos del Ateneo*, nº18, 2004, p. 13.

Los postulados de Delgado partieron siempre de un proyecto revolucionario de corte obrerista, aunque también interclasista, donde los objetivos consistían en eliminar los elementos más nocivos de la Restauración en las islas. Ejemplos de ello eran el servicio militar obligatorio, que tuvo gran incidencia en el conflicto cubano, las pesadas tasas impositivas, el caciquismo, la pugna entre las elites isleñas o el desentendimiento del gobierno central del archipiélago en un amplio sentido⁷¹⁷. Todos estos aspectos no eran más que meros síntomas de una enfermedad estructural del Estado español y que en uno de los ejemplares de *El Guanche* quedaron recogidos bajo el título “El Espectáculo de la Descomposición Española”. Un titular que auspiciaba las siguientes afirmaciones:

La creación y las propagandas de un “Partido Nacionalista Canario” que la prensa de la Habana registra estos últimos días, tiene una importancia irrefutable, porque este mero hecho, sin otras consideraciones ni otras consecuencias, es un síntoma más, asaz significativo, de la crisis y de la descomposición, aguda y definitiva, del unitarismo político español⁷¹⁸.

No obstante, no faltaron tampoco agentes u organizaciones regionalistas en Canarias paralelas a las promovidas por nacionalistas como Delgado y que abogaban por un regeneracionismo más que por un autonomismo o separatismo. De entre ellas destacaron la Liga Regionalista en 1908, la Liga Regional en 1917 o la Unión Regionalista fundada un año más tarde⁷¹⁹. En cualquier caso, el proceso de independencia cubano sacó a relucir el fenómeno de la diáspora canario-americana como un factor trascendental en la configuración identitaria insular a posteriori. Y aunque la cuestión identitaria sobre este proceso migratorio tuvo mayor incidencia por parte de los promotores del nacionalismo isleño, este se tradujo en una ambivalencia evidente. Una ambivalencia que abarcó igualmente a actores que a priori poca relación mantenían con una posición nacionalista e independentista.

En efecto, se presenció un entrecruzamiento de pretensiones identitarias, cada una con diversos objetivos, sobre el archipiélago canario. Por un lado, y como quedó mencionado, el fin del dominio colonial español indujo un sentimiento de aprensión en las élites isleñas canarias que preferían reivindicar su españolidad, pese a que ello requería engazarla con el particularismo insular, con el objetivo de mantener una garantía de seguridad. Por otro lado, incluso los mismos nacionalistas reconocían el peligro que podía suponer Estados Unidos para Canarias. Así, era más pragmático arrinconar las aspiraciones

⁷¹⁷ Hernández González, Manuel, “El nacionalismo canario ante el 98”. *Cuadernos del Ateneo*, nº4, 1998, p. 7.

⁷¹⁸ Casanovas, Martín, “El Espectáculo de la Descomposición Española”. *El Guanche*, 30 de abril de 1924, p. 4.

⁷¹⁹ Hernández Bravo de Laguna, “El nacionalismo y el regionalismo...”, p. 15.

independentistas temporalmente dado que hubiera sido prácticamente imposible de realizarlas bajo un dominio angloamericano⁷²⁰.

En este sentido, retornando a la conexión del insularismo con la reivindicación española debemos resaltar el papel que juegan no solo los mandatarios políticos, sino también otro tipo de agentes que moldearon y propulsaron el nacionalismo español, consciente o inconscientemente, en el contexto insular. Unos agentes que cobraron forma de poetas, artistas e intelectuales en un amplio sentido. Así, se suele siempre destacar la figura de Benito Pérez Galdós con sus *Episodios Nacionales* o a Néstor Martín Fernández de la Torre en el engarce del españolismo y el insularismo canario. Este último afirmaba lo siguiente:

Todo este programa de revalorización, de exaltación de la región, de canariedad, no es otra cosa que la labor en la reconstrucción de la patria, para lograr la mayor riqueza y bienestar de todas y cada una de las regiones que la componen, la grandeza de nuestra nación, al acusar y perfilar un sentido de canariedad en los distintos órdenes de la vida, destacamos con ello y realzamos nuestro sentir españolista como avanzada que somos de la patria en el Atlántico⁷²¹.

Uno de los pilares esenciales de los nacionalistas canarios eran las comunidades de canarios arraigadas en las antiguas posesiones de Cuba y Venezuela. Estas comunidades eran el gran motor de las aspiraciones nacionalistas y prueba de ello fueron las diversas publicaciones de revistas, como la citada *El Guanche* o *Tierra Canaria*, así como diversas asociaciones como lo fue el propio PNC o la Asociación Canaria de Cuba. Sin embargo, los canarios asentados en los territorios americanos evidenciaron la mencionada ambigüedad identitaria⁷²². Ello se debe, además del miedo a una eventual injerencia extranjera en Canarias al finalizar la guerra de 1898, a los obstáculos que afrontaron las colonias canarias. En Cuba por ejemplo, el calificativo de isleño era utilizado con afán de desprecio y en este quedaban encuadrados los canarios emigrados. Una consideración similar se daba en Venezuela respecto a la comunidad canaria, la cual era asociada, por algunos sectores venezolanos, a una imagen de analfabetismo y atraso⁷²³.

⁷²⁰ De Paz Sánchez, Manuel, “Identidades lejanas. El proyecto nacionalista canario en América (1895-1933)”. *CATHARUM. Revista de Ciencias y Humanidades del Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias*, nº10, 2009, pp. 51.

⁷²¹ Martín Fernández de la Torre, Néstor, *Habla Néstor: un ideal para Gran Canaria*. Amagro ediciones digitales, 2014 [1936], p. 43.

⁷²² Sobre las publicaciones periódicas de la comunidad canaria emigrada en Cuba véase el pormenorizado estudio de Yanes Mesa, Julio, “El insularismo, el nacionalismo y el independentismo en el periodismo canario de la emigración en Cuba”. *Revista internacional de Historia de la Comunicación*, nº12, 2019, pp. 67-86.

⁷²³ De Paz Sánchez, “Identidades lejanas...”, pp. 49-50.

Cabe destacar también la contradictoria retórica de los emigrados canarios, especialmente de su élite social, acerca de la diáspora de otros países. Los nacionalistas canarios de estas colonias se veían doblemente discriminados por el Estado español y por algunos sectores cubanos y venezolanos. Sin embargo, estos mismos nacionalistas promovían un discurso discriminatorio respecto a otras comunidades de emigrantes. Es reseñable el caso los emigrantes chinos en Cuba, apodados como *coolies*. Luis Felipe Gómez Wangüemert, dirigente del PNC, envió en abril de 1924 un escrito al presidente de la República de Cuba, Alfredo Zayas, donde se dejaba claro que la comunidad canaria era un grupo emigrante deseable, especialmente dedicado a los trabajos agrícolas, que podía aportar más en todos los sentidos que otro tipo de “inmigración no deseable”. Al final, la comunidad canaria en Cuba fue en decadencia a lo largo de 1930, así como los organismos y publicaciones sustentadas por esta⁷²⁴.

En todo caso, y como quedó mencionado, la fuerza del nacionalismo canario y su impacto en la población del archipiélago tuvo escasa relevancia. Una relevancia que no se produjo simplemente por la pugna entre las diversas élites canarias, eminentemente entre las tinerfeñas y grancanarias, que habían monopolizado la esfera política y social, sino porque el planteamiento y la retórica nacionalista desde territorios americanos partía de una premisa algo distorsionada. Pues, desde la visión nacionalista se percibía al archipiélago canario como una región homogénea y armoniosa. Igualmente, la ideología nacionalista se caracterizó por el citado dualismo entre “un simple sentir identitario” y “la reivindicación de la independencia de Canarias”. Una ideología también caracterizada por la “moderación, el progresismo y el cosmopolitismo” que encajó bien en el modelo federal que algunos propugnaban en el periodo de la II República. *Tierra canaria* era un ejemplo de esta moderación en torno a la cuestión independentista. Pero esta ambivalencia no habría sido posible, como remarca Julio Yanes Mesa, sin la incidencia de la prensa isleña que se distinguía más por ser un dispositivo “híbrido” y pragmático que por un instrumento extremadamente polarizado como lo fue el periodismo general español⁷²⁵.

Precisamente, la prensa no era solamente el vehículo u escaparate mediático donde salían a relucir las cuestiones nacionalistas o insularistas en relación con la pugna de las élites locales. Esta también reflejó temáticas referidas al insularismo pero desde el punto de vista de las islas menores o periféricas. Mario Ferrer Peñate recalca que suele olvidarse el impacto que tuvo el denominado pleito insular en las islas menores. Y es que los diarios de islas como Fuerteventura o Lanzarote también expusieron tópicos variados en torno al

⁷²⁴ Ídem, pp. 65-67.

⁷²⁵ Yanes Mesa, “El insularismo, el nacionalismo...”, pp. 79 y 84.

insularismo con diversos filtros partidistas, aunque su repercusión no tuvo un gran impacto por la tardía aparición de estos periódicos entre otros factores. Una aparición tardía que se dio eminentemente por el gran analfabetismo de la población, la dependencia de imprenta de las islas capitalinas y la ausencia de una amplia base social urbanita⁷²⁶.

Independientemente de los posicionamientos ideológicos que reflejaron los diarios lanzaroteños y majoreros, los mensajes en torno al insularismo siempre se referían a la misma idea: el abandono y desprecio de las islas menores por parte de España y de las islas capitalinas. La crítica al caciquismo que ejercían las élites capitalinas, a veces con la connivencia de las oligarquías de las islas menores, la falta de inversiones o la precaria situación de los transportes y comunicaciones eran los reclamos más frecuentes. Un aspecto interesante de estos mensajes, tal y como ha analizado Ferrer Peñate, es que algunos de ellos estaban encubiertos bajo el manto discursivo que reivindicaba la españolidad de las islas. Así, la alusión de la españolidad, y su fusión con el particularismo insular, debía servir como un aglutinador u homogeneizador para que todas las regiones españolas gozaran de una equidad de las condiciones materiales. En cualquier caso, lo reseñable del estudio de Ferrer Peñate es que este fenómeno puede categorizarse como un “segundo pleito insular” como él mismo acuña⁷²⁷.

En otro orden de cosas, un denominador común presente tanto en los precursores del nacionalismo canario como en otros agentes que simplemente abogaban por una identidad archipelágica, al calor del insularismo político o no, era la visión primordialista que tenían respecto al pasado de la población isleña. Ciertamente, el semblante idealizado de la sociedad prehispanica canaria conectaba directamente con la imagen del buen salvaje de Jean-Jacques Rousseau y con la tradición romanticista. En este sentido, a ojos de los nacionalistas, los canarios de la época eran los continuadores orgánicos de aquellos pobladores indígenas que sufrieron una opresión por la conquista castellana de las islas. Por tanto, la nación canaria era un sujeto rastreable y que podía erigirse como depositaria para un proyecto político independiente. El bagaje en el que se apoyaban tales ideas lo presentaban las obras de historiadores, cronistas, geógrafos, etnólogos o científicos de siglos anteriores como José de Viera y Clavijo, Sabin Berthelot, Antonio de Viana y Juan de Abreu Galindo, entre otros⁷²⁸.

Por otra parte, e independiente de las pretensiones políticas nacionalistas o insularistas en torno a las élites isleñas, la idealización de la población nativa también vino de la mano

⁷²⁶ Ferrer Peñate, Mario, “Ecos del segundo «pleito insular»: el insularismo en la prensa histórica de Lanzarote y Fuerteventura”. *XX Coloquio de Historia Canario-Americana*, 2014, pp. 1182-1183.

⁷²⁷ Ídem, p. 1188.

⁷²⁸ Polo Blanco, Jorge, “Romanticismo y etnicismo en los orígenes del andalucismo y del nacionalismo canario”. *Revista de Estudios Políticos*, nº193, 2021, p. 96.

de los productos o artefactos culturales de otros agentes. Se destacó previamente figuras como la de Pérez Galdós o Martín Fernández de la Torre. Pero lo cierto es que la necesidad de definir la identidad canaria fue más allá del ámbito político. Sobresalen a este respecto los escritos de poetas como Tomás Morales o Pedro García Cabrera para el ámbito de la literatura canaria y las influencias que esta percibió desde el romanticismo hasta el modernismo. Estos autores fueron, junto a los ya citados y otros tantos, unos agentes más en la configuración de unos mitos sobre la identidad canaria, entendiendo a los mitos como un conjunto de creencias colectivas. De sus textos destaca la alusión no solo al pasado aborigen, sino también a tópicos geográficos. Sobresale por encima del resto la mención constante al mar que, lejos de ser una simple referencia física, esconde un gran acopio de simbolismo⁷²⁹.

El mar era interpretado tanto como barrera física de aislamiento como ventana al cosmopolitismo e influencias culturales que arribaban desde Europa a finales del siglo XIX y principios del XX. Así, la literatura, el arte canario, el estudio del folclore e incluso la práctica fotográfica desde finales del siglo XIX se conjugaron para ahondar en la formación de una identidad canaria. En el caso de la fotografía, esta contribuyó en la forja de esta identidad para homogeneizar gráficamente todos los aspectos de la sociedad canaria. Al mismo tiempo, tal y como sostiene Gabriel Betancor Quintana, esta “iconografía colonial” también sirvió como plataforma para exportar el exotismo y atractivo al exterior del archipiélago⁷³⁰. En el ámbito político, el insularismo, manifestado en parte por la lucha entre las élites isleñas, quedó zanjado por la instauración de los Cabildos insulares en 1912, pero más certeramente por la división provincial de 1927 respecto a la problemática de la capitalidad⁷³¹.

Si la identidad canaria, incluyendo su vertiente política en el insularismo, era un ejemplo de ambivalencia, el archipiélago de las Ryūkyū representó un caso igual o más flagrante de dualismo identitario. De hecho, y a diferencia de Canarias, la problemática identitaria en el archipiélago nipón ha sido tratada con una mayor profusión en el ámbito académico, al menos en el periodo contemporáneo. Una profusión que ha devenido en una cierta complejidad a la hora de abordar esta tesitura y que ha dado lugar al mismo tiempo a la utilización de una variada gama de marcos conceptuales. Términos para el análisis de la identidad de las Ryūkyū como “modernidad”, “colonizador-colonizado” o “liminalidad” son los más aludidos por los autores especializados en esta cuestión. Ligado a esta

⁷²⁹ Batista Rey, Diego, *La búsqueda de identidad cultural canaria (a través del tópico marino) en la obra de Tomás Morales y Pedro García Cabrera*. Tesis doctoral – University of Oklahoma, 2011, pp. 71-75.

⁷³⁰ Betancor Quintana, Gabriel, “Identidades atlánticas: la perspectiva patrimonial”. *Cartas diferentes. Revista de patrimonio documental*, nº16-17, 2020, pp. 13-15.

⁷³¹ Geniola, *La patria interferida...*, p. 136.

multiplicidad terminológica, se sitúa el fenómeno de la diáspora migratoria como otra piedra angular para comprender la identidad ryukyense, y en especial okinawense, en diversas facetas.

A pesar de que las Ryūkyū estuvieron en la órbita nipona a través de la influencia que ejercía el clan Shimazu en los siglos modernos, la identidad de este archipiélago fue sacudida repentinamente a tenor del expansionismo japonés de finales del siglo XIX. Un expansionismo cuyo motor estaba encarnado por la formación del Estado-nación nipón. En realidad, se produjo una conjunción entre un nacionalismo japonés y un discurso imperialista, lo que provocó diversas contradicciones tal y como apunta Matsuda Hiroko. Así, la historiadora japonesa revela que aún no hay un consenso entre los estudiosos sobre en qué categoría quedaron encuadradas las islas Ryūkyū, especialmente Okinawa. Unos abogan por el clásico esquema dicotómico de colonizador-colonizado. Otros por el de la prefectura homogénea como el resto de las prefecturas del Estado japonés y otros ven más dudoso servirse del concepto de nación con pretensiones independentistas para el antiguo Reino de las Ryūkyū posteriormente integrado en el Imperio nipón⁷³². Un ejemplo de ello lo conforma un estudio relativamente reciente de Stanislaw Meyer cuyo título es revelador: “Between a Forgotten Colony and an Abandoned Prefecture. Okinawa’s Experience of Becoming Japanese in the Meiji and Taishō Eras”⁷³³. Sin embargo, muchos autores sí parecen aludir a Okinawa bajo el término de nación, aunque este cobre matices diversos alejados de las pretensiones políticas de formar una entidad estatal independiente.

Por esta razón, sostenemos que lo más acertado es abordar la cuestión identitaria okinawense mediante la liminalidad como propone la misma Matsuda. En la línea de esta autora, creemos que la identidad de los nativos de Okinawa para la contemporaneidad cobra más sentido si se analiza como una construcción constante mediante un proceso dialéctico con el expansionismo japonés que si se quisiera tratar de realizar una genealogía de esta cuando constituía un reino independiente. Tradicionalmente, los términos como “metrópoli” o “colonia” han sido categorías históricas bien definidas para llevar a cabo investigaciones, sobre todo desde los estudios coloniales. Pero trabajos recientes revelan que esta estabilidad conceptual puede ser rebatida. Ejemplo de ello, sostiene Matsuda, son los estudios de autores como Laura Stoler, donde la superioridad

⁷³² Matsuda, Hiroko, *Liminality of the Japanese Empire. Border Crossings from Okinawa to colonial Taiwan*. University of Hawaii Press, 2019, p. 4.

⁷³³ Meyer, Stanislaw, “Between a Forgotten Colony and an Abandoned Prefecture: Okinawa’s Experience of Becoming Japanese in the Meiji and Taishō Eras”. *The Asia-Pacific Journal – Japan Focus*, vol.18, nº7, 2020, pp. 1-16.

de una metrópoli y sus relaciones respecto a las colonias dominadas no era siempre “inherente o estable”⁷³⁴.

Por tanto, la liminalidad parece adecuarse a la complejidad en las indagaciones de estas realidades históricas. Siendo un concepto desarrollado por los antropólogos Arnold van Gennep y Victor W. Turner para referirse a ciertas comunidades tribales, la liminalidad es entendida por Matsuda de la siguiente forma: “Liminal entities are neither here nor there; they are betwixt and between the positions assigned and arrayed by law, custom, convention, and ceremonial”⁷³⁵. Así, la identidad okinawense no debe ser comprendida meramente desde la relación impositiva de un sujeto sobre otro o desde los estudios tradicionales que la han situado en la marginalidad o periferia.

Por el contrario, la identidad okinawense debe abordarse como un proceso dialéctico donde Okinawa y las Ryūkyū aprovecharon los márgenes de la liminalidad para erigir dicha identidad. En otras palabras, se trata de aproximarse a la cuestión identitaria desde la propia periferia y región en vez realizarlo desde los discursos y relaciones de poder que plasmaron los artífices del encuadramiento de los territorios insertos en el Estado-nación japonés. Los trabajos de Matsuda son una buena muestra de ello gracias a una aproximación etnográfica de la población de las Ryūkyū. Pero la historiadora nipona reconoce que ello no significa que no existieran unas relaciones desiguales e impositivas en aras de homogeneizar la nación japonesa⁷³⁶.

Ciertamente, la heterogeneidad social y cultural de las Ryūkyū provocó una multiplicidad de percepciones identitarias. Por un lado, con la suplantación de las élites locales y la incorporación del rey Shō Tai a la aristocracia japonesa en Tokio la eventual proyección de un nacionalismo okinawense con aspiraciones políticas independientes fue casi inexistente. La única pretensión reseñable a este respecto fue el movimiento *Kōdōkai* entre 1896 y 1897. Diversas personalidades de la antigua nobleza insular, entre las que se encontraba el antiguo rey Shō Tai, junto a otros activistas pidieron al gobierno japonés la instauración de un sistema administrativo separado y autónomo. Basta decir que este proceso no llegó a culminar y desde Tokio se ordenó la persecución de sus precursores⁷³⁷.

Por otro lado, la presencia de un nacionalismo okinawense sin aspiraciones de autonomía política o de independencia se produjo en una doble vertiente. Se encontraban aquellos que preconizaban un nacionalismo okinawense al calor del Estado-nación japonés, es decir, que abrazaba la imposición identitaria japonesa, pero con ciertas distinciones. Y

⁷³⁴ Matsuda, *Liminality of the Japanese...*, p. 3

⁷³⁵ Ídem, p.4.

⁷³⁶ Ídem, p. 7; Matsuda, Hiroko, “Becoming Japanese in the Colony. Okinawan migrants in colonial Taiwan”. *Cultural Studies*, vol.26, nº5, 2012, pp. 688-709.

⁷³⁷ Meyer, “Between a Forgotten Colony...”, p. 8.

finalmente se situaban sectores que se resistían al proceso de asimilación nipona para ensalzar los verdaderos rasgos nacionales okinawenses, aunque fueron una minoría. Suzuki Taku remarca que esta situación de ambivalencia o liminalidad se explica por la ideología dúctil de la imposición identitaria nipona. En aras de justificar el expansionismo nipón sobre diversos territorios, el abanderamiento del *kazoku kokka* o “Estado-familia” en la doctrina imperialista posibilitó que las relaciones entre el colonizador y el colonizado cobraran cierta plasticidad. Unas relaciones que, aunque maleables, no dejaron de situar a Japón en la cúspide jerárquica⁷³⁸.

Pero este proceso discursivo tuvo que ser plasmado y materializado por diversos agentes. En este sentido, destacaron por encima del resto los intelectuales de diversas disciplinas, tanto japoneses como ryukyenses, y los isleños que emigraron de la nueva prefectura al resto de las colonias niponas y también fuera de estas. De los diversos estudiosos y académicos promotores de un nacionalismo o identidad okinawense a la luz de la construcción nacional japonesa sobresalió Iha Fuyū (1876-1947). Considerado el padre de los denominados “Estudios okinawenses”, Iha, junto a demás pensadores, tuvo como propósito ligar a las Ryūkyū con Japón mediante investigaciones históricas, culturales y lingüísticas para encontrar raíces compartidas (*Nichiryū dōsorōn* o Ancestro común japonés-ryukyense), pero sin dejar de abogar por el particularismo okinawense⁷³⁹. Su trabajo más notorio fue el *Ko Ryūkyū* o el *Antiguo Ryūkyū* publicado en 1911. Ello cobra sentido si se tiene en cuenta que la rápida absorción de las Ryūkyū dentro del Estado japonés ocasionó que los dirigentes desde Tokio se vieran impelidos a redefinir el estatus del archipiélago con premura. Un estatus que en el ámbito administrativo se presentaba como una prefectura más, pero que en la praxis se topó con un territorio con tradiciones culturales, un sistema económico y condiciones climatológicas muy dispares a las islas principales niponas⁷⁴⁰.

Estos mismos condicionantes fueron los que provocaron que académicos como Iha chocaran con una realidad que contradecía sus hipótesis y sesgos en aras de construir a la nación okinawense en armonía con la nación japonesa. En primer lugar y como apuntaba Matsuda, porque la contradicción inicial se hallaba en la misma base discursiva y eidética de un nacionalismo japonés homogéneo, especialmente racial y cultural, que debía ser exportado a través del proyecto imperialista. Así, mientras el nacionalismo abogaba por una cierta solidaridad e igualdad entre los miembros de la nación, el imperialismo

⁷³⁸ Suzuki, Taku, *Embodying Belonging: Racializing Okinawan Diaspora in Bolivia and Japan*. University of Hawaii Press, 2010, p. 24

⁷³⁹ Gottlieb, Mathew, *Is It Nationalism? History's Impact on Okinawan Identity*. Virginia Polytechnic Institute and State University, 2008, p. 67.

⁷⁴⁰ Ídem, p. 61.

significaba todo lo contrario, a saber, la dominación de unas naciones sobre otras⁷⁴¹. En segundo lugar, en el plano empírico diversas investigaciones, imbuidas por los estudios raciales pseudocientíficos, siempre eran propensas a separar a los japoneses de las sociedades de territorios ocupados, al menos de aquellos miembros que mostraban claros rasgos aborígenes y primitivos. Fue el caso de los nativos taiwaneses o filipinos entre otros. Estos eran encuadrados bajo la categoría de *seiban*, traducido como bárbaros salvajes o incivilizados. Para el contexto okinawense, los trabajos de Iha o Torī Ryūzō, un antropólogo japonés que colaboró con Iha, no llegaron a demostrar etnográfica y antropológicamente una distinción entre los *seiban* y los ryukyuenses⁷⁴².

En resumidas cuentas, los objetivos de Iha y demás intelectuales en su línea de pensamiento como Yanigata Kunio o Orikuchi Shinobu estaban determinados a conectar las dos visiones que Álvarez Junco exponía. Se pretendía estudiar y rastrear la nación okinawense como un sujeto orgánico desde una visión primordialista para entroncarla con la edificación de la nación japonesa, pero al mismo tiempo era el propio proyecto de construcción del Estado-nación japonés el que forzaba este hermanamiento nacional. Este proceso de redificación y resignificación de diversos elementos del archipiélago tuvo un mayor eco en los debates de la propia élite insular. Se cuestionaba si el interés que había cobrado el estudio de la cultura, el folclore, la arquitectura o diversas tradiciones radicaba en una auténtica continuación del legado prístino de las Ryūkyū. Por ejemplo, el castillo de Shuri se declaró tesoro nacional en 1928 junto con planes para su reconstrucción. Al siguiente año, el cincuenta aniversario del dominio japonés sobre su prefectura más meridional generó desconfianza y aversión entre los nacionalistas japoneses. A ojos de los más escépticos, la resignificación e interés por los componentes del legado ryukyuense no era más que un interés banal de un territorio colonizado⁷⁴³.

La razón principal para justificar el hermanamiento entre ryukyuenses y japoneses en la categoría de naciones consistía en evitar, sobre todo por parte de los primeros, la discriminación y estigma de todo tipo. Así, no es casual que muchos de los estudios y temas de interés sobre la cultura isleña tuvieran mayor relevancia en la prensa local que en la japonesa tal y como remarca Davinder L. Bhowmik. Del mismo modo, este autor pone de relieve dos obras de ficción publicadas en el periodo Taishō, una de un escritor

⁷⁴¹ Matsuda, *Liminality of the Japanese...*, p. 3.

⁷⁴² Barclay, Kate, "Between modernity and primitivity: Okinawan identity in relation to Japan and the South Pacific". *Nations and Nationalism*, vol,12, nº1, 2006, pp. 120-121.

⁷⁴³ Gottlieb, *Is It Nationalism?...*, p. 70.

okinawense y la otra de un novelista japonés. El valor de ambas novelas reside en la clara exposición liminal de la edificación identitaria okinawense a través de su trama⁷⁴⁴.

La primera de ellas titulada *Ukuma Junsu* u *Oficial Ukuma* y escrita por Ikemiyagi Sekihō, narra la historia de un joven okinawense, Ukuma Hyākū, nacido en los barrios marginales de Naha. Gracias a sus esfuerzos en el sistema educativo, Ukuma consigue evadir la precaria vida ligada a los trabajos agrícolas e ingresa en el cuerpo de policía de la ciudad. Con el tiempo, Ukuma va asimilando las normas que le son impuestas desde la administración japonesa y las aplica sobre su propia comunidad local. A su vez, intenta mimetizarse con sus compañeros de profesión que proceden de otras prefecturas niponas. Al final, Ukuma se encuentra en un estado de liminalidad identitaria. Un estado fruto de un extrañamiento por parte de su familia y allegados y de desconfianza y marginación de la mano de sus compañeros al no representar Ukuma plenamente a la nación japonesa. Así, Ukuma representa por un lado el prototipo de okinawense que ha pasado a formar parte de la élite burocrática local y, por el otro, un ciudadano de segunda clase respecto a sus homólogos japoneses⁷⁴⁵.

La segunda obra, titulada *Samayoeru Ryūkyūjin* o el *Ryūkyuense errante* y escrita por Hirotsu Kazuo, se trata de una novela autobiográfica donde se exponen las relaciones que un protagonista japonés mantiene con varios okinawenses. Grosso modo, la barbarización e inferioridad de estos últimos respecto al protagonista queda patente en la forma en que son descritos a lo largo de la novela. Esta obra causó la queja de varios grupos y organismos okinawenses como la *Alianza de Jóvenes de Okinawa*. Esta achacaba al autor que sus escritos promoverían los prejuicios raciales sobre los okinawenses emigrados al área de Kansai en Japón que luchaban contra la discriminación explícita para acceder a diversos puestos de trabajo⁷⁴⁶.

Y es que estas quejas respondían a otro fenómeno crucial en la conformación de la identidad okinawense: la diáspora migratoria. Los trabajos de Suzuki y Matsuda son los más destacados y clarificadores respecto a este asunto. Para el caso de Suzuki, este se centra en la comunidad okinawense establecida en territorios americanos, especialmente en Bolivia. Por su parte, Matsuda ofrece una aproximación interesante, bajo los parámetros de la liminalidad, de los okinawenses emigrados a Taiwán y también de la pugna identitaria de los habitantes de las Yaeyama, un grupo de islas o sub-archipiélago perteneciente a las Ryūkyū. Esta pugna interinsular tiene su razón de ser dada la heterogeneidad política, histórica, cultural y lingüística que ya conformaba el Reino de

⁷⁴⁴ Bhowmik, Davinder L., *Writing Okinawa Narrative acts of identity and resistance*. Routledge, 2008, p. 43.

⁷⁴⁵ Ídem, pp. 48-49.

⁷⁴⁶ Ídem, p. 55.

las Ryūkyū antes de la anexión japonesa. Una heterogeneidad que bebía de una gran influencia china desde los siglos modernos. En efecto, ya existían unas relaciones de poder de unas comunidades sobre otras y en cuya cúspide se situaba Okinawa⁷⁴⁷. Sea como fuere, en todos estos escenarios la población nativa de Okinawa, y en general de las Ryūkyū, compartió en su gran mayoría un ansia de integración en la nación japonesa, ya fuera diferenciando o negando la misma identidad local, por el motivo ya citado: eludir la discriminación.

Con el establecimiento de colonias okinawenses a lo largo de diversos territorios se erigieron también asociaciones, conocidas como asociaciones prefecturales, que cumplieron una función de integración y solidaridad entre sus miembros. En Estados Unidos destacaron dos organizaciones fundadas en la década de 1920. La Asociación de Ultramar de Okinawa (*Okinawa Kaigai Kyōkai*) y la Asociación Prefectural de Okinawa en América (*Zaibei Okinawa Kenjikai*). Este tipo de asociaciones actuaron a su vez de catalizador en la edificación identitaria de los okinawenses. En el caso de la Asociación de Ultramar de Okinawa, sus integrantes creían que la asimilación total de la nación japonesa era la única vía para mejorar su situación. Por su parte, la Asociación Prefectural de Okinawa en América se presentó como la excepción de la norma dado que su actuación iba en consonancia a ensalzar los rasgos culturales okinawenses⁷⁴⁸.

Dado que los okinawenses y habitantes de las Ryūkyū no eran los únicos emigrantes del imperio nipón hacia otros territorios, con frecuencia los japoneses provenientes de otras prefecturas (*Naichi-jin*) se referían a estos como “los otros japoneses”. Así, la reacción más común por parte de los okinawenses era abrazar la categoría nacional japonesa. Precisamente, en territorios como Brasil las comunidades de okinawenses, especialmente los *Nisei* o segunda generación, se referían a ellos mismos como *ken-jin* (Gente de la prefectura) o *koronia-jin* (Gente de la colonia) tratando de evitar el término de *Okinawa-jin*. Otro elemento destacable en relación con esta dinámica era la réplica conductual que protagonizaban los okinawenses de sus homólogos japoneses. Así, los okinawenses eran discriminados en diversos trabajos como en las plantaciones azucareras de las islas de la Micronesia donde recibían un menor salario. Para demostrar su proximidad a los *Naichi-jin*, los okinawenses ejercían conductas discriminatorias sobre la población nativa micronesia⁷⁴⁹.

Uno de los motivos principales de la emigración okinawense era la precariedad económica de la isla. El declive del monocultivo de la caña de azúcar junto a la falta de

⁷⁴⁷ Allen, Mathew, “Okinawa, ambivalence, identity, and Japan”. En Weiner, Michael (ed.), *Japan's Minorities. The illusion of homogeneity*. Routledge, 2009, p. 190.

⁷⁴⁸ Matsuda, *Liminality of the Japanese...*, p. 100.

⁷⁴⁹ Suzuki, *Embodying Belonging...*, p. 26.

inversiones de la administración japonesa en el desarrollo de la nueva prefectura eran algunos motivos de esta precariedad. Tanto el grueso de la población, dedicada eminentemente a trabajos agrícolas, como las antiguas familias de la élite insular que vieron menguar su posición tuvieron que optar por la válvula de escape migratoria. Así, los primeros emigrantes en Bolivia fueron trabajadores dedicados al cultivo de la caña de azúcar, pero también se encontraron trabajadores dedicados a la industria del caucho que conoció un auge en 1910. No obstante, muchos de estos emigrantes se trasladaron a enclaves urbanos como La Paz, Riberalta o Trinidad por el declive de estos sectores económicos. De todos modos, la colonia okinawense en Bolivia era muy limitada y solo había alcanzado una cifra de 126 junto a otros 433 japoneses en la década de 1940⁷⁵⁰.

A diferencia de otros territorios, la colonia okinawense no fundó ninguna asociación prefectural propia. Por el contrario, formaron junto a la colonia *Naichi-jin* la primera Asociación Japonesa durante 1922 en La Paz. En este sentido, hubo cierta igualdad entre todos sus miembros. Pero otro aspecto reseñable fue la diferencia socioeconómica entre los okinawenses establecidos en ciudades y los asentados en el medio rural. Mientras los primeros lograron acumular riqueza que les permitió atraer a más okinawenses para perpetuar la colonia, los segundos pasaron por un proceso de mestizaje con la población local⁷⁵¹.

De hecho, la cuestión de la descendencia okinawense en las colonias complejizaba aún más la cuestión identitaria tal y como aduce Matsuda. Si la identidad de los primeros emigrantes estribaba en la ambivalente plataforma de okinawense-japonés, la identidad de las generaciones venideras eran un ejemplo perfecto de asimilación de la nación japonesa. Sin embargo, la liminalidad seguía muy presente, aunque se produjera una negación del legado okinawense. La propia Matsuda ejemplifica esta dinámica con el acercamiento y estudios de caso que esta realizó a raíz de testimonios de varias familias okinawenses que habían emigrado a principios del siglo XX. Para la historiadora japonesa, la formación identitaria era muy diferente si se llevaba a cabo de manera consciente por parte de la primera generación (asimilación) que si se realizaba en las siguientes generaciones donde había una menor resistencia (criollización)⁷⁵².

Es reseñable el caso de la familia Sakiyama. Originaria de las islas de Ishikagi y las Yaeyama, esta familia se trasladó a Taiwán en busca de mejorar sus condiciones de vida. Sus progenitores, Sakiyama Hiroshi y Sakiyama Yōkyō, trabajaron como profesores de secundaria al principio de la década de 1930. Una de sus hijas, Sakiyama Masao, comenzó

⁷⁵⁰ Ídem, p. 27.

⁷⁵¹ Ídem, p. 28.

⁷⁵² Matsuda, *Liminality of the Japanese...*, p. 108.

los estudios primarios en Taiwán. A pesar de haber asimilado la identidad japonesa, Sakiyama Masao reveló que sufría cierta discriminación por parte de sus compañeros taiwaneses que la reconocían como una okinawense. Estando conectada con dos mundos identitarios, el okinawense por parte de su familia y el japonés por parte de la política de asimilación que llevaban las autoridades y sus propios progenitores, Sakiyama Masao representó un caso más de identidad liminal⁷⁵³.

En el polo opuesto de este estado liminal se sitúa la figura de Kabira Chōshin. Procedente de una familia de altos funcionarios durante el Reino de las Ryūkyū, Kabira Chōshin había emigrado a Taiwán y allí difundió la cultura okinawense. Recibió clases de antropología en la Universidad Imperial de Taihoku donde conoció a Sudō Riichi, un profesor de secundaria. Ambos promocionaron el estudio del legado okinawense en Taipéi y atrajeron el interés de varios académicos japoneses. Sudō fundó la revista *Nantō* en 1940 centrada en varios tópicos como el intercambio cultural e histórico de las Ryūkyū y Taiwán. Esta revista estaba inspirada en su homóloga taiwanesa *Minzoku Taiwan*, cuyos editores, críticos con el proceso imperialista japonés, también se afanaron por preservar el legado cultural taiwanés⁷⁵⁴.

Otro de los escenarios mencionados donde se llevó a cabo una edificación identitaria fue en las islas Yaeyama. Una edificación que estuvo marcada por el mismo expansionismo japonés. Antes de la anexión de Taiwán, la población de las Yaeyama aprovechó el proyecto imperial nipón para situarse como frontera vital del nuevo imperio. Así, más que erigirse como un lugar recóndito y periférico, los lugareños de estas islas colaboraron con los japoneses para conformar su propia identidad. En otras palabras, los habitantes de las Yaeyama se sirvieron del expansionismo nipón para desquitarse de las antiguas relaciones de dependencia respecto a Okinawa y para situarse como un lugar de frontera estratégico⁷⁵⁵.

Al igual que en Okinawa, muchos académicos se interesaron por el estudio de las Yaeyama en aras de buscar un antepasado común entre sus habitantes y los japoneses. Cabe destacar también que detrás del interés intelectual de muchos de ellos residía un interés geoestratégico, a saber, posicionar a estas islas como un lugar de frontera esencial para establecer industrias coloniales. Ante esta dinámica, surgieron también estudiosos originarios de las propias Yaeyama como es el caso de Miyara Tōsō. Este publicó diversos estudios lingüísticos para demostrar el particularismo dialectal de las Yaeyama y replicar así las pretensiones de trazar una genealogía común entre japoneses y lugareños de estas

⁷⁵³ Ídem, pp. 109-111.

⁷⁵⁴ Ídem, p. 118.

⁷⁵⁵ Matsuda, Hiroko, "Yaeyama: From Periphery of the Ryūkyūs to Frontier of Japan". *Japanese Studies*, vol.28, n°2, 2008, p. 151.

islas. El ejemplo de Miyara junto a otros estudiosos isleños representó la evidencia de la construcción de una identidad propia desde un discurso regionalista. En este sentido, la propia Matsuda afirma lo siguiente:

In constructing Yaeyama as a historical subject, the islanders had to negotiate with the conventional hierarchy and regional identity that had been imposed under Ryūkyū Kingdom rule⁷⁵⁶.

Los discursos regionalistas o particularistas de estos intelectuales se plasmaron en los denominados “Estudios de las Yaeyama”. Así, estas investigaciones tomaron inspiración en los citados “Estudios okinawenses”, pero pronto se desligaron de ellos e incluso fueron a la contra de sus postulados. Por su parte, la construcción del Estado-nación japonés pretendía servirse de estas regiones para moldear y establecer nuevos sujetos nacionales. Al final, la anexión de Taiwán provocó que el interés desde Tokio por las Yaeyama decayera. Taiwán se situó como la nueva frontera vital para el imperio y donde se estableció una mayor industria colonial⁷⁵⁷.

7.3. La imposición de una identidad nacional: del adoctrinamiento japonés de Okinawa a la “reconquista” ideológica de Canarias

En el apartado anterior nos hemos movido en los marcos teóricos del regionalismo, el insularismo y la liminalidad para vislumbrar la construcción de la identidad insular de Canarias y Okinawa desde finales del siglo XIX y principios del XX. Por tanto, es perentorio ahora abordar la otra cara de la moneda. A saber, es indispensable profundizar en la imposición de la identidad nacional que se gestó desde los centros de poder. Una imposición que analizaremos desde las lentes de los procesos de encuadramiento social y de represión ideológica. En definitiva, la imposición de la identidad nacional para estos espacios insulares transitó por “la dialéctica de los puños y las pistolas” tanto en el ámbito físico como eidético.

Para el caso de Canarias, la cuestión del adoctrinamiento y represión ideológica en aras de edificar un sujeto nacional español vino marcado por el golpe de Estado del 18 de julio de 1936. En efecto, todo insularismo y nacionalismo, junto a sus pretensiones, quedó suspendido por el nuevo proyecto nacional franquista. No obstante, si bien es cierto que el archipiélago canario se presentó como un escenario entre tantos para el despliegue de la nación española en lo discursivo y en lo práctico al calor de la dictadura, no se debe obviar las posturas ya citadas de Núñez Seixas y Andrea Geniola.

⁷⁵⁶ Ídem, p 157.

⁷⁵⁷ Ídem, pp. 158 y 162.

Ambos autores ya reiteraban la matización que requería el regionalismo cuando era abordado taxonómicamente y de su análisis en diversos contextos. Así, nos encontramos que el primigenio Estado franquista, en su proyecto de reconstrucción nacional española, se encontró con la tesis regional. En este sentido, Núñez Seixas nos habla de un “nacionalismo regionalizado”. En otros términos, el desarrollo de la reivindicación de la españolidad franquista tuvo que tratar y servirse constantemente de las “identidades subnacionales”. Un trato que no fue similar en todos los territorios. Como consecuencia, el proyecto de construcción nacional franquista ejerció una tolerancia dispar según se trataran de identidades subnacionales que supusieran o no una amenaza para la construcción del nuevo Estado. Los casos más evidentes de intransigencia con lo regional o local lo presentaron el País Vasco y Cataluña por sus aspiraciones de independencia política⁷⁵⁸.

Así, Núñez Seixas expone que “donde apenas se desarrolló un nacionalismo propio antes de 1936, el nacionalismo regionalizado franquista ayudó a definir y reelaborar imágenes, símbolos y mitos que fueron después reinterpretados”⁷⁵⁹. Y a pesar de que el proceso del nacionalismo franquista regionalizado puede evidenciarse en varias vertientes, uno de los protagonistas claros en llevarlo a la práctica fue Falange. Ciertamente, creemos que es más interesante abordar la cuestión de la renacionalización o reconquista ideológica en Canarias mediante las facetas discursivas y performativas falangistas.

En efecto, las acciones llevadas a cabo por los miembros del Movimiento en Canarias fueron las muestras más flagrantes de querer implantar, usando la terminología de Griffin, un nacionalismo español palingenésico. Otros autores como Ricardo Guerra Palmero o Aarón León Álvarez hablan de un proceso de *españolización*⁷⁶⁰. Sea el término que quiera utilizarse, lo que queda patente es que las actuaciones de Falange confluyeron en un encuadramiento social en torno al proyecto de la nación española renovada. Así, antes de 1936 la posición de Falange era un tanto precaria dada su escasa incidencia política y social, con la salvaguarda de las islas de La Palma y Tenerife. Una precariedad que, si bien mejoró durante la Guerra Civil y en los años cuarenta dada la omnipresencia falangista en algunas esferas, continuó siendo latente.

La escasa presencia falangista en las islas se vio motivada en parte, a la vez que agudizada, por la realidad social del momento. A saber, la existencia de sectores sociales conservadores aunados a otros partidos, como Acción Católica o Acción Popular Agraria,

⁷⁵⁸ Núñez Seixas, “De gaitas y liras...”, p. 291.

⁷⁵⁹ Ídem, p. 292.

⁷⁶⁰ Guerra Palmero, Ricardo y León Álvarez, Aaron, “La españolización de Canarias a través de la propaganda falangista (1936-1945)”, en Ruiz Carnicer, Miguel Ángel (coord.), *Falange, las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*. Instituto “Fernando El Católico”, 2013, p.196.

imposibilitaban la total permeabilidad política y social de Falange. Este tipo de organizaciones políticas aglutinaban a amplios grupos sociales agrarios y de la élite exportadora, además de conservadores católicos, que mostraban igualmente un malestar con el periodo republicano. Fue la misma Guerra Civil la que insufló bríos renovados en las filas falangistas, así como en la transferencia del partido a las instituciones gubernamentales. En otras palabras, la revitalización de Falange en Canarias fue un proceso de arriba-abajo⁷⁶¹.

En este contexto, Falange tuvo que hacer frente a las dificultades del legado social y político insular. Como doctrina política antiliberal, el Movimiento consideró varios elementos que debían ser eliminados. De entre ellos destacaba el régimen de Puertos Francos instaurado el siglo anterior, el insularismo que se manifestaba en la pugna de las élites locales, las “costumbres extranjerizantes” de estas, dada su vinculación internacional, o el sempiterno olvido del Estado en los asuntos del archipiélago. Todo ello sumado a las propias luchas internas que se daban en FET-JONS tras el Decreto de Unificación en 1937. Pero frente a la posición que representaban las élites canarias, Falange poseía una visión más magnánima sobre el resto de la población. Así, eran los sectores populares los verdaderos portadores de un gran vínculo del españolismo y era en ellos sobre los que había que asentar los cimientos de la renovada nación española. Esta visión era expresada por los gobernadores civiles falangistas y ha sido bien recogida por Guerra Palmero y León Álvarez⁷⁶².

Al mismo tiempo, el insularismo, desde el prisma falangista, sacaba a relucir otro problema: el caciquismo. En efecto, el caciquismo era un parásito que siempre estuvo presente en la política canaria fuera cual fuera el contexto y era necesario depurarlo. Así, Falange tuvo que bregar para abrirse paso en la esfera de las decisiones políticas como único remedio de renovación de las instituciones. Ejemplos de esta pugna lo encarnaron los gobernadores civiles falangistas Antonio García López y Vicente Sergio Orbaneja que mantuvieron enfrentamientos con los caciques insulares e incluso con dirigentes militares. Al final, entre 1938 y 1942, años de mayor actividad de Falange, el partido de corte fascista tuvo que integrarse en la toma de decisiones políticas con unos nuevos actores que llevaron la voz cantante durante todo el régimen -la cúpula militar- y con las tradicionales élites insulares provenientes de diversos ámbitos con raíces en el periodo de

⁷⁶¹ León Álvarez, Aarón, “Los mártires del falangismo canario: Entre el frente de guerra, la retaguardia y las instituciones”. En Damián Alberto González Madrid, Damián Alberto *et al.* (coords.), *La Historia: lost in translation?*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2017, p. 3590.

⁷⁶² Guerra Palmero y León Álvarez, “La españolización de Canarias...”, pp. 198-200.

la Restauración y de la dictadura de Primo de Rivera⁷⁶³. Por otra parte, amplios sectores sociales que nutrían los partidos conservadores citados aceptaron la entrada de Falange como nuevo artífice político no por una clara convicción, sino porque este representaba un “salvavidas” ante la caótica dinámica derivada de la Guerra Civil⁷⁶⁴.

A pesar de las dificultades, las arengas discursivas falangistas pronto coparon los medios de comunicación isleños. Tanto la prensa como la radio se convirtieron en el monopolio propagandístico del partido como había ocurrido en el resto de los territorios sublevados a raíz de la Ley de Prensa de abril de 1938⁷⁶⁵. Por tanto, aunque los dirigentes del Movimiento no podían controlar totalmente los resortes políticos insulares, sí que poseían una presencia apabullante en estos medios para configurar la conciencia colectiva en torno al proyecto nacional⁷⁶⁶.

De hecho, otro de los actores con presencia en la “reconquista” ideológica de la sociedad canaria y en su encuadramiento fue la Iglesia. Sea como fuere, las acciones inmediatas para la “nacionalización” de las masas canarias pasó por las prácticas que se habían extendido por el resto del Estado franquista, a saber, la incautación de los medios de comunicación para la edificación de unos más afines al régimen y la censura. Unas prácticas que dieron lugar en Canarias a la aparición de diarios como *Amanecer* en Tenerife y *Falange* en Gran Canaria. Basta afirmar que ambos periódicos fueron los principales vehículos escritos de las consignas falangistas en las islas. Es importante remarcar el contexto de guerra en el que surgieron estos medios. Así, la prensa falangista en las islas jugó un rol esencial en la propaganda bélica. En otras palabras, no se puede entender el relativo éxito de Falange en Canarias sin su conexión con el contexto de guerra, un trampolín que le permitió ahondar en la españolización de las islas⁷⁶⁷.

Esta cobraba aún más razón de ser dado el escenario de retaguardia que representaba el archipiélago. Contrariamente a la idea de pacificación rauda de las islas por el traslado de los frentes de batalla a territorio peninsular, lo cierto es que la retaguardia de Canarias se conformó como un campo de batalla más tal y como afirman Guerra Palmero y León Álvarez. Por ende, la retaguardia canaria fue al mismo tiempo el teatro donde se llevó a cabo un adoctrinamiento, una depuración física e ideológica para la construcción de la nueva nación española y como un ejemplo modélico para el resto de España. Respecto a

⁷⁶³ Guerra Palmero, Ricardo y Millares Cantero, Sergio, “Las instituciones franquistas y la imposición de la cultura oficial”. En Millares Cantero, Agustín *et alii.* (dir.), *Historia contemporánea de Canarias*. Caja Insular de Ahorros de Canarias, Obra Social, 2011, p. 473.

⁷⁶⁴ Guerra Palmero, Ricardo, *La Falange en Canarias (1936-1950)*. Centro Cultura Popular Canario, 2007 p. 48.

⁷⁶⁵ BOE, *Ley de Prensa de 22 de abril de 1938*, preámbulo, p. 6938

⁷⁶⁶ Guerra Palmero y León Álvarez, “La españolización de Canarias...”, pp. 206-207.

⁷⁶⁷ Pizarroso Quintero, Alejandro, “La Guerra Civil española, un hito en la historia de la propaganda”. *El argonauta español*, nº2, 2005, p. 2.

este último aspecto, la retaguardia canaria se erigió como un representante de la colaboración y sacrificio para con la Patria⁷⁶⁸. De esta forma, “tanto valor tendría luchar en el frente como las suscripciones patrióticas, el alistamiento al Ejército o las manifestaciones de adhesión y entusiasmo en los desfiles”⁷⁶⁹. Quedaba así patente el hermanamiento indisoluble con los españoles del resto del Estado franquista.

Este hermanamiento y sacrificio fue ensalzado por Falange mediante figuras como el palmero Francisco Javier Centurión Hernández y el tinerfeño Santiago Cuadrado Suárez. Ambas figuras, integrantes de Falange, cayeron en los frentes de batalla peninsulares. En este sentido, sus actos combativos pivotaron sobre ideas como la encarnación de los auténticos valores falangistas de virilidad, renovación y amor por la construcción de la nación española. Se convirtieron de este modo en auténticos mártires de la retaguardia canaria⁷⁷⁰. Pero, a pesar de que estas figuras heroicas pasaran a copar el imaginario propagandístico de Falange en las islas, lo cierto es que la mayoría de los falangistas retornados de la guerra no ocuparon directamente cargos políticos locales de gran trascendencia⁷⁷¹.

En lo referido a los pilares discursivos sobre los que se asentó la propaganda falangista destacaron varias consignas. Además de la vinculación de Canarias con el resto del territorio gracias a un legado imperial, los mensajes de Falange necesitaron proyectar un antagonista evidente para la construcción de la nueva nación española. Así, la alusión de los enemigos de España, eminentemente vinculados a la Segunda República, transitaba por adjetivos como “rojos, anti-España, traidores extranjeros, marxistas y masones”⁷⁷². Todo ello iba acompañado por la exaltación de la figura de Franco y el monopolio de la simbología de los espacios públicos⁷⁷³.

Este monopolio también se transfirió a la creación de organizaciones para el encuadramiento social. Destacan la Organización Sindical Española, la Sección Femenina, el Frente de Juventudes o el Sindicato Español Universitario⁷⁷⁴. Pero estas organizaciones se erigieron sobre las depuraciones educativas. Desde la educación primaria hasta la universitaria, incluyendo también otras instituciones culturales como las

⁷⁶⁸ Guerra Palmero y León Álvarez, “La españolización de Canarias...” p. 211 y León Álvarez, Aarón, “Falange y la construcción del consenso en Canarias durante el primer franquismo”. En Ruiz Carnicer, Miguel Ángel (coord.), *Falange, las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*. Instituto "Fernando El Católico", 2013, p. 289.

⁷⁶⁹ Guerra Palmero y León Álvarez, “La españolización de Canarias...”, p. 211.

⁷⁷⁰ León Álvarez, “Los mártires del falangismo canario...”, pp. 3591-3595.

⁷⁷¹ Ídem, p. 3598.

⁷⁷² Sevillano Calero, Francisco, “La propaganda y la construcción de la cultura de guerra en España durante la Guerra civil”. *Studia Historica. Hª contemporánea*, nº32, 2014, p. 235.

⁷⁷³ León Álvarez, “Falange y la construcción del consenso en Canarias...”, p. 294.

⁷⁷⁴ Guerra Palmero y Millares Cantero, “Las instituciones franquistas...”, p. 473.

bibliotecas, se ejecutó un proceso de represión y renovación de gran parte del personal materializado en última instancia por las Comisiones Depuradoras Provinciales de la Enseñanza⁷⁷⁵. Sin embargo estas no actuaron hasta noviembre de 1936. Previa a este momento, el proceso de depuración era bastante caótico y con criterios dispares. El gran número de expedientados obligó a la creación de la Oficina Técnico-Administrativa, sustituida luego de sus funciones por la Comisión Superior Dictaminadora, que se encargaba de agilizar centralizar las resoluciones⁷⁷⁶.

A grandes rasgos, todas las actuaciones y procesos de encuadramiento falangista no tuvieron el impacto social esperado en lo referido a la implantación de una identidad nacional y reivindicación de lo insular con lo español. De hecho, se consiguió todo lo contrario en los amplios sectores populares. El terror y la virulencia con la que fue aplicado el proyecto nacional falangista infundió en realidad una desmovilización y despolitización de la sociedad isleña junto a una pasividad forzada para aquellos sectores más reticentes al nuevo régimen⁷⁷⁷. Una sociedad que estaba más preocupada por su propia subsistencia, dada la comprometida situación socio-económica derivada del contexto de guerra y autarquía de las décadas de 1930 y 1940. A raíz de este panorama, el discurso y acciones franquistas monopolizadas por Falange albergaron una aceptación generalizada si estas podían servir como un paliativo para las penurias sociales. En suma, las pretensiones falangistas en Canarias tuvieron que mimetizarse con el insularismo preexistente, especialmente en el ámbito de las decisiones políticas locales, aunque este había cambiado de forma a raíz del nuevo contexto dictatorial que se estableció.

Finalmente, uno de los elementos que conectaban con el proyecto españolista en las islas se movía en el marco de la geopolítica. Ciertamente, y como se ha mencionado, los adeptos del Movimiento culpaban firmemente a la oligarquía isleña de mostrar unas exacerbadas “costumbres extranjerizantes”. En última instancia, estas costumbres estaban

⁷⁷⁵ Studer Villazán, Luana *et al.*, “La violencia política y social durante el franquismo en el archipiélago canario (1936-1975). Una mirada desde el presente”. En Cabrera Acosta, Miguel Ángel *et al.* (coord.), *Luces sobre un tiempo en gris. Exposición bibliográfica sobre la represión franquista en Canarias*. Servicio de Publicaciones Universidad de La Laguna, 2013, pp. 52-54.

⁷⁷⁶ Negrín Fajardo, Olegario, “La depuración franquista del profesorado de los institutos de segunda enseñanza de la Provincia de Santa Cruz de Tenerife (1936-1943)”. *XV Coloquio de Historia Canario-Americana*, (2004), p. 1069. Para una comprensión pormenorizada de la represión en el ámbito educativo en Canarias véase los trabajos de este mismo autor “La depuración del profesorado de los institutos de segunda enseñanza de España durante la Guerra Civil y el primer franquismo” en Cuesta Bustillo, Josefina (coord.), *La depuración de funcionarios bajo la dictadura franquista (1936-1975)*. Fundación Francisco Largo Caballero, D.L., 2009, pp. 64-81; “Balance de la depuración y represión franquistas del profesorado de los Institutos canarios de segunda enseñanza (1936-1942)”. En Gómez Bravo, Gutamaro *et al.* (coords.), *Actas del Congreso Posguerras 75 aniversario del fin de la Guerra Civil española*. Editorial Pablo Iglesias, 2015, pp. 1-16; “El magisterio de la Provincia de Las Palmas en torno a 1936. Relación de maestros ejercientes y listas de depurados por el franquismo (1936-1942)”. *TEBETO. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, nº20, 2012, pp. 125-181.

⁷⁷⁷ León Álvarez, “Falange y la construcción del consenso en Canarias...”, p. 300.

materializadas en el temor de una pronunciada anglofilia. Una anglofilia que podía ser transferida a los sectores populares. No obstante, este temor ya tenía sus raíces en el contexto de la crisis finisecular donde la visión exagerada de la anglofilia imperó en los círculos militares y de algunos periodistas locales. Pero más allá de que de que esta fobia respondiera a un poder blando efectivo ejercido por los británicos en materia comercial, lo cierto es que estos no tenían mucho interés en las islas salvo el puramente económico. Incluso, la existencia de dicha anglofilia quedaba circunscrita a la élite agroexportadora canaria que se beneficiaba de las relaciones con los británicos⁷⁷⁸.

El contexto de la Segunda Guerra Mundial reavivó nuevamente el temor hacia la anglofilia. Un temor que provino, como era costumbre, de la mano de las autoridades militares. Entre los planes defensivos de Canarias se contempló el envío de soldados peninsulares y marroquíes ante la suspicacia imperante de la población insular, eminentemente anglófila. Una anglofilia que pudo haber ejercido su peso en la creación de un movimiento separatista, especialmente entre los desafectos al régimen, y facilitar la eventual invasión británica de las islas. En octubre de 1941 se ordenó el aumento de las plantillas de los batallones de fusiles y ametralladoras junto a una nueva organización, a saber, batallones móviles y defensivos. Los primeros estuvieron compuestos en exclusiva por tropa peninsular. A estos se le sumó el contingente marroquí de dos tabores de Tiradores de Ifni⁷⁷⁹. Al final, y al igual que a finales del siglo XIX, se responsabilizaba al Gobierno central de Madrid de la propagación del sentimiento anglófilo, fuera este exagerado o no. La dejadez y negligencia de las políticas centrales fueron los principales condicionantes y facilitadores para que dicho sentimiento se extendiera a ojos de los gobernantes y militares locales.

Así pues, la edificación de un proyecto identitario nacional para Canarias vino de la mano de diversos agentes o artífices de entre los que destacó Falange a pesar de que esta no obtuviera los resultados esperados. Por el contrario, la política de asimilación o adoctrinamiento de las Ryūkyū en torno a la identidad nacional japonesa transitó por un mayor centralismo aunque también con matices. En efecto, los burócratas y dirigentes de Tokio se afanaron por exportar la identidad nacional japonesa a medida que el imperio iba en aumento. Aunque las Ryūkyū ya estaban en la órbita de dominación efectiva nipona durante la década de 1870, no fue hasta 1879 cuando se llevó a cabo el *Ryūkyū Shobun* o proceso para la abolición definitiva del Reino de las Ryūkyū⁷⁸⁰.

⁷⁷⁸ Márquez Quevedo, *Canarias en la crisis finisecular...*, pp. 499-511.

⁷⁷⁹ Díaz Benítez, *Anglofilia y autarquía...*, pp. 132-133.

⁷⁸⁰ Rabson, Steve, "Okinawan Perspectives on Japan's Imperial Institution". *The Asia-Pacific Journal – Japan Focus*, vol.6, n°2, 2008, p. 3.

Si bien es cierto que muchas de las políticas aplicadas en Okinawa respondieron al tradicional esquema colonizador-colonizado o metrópoli-colonia, en realidad creemos que sigue siendo más adecuado abordar la cuestión de la imposición identitaria nipona desde la liminalidad o ambivalencia como exponía Matsuda. Una liminalidad que cobró razón de ser cuando el antiguo Reino de las Ryūkyū fue declarado una prefectura más en el ámbito administrativo al mismo tiempo que en la praxis era uno de los territorios donde la política estatal se mostró más negligente. De hecho, hasta finales de 1890 el Gobierno japonés decidió no realizar grandes reformas en Okinawa y no fue hasta 1919 cuando esta se integró de lleno como una prefectura más respecto al resto del territorio nacional⁷⁸¹.

El trato y visión generalizados de los dirigentes japoneses sobre la población okinawense estaban marcados por el capacitismo y el paternalismo. Ello quedó reflejado en las experiencias de varios viajeros extranjeros que fueron testigos de los años de anexión y asimilación de Okinawa por parte de Japón. Destacó el escrito de un noble polaco, el Príncipe Paul John Sapieha, que arribó a Okinawa en marzo de 1889. Las relaciones entre japoneses y okinawenses fueron descritas por este de la siguiente manera:

I found irrefutable proof that the Japanese understand not a single word of the local language, does not know, and does not want to know it; he perceives it as lower, stupid, and inferior. But because being in possession of this land seems to him beneficial and important for his trade and strategy, he captures this land, imposes his language upon local people, detains the king, stupefies the royal son with liquor and debauchery, and bleeds the country with taxes⁷⁸².

Considerados como una sociedad atrasada en muchos aspectos y vistos con gran recelo por parte de los japoneses, los okinawenses también eran portadores de otro peligro para el nuevo dominio nipón. A saber, los japoneses sostenían que aún quedaba una gran reminiscencia e influencia china en Okinawa, especialmente entre las elites isleñas. Algunas de las familias destacadas de esta élite residían en la propia China. Este era uno de los motivos por los cuales se retrasaron las políticas reformistas en la nueva prefectura. En cierto modo, el temor de los nipones no era del todo infundado ya que existía una facción dentro de la antigua clase gobernante okinawense que se resistía al proceso de anexión japonés y seguía siendo proclive a mantener la histórica relación tributaria con China. Pero el fin de la primera guerra sino-japonesa en 1895 disolvió definitivamente estas aspiraciones⁷⁸³.

⁷⁸¹ Meyer, "Between a Forgotten Colony...", p. 2.

⁷⁸² Citado en st, "Between a Forgotten Colony...", p. 2.

⁷⁸³ Rabson, "Okinawan Perspectives...", p. 4.

Para mediados de 1920, Okinawa seguía estando rezagada en muchos aspectos si se la comparaba con otras prefecturas e incluso con otros territorios nominalmente coloniales como Taiwán o Corea. Las deficiencias abarcaban las infraestructuras de las islas, su precaria industria, su sistema educativo y su economía, la cual se basaba casi exclusivamente en el monocultivo de la caña de azúcar. La dependencia en importaciones de bienes de consumo y de uso era casi absoluta. Del mismo modo, la ambivalencia de la política de asimilación también se evidenciaba en el marco nominal y administrativo. Hubo que esperar hasta 1912 para que los okinawenses pudieran participar del proceso electoral de la Dieta japonesa, pero las islas de Miyako y Yaeyama siguieron excluidas⁷⁸⁴.

Esta discriminación y paternalismo se combinaba al mismo tiempo con el proceso de homogeneización nacional o “japonización” de todo el imperio. Una homogeneización que se ejecutó desde los proyectos de asimilación lingüísticos y culturales o *dōka*. Todo ello se situaba enmarcado bajo los eslóganes de humanismo, modernidad y civilización. En efecto, era indispensable humanizar, modernizar y civilizar a los nuevos sujetos nacionales de Okinawa en aras de establecer en ellos un progreso, aunque ello transitara por un encuadramiento violento en un amplio sentido⁷⁸⁵. Esta modernidad estaba conectada con las narrativas de autores japoneses de la época que abogaban por un imperio multirracial. Destacan figuras como Takakusu Junjiro o Kada Tetsuji para las décadas de 1930 y 1940. En esencia, estos teóricos preconizaban la pureza de la raza nipona, la *Yamato*, cuyas raíces databan de tiempos prehistóricos. La aparición de otras etnias, como los ainu o la sociedad de Okinawa, presentaban la problemática de amoldarse a este nuevo imperio multiétnico. La solución estribaba en la asimilación forzada a la nación japonesa⁷⁸⁶.

Por tanto, el primer elemento que debía modernizarse y adaptarse al nuevo proyecto nacional era la lengua. Así, el antiguo nombre de las Ryūkyū fue sustituido por Okinawa para referirse a todo el archipiélago. Los dirigentes japoneses sostenían que el término “Ryūkyū” estaba enraizado con la influencia china y con una connotación de barbarie. Esta medida fue acompañada a su vez con la supresión de los nombres familiares ryukyenses para adoptar nombres japoneses además de la implantación de la lengua japonesa sobre las lenguas ryukyenses, consideradas como un dialecto del japonés. De

⁷⁸⁴ Meyer, “Between a Forgotten Colony...”, p. 5.

⁷⁸⁵ Weiner, Michael, “«Self» and «other» in imperial Japan”. En Weiner, Michael (ed.), *Japan's Minorities. The illusion of homogeneity*. Routledge, 2009, p. 16.

⁷⁸⁶ Ídem, pp. 2-3.

este modo, desde la educación primaria se castigaba y discriminaba a aquellos que aún mantenían la lengua local⁷⁸⁷.

A partir de 1887 se comenzó a emplazar retratos de la familia imperial en los espacios educativos y los estudiantes eran impelidos a realizar una reverencia al llegar y al dejar las escuelas. En lo concerniente al contexto religioso, los administradores japoneses ordenaron un rediseño de todos los templos y santuarios con el objetivo de incorporar las deidades locales al sintoísmo de Estado. En este sentido, se erigieron más templos y santuarios, costeados con los impuestos de la propia prefectura de Okinawa, en honor al ascenso del emperador Taishō durante la década de 1920⁷⁸⁸.

Sin embargo, muchas de estas reformas encaminadas a la asimilación japonesa no fueron del todo radicales, tal y como apunta Sanislaw Meyer. Por ejemplo, y retornando al plano educativo, durante los primeros años los dirigentes japoneses no poseían una visión clara sobre cómo abordar la cuestión de la historia del archipiélago. Ciertamente, las historias locales eran consideradas como una importante herramienta pedagógica a la hora de conformar la identidad nacional japonesa, más si cabe durante la construcción moderna del Estado nipón. En los primeros años del siglo XX, la Asociación okinawense de Educación pidió que la historia local de las Ryūkyū fuera introducida en el currículo escolar, pero el Gobierno japonés ignoró la petición. Por otro lado, aunque la Facultad de Profesores de Okinawa se estableció en 1880, en la cual se formaron las nuevas élites isleñas, lo cierto es que la desidia del Gobierno japonés estaba a la orden del día. Para 1924 solo había dos centros de enseñanza media. Aquellos que quisieron proseguir con la vida académica superior tuvieron que hacerlo en Taiwán o Japón⁷⁸⁹.

La imposición idiomática también fue un tanto laxa en su aplicación. Aún en 1940 los académicos japoneses estaban debatiendo sobre la idoneidad de eliminar o preservar las lenguas ryukyenses⁷⁹⁰. Estaba extendido en los centros de enseñanza el sistema conocido como *hōgen fuda* o tablillas dialécticas. Se trataba de una herramienta con carácter punitivo y discriminatorio que consistía en portar una placa distintiva entre aquellos alumnos que continuaban hablando la lengua local de Okinawa. La única forma de evadir este identificativo con función discriminatoria era que los alumnos encontraran a otros homólogos que hablaran las lenguas ryukyenses y traspasarle así el estigma que representaba llevar estas tablillas. Sobre este asunto, Meyer puntualiza que este sistema

⁷⁸⁷ Durante el periodo Edo, la mayor parte de la población no se trasladaba fuera de su dominio o *han*. Ello provocó que surgieran diversos dialectos en cada una de las regiones. El dialecto de Tokio fue el escogido para erigirlo como el japonés estándar. Sobre esta cuestión véase Gottlieb, Nanette, *Language and Society in Japan*. Cambridge University Press, 2005.

⁷⁸⁸ Rabson, "Okinawan Perspectives...", pp. 4-5.

⁷⁸⁹ Meyer, "Between a Forgotten Colony...", p. 5.

⁷⁹⁰ Ídem, p. 7.

de adoctrinamiento y discriminación no era tan estricto⁷⁹¹. Incluso, Nanette Gottlieb afirma que a partir de 1916 muchos estudiantes en los centros educativos de Naha aceptaban voluntariamente el *hōgen fuda*⁷⁹².

En este sentido, a diferencia de otras minorías étnicas como los ainu, la población okinawense conservó gran parte de su legado cultural gracias en parte a la flexible y dubitativa administración japonesa en las primeras décadas. En todo caso, esta dinámica liminal no supuso que los dirigentes japoneses se desentendieran por completo a la hora de imponer un proyecto de construcción nacional. Una prueba de ello, además de los procesos educativos, se encontraba en los discursos de la prensa local. En efecto, la prensa okinawense se erigió como la voz de aquellos que abrazaban el proceso de asimilación para convertirse en sujetos nacionales en vez de coloniales. En otras palabras, la flexibilidad que mostraron los dirigentes japoneses, como apuntaba Meyer, propició una asimilación voluntaria. Convertirse en un sujeto nacional japonés equivalía a un progreso y modernización, aunque se desarrollara de forma precaria, paternalista y discriminatoria⁷⁹³.

Así, la actitud de la prensa sobre esta cuestión quedó reflejada con la Quinta Exhibición Industrial en Osaka de 1903. Siguiendo la estela de las exposiciones nacionales cuyo objetivo pretendía poner de relieve el proceso civilizatorio y modernizador nipón, la exhibición de Osaka fue diseñada por el antropólogo Tsuboi Shōgorō. En ella se expusieron miembros provenientes de varias partes del Imperio japonés con sus primitivos rasgos raciales y culturales. Entre ellos destacaron dos mujeres okinawenses junto a población ainu, coreana y taiwanesa. Ello provocó la queja de varios okinawenses y del *Ryūkyū Shimpō*, uno de los periódicos más destacados de Okinawa. En este se expuso lo siguiente:

The inclusion of people from our prefecture alongside Taiwanese aborigines and Ainu from the northern seas makes us appear comparable to primitives and Ainu. What could possibly be a greater insult to us? [...] People of other prefectures and cities sometimes regard the people of our prefecture as a special ethnic [and/or racial] group within Japan, but we acknowledge not the slightest difference in our characteristics⁷⁹⁴.

En efecto, las visiones proyectadas por la prensa okinawense junto a los estudios de académicos como Iha Fuyū estaban aunadas bajo la asimilación voluntaria. Una asimilación que, como reflejó el caso del *Ryūkyū Shimpō*, no estaba exenta de crítica y

⁷⁹¹ Ídem.

⁷⁹² Gottlieb, *Language and Society...*, p. 25.

⁷⁹³ Meyer, Stanislaw, "The rhetoric of the assimilation ideology in the remote islands of Okinawa: becoming Japanese or Okinawan?". *Eras*, nº9, 2007, p. 25.

⁷⁹⁴ Citado en Smits, Gregory J., *Visions of Ryukyu*. University of Hawaii Press, 1999, p. 150.

reclamo constante de un trato equitativo respecto a los nacionales japoneses de otras prefecturas. Precisamente, se culpaba a la administración nipona con sus negligentes medidas del estado de atraso generalizado en Okinawa, así como el poco respeto por su integración cultural.

En cualquier caso, las medidas de adoctrinamiento fueron endureciéndose a medida que Japón iba adentrándose en un contexto más belicoso. Con el incidente de Manchuria en 1932, los dirigentes de Tokio indujeron con mayor insistencia que en décadas previas sobre la población okinawense los valores de lealtad y sacrificio por la nación. Con la escalada de la guerra contra China, en 1937 el diario *Kyuyo Shimpō*, fundado por la comunidad okinawense en Osaka, realizó un seguimiento de los acontecimientos bélicos a la par que alentaba a los okinawenses a realizar sacrificios en los frentes de batalla⁷⁹⁵. El adoctrinamiento fue incluso más violento con la batalla de Okinawa en 1945. Solo el año previo los mandatarios japoneses se preocuparon realmente por la prefectura y se desplegó en ella un adoctrinamiento acorde a los objetivos de guerra. Ejemplos flagrantes de ello fue la prohibición bajo pena de muerte de la lengua local por considerarse peligrosa para los asuntos bélicos nipones en materia de espionaje o el uso indiscriminado de civiles para sacrificarlos por el imperio⁷⁹⁶.

Llegados a este punto, es conveniente trazar las líneas generales de comparación sobre todos los aspectos tratados. Comenzando por la cuestión del fascismo o elementos fascistas del régimen franquista y japonés, proponemos una breve definición del fascismo a raíz de los postulados de los autores mencionados en el primer apartado. Con el préstamo de Griffin y Payne en algunos de sus postulados, podemos entender al fascismo como un “ultranacionalismo palingenésico” con carácter revolucionario a raíz de la negación de sus predecesores políticos, tendente a la edificación de un Estado autoritario liderado por el principio del caudillaje y con una organización económica corporativista. Asimismo, este ultranacionalismo estaría vertebrado por un encuadramiento social a través de la violencia -ya sea en forma de milicias de partido o el uso de esta para el ascenso al poder-, la pretensión de instaurar unos ideales seculares plasmados en el “hombre nuevo” y el “nuevo orden” y su expansión a todos los niveles mediante la idea de imperio.

Al inicio de este capítulo se mencionó la comparación que había realizado Florentino Rodao García entre el Estado franquista y el japonés en la décadas de 1930 y 1940. De forma sucinta, se admite que estos regímenes “aparecidos de forma marginal”

⁷⁹⁵ Sobre algunos testimonios de okinawenses partícipes en los frentes del Pacífico y China véase Rabson, “Okinawan Perspective...”, pp. 6-7.

⁷⁹⁶ Allen, “Okinawa, ambivalence...”, p. 199.

compartieron rasgos con los Estados totalitarios como la elección de “nuevas formas de autoritarismo político”, pero Rodao García apela a los componentes irracionales para encauzar la comparación de estos dos casos. De esos componentes irracionales, expuestos de forma clara en la propaganda, destacan la religión y los rituales que estuvieron supeditados al ámbito político⁷⁹⁷. Para el caso franquista destaca el papel de la Iglesia católica que se posicionó como brazo adoctrinador, en competencia con Falange, del régimen. Por su parte, el Estado japonés desplegó toda una parafernalia ritual mediante el sintoísmo de Estado aunado con el *kazoku kokka* (Estado-familia). En suma, se trataba de desempeñar una función moralizadora desde el Estado⁷⁹⁸.

De igual forma, una de las discrepancias entre el régimen japonés y los estados fascistas radica en el ideal del “hombre nuevo”. Así, los proyectos del nacionalsocialismo, del fascismo italiano e incluso del hispanismo africanista de Franco se diferenciaban de la matriz discursiva-ideológica nipona por estar ausente en esta última la figura del “hombre nuevo”. Más bien, el panasianismo se configuró como un antagonismo a los proyectos ultranacionalistas e imperiales de los fascistas europeos. En todo caso, Rodao García considera que las semejanzas entre el Estado franquista y el Imperio japonés se vislumbran con claridad no en la comparación de sus naturalezas políticas, sino en las guerras anticomunistas que ambos llevaron a cabo sincrónicamente. Es decir, la Guerra Civil española y la segunda guerra sino-japonesa se presentan como los auténticos escenarios para comparar a estos regímenes en la décadas de 1930 y 1940⁷⁹⁹.

No cabe duda de que los planteamientos de Rodao García son interesantes a la par que reveladores, aun así se puede inferir que tanto el régimen japonés como franquista albergaron unos elementos de tendencia fascista. O, en otros términos, ambos se presentaron como Estados “parafascistas” o “fascistizados” durante su edificación en los primeros años, aunque con posterioridad los componentes fascistas fueran depurados o marginados. Sin embargo, creemos que el peso de estos aspectos fascistas tuvo mayor incidencia en la gestación del Estado franquista que en el Estado japonés. Así, los artífices fascistas por antonomasia en ambos contextos fueron Falange y el *Tōhōkai* (Sociedad de Oriente). Rodao García apunta en Japón el papel del *Taisei Yokusankai* (Asociación de Asistencia al Trono o al Régimen Imperial), una asociación de corte totalitario y sindicalista fundada en 1940 con el objetivo de aunar a todas las fuerzas políticas, incluso socialistas, y sectores sociales⁸⁰⁰. Sin embargo, no puede calificarse este partido como una organización de puro corte fascista.

⁷⁹⁷ Rodao García, “España y Japón durante la II Guerra Mundial...”, pp. 194-195.

⁷⁹⁸ Ídem, p. 195-196.

⁷⁹⁹ Ídem, p. 197.

⁸⁰⁰ Ídem.

Bien es cierto que el *Taisei Yokusankai* fue fundado por Fumimaro Konoe en aras de erigir un partido único que movilizara a todos los actores políticos y sociales. Pero calificar a este de partido u organización de fascista es un tanto reduccionista tal y como apuntan varios historiadores. Así, Griffin remarca que esta organización distó de parecerse al Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán y no fue más que una “ficción burocrática”. Y aunque se produjo un encuadramiento político-social, la instauración del *Taisei Yokusankai* no supuso el fin de la estructura parlamentaria nipona y el sistema electoral. A fin de cuentas, el gobierno militarista seguía dependiendo de la Dieta japonesa para la aprobación de presupuestos. Del mismo modo, muchos antiguos políticos conservaron sus posiciones aunque fuera bajo la presión de ratificar la política de guerra de la clase militar dirigente⁸⁰¹.

Precisamente, muchos parlamentarios no fueron encuadrados bajo el *Taisei Yokusankai* y mantuvieron grupos diferenciados como lo fue el *Dōkōkai* (Asociación de Afines) o el *Kōa giin dōmei* (Liga para el fortalecimiento de Asia). En este sentido, tanto Konoe como sus sucesores nunca ejercieron una potestad ejecutiva similar al *Führerprinzip*. Esta ausencia estructural en la imposición de una dirección totalitaria fue uno de los elementos, entre otros, que motivó a Nakano Seigō, líder del *Tōhōkai*, para disgregarse del *Taisei Yokusankai* en 1941. Del mismo modo, la implantación del *Taisei Yokusankai* desde las esferas de poder iba en contra de la consigna clásica fascista de movilizar a la población desde abajo. Nakano fue un persistente crítico de los diversos líderes del *Taisei Yokusankai*. Así, consideraba que Tōjō Hideki había fallado en la emulación de líderes fuertes como Mussolini o Hitler quienes sí representaban los deseos de las masas y eran capaces de movilizarlas. A ojos de Nakano, el Gobierno militarista y el *Taisei Yokusankai* no era más que instituciones de una dictadura burocratizada⁸⁰².

Por otro lado, Griffin remarca que la mayoría de los grupos de extrema derecha durante el periodo de entreguerras y la década de 1940 carecían de un sustrato ideológico puramente fascista, salvo el *Tōhōkai* -incluso muchos de ellos negaban identificarse con el fascismo-. Muchas de sus consignas pivotaban en un tradicionalismo manifestado en la combinación del neoconfucianismo, el culto imperial mediante el sintoísmo de Estado o el bushido a través de la visión romantizada de la antigua clase samurái. Incluso, el propio *Tōhōkai* compartía muchos de estos elementos. Y a pesar de tomar como inspiración a los modelos de Hitler y Mussolini -los miembros del *Tōhōkai* vestían camisas negras y brazaletes con una simbología similar a la esvástica-, su ideología estaba lejos de ser un calco del nacionalsocialismo alemán o del fascismo italiano. Así, uno de

⁸⁰¹ Griffin, Roger, *The Nature of Fascism*. Routledge, 2003, p. 154.

⁸⁰² Shillony, Ben-Ami, *Politics and Culture in Wartime Japan*. Oxford University Press, 1991, pp. 19-20 y 47.

los ejes centrales en el ideario de Nakano era la figura imperial. El emperador no debía ser simplemente un autócrata divinizado, sino que debía representar la soberanía nacional mediante su potencial divino. Algo que solo sería posible mediante un gobierno directo del emperador al calor del proceso que se dio en la Restauración Meiji⁸⁰³.

En cualquier caso y retornando a la comparación entre España y Japón, ambos regímenes compartieron la semejanza de desarrollarse bajo una fuerte tutela militarista. Mientras el Estado franquista mantuvo cierta influencia militar bajo el mando de Franco, el Imperio nipón seguía encabezado por la figura imperial, aunque esta tuviera un carácter simbólico en algunos contextos. Los fallidos intentos de sublevación de algunos oficiales japoneses en 1932 y 1936 han sido interpretados de manera dispar. Para algunos autores, estos golpistas representaban más a unos actores sectarios provenientes de sociedades secretas y nacionalistas tendentes a actos terroristas que a un grupo representativo del fascismo y sin pretensiones de formar un partido de masas en Japón. Así, lo transversal al régimen franquista y japonés fue la instauración de un Estado corporativista con una fuerte penetración militarista en la toma de decisiones políticas.

En lo referido al plano eidético y discursivo, el proyecto imperial africanista de Franco y el expansionismo nipón sustentado en el panasianismo difirieron de algunas cuestiones como apuntaba Rodao García. Sin embargo, ambos se presentaron como vías factibles para expandir la ultranación a otros territorios. En efecto, aunque en la praxis se materializaron contradicciones de las premisas que esgrimía Griffin sobre la ultranación, lo cierto es que la empresa imperialista era las única vía de llevar a cabo el proceso revolucionario más allá del Estado-nación primigenio. Del mismo modo, y como apuntamos previamente, el contexto rural jugó otro papel crucial en la construcción de los valores y virtudes que debía poseer la nueva nación. Por ende, el proceso revolucionario encontraría su prístina esencia en el ruralismo.

La siguiente cuestión en la que se vislumbran comparaciones gira en torno a la identidad insular de Canarias y Okinawa. Una identidad que cobra su sentido más tangible en la esfera política y cultural. De este modo, hay dos ejes fundamentales en los que estos espacios archipelágicos compartieron diversas semejanzas: un débil o inexistente nacionalismo con capacidad operatoria efectiva y el fenómeno de la diáspora migratoria a la hora de edificar, bajo varias perspectivas, la identidad isleña.

Ciertamente, la pretensión de conformar una unidad política independiente bajo el paraguas retórico de las naciones insulares fue más bien escaso en ambos contextos. En su lugar, la identidad política insular pasó por la mano del regionalismo sin pretensiones

⁸⁰³ Griffin, *The Nature of...*, p. 155.

de independencia gubernativa o de un regionalismo voluntarista usando la terminología de Álvarez Junco. Para el caso de Canarias, el insularismo se posicionó como el baluarte del particularismo isleño. Un insularismo que, en su reducción al extremo, no fue más que una herramienta útil de las élites insulares para reivindicar su posición bajo la simbiosis conformada entre la “españolidad” y el particularismo canario. Ello se vio reflejado también, aunque con variaciones políticas dispares, en los intelectuales y artistas canarios de finales del siglo XIX y principios del XX.

El contexto okinawense ofrece la visión de un particularismo insular que estuvo constantemente formándose en los márgenes del Imperio japonés o en la liminalidad como afirmaba Matsuda. En comparación con su homólogo insular atlántico, el estatus de Canarias ya había sido definido en el contexto de la construcción del moderno Estado español con la Constitución de Cádiz en 1812. Con el subsiguiente desarrollo del constitucionalismo español de buena parte del siglo XIX, las islas atlánticas quedaron encuadradas como provincias integrales del Estado. El fin de la Guerra Hispano-Americana ratificó el estatus del archipiélago español a ojos de las potencias extranjeras, especialmente las anglófonas. Sin embargo, Okinawa y el resto de las islas de las Ryūkyū tuvieron que bregar para conformar una nueva identidad que se presentaba relativamente tardía dado el avance en la conformación de otros Estados-nación.

Una identidad en parte impuesta y en parte también asumida. Ejemplo de ello fue la tardanza del Estado japonés en catalogar a Okinawa como prefectura. Pasaron cuarenta años para que ello se dispusiera desde la anexión oficial en 1879. Otro de los ejemplos lo encarnaron los intelectuales okinawenses como Iha Fuyū o los propios emigrantes de la nueva prefectura a otros territorios. Tanto los académicos como las comunidades de colonos estuvieron discurriendo por una identidad que abogaba por su propio particularismo cultural a la par de una identidad que engarzara dicho particularismo con la identidad nipona. En este sentido, puede inferirse que la edificación identitaria de Canarias y Okinawa fue negociada hasta cierto margen. Así, la españolidad de las islas atlánticas y la “japonización” de Okinawa tuvieron que mimetizarse con el insularismo y el particularismo cultural. De hecho, las relaciones jerárquicas que emanaban desde Madrid o Tokio se veían replicadas igualmente en estos archipiélagos -en el caso okinawense existían antes de la anexión japonesa-, donde las islas capitalinas ejercieron cierto dominio y discriminación sobre las islas menores.

No obstante, es en este contexto identitario donde sale a relucir una de las diferencias más notorias entre los dos archipiélagos. En efecto, el proceso de aculturación en ambos escenarios se ejecutó en periodos diferentes. Por un lado, la rápida inserción de Canarias en la administración de la Monarquía Hispánica provocó que el sustrato cultural nativo

de las islas antes de su conquista se fuera mimetizando, e incluso diluyendo, hasta llegar al periodo contemporáneo. Por su parte, la aculturación de Okinawa fue más brusca tanto que coincidió con el surgimiento y construcción del Estado moderno nipón en medio de la coyuntura imperialista que estaban tomando diversas potencias. En otras palabras, la prefectura de Okinawa siguió presentando a una etnia diferenciada y mayoritaria -como legado de su estado previo de entidad política independiente- a pesar del proceso de aculturación que se dio una vez incorporada al Imperio japonés.

En cuanto a una de las evidentes similitudes, que a su vez derivó en desenlaces dispares, fue la visión primordialista que poseyeron diversos agentes de estos entornos isleños. Por un lado, los nacionalistas canarios siempre apelaron a un sujeto nacional idealizado, en aras de un proyecto autonomista o independentista, que se remontaba a los pobladores indígenas antes de la conquista castellana. Por otro lado, los teóricos okinawenses en su mayoría se mostraban favorables a abrazar la identidad japonesa y ello requirió de una demostración que conectara al sujeto japonés con el okinawense (*Nichiryū dōsoron* o Ancestro común japonés-ryukyense).

Como quedó mencionado, un elemento transversal en la formulación de las identidades insulares okinawense y canaria fue el fenómeno de la diáspora migratoria. Las colonias de canarios en América y el Caribe ejemplificaron una dualidad según el contexto internacional. Por una parte, se abrazaba la identidad española dado el contexto bélico contra Estados Unidos. Por otra parte, fueron estas mismas colonias el germen que propulsó con más fuerza al nacionalismo insular. Un nacionalismo que, como quedó reflejado en sus diversas publicaciones, poseía una visión distorsionada de Canarias en tanto que región armoniosa y homogénea. En el caso okinawense, la liminalidad identitaria se reprodujo en las comunidades migratorias en territorios tan diversos como Taiwán, Japón o varios países del continente americano. Así, la asunción de la identidad japonesa se combinó con la reivindicación del legado cultural okinawense en estos territorios. La actuación de las asociaciones prefecturales o de personalidades destacadas en el ámbito académico se proyectaron sobre estas dos tendencias.

Para finalizar, el último escenario donde ambos espacios insulares convergieron por vías similares fue en el de la imposición de una identidad nacional emanada desde una pretensión centralista. Fueron varios los artífices de dicha implantación tanto en Canarias como en las Ryūkyū. En el archipiélago español, Falange se presentó como uno de los actores más evidentes en el proceso de adoctrinamiento nacional. En cambio, la prefectura de Okinawa no solo fue sometida desde el Gobierno japonés para su asimilación en el proyecto nacional, sino que fueron igualmente muchos miembros de la sociedad insular,

desde intelectuales -pasando por la prensa- hasta los sectores populares, quienes colaboraron proactivamente en el proceso asimilatorio.

En todo caso, ambas imposiciones nacionales atravesaron senderos violentos para encuadrar a las sociedades insulares. Una violencia que cobró matices diferentes e intensidades dispares según el contexto. Así, el comienzo de la Guerra Civil española posicionó rápidamente a Canarias como la retaguardia del embrionario Estado franquista. La disposición de una retaguardia se vislumbró a ojos de las autoridades franquistas, y sobre todo a ojos de Falange, como teatro de operaciones idóneo para rescatar y afianzar la españolidad del archipiélago atlántico. La purga de los elementos antiespañoles mediante diversas vías de actuación y el ensalzamiento de las islas como lugar de mártires y sacrificio por la nación española fueron los fenómenos más reseñables. Al final, los dirigentes falangistas, aunque omnipresentes en los resortes adoctrinadores, tuvieron que conformarse con la compartición del poder político con las viejas estructuras insularistas y la facción castrense.

Como se mencionó en párrafos previos, el ámbito okinawense fue más complejo a la hora de confeccionar la identidad nacional japonesa. Contrariamente a Canarias, el Reino de las Ryūkyū, aunque dependiente del dominio nipón desde el siglo XVII, tuvo que insertarse con celeridad en el proyecto expansionista de Japón a finales del siglo XIX. Por tanto, lo propio era ejecutar medidas para modernizar, humanizar y civilizar a la nueva prefectura. En este sentido, los procesos violentos de encuadramiento nacional, un tanto más sutiles las primeras décadas, se engarzaron con dejadez o negligencia por parte del Gobierno japonés. Esta situación provocó que la propia sociedad okinawense reclamara la identidad nacional japonesa como vía para un trato más equitativo al mismo tiempo que mantuvo elementos de su legado cultural. No obstante, la violencia se mostró más evidente en la edificación nacional cuando el Imperio japonés se adentró en las guerras de Asia y el Pacífico a partir de 1932.

Igualmente, este contexto ofrece una de las grandes diferencias entre ambos archipiélagos. En amplios grupos sociales okinawenses la imposición nacional fue facilitada por una disposición voluntarista de estos. Los ideales de progreso y modernización, ausentes en la praxis, eran grandes alentadores para que los nuevos sujetos nacionales aceptaran pasar a formar parte del nuevo Estado-nación japonés. En cambio, el proyecto nacional en Canarias produjo un efecto contrario en la población, especialmente entre los sectores populares. A saber, la resignación, el desinterés o la despoltización se extendieron en la visión de la sociedad isleña. En todo caso, posicionarse al compás de la edificación nacional durante el contexto de guerra podría

servir como un alivio para las penurias económicas y sociales durante las primeras décadas del franquismo.

8. EL CONTROL DE LAS ECONOMÍAS INSULARES

Otro los pilares elementales de este bloque es el referido a los asuntos económicos. Efectivamente, el eje económico es otro de los campos donde los historiadores han desarrollado un gran número de trabajos en perspectiva comparada. De hecho, en relación con los estudios históricos de la economía puede afirmarse con rotundidad que la comparación es casi una seña de identidad de estos. En otros términos, todo análisis histórico-económico de sociedades supranacionales, nacionales, regionales o locales pasa inexorablemente por el filtro de la comparación. Sería casi absurdo querer profundizar en los elementos económicos de dichas sociedades en aras de aislar sus particularismos sin tener en cuenta las inevitables influencias de otros contextos y realidades socioeconómicas. En este sentido, la mayoría de los estudios histórico-económicos están repletos, con mayor o menor intensidad y con mayor o menor consciencia, de comparaciones al menos en la faceta macroeconómica. Los planteamientos de Immanuel Wallerstein en torno a marco conceptual de sistema-mundo y economía-mundo son una buena muestra de la interconexión de los elementos económicos, y por ende de su ineludible comparación para el desarrollo de su trabajo⁸⁰⁴.

Con todo ello, este capítulo se desarrollará al calor de tres campos en aras de continuar nuestra comparación en el ámbito económico: el desarrollo económico de Japón y España en las décadas de 1930 y 1940 -prestando especial atención a su proceso de industrialización-, la formación y características de las economías archipelágicas de Canarias y Okinawa y, finalmente, la fuerte militarización económica de estos espacios insulares en sus respectivos contextos de guerra.

Así, continuamos nuestro análisis, al igual que en los capítulos previos, partiendo de un marco general para finalizar en lo particular. Y es que tanto Japón como España durante las primeras décadas del siglo XX han sido tradicionalmente encuadrados como *late comers* -especialmente el país ibérico- dado su tardío desarrollo industrial. Sin duda, ello requerirá de matices a la hora de edificar una comparación. En todo caso, la disparidad de este desarrollo se palpó en los diversos territorios que los conformaron. Los casos más interesantes a este respecto lo presentaron las economías insulares cuya evolución siempre se dio en los márgenes de las políticas e intereses de los centros de poder. Unos centros de poder que se caracterizaron por aplicar una militarización de las economías de estos espacios durante la coyuntura bélica. A raíz de ello se derivó una mayor dependencia y atraso en comparación con otros territorios nacionales.

⁸⁰⁴ Wallerstein, Immanuel, *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*. Siglo XXI, 2006.

8.1. Dos economías relativamente modernas: el ascenso industrial japonés frente a la rezagada industrialización española

Sin ningún género de dudas, el campo económico ofrece una larga variedad de factores para comparar y que podrían llevar *ad infinitum* su análisis minucioso. En este sentido, creemos que uno de los aspectos más relevantes en la comparación es el proceso de industrialización de España y Japón, especialmente durante las décadas de 1930 y 1940. Previo a estos años, el imperio nipón partió de un contexto favorable en lo concerniente a su modernización industrial. Al igual que ocurrió en otros países, como fue el caso de España, la Gran Guerra presentó para Japón una gran oportunidad en el desarrollo de su economía. A lo largo de estos años destacó la industria ligera por encima de la pesada. La industria textil fue un buen ejemplo de ello. Entre 1914 y 1918 la producción industrial en términos generales pasó de 1.4 mil millones a 6.8 mil millones de yenes. De igual forma, la balanza comercial se vio fuertemente favorecida. Los países beligerantes eran los mercados idóneos para exportar los productos manufacturados japoneses. Japón se convirtió en un importante proveedor de armamento para los contendientes. Se posicionó como la tercera potencia en la producción naval y la industria general estuvo por primera vez dedicada a satisfacer a las demandas civiles por encima de las militares⁸⁰⁵.

Pero este periodo de bonanza temporal también trajo consigo una de las etapas inflacionarias más agudas con un incremento general de los precios de un 174 por ciento para 1920. A partir de este momento, y sin llegar hasta la caída del mercado de valores en 1929, Andrew Gordon apunta que la economía nipona transitó de crisis en crisis⁸⁰⁶. Algunas medidas llevadas a cabo por el gobierno fueron la bajada de precios en los productos domésticos o una restricción del crédito para suavizar la situación, aunque se tuvo que recular sobre esta última acción a raíz del terremoto de la zona de Kantō en 1923. La estimulación crediticia era, por tanto, indispensable para recuperarse de los daños ocasionados en los sectores productivos en el área de Tokio. Si bien algunas industrias vieron cierto incremento en su *output*, los precios internacionales se mantuvieron altos y el sistema financiero nipón mostraba signos de debilidad. Una debilidad que se materializó en una gran crisis bancaria dada la gran cantidad de pequeños bancos que existían con poca diversificación de sus capitales. Así, muchos de los préstamos de las entidades financieras carecían de una garantía por la parte gubernamental⁸⁰⁷.

⁸⁰⁵ Samuels, Richard J., «*Rich Nation, Strong Army*» *National Security and the Technological Transformation of Japan*. Cornell University Press, 1994, p. 94.

⁸⁰⁶ Gordon, Andrew, *A Modern History of Japan: From Tokugawa Times to the Present*. Oxford University Press, 2003, pp. 139-140.

⁸⁰⁷ Ídem, p. 142.

En cualquier caso, uno de los motores constantes en la innovación y desarrollo industrial japonés, especialmente en la industria pesada, fue el contexto expansionista y beligerante del emergente imperio. En efecto, los años previos a 1930 conformaron para Richard J. Samuels una fase crucial en el progreso de esta industria gracias al interés de la cúpula militar. Algunos ejemplos de fuerte crecimiento fueron el sector eléctrico, el químico, el aeronaval o el siderúrgico -estos dos últimos fuertemente interconectados-. Así, y usando la terminología de Samuels, se sentaron las bases del “tecno-nacionalismo militar”. Una materialización de este fenómeno en el ámbito normativo fue la promulgación de la Ley de Movilización de Municiones o Armamento de 1918. Con ello, se facilitaba una gran influencia a los dirigentes militares en casos de escalada bélica sobre las industrias consideradas prioritarias. Se creó igualmente el Departamento de Municiones adscrito al Ministerio del Ejército para tutelar la producción armamentística. No obstante, en el ámbito naval, los cupos impuestos por la Conferencia Naval de Washington, celebrada entre 1921 y 1922, frenaron las ambiciones de aquellos que apostaban fuertemente por este sector. Ello supuso una justificación más, especialmente para los militares, para pensar que a Japón se le estaba negando su lugar como potencia. Como solución, el emergente imperio debía abrirse camino a través de un ecosistema internacional hostil. Esta idea fue reforzada al dejarse sentir los efectos de la crisis bursátil de 1929. Sumada a las constricciones exteriores, amplios sectores sociales y dirigentes -destacando nuevamente a la rama castrense- culparon a los parlamentarios con políticas liberales y a los capitalistas de agudizar la crisis económica en Japón⁸⁰⁸.

Ciertamente, los precios de los productos agrícolas japoneses tras la crisis de 1929 cayeron más de un 40 por ciento junto con las exportaciones de la industria textil. Entre 1930 y 1932 el desempleo alcanzaba cotas de más de un 20 por ciento y la devaluación del yen se vio inevitable debido al abandono del patrón oro en 1931. Esta última medida enriqueció a muchos bancos, especialmente los vinculados con los zaibatsus, al cambiar toda su liquidez de yenes por dólares un año antes. Este panorama general se vio agravado por fuertes conflictos sociales y políticos que tuvieron algunas de sus máximas expresiones en los episodios de insubordinación militar de 1932 y 1936. Y aunque los estragos en desempleo o producción industrial de la coyuntura de 1929 no fueron tan incisivos en la economía nipona si se la comparaba con la de otros países, la percepción de esta crisis fue profunda en la sociedad. Una percepción que, como se ha dejado vislumbrar, asentó las bases del viraje definitivo de la intervención militar, sobre todo en los sectores industriales⁸⁰⁹.

⁸⁰⁸ Samuels, «*Rich Nation, Strong Army*»..., pp. 95-96.

⁸⁰⁹ Gordon, *A Modern History of Japan*..., pp. 185-186.

Por ende, la única fórmula válida de insuflar bríos renovados a la industria y al resto de la economía era mediante el camino de la expansión territorial. La intervención estatal al servicio de los intereses militares se fue incrementando gradualmente. De hecho, los éxitos de las empresas militares en China (1895), Rusia (1905), Corea (1910) o Manchuria (1931) dotaban teóricamente de cierta credibilidad a la cúpula militar en sus decisiones. A fin de cuentas, de todos estos escenarios se obtuvieron recursos humanos, materiales y territoriales para el cada vez más acrecentado imperio⁸¹⁰. Además de la cúpula dirigente, con mayor o menor influencia de la esfera militar, otros de los artífices en el proceso de ampliación industrial fueron los zaibatsus. En esencia, estos consistían en grandes empresas, normalmente dominadas y estructuradas piramidalmente por influyentes familias, que controlaron numerosos e importantes sectores económicos del país. La genealogía del poder de los zaibatsus dató de finales del siglo XIX cuando las titánicas reformas del gobierno nipón, entre las que se incluía la creación de empresas e industrias estatales, estaban encaminadas a modernizar el embrionario Estado-nación. Como consecuencia, la administración estatal acumuló una gran deuda imposible de asumir y la solución pasó por la venta de gran parte de sus industrias y conglomerados. Firmas como Mitsui, Mitsubishi o Sumitomo fueron las grandes beneficiarias de esta privatización. Parte del crecimiento de estos zaibatsus ha sido atribuido a su gran capacidad competitiva y gestora materializada en un autofinanciamiento de sus propias entidades bancarias. Pero lo cierto es que, como apuntan Randall K. Morck y Nakamura Masao, las conexiones con la esfera política y estatal jugaron igualmente un rol relevante en el empuje de estos conglomerados⁸¹¹.

A los zaibatsus mencionados se le añadía el de Yasuda y juntos eran conocidos como los “grandes cuatro”. De todos ellos dependían una gran cantidad de empresas subsidiarias que fueron incrementándose a medida que expandían su influencia económica y diversificación en distintos sectores. Sus fortunas procedían mayormente de la industria ligera y del comercio exterior. En todo caso, la conformación de los zaibatsus no era homogénea. No todos partían del mismo marco genealógico y tampoco compartían la misma estructura, capacidad de acción y crecimiento según la coyuntura. Por ejemplo, la clasificación de los zaibatsus difería si se trataba de criterios productivos por sectores o de financiación. En este sentido, sobresalieron aquellos denominados zaibatsus industriales. El Grupo Asano, el Grupo Kawasaki o el Grupo Furukawa eran conglomerados asociados a específicas cadenas de producción industrial en sectores

⁸¹⁰ Morck, Randall K. y Nakamura, Masao, “A Frog in a Well Knows Nothing of the Ocean: A History of Corporate Ownership in Japan”. En Morck, Randall K., (ed.), *A History of Corporate Governance around the World: Family Business Groups to Professional Managers*. University of Chicago Press, 2005, p. 414.

⁸¹¹ Ídem, pp. 377-379.

como el químico, el energético o el de maquinaria pesada. Por su parte, a diferencia de los zaibatsus tradicionales, emergieron otras firmas nuevas a lo largo de las primeras décadas del siglo XX gracias a la financiación e intervencionismo estatal. Destacaron entidades como Nissan, Nichitsu, Mori, Nisso y Riken⁸¹².

A partir de 1930, y especialmente a raíz del incidente de Manchuria de 1931, todas estas empresas estuvieron bajo la tutela estatal dominada cada vez más por la élite militar. El caso más ilustrativo en la creación de un nuevo zaibatsu bajo el empuje gubernamental - y con gran participación en los proyectos castrenses- fue Nissan. Fundada por el ingeniero siderúrgico Aikawa Yoshisuke en 1928 bajo el nombre completo de *Nihon Sangyo Kaisha*, este zaibatsu se estableció como un holding de otras empresas. Y a diferencia del esquema tradicional de la financiación restringida de pocas familias de los viejos zaibatsu, Nissan se caracterizó por poseer una capitalización muy diversificada. La compra de empresas subsidiarias o la existencia de más de 50.000 acreedores eran algunos ejemplos de esta dinámica. Para 1937 Aikawa y sus familiares solo poseían un 4.5 por ciento de las acciones totales de Nissan. En todo caso, el despegue de este zaibatsu se vio fuertemente favorecido por su vinculación con la cúpula dirigente y la *Junsenji Keizai* o “cuasi economía de guerra” preconizada y llevada a cabo por dirigentes de las Fuerzas Armadas⁸¹³.

Bajo estas condiciones, los dirigentes militares se vieron obligados a apoyarse en los zaibatsus, ya fuera con mayor o menor intervencionismo, para emprender sus proyectos en los territorios ocupados. A su vez, los zaibatsus pudieron ampliar su producción y margen de beneficio, aunque estuvieran intervenidos en diversos aspectos. Así, y tomando otro ejemplo, la empresa subsidiaria *Mitsubishi Heavy Industry* creció un 150 por ciento entre 1932 y 1936 y en este último año alcanzó un 16,5 por ciento de beneficio gracias a los pedidos destinados a la construcción aeronaval y de carros de combate. Otro dato relevante en la producción naval se vislumbró cuando Japón se estableció como la tercera potencia con la mayor flota mercante y con un tonelaje que superaba los cuatro millones⁸¹⁴.

Por su parte, la cúpula castrense quedó encuadrada en dos facciones en lo referente a la gestión económico-industrial. Por un lado, se encontraba el grupo que abogaba por una gestión en relación con la “cuasi economía de guerra” o “guerra total”. Por el otro, se situaban aquellos denominados como la facción de “seguridad económica” favorables a

⁸¹² Ídem, pp. 392-394. Para mayor detalle del funcionamiento, orígenes y estructuración de los zaibatsus véase Morck, Randall K. y Nakamura, Masao, “A Frog in a Well Knows...”, pp. 367-465.

⁸¹³ Allen, George C., *A Short Economic History of Modern Japan*. The Macmillan Press, 1983, p. 160.

⁸¹⁴ Ídem, p. 151.

un intervencionismo estatal más moderado. Los defensores de la *Junsenji Keizai* bregaban, en última instancia, por crear un bloque económico autárquico sustentado en el expansionismo territorial sobre Asia. Estas ideas se adscribieron posteriormente a los discursos de la Esfera de la Coprosperidad y del Nuevo Orden en Asia Oriental⁸¹⁵.

En definitiva, la coincidencia de factores como la devaluación del yen a comienzos de 1930 con la política keynesiana, ejecutada por ministro de finanzas Takahashi Korekiyo al aumentar el gasto público, y el expansionismo militar generaron el caldo de cultivo idóneo para un fuerte desarrollo industrial. La devaluación de la moneda nacional permitió a los productos japoneses encontrar nuevos mercados a los que exportar, sobre todo en Asia. Estas políticas permitieron a Japón ser uno de los primeros países en superar la depresión económica. Por otra parte, el incremento de los gastos estatales iba mayormente destinado a las exigencias presupuestarias del Ejército y la Armada. Y la expansión militar supuso una válvula de escape a la producción industrial y capitales nipones. La transición de una industria ligera a otra pesada fue intensa durante estos años con una mejora técnica latente. La intensificación del intervencionismo estatal, particularmente en la política industrial, se palpó en la Ley de Control de Industrias Importantes de 1931. Con ella, se crearon cárteles industriales en aras de controlar su producción, así como su financiación externa. Esta medida respondía a la citada desconfianza de los burócratas y militares acerca del mercado desregularizado de los años previos. Un mercado que, en su opinión, solo favorecía a los intereses de los zaibatsus⁸¹⁶.

Sea como fuere, a la par que las industrias citadas iban aumentando su empuje en Japón también se llevaron en las colonias políticas similares. El Estado del Manchukuo, Taiwán o Corea fueron los primeros territorios en los que fueron aplicadas dichas medidas. Se contemplaban a estos como los lugares también donde debían mobilizarse recursos humanos y materiales en conjunción de los intereses económicos del imperio. A principios de 1931, Ugaki Kazushige, en calidad de gobernador general de Corea, llevó a cabo un ambicioso proyecto de reformas sociales y económicas. Se conminó a los agricultores coreanos a la plantación de algodón y a la cría de ovejas para ofrecer materiales abaratados a la industria textil nipona. Igualmente, instó a los zaibatsus nacionales a que invirtieran en sectores productivos como la siderurgia, la industria química o la de fertilizantes⁸¹⁷. En el caso de Manchuria, esta se erigió como un mercado idóneo al que exportar bienes de equipo japoneses. Entre 1931 y 1937 aumentó en este territorio la producción de acero, metal, químicos y recursos mineros. La inversión de

⁸¹⁵ Samuels, «*Rich Nation, Strong Army*»..., pp. 96-98.

⁸¹⁶ Gordon, *A Modern History of Japan*..., p. 193.

⁸¹⁷ Ídem, p. 192.

capital japonés pasó de 1.600 millones de yenes a 3.000 millones. Pero sin duda, una de las compañías más importantes y que mayor capitalización captaba era la Compañía de Ferrocarriles de Manchuria del Sur que a inicios de la segunda guerra sino-japonesa pasó a manos de la Compañía de Desarrollo de Industrias Pesadas de Manchukuo. Los dos accionistas de esta última eran el propio Gobierno del Manchukuo y Nissan⁸¹⁸.

Figura 28. Zaibatsus ordenados por número de firmas subsidiarias y desembolso de capital en 1937.

Zaibatsu	Número de empresas subsidiarias	Capital desembolsado en millones de yenes
1° Mitsui	101	1.177.200.000
2° Mitsubishi	73	848.204.000
3° Nissan	77	473.632.000
4° Sumitomo	34	383.800.000
5° Yasuda	44	263.866.000
6° Asano	50	236.261.000
7° Nichitsu	26	197.100.000
8° Mori	20	141.996.000
9° Okura	51	133.845.000
10° Furukawa	19	101.994.000

Fuente: Morck, Randall K. y Nakamura, Masao, "A Frog in a Well Knows Nothing of the Ocean...", p. 398.

⁸¹⁸ Allen, *A Short Economic History...*, p. 161.

Precisamente, fue la guerra iniciada contra China en 1937 la que marcó el inicio de la frustración de la política autárquica militarista. El contexto de guerra fue una auténtica sangría de recursos para Japón. Sus dirigentes pretendían combatir esta debacle con planes de producción quinquenales surgidos del Grupo de Investigación de Finanzas y Economía Japón-Manchuria -inspirados en el intervencionismo soviético- y la creación de la Junta de Planificación (*Kikaku-in*). Este organismo tuvo como objetivo respaldar y edificar jurídicamente el intervencionismo militarista de los sectores productivos⁸¹⁹.

El alargamiento del conflicto fue consumiendo vertiginosamente los recursos de la economía japonesa -que ya estaba en un estado crítico- provocando así la incapacidad de satisfacer con eficiencia las necesidades civiles. A finales de 1937 la mitad de las reservas de oro de Japón se diluyeron en el comercio exterior. Las exportaciones habían crecido solamente un 18 por ciento en contra de las importaciones que ascendieron a un 37 por ciento. La dependencia energética fue más acuciante, especialmente para cubrir las necesidades de petróleo de la Armada y el Ejército. Incluso, los combustibles extraídos de los territorios chinos ocupados fueron consumidos antes de la finalización de 1937. Una de las figuras representativas de la facción autárquica de la cúpula militar era el primer ministro Fumimaro Konoe. Fue este uno de los precursores a ultranza del intervencionismo estatal para sufragar las demandas de las campañas en China. Muestra de ello fue la promulgación de la Ley de Movilización General del Estado del 24 de marzo de 1938 por la que se supeditaba de forma total la economía nacional a los objetivos militares. La caída paulatina del imperio en un abismo económico junto al estancamiento de la guerra provocó la renuncia de Konoe en febrero de 1939 y dejó a Japón en una forzada tesitura económica en los preludios de la Segunda Guerra Mundial⁸²⁰.

En resumen, el marco expansionista japonés en Asia se presentó como el escenario perfecto para reflotar la economía nacional y para que el imperio experimentara una auténtica “segunda revolución industrial”. Por ende, las dos características sustanciales de la emergente economía nipona fueron su fuerte intervencionismo estatal con un ideario autárquico y su extremada militarización -acrecentada en la década de 1940 hasta el fin del conflicto mundial-. La militarización económica y la impronta autárquica también fueron unos elementos replicados para el caso español en los mismos años, aunque bajo otros condicionantes y motivos. Pero previo a ese periodo, conviene retomar, a grandes rasgos, la posición económico-industrial española tras el fin de la Gran Guerra.

⁸¹⁹ Okazaki, Tetsuji, “The Japanese Firm under the Wartime Planned Economy”. En Aoki, Masahiko y Dore, Ronald (eds.), *The Japanese Firm: Sources of Competitive Strength*. Oxford University Press, 1994, p. 360.

⁸²⁰ Barnhart, Michael A., *Japan Prepares for Total War. The Search for Economic Security, 1919-1941*. Cornell University Press, 1987, pp. 102-103 y 114.

En párrafos previos apuntábamos a la relativa marginalidad española en el marco internacional si se toma como referencia su desarrollo industrial. Tradicionalmente se ha considerado a España como un país encuadrado en la categoría de *late comers* o países rezagados en su industrialización. Pero esta tesis requiere de ciertos matices. Como apuntan Stefan Houpt y Juan Carlos Rojo Cagigal, la producción industrial española entre 1914 y 1936 se caracterizó por su regularidad. Comparada con la producción de otros países europeos, España no sobresalió, pero tampoco se estancó más de lo habitual dentro de la coyuntura internacional de estos años. Así, y en síntesis extrema, estos autores ponen de relieve una serie de virtudes que facilitaron un crecimiento de la producción industrial española. A saber, la introducción rauda de innovaciones técnicas en varios sectores industriales y a diversificación de estos destacando la consolidación de la industria eléctrica, química, mecánica, naval, siderúrgica o de obras públicas en un amplio espectro. Y por supuesto la aparición de varios centros industriales como Guipúzcoa, Madrid, Valencia o Vigo además de la tradicional industria catalana. Acompañado todo de un aumento demográfico que se tradujo en unas cotas más altas de empleo en el sector industrial. Concretamente, se pasó de un 19 a un 32 por ciento entre 1915 y 1930⁸²¹.

Figura 29. Distribución de la población activa española por sectores en porcentajes en 1930, 1940 y 1950.

	Agricultura y pesca	Industrias extractivas	Industrias manufactureras	Construcción	Comercio y finanzas	Transportes y comunicaciones	Otros servicios
1930	45,5	2,1	19,2	5,2	7,6	4,6	15,8
1940	50,5	1,4	15,6	5,2	7,3	3,9	16,1
1950	47,6	1,7	18,2	6,6	9,3	4,1	12,5

Fuente: Nicolau, Roser, "Población, salud y actividad". En Carreras, Albert y Tafunell, Xavier (coords.), *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*. Fundación BBVA, 2005, p. 150.

⁸²¹ Houpt, Stefan y Rojo Cagigal, Juan Carlos, "El Desarrollo de la gran industria". En Matés Barco, Juan Manuel y González Enciso, Agustín (eds.), *Historia económica de España*. Ariel, 2006, p. 525.

Figura 30. Distribución de la población activa japonesa por sectores en porcentajes en 1930, 1940 y 1950.

	Agricultura y pesca	Industrias extractivas	Industrias manufactureras	Construcción	Comercio y finanzas	Transportes y comunicaciones	Otros servicios
1930	49,3	1,1	16	3,3	14,7	4,4	11,1
1940	43,4	1,7	20,9	3	13,4	4,6	12,2
1950	48,3	1,7	16	4,3	12,1	5,1	12,5

Fuente: Umemura, Mataji, "An Analysis of Employment Structure in Japan". *Hitotsubashi Journal of Economics*, vol. 2, nº2, 1962, p. 27.

De forma más detallada, la producción industrial española discurrió por varios subperiodos entre 1918 y 1936. Primero, esta se encontró en un crecimiento sostenido durante la Primera Guerra Mundial para luego caer, incluso a niveles inferiores antes de la guerra, en 1919. Bien es cierto que esta decadencia castigó a los sectores industriales de forma desigual. Así, la industria textil conoció un periodo de estancamiento y declive mientras que entre 1920 y 1929 las industrias en torno a las obras públicas, la siderurgia y la construcción y reparación naval experimentaron un crecimiento sostenido. Aunque ello queda explicado en gran medida gracias al respaldo estatal que se traducía en un fuerte intervencionismo, fomento de condicionantes para la creación de oligopolios y un alto proteccionismo arancelario⁸²². No obstante, los mismos Houpt y Rojo Cagigal admiten que la valoración de la industrialización española en las primeras décadas del siglo XX se caracteriza por ser "ambigua" según las divergentes conclusiones de los investigadores que la han estudiado. Unas conclusiones que radican su disparidad según los criterios que se analicen o los países con los que se compare. Entre los autores destacados en reafirmar el atraso industrial español, con la salvedad de los casos de Cataluña o País Vasco, se encuentra Jordi Nadal⁸²³.

⁸²² Ídem, pp. 526-529.

⁸²³ Nadal, Jordi, *El fracaso de la revolución industrial en España, 1814-1913*. Ariel, 1978; "El fracaso de la revolución industrial en España: Un balance historiográfico". *Papeles de economía española*, nº20, 1984, pp. 108-125.

Pero este atraso también ha sido recogido por los propios Houpt y Rojo Cagigal y queda explicado por una serie de factores. En primer lugar, uno de los condicionantes se relacionó con la demanda. La disposición de un mercado interno raquíutico fomentaba una constricción en la demanda. Ello se vio claramente en la industria textil catalana cuya producción quedó mermada y, como resultado, ocasionó una atomización de las fábricas. En este sentido, poco se pudo hacer para que las industrias ligeras movilizaran los capitales humanos y financieros suficientes para alcanzar una economía de escala⁸²⁴.

En segundo lugar, la ausencia de una oferta sólida era otro de los obstáculos que explican el retraso industrial. Contrariamente a los postulados de muchos, Houpt, Stefan y Rojo Cagigal apuntan que el sector agrícola no se encontraba en un retroceso técnico y productivo. Realmente, fueron los demás sectores industriales como el minero, el siderúrgico o el eléctrico los que mostraban un escaso dinamismo en su oferta y desarrollo. Gran responsabilidad para esta situación derivaba de la alta intervención estatal que provocaba la formación de oligopolios y monopolios. La desconexión con los mercados internacionales de los productos manufacturados españoles fue también un aspecto relevante. Así, en 1920 seis empresas controlaban la capitalización del 98 por ciento de la industria siderúrgica, el 85 por ciento de la minera, el 55 por ciento de las entidades bancarias y el 74 por ciento de la eléctrica. Uno de los ejemplos más flagrantes era el de los Altos Hornos de Vizcaya que ejercía un dominio en solitario sobre la siderurgia española. La falta de competencia externa dio la capacidad a muchos industriales españoles de regular la oferta productiva casi exclusivamente mediante el alza de precios. Algo que iba acompañado de la contrapartida de situarse como industrias obsoletas⁸²⁵.

Cabe destacar en este punto una de las principales diferencias que salen a relucir entre estos conglomerados empresariales españoles y los zaibatsus japoneses. Mientras los primeros nacieron y se impulsaron al calor de una intensa política intervencionista y estatal, los zaibatsus nipones -al menos una parte considerable de estos- debieron su protagonismo y relevancia inicial a un origen más privado. Es decir, su surgimiento se debió más a la pujanza de las familias -muchas de ellas pertenecientes a las antiguas elites dominantes de Japón- que a un amparo estatal -si bien durante el periodo militarista el Estado nipón trató de aprovecharse e impulsar las capacidades de los zaibatsus-.

Ciertamente, la etapa enmarcada bajo la dictadura de Primo de Rivera acentuó la praxis intervencionista del Estado mediante la protección de sectores industriales esenciales, una

⁸²⁴ Houpt, y Rojo Cagigal, “El Desarrollo de la gran industria”, p. 530.

⁸²⁵ Ídem, pp. 531-532.

política arancelaria y un ambicioso proyecto de obras públicas sufragado por el presupuesto gubernamental. Destacó a este respecto el Real Decreto-Ley del 30 de abril de 1924 sobre Nuevo Régimen de Auxilios para Favorecer la Creación y Desarrollo de las Empresas Industriales. Por su parte, como organismos para la tutela de estos proyectos se crearon el Consejo de Economía Nacional y el Comité Regulador de la Producción Industrial en 1924 y 1926 respectivamente. En materia militar, sobresalió la creación de la empresa Construcciones Aeronáuticas S.A. en 1923. El entramado de estas políticas no consiguió su principal objetivo: revitalizar la industria española tanto en términos de productividad como de desarrollo y expansión. José Luis García Delgado remarca tres puntos que ratifican este enunciado. A saber, el intervencionismo primorriverista no fomentó una industria moderna, sino que produjo una simbiosis entre los resortes privados y públicos de la economía para generar así una industria débil. En segundo lugar, las políticas estatales dieron luz a un marco corporativista de la economía española propicio para que imperara la rigidez administrativa. Y finalmente, los grandes magnates industriales encontraron un respaldo gracias a la dinámica de monopolios que se había formado y, por ende, quedaba eliminada toda competencia exterior e interior⁸²⁶.

Precisamente, fueron algunas de estas características las que actuaron de algún modo como atenuante de los efectos de la crisis de 1929 en la economía española. En efecto, Albert Carreras y Xavier Tafunell afirman que algunos investigadores se han apoyado en estos factores para postular que España no sufrió una crisis económica de la magnitud de otros países. Como se ha remarcado, los motivos que pueden dar pie a corroborar este enunciado nacen de las características previas en materia económica e industrial. La caída más moderada del PIB respecto a otros países es también un indicador a favor de esta postura. Así, el desplome bursátil de Nueva York reverberó con celeridad en la restricción crediticia de las entidades bancarias. La mayoría de los créditos habían sido concedidos a empresas y administraciones centroeuropeas que en última instancia inyectaban los préstamos en el sector industrial⁸²⁷.

Ciertamente, la industria y economía española no se vieron muy afectadas por esta constricción prestamista dado el repliegue existente hacia una economía interior. Sin embargo, la crisis de 1929 supuso también la aplicación de fuertes políticas proteccionistas por parte de los países afectados. Como consecuencia, tanto las importaciones como las exportaciones cayeron fuertemente ocasionando una balanza de

⁸²⁶ García Delgado, José Luis, "Autoritarismo político y tensiones económicas: Un balance crítico de la política económica de la dictadura de Primo de Rivera en España (1923-1930)". *Fondo de Cultura Económica*, vol.50, nº198(2), 1983, pp. 811-814.

⁸²⁷ Carreras, Albert y Tafunell, Xavier, *Historia Económica de la España Contemporánea*. Crítica, 2003, pp. 251-252.

pagos deficitaria para la economía española⁸²⁸. La recuperación de los niveles del PIB previos a 1929 no se dio hasta 1935. Hasta entonces, el nuevo contexto, marcado por el fin de la dictadura, estuvo caracterizado por una tendente propuesta de déficit público para paliar los efectos de la crisis y una permanente conflictividad socio-política que provocaba desconfianza en los potenciales inversores de los sectores productivos⁸²⁹.

La Guerra Civil supuso un freno en seco a cualquier recuperación que se pudiera haber dado y, por ende, al crecimiento sostenido de la economía española. Fue en este momento también cuando la industria quedó definitivamente supeditada a los asuntos militares. Una supeditación que se mantuvo tanto al finalizar el conflicto civil como la Segunda Guerra Mundial. Precisamente, la producción industrial experimentó algunos crecimientos por el contexto de conflicto civil. Esta producción estaba dividida en relación con los territorios ocupados por cada contendiente. Aunque inicialmente la zona republicana partió con mayor ventaja a este respecto, en 1937 los sublevados franquistas controlaron los territorios del norte junto a sus industrias. Del mismo modo, estos últimos también controlaban gran parte del mercado interior y la producción de bienes de consumo junto con las rutas marítimas para el mercado internacional. Ello supuso un gran descalabro para la industria textil catalana que destinaba el 75 por ciento de su producción al consumo interno⁸³⁰.

En este sentido, la gestión económica y la productividad fue más eficiente de la mano de los sublevados. A pesar de afrontar serias carestías en lo referido a la industria textil, ya desde 1937 los sublevados, mediante la Intendencia del Ejército, impulsaron fábricas de todo tipo en el sur de España -eminentemente Andalucía-. Fruto de ello fue el crecimiento de la provincia de Sevilla como la región que mayor productividad presentó en este año. La capital andaluza atestiguó un auge de su producción armamentística, destinado para armar a las fuerzas rebeldes del norte, textil y un acrecentamiento en la llegada de firmas extranjeras. Del mismo modo, diversos empresarios y trabajadores que huyeron de la zona republicana -especialmente catalanes- junto a los sindicalistas represaliados y encuadrados para ser utilizados como mano de obra fueron fenómenos que favorecieron la productividad y gestión económica del régimen⁸³¹.

⁸²⁸ Ídem.

⁸²⁹ García Ruíz, José Luis, "Política y hacienda en el periodo de entreguerras". En Matés Barco, Juan Manuel y González Enciso, Agustín (eds.), *Historia económica de España*. Ariel, 2006, p. 642.

⁸³⁰ Garrido González, Luis, "Guerra y economía (1936-1939)". En Matés Barco, Juan Manuel y González Enciso, Agustín (eds.), *Historia económica de España*. Ariel, 2006, p. 668-669.

⁸³¹ Sobre la mejor eficiencia económica del bando sublevado véase Seidman, Michael, *La victoria nacional*. Alianza Editorial, 2012, pp. 177-191.

Por su parte, la producción industrial republicana conoció un crecimiento sostenido hasta finales de 1938, momento en el que acusó una fuerte caída. Destacó el caso de la industria metalúrgica que hasta mediados de 1937 logró un crecimiento del 130 por ciento respecto al año anterior. Igualmente, y dejando a un lado el sector agrícola, la industria pesada en la zona franquista quedó dividida en dos etapas a razón de la conquista de Bilbao en junio de 1937 como plantea Luis Garrido González. Una vez tomada la región, la industria siderúrgica se posicionó bajo la tutela de la Comisión Militar de Incorporación y Movilización Industrial y posteriormente al Ministerio de Defensa una vez esta fue movilizadora para cubrir las necesidades bélicas. Así, la producción en toneladas de hierro y acero de la industria vizcaína pasó de menos de 100.000 en 1937 a la triplicación de esta cifra el año siguiente⁸³².

Ciertamente, aunque el Gobierno republicano ostentaba una parte considerable de los resortes productivos, el descenso general en el rendimiento económico se debió a múltiples factores, tal y como remarca Pablo Martín Aceña. El descontrol y la conflictividad social inicial junto con la pasividad de las autoridades republicanas afectaron a la productividad general. En efecto, los procesos de revolución social, de colectivización y expropiación de fábricas y propiedades por parte de organismos y sindicatos del Frente Popular, la pérdida de la disciplina y la cadena de mando en las empresas, las huelgas y la incapacidad gubernamental de aplicar medidas en la fase inicial fueron los factores más reseñables que perjudicaron la producción y gestión económica encaminada a las necesidades bélicas. Como consecuencia, la escasez de materias primas para la industria textil, química y energéticas estuvieron a la orden del día. No fue hasta finales de 1936 cuando el Gobierno republicano empezó a aplicar medidas para enderezar esta problemática. La creación del Comité de Intervención de Industrias para acabar con las dinámicas de colectivización o el nombramiento de figuras como Juan Negrín como ministro de Hacienda y Joan Peiró como ministro de Industria y Comercio fueron algunos de los ejemplos más destacados para obtener un control centralizado de la economía⁸³³.

Sea como fuere, la finalización de la Guerra Civil dio paso a una larga recuperación económica en la posguerra. En este sentido, José Antonio Miranda Encarnación sostiene que fue en el ámbito industrial donde Franco cosechó sus mayores fracasos. Los ambiciosos planes de recuperación pusieron el punto de mira en la creación de una industria fuerte, vinculada a la esfera e intereses castrenses, en aras de revertir el atraso

⁸³² Ídem, pp. 677-679.

⁸³³ Martín Aceña, Pablo, "La economía en la Guerra Civil". En Malefakis, Edward (dir.), *La Guerra Civil española*. Taurus, 2006, pp. 367-369.

histórico de esta. No obstante, el mismo Miranda Encarnación afirma que “los resultados fueron absolutamente decepcionantes durante los años 40”⁸³⁴.

En realidad, el conjunto del tejido industrial apenas había sufrido grandes daños durante los años de la guerra. Sobre este asunto, Jordi Catalán ha expuesto con claridad rigurosos argumentos. Así, Catalán resalta que aquellos que han abogado por una lenta recuperación de la economía española a raíz de los daños sufridos por el conflicto civil son autores que, además de no poseer datos cuantitativos fiables para fundamentar sus enunciados, han continuado con la retórica oficialista del régimen. Contra esta situación Catalán realiza una aproximación comparada de la economía española respecto a las economías de otros países que durante la Segunda Guerra Mundial fueron beligerantes para ratificar la hipótesis mencionada: los daños en los resortes productivos de la economía española durante la guerra fueron menores y no explican por sí solos la lenta recuperación posterior. Una situación similar se vislumbró en las economías de otras potencias durante el conflicto mundial y el periodo posterior. El único sector que acusó notables daños dados los contextos bélicos tanto en España como en el resto de los países fue el de los transportes y las comunicaciones⁸³⁵.

Por tanto, estos resultados desfavorables en términos de producción estuvieron condicionados, además de por el privilegio y paternalismo estatal de ciertas industrias sobre otras, por el proyecto autárquico que se implementó. Uno de los sectores más castigados por estas circunstancias fueron las industrias de consumo, especialmente la alimentaria. Esta no recuperó sus niveles productivos previos a la Guerra Civil hasta finales de 1950. Miranda Encarnación resalta el papel que jugó el mercado negro en este ámbito por lo que los datos de la producción oficial pueden no estar completos⁸³⁶.

Por su parte, y como se ha señalado, la industria pesada tuvo una eclipsante prioridad en el fuerte intervencionismo autárquico. Una prioridad que se materializaba en la asignación de gran parte de recursos presupuestarios a la obcecada idea de erigir una industria militar potente. Pero lo que no se tenía tan en cuenta en la praxis eran las variables económicas fundamentales para lograr un crecimiento equilibrado de la economía. No se tuvieron en cuenta los costes de oportunidad en las inversiones ni los costes de la estrecha competitividad. Una competitividad que estaba marcada por el

⁸³⁴ Miranda Encarnación, José Antonio, “El fracaso de la industrialización autárquica”. En Barciela López, Carlos (coord.), *Autarquía y mercado negro: el fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959*. Crítica, 2003, p. 95.

⁸³⁵ Catalán, Jordi, *La economía española y la segunda guerra mundial*. Ariel, 1995, pp. 41-45. Para una visión cuantitativa de los daños comparados de la economía española y otros países véase los cuadros elaborados por Catalán en esta misma obra pp. 54-55.

⁸³⁶ Ídem, pp. 102-103.

legado de oligopolios y monopolios ya asentados desde décadas previas. Bajo esta dinámica no era de extrañar que muchas empresas conformadas al calor del Instituto Nacional de Industria (INI) cosecharan resultados deficitarios⁸³⁷.

Figura 31. Tasas de crecimiento en porcentajes de la producción industrial por sectores entre 1935 y 1945.

Sector	1935-1945	1950-1945
Energía	4,1	11,4
Minería	0,1	-2,7
Química	-7,3	3,2
Siderurgia	1,4	-3,6
Industrias de consumo	-7,7	2,1

Fuente: Miranda Encarnación, “El fracaso de la industrialización autárquica”, p.101.

Creado el 25 de septiembre de 1941, el INI se erigió como la prueba material de la nueva política económica. Aunque su inspiración provino de la influencia de economías fuertemente intervenidas con viraje militarista como la alemana e italiana, sus bases teóricas conectaban con los proyectos intervencionistas del Ejército durante la Gran Guerra. Además del INI, se promulgaron nuevas leyes para encauzar la empresa autárquica⁸³⁸. Sobresalieron la Ley de Protección de las Nuevas Industrias de Interés Nacional del 24 de octubre de 1939 y la Ley de Ordenación y Defensa de la Industria el 24 de noviembre del mismo año. Sea como fuere, el INI se configuró como un *holding* estatal para supervisar la creación y financiación de empresas dedicadas a las industrias estratégicas priorizadas por el régimen⁸³⁹.

⁸³⁷ Ídem, p. 104.

⁸³⁸ Sobre el papel que jugó el INI como instrumento de la movilización industrial al calor de las necesidades militares véase la monografía de Elena San Román, *Ejército e Industria: el nacimiento del INI*. Crítica, 1999.

⁸³⁹ Ídem, p. 110.

Uno de los ejemplos más claros de estos nuevos proyectos lo representó ENCASO, fundada el 24 de noviembre de 1942. La prioridad de esta empresa era la búsqueda de combustibles líquidos y lubricantes para alejar a España de la dependencia externa en materia energética. Además de las inyecciones presupuestarias estatales, otra de las fuentes de desarrollo de ENCASO fue Alemania que durante los años de la guerra le proporcionaba bienes de equipo y outputs tecnológicos. Los escasos logros de esta empresa pusieron de relieve “las debilidades y contradicciones del Estado en la producción industrial”⁸⁴⁰. Del mismo modo, la lentitud en el aumento de la producción industrial por parte del INI en sectores como el siderúrgico o el eléctrico fue uno de los síntomas que reflejaron un problema común: la ineficacia de una política intervencionista cuya visión y propuestas iban en paralelo a las necesidades reales para revitalizar la economía e industria española. Una ineficacia que, anclada en el binomio de industria militarizada-autarquía, no fue revertida hasta finales de la década de 1950.

8.2. Las economías archipelágicas: ¿fragilidad, atraso y dependencia?

Ciertamente, el estudio de las economías de los archipiélagos puede abordarse desde múltiples vertientes. Dirk Godenau y Raúl Hernández Martín recalcan que el consenso de diversas disciplinas de las Ciencias Sociales sobre algunos particularismos compartidos de los entornos insulares ha dado pie a que estos sean amparados bajo el paraguas conceptual de “insularidad”⁸⁴¹. Así, estos particularismos comunes de los archipiélagos serían “la reducida variedad de recursos naturales; la dificultad para beneficiarse de las economías de escala; problemas vinculados al transporte y las comunicaciones; la escasa competencia en los mercados [...]; la amplia apertura y especialización productiva; el valor estratégico y potencialmente estrangulador de determinados recursos como el suelo; el agua o la energía; [...] la fragilidad de sus ecosistemas; el valor geoestratégico; la existencia de rasgos culturales diferenciados y la implementación frecuente de marcos político-institucionales especiales”⁸⁴².

Sin embargo, las investigaciones económicas de los espacios insulares han cuestionado la relevancia terminológica de la insularidad como un marco útil para el análisis de estos marcos geográficos. En su lugar, estos trabajos han optado por manejar aspectos como el tamaño o la accesibilidad para ejecutar un estudio más preciso. En este sentido, son estas dos variables, y no los particularismos compartidos de la insularidad, las que más influyen y explican las dinámicas socioeconómicas no solamente de los archipiélagos, -de ahí la

⁸⁴⁰ Ídem, p. 114.

⁸⁴¹ Godenau, Dirk, y Hernández Martín, Raúl, “Insularidad: ¿Un concepto de relevancia analítica?”, *Estudios Regionales*, n°45, 1996, p. 177.

⁸⁴² Ídem, p. 178.

reticencia sobre el concepto de insularidad- sino también de “algunas regiones y países continentales aislados”⁸⁴³. Así, el tamaño estaría conformado por “la población, el PIB y la extensión superficial”, mientras que la accesibilidad sería entendida como los costes del transporte y las comunicaciones a estos espacios.

No obstante, Godenau y Hernández Martín revelan una problemática de esta última variable. A saber, considerar la accesibilidad al calor de los dos elementos citados puede derivar en un reduccionismo en tanto que deja fuera factores igualmente decisivos de carácter cualitativo y que influyen en el desarrollo de la economía archipelágica. Destacan factores como las decisiones políticas locales, el marco institucional, las barreras geográficas o las especificidades culturales de estos espacios⁸⁴⁴. En cualquier caso, algunos enfoques de los estudios económicos parecen subsanar este limitado análisis e integran las variables del tamaño y la accesibilidad con otros particularismos que son, en cierta medida, compartidos por los entornos isleños. En otras palabras, no existen “efectos inevitables del hecho insular”, pero sí dinámicas semejantes que confluyen en la estructura económica de las islas⁸⁴⁵.

De este modo, las variables de accesibilidad y tamaño pueden vislumbrarse en Canarias y Okinawa en conjunción con los factores políticos, institucionales y sociales que moldearon las economías de estos marcos geográficos fragmentados. A priori, podría sostenerse que estos archipiélagos, al igual que otros espacios insulares, han adolecido de cierta fragilidad, atraso y dependencia en su estructura económica. En cierto modo, tal enunciado cobra sentido si, como se ha remarcado, centramos el análisis exclusivamente en las variables de tamaño y accesibilidad. Sin embargo, si ampliamos el análisis a los demás factores políticos, sociales e institucionales podemos apreciar que tal fragilidad, atraso y dependencia no dependen únicamente de las variables de tamaño y accesibilidad -que pueden ser consideradas fijas o inmutables-. De hecho, la hipótesis en torno a la fragilidad, atraso y dependencia económica puede verse cuestionada, o al menos matizada, para los casos de Canarias y Okinawa cuyas estructuras económicas presentaron unas dinámicas en cierto modo compartidas a lo largo de su desarrollo histórico.

En este sentido, uno de los autores que con mayor vehemencia ha puesto en entredicho el atraso de la estructura económica de Canarias es Antonio Manuel Macías Hernández. Así, este alude a dos “rasgos estructurales” de la historia del archipiélago atlántico. Estos son: su delimitación marítimo-insular con carácter tricontinental y su “modelo económico con

⁸⁴³ Ídem, p. 183.

⁸⁴⁴ Ídem, p. 180.

⁸⁴⁵ Ídem, p. 186.

dimensión internacional”. Un modelo cuyo desenvolvimiento histórico no permite hablar de un “trato colonial” o de una “economía isleña subsidiada”. A este respecto, Macías Hernández puntualiza que “determinados atributos *nesológicos*, como la *lejanía* o el *aislamiento*, no son propios de esta historia insular”⁸⁴⁶.

Y es que la economía de producción y servicios de Canarias, configurada desde sus inicios en los siglos modernos por un modelo agroexportador altamente competitivo en el contexto internacional, pone en duda el postulado de Wallerstein acerca del modelo centro-periferia. Si bien dicho planteamiento tiene como enunciado general la existencia de relaciones de dependencia de las periferias hacia los centros político-económicos, el caso de Canarias revierte esta tesis tal y como asevera Macías Hernández. Por tanto, el archipiélago atlántico desarrolló una estructura económica capaz de retener capitales suficientes para su propia reinversión. El fuerte vínculo con los mercados internacionales -que derivó en una regular balanza comercial de mercancías positiva frente a la negativa balanza de pagos-, la implicación de agentes endógenos en el impulso económico -representados en la élite agroexportadora que se fue adaptando hasta las primeras décadas del siglo XX- y la disposición de un marco institucional y fiscal favorable fueron las señas identitarias que afianzaron la sociedad insular y su estructura económica desde el siglo XVI hasta principios del XX⁸⁴⁷.

En este sentido, los siglos XVI, XVII y principios del XVIII fueron testigos del despegue económico de Canarias junto a su valor en alza como enclave estratégico del Atlántico. Su exponencial crecimiento demográfico -nutrido en gran medida por la inmigración-, el auge de la producción agropecuaria -manifestada en la alta competitividad de productos azucareros y vinícolas y cuyo beneficio era reinvertido en el modelo productivo, así como en la importación de productos manufacturados para ser absorbidos o reexportados a otros mercados extrainsulares- y el crecimiento de las “economías urbanas” en un amplio sentido fueron los efectos más notorios del afianzamiento de la estructura económica isleña⁸⁴⁸.

Así pues, la estructura económica canaria debió gran parte de su desarrollo a su nexo con los mercados internacionales que demandaban productos agropecuarios isleños. Este aspecto se conformó al mismo tiempo como plataforma de despegue para el archipiélago

⁸⁴⁶ Macías Hernández, Antonio M., “Canarias, 1800-2000: La singularidad de la historia económica isleña”, *Historia contemporánea*, nº42, 2011, pp. 226-227.

⁸⁴⁷ Macías Hernández, Antonio M., “La construcción de las sociedades insulares: el caso de las Islas Canarias”, *Estudios Canarios: Anuario del Instituto de Estudios Canarios*, nº45, 2000, pp. 133-134.

⁸⁴⁸ Ídem, pp. 158-159. Para una mayor comprensión de la estructura económica en torno al comercio vinícola véase Lobo Cabrera, Manuel, *El comercio del vino entre Gran Canaria y las Indias en el siglo XVI*. Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993.

y condicionante que agravaba su debilidad durante las crisis internacionales. En todo caso, esta situación durante la Edad Moderna gozó de un gran jalonamiento dado el favorable régimen fiscal e institucional. No fue hasta la implementación del nuevo Estado español, primero bajo el manto político absolutista y luego liberal, que las islas fueron sometidas a nuevos gravámenes por el fisco. En 1817 se impuso la contribución general junto a “nuevos impuestos de consumos, casas, patentes, derechos de registro y papel sellado”⁸⁴⁹. La retracción económica isleña no solo derivaba de las nuevas cargas impositivas, sino también de la caída de la oferta agroexportadora -destacando los caldos y la barrilla- que se reflejaron en una balanza comercial deficitaria. De los casi 20 millones de reales ingresados por estos productos en 1800 se pasó a 3.8 millones en 1839.

La reversión de la estructura económica canaria estuvo ligada a un cambio en la variable de la accesibilidad. Una accesibilidad que fue moldeada gracias a un cambio del marco institucional reclamado por la tradicional élite insular que había visto menguado su poder. Ello quedó materializado en el establecimiento del régimen de Puertos Francos en el archipiélago con el Real Decreto del 11 de julio de 1852. En un momento donde la revolución de los trasportes iba de la mano de las empresas imperialistas a raíz del expansionismo librecambista, Canarias fue defendida por los precursores del puerto-franquismo como un enclave estratégico en las rutas marítimas. Así era expuesta esta situación en el parte oficial del Decreto publicado en la *Gaceta de Madrid*:

Pero como de nada sirve la especialidad y riqueza de los frutos si por medio de la exportación no se reparten entre los mercados exteriores los sobrantes que deja el consumo, todas las ventajas desaparecen si aquellos puertos por cualquiera razón dejan de ser frecuentados. Grande debería ser la concurrencia de naves de todas las naciones en los puertos de Canarias [...] Y esta escala debería hacerse en el día más forzosa a medida que se multiplican las líneas de navegación por medio del vapor, por cuanto a las necesidades de la aguada y del refresco, se agrega la de la provisión del combustible que ha venido a suplir el oficio de las velas⁸⁵⁰.

La nueva disposición de franquicias eliminaba los obstáculos para que las marinas extranjeras recalaran en Canarias, se flexibilizó el comercio Canarias-Península al considerar los productos canarios como nacionales -con la salvaguarda del tabaco- y se establecieron unos nuevos cupos y gravámenes. Se imponía un cupo de 1. 215.811 reales que sería recaudado por la Diputación Provincial y las Juntas de Comercio, un recargo

⁸⁴⁹ Macías Hernández, “Canarias, 1800-2000...”, p. 232.

⁸⁵⁰ BOE-A-1852-3288, “Parte Oficial”, *Gaceta de Madrid*. P. 1, 13 de julio de 1852.

del 2 por ciento sobre la contribución general y un 1 por ciento “sobre las facturas de todas las mercaderías”⁸⁵¹.

De este modo, el nuevo sistema de franquicias significó el comienzo de una etapa que trajo profundos cambios sociales y productivos en las islas. O, en otros términos, el nuevo marco institucional propulsó hasta la década de 1930 la economía productiva y de servicios del archipiélago. Así, la primera oferta que se benefició de este contexto fue la grana. En efecto, este producto ocupó un 90 por ciento en el total de exportaciones a la altura de 1870 en contraposición del 6 por ciento que representaba en 1839. No obstante, y al igual que ocurría con otros productos de la economía agroexportadora, a partir de 1880 la grana conoció un declive productivo y exportador por las innovaciones en la industria química que ofrecían alternativas de menor coste⁸⁵². Pero pronto se encontraron sustitutivos para continuar con el desarrollo de la economía de producción y servicios isleña.

La nueva oferta exportadora estuvo compuesta por la tríada hortofrutícola del plátano, el tomate y la patata. El mercado por excelencia que absorbió casi la totalidad de estas nuevas ofertas fue el británico. De las 43.191 toneladas de plátano exportadas en 1905 se pasaron a 70.350 en 1914. En este mismo año se exportaron igualmente 20.000 toneladas de tomate y más del 80 por ciento de estas fueron consumidas en el mercado británico⁸⁵³. En esencia, el auge económico insular contrajo una gran deuda con el desarrollo que se dio alrededor de los puertos canarios. La conjunción de inversiones y participación públicas y privadas dieron como resultado la reconversión del antiguo Puerto del Refugio en el posterior Puerto de la Luz. Desde la administración estatal, al calor de las reclamaciones locales, este fue el proyecto en el que más se invirtió con caudales públicos. Alrededor de 9 millones de pesetas se destinaron para la construcción y provisión de infraestructuras necesarias para el funcionamiento del puerto⁸⁵⁴.

La otra cara de la moneda del boyante crecimiento del Puerto de la Luz estuvo representada por las empresas extranjeras. En efecto, los planes de construcción fueron ejecutados por contratistas británicos. Tanto el punto de vista técnico –con la importación de maquinaria y personal cualificado- como la dirección de las obras -destacando a la empresa *Swantson y C^a*- obedecieron a un proyecto con una fuerte impronta británica.

⁸⁵¹ Ídem, p. 2.

⁸⁵² Macías Hernández, Antonio M., “Canarias, una economía insular y atlántica”. En Germán Zubero, Luis Gonzalo et. al. (eds.), *Historia económica regional de España: siglos XIX y XX*. Crítica, 2001, p. 485.

⁸⁵³ Nuez Yáñez, Juan Sebastián y Cáceres Hernández, José Juan, “La economía agroexportadora: esplendor y ocaso, 1480-2000”. En Macías Hernández, Antonio M. (ed.), *Economía e insularidad: (siglos XIV-XX)*. Universidad de La Laguna – Servicio de Publicaciones, 2007, p. 155.

⁸⁵⁴ Quintana Navarro, Francisco, *Barcos, negocios y burgueses...*, p. 27. Para una visión en profundidad del sistema de franquicias alrededor del Puerto de la Luz véase pormenorizadamente esta misma obra.

Más del 80 por ciento del presupuesto destinado era de origen foráneo⁸⁵⁵. De igual índole extranjera eran las compañías y empresas que, finalizadas las obras, se establecieron en las instalaciones portuarias e impulsaron el renovado modelo agroexportador. Estas compañías estaban dedicadas a un amplio rango de funciones, desde el transporte de los productos isleños a los mercados internacionales hasta la dirección de las actividades encaminadas al avituallamiento de los buques que hacían escala. Como mencionamos en el primer capítulo, destacaron *Elder Demster* (1884), *Blandy Brothers* (1885), *Wilson Sons* (1889), *Cory Brothers* (1904), la alemana *Woermann Linie* (1906), *C^a Carbonera de Las Palmas* (1909) o *Miller y C^a* (1887)⁸⁵⁶.

A diferencia de las empresas locales, las compañías extranjeras disponían de grandes facilidades para su financiación. Si los empresarios canarios bregaban para obtener crédito mediante el ahorro privado, las remesas de emigrados o la banca privada u oficial -no fue sino con el despegue de la grana cuando se establecieron las primeras entidades bancarias en las islas-, los conglomerados foráneos instalaron sus propias líneas de financiación. Sobresalieron entidades como la *Banca Hamilton y C^a*, *Hardisson Freres*, la *Banca Miller y C^a* y *Swantson* o el *British West Africa Ltd.* adscrito al grupo *Elder Dempster*⁸⁵⁷.

El dominio de estas compañías en las actividades económicas insulares fue tan notorio que acabó derivando en un oligopolio. El resguardo de un sistema de franquicias favorable junto a los deseos de reducir costes y mantener los beneficios impulsaron la asociación de estas compañías que pactaron acuerdos sobre los precios⁸⁵⁸. El ejemplo más emblemático a este respecto fue el *Atlantic Islands Depot Arrangement* (AIDA) donde se fijaba el precio del carbón despachado en el Puerto de La Luz. Precisamente, fue en el sector dedicado al abastecimiento de suministros fósiles donde tuvo presencia y de forma excepcional -dado el dominio de estos servicios por las compañías extranjeras- la Compañía Española de Petróleos S. A. U (CEPSA) que llevó a cabo una de las inversiones más importantes en Canarias al establecer la Refinería de Petróleos en Santa Cruz de Tenerife en 1930⁸⁵⁹.

En cualquier caso, y como ha quedado mencionado, el crecimiento de la estructura económica canaria -afianzado sobre el sistema de franquicias portuario- no habría sido

⁸⁵⁵ Ídem, pp. 31-34.

⁸⁵⁶ Ídem, p. 52.

⁸⁵⁷ Suárez Bosa, Miguel, "Puertos Francos y empresas en Canarias", *XV Coloquio de historia canario-americana*, 2004, p. 1916.

⁸⁵⁸ Suárez Mosa, Miguel y Cabrera Armas, Luis, "Los Puertos Francos y las economías insulares atlánticas", *7º Congreso Ibérico de Estudios Africanos*, 2011, p. 14.

⁸⁵⁹ Suárez Bosa, "Puertos Francos...", pp. 1915-1916.

posible sin el respaldo coyuntural de la expansión capitalista e imperialista que diversas potencias estaban llevando a cabo desde mediados del siglo XIX. Ciertamente, España, aunque marginada en comparación con sus homólogos europeos, no era del todo ajena a esta tendencia. Por este motivo, no es baladí destacar el papel desempeñado por Canarias en el pensamiento africanista que se estaba gestando en este periodo. Un pensamiento que iba de la mano de ambiciosos proyectos económicos en el continente africano. Tras la exitosa campaña militar de la Guerra hispano-marroquí (1859-1860) el Tratado de Paz y Amistad acordado entre España y Marruecos al finalizar el conflicto contempló la cesión del territorio que albergaba la antigua Torre de Santa Cruz de Mar Pequeña. Legado histórico surgido de las cabalgadas y derechos de conquista por parte de la Corona Hispánica en el siglo XV, las pretensiones africanistas del siglo XIX aspiraban a establecer una pesquería y el estímulo comercial que Canarias había mantenido con las sociedades africanas ribereñas⁸⁶⁰.

Acorde a estos eventos, en 1861 la Junta Local de Comercio de Las Palmas pidió al subgobernador de Gran Canaria la eliminación de cualquier barrera que trastabillara las relaciones comerciales de las islas con la costa occidental africana. Una petición que simplemente buscaba un reconocimiento oficial a una práctica ya existente, incluyendo las actividades de contrabando. Parecía que la burguesía canaria había tomado cierta conciencia de que era conveniente aprovechar el empuje de las franquicias para afianzar una mayor presencia en el continente vecino. Sin embargo, nada de esto llegó a materializarse. Aunque la élite insular poseía influencia en la esfera política, tanto en las islas como en Madrid, carecía de una posición económica sólida. Sumado a ello, el pensamiento africanista no había sido aún desarrollado plenamente, la política exterior española estaba a la sombra de otras potencias, fallaba el apoyo institucional -en el que se incluía la Junta de Comercio-, y apenas existía iniciativa privada. Estos fueron los principales condicionantes para la irrealización del proyecto⁸⁶¹.

Pero si la debilidad económica de la burguesía o élite isleña quedó patente en la empresa africanista, también se dejó notar en la configuración de la estructura económica puerto-franquista. Así, los estudios de autores como Miguel Suárez Bosa o Francisco Quintana Navarro proporcionan una amalgama de características propias de esta élite. Primeramente, la fuerte vinculación de esta con el modelo agroexportador se hizo evidente con la crisis de la grana en el último tercio del siglo XIX. Pronto se encontraron nuevos cultivos alternativos que gracias al sistema de franquicias hallaron un hueco en

⁸⁶⁰ Quintana Navarro, Francisco, "Santa Cruz de Mar Pequeña y las tentativas «africanistas» de la burguesía grancanaria 1860-1898", *VI Coloquio de Historia Canario-Americana*, 1987, pp. 334-335.

⁸⁶¹ Ídem, pp. 338-339.

los mercados internacionales. En este sentido, los comerciantes y empresarios locales se distinguieron por introducirse lentamente en el sistema de negocios portuarios -dominado en su mayoría por las compañías extranjeras citadas- así como conformarse como un grupo poco “emprendedor” y “oportunista”⁸⁶².

Por esta razón, la concentración agropecuaria ocasionó una falta de diversificación en los negocios. “El reducido tamaño de las empresas”, “la concentración geográfica en Las Palmas de Gran Canaria y Santa Cruz de Tenerife” y la “escasa formación de la mano de obra” daban lugar a una raquílica industria -salvo algunas excepciones- frenando así el desarrollo de una economía de escala en el archipiélago⁸⁶³. En resumidas cuentas, la élite o burguesía asociada a las actividades portuarias sobresalió por su “fragilidad económica”, por su papel de “intermediaria y dependiente” de las compañías extranjeras y por ser una burguesía interesada más en el “crecimiento urbano de Las Palmas” junto con su identidad “elitista”. No fue hasta las primeras décadas del siglo XX que este grupo adquirió cierta “madurez en los negocios portuarios”⁸⁶⁴.

En efecto, los primeros años del siglo XX siguieron atestiguando el crecimiento del modelo agroexportador canario. El hecho diferencial de la competitividad insular estribaba en los altos costes de obtención y transporte de la oferta frutícola de otros lugares. Todo ello favorecido con el afianzamiento del sistema puerto-franquista a raíz de las reformas legales de marzo de 1900. Este nuevo periodo de “dinamismo de la economía de servicios portuarios” produjo, tal y como apunta Macías Hernández, “efectos de arrastre sobre el resto de los sectores productivos”⁸⁶⁵. El acrecentamiento de las exportaciones ocupaba un gran porcentaje en los ingresos insulares. De las 70.000 toneladas de plátano y 18.000 toneladas de tomates en vísperas de la Primera Guerra Mundial se pasó a 226.298 y 105.772 en 1930 respectivamente⁸⁶⁶.

El interludio bélico conllevó a una contracción del modelo agroexportador dado el bloqueo económico ejercido por los contendientes. Así, la España peninsular se convirtió en el nuevo mercado donde fue a parar la oferta isleña. En 1917 la mitad de las tres mil toneladas de tomates exportadas fueron consumidas en los mercados nacionales. En la década de 1920 las exportaciones conocieron un repunte que se tradujo en un crecimiento del 50 por ciento en la producción de plátanos y tomates hasta 1926. Además, nuevos mercados empezaron a hacerse hueco como destinos de estas ofertas. Fue el caso de

⁸⁶² Quintana Navarro, *Barcos, negocios y burgueses...*, p. 174.

⁸⁶³ Suárez Bosa, “Puertos Francos...”, pp. 1910-1911.

⁸⁶⁴ Quintana Navarro, *Barcos, negocios y burgueses...*, p. 175.

⁸⁶⁵ Macías Hernández, “Canarias, 1800-2000...”, p. 248.

⁸⁶⁶ Ídem, p. 247

Alemania que absorbió casi un 20 por ciento de la producción isleña en 1929, aunque el destino británico seguía encabezando la demanda. La crisis de 1929 afectó con dureza al modelo agroexportador. Si bien la oferta tomatera mantuvo un buen ritmo, la demanda de plátanos sufrió un gran revés. Las políticas arancelarias internacionales y el auge de la oferta americana -abaratada y en mejores condiciones de conservación que años previos- fueron los acicates del declive del plátano insular en el mercado británico. En 1932 la Conferencia de Ottawa estableció el principio de preferencia imperial, cerrando el mercado británico al plátano canario, que desde antes de 1914 tenía que afrontar la dura competencia de la banana jamaicana⁸⁶⁷.

En suma, el rumbo de la economía canaria transitó con cierta estabilidad -a pesar de las coyunturas internacionales- marcada por la consolidación del sistema de franquicias, las inversiones de capital extranjero, la estabilización de una burguesía o élite insular en torno a las actividades portuarias y la especialización productiva del modelo agroexportador. La Guerra Civil española marcó el inicio de un convulso parón y constreñimiento en la economía archipelágica. La boyante oferta agraria o el favorable marco institucional se desvanecieron para dejar paso a una economía militarizada e intervencionista.

Algunas de las características de Canarias fueron replicadas, hasta cierto punto, en su homólogo del Pacífico: el archipiélago de las Ryūkyū. En efecto, la prefectura meridional japonesa se había erigido como un punto nodal o estratégico en los circuitos comerciales del Pacífico y Sudeste asiático desde finales del siglo XIV. En otras palabras, Okinawa se posicionó como un enclave esencial del “sistema mundo regional” -usando la terminología de Wallerstein- en el Sudeste asiático⁸⁶⁸.

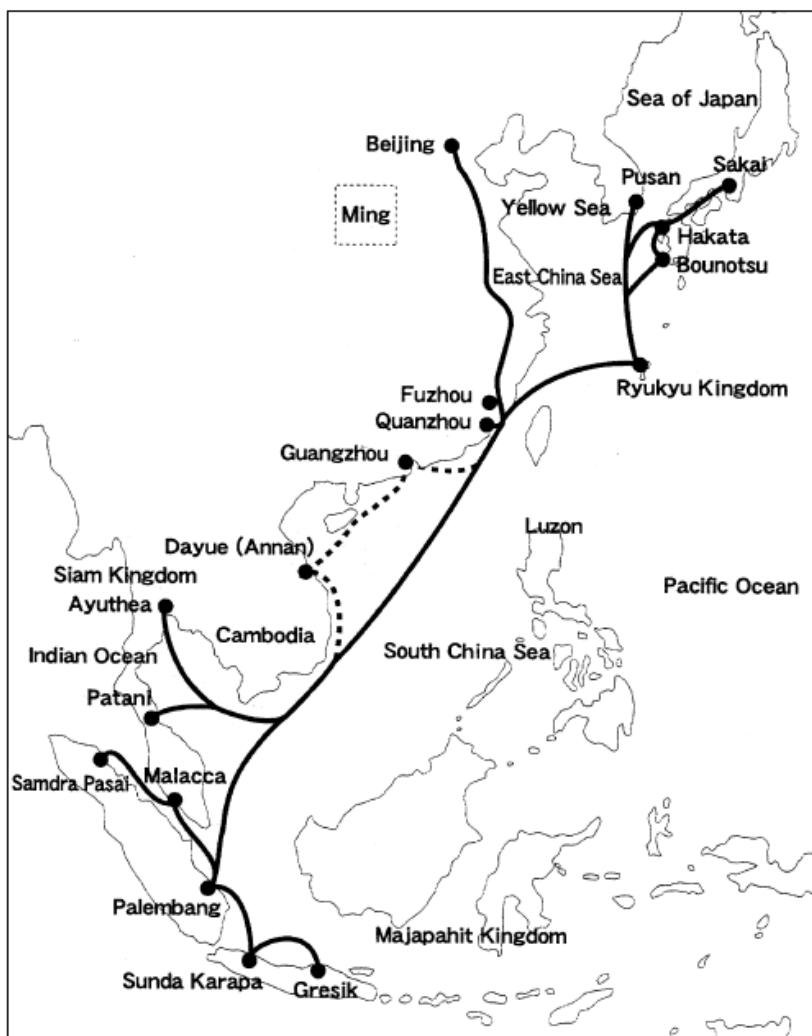
Este sistema mundo regional, o “sistema regional” en palabras de Hamashita, se caracterizó por ser una intrincada red de relaciones comerciales, diplomáticas y geopolíticas. Todas ellas dominadas por el imperio chino bajo las dinastías Míng y Qing, esta última a partir del siglo XVII. En este sentido, todas estas relaciones pivotaban en torno a un sistema tributario o clientelar y no estaba solamente delimitado a los actores asiáticos. Comerciantes musulmanes, indios o europeos también fueron partícipes de esta

⁸⁶⁷ Nuez Yáñez y Cáceres Hernández, “La economía agroexportadora...”, pp. 156-158.

⁸⁶⁸ Otros autores también hablan en estos términos. Es el caso de Hamashita Takeshi, uno de los primeros historiadores japoneses en aplicar el marco teórico de la Escuela de Annales -con fuerte influencia de la *longue durée* braudeliana- en las relaciones de Asia-Pacífico. Hamashita utiliza el concepto “sistema regional” para referirse a la esfera geopolítica desarrollada en el Sudeste asiático. Véase Hamashita, Takeshi, “A History of Maritime Asia and East Asian Regional Dynamism 1600-1900 - Maritime Asia from the Ryukyu-Okinawa to the Hong Kong Networks”. *19th International Congress of Historical Sciences*, 2000, pp. 1-16.

dinámica⁸⁶⁹. Para muchos, este primer periodo -finales del siglo XIV y principios del XVI- supuso el despegue económico del entonces Reino de las Ryūkyū, siendo la isla de Okinawa con el puerto de Naha el punto de entrada y salida de capitales -humano y financiero- y mercancías.

Figura 32. Rutas comerciales entre Okinawa y diversos puntos de Asia desde el siglo XIV hasta el XVI.



Fuente: Hamashita, *China, East Asia and the Global Economy*..., p. 67.

Tras la unificación del reino bajo la dinastía Shō en el siglo XV, las relaciones diplomáticas y comerciales fueron monopolizadas por el gobierno a sabiendas de su

⁸⁶⁹ Hamashita, Takeshi, *China, East Asia and the Global Economy. Regional and historical perspectives*. Routledge, 2008, p. 76.

importancia para el desarrollo económico de las islas. Dotado de condiciones geográficas y naturales óptimas, el puerto de Naha fue renovado durante el mismo siglo para edificarse como un puerto de comercio internacional de primer orden⁸⁷⁰. Así, Okinawa mantuvo relaciones con China, Japón, Corea, los estados del Sudeste asiático -Siam, Malaca, Palembang, Java, Sumatra, Sunda, Pattani y Annam-, así como con los contingentes europeos que se habían establecido en este sistema regional -portugueses, holandeses y castellanos-.

Dado que todas las interacciones en este sistema regional estaban encauzadas a rendir tributo al imperio chino, Okinawa -con el puerto de Naha- fue, además de un estado clientelar, mediador y distribuidor de las mercancías que se promovieron en los circuitos comerciales. Entre los ítems que los comerciantes ryukyenses transportaban hacia los estados del Sudeste asiático se encontraban espadas, abanicos y cobre japoneses y azufre, caballos, nácar o vestimentas ryukyenses. A cambio, de estas naciones se importaban productos y materias como especias -destacando la pimienta-, madera de sapán, textiles, licores, marfil y estaño. También destacó por encima del resto el celadón chino de alto valor que se exportaba a las naciones sureñas⁸⁷¹. Efectos notorios en la economía y política insular fueron, por ejemplo, la adopción del sistema monetario chino -con la divisa Yongle Tongbao, que fue muy codiciada por los japoneses-, el establecimiento de comunidades permanentes de comerciantes chinos en Naha -agentes vitales en las relaciones tributarias- junto a la instalación de magistraturas comerciales ryukyenses en Japón -en el puerto de Hyōgo- para controlar la llegada de navíos provenientes de Okinawa o la consideración del Rey de las Ryūkyū como un igual respecto a otros líderes tributarios por parte de China⁸⁷².

No obstante, desde mediados del siglo XVI la red okinawense de comercio fue decayendo con sus socios del Sudeste asiático hasta su extinción. Precisamente, el establecimiento de los actores europeos en el teatro asiático llevó a prescindir de ciertas relaciones mediatizadas por Okinawa. Este fue el caso de los portugueses que, una vez asentados en Macao en 1557, demandaron un comercio directo y libre con los puertos de la costa occidental china y con Japón. Con celeridad, comerciantes portugueses y contrabandistas chinos afianzaron las relaciones haciendo de esta forma prescindible recalar en el puerto de Naha. Así, Okinawa quedó relegada a sus relaciones tributarias con China y Japón -este último a partir de la invasión del clan Shimazu en 1609-⁸⁷³.

⁸⁷⁰ Akamine, Mamoru, *The Ryukyu Kingdom. Cornerstone of East Asia*. University of Hawaii Press, 2017, p. 41.

⁸⁷¹ Ídem, p. 34.

⁸⁷² Ídem, p. 39.

⁸⁷³ Ídem, p. 55.

Desde este momento, el clan Shimazu fue monopolizando algunas materias primas del reino -azúcar, cúrcuma o textiles- a raíz de la relación tributaria establecida. De hecho, dado el auge que cobró el precio del azúcar en el mercado de Osaka este fue más usado para pagar los impuestos y tributos marcados. De este modo, a comienzos del siglo XVI el rey Shō Nei creó un nuevo cargo administrativo -los *jikata yakunin*- para representar el poder central en las villas y zonas rurales. En calidad de oficiales intermediarios, los *jikata yakunin* tenían la potestad de recaudar impuestos y mejorar la eficiencia agrícola. A cambio, estos recibían un estipendio por parte del gobierno, así como la posesión de tierras -alrededor de un 20 por ciento de las tierras cultivables del reino estaban en manos de estos oficiales para mediados de siglo-. Como resultado, estas figuras fueron adquiriendo gran influencia en las villas y con el tiempo actuaron como terratenientes rentistas y prestamistas. El incremento de deudas por las presiones tributarias para con el dominio de Satsuma ocasionó el empobrecimiento general del campesinado. Muchos de ellos tuvieron que vender las porciones de tierra que les fueron asignadas siglos atrás. Como medida añadida, el gobierno tuvo que vender cargos públicos a los agricultores más ricos en aras de recaudar más recursos monetarios. Esta dinámica se mantuvo a lo largo del siglo XVIII⁸⁷⁴.

No fue hasta la incorporación oficial de las Ryūkyū como nueva prefectura japonesa en 1879 que se llevaron cambios en la estructura económica isleña. Durante los inicios en calidad de prefectura, George Kerr enfatiza que Okinawa estuvo caracterizada por la total ausencia de inversiones y atención de todo tipo por parte de la administración nipona. A diferencia de otras prefecturas, a priori también marginadas, como Hokkaidō -poseedora de recursos naturales y acuícolas- Okinawa no ofrecía ningún atractivo. Las nuevas medidas del Gobierno Meiji en 1875 sobre Okinawa dictaminaban la eliminación de las relaciones tributarias, y de cualquier otro tipo, con la China de los Qing. Ello supuso un revés en la economía insular que a partir de entonces tuvo que replegarse exclusivamente hacia el mercado y las relaciones comerciales japonesas. La imagen del puerto de Naha de finales del siglo XIX contrastaba con la de siglos atrás en lo referido al fujo comercial. Ahora la infraestructura portuaria, además de obsoleta, era insuficiente para albergar a la moderna marina mercante y tampoco para establecer una base naval militar -una importancia mayor si cabe dada la fase embrionaria del expansionismo nipón-. Hubo que esperar hasta 1888 para completar los estudios pertinentes en aras de mejorar el puerto o a 1890 para establecer la primera estación meteorológica⁸⁷⁵.

⁸⁷⁴ Matsumura, Wendy, *The Limits of Okinawa. Japanese Capitalism, Living Labor, and Theorizations of Community*. Duke University Press, 2015, pp. 31-32.

⁸⁷⁵ Kerr, George, *Okinawa...*, pp. 452-453.

Sin embargo, fue uno de los bienes de consumo insular -ya producido siglos atrás- el que cobró protagonismo en el desarrollo económico de Okinawa durante su incorporación a Japón: el azúcar. La negligencia de los primeros años de la administración japonesa se combinó con cierta laxitud en la aplicación de medidas del nuevo Estado -evidenciada también en el anterior capítulo-. Una laxitud que descansaba en parte sobre una política de preservación de algunas estructuras administrativas, políticas e incluso culturales del antiguo reino. Las reformas de impuestos sobre la tierra -junto con la nueva redistribución de esta-, que en las islas principales niponas se establecieron en 1873, fueron aplicadas en Okinawa en 1903. Siendo a partir de ese momento el Estado japonés propietario de las tierras, se abolieron medidas y costumbres como el repartimiento periódico de estas entre el campesinado o la disposición de tierras comunales y el acceso a sus recursos⁸⁷⁶.

De esta forma, el interés del Estado nipón se centró en la extracción del azúcar okinawense cuyo precio estaba en alza tanto en el mercado nacional como internacional. Se levantaron las restricciones para el cultivo del azúcar y muchas de las parcelas dedicadas a otros cultivos como el arroz fueron transformadas en campos de caña de azúcar. Cabe destacar que la mayor parte de la inversión de capitales provino de agentes externos a la prefectura. Capitalistas e intermediarios situados en enclaves como Kagoshima u Osaka eran los artífices más destacados de este nuevo proceso productivo⁸⁷⁷.

La mayoría del pequeño campesinado (*shōnō*) se convirtió en productor de azúcar. A partir de entonces la batata -alimento básico en la isla- y el azúcar fueron los principales cultivos de la prefectura. En 1907, bajo la directriz del gobierno local y estatal, se estableció el primer experimento de industria azucarera en la villa de Nishihara. Usando nuevos métodos de cultivo y maquinaria moderna proveniente de Reino Unido, la factoría azucarera de Nishihara transformó el entorno social de la villa y, utilizando términos marxistas, las relaciones de producción. Así, los pequeños cultivadores de la villa se convirtieron en los principales proveedores de la caña de azúcar. En 1911 el gobierno de la prefectura vendió la factoría a la empresa *Okinawa Seitō*, la primera gran compañía proveniente de Japón⁸⁷⁸.

A partir de entonces comenzó el despegue del modelo agroexportador azucarero de Okinawa. *Okinawa Seitō* se expandió por la prefectura fundando otras factorías como la de Kadena en 1912 o comprando terrenos y propiedades de la antigua dinastía Shō. Otras empresas, casi siempre de origen externo, se sumaron a esta dinámica. Algunas de estas

⁸⁷⁶ Matsumura, *The Limits of Okinawa...*, p. 116.

⁸⁷⁷ Kerr, *Okinawa...*, p. 455.

⁸⁷⁸ Matsumura, *The Limits of Okinawa...*, p. 122.

eran *Tainansha*, *Abe Shōten* (empresa matriz de *Okinawa Seitō* y que operaba también en Taiwán) y *Suzuki Shōten*, estas dos últimas con base en Kōbe. Competidora directa de *Okinawa Seitō*, la empresa *Tainansha* había comenzado sus operaciones en la industria azucarera sobre 1913 en Taiwán, colonia donde también tenía pujanza este monocultivo. Cuatro años más tarde se asentó en la nueva prefectura para absorber pequeñas compañías como *Miyako Seitō* y en 1917 a la propia *Okinawa Seitō*. Del mismo modo, las labores de las compañías azucareras se centraron en presionar a la administración prefectural para obtener financiación -además de los créditos estatales que se empezaron a conceder a principios de siglo para el fomento de la industria-. A ello se le sumaban los estudios y proyectos en infraestructura para poder conectar logísticamente la producción de las factorías con el puerto de Naha. Se llevaron a cabo inversiones en la construcción de carreteras y vías ferroviarias con sus respectivas estaciones. Sobresalió el proyecto ferroviario que conectó el puerto de Naha con el de Yonabaru en 1914. El despegue azucarero supuso también la reconversión de 47.000 pequeños campesinos en cultivadores exclusivos para las diversas compañías a la altura de 1912⁸⁷⁹.

En lo referido a las relaciones comerciales con Japón, Okinawa mantuvo una balanza comercial equilibrada. Sin embargo, las importaciones excedían el valor de las exportaciones. La nueva prefectura era forzada a absorber productos japoneses que no eran vendidos en ningún otro mercado. George Kerr apunta que hasta 1907 Okinawa era utilizada como un “vertedero” en los intercambios comerciales con Japón. Unos intercambios que, como se ha remarcado, estaban monopolizados por comerciantes de otras prefecturas, en especial de Kagoshima⁸⁸⁰. Cabe destacar igualmente en la conformación de la nueva estructura económica insular el establecimiento de las primeras entidades bancarias. En 1879 fue fundado el primer banco por Kimbara Meizen, un hombre de negocios de la prefectura de Shizuoka, o la creación del Banco de Okinawa en 1889 con fondos provenientes de la antigua dinastía Shō⁸⁸¹.

De igual forma, el comercio y la economía general de Okinawa evidenciaban signos de debilidad que fueron mostrados tras la primera guerra sino-japonesa y la guerra ruso-japonesa. Tras esta última, la navegación por cabotaje seguía siendo primordial para el transporte de mercancías entre la isla de Okinawa y las islas menores -una actividad en

⁸⁷⁹ Ídem, pp. 123-124.

⁸⁸⁰ Kerr, *Okinawa...*, p. 459.

⁸⁸¹ Para ahondar sobre la fundación de corporaciones y empresas en Okinawa desde finales del siglo XIX hasta la década de 1970 véase el estudio de Masato Yamauchi, Soichiro Uema y Yasufumi Shiroma, “Okinawa ni okeru kigyō no seisei hatten ni kansuru shiteki kenkyū”, *Hiroshimakeizaidai gaku keizai kenkyū ronshū* dai 36-kan dai 2-gō 2013-nen 9 tsuki [“Un estudio histórico sobre la formación y el desarrollo de empresas en Okinawa”, *Documentos de investigación económica - Universidad de Economía de Hiroshima*, vol.36, n°2, 2013, pp. 39-53].

su mayoría llevada a cabo mediante canoas y rudimentarias embarcaciones-. Además, las conexiones marítimas entre Naha y Japón no estaban del todo afianzadas. Para ello, el gobierno ideó un proyecto técnico a veinte años vista para mejorar las infraestructuras portuarias e inyectó subsidios para fomentar la regularidad de la ruta Naha-Kōbe⁸⁸².

A pesar de que las inversiones en la industria azucarera provocaron un despegue en la economía insular, el modelo productivo estaba atomizado y no se alcanzaban las máximas cotas de producción. Dicha atomización se debía, en parte, a la producción de dos variantes de azúcar, a saber, la morena y la refinada. Esta última era la más rentable en los mercados y, por ende, la más codiciada por las factorías a gran escala como las de *Tainansha*. Así pues, además de las grandes factorías impulsadas por empresas y capital foráneo -incluyendo con el término foráneo las inversiones provenientes de Japón- también la industria azucarera estaba asentada en pequeños productores -normalmente de la misma villa- que se agrupaban y regentaban modestas factorías. Estos últimos eran los principales productores de azúcar moreno y los que se veían presionados por las grandes compañías para cultivar para estas. Fueron comunes las disputas y protestas campesinas con las grandes compañías entre 1910 y 1930⁸⁸³.

Intelectuales y capitalistas locales como Ōta Chōfu e Inaka Akira se oponían a las prácticas de estas compañías que, bajo el beneplácito de las autoridades locales y estatales, respondían a un trato colonial para con la prefectura. Tanto Ōta como Inaka promovieron el asociacionismo y colaboración de los pequeños agricultores para conformar factorías medianas (*satō gumi*) que pudieran competir en el mercado local además de salvaguardar la autonomía y diversificación de cultivos. Ello supondría también que el campesinado pudiera intercambiar su fuerza de trabajo durante tiempos de zafra en otras villas⁸⁸⁴.

El interludio de la Gran Guerra significó un repunte en las exportaciones azucareras okinawenses. Sin embargo, su producción nunca llegó a optimizarse del todo ya que, sumada a la atomización del modelo productivo, las técnicas y métodos de cultivo no estaban plenamente desarrolladas como una economía moderna requería. Por ello, las compañías como *Tainansha* estuvieron frecuentemente lidiando con problemas de suministro. Acabados los halagüeños años de la guerra, en agosto de 1920 el precio del azúcar, tanto moreno como refinado, conoció su primer desplome. Cuatro años más tarde, tres entidades bancarias prefecturales entraron en bancarrota -con la mayoría de sus

⁸⁸² Kerr, Okinawa..., p. 486.

⁸⁸³ Para los casos más reseñables de estas disputas véase Matsumura, *The Limits of Okinawa...*, pp. 137-147.

⁸⁸⁴ Ídem, p. 129.

depósitos de origen local- ocasionando un descalabro en la economía isleña⁸⁸⁵. En 1925 y 1928 la Dieta japonesa aprobó diferentes subsidios para avivar a la industria azucarera okinawense, así como la reactivación de diversos bancos. Igualmente, se promovió la compra de productos isleños en otras prefecturas niponas, se llevó a cabo una política migratoria en 1933 para que los okinawenses fueran a prosperar a otras prefecturas y lugares del imperio -una dinámica que en cierto modo tuvo pujanza a raíz del expansionismo militar nipón-. Pero la senda militarista que había tomado Japón en la década de 1930 fue al final la causante del comienzo del estrangulamiento económico insular, especialmente a partir de 1941⁸⁸⁶.

8.3. Al servicio de la nación: la militarización y control de las economías insulares

Hasta este momento han quedado patentes los principales rasgos de las economías de Canarias y Okinawa. Unos rasgos que, concretándolos, son encarnados en elementos como el tamaño, la accesibilidad y la especialización productiva. Los años que discurrieron a partir de la década de 1930 atestiguaron un progresivo intervencionismo y control estatal, bajo el manto del militarismo, sobre estas economías archipelágicas. No fue casual que dicho control se produjera de manera sincrónica en un contexto en el que tanto España como Japón se vieron inmersos en dinámicas bélicas. Así, la militarización de los recursos humanos, materiales y financieros en Okinawa y Canarias tuvo como telón de fondo los conflictos que desde la retórica propagandística se calificaban como anticomunistas -la Guerra Civil española y la segunda guerra sino-japonesa-. A esta primera fase bélica le siguió una segunda -la Segunda Guerra Mundial- que también repercutió económicamente en los entornos insulares.

Los trabajos más sobresalientes y exhaustivos acerca del control e intervencionismo económico-militar en Canarias son los elaborados por Ricardo Guerra Palmero⁸⁸⁷, y también destaca la monografía ya citada en anteriores capítulos de Juan José Díaz Benítez⁸⁸⁸. Así, si se quisiera sintetizar en un enunciado la política económica isleña las

⁸⁸⁵ Ídem, p. 149.

⁸⁸⁶ Kerr, *Okinawa...*, p. 488.

⁸⁸⁷ Guerra Palmero, Ricardo, “El mercado negro en Canarias durante el periodo del Mando Económico: una primera aproximación”, *Revista de Historia Canaria*, nº183, 2001, pp. 175-189; *Sobrevivir en Canarias (1939-1959): racionamiento, miseria y estraperlo*. Ediciones Idea, 2006; “El racionamiento en Canarias durante el periodo del Mando Económico del archipiélago (1941-1946): una primera caracterización”, *Revista de Historia Canaria*, nº185, 2003, pp. 211-236; “La larga posguerra en Canarias. Notas socioeconómicas”, *Cuadernos del Ateneo*, nº23, 2007, pp. 53-72; Guerra Palmero, Ricardo y Domínguez Prats, Pilar, “La implantación de la autarquía, la ruptura del puertofranquismo y el papel de la mujer”. En Millares Cantero, Agustín et. al. (eds.), *Historia contemporánea de Canarias*. Caja Insular de Ahorros de Canarias, 2011, pp. 435-459.

⁸⁸⁸ Díaz Benítez, Juan José, *Anglofilia y autarquía en Canarias durante la II Guerra Mundial*. Ediciones Idea, 2008.

afirmaciones de Guerra Palmero pueden servirnos de ejemplo. Así, este enfatiza que el pensamiento del nuevo Estado franquista sostenía que “la dirección económica del país podía ser abordada como un problema de intendencia, como si el Estado fuera un cuartel”⁸⁸⁹. En cualquier caso, varias fueron las coordenadas o puntos por los que el intervencionismo estatal franquista -con una marcada impronta militarista y autárquica- actuó en las islas: la creación nuevos organismos que controlaron los resortes económicos insulares, el control tanto del modelo productivo como de la balanza comercial y la gestión de los abastecimientos.

Durante los años del conflicto civil, Canarias mantuvo, a grandes rasgos, el funcionamiento de su modelo agroexportador de las décadas previas. Dos factores explicaron esta tesitura: por un lado, la necesidad de los golpistas para disponer de divisas suficientes -en 1937 y 1938 se crearon la Comisión Reguladora de la Exportación de Plátanos (CREP) y la Comisión Reguladora de la Exportación de Patatas (CREPA) respectivamente en aras de regular el comercio de estos productos y obtener el mayor número de divisas posible- y, por otro lado, la aún débil vinculación con el mercado peninsular⁸⁹⁰.

Pero, a pesar de que durante este periodo las exportaciones y servicios portuarios continuaron con un regular funcionamiento, se fueron consolidando las bases del posterior modelo intervencionista y autárquico. En este sentido, la finalización de la Guerra Civil y el casi solapamiento de esta con la Segunda Guerra Mundial marcaron el viraje final del tradicional modelo económico insular. La hiper-especialización y la fragilidad de otros sectores productivos en las islas se unieron con el nuevo contexto bélico mundial. El sistema de franquicias portuario fue suprimido, al menos en la práctica, en diciembre de 1940 con la nueva Ley de reforma tributaria -conocida también como Ley Larraz-, forzando así una mayor conexión con el mercado peninsular⁸⁹¹. A su vez, entre 1936 y 1941 se conformó el entramado institucional para ejecutar un mayor control sobre la economía insular, aunque también este fue un fenómeno extensible al resto del territorio nacional.

El Servicio Nacional del Trigo (SNT), la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes (CGAT), el Instituto Español de Moneda Extranjera o el citado INI fueron los ejemplos más relevantes del intervencionismo militarista en todo el Estado franquista. En lo referido al contexto archipelágico, la Junta Provincial de Economía, la

⁸⁸⁹ Guerra Palmero, *Sobrevivir en Canarias...*, p. 16.

⁸⁹⁰ Nuez Yáñez y Cáceres Hernández, “La economía agroexportadora...”, p. 163.

⁸⁹¹ BOE-A-1940-12801, “Ley de 16 de diciembre de 1940 de reforma tributaria”, n.º 357, de 22 de diciembre de 1940, pp. 8746-8770.

Comandancia General de Canarias, las Juntas Reguladoras de Importación y Exportación, las Juntas Provinciales de Abastos -bajo el auspicio del Gobierno Civil- o la Junta Provincial de Precios fueron, entre otros organismos, las entidades más destacadas. Sin embargo, el culmen del intervencionismo militarista y autárquico de la economía isleña lo representó el Mando Económico -con el Capitán General a la cabeza-, creado el 5 de agosto de 1941⁸⁹².

Nacido para unificar la toma de decisiones en materia económica dado el contexto de guerra mundial. Para entonces el tráfico marítimo había disminuido severamente y el tradicional mercado británico se había perdido a raíz de las prioridades impuestas por el esfuerzo bélico británico. Así, los buques británicos dejaron de hacer escala en los puertos canarios, donde se contaba con la actuación de los servicios de inteligencia alemanes, y tampoco era prioritaria la importación de tomates, en una situación en la que la capacidad de transporte marítimo era limitada y estaba cada vez más amenazada por la guerra submarina. España tampoco disponía de suficiente capacidad de transporte marítimo y quizá eso influyó en que no pudiera aprovechar inmediatamente la demanda de tomates canarios en los últimos años de la guerra. Por su parte, los objetivos generales del Mando Económico estaban relacionados con los preparativos prebélicos para una eventual beligerancia española. Entre las medidas destacadas se incluía reforzar la defensa de Canarias. Del mismo modo, también había que acumular reservas de provisiones para resistir un bloqueo de al menos seis meses en el archipiélago. La decisión de crear este Mando fue tomada poco después de la visita realizada por un oficial del Alto Estado Mayor al archipiélago, en el que constató que su situación estaba lejos de ser la idónea en cuanto a la acumulación de suministros. Por tanto, en materia económica era perentorio intensificar la producción agraria para satisfacer la demanda interna, controlar la distribución de alimentos y demás productos a la población y a las empresas y controlar el tráfico comercial⁸⁹³.

Así, en lo referido del aumento de la productividad agrícola, la nueva estructura político-administrativa franquista respetó la posición que siembre había mantenido, en la esfera política y económica, la élite agroexportadora. El Mando Económico instauró diversas medidas para impulsar el sector primario de la mano de los grandes propietarios. La “sobrexplotación de la fuerza de trabajo” -destacando el encuadramiento social de los trabajadores en las “Hermandades de Labradores”-, el apoyo en la CREP y la CREPA, la disposición de una Junta Asesora en materia agraria -con ambiciosos proyectos

⁸⁹² Para un mayor detalle de las competencias y funciones de estos organismos véase Guerra Palmero, *Sobrevivir en Canarias...*, pp. 31-47.

⁸⁹³ Ídem, p. 49; Díaz Benítez, *Anglofilia y autarquía...*, p. 192.

hidráulicos para los cultivos-, o la articulación de una institución crediticia para los terratenientes (CACISTA) fueron algunos de los ejemplos más reseñables de dichas medidas. De todos modos, los beneficiarios reales del nuevo impulso agrícola fueron los grandes propietarios plataneros -gracias, en mayor medida, al surgimiento de un mercado negro que se expondrá a continuación-, mientras que las exportaciones de tomates y papas atravesaron una mala dinámica en los años de la contienda mundial⁸⁹⁴.

En lo referido al sector industrial, no faltaron voces de la facción castrense que abogaban por planes de movilización de dicho sector para estar al servicio de una economía de guerra. Pero esta dinámica se extendía a toda España y la creación del INI fue la muestra más evidente de ello como se expuso en anteriores apartados. En Canarias, el sector industrial era más bien modesto, con una atomización de las empresas en lo referente a sus ámbitos de producción y con un reducido tamaño que giraba en torno a poco más de veinte empleados de promedio. Los primeros estudios sobre la movilización industrial en las islas comenzaron en septiembre de 1941 bajo la tutela del Ministerio del Ejército. La realidad era que muy poco podía aprovecharse de la industria canaria en aras de su movilización para una economía de guerra. La citada atomización y reducido tamaño empresarial, la falta de recursos energéticos y de materias primas junto a la baja cualificación y especialización industrial fueron los principales obstáculos con los que se toparon las autoridades militares en las islas⁸⁹⁵.

Por su parte, el crítico asunto de los abastecimientos estuvo bajo las directrices de la CGAT desde marzo de 1939 en todo el territorio nacional mediante las Delegaciones Provinciales. La particularidad de Canarias hizo que las Delegaciones Provinciales dependieran de organismos intermediarios como el Consorcio de Almacenistas y las Delegaciones Locales. Fue el Consorcio de Almacenistas una entidad nueva implantada exclusivamente en las islas. Esta poseía competencias referidas al comercio y decidía quienes participaban en los cupos de importación. En última instancia, el Consorcio de Almacenistas no fue más que un entramado oligopólico que sirvió, en medio de actividades fraudulentas, para el enriquecimiento de ciertos distribuidores de productos. Esta tesitura no estuvo exenta de constantes fricciones, especialmente por las competencias en las importaciones, entre la CGAT y el Mando Económico -un producto más del particularismo archipelágico-⁸⁹⁶. La escasez de bienes de consumo y equipo, a

⁸⁹⁴ Guerra Palmero, “La larga posguerra...”, pp. 60-61.

⁸⁹⁵ Díaz Benítez, *Anglofilia y autarquía...*, pp. 172-177.

⁸⁹⁶ Los enfrentamientos contra el Mando Económico eran igualmente frecuentes por parte de las instituciones locales como los Cabildos y ayuntamientos. La suspensión del cobro de arbitrios e impuestos por parte de estos organismos, a raíz de la plenipotencia del Mando Económico en materia de abastecimientos, generaron un profundo malestar entre los dirigentes locales civiles. Para más detalle véase Díaz Benítez, *Anglofilia y autarquía...*, pp. 193-198.

raíz del contexto internacional y de la política autárquica, ocasionó que el racionamiento estuviera a la orden del día. Un racionamiento que se implementó en Canarias en septiembre de 1939⁸⁹⁷.

La “otra cara del racionamiento”, utilizando términos de Guerra Palmero, la componía el mercado negro. En efecto, este mercado de estraperlo eclipsaba en muchas ocasiones al mercado oficial. En él se realizaban transacciones de una amplia gama de productos, desde bienes de consumo elementales como los alimenticios hasta bienes de equipo. Apoyándose en las tesis de otros autores como Carlos Barciela⁸⁹⁸, Guerra Palmero engarza las características generales del mercado negro en toda España con las propias del archipiélago.

Así, este sobresalió por albergar un volumen mayor de productos que el mercado oficial como ya se remarcó. Los precios de dichos productos duplicaban o triplicaban los precios del mercado regular. Igualmente, la calidad no solía ser muy alta. Era habitual que las cifras oficiales de producción, especialmente las referidas a artículos alimenticios, estuvieran distorsionadas -normalmente se incurría en la ocultación de cosechas-. Todo ello provocó que el intervencionismo estatal no fuera del todo eficiente -la mayoría de los agricultores acudían al mercado negro a vender su producción-. Respecto a Canarias, la participación en el mercado negro fue un fenómeno habitual y transversal a todas las clases sociales. Hubo una clara distinción entre el “estraperlo de alto nivel” y el “estraperlo popular”. Basta mencionar que el primero estaba sostenido por los grandes propietarios -destacando la CREP, la CREPA y el Consorcio de Almacenistas- en conjunción con las autoridades -incluyendo la connivencia del propio Mando Económico- y representaba una vía bastante lucrativa. Por su parte, el “estraperlo popular” era protagonizado por pequeños comerciantes y “cambulloneros” que actuaban por cuenta propia -este tipo de contrabando era menos tolerado y, por ende, más reprimido-⁸⁹⁹.

Otro de los sectores relevantes que acusaron una carestía notoria fue el energético. En efecto, la ausencia de recursos energéticos naturales en las islas se añadió como problema a la tesitura general de estos años. Así, la dependencia de combustibles era total. La mayor parte de las importaciones canarias, como es bien sabido, provenían de las potencias aliadas. De este modo, durante la Segunda Guerra Mundial y la posguerra Canarias albergó unos niveles bajos de combustible -fuel, diésel, gasoil, gasolina y crudo-

⁸⁹⁷ Guerra Palmero, “El racionamiento...”, pp. 221-226. Sobre las cantidades exactas de racionamiento de los principales bienes de consumo véase el mismo estudio p. 231 y también Guerra Palmero, “Implantación de la autarquía...”, pp. 443-444.

⁸⁹⁸ Barciela, Carlos, “El mercado negro de productos agrarios en la posguerra, 1939-1945”. En Fontana, J. (ed.): *España bajo el franquismo*. Editorial Crítica, Barcelona, 1986, pp. 192-205.

⁸⁹⁹ Guerra Palmero, “El mercado negro...”, pp. 180 y 187.

principalmente por dos motivos: por un lado, la política exterior española durante la guerra la acercaba a las posiciones del Eje y, como consecuencia, las potencias aliadas usaron la baza de suministro energético para alejar al régimen de esta dinámica y, por el otro, por la propia política autárquica franquista que se extendió muchos años después de finalizar el conflicto mundial⁹⁰⁰.

El periodo inmediato de la posguerra (1946-1952), que en Canarias se inició institucionalmente en febrero de 1946 con la disolución del Mando Económico, no atestiguó mejoras respecto a la etapa bélica anterior. En estos momentos la restitución del sistema puerto-franquista fue planteada y la mayoría de los informes ministeriales fueron favorables. Pero finalmente fue rechazada por motivos políticos. Se quería evitar una excesiva vinculación a los intereses extranjeros que pusiera en peligro la soberanía española en el archipiélago. Por tanto, el intervencionismo autárquico del Estado franquista siguió estando muy presente en un contexto internacional que prolongaba el aislamiento de España tras la condena de la ONU en 1946. En suma, con el fin del Mando Económico, la estructura económica insular -gestión de los abastecimientos, el control de la balanza comercial o “la disposición de divisas”- fue equiparada al resto del Estado. Así, por ejemplo, las delegaciones de Abastecimientos obedecieron a partir de entonces a las directrices pautadas desde el gobierno central. La escasez de productos, el aumento de la inflación o la pujanza del mercado negro siguieron siendo factores latentes durante estos años. Unos factores que, además de hacer estragos entre la población general, causaron malestar entre las élites insulares e, incluso, entre algunos integrantes acérrimos del régimen⁹⁰¹.

Los informes consulares británicos de este periodo también recogieron la comprometida dinámica que atravesaba Canarias en materia económica -datos referidos a las importaciones y exportaciones, las necesidades de divisas o de las cartillas de racionamiento-. Del mismo modo, también quedó patente el citado desafecto de la clase dirigente local, la cual preconizaba el retorno del sistema de franquicias previo, y de la facción falangista en las islas. Así, aunque las exportaciones de plátanos y tomates tenían cierta fluidez, el cónsul británico de Tenerife ponía de relieve la limitada capacidad importadora de las islas -con estrecha relación a la dedicación de divisas provenientes de las exportaciones- y ello generaba unos altos costes en la obtención de bienes de consumo junto a el hambre extendido en la población. Destacó a este respecto la visita de Franco a finales de octubre de 1950 al archipiélago. Las autoridades locales y la elite

⁹⁰⁰ Díaz Benítez, Juan José, “El desabastecimiento de petróleo en Canarias durante la Segunda Guerra Mundial”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, n°69, 2023, pp. 16-17. Para un detalle exhaustivo en la oscilación de las cantidades de los combustibles véase las gráficas de este mismo estudio.

⁹⁰¹ Guerra Palmero, “Implantación de la autarquía...”, p. 446.

agroexportadora aprovecharon la ocasión para plantear concesiones que dieran mayor autonomía a las islas -entre las que se encontraba el retorno del sistema de franquicias portuarias- en aras de dinamizar la maltrecha economía archipelágica. La negativa del Caudillo, además de ahondar en la decepción de los reclamantes, estuvo acompañada de promesas genéricas para aplacar la penuria económica de Canarias⁹⁰².

Sin embargo, el desafecto expuesto en los informes consulares debe ser matizado. Aarón León Álvarez ha estudiado con detenimiento la actitud de la sociedad canaria, desde la élite social hasta las clases más humildes, respecto al régimen durante este periodo. En este sentido, si bien existió un cierto desafecto entre la población canaria, en el inicio de la década de 1950 se consolidó un consenso respecto al régimen. En realidad, a pesar de que el retorno del sistema de franquicias se vio frustrado, la mayoría de la élite insular se posicionó a favor del régimen. Por su parte, entre la población de extracción más humilde destacaron la pasividad, la desmovilización política a raíz de la represión de la posguerra y un malestar general que no iba dirigido necesariamente contra el régimen y mucho menos contra la figura de Franco. Las quejas de los grupos sociales más desfavorecidos se relacionaban sobre todo con la situación económica. La carestía de productos de primera necesidad, el encarecimiento de muchos de estos, el alto porcentaje de desempleo y la corrupción de las autoridades locales eran los problemas más latentes. Por ende, tal y como remarca León Álvarez, se trató de buscar e imponer un consenso “desde arriba”, pero ello no significa que la población general canaria deba ser vista como un agente pasivo. Más bien todo lo contrario. Las clases populares isleñas operaron activamente en aras de mejorar su paupérrima situación. Además, no se debe obviar la oposición clara contra el régimen de los reductos sindicalistas y de izquierda que actuaban en la clandestinidad⁹⁰³.

En cuanto al malestar latente en la Falange, otro informe recogió la traducción de un folleto elaborado por los propios falangistas donde se exponían las principales quejas de estos para con la precaria situación. Por encima de todo, los integrantes del Movimiento destacaban la labor realizada por el Mando Económico en los años previos -mitificando de este modo los “logros” de esta institución y del modelo autárquico tal y como nos revelaba Guerra Palmero-. Uno de los panfletos publicados por Falange, y recogidos en los informes británicos, sintetizaba bajo una retórica propagandística las penurias y malestares de la sociedad insular:

⁹⁰² NA, FO 371/89525, *Economic reports on the Canary Islands*. Code WS file 1102. “Canary Islands Economic Report – September/October 1950”, 4 de noviembre de 1950.

⁹⁰³ León Álvarez, Aarón, *Consenso y resistencia en Canarias durante el primer franquismo*. Ediciones Idea, 2008, pp. 186-273.

Españoles:

Necesitamos y queremos,

Deshacernos de los traidores que asidos al carro de la Victoria y disfrazados de personas decentes, malogran el triunfo de la auténtica España de Franco. Se sepa de una vez para siempre que quienes rigen los Organismos que permiten y aportan su grano de arena a la Injusticia Social y contribuyen a aumentar las necesidades del pueblo tinerfeño, no son Falangistas, aunque así se titulen. Sepa el verdadero pueblo de Tenerife que la Falange no está de acuerdo con campañas periodísticas de diarios titulándose Falangistas, hacen el juego al Capitalismo RASTRERO. Saber si las divisas que se solicitan con tanto interés y tan repetidamente por determinadas personas y organismos, son para calmar el hambre de los humildes, o para saciar los caprichos de unos pocos. Se sepa que no es tolerable que masas enormes vivan miserablemente, mientras que unos cuantos disfrutan de todos los lujos. Saber el porque [por qué] durante la permanencia del MANDO ECONÓMICO el pueblo comía, y ahora pasa hambre. Saber si para llegar a este estado de cosas en que la injusticia, la inmoralidad y la incompetencia están a la orden del día [día], fue precisa la lucha de tres años en la que ESPAÑA sacrificó lo mejor de su juventud.

TINERFEÑOS! Esto no es un trozo de la España de José Antonio, sino un FEUDO en el que unos cuantos hacen su AGOSTO y QUÉ AGOSTO!

PEDIMOS y EXIGIMOS por JUSTICIA a las personas encargadas de ADMINISTRARLAS cumplan con su deber de Españoles.

POR LA PATRIA, EL PAN Y LA JUSTICIA - ARRIBA ESPAÑA!

QUEREMOS DIVISAS

SÍ, para la importación de productos alimenticios y aumento de los racionamientos

SÍ, para la importación de materiales de construcción que, empleados obligatoriamente en viviendas de tipo económico, resuelvan este angustioso problema

SÍ, para la importación de artículos destinados a fomentar la producción tanto agrícola como industrial del país

SÍ, para la importación de medios de transportes para mercancías -sí, se precisan- y viajeros, evitando a estos las eternas colas

POR LA PATRIA, EL PAN Y LA JUSTICIA – ARRIBA ESPAÑA!⁹⁰⁴.

⁹⁰⁴ NA, FO 371/89525, *Economic reports on the Canary Islands*. Code WS file 1102. “Economic unrest in Tenerife”, 16 de febrero de 1950.

Figura 33. Exportaciones de plátanos y tomates canarios entre octubre y noviembre de 1949.

Destinos	Toneladas
<i>Plátanos</i>	
España peninsular	4.814
Suiza	180
Francia	30
Irlanda	7
Bélgica	2
Holanda	117
<i>Tomates</i>	
España peninsular	1.647
Reino Unido	18.231
Irlanda	180
Bélgica	6

Elaboración propia a partir de: NA, FO 371/89525, *Economic reports on the Canary Islands*. Code WS file 1102. "Bi-Monthly Economic Report: Canary Islands", 18 de enero de 1950.

Igual de intervenida, y con un marcado carácter autárquico, se vio envuelta la economía de la prefectura de Okinawa. Sobre este asunto, destacan los trabajos de Kabira Nario. Del mismo modo que había sucedido en Canarias, el control económico y militarización de Okinawa dio comienzo en la segunda mitad de la década de 1930. En efecto, la segunda guerra sino-japonesa no solo puso en pie de guerra a los recursos okinawenses mediante

un mayor control, sino que significó una intensificación del intervencionismo económico-estatal para todo el imperio. Así, normativas surgidas entre 1937 y 1938 como la Ley de Medidas Temporales para Exportaciones o Importaciones, la Ley de Ajuste Temporal de Fondos o la citada Ley de Movilización Nacional fueron las bases de la nueva economía de guerra⁹⁰⁵.

En todo caso, fueron claras las características o factores que configuraron la economía insular de la prefectura desde 1937: el viraje hacia un modelo autárquico con dos fases de aplicación -de 1937 a 1941 y de 1941 hasta el final de la guerra-, la implantación de un modelo autosuficiente con la intensificación de la actividad agrícola y la tutela total de la industria azucarera. Uno de los ejemplos de este último fenómeno fue la instauración de la Asociación de Mejora de Ventas de Azúcar en Okinawa en septiembre de 1937 en aras de controlar las ventas de azúcar. De igual forma, el 22 de noviembre de ese mismo año se creó la Asociación de Control de la Industria Azucarera con el objetivo de incrementar la producción del cultivo que para entonces ocupaba una superficie de 15.000 hectáreas en la isla⁹⁰⁶.

Pero, en los años previos al conflicto contra China, los dirigentes de Tokio decidieron establecer el denominado “Plan de Promoción de la Prefectura de Okinawa” en 1932. En esencia, dicho plan se configuró para promover la autosuficiencia de la prefectura y dejar atrás la crónica recesión que había comenzado con el fin de la Gran Guerra⁹⁰⁷. Este proyecto incluía también a la industria azucarera. Con ello, se introdujeron mejoras en los diversos ingenios, pero también aumentaron los costes de producción⁹⁰⁸.

Por otra parte, una de las características del contexto agrario insular para estos años fue la escasez de mano de obra. El contexto bélico y el tradicional fenómeno migratorio habían dejado a Okinawa con problemas para aumentar las explotaciones agrícolas en un amplio sentido. Así, la escasez de mano de obra se presentó como un doble problema: primero, por la misma ausencia de fuerza de trabajo y, segundo, el aumento de los costos de contratación. Como remedio, se llevó a cabo una intensificación de la fuerza de trabajo agrícola a partir de 1937, especialmente de la mano de obra infantil hasta los 15 años. Igualmente, se restringió el flujo migratorio mediante un controlado sistema de permisos de salida -permisos que eran revisados en última instancia en los billetes de embarque

⁹⁰⁵ Kabira, Nario, “Senji tōsei keizai-ka ni okeru Okinawa keizai no hen'yō — nitchūsensō-ki o chūshin ni —”, *Ryūkyūdaigaku keizai kenkyū* (dai 52-gō) 1996-nen 9 tsuki [“La transformación de la economía de Okinawa bajo una economía controlada en tiempos de guerra – Estudio de caso del periodo de la guerra sino-japonesa –”, *Estudios Económicos - Universidad de Ryukyus*, n°52, 1996] p. 287.

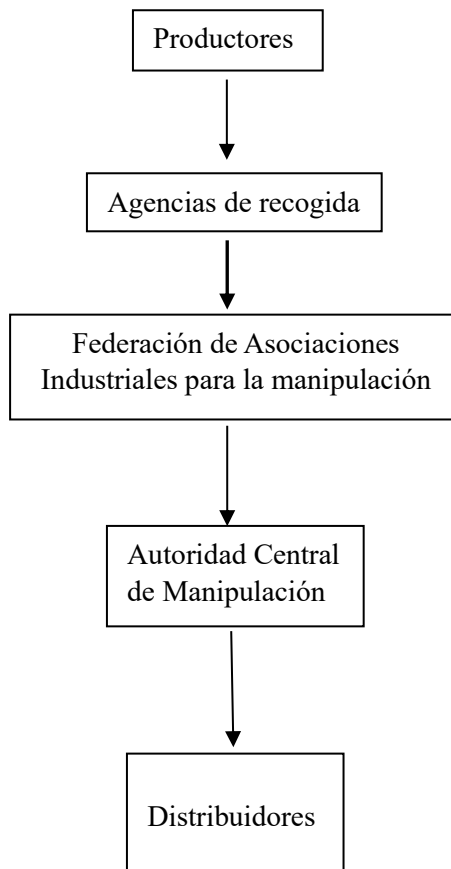
⁹⁰⁶ Kabira, Nario “Senji tōsei keizai-ka no Okinawa-tō-gyō”, *Ryūkyūdaigaku keizai kenkyū* (56), 1998: 77 – 91. [“La industria azucarera de Okinawa bajo una economía controlada en tiempos de guerra”, *Estudios Económicos - Universidad de Ryukyus*, n°56, 1996] pp. 77-78.

⁹⁰⁷ Kabira, Nario “Senji tōsei keizai-ka ni okeru Okinawa keizai no hen'yō...”, pp. 288 y 301.

⁹⁰⁸ Kabira, Nario “Senji tōsei keizai-ka no Okinawa-tō-gyō”, p. 80.

marítimos-. Con estas medidas, la producción agrícola de 1936 -destacando productos como la batata, la caña de azúcar, el arroz y verduras en general- se duplicó para 1940. De entre toda la producción destacó, como había sido la tendencia habitual en décadas anteriores, el azúcar. Para 1940 se alcanzaron las 900.000 toneladas⁹⁰⁹.

Figura 34. Organigrama jerarquizado en el proceso de producción, recolección y distribución del azúcar.



Elaboración propia a partir de: Kabira, Nario, “Senji tōsei keizai-ka no haikyū tōsei to Okinawa minshū”, *Ryūkyūdaigaku keizai kenkyū* (dai 65-gō) 2003-nen 3 tsuki, p. 14. [“El control de distribución y el pueblo de Okinawa bajo la economía controlada en tiempos de guerra”, *Estudios Económicos - Universidad de Ryukyus*, n°65, 2003, pp. 11-44].

⁹⁰⁹ Para una información detallada del aumento de producción agrícola, así como de los productos concretos, véase los cuadros de Kabira, “Senji tōsei keizai-ka ni okeru Okinawa keizai no hen'yō...”, p. 295.

Pero la industria azucarera no fue el único sector productivo que estuvo bajo un mayor intervencionismo. En efecto, otros productos agrícolas básicos sufrieron el mismo control sobre la población. Destacó el caso del arroz. El consumo anual de arroz en Okinawa era de 360.000 kokus sumado a otros 20.000 para la elaboración de sake. La producción de este alimento en la prefectura era de 140.000 kokus por lo que el resto debía siempre ser importado. Y uno de los mercados frecuentes de importación era el taiwanés. Desde 1939 la producción de arroz en Taiwán había pasado directamente bajo el control del gobierno militarista japonés. Ese mismo año otras importantes regiones productoras como Corea o Kansai sufrieron una disminución en los rendimientos del arroz debido a desastres naturales y malas cosechas. Para asegurar el suministro arrocerero el gobierno de la prefectura de Okinawa consiguió un acuerdo con las autoridades japonesas de Taiwán sobre la importación de 200.000 kokus anuales. Sin embargo, estos cupos de importaciones no siempre se cumplieron en los años posteriores⁹¹⁰.

Del mismo modo, los gobernantes okinawenses establecieron el “Esquema Especial de Distribución de Arroz de la Prefectura de Okinawa” en abril de 1940. Con esta instrucción se reguló el consumo de arroz, así como su uso para el cultivo. Se impuso, en definitiva, un sistema de racionamiento tanto para las zonas urbanas como rurales. En junio de 1941 un organismo encargado en la regulación de precios de la prefectura -el Consejo Central de Cooperación para el Control de Precios- publicó un informe donde se ponía de relieve las dificultades adheridas al abastecimiento del arroz. Así, se señalaban las reducciones de las importaciones de arroz taiwanés, las restricciones o prohibiciones de importación de otras prefecturas, la mala calidad del arroz importado y la implantación de las cantidades de racionamiento de este sobre la población. Se fijó la distribución de dos gō por persona al día y de tres a cinco gō para ciertos trabajadores como mineros u otros indispensables en los sectores productivos⁹¹¹.

Las cantidades racionadas eran menores que las asignadas a las islas principales japonesas y trazar proyectos para la sustitución de alimentos era complicado dada la gran especialización, tanto en recursos como en tierra cultivable, que se había dado en la industria azucarera. Del mismo modo, los productos alimenticios más elementales experimentaron una progresiva alza en sus precios, sobre todo si se los compara con los precios del azúcar. La promulgación de la Ley de Control de Alimentos en 1942 intensificó el control alimenticio de la mano del Estado. Dicho control debía ejecutarse, en última instancia, por Corporaciones Alimentarias organizadas desde el ámbito local de

⁹¹⁰ Kabira, “Senji tōsei keizai-ka no haikyū tōsei to Okinawa minshū”, p. 15.

⁹¹¹ Ídem, p. 16. Un gō equivale a 150 gramos. Las calorías derivadas de dos gō de arroz son de 1.074.

cada prefectura. Para el caso de Okinawa, la Corporación Alimentaria se estableció en Naha, teniendo sucursales también en Shuri y las islas de Miyako y Yaeyama. A través de esta los hogares fueron reorganizados en asociaciones vecinales para la distribución de alimentos esenciales -fideos, boniatos, arroz-⁹¹².

Pero lo cierto era que a medida que la guerra avanzaba la carestía alimenticia se hacía más presente. A mediados de 1943 la ausencia de carne en la dieta de los habitantes de Miyako era casi total. La cadena de suministros marítimos era constantemente interrumpida por el acoso de la flota norteamericana. Los intentos de expandir las áreas de cultivos como el boniato no fueron suficientes para sustituir la escasez de arroz. Los ataques aéreos sobre la ciudad de Naha, especialmente durante 1944, habían destruido una gran cantidad de reservas y almacenes de alimentos, así como organismos dedicados a su inventariado, control y distribución. En suma, desde 1941 el recrudecimiento del contexto bélico trajo consigo un mayor control sobre los sectores productivos. Desde ese año las grandes deficiencias alimentarias provocaron que la población estuviera sometida a una dieta hipocalórica. Una dieta que teóricamente, según el cálculo de las autoridades, debía componerse de unas 2.150 calorías de entre las que se incluyeran 75 gramos de proteína por persona⁹¹³.

Aunque ya en 1937 una parte considerable de la mano de obra estuvo destinada al sector industrial militar -elaboración de armamento y municiones- ello se hizo más latente en 1944 cuando el 32º Ejército ejerció una mayor presencia en la prefectura. Al mismo tiempo, se produjo también una reconversión y desarrollo industrial. Así, por ejemplo, se destinó parte de la producción azucarera para la elaboración de butanol, etanol y acetona cuyas expectativas se situaban en unas 10.000 toneladas anuales. Sin embargo, no se llegó a producir estas cantidades y la dependencia energética continuó latente como era habitual en el legado histórico de la prefectura -carencia de recursos naturales energéticos propios-. La intensificación o surgimiento de otras industrias como la textil, la confitera, la pirotécnica, siderúrgica o del cemento -especialmente a partir de 1939- fueron ejemplos de los proyectos encauzados a conseguir una economía insular autosuficiente⁹¹⁴.

En todo caso, la disposición de Okinawa como último bastión defensivo del Imperio japonés significó la destrucción y sustitución de cualquier estructura económica intervenida por el de la mera supervivencia, tanto para la población civil como militar.

⁹¹² Ídem, p. 21. Sobre las cantidades asignadas en el racionamiento véanse las tablas de este mismo estudio.

⁹¹³ Ídem, pp. 25-26 y 32.

⁹¹⁴ Kabira, “Senji tōsei keizai-ka ni okeru Okinawa keizai no hen'yō...”, p. 301. Para mayor detalle de los datos de producción agrícola e industrial en un amplio sentido véase las tablas publicadas en este mismo estudio pp. 295 y 298.

Situados los principales ejes de este capítulo -el desarrollo industrial japonés y español en las primeras décadas del siglo XX, el desenvolvimiento y evolución de las economías archipelágicas de Canarias y Okinawa y el control de estas mediante unas políticas militaristas de corte autárquico- es necesario esclarecer, como en los capítulos anteriores de esta investigación, las uniones y diferencias de ambos contextos.

Así, centrándonos primeramente en un marco general, las economías española y japonesa no partieron de un proceso de industrialización tan dispar en las primeras décadas del siglo XX. En ambos países tuvo un gran protagonismo la industria ligera -destacando la textil y alimenticia-, pero el avance de la coyuntura internacional, a raíz de las políticas internas, hizo que tanto España como el emergente imperio nipón tomaran sendas divergentes en lo referido al desarrollo de la industria pesada, la introducción y aplicación de innovaciones técnicas y la formación de conglomerados empresariales.

En efecto, una de las grandes diferencias -y condicionante en último término del proceso de industrialización- radicó en el contexto internacional al que cada país tuvo que hacer frente. Para principios del siglo XX, España era el resultado de un imperio colonial en constante retroceso a lo largo del siglo anterior. En cambio, Japón se confeccionó bajo las pautas de unas ambiciones imperiales con campañas militares exitosas desde finales del siglo XIX. En otras palabras, la industrialización nipona siempre tuvo como fuerte motor el proyecto expansionista que se materializó en Asia y el Pacífico. Este factor fue el que provocó que la economía japonesa cosechara resultados sensiblemente superiores a la española. La política intervencionista del Estado japonés en la economía se mostró también mucho más eficiente en comparación con su homólogo español.

La necesidad de contar con unas Fuerzas Armadas a la altura de las potencias imperialistas occidentales produjo un efecto revitalizador en campos como la industria pesada -destacando la siderurgia y la construcción aeronaval-, el sector químico, el eléctrico, el armamentístico o el automovilístico. En suma, el Imperio japonés tuvo los ingredientes idóneos para configurar un “tecno-nacionalismo militar”. No sería del todo justo aseverar que España no poseía también desafíos expansionistas, tanto en el plano teórico -con el pensamiento africanista- como en el práctico -desde la guerra de 1859-60 hasta las campañas de 1909-27 en Marruecos-, pero tanto el pensamiento africanista como los logros militares no cobraron una intensidad equiparable al del imperialismo nipón.

Dejando a un lado las pretensiones expansionistas, una de las similitudes de ambos países salió a relucir durante la Gran Guerra. El estatus de neutralidad confirió a España y Japón la capacidad de poseer una balanza comercial positiva. Productos agrícolas y textiles destacaron por encima de todo para su exportación -si bien hay que recalcar la crisis que experimentó la agricultura española en 1917 y, por ende, una reducción de su

rendimiento-. Por su parte, el intervencionismo estatal en el proceso industrializador se presentó como otro de los evidentes puntos de unión entre ambos países -aunque esta tendencia no era algo exclusivo de Japón y España y el contexto internacional proteccionista se extendió a una gran cantidad de potencias-. Ciertamente, el intervencionismo español y japonés vino de la mano de un pujante autoritarismo militar, destacando más el ámbito nipón. No obstante, y a diferencia de Japón, el intervencionismo primorriverista no llegó a alcanzar el objetivo de fortalecer la industria española. Más bien, fomentó la ineficiencia y poca competitividad de estas, bajo un marco normativo extremadamente restrictivo, donde el corporativismo y el fenómeno oligopólico estuvieron a la orden del día. Por su parte, el intervencionismo nipón -insuflado constantemente por el proyecto expansionista- fue cobrando mayores tintes castrenses en torno a la *Junsenji Keizai* o “economía de guerra”.

En conexión con el intervencionismo estatal se situaban los conglomerados empresariales formados durante estas décadas. Si bien la dinámica general en ambos contextos tendió hacia la creación de oligopolios -en muchos casos bajo la connivencia estatal- hubo sectores como el textil español que se encontraron fuertemente atomizados en su producción. Construcciones Aeronáuticas S.A o los Altos Hornos de Vizcaya eran algunos de los ejemplos más sobresalientes del contexto español mientras que los zaibatsus -especialmente los “grandes cuatro”- lo eran para el japonés. La gran diferencia radicaba en que, si bien los zaibatsus ejercían un dominio monopolístico, muchos de ellos eran altamente competitivos -algo ausente en las empresas españolas dado el marco proteccionista- con una diversificación mayor que se plasmaba en un gran número de empresas, corporaciones y entidades financieras subsidiarias.

Si las economías generales y los procesos de industrialización español y japonés presentaron evidentes diferencias, un análisis más cercano en torno a los archipiélagos de Canarias y las Ryūkyū puede ofrecernos, por el contrario, claras similitudes. En primer lugar, ambos espacios insulares se erigieron como auténticos centros nodales en los circuitos comerciales marítimos durante los siglos modernos. Tanto Canarias como Okinawa fueron receptores de grandes flujos de capitales y mercancías. Considerados, por tanto, como enclaves estratégicos dentro de sus sistemas-mundo regionales -Canarias en el comercio tricontinental y Okinawa dentro de las relaciones de dependencia y vasallaje que imponía China- ambos archipiélagos ejercieron una notoria función intermediaria. Así, las islas atlánticas tomaron parte de los productos manufacturados importados para reexportarlos a otros mercados además de la exportación de sus altamente competitivos productos agrícolas -azúcar y vino-. Okinawa, por su parte, cobró gran protagonismo en el intercambio comercial entre los reinos del norte de Asia y los

situados en el sudeste asiático. El pago de tributos a China con productos codiciados del sur fue una clara muestra de esta dinámica.

No obstante, fue la propia dependencia que mantenía Okinawa como reino tributario de China lo que condicionó su posterior aislamiento respecto a las relaciones que mantuvo con otros Estados. En el caso de Canarias, esta también padeció cierta fragilidad respecto a las vicisitudes internacionales. Los contextos bélicos que mantuvo la Monarquía Hispánica o las alternativas abaratadas de algunos productos en otros mercados como el azúcar fueron algunos de los ejemplos que sacaron a la luz la fragilidad y dependencia de las islas atlánticas. Hubo que esperar hasta el siglo XIX para que ambos entornos insulares experimentaran un renovado proceso de modernización en sus estructuras económicas - aunque la esencia de los modelos productivos no fue alterada sustancialmente- y, en última instancia, de globalización a raíz del expansionismo imperialista y capitalista.

Una modernización que tuvo su máxima expresión en el contexto canario con la construcción del Puerto de la Luz y el establecimiento del régimen de Puertos Francos en 1852. Okinawa, sin embargo, tuvo que ser absorbida en el proyecto imperial y expansionista japonés para revitalizar su estructura económica. Aunque dicha revitalización -marcando una clara diferencia con Canarias- siempre estuvo supeditada a la administración japonesa de una manera más centralizada. Si bien la modernización de ambos contextos archipelágicos estuvo protagonizada por capitales y compañías externas -extranjeras para el caso de Canarias y de otras prefecturas japonesas para el ámbito okinawense- la estructura económica canaria gozó de mayor autonomía. La mayor conciencia de los dirigentes locales y la burguesía agroexportadora fueron una buena muestra de ello. La concesión de un marco institucional especial o la concentración de la producción agroexportadora -en contra de la aguda atomización productiva azucarera de Okinawa- fueron fenómenos derivados de esta autonomía.

En todo caso, y como se remarcó en líneas anteriores, los modelos productivos de estos archipiélagos no variaron en demasía. Aunque la producción azucarera de Okinawa destacó a finales del siglo XIX, en los siglos anteriores ocupaba cierta relevancia en la economía insular. En este sentido, Canarias y Okinawa proyectaron sus economías bajo el halo de la hiper-especialización agrícola -con la tríada de plátanos, tomates y patatas para Canarias y el monocultivo azucarero para Okinawa-. El fenómeno migratorio y su constante flujo de remesas fueron tendencias igualmente apreciables en ambos escenarios -con destino a otras prefecturas y colonias del imperio en el caso de Okinawa y excolonias americanas en el de Canarias-. En suma, y aludiendo los rasgos expuestos por Godenau y Hernández Martín, los elementos que presentaron mayor similitud entre estos escenarios isleños -y que conectaban con su estructura económica- fueron sus altos costes

de accesibilidad, su “apertura y especialización productiva, su valor estratégico y potencialmente estrangulador de determinados recursos como el suelo; el agua o la energía”, “su valor geoestratégico” -especialmente en los circuitos marítimos comerciales- y “la existencia de rasgos culturales diferenciados”.

Por otro lado, las primeras décadas del siglo XX atestiguaron un auge de los conflictos a escala o con repercusión internacional. Junto con un gran número de potencias e imperios, la inserción de Japón y España en las dinámicas belicistas no tardó en llegar. La Guerra Civil española, la tentativa beligerante de Franco durante la Segunda Guerra Mundial, la segunda guerra sino-japonesa y la Guerra del Pacífico tuvieron como efecto inmediato la militarización y férreo control autárquico de las economías de Canarias y Okinawa. En cierto sentido, el modelo de especialización productiva agroexportador en ambos contextos continuó vigente dado que constituía una gran fuente de divisas para los nuevos regímenes autoritarios con un proyecto autárquico. Pero el caso okinawense sufrió quizás más restricciones y una reducción de su producción azucarera a raíz de la beligerancia japonesa.

Fueron estos contextos de guerra los que mostraron un mayor número de semejanzas -aunque con intensidades divergentes- entre estos archipiélagos. Así, la dinámica de las economías insulares se caracterizó por: una debilidad del sector industrial y como consecuencia la frustración de los planes de movilización de sus recursos; un fuerte control e intervencionismo de corte autárquico que se materializó en proyectos encaminados a la autosuficiencia de bienes de consumo básicos; los altos costes y dificultades para la importación debido al fuerte bloqueo marítimo impuesto por los Aliados; la generalización de fuertes carestías -sobre todo de productos alimenticios y energéticos- a raíz de la ineficiencia de los proyectos de autosuficiencia o sustitución y el estrangulamiento comercial; la implementación de un estricto sistema de racionamiento con dietas hipocalóricas.

En definitiva, la militarización de las economías archipelágicas no hizo más que agudizar las fragilidades que históricamente estas habían presentado a lo largo de su evolución. A saber, la extremada dependencia externa -ya fuera mediante la conexión con los mercados internacionales o a través la necesidad de capitales e inversiones foráneas-, el peligro de la hiper-especialización productiva y la ausencia de otros sectores económicos diversificados.

9. LOS ESPACIOS INSULARES: ESCENARIOS DE GUERRA Y VIOLENCIA

Una de las últimas cuestiones ineludibles que atañen a este segundo bloque es la referida a la violencia ejercida -a raíz de los contextos bélicos- en los espacios insulares de Canarias y Okinawa. Ciertamente, la violencia y los escenarios bélicos ofrecen una amplia gama de proyecciones que posibilitan a su vez un análisis multidisciplinar. O, en otras palabras, la violencia -junto a su ligazón con la guerra- cobra muchas caras a la hora de hacerse patente. Es por esta razón por la que puede resultar un tanto problemático abordarla en aras de obtener un análisis claro e inteligible de su naturaleza.

Al igual que se expuso en los anteriores capítulos, la importancia del apartado teórico-conceptual es indispensable para acercarnos posteriormente a las realidades históricas concretas. De esta forma, se hace perentorio disponer de unos parámetros mínimos con los que acotar y definir la violencia y sus manifestaciones en los teatros de la guerra. En este sentido, este último capítulo se estructurará en tres apartados: una aproximación teórica de la violencia y su vinculación con los contextos bélicos, la materialización de dicha violencia a través de la experiencia del soldado en Canarias y Okinawa y la violencia ejercida sobre la población civil de ambos escenarios archipelágicos.

Así, la dispersión teórica en torno a la violencia es un asunto que ha quedado evidenciado a lo largo de gran parte de las investigaciones que han tratado eventos bélicos en perspectiva histórica. Habitualmente se ha puesto el foco de atención en los efectos o consecuencias de la violencia durante la guerra -una aproximación tangencial- sin tener realmente claro la tipología y naturaleza de esta. A este respecto, y adelantando el contenido de este capítulo, las expresiones más notables, y que con mayor vehemencia han sido tratadas por los estudios históricos, son las referidas a la violencia subjetiva.

Por violencia subjetiva entendemos las manifestaciones más visibles de esta -por ejemplo el acto homicida-. Las experiencias de la guerra por parte de los combatientes y la población civil salen a la palestra y se conectan directamente con la configuración de este tipo de violencia. Trataremos, por tanto, de revelar dichas experiencias de la guerra de los combatientes y población insulares, al calor de sus precepciones e interpretaciones, en aras de compararlas entre sí.

9.1. La violencia en los conflictos armados: una aproximación teórica

Antes de situarnos plenamente en torno a las manifestaciones más visibles de la violencia en los espacios insulares mediante las lentes de sus principales actores -soldados, población civil y prisioneros-, es imperioso detenernos previamente en una serie de cuestiones teórico-conceptuales. Y es que todo estudio que trate de abordar la guerra en perspectiva histórica, y desde cualquier prisma, debe estar reforzado por una reflexión teórica de uno de sus pilares más elementales: la violencia. ¿Qué definición es la más propicia de la violencia en un contexto de guerra?, ¿cómo queda revelada?, ¿cuáles son sus ejecutores?, ¿cuáles son las motivaciones de esta?, ¿cuál es la lógica subyacente a ella? Todas estas preguntas suelen estar, como norma general, ausentes en muchos trabajos históricos que han ido abordando la problemática de la guerra tal y como apunta Benjamin Ziemann⁹¹⁵. Sobre los argumentos de Ziemann retornaremos más adelante.

Pero, previa a la inmersión total en la dinámica de la violencia en los conflictos armados, creemos interesante poner de relieve la aproximación y definición de una violencia más genérica y no exclusivamente adherida al ámbito bélico. Uno de los ejemplos más esclarecedores sobre un primer acercamiento lo presentan los planteamientos del filósofo Slavoj Žižek. A grandes rasgos, Žižek distingue tres tipos de violencia, a saber, la violencia “subjetiva, la objetiva y simbólica”⁹¹⁶. No obstante, este hace mayor énfasis en las dos primeras: la violencia subjetiva o visible y en la violencia objetiva o sistémica y estructural. En relación con lo remarcado en líneas anteriores, Žižek no elabora una taxonomía o definición de la violencia exclusivamente en torno a la cuestión bélica -aunque pueda servirse a veces de ella-. Más bien, sus reflexiones y críticas van conectadas con la configuración del sistema económico-político de los periodos más contemporáneos. De notoria influencia marxista y también del psicoanálisis lacaniano, Žižek toma al sistema capitalista como el ejemplo más emblemático para representar a la violencia objetiva o sistémica. En palabras del propio Žižek: “Estamos hablando aquí de la violencia inherente al sistema: no solo de la violencia física directa, sino también de las más sutiles formas de coerción que imponen relaciones de dominación y explotación, incluyendo la amenaza de la violencia”⁹¹⁷.

Como derivación de esta violencia sistémica se encontraría la violencia subjetiva. Se trata de una violencia más visible y latente. Ejemplos como el terrorismo, el fundamentalismo religioso o el mismo acto de homicidio en los contextos bélicos son algunas de las formas

⁹¹⁵ Ziemann, Benjamin “La violencia como objeto de estudio en las investigaciones recientes sobre la Primera Guerra Mundial”. *Historia Social*, nº84, 2016, pp. 141-159.

⁹¹⁶ Žižek, Slavoj, *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Ediciones Paidós, 2009, p. 22.

⁹¹⁷ Ídem, p. 20.

que cobra la violencia subjetiva y, en último término, ofrecen una responsabilidad concreta y visibles.

Nos enfrentamos con el mal subjetivo, con sujetos que actuaron mal. Podemos incluso identificar las fuentes ideológicas de los crímenes: la ideología totalitaria, *El manifiesto comunista*, Rousseau e incluso Platón. Pero cuando se llama la atención sobre los millones de personas que murieron como resultado de la globalización capitalista, desde la tragedia de México en el siglo XVI hasta el holocausto del Congo Belga hace un siglo, en gran medida se rechaza la responsabilidad. Parece que todo hubiera ocurrido como resultado de un proceso «objetivo» que nadie planeó ni ejecutó⁹¹⁸.

Puede parecer que las reflexiones del filósofo esloveno no tengan nada que ver, a priori, con la violencia que atañe a la guerra. Sin embargo, la delimitación de la violencia por parte de Žižek nos ofrece un primer punto de partida. Un punto de partida que conecta directamente con los planteamientos del politólogo Stathis N. Kalyvas. En efecto, la obra de Kalyvas, *La lógica de la violencia en la guerra civil*, conforma uno de los estudios relativamente recientes que con mayor precisión y empeño han teorizado sobre la violencia en los conflictos armados -aunque el autor se refiere sobre todo a las dinámicas violentas de las guerras civiles, muchas de sus ideas son extrapolables a cualquier tipo de guerra-⁹¹⁹.

Desde el inicio de su estudio, Kalyvas deja patente que, dado el carácter polimórfico de la violencia y sus contextos, la violencia física es el tipo más viable para las investigaciones sobre las guerras. Así, la violencia física, materializada en última instancia en el homicidio, “es una forma carente de ambigüedad que puede medirse de modo más fiable que otras formas que es por lo que se usa como indicador primario de violencia en estudios cuantitativos”. Dicha fiabilidad vendría ratificada porque el efecto producido por el propio homicidio es “irreversible, directo, inmediato y sin ambigüedad”. Es, en definitiva, el culmen de la “violencia absoluta”⁹²⁰.

Del mismo modo, Kalyvas recuerda que, aunque los contextos bélicos produzcan fuertes dinámicas de violencia, la violencia en sí misma requiere de una conceptualización analítica independiente -la violencia como entidad autónoma-. Es decir, no contemplar a la violencia irremediamente como sinónimo de conflicto armado o guerra o resultado de esta. En efecto, la tendencia de muchos “antropólogos, activistas y periodistas” es la de confundir a la violencia en las contiendas, especialmente civiles, como un resultado y como un proceso. Entendiéndose como resultado el impacto mismo de la violencia -

⁹¹⁸ Ídem, p. 25.

⁹¹⁹ Kalyvas, Stathis N., *La lógica de la violencia en la guerra civil*. Ediciones Akal, 2010.

⁹²⁰ Ídem, p. 38.

víctimas mortales- y como proceso a raíz de las dinámicas previas, intermedias y posteriores de todo tipo que pivotan en torno a la violencia. Esto va ligado directamente a los postulados de Žižek. El propio Kavylas subraya que “el foco se sitúa en las instancias de violencia más que en las acciones complejas no violentas, y a menudo invisibles, y en los mecanismos que los preceden y los siguen”⁹²¹.

Las críticas no están ausentes para la figura del historiador. Kavylas acentúa la mera descripción que realizan los historiadores de las dinámicas violentas durante la guerra y su casi sempiterna referencia a la violencia como resultado. Es decir, a una violencia cuantitativa traducida en un número de muertos y heridos -sobre esta cuestión cuantitativa nos detendremos en líneas posteriores-. A su vez, continúa Kavylas, se ha omitido la actuación de protagonistas relevantes -mujeres y niños- en la participación de las dinámicas de violencia en la guerra. Unos protagonistas que frecuentemente han sido encasillados como víctimas cuando, sin excluirlos de esta categoría, “son a menudo participantes activos y voluntarios en todo tipo de actividades, incluido el combate”⁹²².

Una reflexión similar extrajo el citado Ziemann cuando se refería a la reconocida obra de síntesis de *Cambridge History of the First World War* publicado en 2014. Ziemann resalta la laguna de esta obra en lo referido al ejercicio de la violencia. Así, “el tema de la violencia y el acto mismo de matar se omite por completo”⁹²³. Otros ejemplos acerca de esta notable ausencia son los trabajos de reconocidos historiadores especializados en asuntos militares como John Keegan con su *Historia de la guerra*⁹²⁴ o la homóloga editada por Geoffre Parker⁹²⁵.

De nuevo con la monografía de Kavylas, en esta se traza un recorrido de la tipología de violencia en la guerra -una vez queda esta definida como homicidio deliberado- en relación con sus objetivos. Sobresalen tipos concretos como la “violencia instrumental”, la “violencia expresiva” o la “violencia coercitiva” -esta última responde igualmente a fines instrumentales y también es calificada como violencia estratégica y táctica-. Mientras la violencia instrumental y coercitiva responde a una consideración de esta como un medio -violencia como proceso-, la violencia expresiva está adscrita a la violencia como resultado. Por tanto, es imprescindible distinguir las formas de violencia a raíz de a quiénes va dirigida. Las víctimas de la violencia, en tanto que subsumidas a la violencia como resultado, difieren sutilmente de los blancos de la violencia -véase la violencia

⁹²¹ Ídem, p. 40.

⁹²² Ibidem.

⁹²³ Ziemann, “La violencia como objeto de estudio...”, p. 141.

⁹²⁴ Keegan, John, *Historia de la guerra*. Turner, 2014.

⁹²⁵ Parker, Geoffrey (ed.), *Historia de la guerra*. Akal, 2010.

coercitiva o instrumental que pretende controlar a una población en lugar de exterminarla-⁹²⁶.

Otra de las deficiencias que también señala Kavylas sobre los historiadores es la de categorizar a la violencia bajo el binomio de “locura” -en relación con la tendencia de la violencia expresiva o de la violencia subjetiva como aludía Žižek- o de “instrumentalización” pura. Así, dada la visceralidad que muchas veces cobra la violencia, no resulta del todo extraño que muchos investigadores la aborden desde una predisposición de “temor e incredulidad”⁹²⁷. A tenor de esta tendencia, los estudios de la violencia en contextos bélicos suelen estar llenos de “discursos descriptivos de victimización” unidos a “discursos normativos de condena”. Ello deriva en la sustitución de la explicación por estos discursos y una malinterpretación de “los síntomas de la violencia”⁹²⁸.

En otros términos, el análisis de la violencia en los conflictos armados ha tomado siempre una faceta de “patología” o “enfermedad social”, “irracionalidad” o entrega desenfrenada a emociones iracundas. Un claro ejemplo de este sesgo de patología lo representan las obras del historiador Laurence Rees⁹²⁹. Así, este autor admitió en las conclusiones de su estudio los prejuicios desde los que partía:

Cuando empecé mi investigación, no buscaba confirmar una premisa; más bien, creía que los autores de los crímenes con los que me disponía a reunirme serían, en cierto sentido, personas evidentemente «diabólicas» en sí mismas: no tendrían cuernos, pero serían ostensiblemente distintas del resto de la sociedad. Nada más lejos de la realidad⁹³⁰.

No obstante, no puede pasarse por alto la labor que realiza Rees de contextualizar las dinámicas de la violencia durante la Segunda Guerra Mundial. Sobresale el análisis y exposición de los marcos sociales y políticos que contribuyeron al embrutecimiento del ejército japonés durante la era Shōwa⁹³¹.

Pero ya desde la Antigüedad el sesgo patológico para explicar las conductas violentas había quedado patente. Séneca hacía énfasis en la ira como origen de toda violencia expresiva al tiempo que resaltaba su fuerte carácter irracional:

⁹²⁶ Kavylas, *La lógica de la violencia...*, pp. 46-47.

⁹²⁷ Ídem, p. 56.

⁹²⁸ Ídem, p. 57.

⁹²⁹ Rees, Laurence, *Los verdugos y las víctimas. Las páginas negras de la historia de la segunda guerra mundial*. Crítica, 2008; *El holocausto asiático. Los crímenes japoneses en la segunda guerra mundial*. Crítica, 2009.

⁹³⁰ Rees, *El holocausto asiático...*, p. 201.

⁹³¹ Ídem, pp. 17-99.

Me exigiste, caro Novato, que te escribiese acerca de la manera de dominar la ira, y creo que, no sin causa, temes muy principalmente a esta pasión, que es la más sombría y desenfrenada de todas. Las otras tienen sin duda algo de quietas y plácidas; pero esta es toda agitación, desenfreno en el resentimiento, sed de guerra, de sangre, de suplicios, arrebatos de furiosos sobrehumanos, olvidándose de sí misma con tal de dañar a los demás, lanzándose en medio de las espadas, y ávida de venganzas que a su vez traen un vengador. Por esta razón algunos varones sabios definieron la ira llamándola locura breve⁹³².

En referencia al otro extremo del binomio -la violencia instrumental- Kavylas aduce lo siguiente:

Allá donde los informes descriptivos ofrecen descripciones directas, detalladas y altamente emocionales de la violencia, los científicos sociales tienden a adoptar informes estrechamente instrumentalistas con un sesgo tautológico. Los sujetos locos son reemplazados por líderes instrumentales capaces de manipular [...] e implementar las políticas de violencia para conseguir sus objetivos⁹³³.

Otros ejemplos de cierta vaguedad conceptual -entendida esta como dispersión y poca sistematización teórica- sobre la violencia, esta vez en el campo sociológico, lo presentan las ideas que Norbert Elias exponía en la década de 1980. Este autor consideró que la violencia es la principal antagonista del proceso civilizatorio. Por ende, Elias aseveraba que el enfoque que trata de vislumbrar los motivos y la lógica de la violencia es erróneo -creer que lo “natural” es ver a la violencia como algo marginal o patológico-. En última instancia, el sociólogo francés reduce el control de la violencia en la sociedad mediante el tradicional planteamiento weberiano del monopolio de la violencia. Pero este fenómeno se vuelve insuficiente para explicar la violencia, y todos los aspectos que ella acarrea, en los conflictos armados interestatales. Dada la imposibilidad de ejercer un monopolio de la violencia supraestatal, Elias sintetiza la explicación de la violencia del contexto bélico a una “escalada mutua del miedo y del temor” y, como consecuencia, ello provoca un estado civilizatorio menor en las relaciones interestatales⁹³⁴.

Por su parte, y retornando con los planteamientos de Ziemann, los estudios históricos a partir de 1990 derivaron en un tratamiento marginal o colateral de la violencia -aunque el autor se refiere especialmente a los trabajos en torno a la Gran Guerra, esta idea también puede extrapolarse para las investigaciones de la Segunda Guerra Mundial-. La influencia de la historia de las mentalidades y la historia cultural comparada derivó que diversos enfoques “de corte culturalista” abordaran con nuevas perspectivas la Primera Guerra

⁹³² Séneca, Lucio Anneo, *De la ira (Libro I)*. Versión de edición Geenbooks Editore, 2021 [41 d.C].

⁹³³ Kavylas, *La lógica de la violencia...*, p. 58.

⁹³⁴ Elias, Norbert, “Civilización y violencia”. *REIS: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 1981, n°43, pp. 141-144.

Mundial. Uno de los ejemplos de estas nuevas formas de abordar guerra lo constituyeron los trabajos adscritos a “la historia de las enfermedades psíquicas” -violencia como resultado-⁹³⁵. Se ponderaba el afán por detallar casi clínicamente los síntomas psicológicos y cuestiones psiquiátricas de los partícipes de la guerra⁹³⁶.

Ziemman también coincide con Kavylas al remarcar la aproximación descriptivista sobre la violencia por parte de los historiadores: “Exagerando los términos se podría decir que la violencia de guerra queda reducida a una lucha cuerpo a cuerpo, en la que se pega, acuchilla y dispara a corta distancia”. Ello genera, de nuevo conectando con Kavylas, la proliferación de discursos enfocados a la violencia expresiva -con una tendencia a empatizar con las víctimas- y se le niega al lector explicaciones acerca de ahondar en “las fuerzas y procesos sociales que llevaron a millones de hombres a ejercer la violencia [de manera organizada]”⁹³⁷. En esencia, el enfoque psicológico se une con un acercamiento puramente descriptivo de la violencia expresiva la cual queda reducida a la anatomía del combate. Una anatomía del combate que es abordada también de manera tangencial mediante la memoria colectiva de los supervivientes.

En cualquier caso, otra de las formas tradicionales de encarar la violencia en las guerras ha sido mediante la cuestión cuantitativa. En efecto, la cuantificación de los homicidios se erige como una variable tangible y material valiosa para aproximarnos a la violencia. Sin embargo, ello puede derivar en un reduccionismo tanto de tesis planteadas como en la extrema limitación en la violencia como resultado. A este respecto, John Dower al igual que Ziemann critica el enfoque cuantitativo tomando el ejemplo de Steven Pinker. Grosso modo, en su obra *-The Better Angels of our Nature: The Decline of Violence in History and its Causes-* Pinker sostiene la tesis de que la violencia ha ido disminuyendo drásticamente a lo largo de la historia de la humanidad. Apoyado en datos estadísticos -de los que extrae cantidades relativas según la población y el conflicto del momento- este autor afirma que los tiempos más contemporáneos son los periodos de mayor paz que la humanidad ha experimentado⁹³⁸.

Dower remarca que las estadísticas en torno a las víctimas mortales adolecen de cierta vaguedad y complicación. ¿Qué víctimas mortales se consideran para el estudio -combatientes o no combatientes-? ¿Se refieren a homicidios directos o colaterales por los

⁹³⁵ Ziemann, “La violencia como objeto de estudio...”, pp. 144-145.

⁹³⁶ A este respecto destaca el nivel de detalle de la obra de Richard A. Gabriel, *No More Heroes: Madness and Psychiatry in War*. Hill and Wang, 1987. Tomando el caso de varias guerras del siglo XIX y XX, en este estudio Gabriel realiza un exhaustivo análisis de cuestiones como la sintomatología previa y posterior del combate, la preocupación de las autoridades militares en abordar dichos síntomas, las enfermedades psiquiátricas derivadas o el uso de fármacos y estupefacientes durante la guerra.

⁹³⁷ Ziemann, “La violencia como objeto de estudio...”, p. 147.

⁹³⁸ Pinker, Steven, *The Better Angels of our Nature: The Decline of Violence in History and its Causes*. Penguin, 2011.

diversos tipos de violencia que subyacen al conflicto armado? Dado que la cuantificación presenta un “desafío metodológico” notorio, Dower recalca lo complicado que es extraer cifras exactas. Normalmente se tiende a poseer estimaciones, como en el caso de la Segunda Guerra Mundial. En este sentido, Dower afirma que “cuando una fuente ofrece estimaciones bastante exactas [...] nos encontramos, por lo general, ante unos investigadores que carecen de humildad e imaginación”. De igual manera, otra dificultad en la recopilación de muertes radica en el “caos absoluto que produce la violencia armada”. Así, resulta relativamente fácil contabilizar las muertes militares por parte del bando vencedor, pero no del perdedor y mucho menos de las muertes sobre la población no combatiente⁹³⁹.

En cuanto a la crítica de Ziemann, este enfatiza la “simplificación” llevada a cabo por Pinker al hablar de muertes en términos porcentuales y relativos. Por ejemplo, que las muertes producidas en la Guerra de los Treinta Años sean porcentualmente superiores a las producidas en las guerras del siglo XX -sosteniendo una relación entre las muertes y la población total de las sociedades implicadas- no niega que en términos absolutos la Primera Guerra Mundial haya dejado una mayor estela de fallecidos. En otras palabras, la violencia -en este caso como resultado- no ha decrecido con el tiempo sino todo lo contrario⁹⁴⁰.

Sea como fuere, cabe reseñar, en aras de finalizar con la taxonomía y aproximación de la violencia en los contextos bélicos, algunos trabajos relevantes y relativamente recientes. Se tratan de los estudios elaborados por la historiadora Joanna Bourke⁹⁴¹, el del historiador Sönke Neitzel y el psicólogo Harald Welzer⁹⁴², el del historiador Julián Casanova Ruiz⁹⁴³ y, finalmente, la obra colectiva coordinada por David Alegre Lorenz, Miguel Alonso Ibarra y Javier Rodrigo Sánchez⁹⁴⁴. El principal mérito de estos trabajos es el de situar a la violencia como la piedra angular o hilo conductor principal para analizar diversos conflictos. Empero, es una violencia que ha seguido abordándose, en mayor o menor intensidad, como una violencia expresiva o subjetiva, una violencia centrada en la anatomía del combate o una violencia vinculada fuertemente con las memorias. Quizás, la obra de Casanova y la de Alegre Lorenz, Alonso Ibarra y Rodrigo

⁹³⁹ Dower, *El violento siglo americano...*, p. 18.

⁹⁴⁰ Ziemann, “La violencia como objeto de estudio...”, p. 148.

⁹⁴¹ Bourke, Joanna, *Sed de sangre*. Crítica, 2008.

⁹⁴² Neitzel, Sönke y Welzer, Harald, *Soldados del Tercer Reich. Testimonios de lucha, muerte y crimen*. Crítica, 2012.

⁹⁴³ Casanova Ruiz, Julián, *Una violencia indómita. El siglo XX europeo*. Crítica, 2020.

⁹⁴⁴ Alegre Lorenz, David *et al.* (coords.), *Europa Desgarrada. Guerra, ocupación y violencia, 1900-1950*. Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018.

Sánchez, se presentan como ejemplos que no se circunscriben plenamente a estos esquemas.

En el caso de la obra de Bourke, si bien esta trata una gran variedad de temas -el sustrato ideológico subyacente al ejercicio de la violencia, la función de los psiquiatras y sacerdotes en la guerra, el eventual sentimiento de culpabilidad de los ejecutores de la violencia o su adoctrinamiento previo para matar-, una de sus tesis destacadas se refiere a “los placeres de la guerra”. En efecto, ahondando en la anatomía del combate y en el adiestramiento al que estuvieron sometidos los combatientes -violencia subjetiva y expresiva-, una de las premisas más relevantes de Bourke es que muchos de los artífices de la violencia albergaban con frecuencia un sentimiento de satisfacción y placer durante el acto de matar⁹⁴⁵. Así, la historiadora neozelandesa revela:

En los escritos de quienes participaron en las tres guerras que nos interesan en este libro [la Primera y Segunda Guerra Mundial y la Guerra de Vietnam], nos encontramos una y otra vez con hombres (y mujeres) que hablan del placer vinculado al acto de matar. Este libro contiene innumerables ejemplos de hombres como el soldado tímido y sensible de la primera guerra mundial que contaba que la primera vez que había clavado su bayoneta en un alemán se había sentido «maravillosamente satisfecho... una satisfacción exultante»⁹⁴⁶.

Ziemann sale nuevamente a la palestra para poner en duda la tesis de Bourke -aunque también encomia su trabajo por presentarse novedoso en la tradicional laguna historiográfica- por un doble motivo. En primer lugar, se achaca a Bourke la limitación del enfoque histórico de la violencia desde un reduccionismo psicológico. Para Ziemann, ahondar en el “impulso homicida” desde su “origen psicodinámico o somático” va más allá del conocimiento proporcionado por el método histórico. Al mismo tiempo deja en un segundo plano la utilización de diversas fuentes para la contextualización de la violencia. En segundo lugar, el postulado de Bourke es cuestionable desde la violencia cuantitativa. Aunque poseedora de multitud de ejemplos que ratifican los “placeres de la guerra”, Ziemann resalta el pequeño porcentaje de soldados que entablaron combate, y más reducido aún para el combate cuerpo a cuerpo. Así, este señala que los testimonios de Bourke solo representan una pequeña parte de los millones de combatientes implicados. El apabullante predominio técnico en la ejecución de la violencia -artillería y aviación- hacía casi imposible que se produjeran una gran cantidad de combates cara a cara⁹⁴⁷.

⁹⁴⁵ Bourke, *Sed de sangre...*, pp. 21-49. Destaca también el tercer capítulo de la monografía titulado “Adiestrar a los hombres para matar” donde se explicita con mayor evidencia los condicionantes psicológicos del combatiente en el ejercicio de la violencia. Otra de las obras más reseñables respecto a la anatomía del combate en lo concerniente a este asunto es *El rostro de la batalla* de John Keegan.

⁹⁴⁶ Bourke, *Sed de sangre...*, p. 38.

⁹⁴⁷ Ziemann, “La violencia como objeto de estudio...”, pp. 151-152.

La satisfacción subyacente al ejercicio de la violencia enfatizada por Bourke conecta directamente con una de las premisas más llamativas del estudio de Nietzel y Welzer. Así, estos autores -apoyados en la correspondencia privada y testimonios de miles de soldados de la *Wehrmacht*- revelan que junto a diversos tipos de violencia durante 1930 y 1940 sobresalió la denominada “violencia autotélica”. Esta se trata de un tipo de violencia que se proyecta como un fin en sí mismo -la violencia por mor de la propia violencia-. La ficción o el acto de fantasear es un factor relevante en la configuración de la violencia más expresiva -algo que también señala Bourke-. Tomando como telón de fondo explicativo los marcos de referencia culturales, morales, éticos y psicocognitivos en las primeras décadas del siglo XX en Alemania, Nietzel y Welzer suscriben en cierto modo la tesis civilizatoria de Eliás al apuntar que el monopolio estatal de la violencia es uno de los progresos más notorios de las sociedades modernas⁹⁴⁸. Por ende, la existencia de este tipo de violencia -autotélica, expresiva o subjetiva- tiene su raigambre en los contextos que la normalizan:

En las normas de educación de los tiempos del káiser Guillermo II, la violencia y la dureza adoptaron posiciones destacadas, y los castigos físicos no solo parecían estar admitidos, sino que se los tenía directamente por un requisito necesario para que la instrucción personal tuviera éxito. [...] También en el plano del conjunto de la sociedad, la violencia era más cotidiana que en la actualidad. No solo porque los años de la república de Weimar estuvieran marcados [...] por una violencia de origen político, sino porque también las formas de relación social habitual estaban mucho más impregnadas de violencia física. Cuando el régimen nacionalsocialista tomó el poder, el monopolio estatal de la violencia quedó aún más socavado. El uso de la violencia, en 1940, era notoriamente más normal, esperable, legítimo y cotidiano que en la actualidad. Y cuando alguien forma parte de una organización cuyo objetivo es el ejercicio de la violencia, quizá queda más claro por qué muchos de los soldados (aunque en ningún caso todos) no necesitaron de *ninguna introducción* a la violencia. La violencia pertenecía a su marco de referencia, y el dar muerte, a su obligación⁹⁴⁹.

Por su parte, una de las obras más recientes que analiza la violencia a lo largo del siglo XX es la de Julián Casanova Ruiz. Casanova se aleja del psicologismo para abordar las expresiones de la violencia durante esta centuria. En este sentido, se aborda la violencia desde una perspectiva más amplia en términos metodológicos. Aunque quizás nos encontremos con una leve ausencia de un marco conceptual de la violencia, Casanova recorre una amplia gama tipológica de violencias expresivas -violencia política, violencia terrorista, violencia sexual, genocidios, violencia vicaria- en contextos bélicos o de revolución -Kavylas considera a las revoluciones sinónimos de guerras civiles-. En todo

⁹⁴⁸ Nietzel y Welzer, *Soldados del Tercer Reich...*, pp. 102-104.

⁹⁴⁹ Ídem, pp. 105-106.

caso, el fondo explicativo del ejercicio de la violencia ofrecido por Casanova -ahondando en los procesos de embrutecimiento militar y paramilitar en los contextos sociales y políticos- es clarificador para no perdernos en un maremágnum de los resultados de la violencia o en sus representaciones más llamativas. En las conclusiones de la investigación, el propio autor expone la siguiente reflexión en aras de vislumbrar el motivo limitador del entendimiento de la violencia -anclada en su carácter dramático y memorialístico- en perspectiva histórica:

La mayoría de la gente [entre los que pueden situarse también algunos historiadores] no está interesada en los debates, las interpretaciones, las respuestas conceptuales o las diferencias metodológicas, sino, por el contrario, en la «historia como espectáculo, anécdota de entretenimiento o prueba de conspiración»⁹⁵⁰.

Finalmente, el trabajo colectivo coordinado por Alegre Lorenz, Alonso Ibarra y Rodrigo Sánchez continúa en la línea de Casanova. En este sentido, esta investigación conjunta trata de revertir los sesgos de los historiadores tan remarcados por Kavylas a la hora de analizar las guerras. Son varios los temas abordados por los autores de esta obra en aras de configurar y arrojar luz sobre la violencia que se desencadenó durante la primera mitad del siglo XX. Conceptos como la guerra total, la guerra civil, la cultura de la guerra o la identificación de sus principales actores -combatientes regulares (voluntarios o movilizados) y guerrillas- son analizados de manera renovada. Del mismo modo, también se abordan las concreciones propias de la violencia -violencia paramilitar, violencia colonial-, así como sus materialización en último término -actos de “combatir, matar y ocupar”- junto a la edificación de las identidades y percepciones de la violencia bélica -experiencias del soldado-⁹⁵¹.

9.2. Experiencias del soldado en Canarias y Okinawa (1936-1945)

Establecido un marco de referencia sobre la violencia en los conflictos armados, es oportuno concretar esta misma en los espacios insulares de Canarias y Okinawa. Como quedó resaltado en el anterior apartado, nos centraremos en palpar esta violencia -en este caso expresiva (subjetiva) y como resultado- a través de las figuras de los soldados y de la población civil. Pero antes de nada, consideramos indispensable servirnos también de algunos planteamientos explicativos acerca de la experiencia del soldado en los contextos de guerra.

Aunque los trabajos mencionados de Bourke o Keegan acerca de la anatomía del combate ofrecieron una visión pionera en lo referido a la violencia bélica -especialmente en

⁹⁵⁰ Casanova, *Una violencia indómita...*, p. 284.

⁹⁵¹ Alegre et al. (coords.), *Europa Desgarrada. Guerra, ocupación y violencia, 1900-1950*.

relación con los aspectos socioculturales, psicológicos y tácticos-, creemos que los postulados del historiador israelí Yuval Noah Harari nos facilitarán una comprensión más amplia. Ciertamente, los estudios de Harari se presentan como algunos de los más brillantes e interesantes en lo referido a la fenomenología o experiencia de la guerra -concretamente de la mano de los combatientes-⁹⁵².

Harari ha abordado la fenomenología de la guerra mediante un enfoque cultural de la historia militar. Podría afirmarse incluso que ha establecido un intento de explicar la conformación de la subjetividad moderna a partir de las experiencias de la guerra. Unas experiencias que han sido analizadas por el autor mediante las lentes de las memorias militares y los testimonios generales de los excombatientes⁹⁵³. Una de las premisas más interesantes de Harari acerca de esta fenomenología de la guerra es la interpretación que se ha formado culturalmente del campo de batalla: el campo de batalla y la guerra como escenarios de revelación de una verdad oculta. Así, Harari analiza la información proveniente de las memorias militares -género que ha ido cambiando desde la Edad Media hasta el siglo XX- y de los testimonios para aseverar que estas confluyen en el carácter revelador de la guerra⁹⁵⁴.

En suma, la guerra -y en especial el campo de batalla- se presenta como el lugar idóneo para desenmascarar la verdad subyacente del mundo mediante, casi en exclusiva, el factor experiencial o fenomenológico. Y esta revelación se materializa, continúa arguyendo Harari, a través de la destrucción o transmutación de valores o ideales en torno a la cultura de la guerra. En efecto, de los ideales que configuraban la realidad bélica desde la Antigüedad -honor, gloria, heroísmo y patriotismo- se pasó a un derrumbamiento y transformación de dichos ideales por otros. Unos valores que, en última instancia, preconizaban un dominio de la mente sobre el cuerpo durante el combate. *Dulce et decorum est pro patria mori*. Esta frase latina representó por mucho tiempo la cultura y visión clásica de la guerra. Sacada de las odas de Horacio, el ideal de sacrificar la vida por la patria no solo se diseminó en la idiosincrasia romana, sino que se extendió hasta los periodos más contemporáneos de la cultura occidental⁹⁵⁵.

Harari establece el punto de corte de esta dinámica con el romanticismo y la cultura de la sensibilidad que fue cobrando notoriedad a partir del siglo XVIII y XIX. Desde entonces,

⁹⁵² Harari, Yuval Noah, "Combat Flow: Military, Political, and Ethical Dimensions of Subjective Well-Being in War". *Review of General Psychology*, vol. 12, nº3, 2008, pp. 253-264; *The Ultimate Experience Battlefield Revelations and the Making of Modern War Culture, 1450-2000*. Palgrave Macmillan, 2008; "Scholars, Eyewitnesses, and Flesh-Witnesses of War: A Tense Relationship". *Partial Answers: Journal of Literature and the History of Ideas*, vol.7, nº2, 2009, pp. 213-228.

⁹⁵³ Harari, Yuval Noah, "Military Memoirs: A Historical Overview of the Genre from the Middle Ages to the Late Modern Era". *War in History*, vol. 14, nº.3, 2007, pp. 289-309.

⁹⁵⁴ Harari, *The Ultimate Experience...*, pp. 1-2.

⁹⁵⁵ Ídem, p. 19.

el elemento experiencial adquirió un progresivo protagonismo -marginado pero no inexistente en épocas anteriores- para definir las interpretaciones de la guerra. Se produjo, en definitiva, una inversión de ideales, un dominio del cuerpo sobre la mente. Hubo que esperar hasta a las guerras del siglo XX -especialmente a las dos guerras mundiales- para que este giro se evidenciara de manera irreversible y con prominente latencia⁹⁵⁶. Los viejos ideales que impelían a los soldados para adentrarse en la guerra eran aniquilados por una nueva verdad. A saber, la descarnada realidad configurada por la experiencia de primera mano de los combatientes. Ya no resultaba dulce ni decoroso morir por la patria ni dar muestras de heroísmo o valor⁹⁵⁷.

Pero la revelación adquirida en la batalla no se anquilosaba en un total desengaño o en un nihilismo puro a raíz de la brutalidad bélica. Harari remarca la permanencia o reconversión de ciertos ideales, como la camaradería, a la hora de soportar los horrores de la guerra. Una camaradería exaltada a posteriori en los relatos y memorias de los veteranos de guerra como fueron los casos de Ernst Jünger con su *Tempestades de acero* o Adolf Hitler con su *Mein Kampf* -Harari considera este ideal de camaradería militar, gestado en las trincheras de la Gran Guerra, como uno de los pilares ideológicos de los regímenes totalitarios de las décadas posteriores-⁹⁵⁸.

En relación con este cambio, el historiador israelí apunta que no fue la tecnologización de las guerras del siglo XX lo que produjo una inversión en la interpretación de la guerra por parte de los soldados. Más allá de del factor tecnológico, sensaciones como el hambre, la fatiga y el padecimiento en general que sufrían los combatientes no habían cambiado desde las guerras de la Antigüedad hasta las del siglo XX. Lo que sí cambió, remarca Harari, fue la interpretación que se daba de estas sensaciones. La tendencia de prestar

⁹⁵⁶ Este giro -mayor preponderancia en la cultura de la sensibilidad- se hace también evidente en el propio ámbito académico. Recientemente destacan obras centradas en el estudio de temas como el dolor, el miedo y el sufrimiento en general desde un enfoque cultural. Cuestiones como el papel del testigo y los testimonios del dolor, la configuración cultural del dolor y los sujetos que lo padecen -énfasis en el elemento emocional- o el dolor como un eje central en la fenomenología existencial de la subjetividad moderna son los campos más desarrollados en obras como Bourke, Joanna, *Fear: A Cultural History*. Virago, 2006 y *The Story of Pain: From Prayer to Painkillers*. Oxford University Press, 2014; Moscoso Sarabia, Javier, *Historia cultural del dolor*. Taurus, 2021; Scarry, Elaine, *The Body in Pain: The Making and Unmaking of the World*. OUP USA, 1987.

⁹⁵⁷ El poema de Wilfred Owen, partícipe de la Primera Guerra Mundial, -*Dulce et decorum est*- es un ejemplo claro de este cambio de paradigma interpretativo sobre la experiencia de la guerra. En el ámbito cinematográfico, y en consonancia con el desencanto y la supeditación del cuerpo sobre la mente, destacó el filme *Sin novedad en el frente* de Lewis Milestone estrenado en 1930. Basado en la novela homónima de Erich Maria Remarque -partícipe también en la Gran Guerra- este largometraje cuenta en la actualidad con un *remake* o nueva versión, bajo el mismo título, dirigida por Edward Berger y estrenada en 2022. Es interesante observar, tal y como nos pone de relieve Harari, cómo los excombatientes ofrecen interpretaciones diversas sobre la guerra bajo el denominador común de la preponderancia del carácter experiencial. Mientras unos acuden a una visión antimilitarista -como es el caso de Remarque- para soportar los horrores de los escenarios reveladores de la realidad bélica, otros conciliaron esta insoportable verdad mediante ideales como la camaradería -casos de Hitler y Jünger-.

⁹⁵⁸ Harari, *The Ultimate Experience...*, pp. 12-13.

mayor atención al elemento experiencial fue crucial⁹⁵⁹. Así, las experiencias de la guerra siempre han estado moldeadas -consciente o inconscientemente- en cierto grado por las estructuras culturales y cognitivas del momento. Incluso, en aquellos casos donde dichas estructuras son demolidas completamente por la experiencia de la guerra, se tiende a reconstruir un nuevo andamiaje de valores -véase el caso de la citada camaradería-⁹⁶⁰.

Esta compleja tesitura conecta directamente con otra de las cuestiones de gran relevancia metodológica estudiadas por Harari al abordar la fenomenología de la guerra o del combate. Esto es, la complicada relación entre los “testigos visuales”, “los testigos carnales” y “los académicos -habitualmente los historiadores-”. Tres son los elementos que pivotan en torno a estos sujetos, a saber, el conocimiento, la información y la autoridad. Al mismo tiempo, es importante tener en cuenta las dos fórmulas sostenidas por Harari a la hora de adquirir conocimiento -histórico para este caso-. En este sentido, la forma tradicional en la adquisición de conocimiento se plantea de la siguiente manera: conocimiento = datos factuales + observación objetiva. Por su parte, el cambio de paradigma de la cultura de la sensibilidad de los siglos XVIII y XIX expone lo siguiente: conocimiento = experiencia + sensibilidad⁹⁶¹.

Grosso modo y sintetizando esta problemática, los “testigos visuales” son aquellos sujetos que proporcionan información acerca de un evento tomando cierta distancia. Se trata, por tanto, de individuos cuya razón de ser reside exclusivamente en la información que puedan ofrecer -en este caso a los historiadores-, aunque esta pueda estar deformada -dado su carácter transmisor y la existencia de más de un testigo visual-. Por su parte, los académicos representan la máxima figura de autoridad en lo concerniente a la elaboración y transmisión de conocimiento -autoridad epistémica-⁹⁶².

Finalmente, los “testigos carnales” son aquellos que van más allá de la función ejercida por los “testigos visuales”. Son, en último término, sujetos implicados física y emocionalmente en los eventos bélicos. Una implicación proveniente de la dialéctica entre la experiencia y la sensibilidad -la sensibilidad desarrollada no sólo por la adquisición de patrones y estructuras culturales, sino también mediante la constante relación con el entorno-. Así, la finalidad de los “testigos carnales” no radica tanto en la transmisión de información, sino en presentarse como figuras de autoridad acerca del evento vivido y experimentado. En efecto, estos sujetos se apoyan en su condición experiencial y emocional para afirmar que no es posible compartir un conocimiento de unos determinados eventos. Por muchos textos académicos, novelas, películas y

⁹⁵⁹ Ídem, pp. 302-303.

⁹⁶⁰ Ídem, pp. 20-21.

⁹⁶¹ Harari, “Scholars, Eyewitnesses, and Flesh-Witnesses...”, pp. 217-218.

⁹⁶² Ídem, pp. 215 y 223.

periódicos que se consuman uno no comprenderá a fondo, por ejemplo, la realidad de las trincheras durante la Primera Guerra Mundial salvo que haya experimentado de primera mano dicha realidad. Los testigos carnales se erigen así sobre un pedestal, casi místico, en aras de portar una verdad revelada. El uso de estos testigos carnales por parte de los historiadores representa un arma de doble filo tanto que su autoridad epistémica puede ser cuestionada. Una autoridad que no se limita simplemente a la veracidad de los eventos históricos experimentados, sino al mismo proceso de generación y adquisición de conocimiento histórico⁹⁶³.

Así, aunque los planteamientos de Harari no deban tomarse como estructuras de análisis rígidas, estos pueden servirnos para acercarnos, finalmente, a las experiencias del soldado en los entornos insulares de Canarias y Okinawa. Y, nuevamente, a pesar de que las premisas de este historiador parten de la interpretación que se dio de la guerra a raíz del género de las memorias militares -enfaticando lo que era memorable a posteriori para cada uno de los sujetos- los testimonios orales también pueden presentar cierta plasticidad para adherirse a estos esquemas interpretativos.

Si bien esta temática -experiencias del soldado- ha tenido una gran profusión académica para el caso de Japón, incluyendo a Okinawa, no puede decirse lo mismo para el ámbito español. En efecto, la experiencia de la guerra de la mano de los excombatientes ha sido una cuestión marginal en la historiografía española tal y como ha apuntado Francisco J. Leira Castiñeira, al menos en la historiografía no tan reciente⁹⁶⁴. El propio estudio de Leira constituye un punto de inflexión en este sentido. Apoyándose en los trabajos internacionales más recientes con nuevos enfoques -culturales y sociales- sobre la historia militar, este autor conecta también en cierto modo con los postulados de Harari. Su obra se presenta como una de las primeras en situar a los soldados reclutados por el bando sublevado como sujetos centrales de la investigación histórica.

De hecho, y retomando una de las tesis de Leira, el asunto de las experiencias en la guerra durante la Guerra Civil española o la Segunda Guerra Mundial -a través de los

⁹⁶³ Ídem, pp. 224-226. De igual modo, Harari se sirve de la “teoría del flujo” -desarrollada por la psicología- para adentrarse en la propia fenomenología del combate. En esencia, la teoría del flujo sostiene que el balance o bienestar subjetivo proviene de un equilibrio entre los retos o actividades desempeñados y las habilidades del individuo. La inmersión total o plena conciencia del sujeto se traduce en un flujo constante sobre lo que está ejecutando y experimentando. Harari toma este marco teórico para analizar los estados de consciencia plena, éxtasis o de eficiencia extrema por parte de los soldados durante el combate. Véase Harari, “Combat Flow: Military, Political...”, pp. 253-264.

⁹⁶⁴ Leira Castiñeira, Francisco J., *Soldados de Franco. Reclutamiento forzoso, experiencia de guerra y desmovilización militar*. Siglo XXI, 2020, pp. 23-25. Además de la obra de Leira Castiñeira destacan también en la historiografía reciente, además de otros autores y trabajos que son citados a posteriori, los trabajos de James Matthews para la Guerra Civil: *Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la Guerra Civil, 1936-1939*. Alianza Editorial, 2013; *Voces de la trinchera. Cartas de combatientes republicanos en la Guerra Civil española*. Alianza ensayo, 2015; *España en guerra. Sociedad, cultura y movilización bélica 1936-1944*. Alianza Editorial, 2021.

combatientes de la División Española de Voluntarios (DEV)- ha sido tradicionalmente reducido a explicaciones e hipótesis que ratifican el factor ideológico o adoctrinador. Nada más lejos de la realidad histórica. Estos sesgos, de los que también partió el propio Leira, se tambalean para abrir nuevas hipótesis respecto a las experiencias de la guerra por parte de los soldados españoles en estos conflictos. La “heterogeneidad sociocultural” de los excombatientes ofrece una visión diferente⁹⁶⁵. Otra de las investigaciones recientes más destacadas, y en consonancia con la aproximación de Leira, es la de Xosé Manoel Núñez Seixas⁹⁶⁶. Ciertamente, el acercamiento de este historiador a las experiencias bélicas de los divisionarios españoles es uno de las más interesantes tanto por su variedad metodológica -sirviéndose de numerosos testimonios y memorias como Leira- como enfoque -con especial relación a la interpretación de dichas experiencias por parte de los soldados al igual que Harari-⁹⁶⁷. Del mismo modo, coincidiendo con el historiador israelí, tanto Núñez Seixas como Leira ponen de relieve la importancia de los “testigos carnales” -en este caso los soldados- en sus investigaciones. La falta de reflexión sobre las experiencias del combate por parte de los propios soldados daba como resultado su difícil transmisión mediante palabras⁹⁶⁸. O, por el contrario, las reflexiones a posteriori por los excombatientes solo pueden ser interpretadas, a juicio de estos, por los demás en clave moral. Así, los veteranos sentirían una incompreensión por parte de aquellos que no experimentaron la guerra. Leira recuerda una frase muy común en los testimonios que manejó: “hay que vivirlo para saber lo que es”⁹⁶⁹.

⁹⁶⁵ Ídem, p. 26.

⁹⁶⁶ Núñez Seixas, *Camarada invierno. Experiencia y memoria de la División Azul (1941-1945)*. Crítica - versión Epub-, 2016. Actualmente, y revirtiendo progresivamente su marginalidad historiográfica, el estudio de las experiencias de la guerra y la violencia por parte de los combatientes en la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial ha tenido mayor protagonismo desde varios enfoques. Sobresalen trabajos como los de David Alegre Llorenz, *La batalla de Teruel: Guerra total en España*. La Esfera de los libros, 2018; Alegre Lorenz, David y Alonso Ibarra, Miguel, “Reclutamiento, encuadramiento y experiencia de guerra desde la Antigüedad hasta nuestros días”. *Millars: Espai i historia*, vol.43, nº2, 2017, pp. 9-34; Alegre Lorenz y Alonso Ibarra, “Guerra y género, mundo militar y sociedad: experiencia bélica, guerras de ocupación, relaciones con la retaguardia”. *Jerónimo Zurita: Revista de Historia*, nº24, 2019, pp.9-25; también sobresalen autores e investigaciones como las de Ángel Alcalde Fernández, *Los excombatientes franquistas. La cultura de guerra del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes (1936-1965)*. Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014; Javier Rodrigo Sánchez, *Una historia de la violencia. Historiografías del terror en la Europa del siglo XX*. Anthropos Editorial, 2017; o Miguel Alonso Ibarra, “Ex-combatientes. Un análisis del fascismo español a través de las memorias de los soldados de Falange”. *Claves del mundo contemporáneo. Debate e investigación: actas del XI Congreso de la Asociación de la Historia*, 2013, pp. 1-19; “Combatir, ocupar, fusilar. La evolución de la violencia bélica de los sublevados en la guerra civil española (1936-1939)”, en Alegre Lorenz et al. (coords.), *Europa Desgarrada. Guerra, ocupación y violencia, 1900-1950*. Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018, pp. 195-244. No obstante, nos centraremos en los trabajos citados de Leira y Núñez Seixas dada su concisión y el enfoque que plantean para esta temática.

⁹⁶⁷ Núñez Seixas, *Camarada invierno...*, pp. 214-246. Los apartados de estas páginas cubren con detalle la vida y experiencia de los soldados en el frente -incluyendo la propia visión e interpretación que enarbolaban estos sobre el escenario bélico-.

⁹⁶⁸ Ídem, p. 235.

⁹⁶⁹ Leira, *Soldados de Franco...*, p. 179.

Pero si el soslayado asunto de la experiencia bélica de los soldados españoles -durante la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial- ha cobrado mayor interés en las últimas décadas, no podemos afirmar lo mismo al tratar el contexto insular canario⁹⁷⁰. En efecto, Canarias representa un desafío metodológico -sobre todo por la escasez de fuentes orales o memorialísticas- a la hora de abordar en perspectiva histórica las experiencias de los excombatientes isleños, al menos desde el enfoque del que pretendemos servirnos en relación con lo hasta ahora expuesto -interpretación y percepción de la guerra de la mano de sus partícipes-. Por tanto, es casi inevitable que nos apoyemos de un contexto más general, materializado en los trabajos citados de Leira o Núñez Seixas, para dar forma y vislumbrar las experiencias bélicas de los combatientes insulares. Del mismo modo, y en aras de obtener una visión más amplia, debemos añadir también a la pura fenomenología del combate otro tipo de experiencias colaterales. Por ejemplo, la motivación de los combatientes en el periodo de alistamiento -en el caso del voluntariado- o la propia percepción de la vida militar -con o sin la experiencia del combate-.

En cualquier caso, los trabajos más relevantes en torno a los combatientes canarios para las décadas de 1930 y 1940 son los de Francisco Jiménez Soto⁹⁷¹ y Juan José Díaz Benítez⁹⁷². Estas investigaciones se refieren sobre todo a las experiencias de los reclutas canarios -y también de otros españoles residentes en las islas - en el cuerpo expedicionario de la División Azul. En la obra de Soto Jiménez se recaba de manera amplia y detallada información referida a los más de un millar de divisionarios que partieron desde Canarias⁹⁷³. Si bien este autor nos ofrece datos concretos de la condición socioeconómica de los voluntarios -municipios de procedencia, eventual filiación a Falange, profesión-,

⁹⁷⁰ Por ejemplo, la obra colectiva de *La Guerra Civil en Canarias* editada por Miguel Ángel Cabrera Acosta presenta ausencias notorias, tanto cualitativas como cuantitativas, de los soldados isleños y sus experiencias en el conflicto civil. Aunque se debe especificar que este trabajo se publicó en el año 2000, momento en el que aún la historiografía española, por no hablar de la insular, comenzaba a tratar estas cuestiones de forma primigenia.

⁹⁷¹ Jiménez Soto, Francisco, *Voluntarios de Canarias en la División Azul*. Tesis Doctoral – Universidad de las Palmas de Gran Canaria, 2015. Aunque nos hemos servido de la tesis y de la información proporcionada en bruto por Jiménez Soto, existe una edición posterior: *La División Azul en el Frente de Rusia. (1941-1943) Voluntarios de Canarias*. Mercurio Editorial, 2019.

⁹⁷² Díaz Benítez, Juan José, “Voluntarios de la zona aérea de Canarias y África occidental en la Wehrmacht”. *Historia Social*, nº53, 2005, pp. 47-62. El total de canarios movilizados en el bando franquista durante la Guerra Civil fue de 71.310. Véase AGMA, Secretaría General, caja 20.944, Estadísticas de reemplazos movilizados, “Reemplazos llamados a filas y voluntarios alistados en campaña, por regiones”, 1940. Debemos incluir también ineludiblemente a Daniel González Suárez cuya tesis *-La contribución humana de Canarias al bando franquista durante la Guerra civil española (1936-1939)-*, aún no presentada, trata sobre los combatientes canarios en el bando sublevado. González Suárez se presenta como el primer investigador reciente en realizar un gran acopio de entrevistas de excombatientes -cerca de 60- y, a razón de ello, como uno de los primeros historiadores en abordar sistemáticamente y desde un enfoque sociocultural la violencia experimentada por los veteranos de guerra insulares. Para mayor detalle véase la exposición que hizo sobre su proyecto de tesis en el Seminario de Investigación del Programa de Doctorado Islas Atlánticas, celebrado 15 de diciembre de 2016 [<https://accedacris.ulpgc.es/handle/10553/20845>].

⁹⁷³ Pueden consultarse los detalles de cada uno de los divisionarios en los anexos elaborados por el autor, Jiménez, *Voluntarios de Canarias...*, pp. 519-556.

no podemos decir lo mismo en lo referido a sus experiencias de la guerra en el frente. A lo sumo, se proporcionan los principales motivos que impelieron a los voluntarios para adherirse al cuerpo expedicionario. Así, la principal motivación radicaba en el factor económico. La extendida precariedad material de las islas -materializada en último término en un desempleo creciente- a razón del periodo de posguerra provocaba que muchos voluntarios vieran en la División Azul un medio para mejorar su situación. La doble paga recibida -tanto por el Ejército español como por la *Wehrmacht*- junto con la condición de veterano por los beneficios que acarrearía a posteriori fueron los principales atractivos⁹⁷⁴.

Igualmente sobre los motivos ha incidido Juan José Díaz Benítez en su estudio. Dedicado a analizar los voluntarios de la ZACAO (Zona Aérea de Canarias y África occidental) en la División Azul, Díaz Benítez revela otros componentes motivacionales durante el alistamiento⁹⁷⁵. Además del citado aliciente pecuniario, no cabe duda de que otros motivos eran la opción de promocionar en la carrera militar o una oportunidad para resarcir o depurar la vinculación político-republicana de la Guerra Civil⁹⁷⁶. No se puede desdeñar tampoco el factor ideológico, por mucho que este haya sido discutido en relación con su implicación real. Los ideales fascistas, el anticomunismo -alentado también por la sed de venganza durante la Guerra Civil- y el fervor religioso fueron los componentes más destacados en este marco eidético. No obstante, estos elementos motivacionales no son exclusivos de Canarias y han sido tratados por otros autores, como los citados Leira y Núñez Seixas, para aplicarlos al resto de los soldados españoles⁹⁷⁷.

Debemos puntualizar igualmente que el escenario español, en el que se incluye el entorno de Canarias, constituye un punto intermedio en las experiencias o la fenomenología de la guerra. Es decir, se muestra la convivencia de una serie de ideales -podríamos sostener clásicos o tradicionales según la clasificación de Harari- con otros reinterpretados -la camaradería- además del hastío, desencantamiento o padecimiento general. Una de las explicaciones de esta situación se debe a la no participación de España en la Gran Guerra. En efecto, los combatientes de las principales potencias europeas pudieron acumular durante este conflicto el suficiente bagaje experiencial bélico -condicionado luego por las estructuras culturales y cognitivas del momento- crucial para el viraje interpretativo que enfatizaba Harari. La citada diversidad socioeconómica y cultural de la España de la década de 1930 junto a una limitada experiencia en masa de la guerra -circunscrita a las campañas coloniales africanistas- daba como resultado a una población más preocupada

⁹⁷⁴ Ídem, pp. 197 y 202-203.

⁹⁷⁵ La cifra de voluntarios provenientes de la ZACAO se sitúa en 104. Véase Díaz Benítez, pp. 60-61.

⁹⁷⁶ Ídem, pp. 48-50,

⁹⁷⁷ Núñez Seixas, *Camarada invierno...*, pp. 74-78.

por las mejoras en sus condiciones de vida que en la implicación directa de los contextos bélicos⁹⁷⁸.

Pero los ideales -ya fueran inducidos o asumidos por los propios soldados-, sea cual fuera su impronta, no estaban reñidos con otros factores más mundanos y prácticos -incentivos económicos y sociales-. De hecho, lo más común es que todos ellos tuvieran relevancia durante las experiencias de los combatientes. Así nos lo plasma Núñez Seixas al referirse al fenómeno divisionario: “Un mismo voluntario podía experimentar, además, diferentes motivaciones a lo largo de su experiencia de guerra, desde el momento de la partida hasta la vivencia compartida del combate y el encuentro con el enemigo”⁹⁷⁹.

Nuevamente, Núñez Seixas nos expone con detalle varios de los ideales y factores que jugaron un papel notorio en las experiencias de los voluntarios de la DEV. Aunque el autor afirma que estos elementos fueron los moldeadores de la masculinidad de la época, lo cierto es que muchos de ellos conformaban ideales o motivadores con autonomía propia.

Solidaridad de grupo, adoctrinamiento nacionalista, religioso e ideológico, un contexto emocional de movilización bélica en un tiempo limitado, la vinculación entre la causa y la defensa del propio hogar o entorno íntimo y local, y el énfasis en valores como el coraje, la acción directa, la aventura en tierras exóticas y el sacrificio por la comunidad nacional y/o la fe religiosa. Eran atributos clásicos de la masculinidad, acentuados en la Europa de entreguerras y objeto de especial veneración en 1936 en el bando *nacional* desde 1936⁹⁸⁰.

En todo caso, las motivaciones del voluntariado constituyen un punto de arranque en la indagación de las experiencias bélicas de los combatientes insulares. Una indagación que realizaremos al calor de algunos testimonios orales -dada la dificultad de disponer de un amplio número de estos- y memorias de veteranos de guerra⁹⁸¹. Así, para el caso de Faustino Benítez Rodríguez, excombatiente sublevado en la Guerra Civil y en el frente ruso -encuadrado en la DEV-, las motivaciones de alistamiento fueron dispares en los dos contextos bélicos. Para la Guerra Civil, Benítez Rodríguez apuntaba que su alistamiento venía dado por la inercia de grupo y por la propia inconsciencia de la juventud. También influyó el hecho de que para entonces tenía 15 años y replicar las conductas de sus

⁹⁷⁸ Leira, *Soldados de Franco...*, pp. 79-80 y 85.

⁹⁷⁹ Núñez Seixas, *Camarada invierno...*, p. 76.

⁹⁸⁰ *Ibidem*.

⁹⁸¹ Entrevistas realizadas por Juan José Díaz Benítez a Faustino Benítez Rodríguez, José Suárez Déniz y Manuel González Sosa. Tenemos que remarcar de igual forma que, dada la escasez de este tipo de fuentes, no pretendemos realizar un estudio sistemático y extrapolar nuestras hipótesis de las experiencias de la guerra de algunos combatientes isleños al resto. En su lugar, pretendemos aproximarnos, grosso modo, a dichas experiencias bajo los parámetros expuestos para compararlas con las experiencias de los soldados okinawenses.

compañeros de alistamiento era una vía para demostrar cierta masculinidad. En lo concerniente a su experiencia de combate, Benítez Rodríguez apelaba nuevamente a su inocencia juvenil para referirse a sus primeras sensaciones. Más concretamente, cuando se le preguntaba sobre la eventual sensación de peligro, el entrevistado afirmaba que no había tiempo para pensar en tal asunto: “Eso no se piensa nunca [...] En la guerra no se piensa en los peligros”⁹⁸². Más allá de dilucidar la actitud esquivada del entrevistado en torno a sus respuestas sobre las sensaciones del combate, lo cierto es que podemos, en cierto modo, encajar la experiencia de combate de Benítez Rodríguez dentro de la teoría del flujo expuesta por Harari -inconsciencia o ausencia de sensación de peligro a razón de una situación extrema que requería de una eficiencia cognitiva-.

Sea como fuere, retornando a la inconsciencia juvenil y a la presión de grupo, estos fueron unos elementos extendidos entre más excombatientes tal y como remarca Núñez Seixas, sobre todo por parte de los divisionarios a partir de 1941. En efecto, la “cultura de guerra heredada” y compartida del conflicto civil suponía un aliciente para cohesionar inicialmente a los grupos de voluntarios⁹⁸³. En cuanto al fenómeno divisionario, Benítez Rodríguez explicaba su voluntariedad de alistamiento a razón del atractivo económico. La doble paga servía para que este pudiera ayudar a sus progenitores que por entonces soportaban una situación comprometida. Al preguntarle por su opinión acerca de la Segunda Guerra Mundial este respondía: “Yo pensar no pienso en nada, sino que en mi casa hacía falta dinero y por eso me marché”⁹⁸⁴.

Otro de los excombatientes era José Suárez Déniz. Este había participado en la Guerra Civil -bajo su encuadramiento en el bando franquista- desde su reclutamiento en marzo de 1937. Tras su periplo en varios puntos a lo largo de la campaña -Navalmoral, Cáceres, Belchite o Teruel- Suárez Déniz evocaba la experiencia directa de la guerra en el frente. La herida de combate por metralla de un obús en Teruel o la participación directa en la reclusión y control de prisioneros fueron las experiencias más destacadas. Recordaba que la vida en el frente era “muy amarga” cuyo alivio se encontraba en los estados de embriaguez que experimentaban los soldados en los descansos. Esta era una conducta hasta cierto punto tolerada por sus superiores, incluso por parte de los más estrictos como era el caso de Antonio Suárez López Fando. No faltaban tampoco arengas para insuflar masculinidad y coraje como remarcaba Suárez Déniz: “[Antonio Suárez López Fando] decía que los cojones había que demostrarlos en el frente”⁹⁸⁵. En lo referido al trato de

⁹⁸² Entrevista a Faustino Benítez Rodríguez, 20 de julio de 1999.

⁹⁸³ Núñez Seixas, *Camarada invierno...*, p. 78.

⁹⁸⁴ Entrevista a Faustino Benítez Rodríguez, 20 de julio de 1999.

⁹⁸⁵ Entrevista a José Suárez Déniz, 25 de abril de 2002. Suárez Déniz fue movilizadado de nuevo, sin haber pasado un año desde su licenciamiento, para establecerse en la guarnición de Fuerteventura por cuatro años desde 1940 a raíz de la Segunda Guerra Mundial.

los prisioneros, Déniz Suárez resaltaba la frecuencia con la que estos eran escoltados para su ejecución.

Por otro lado, y en relación con la posterior movilización en 1940, Déniz Suárez describía la vida diaria del movilizado en Fuerteventura. Se trataba, en esencia, de una experiencia poco gratificante, marcada por la escasez de agua, la mala alimentación y los trabajos extenuantes dedicados a la construcción de dispositivos para la defensa de la isla. A este respecto, el entrevistado recordaba que estaban “trabajando allí como esclavos”. Como válvula de escape de esta penuria, todos los miembros del destacamento de Déniz Suárez se presentaron como voluntarios para la División Azul, aunque finalmente fueron disuadidos por sus superiores. En relación con fenómeno divisionario, el entrevistado ofrecía una opinión negativa: “De una guerra que la pasaron tan mal y pedir voluntarios para llevarlos allí [a Europa], eso sí me pareció mal. [...] no me parece mal que cada uno defienda su patria, pero ir a defender la patria de otros no, no me gusta”⁹⁸⁶.

Las complicadas condiciones de vida y experiencia cuartelaria en Fuerteventura eran compartidas por otros movilizados. Era el ejemplo de Manuel González Sosa, reclutado en mayo de 1942, encuadrado en la compañía de morteros del batallón 132 y sin experiencia bélica previa. De extracción social humilde, González Sosa evocaba la predilección ideológica de su círculo familiar, a saber, “de derechas y conservadora”. Su experiencia como soldado le hizo que mostrase simpatía por tendencias izquierdistas. Del mismo modo, a juicio de González Sosa entre la tropa se extendía un sentimiento de aliadofilia a excepción de alguna “gente fanática de los alemanes”⁹⁸⁷. Otras experiencias reseñables evocadas por González Sosa eran la relajada disciplina, la deficiente instrucción en el armamento, el estado precario de los dispositivos defensivos y la camaradería que se gestaba durante la convivencia -González Sosa destacó la calidad del trato recibido por algunos de sus superiores y por sus compañeros-. En cuanto a la percepción que poseía de la guerra, este señalaba que toda la información recibida provenía de diarios y revistas afectos al régimen -periódico *Arriba* y revistas *Mundo* y *Ejército*-. Pero esta visión era contrastada por el contacto con excombatientes republicanos, a través de sus experiencias de la Guerra Civil, y en ese momento encuadrados en la guarnición de Fuerteventura⁹⁸⁸.

Entre otro de los casos de excombatientes y que coincidió con su periodo de servicio militar obligatorio fue el de Félix Martín de León. Asignado a la Infantería de Marina -

⁹⁸⁶ Ibidem.

⁹⁸⁷ Entrevista a Manuel González Sosa, 8 de abril de 2002. Aunque González Sosa provino de una familia humilde, este fue uno de los poetas canarios de posguerra y, en general, del último tercio del siglo XX, por lo que su nivel cultural era muy diferente al de los demás entrevistados.

⁹⁸⁸ Ibidem.

dada su profesión de marinero- Martín de León había pasado el examen médico de reclutamiento poco después de estallar la Guerra Civil. En ese momento se trasladó a Mauritania, a través de Port-Etienne, con otros compañeros para evitar el reclutamiento en el bando sublevado⁹⁸⁹. Desde Mauritania pasó a Dakar y desde esta ciudad portuaria a Burdeos a través de la marina mercante francesa. Desde Burdeos viajó finalmente a Barcelona donde fue encuadrado en la 56ª Brigada Mixta de Marina -permaneciendo activo desde 1937 hasta principios de 1938-. Herido en combate durante 1937 en Peñarroya -Córdoba- por la metralla de un obús, fue trasladado al hospital de esa misma localidad y, finalmente, al hospital de Cartagena. Como quedó expuesto, aunque su alistamiento estuvo condicionado por coincidir con el servicio militar, Martín de León explicaba su predilección por el Ejército Republicano a raíz de un cúmulo de factores además de la tendencia política izquierdista de la que partía personalmente. A saber, entraron en juego la citada inconsciencia juvenil y la presión de grupo de sus compañeros -como había ocurrido con Benítez Rodríguez-, la sensación de vivir una aventura⁹⁹⁰ y, finalmente, la percepción de que el golpe sería sofocado con rapidez y no era conveniente situarse en el bando perdedor por las eventuales represalias⁹⁹¹.

Por otra parte, no faltaron los testimonios de excombatientes que suscribían y elaboraban un relato idealista -plasmado en memorias y diarios de guerra- al calor de la interpretación que hacían de la guerra. Unos relatos que provenían de la mano de los integrantes del Movimiento que, aunque minoritarios tanto en la Guerra Civil como en la División Azul, tuvieron un impacto significativo en la socialización y “hegemonía simbólica desde los primeros momentos”⁹⁹². En el contexto insular, destacaron las memorias de guerra de Prudencio Doreste Morales, ferviente seguidor de los ideales falangistas. El caso de Doreste Morales se presentaba como el arquetípico relato sobre la guerra en el que quedaban expuestos los ideales guerreros clásicos, aderezados por el filtro falangista, -masculinidad, heroísmo, valor-, la añoranza de las islas junto a la demonización del

⁹⁸⁹ El caso de Félix Martín de León fue uno de entre tantos de los canarios que huyeron de las islas hacia la costa occidental africana. Al igual que Martín de León, estos evadidos eran marineros y pescadores que tenían conexiones rutinarias con los puertos africanos, algo que aprovecharon en su beneficio para planificar la huida. Sobre más casos de los canarios huidos véase Anaya Hernández, Luis Alberto *et al.*, “Huidos, evadidos, desertores y canjeados. Los canarios republicanos en la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial, 1936-1945”. En *III Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote. Tomo I*, Cabildo Insular de Fuerteventura y Cabildo Insular de Lanzarote, 1989, pp. 329-358; Anaya Hernández, Luis Alberto *et al.*, “Los evadidos y exiliados canarios en Francia y en las colonias francesas del África Occidental (1936-1946)”. *X Coloquio de Historia Canario-Americana*, vol. 2, 1994, pp. 619-646.

⁹⁹⁰ Esta percepción era también muy común entre los voluntarios milicianos que apoyaron el golpe y veían la experiencia bélica como una oportunidad para mostrar sus convicciones y, en definitiva, una oportunidad para la cohesión social. Véase Leira, *Soldados de Franco...*, p. 189.

⁹⁹¹ Entrevista a Félix Martín Méndez -primogénito de Félix Martín de León-, 15 de enero de 2023; Correspondencia privada de Félix Martín de León - Archivo familiar.

⁹⁹² Núñez Seixas, *Camarada invierno...*, p. 76.

enemigo y la justificación de la violencia perpetrada sobre estos. Además, se hacían patentes con frecuencia los elementos cotidianos de la vida en el frente donde era crucial la camaradería para sobrellevar los duros momentos⁹⁹³. Podría incluso afirmarse que el relato de Doreste Morales cobra cierta similitud con el enfoque que Jünger plasmó sobre la guerra en *Tempestades de acero*. Algunos extractos de la obra de Doreste Morales dejan entrever lo expuesto:

Paisaje de guerra, naturalmente: de desolación y tristeza. Camiones automóviles abandonados, tanques destrozados y cadáveres de milicianos comunistas que las fuerzas rojas, en su desordenada huida de hacía pocas horas, no habían tenido tiempo de retirar. Eso era todo lo que podían recoger nuestras retinas. ¡Espectáculo macabro que ya no nos impresionaba por habernos habituado a él!⁹⁹⁴

La campaña guerrera proporcionaba siempre muchas fatigas y muchos inconvenientes para una relativa comodidad. Cuando nosotros salimos de Canarias estábamos convencidos de ello, mas como había que sacrificarse, no tomamos nada de eso en consideración ¡La Patria lo merecía!⁹⁹⁵.

El frío, cada día, se hacía más insoportable y el servicio más duro. Por estas circunstancias, mis jefes [...] por consideraciones a mi edad, acordaron dejarme exento de todo servicio. No se avenía esta ventaja con mi carácter y decidí, voluntariamente, compartir las guardias con mis compañeros⁹⁹⁶.

Es interesante inferir a partir de los escritos de Doreste Morales la mezcla de las dos concepciones de la camaradería. A saber, una camaradería idealizada -especialmente bajo los dogmas falangistas-, junto a una camaradería más mundana y rutinaria como quedaba mostrado en los testimonios de los anteriores entrevistados. Esta era una situación igualmente que se palpaba con asiduidad en el frente ruso entre los divisionarios españoles tal y como remarca Núñez Seixas⁹⁹⁷.

Bernardo de la Torre Champsaur representa, esta vez para el bando republicano, otro ejemplo de interpretación de la guerra al calor de unos marcados ideales. Integrante del batallón “Canarias” del 5º Regimiento de Milicias Populares -dirigido por Guillermo Ascanio Moreno-, de la Torre Champsaur relata sus vivencias en el batallón y los diferentes combates en los que fue partícipe. Aunque su estilo no es tan exacerbado como el de Doreste Morales, lo cierto es que de la Torre Champsaur describía muchos momentos de su experiencia bélica bajo el halo del idealismo republicano -lucha

⁹⁹³ Doreste Morales, Prudencio, *Ocho meses de campaña*. Tip. “Diario”, - Las Palmas, 1938.

⁹⁹⁴ Ídem, p. 29.

⁹⁹⁵ Ídem, p. 33.

⁹⁹⁶ Ídem, p. 69.

⁹⁹⁷ Núñez Seixas, *Camarada invierno...*, p. 240.

antifascista, heroísmo y valor, defensa de los valores revolucionarios-. Además de los enfrentamientos destacados en escenarios como el Alcázar de Toledo y el énfasis en la actitud combativa de los miembros del batallón, de la Torre Champsaur resaltaba la falta de instrucción militar durante la creación de la unidad. Ello lo achacaba, entre otros factores, a la falta de experiencia y bagaje bélico de España al no participar en la guerra europea precedente⁹⁹⁸.

Una de las muestras de heroísmo y valor republicano resaltado por de la Torre Champsaur fue el ejemplo del combatiente Álvaro Lisón. Como consecuencia del repliegue republicano del Cerro de los Ángeles, “muchos eran ya aquellos sucios y malolientes moros y legionarios los que con sus vidas estaban pagando las de los milicianos caídos en la retirada”⁹⁹⁹. Entre ellos se encontraba Álvaro Lisón, integrante del batallón “Canarias”. Como consecuencia de una herida, Lisón no pudo continuar con la huida siendo ejecutado cuando fue alcanzado por las tropas sublevadas. De la Torre Champsaur recuerda que Lisón se despidió de sus compañeros con los gritos de “¡Viva la República! ¡Viva el 5º Regimiento! [...] Y allí quedaron, él y otros ignorados combatientes, que con su resistencia y sacrificio hicieron posible el día 7 la grandiosa gesta de la defensa de Madrid”¹⁰⁰⁰. La proeza de Lisón quedó igualmente recogida en el periódico *Canarias Libre. 5º Regimiento. Boletín del Batallón Canarias*:

Álvaro Lisón. Gran compañero. Todavía recuerdo cómo se desvivía por atender a todos sus compañeros durante la estancia en Toledo. Yo, que he visto cómo luchó en Pinto y escuché sus últimas frases arengándonos a no desmayar aún después de haber recibido la herida que le ocasionó la muerte, no le puedo olvidar. Por eso, camaradas que estáis en el frente de nuevo, os pido que imitéis su ejemplo y venguéis su muerte, No desmayéis ante nada y con el recuerdo de nuestros compañeros caídos dentro del alma, luchar hasta vencer¹⁰⁰¹.

⁹⁹⁸ De la Torre Champsaur, Bernardo, “Recuerdos y datos sobre el batallón «Canarias» del 5º Regimiento de Milicias Populares”. En Méndez Ascanio, Eladio (ed.), *Guillermo Ascanio. Comandante del Batallón Canarias*. Gobierno de Canarias – Consejería de Educación, Cultura y Deportes. Dirección General de Cooperación y Patrimonio Cultural – Centro de la Cultura Popular Canaria, 2007, p. 93. Esta obra colectiva tiene como propósito ahondar en el batallón Canarias y en sus principales integrantes, destacando la figura de Guillermo Ascanio Moreno. A su vez, Agustín Millares Cantero advierte sobre algunas cuestiones -en un apartado introductorio- acerca de la información proporcionada por de la Torre Champsaur. Aclara que esta no estaba exenta de contradicciones respecto a testimonios de otros excombatientes y los datos que proporcionaba no eran siempre correctos para con la veracidad factual.

⁹⁹⁹ Ídem, p. 105.

¹⁰⁰⁰ Ídem, p. 106.

¹⁰⁰¹ Gómez, Ángel F., *Canarias Libre. 5º Regimiento. Boletín del Batallón Canarias*. Nº 5 del 19 de noviembre de 1936, Madrid. Todos los números de este periódico están disponibles en la Biblioteca Digital – Memoria de Madrid-. [<http://www.memoriademadrid.es/home.php?accion=Home>].

Figura 35. Movilizados canarios en el bando sublevado a bordo del buque *La Palma* (Muelle Santa Catalina) para su traslado a los frentes peninsulares, 1936.



Fuente: Archivo Histórico Municipal de Arucas (AHMA), Patrimonio histórico – “Serie 07 Tropas embarcadas I”.

Si las experiencias de guerra de los soldados canarios representaban una mezcla interpretativa -idealismo falangista o republicano que insuflaba valores de heroísmo y ansias de batalla, la camaradería y las penurias rutinarias de la vida militar-, el contexto japonés se configuró como un ejemplo claro del dominio de la mente sobre el cuerpo, al menos desde el adoctrinamiento implantado por la estructura castrense. Pero como respuesta a esta imposición ideológica abundaron las experiencias de combatientes nipones que realizaban la interpretación inversa, a saber, el dominio del cuerpo sobre la mente. Si bien no se puede desdeñar el contingente significativo de soldados adheridos a las fervientes consignas propugnadas por el imperio, no es menos cierto que muchos otros experimentaron la guerra bajo el desencanto de dichos ideales, el sufrimiento general y la sensación de culpa y arrepentimiento al final del conflicto -aunque esta cuestión es una

problemática matizable¹⁰⁰². Estas experiencias estuvieron más extendidas si cabe entre los soldados provenientes de las colonias del Imperio -aunque Okinawa era formalmente una prefectura más, el trato a su población se asemejaba al de una colonia- forzados a luchar y abrazar el supremacismo racial nipón¹⁰⁰³.

En efecto, la conjugación de varios componentes en el ámbito eidético dio como resultado una ideología militarista encaminada a la exaltación de diversos valores o ideales que debían ser asumidos no solo por los propios soldados, sino también por el resto de la población japonesa y súbditos del imperio. Pero, sin duda, algunos de los valores más destacados en la conformación del pensamiento militarista nipón fueron los emanados del bushidō -camino del guerrero-. Código ético y de valores teorizado y sistematizado por intelectuales japoneses desde la segunda mitad del siglo XIX, el bushidō fue una de las piedras angulares en la educación moral de la sociedad nipona desde el periodo Meiji hasta el Shōwa. Inazō Nitobe, uno de los padres de este sistema de valores, escribió en 1905 *Bushidō: el alma del Japón*¹⁰⁰⁴, obra culmen y utilizada a posteriori para los programas de educación y adoctrinamiento.

Pero aunque el bushidō reverberaba desde el periodo Meiji, no fue hasta la era Shōwa cuando comenzó a cobrar una mayor importancia. El auge del nacionalismo japonés a partir de 1920, al calor de la progresiva marginalización nipona en el escenario internacional -Tratado Naval de Washington de 1922, fin de la alianza anglo-japonesa, condena de la Sociedad de Naciones sobre Japón por su expansionismo a partir de 1930-, conectó con los discursos que ensalzaban al bushidō con más fuerza. Dio comienzo, por ende, una institucionalización de este sistema de valores por parte de las autoridades militares y educativas¹⁰⁰⁵. Durante este periodo también nacieron fuertes tendencias literarias, con gran recibimiento popular, encaminadas a evocar el pasado de la antigua clase samurái desde un marcado romanticismo e idealismo -aunque el romanticismo de esta clase guerrera se remontaba a mediados del siglo XVII por parte de los samuráis del

¹⁰⁰² Ian Buruma realiza un profundo análisis en lo concerniente a la reflexión de la culpa como sentimiento o filtro evocador de las experiencias de la guerra por parte de los japoneses -comparándolo con el caso alemán-. Véase Buruma, Ian, *El precio de la culpa. Cómo Alemania y Japón se han enfrentado a su pasado*. Duomo ediciones, 2011.

¹⁰⁰³ Destaca por ejemplo el estudio de Brandon Palmer acerca de los soldados coreanos encuadrados en las Fuerzas Armadas niponas: *Fighting for the enemy. Koreans in Japan's War, 1937-1945*. University of Washington Press, 2013.

¹⁰⁰⁴ Inazō, Nitobe, *Bushidō: el alma del Japón*. Dojo ediciones, 2010 [1905].

¹⁰⁰⁵ Benesch, Oleg, *Inventing the Way of the Samurai. Nationalism, Internationalism, and Bushidō in Modern Japan*. Oxford University Press, 2014, p. 174. La obra de Benesch ofrece un análisis muy completo acerca de la genealogía del bushido desde el periodo Meiji y su posterior vinculación con el militarismo de la era Shōwa.

periodo Edo-. Un caso relevante fue el del novelista japonés Eiji Yoshikawa con su obra *Mushashi*¹⁰⁰⁶.

El bushidō pretendía, en esencia, socializar un fuerte espíritu marcial en relación con su raigambre histórica de la antigua casta guerrera. Un legado histórico que era distorsionado en aras de elaborar un prototipo de guerrero ideal. Publicaciones doctrinales como *Los principios generales del mando estratégico* -donde se eliminaban términos como “retirada”, “rendición” o “defensa”- o manuales castrenses como *Entrenamiento moral para soldados* -dedicados especialmente a oficiales para instruirlos en el código de valores militaristas que tenía que ser transferido a la tropa- fueron algunos de los ejemplos donde el bushidō se situó como piedra angular eidética y retórica¹⁰⁰⁷. En el caso de los soldados, a partir de 1941 estos portaban como lectura obligada y de bolsillo el *Senjinkun* o *Instrucciones para el Campo de Batalla*. Se trataba de un código de valores castrenses en el que se exponían las virtudes y acciones que debía seguir la tropa¹⁰⁰⁸. En la introducción de este manual se enfatizaba lo siguiente:

El propósito del presente Código radica en proporcionar reglas de conducta concretas, a la luz de la experiencia pasada, de modo que aquellos en zonas de combate puedan acatar por completo el Rescripto Imperial y mejorar las virtudes morales del Ejército Imperial¹⁰⁰⁹.

En su caso, erigido sobre varias categorías morales, algunos valores destacados del bushidō eran la lealtad hacia el emperador, un patriotismo exacerbado, el sacrificio y la piedad filial -estos últimos fuertemente imbuidos por el neo-confucianismo desarrollado en Japón durante los siglos precedentes-. Del mismo modo, organizaciones como la Asociación Imperial de Reserva Militar o los Centros de Entrenamientos de Jóvenes a mediados de 1920 se erigieron para estrechar los lazos de la sociedad civil con los ideales castrenses. No importaba cuántos progresos tecnológicos se hubieran gestado e implementado en el campo de batalla, lo realmente importante era poseer un espíritu guerrero inquebrantable -dominio de la mente sobre el cuerpo-¹⁰¹⁰.

Por otra parte, son varios los estudios que han analizado las condiciones materiales -previas y durante el combate- que moldearon las experiencias de guerra de los soldados japoneses¹⁰¹¹. De la misma manera, son abundantes las investigaciones dedicadas a

¹⁰⁰⁶ Eiji Yoshikawa, *Mushashi. La leyenda del samurái*. Quaterni, 2020 [1935]. Véase también López Vera, Jonathan, *Historia de los samuráis*. Satori, 2016, pp. 259-275.

¹⁰⁰⁷ Benesch, pp. 176-178.

¹⁰⁰⁸ National Library of Australia (NLA), 5159208, *Field service code (Senjinkun)*, pp. 23, 8 de enero de 1941.

¹⁰⁰⁹ Ídem, p. 2.

¹⁰¹⁰ Benesch, *Inventing the Way of the Samurai...*, pp. 178-180.

¹⁰¹¹ Véase por ejemplo el trabajo de Yoshida, Yutaka, “The Battlefield Experience of Japanese Soldiers in the Asia-Pacific War”. *The Asia-Pacific Journal / Japan Focus Volume*, vol. 18, nº2, 2020, pp. 1-29; Drea,

escudriñar las propias experiencias de los soldados japoneses. Unas investigaciones que han tomado la dirección, mayormente, de cuestionar la acción adoctrinadora del Estado japonés como única fuente en la forja de las subjetividades y conductas de los combatientes nipones¹⁰¹². Efectivamente, la matizada imagen que exponen estos trabajos sobre las experiencias de la guerra es cuanto menos ilustrativa para entender cómo operaban los soldados japoneses en las diversas campañas. Pero tampoco se puede obviar el grado de influencia que ejercieron los valores militaristas en la tropa, sobre todo si se abordan cuestiones como los crímenes de guerra o la violencia indiscriminada perpetrada sobre civiles¹⁰¹³.

Así, una de las evidencias tangibles para instruir y socializar los valores castrenses entre la tropa era el *shiteki seisai* o sanción/castigo informal. En esencia se trataba de un proceso de embrutecimiento y violencia indiscriminada aplicada a los reclutas japoneses, con especial fijación en los más jóvenes. Palizas y agresiones de todo tipo y con cualquier instrumental eran las manifestaciones rutinarias durante la instrucción¹⁰¹⁴. El principal motivo subyacente del *shiteki seisai* era endurecer al soldado, pero sobre todo inculcarle disciplina y obediencia hacia sus superiores. Sin embargo, con frecuencia se producía todo lo contrario, es decir, resentimiento y desertiones de los movilizados. En contraste, con este adoctrinamiento institucionalizado era habitual que en el frente de batalla se gestaran relaciones más cercanas entre los soldados y sus comandantes más inmediatos - camaradería de batalla-. Algo que no era bien recibido desde instancias superiores ya que se creía que ello podía conllevar a una pérdida de disciplina jerárquica y debilitamiento del espíritu marcial en la tropa¹⁰¹⁵.

Precisamente, una de las vías para fortalecer este espíritu -concretamente durante el retroceso japonés a partir de 1942- era aludir a la conexión entre la lealtad y la piedad filial que los soldados debían profesar a sus progenitores, su comunidad y, por ende, al emperador. Así lo expresaba Horiguchi Tsugio, teniente de la 51ª División del Ejército

Edward J., *In Service of the Emperor: Essays on the Imperial Japanese Army*. University of Nebraska Press, 2003.

¹⁰¹² Buruma, *El precio de la culpa...*; Rees, *El holocausto asiático...*; Lynette D. Zeitz, *No Half-Hearted Soldiers. The Japanese Army's experience of defeat in the South-West Pacific 1942-1945*. Tesina – University of Adelaide, 1992; Yoshimi, Yoshiaki, “The Second Sino-Japanese War and national mobilization: the issue of rallying soldiers and personal experiences of the battlefield”. *Japan Forum*, vol.24, nº1, 2012, pp. 119-130. También destacan la publicación de numerosos testimonios -a raíz de la correspondencia privada y los diarios- de soldados japoneses donde exponen una gran variedad de percepciones y experiencias sobre la guerra. Véase Blasco Cruces, Diego (ed.), *No esperamos volver vivos. Testimonios de kamikazes y otros soldados japoneses*. Alianza editorial, 2015.

¹⁰¹³ Destaca a este respecto los trabajos de los mencionados Rees y Buruma. Estos investigadores hallaron una ausencia de culpabilidad o remordimiento por parte de varios veteranos entrevistados. La respuesta o justificación más habitual era que estaban cumpliendo con su deber para con los valores del imperio, donde el cultivo de los ideales guerreros, la lealtad y la obediencia hacia el emperador estaban por encima de todo.

¹⁰¹⁴ Rees, *El holocausto asiático...*, pp. 32-35.

¹⁰¹⁵ Zeitz, Lynette D., *No Half-Hearted Soldiers...*, pp. 126-135.

Imperial: “Loyalty is the basis of our country’s moral principles; the progenitor of our national virtues [...] Filial piety is the foundation of the essential beauty of our national character. Our soldiers must march courageously along this great pathway of spirit”¹⁰¹⁶.

Esta férrea instrucción marcial era un componente rutinario en las experiencias de los 40.000 reclutas okinawenses destinados a la defensa de la isla. Varios de estos recordaban el adoctrinamiento al que eran sometidos. Era el caso de Seitoku Nakasone, movilizado con 18 años en Kumejima y trasladado para la defensa de Iejima. Nakasone enfatizaba la “veneración” que debían tener hacia la figura imperial. También recordaba el duro trato que aplicaban los soldados japoneses sobre los reclutas locales: “Teníamos que obedecer al pie de la letra todo lo que nos ordenaba el ejército japonés ya que si no lo hacíamos nos golpeaban. Teníamos cultivos de hojas de cigarro y como ellos fumaban, a veces nos confiscaban los cigarrillos, o nos mandaban traer carne de cerdo”¹⁰¹⁷.

Otros excombatientes que resaltaron el adoctrinamiento militarista japonés fueron Chiko Nakamura, encuadrado en la 9ª División, que luego fue transferida a Taiwán,¹⁰¹⁸ y Fumio Shimabukuro, adscrito a la milicia estudiantil *-Tekketsu Kinnōtai* (Cuerpo Imperial de Hierro y Sangre) con casi 1.800 reclutas¹⁰¹⁹. Ambos apuntaban la fuerte educación en los valores castrenses y el sacrificio por la patria en los centros de enseñanza primaria y secundaria. Una educación que caló en el ideario de muchos jóvenes okinawenses. Este era el caso del propio Shimabakuro: “En esa época todos solo soñaban con ser soldados [...] Yo era sin duda un niño militarista, que soñaba con ingresar a la academia militar o estudiar en la escuela infantil del ejército. Pero al ingresar, solo estudié un semestre ya que empezaron los preparativos para la guerra”¹⁰²⁰. No obstante, las experiencias posteriores que vivió Shimabakuro hicieron que el pensamiento militarista tornara en un antagonismo respecto a los ideales del imperio. Inicialmente, Shimabakuro fue asignado a la construcción de refugios antiaéreos en el aeródromo de Oroku -refugio para albergar municiones y aviones japoneses-. Los bombardeos de la flota aeronaval estadounidense provocaron que Shimabakuro huyese y se refugiase allí donde podía. Las penurias materiales que soportó o el fallecimiento de toda su familia a razón del fuego cruzado y de artillería fueron las experiencias que marcaron su posterior rechazo a los valores militaristas¹⁰²¹.

¹⁰¹⁶ Testimonio recogido en Zeitz, *No Half-Hearted Soldiers...*, p. 144.

¹⁰¹⁷ Archivo del Museo Conmemorativo de la Paz de la Prefectura de Okinawa (AMCPPO), testimonio de Seitoku Nakasone, consultado en mayo de 2023. Testimonios de excombatientes y civiles okinawenses disponibles en [<https://peace-museum.okinawa.jp/evidence/>].

¹⁰¹⁸ AMCPPO, testimonio de Chiko Nakamura, consultado en mayo de 2023.

¹⁰¹⁹ AMCPPO, testimonio de Fumio Shimabukuro, consultado en mayo de 2023.

¹⁰²⁰ Ídem.

¹⁰²¹ Ídem. EL testimonio de Shimabakuro es muy similar al que relata Ōoka Shōhei en su novela *Hogueras en la llanura* publicada en 1951. Ōoka fue alistado en las Fuerzas Armadas japonesas durante la guerra y

Dado que la mayoría de los reclutas okinawenses operaban en calidad de tropas auxiliares del 32º Ejército, muchos de ellos estaban encuadrados en el cuerpo de la Guardia Nacional (*Boeitai*). Recibían una instrucción acorde a este tipo de unidades y desempeñaban actividades de apoyo. Ello quedó reflejado en las experiencias del citado Nakasone o en las de Chotoku Yoshihama. En el caso de Nakasone, este resaltaba su labor de mensajero entre el cuartel de la isla y las aldeas o refugios civiles para alertar de los ataques aéreos: “Los aviones nos perseguían durante los ataques aéreos. Me escondía pero aparecían por el lado opuesto y me disparaban y nuevamente me escondía. Era muy duro cumplir la tarea como mensajero [...] Corría a las cuevas e informaba a los refugiados [civiles]”¹⁰²². De igual modo, otra de las tareas que desempeñó Nakasone estuvo ligada a la construcción de refugios para la aviación nipona. A este trabajo extenuante se le sumaba una alimentación deficitaria e hipocalórica con severos problemas de abastecimiento de agua potable. Todo ello acompasado además de condiciones insalubres¹⁰²³.

Otro de los alistados en el cuerpo del *Tekketsu Kinnōtai* era Chotoku Yoshihama. Encuadrado el 1 de marzo con 18 años, Yoshihama memoraba la exigente instrucción militar a la que era sometido junto a sus compañeros. En su caso, las principales tareas a las que fue encomendado consistían en la infiltración, el sabotaje y demás *modus operandi* propio de una guerrilla. La entrada con sigilo en los puestos enemigos y el manejo de explosivos eran las acciones más habituales ejecutadas por Yoshihama y su grupo. Este recluta también enfatizaba en la posición que ocupaban los okinawenses en la cadena de mando -por lo general rangos inferiores como comandantes de pelotón-. Como añadido a las misiones de infiltración y sabotaje, Yoshihama también tomó parte de enfrentamientos directos contra los asaltantes norteamericanos. Destacó uno acaecido en el monte Onna, donde gran parte de su unidad fue aniquilada -conformada en gran parte por allegados que habían sido reclutados en el mismo centro- junto con su comandante. Para mediados de junio solo quedaban 200 de los 370 que en marzo conformaban el grupo de milicia. Al quedarse posteriormente aislado, el resto de la unidad siguió practicando la guerra de guerrillas hasta septiembre. En ese momento solo quedaban seis integrantes a raíz de las desertiones y rendiciones que se fueron produciendo hasta que fueron hechos prisioneros por las tropas norteamericanas¹⁰²⁴.

Pero no todos los okinawenses formaron parte de grupos auxiliares. Algunos de ellos participaron como tropa regular en cuerpos más profesionalizados. Del mismo modo,

es uno de los escritores de posguerra más destacados en relación con los relatos, como la citada novela, con tintes autobiográficos que publicó sobre la experiencia de la guerra

¹⁰²² AMCPPO, testimonio de Seitoku Nakasone, consultado en mayo de 2023.

¹⁰²³ Ídem.

¹⁰²⁴ AMCPPO, testimonio de Chotoku Yoshihama, consultado en mayo de 2023.

también lucharon y fueron destinados a otros lugares del imperio. Estos fueron los casos del ya mencionado Nakamura, Asatoshi Kamida y Tamaki Shimpuku. Así, Nakamura fue ubicado en la 9ª División que a priori iba a defender Okinawa siendo el cuerpo más veterano y mejor preparado. El traslado de esta división a Taiwán -como se expuso en anteriores capítulos- ocasionó también la reubicación de Nakamura. Dedicado en la mayor parte del tiempo a labores de guardia, Nakamura estuvo destinado en la base aérea del *Shinpū tokubetsu kōgeki tai* o kamikazes en Giran. Posteriormente fue transferido a Taipéi. El comienzo de la campaña de Okinawa y el corte en las comunicaciones con los territorios del sur provocó que la 9ª División quedara intacta en Taiwán y sin poder trasladarse a Nueva Guinea tal y como se había planeado. Nakamura nunca llegó a entrar en combate¹⁰²⁵.

Tamaki Shimpuku era otro de los okinawenses movilizados fuera de la prefectura. Establecido en China desde su reclutamiento, Shimpuku fue resituado a las islas Salomón en 1941, concretamente a Buganvilla. Recuerda que al año siguiente desembarcaron los estadounidenses para asaltar la isla¹⁰²⁶. Shimpuku describía los infructuosos intentos de los japoneses por recuperar el aeródromo de Torokina, el constante estado de inanición que sufrían o las diversas pérdidas de amigos como consecuencia de los enfrentamientos. Unas pérdidas que Shimpuku achacaba a la falta de preparación por parte de la tropa nipona. En efecto, este criticaba la ausencia de un armamento y equipamiento adecuado para los combates selváticos¹⁰²⁷. La opinión de Shimpuku era compartida por un gran número de soldados japoneses. Estos cuestionaban, contrariamente a lo que pensaban los Aliados, la premisa de que los japoneses estaban bien adaptados a las luchas en entornos de espesa jungla y una escarpada orografía -de la que no se poseía un conocimiento exhaustivo-. Lo cierto era que, al igual que Shimpuku, muchos de los soldados destinados a la defensa de las islas del Pacífico sur habían acumulado la experiencia de las campañas continentales en China. Estas eran consideradas un “paseo” en comparación con las adversidades que presentaban estos nuevos teatros de operaciones¹⁰²⁸. Muchos de estos testimonios están recogidos y analizados en el trabajo de Zeitz¹⁰²⁹.

El ineficiente armamento y el mal funcionamiento del sistema logístico y de suministros iba al compás de una rígida doctrina y base táctica -junto con su deficiente entrenamiento- que no eran adecuadas para estos escenarios. La negación de los mandos a retiradas o rendiciones y su obsesión en ataques frontales suicidas chocaban con la realidad que

¹⁰²⁵ AMCPPO, testimonio de Chiko Nakamura, consultado en mayo de 2023.

¹⁰²⁶ Las fechas ofrecidas por Shimpuku no son del todo certeras. En realidad la ocupación japonesa de Bungavilla se produjo en 1942 y no fue hasta noviembre del siguiente año cuando comenzó el asalto aliado.

¹⁰²⁷ AMCPPO, testimonio de Tamaki Shimpuku, consultado en mayo de 2023.

¹⁰²⁸ Zeitz, *No Half-Hearted Soldiers...*, pp. 88-89.

¹⁰²⁹ Ídem, pp. 86-102.

experimentaban los soldados. Muchos de estos no sabían cómo actuar en eventuales operaciones de repliegue ya que seguía predominando la retórica de preponderar el espíritu y los valores marciales -ausente en el enemigo a ojos de los oficiales nipones- por encima de cualquier cuestión técnica o táctica. Incomunicados y con falta de suministros, con un entrenamiento y equipamiento poco eficiente, con una total falta de apoyo aeronaval y bajo una rígida doctrina militar poco funcional para los nuevos teatros, los combatientes japoneses en estas islas quedaron abandonados a su suerte. El destino de muchos de estos soldados, entre los que se incluía Shimpuku, era el colapso físico y psicológico¹⁰³⁰.

Asatoshi Kamida era otro ejemplo de okinawense encuadrado fuera del 32º Ejército de la prefectura. Reclutado para el 10º Ejército Japonés de Área que guarnecía Taiwán, Kamida transitó, además por el severo entrenamiento habitual en todos los reclutas del Ejército Imperial, por una de las experiencias, aunque también frecuente, que conectaban con la violencia más directa y subjetiva de la guerra -clasificada también como violencia instrumental y de exterminio bajo los parámetros de Kavylas-. Esto es, el asesinato de prisioneros mediante la carga con bayoneta. “Se me ordenó que primero acuchillase al hombre con la bayoneta. Aunque estaba temblando, se me ordenó cargar, pero seguí temblequeando, me golpearon en la cabeza y empecé a correr”. Tras Kamida, el resto de sus compañeros de entrenamiento replicaron su acción. De nuevo, las pretensiones militaristas de los mandos japoneses para endurecer a los reclutas, y adoctrinarlos en los valores descritos con anterioridad, entraron en dialéctica con las interpretaciones de soldados como Kamida. Además de su repulsa, el recluta okinawense desarrolló trastornos psicossomáticos a raíz de esta experiencia¹⁰³¹.

Las experiencias de los soldados okinawenses contrastaban con las de los soldados japoneses provenientes de otras prefecturas y destinados a Okinawa. Este era el caso de Miyashita Kuraji. Miyashita había partido de Kagoshima para ser encuadrado en la 5º Unidad de Base portuaria en las islas Kerama, concretamente en Zamamijima. Las labores que debía desempeñar Miyashita eran la construcción de refugios para embarcaciones suicidas y emplazamientos para la artillería antiaérea. Su caso ofrece una variedad de

¹⁰³⁰ Ídem, pp. 93-98.

¹⁰³¹ AMCPPO, testimonio de Asatoshi Kamida, consultado en mayo de 2023. El asesinato de prisioneros estaba a la orden del día en las acciones rutinarias que desempeñaba el Ejército imperial. Cada soldado experimentaba e interpretaba este evento de diversas formas. Las investigaciones citadas de Rees ofrecen una notable cantidad de testimonios de veteranos que no sentían ningún remordimiento en la ejecución de prisioneros. Más bien realizaban esta acción como algo rutinario y automático -teoría del flujo-, por la propia presión del grupo o, por el contrario, por mero disfrute -conexión con los postulados de Bourke y violencia autotélica de Sönke y Nietzel-. En cualquier caso, lo que es evidente es que una parte muy considerable de los combatientes nipones se resistían -ya fuera mediante sus alteraciones psicossomáticas, mediante un desencantamiento, una repulsa o la simple culpa- de lo que era una de las expresiones materiales del adoctrinamiento militarista.

percepciones sobre la guerra que quedaron plasmadas en su diario. Por un lado, muestra una actitud de fervoroso patriotismo acorde a los ideales militaristas, pero, por otro, expone una visión crítica en cuanto a los comunicados oficiales de los resultados de la batalla. De igual forma, destaca la visión peyorativa sobre los nativos okinawenses¹⁰³².

El 10 de octubre de 1944 la aviación estadounidense bombardeó las Kerama y la isla de Okinawa. Del parte oficial se expuso que pocos daños habían ocasionado estas razias que fueron repelidas con éxito por parte de las guarniciones de estas islas. Miyashita apuntaba a todo lo contrario y se afianzaba en su autoridad de testigo carnal a raíz de la participación directa en los bombardeos:

Cuando comparamos los llevados a cabo [los ataques aéreos] en Okinawa el 10 [de octubre] con lo que atestigüé con mis propios ojos, sabemos que ello no fue solamente un caso de “daños leves”. Si la verdad se hubiera sabido, habríamos descubierto que todos los aeródromos de Okinawa fueron destruidos, casi todas las embarcaciones del puerto de Naha hundidas, dos tercios o más de la ciudad fueron reducidos a cenizas y las llamas no fueron extinguidas hasta el anochecer¹⁰³³.

En lo referido a la población okinawense, Miyashita comparaba a los lugareños con los habitantes de grandes ciudades como Tokio. Enfatizaba la relación y el compromiso que unos y otros poseían respecto a la guerra. En el caso de los okinawenses, Miyashita les achacaba una falta de espíritu para con los valores de la patria y una ignorancia de la misión del imperio en ganar la Gran Guerra de Asia Oriental. A su vez, resaltaba su actitud aviesa -propensa a un colaboracionismo con el enemigo- y resquemor hacia los soldados japoneses fuera de la prefectura:

La gente de Zamami Shima, que comparten el insularismo ancestral japonés, son al mismo tiempo pequeños de espíritu y de conocimiento limitado. Son ignorantes, y dudo si son capaces de entender el propósito real de esta guerra. A medida que los isleños escuchan las noticias y la guerra avanza, ninguno de ellos puede evitar ser consciente de la grandeza de nuestra misión. [...] Los nativos guardan rencor al personal militar; y a medida que pasan los días, sus sentimientos se manifiestan en sus acciones. Este se ha convertido en un lugar desagradable para vivir¹⁰³⁴.

En cualquier caso, el denominador común que atraviesa todos los testimonios y experiencias de los soldados okinawenses -tanto en calidad de milicianos como de tropa regular- son la culpa, el arrepentimiento y un sentimiento de sufrimiento generalizado. Todos ellos son los filtros que a posteriori utilizaron los excombatientes para interpretar

¹⁰³² NA, WO 208/1010, *Iwo Jima and Okinawa Campaign*. “Okinawa Diary: Extracts from the personal diary of Miyashita Kuraji”, 15 de julio de 1944 – 22 de febrero de 1945.

¹⁰³³ Ibidem.

¹⁰³⁴ Ibidem.

y dar sentido a sus experiencias de la guerra. Unas experiencias que se saldaron, desde el punto de vista de los soldados, con un dominio del cuerpo sobre la mente y sobre los ideales militaristas propugnados por el Imperio japonés.

Figura 36. Teniente Hart H. Spiegel del cuerpo de Marines comunicándose con adolescentes de secundaria pertenecientes al *Tekketsu Kinnōtai* capturados, 1945.



Fuente: NARA, RG 127, Records of the U.S. Marine Corps, “World War II – Okinawa”, fotografía tomada por el sargento Robert T. Stewart, 1945.

Figura 37. Soldados y marineros japoneses junto a milicianos okinawenses (*Boeitai*) en un campo de prisioneros estadounidense, 1945.



Fuente: NARA, RG 127, Records of the U.S. Marine Corps, “World War II – Okinawa”, fotografía tomada por el cabo Arthur Hager, 1945.

9.3. Experiencias de violencia sobre la población civil

Las experiencias de los soldados en los conflictos aludidos no representan el único prisma por el que puede analizarse la violencia subjetiva acaecida en Canarias y Okinawa. En efecto, la otra cara de la moneda en la experimentación de la violencia durante la guerra lo representa la población civil¹⁰³⁵. En todo caso, veremos que muchas de las interpretaciones y percepciones de la guerra de la mano de los combatientes pueden ser transferidas, bajo cierto prisma, a las experimentadas por la población civil.

¹⁰³⁵ Al igual que se matizó en el anterior apartado, no pretendemos realizar aquí una indagación cuantitativa exhaustiva y sistemática de los civiles y prisioneros que vivieron la violencia desarrollada en estos espacios insulares. Antes bien, y como apuntamos para la visión de los excombatientes, trataremos de contrastar y comparar las experiencias de estos colectivos sociales.

Comenzando con el contexto insular canario, este evidenció diversos procederes en la violencia ejercida sobre los no combatientes. Creemos oportuno fijarnos en la Guerra Civil como contexto idóneo para analizar esta violencia. Una de las cuestiones claras es la naturaleza de dicha violencia: política -usando una de las categorías manejadas por Kavylas-. Efectivamente, como quedó expuesto en capítulos previos, uno de los mitos desterrados por la historiografía local es el de presentar a Canarias como un escenario exento de dinámicas de violencia. Un escenario, a fin de cuentas, que se aseguró militarmente al inicio de la guerra y en el que predominó un estado de control y estabilidad. Pero este control y estabilidad en la retaguardia se cimentó por la extrema represión que llevaron a cabo los brazos ejecutores del embrionario régimen franquista. La actuación adoctrinadora de Falange, detallada en el séptimo capítulo de esta investigación, solo representó uno de los vértices de la totalidad de la violencia insular. Así, esta violencia política cobró muchas formas -desde la detención y ejecución, pasando por el escarnio y marginación social, hasta la reclusión en prisiones y campos de concentración y el sometimiento al trabajo forzado.

Así pues, la propagación de diversos campos de concentración en el territorio sublevado albergó a más de medio millón de reclusos, ya fueran presos políticos, desafectos de los que debía clarificarse su situación, o prisioneros de guerra. Compuesta por más de 180 centros, esta extensa red tuvo como objetivo principal que a sus internos “se les reeducara, torturara y aniquilara ideológicamente” para limpiar o reinsertar a estos colectivos en el nuevo proyecto nacional¹⁰³⁶. Carlos Hernández de Miguel ofrece una clasificación de los cautivos en estos campos de concentración un tanto genérica: los “enemigos irrecuperables” -susceptibles de ser físicamente exterminados-, los “contrarios al régimen” pero que podían ser “reeducados” mediante todo tipo de vejaciones y adoctrinamientos y, por último, los “afectos” a la sublevación y que podían ser encuadrados en las filas del Ejército alzado o puestos en libertad condicional¹⁰³⁷.

Javier Rodrigo Sánchez señala que esta clasificación se produjo con la Orden General de Clasificación del 11 de marzo de 1937. No obstante, este autor puntualiza que no debe olvidarse que el fenómeno concentracionario comenzó el mismo julio del año anterior, al inicio de la sublevación militar. Centrarnos solamente en esta clasificación -explicitada sobre todo por parte de las autoridades franquistas- puede incurrir en el error de ver el

¹⁰³⁶ Rodrigo Sánchez, Javier, “Internamiento y trabajo forzoso: los campos de concentración de Franco”. *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, nº6, 2006, p 6. Para una visión más extensa del fenómeno concentracionario y sistema de cautiverio franquista véanse los estudios de Rodrigo Sánchez, Javier, *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*. Crítica, 2005; Hernández de Miguel, Carlos, *Los campos de concentración de Franco. Sometimiento, torturas y muerte tras las alambradas*. Ediciones B, 2019; García-Funes, Juan Carlos, *Espacios de castigo y trabajo forzado del sistema concentracionario franquista*. Tesis Doctoral – Universidad Pública de Navarra, 2017.

¹⁰³⁷ Hernández de Miguel, *Los campos de concentración de Franco...*, p. 71.

sistema concentracionario franquista como un mero clasificador de cautivos ante una situación de guerra. Lo cierto es que los campos se presentaron como algo más que un instrumento clasificatorio. La arbitrariedad de la violencia fue a la par de la improvisación y medidas jurídicas *ad hoc* que se fueron instaurando desde 1936. En otras palabras, los campos de concentración fueron lugares donde se combinó una violencia poliédrica: arbitraria -evidenciada en la aleatoriedad de los castigos en los campos-, política -dada la fijación en los elementos contrarios al nuevo régimen- e instrumental -a raíz del carácter reeducador y adoctrinador-. De este modo, más que meros lugares de clasificación de prisioneros como consecuencia de contexto bélico, los campos de concentración se erigieron como la herramienta perfecta de la represión franquista en la retaguardia. Una represión que no solo cobraba formas variadas, sino que se nutría de realidades sociales heterogéneas¹⁰³⁸.

El campo de concentración de La Isleta en la capital grancanaria que llegó a albergar a 1.200 reclusos -siendo sustituido en 1937 por el del Lazareto en Gando- y el de Fyffes en Santa Cruz de Tenerife -con 4.000 presos durante los primeros doce meses- constituyeron los ejemplos por antonomasia de las características descritas: funcionamiento antes de las primeras regulaciones -Orden General de Clasificación e Inspección de los Campos de Concentración de 1937-, arbitrariedad de la violencia y lugares de represión y eliminación de los opositores políticos. La gran cantidad de detenidos durante las primeras semanas del golpe de Estado -en ambas provincias del archipiélago- obligó a la creación, a marchas forzadas, de los campos citados. El desbordamiento de las prisiones y centros de reclusión quedó pronto patente. Solo en Gran Canaria había unos 3.000 detenidos el 23 de julio¹⁰³⁹.

Estos espacios de reclusión estaban compuestos por prisioneros no combatientes a diferencia de otros campos del territorio sublevado¹⁰⁴⁰. El fenómeno concentracionario no fue el único en manifestar la irrupción de la violencia política en la retaguardia canaria. Así, varios focos de resistencia se sucedieron en las islas que, aunque modestos en comparación con otras zonas, dejaron una impronta reseñable en el desquite de la sublevación militar. Lugares como Vallehermoso en la Gomera, la resistencia de una semana en La Palma, en Santa Cruz de Tenerife o en Arucas representaron los casos más emblemáticos de la oposición insular. Alrededor de 1.200 personas fueron ejecutadas o desaparecidas en todo el archipiélago -se incluyen en esta cifra los muertos en campos de concentración alemanes durante la Segunda Guerra Mundial-. Esta dinámica de ejecución

¹⁰³⁸ Rodrigo Sánchez, Javier, “Vae victis! La función social de los campos de concentración franquistas”. *Ayer*, nº43, 2001, p. 186.

¹⁰³⁹ González Vázquez, Salvador y Millares Cantero, Sergio, “Los campos de concentración en Canarias”. En León Álvarez, Aaron (coord.), *La represión franquista en Canarias*. LeCanarien Ediciones, 2015, pp. 216-217.

¹⁰⁴⁰ Ídem, p. 221.

y desaparición era llevada a cabo por las denominadas “brigadas del amanecer”, integrada por falangistas y guardias municipales. Todo ello bajo la connivencia de las autoridades locales y población de las diversas localidades. Este colaboracionismo deja entrever también el carácter personal de la violencia ejercida. Esto es, la combinación de una violencia política como una violencia que respondía en muchos casos a ajustes de cuentas personales entre los lugareños. Pozos y fosas comunes eran los lugares en los que eran depositados los arrestados -vivos o fusilados-¹⁰⁴¹.

La vida en estos contextos de cautiverio y represión se caracterizó por su crudeza. Obligados a levantarse a las seis de la mañana -en el caso de La Isleta- para pasar revista, los presos eran agrupados por chabolas -tiendas precarias que acogían a un número sobrepasado de reclusos-. Además de las diversas torturas, castigos y vejaciones -en muchos casos arbitrarias y ejecutadas por los denominados “cabos de vara”, que no eran más que presos encargados de la vigilancia de sus compañeros- los cautivos eran obligados a realizar todo tipo de trabajos forzados -en ocasiones sin ninguna finalidad concreta- junto al adoctrinamiento pertinente -desfiles, saludos y cánticos falangistas que no podían ser eludidos so pena de castigo físico-. La malnutrición y las condiciones insalubres de habitabilidad -parcialmente mejoradas en el Lazareto de Gando- fomentaban la extensión de enfermedades¹⁰⁴².

Las memorias, recientemente publicadas, de Antonio Junco Toral -hermano del diputado socialista José Antonio Juco Toral- reflejaron de primera mano el contexto concentracionario de La Isleta, Fyffes y el Lazareto de Gando. Funcionario del Cabildo Insular de Gran Canaria, la figura de Junco Toral encarnó un ejemplo de tantos de los isleños que pretendían modernizar las instituciones y sociedad archipelágicas al calor del periodo republicano. Desde su detención en julio de 1936, Junco Toral comenzó su periplo por los campos citados -incluyendo también su paso por el Hospital de San Martín-. Sus memorias fueron escritas “en caliente” como el propio excautivo reveló a posteriori -desde finales de 1930 hasta principios de la siguiente década- y siempre con el temor de que estas fueran incautadas. Antes de relatar sus memorias, el autor predispone al lector enfatizando las brutales condiciones a las que fue sometido, junto a otros, durante su reclusión. Ensambla, en último término, sus experiencias con una visión de sufrimiento -configurando su sentido e instrumentalizándolo- y liquidación de ideales de progreso:

¹⁰⁴¹ Jiménez Medina, Antonio M., Hernández Padrón, Alicia de J. y Zamora Maldonado, Juan M., “Los pozos de los desaparecidos durante la represión franquista de 1937 en Arucas”. *XVII Coloquio de Historia Canario-Americana*, 2008, pp. 1089-1092. Para una visión topográfica de los pozos en las islas véase <https://www.gobiernodecanarias.org/justicia/memoriahistorica/mapa/mapa-fosas.html>.

¹⁰⁴² González Vázquez, y Millares Cantero, “Los campos de concentración...”, pp. 219-220.

[Al lector] Verás pasar sufrimientos, penas, dolores soportados por los hombres demócratas de estas islas, también percibirás un largo desfile de vidas ofrecidas al holocausto de la libertad. De nada serviría el temerario afán mío y las tragedias vividas por todos, si tú, lector, pasas por este libro sin pararte a pensar en todo lo que ha costado el que tú y tus hijos llegaran a tener sosiego, justicia y libertad¹⁰⁴³.

Pero, a pesar del apesadumbrado filtro en la transmisión de sus vivencias, Junco Toral expone con precisión y claridad los pormenores rutinarios del fenómeno concentracionario insular y la anatomía de la violencia que en este se daba -cuestiones de difícil aproximación mediante otras fuentes-¹⁰⁴⁴. Así, Junco Toral remarca su posición de testigo carnal en todas experiencias de violencia arbitraria y castigo de las que fue partícipe. Una violencia que era sobrellevada mediante la resignación, la tristeza y el desengaño de los ideales profesados por la “Nueva España”.

Todos vimos, más de una vez, matar a palos a un preso. Todos vimos de continuo, con nuestros propios ojos, robar a los pobres presos remesas que les hacían sus familiares. El constante mentir, cínico, en acusaciones falsas, judiciales y administrativas. El vilipendiar a nuestras esposas. Y toda esta negación de obligación cristiana mantenida por la cuadrilla directiva [del campo de La Isleta], representante del poder super estatal, la aplicaban con hipócrita y grosera ironía, en nombre de Dios y la Patria¹⁰⁴⁵.

¿Qué sería la civilización occidental? [...] Creía que toda civilización es progreso, amor a la cultura, refinamiento del espíritu, tributo rendido al arte, y la ciencia, elevación del sentimiento, mejoramiento social, enaltecimiento de la inteligencia, práctica de una moral, ejercicio de una religión, aliento de un ideal [...] El servilismo y la esclavitud eran el único sometimiento que admitían los que nos hablaban en sus discursos de la civilización occidental¹⁰⁴⁶.

No faltaron tampoco en las evocaciones de Junco Toral la dignificación de las víctimas de la violencia concentracionaria. En efecto, el heroísmo no se presenta solamente como un arquetipo ideal para configurar las experiencias de los combatientes, sino que también tiene cabida en un amplio espectro social durante los contextos bélicos. En este sentido, Junco Toral se apoyaba sobre el fulcro del ideal de héroe -conformado por los valores revolucionarios y democráticos republicanos- para mostrar la considerada encomiable

¹⁰⁴³ Junco Toral, Antonio, *Héroes de chabola. Memorias de encarcelamiento en prisiones y campos de concentración de Canarias durante la Guerra Civil*. Mercurio Editorial, 2022, p. 65.

¹⁰⁴⁴ Siempre está latente la problemática que presentan las fuentes tradicionales de la disciplina histórica para acercarse a algunas facetas del pasado. La memoria, con todo el proceso crítico que conlleva por parte de los historiadores, se erige como una alternativa para arrojar luz a aspectos ignotos del pasado. Enzo Traverso realiza una clarificadora reflexión sobre ello y utiliza el término de “empatía histórica” como mediador de la compleja relación entre la Historia y la memoria. Véase Traverso, Enzo, *El pasado. Instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Marcial Pons, 2007, pp. 30-32.

¹⁰⁴⁵ Junco Toral, *Héroes de chabola...*, p. 136.

¹⁰⁴⁶ Ídem, p. 147.

actitud que mantenían algunos prisioneros ante la violencia -predominio de la mente sobre el cuerpo-:

Erguido [Juan González], con el pecho hacia fuera, su cesta a la espalda [cargada con 70 kilos de tierra] y mirar sereno, era todo un símbolo, hasta su edad, 17 años, todo impresionaba en él aquella mañana, cuando marchábamos al trabajo [...] Unas frases irónicas de Malacara [apodo para referirse al sargento Ballón] fueron suficientes para que Juan, sacando fuerzas de la flaqueza, hiciera un largo recorrido sin una duda. Sus vendajes y toda su cara llena de tierra, proclamaban el triunfo del espíritu sobre la vesania servil¹⁰⁴⁷.

Domingo Valencia era otro de los prisioneros ingresado en el campo de concentración de La Isleta durante 1937. Las rememoraciones de Valencia coinciden en muchas de las vivencias plasmadas por Junco Toral en sus memorias. Partícipe de los trabajos forzosos destinados a la construcción de carreteras en La Isleta, Valencia resalta que a su lado durante la faena se encontraba una “brigada intelectual” -miembros destacados de organizaciones sindicales y políticas de izquierda-. A esta brigada pertenecía Juan Rodríguez Doreste, integrante del PSOE y de la logia masónica “Andamana”. Valencia recordaba con recelo la figura de Rodríguez Doreste del cual consideraba que mantenía una actitud arrogante y altanera para con los demás reclusos. En cambio, destacaba la labor de otras figuras ilustradas en lo referido a la instrucción de los presos entre los que el propio Valencia se incluye: “Eso era otra cosa para la clase trabajadora. Siempre estaban con nosotros hablándonos y enseñándonos a hablar porque no sabíamos ni hablar, yo por lo menos era analfabeto completamente”¹⁰⁴⁸.

La rutina concentracionaria de Valencia también estaba marcada por la violencia política. En una ocasión, el entrevistado evoca como, al salir una mañana en cumplimiento de los trabajos forzosos, llegó al campo un coche policial. Un coche que era denominado por los presos como “coche de la carne” por transportar este cautivos y cadáveres de estos tras ser fusilados. Del vehículo salió un corpulento hombre de nacionalidad alemana que ordenó traer a tres “cabos de vara” para apalear hasta la muerte a uno de los reclusos. El motivo del homicidio, según Valencia, fue que el apaleado era “de izquierdas”¹⁰⁴⁹.

Pero, como se ha expuesto, los reclusos de los campos de concentración no fueron los únicos testigos carnales y visuales -dentro del colectivo de los no combatientes- de la violencia política desatada en las islas. Este era el caso de una de las maestras dedicadas a la enseñanza primaria en el valle de Agaete. Su testimonio relata cómo a lo largo de

¹⁰⁴⁷ Ídem, p. 143.

¹⁰⁴⁸ Archivo de la Memoria Histórica del Gobierno de Canarias (AMHGC), entrevista a Domingo Valencia, junio de 2012.

¹⁰⁴⁹ Ídem. Esto es lo que afirma Valencia, pero no hay constancia de la implicación alemana en la represión franquista.

1937 se producían una gran cantidad de desaparecidos. Unos desaparecidos que dejaban, antes de ser trasladados, estelas de la violencia aplicada sobre ellos. “Los sacaban por la noche. Primero los llevaban a la casa del cura [...] y allí les pegaron unas palizas que al día siguiente se encontraron hasta dientes en el suelo. Me contaron a mí que se encontraban dientes en el suelo. Y eran unos pobres analfabetos que no sabían ni leer ni escribir la mayoría”¹⁰⁵⁰. Todos los niños integrantes de la escuela de esta maestra, a excepción de tres, se quedaron huérfanos a raíz de la represión ejercida sobre sus progenitores.

Especialmente vulnerable también a los procesos de represión política era el colectivo de mujeres. Una represión que fue aplicada por un doble motivo: por pertenecer a organizaciones sindicales o agrupaciones políticas afines al Frente Popular y por estar emparentadas con los varones represaliados. Así, muchas de ellas sufrieron los mismos castigos que sus homólogos masculinos -encarcelamientos, desapariciones y ejecuciones- con la salvedad de que no se reconocía oficialmente la organización de fusilamientos de estas. Por otro lado, el escarnio público y vejaciones varias estuvieron igualmente a la orden del día -ingesta de “aceite de ricino, palizas, cabezas rapadas, limpieza de las calles y baños públicos”-. La debilidad de este colectivo se vio acrecentada por el impedimento de organización con otras mujeres. A diferencia de las zonas y frentes peninsulares, las mujeres de la retaguardia canaria no tuvieron la posibilidad de movilizarse en torno a organizaciones como Mujeres Libres o la Agrupación de Mujeres Antifascistas -creada a partir del Partido Comunista-¹⁰⁵¹.

Estas medidas estaban acompañadas con las penurias materiales que soportaron las mujeres que, tras la detención de sus maridos, padres o familiares varones en general, tuvieron que hacer frente a las necesidades diarias y domésticas en solitario. En esta comprometida situación económica se encontraba la madre de Rosa Morales Ruiz. Tras ser su padre apresado y su tío fusilado, la madre de Morales Ruiz tuvo que buscar el sustento mediante trabajos de costura y la ayuda que le ofrecía su propia madre -abuela de Morales Ruiz-¹⁰⁵².

Por otra parte, la experiencia de cautiverio político sobre civiles no era la única que se daba entre la sociedad canaria. En efecto, la población insular también fue partícipe directo de la reclusión y trabajo forzoso militarizado en los denominados Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores (BDST). Destacó en el archipiélago la labor realizada por el Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores Penados (BDSTP) nº91

¹⁰⁵⁰ AMHGC, entrevista a RHA (nombre abreviado por deseo de la propia entrevistada), octubre de 2012.

¹⁰⁵¹ González Pérez, Teresa, “Mujeres republicanas y represión en Canarias (1936-1939)”. *XIV Coloquio de Historia Canario Americana*, 2000, pp. 1763-1768.

¹⁰⁵² AMHGC, entrevista a Rosa Morales Ruiz, septiembre de 2012.

en Tenerife. Segundo Ángel Fernández Tijera rememora cómo se había escapado del pelotón de fusilamiento en Santander -las ejecuciones eran cometidas en el cementerio de Ciriego-¹⁰⁵³. Después de ser capturado nuevamente lo enviaron a Canarias para encuadrarlo en el batallón mencionado. Los trabajos a los que estuvo sometido Fernández Tijera junto con el resto de los integrantes del batallón -además de las duras condiciones diarias de maltrato y malnutrición- fueron los de la construcción de carreteras que conectaron los dos extremos de la isla¹⁰⁵⁴.

Ejemplo también en el ingreso de otro BDST lo representó el caso del excombatiente citado Félix Martín de León. Concretamente, este fue alistado en el BDST nº1 que estaba destinado a la construcción de los dispositivos defensivos e infraestructuras en el Campo de Gibraltar. Pero antes de estar encuadrado en el batallón, Martín de León pasó por dos experiencias de reclusión previas. La primera se produjo cuando huyó a Francia tras la finalización de la Guerra Civil. En el país galo fue internado en el campo de refugiados -en la práctica un campo de concentración- de Argelès-sur-Mer. Durante su estancia, Martín de León -al igual que otros refugiados- eran contratados por empresarios franceses que iban a los campos en busca de mano de obra¹⁰⁵⁵.

Esta dinámica se mantuvo hasta la invasión alemana de Francia, momento en el que Martín de León retornó España atravesando la frontera por Portbou. Tras ser apresado por la Guardia Civil fue enviado al campo o depósito de reclusión -también denominado de concentración- de Reus, Cataluña¹⁰⁵⁶. Fue clasificado en la categoría de contrario al régimen pero con esperanzas de ser reeducado, así, Martín de León fue encuadrado finalmente en el BDST nº1. Este batallón estaba emplazado en el Puerto de Bolonia, en Punta Paloma y en Punta Carnero. Martín de León estuvo destinado a los trabajos en Sierra Carbonera. Este lugar era una zona elevada en la retaguardia de la Línea de la Concepción. Por tanto, Sierra Carbonera se constituyó como lugar de apoyo en la edificación de centros de resistencia -fortines, puestos de vigilancia, nidos de ametralladora, galerías y túneles-¹⁰⁵⁷. En todo caso, Martín de León acabó siendo licenciado por inutilidad -a raíz de una infección ocular-. Estuvo desde el 17 de mayo de 1941 hasta el 2 de octubre de ese mismo año encuadrado en el batallón. Posteriormente

¹⁰⁵³ AMHGC, entrevista a Segundo Ángel Fernández Tijera, julio de 2012.

¹⁰⁵⁴ Para mayor detalle de las labores y condiciones del BDSTP nº91 véase Studer Villazán, Luana *et al.* “Esclavos de Franco en Canarias. El Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores Penados 91”, en León Álvarez, Aarón (coord.), *La represión franquista en Canarias*. LeCanarien Ediciones, 2015, pp. 293-322.

¹⁰⁵⁵ Entrevista a Félix Martín Méndez -primogénito de Félix Martín de León-, 15 de enero de 2023.

¹⁰⁵⁶ Archivo General Militar de Guadalajara (AGMG), caja 30.3363, expediente 88.989, “Expediente Personal del Soldado Trabajador Félix Martínez [Martín] de León”, 17 de mayo de 1941.

¹⁰⁵⁷ Algarbani Rodríguez, José Manuel, “La represión de posguerra en el Campo de Gibraltar: Los Barrios (1939-1942)”. *ALMORAIMA. Revista de Estudios Campogibraltares*, nº45, 2016. Instituto de Estudios Campogibraltares, p. 45.

fue puesto libertad condicional teniendo que personarse periódicamente ante las autoridades militares lanzaroteñas¹⁰⁵⁸.

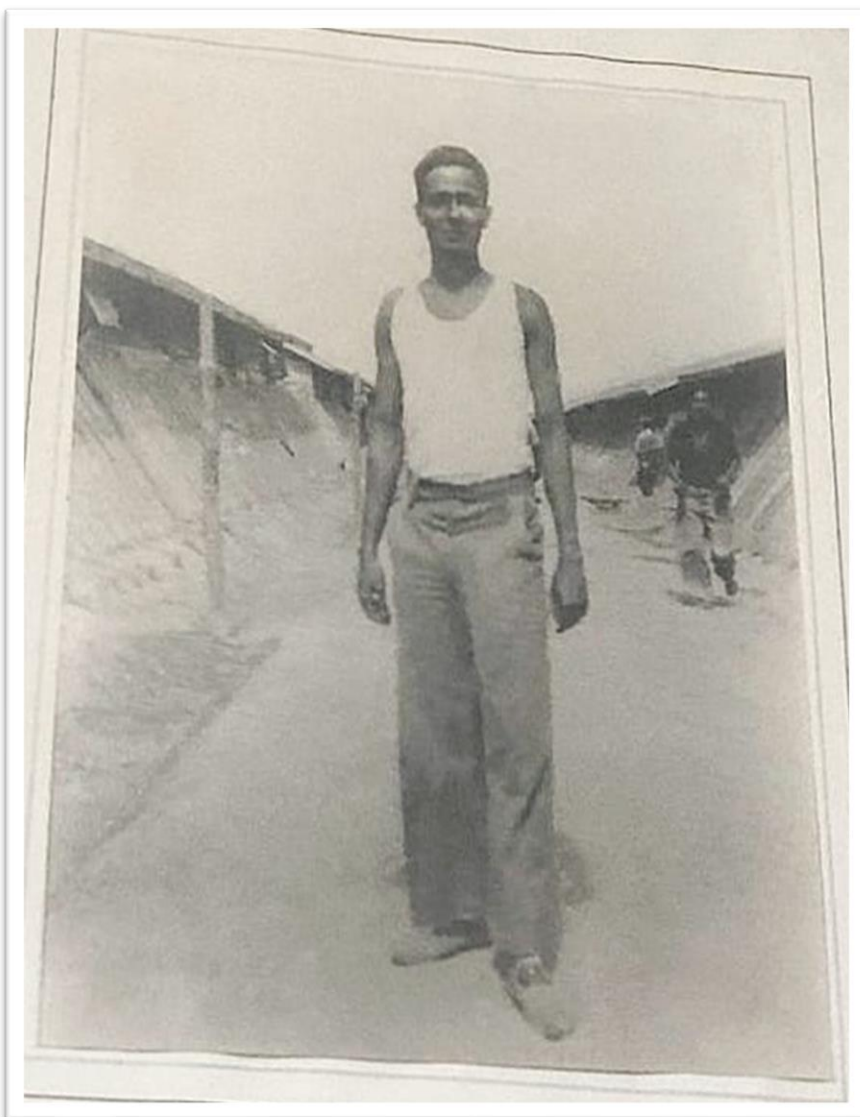


Figura 38. Félix Martín de León durante su estancia en el campo de Argelès-sur-Mer, 1940.

Fuente: Archivo familiar de Félix Martín de León.

Los casos expuestos hasta ahora representan una porción del tipo de violencia acaecida en Canarias sobre la población civil. Una violencia que cobró una fuerte impronta política, arbitraria e instrumental como ha quedado retratado. La posición de retaguardia del archipiélago canario influyó en gran medida en el despliegue de esta tipología de violencia. Por su parte, y adelantado una de las principales diferencias, Okinawa se situó en primera línea de batalla durante la Segunda Guerra Mundial. Ello provocó que la violencia ejercida sobre su población fuera más directa y militarizada que en Canarias.

¹⁰⁵⁸ Entrevista a Félix Martín Méndez -primogénito de Félix Martín de León-, 15 de enero de 2023; AGMG, caja 30.3363, expediente 88.989, “Expediente Personal del Soldado Trabajador Félix Martínez [Martín] de León”, 17 de mayo de 1941.

Las víctimas mortales okinawenses reflejan materialmente esta diferencia: 140.000 civiles -una tercera parte de la población- perecieron durante la campaña de Okinawa.

En este sentido, el escenario de vanguardia okinawense se caracterizó por revelar diversos tipos de violencia: una violencia sexual¹⁰⁵⁹, una violencia militarizada -expresada en el propio acto homicida que debían ejecutar o padecer las milicias locales movilizadas- y una violencia instrumental. Así, la violencia sexual tuvo su máxima expresión en el fenómeno de las *comfort women* o mujeres de consuelo. El sistema de las *comfort women* fue, en esencia, una red de explotación sexual instaurada oficialmente por el Ejército imperial japonés en aras de evitar los desmanes y tropelías que los soldados ejercían sobre la población civil de los territorios ocupados. El resultado fue más bien el contrario. Lejos de reprimir estas conductas entre la tropa se agudizaron aún más. Autores como Tanaka Toshiyuki, Yoshimi Yoshiaki o Caroline Norma han analizado profusamente este sistema de prostitución que fue desplegado a lo largo y ancho del imperio -apoyándose en varios testimonios de las víctimas-¹⁰⁶⁰.

Okinawa no fue ajena a esta vorágine de violencia sexual. Alrededor de 130 burdeles o centros de consuelo se establecieron en la prefectura hasta 1945. Además, se movilizó un millar de adolescentes coreanas de entre 14 y 20 años para ejercer en estos centros, siendo las okinawenses una minoría -las mujeres coreanas y chinas representaban los mayores porcentajes en la extracción de mujeres de consuelo por parte del Ejército imperial para encuadrarlas en las redes de prostitución-. Uno de los trabajos más recientes que analiza el fenómeno de las *comfort women* en Okinawa es el de Yushin Hong¹⁰⁶¹.

Sobre la posición que ocuparon las mujeres okinawenses en esta red de prostitución forzada y militarizada, Caroline Norma puntualiza que no se le ha dado la importancia que se merece. Dicha omisión se debe, según la autora, a dos motivos: porque tradicionalmente se ha encuadrado a las okinawenses en el proceso de prostitución legal y previo al establecido por el Ejército imperial y porque muchos investigadores apuntan que el flujo del tráfico sexual fue decayendo hacia el final de la guerra. Si bien es cierto que cuantitativamente las okinawenses representaron un grupo minoritario en el sistema de las *comfort women* -alrededor de unas 500-, la estructura de prostitución civil anterior

¹⁰⁵⁹ Una de las obras relativamente recientes en abordar de manera sistemática la violencia sexual ha sido *Rape: A History from the 1860s to the Present*, Virago, 2007, de la ya mencionada Joanna Bourke. Del mismo modo, en el libro citado de Julián Casanova Ruiz se realiza un recorrido de la violencia sexual perpetrada en Europa a lo largo del siglo XX.

¹⁰⁶⁰ Tanaka, Toshiyuki, *Japan's Comfort Women. Sexual slavery and prostitution during World War II and the US occupation*. Routledge, 2003; Yoshimi, Yoshiaki, *Esclavas sexuales. La esclavitud sexual durante el Imperio Japonés*. Ediciones B, 2010; Norma, Caroline, *The Japanese Comfort Women and Sexual Slavery during the China and Pacific Wars*. Bloomsbury Academic, 2016.

¹⁰⁶¹ Hong, Yushin, "Comfort Stations" as Remembered by Okinawans during World War II. *International Comparative Social Studies*, 2020.

fomentó que muchas lugareñas fueran encuadradas en los burdeles y casas de consuelo del Ejército -sumado también a un número indeterminado de mujeres japonesas procedentes de Kyushu-. Del mismo modo, y rebatiendo la segunda premisa, fue precisamente a partir de 1944 cuando se intensificó la red de prostitución militarizada y cuando más casas de consuelo estuvieron operativas en Okinawa hasta el final de la guerra -implementadas mayormente en el distrito de Tsuji en Naha. Muchos de los establecimientos eran locales o casas privadas aprovechadas del sistema de prostitución anterior y que estuvieron luego bajo el control y la venia del Ejército-¹⁰⁶².

Por otro lado, los propios okinawenses, incluyendo a las autoridades prefecturales, no vieron con buenos ojos la instauración de los burdeles militares -y todo lo que ello implicaba- en la isla. El gobernador de Okinawa, Izumi Shuki, protestó formalmente ante las autoridades militares. Desde su perspectiva, la propagación de las casas de consuelo para “aliviar” al personal castrense solo conllevaría al deterioro del orden y la salud pública. Izumi también remarcaba la humillación que soportaban los okinawenses respecto a esta situación. Los burdeles militares corroboraban el trato y consideración colonial en la praxis que recibía la prefectura¹⁰⁶³. La insalubridad -abundancia de profilácticos desechados en los espacios públicos- y las condiciones generales de los burdeles -largas colas de soldados en las calles- se dejaban sentir fuera del propio distrito de Tsuji. Los establecimientos situados cerca de lugares residenciales como en la isla de Miyako o en la villa de Ginowan eran algunos casos reseñables donde afloraba el resentimiento de la población local¹⁰⁶⁴.

Pero la violencia sexual no era la única agresión que experimentaban las mujeres de consuelo en Okinawa. Kawasaki Seigo, estudiante de secundaria y encuadrado en el *Tekketsu Kinnōtai* con 17 años, recordaba cómo atestiguó la ejecución de una mujer acusada de espionaje. La policía militar japonesa (*kempeitai*) trajo a la citada mujer rasurada al refugio antiaéreo donde se encontraba Kawasaki. Allí, reunieron a una veintena de personas, entre las que se incluían cuatro o cinco esclavas sexuales coreanas. Para escarnio público -violencia instrumental- la *kempeitai* obligó a las mujeres coreanas ejecutar, mediante bayoneta, a la presunta espía. Kawasaki evoca con detallismo el ensañamiento que se produjo en la ejecución con la posterior arenga de la policía militar para aleccionar al resto del grupo¹⁰⁶⁵.

Cualquier pretexto era válido para ser acusado de espionaje. Así lo relata Nakamoto Masako. Nakamoto -con tres años y medio- y su familia huyeron hacia las montañas

¹⁰⁶² Norma, *The Japanese Comfort Women...*, pp. 155-156 y 160.

¹⁰⁶³ Hong, “*Comfort Stations*” ..., pp. 86-87.

¹⁰⁶⁴ Norma, *The Japanese Comfort Women...*, pp. 162-163.

¹⁰⁶⁵ AMCPPO, testimonio de Kawasaki Seigo, consultado en mayo de 2023.

cuando desembarcaron los estadounidenses. La escasez de alimentos era tan aguda que tuvieron que sacrificar a un caballo que llevaban con ellos. En una ocasión, la familia de Nakamoto junto a otros civiles presenciaron cómo un grupo de soldados japoneses ejecutaban a locales tras ser llamados a reunión. La propia Nakamoto fue herida por la metralla de una granada. De igual modo, varios okinawenses fueron acusados de ser espías, entre los que se encontraba el padre de Nakamoto, y automáticamente asesinados. Nakamoto achaca esta violencia a un estado de inanición en el que se encontraban los soldados y el resentimiento de estos para con los civiles por las provisiones que estos poseían. Proliferaba, en última instancia, una violencia arbitraria¹⁰⁶⁶.

Pero los okinawenses no encontraban la muerte solo mediante la ejecución directa de los soldados japoneses. El adoctrinamiento y la instrumentalización de los civiles en aras de sacrificarse por el imperio -era habitual que a los civiles se les facilitaran granadas de mano- estuvieron muy presentes durante la campaña. Oshiro Isao había permanecido hasta principios de junio junto a su familia y otras más en uno de los refugios antiaéreos en el distrito de Maekawa. Cuando las tropas norteamericanas llegaron al refugio e instaron a los civiles a rendirse una mujer reunió a otras personas para detonar las granadas que portaban -7 de ellos se inmolaron-¹⁰⁶⁷. Cuando los planes de suicidios colectivos fallaban en los momentos de rendición los soldados japoneses ejecutaban directamente a los okinawenses. Yogi Seiji recuerda cómo presenciaron varios suicidios y cómo él mismo estaba dispuesto también a sacrificarse:

Después del día 23, ya no teníamos comida y nos mantuvimos ocultos tras las rocas que estaban en la parte de abajo del acantilado. Pensábamos que no teníamos otra opción que suicidarnos, pero esperando matar al mayor número de enemigos posible si de todas maneras íbamos a morir, traté de trepar el acantilado y atacar al enemigo [...] Cuando llegué arriba del acantilado, había muchos soldados estadounidenses blandiendo sus fusiles [...] Pensando que aquello no pintaba bien, regresé temporalmente por el acantilado. Al día siguiente, intenté volver a trepar, pero estaba ya muy débil y casi no pude hacer ni la mitad del camino¹⁰⁶⁸.

Yogi resalta cómo tiempo después se acercaron unos dragaminas estadounidenses a la costa para, mediante megafonía, ofrecer la rendición a todos los que ahí se encontraban. Los soldados japoneses dispararon por la espalda a todos los que se habían adentrado en la mar para claudicar¹⁰⁶⁹. El miedo que sentía la población okinawense hacia el Ejército japonés era generalizado por este tipo de prácticas de violencia. Unas prácticas que

¹⁰⁶⁶ AMCPPO, testimonio de Nakamoto Masako, consultado en mayo de 2023.

¹⁰⁶⁷ AMCPPO, testimonio de Oshiro Isao, consultado en mayo de 2023.

¹⁰⁶⁸ AMCPPO, testimonio de Yogi Seiji, consultado en mayo de 2023.

¹⁰⁶⁹ Ídem.

algunos okinawenses atestiguaron cuando se alistaron como soldados para participar en las campañas de China a finales de 1930. Motonaga Shoken recalca cómo un grupo de jóvenes de la isla de Kume -Okinawa- se había enrolado en el Ejército para luchar en China. Las tropelías que estos presenciaron durante la campaña les causaron una gran conmoción. Así, al regresar a Okinawa, estos excombatientes estaban más atemorizados por los propios soldados japoneses que por los invasores aliados cuando estos desembarcaron en 1945¹⁰⁷⁰.

Otra de las situaciones más comunes durante la campaña era la de orfandad y mendicidad. Miles de niños huérfanos y civiles errantes deambularon por la isla en busca de asilo. Este fue el caso de Kishaba Shosei y Kamiya Yoko. Esta última había huido con su familia a las montañas de Nesabu donde, tras ser expoliados de sus provisiones por las tropas japonesas, encontraron un refugio subterráneo. “No sé cuánto tiempo pasó, pero un avión rastreador americano nos descubrió y cayó una bomba cerca de nosotros, dejando hechos pedazos a mi madre y a mi hermano menor”. El periplo de supervivencia extrema de Kamiya finalizó cuando esta fue hecha prisionera por los estadounidenses. Fue internada en un campo de prisioneros donde interactuó con un *nikkei* (emigrante japonés). La mediación de los japoneses emigrados e Estados Unidos, así como de sus descendientes (*nisei*), encuadrados en las Fuerzas Armadas norteamericanas era bastante común. “Al ser prisioner[a], creo que era un *nikkei* de segunda generación, me dio algo diciéndome «niña come esto», lo rechacé llorando. Entonces este señor abrió la envoltura y se lo comió. [...] Lo comí y era chocolate”¹⁰⁷¹.

Una experiencia similar tuvo Kishaba Shosei. Este estuvo deambulando por Okinawa junto a su hermana menor hasta que fueron también capturados por las fuerzas estadounidenses. “Nos dejaron entrar a otra cueva de refugio pero allí también llegaron los soldados americanos y nos sacaron a todos quemándonos con un lanzallamas”¹⁰⁷². Finalmente fueron internados en un orfanato como la mayoría de los infantes que eran hachos prisioneros.

Conectando con la movilización de la población para la guerra, a diferencia de los varones adolescentes las estudiantes okinawenses de secundaria fueron encuadradas dentro de los cuerpos de enfermería del 32º Ejército. Sin haber recibido una instrucción profunda, el deber de las alumnas para con el imperio pasaba por sanar a los heridos del Ejército japonés. Establecido en mayo de 1944, el Hospital Militar de Okinawa estuvo bajo la dirección del cirujano y teniente coronel Bunkichi Hiroike. Mientras los servicios de

¹⁰⁷⁰ AMCPPO, testimonio de Motonaga Shoken, consultado en mayo de 2023.

¹⁰⁷¹ AMCPPO, testimonio de Kamiya Yoko, consultado en mayo de 2023.

¹⁰⁷² AMCPPO, testimonio de Kishaba Shosei, consultado en mayo de 2023.

cirugía estaban situados en el Hospital de Saiseikai, los centros de enseñanza secundaria albergaban el resto de las áreas. Fueron los casos de medicina interna y enfermedades infecciosas emplazados en el Instituto de Kainan. Por su parte, los barracones de los ingresados estaban dispuestos en el Vigésimo Segundo Instituto Prefectural¹⁰⁷³.

Miyagi Michiko había sido reclutada como enfermera con 19 años. Durante su ejercicio en el cuerpo, fue asignada a diversos destinos como el hospital de campaña de la 62ª División -localizado en un refugio antiaéreo- o en el frente de batalla en Urasoe -en la meseta del monte Kakazu, lugar de fuertes enfrentamientos-. Durante su servicio, Miyagi resalta la precariedad de medios con los que contaban y la interminable cantidad de heridos que se acumulaban para ser tratados. Remarca también las condiciones insalubres del hospital de campaña -sin ventilación, con altas temperaturas y humedad- donde los ingresados se infectaban fácilmente y presentaban severas fiebres. Pero, sin duda, una de las dinámicas frecuentes en la atención hospitalaria era la marginación a la que eran sometidos los combatientes okinawenses. “Decían: «Teniente tal y tal, señor, trajimos al teniente de tal de esta y aquella unidad». Informaban así al cirujano del ejército, el cual respondía que lo había entendido. Si traían a alguien de la guardia local de Okinawa, decía: «Déjenlo ahí». [...] Ni si quiera les dejaban entrar en el refugio”¹⁰⁷⁴.

Ciertamente, la discriminación hacia la población local no era la única vejación que cometían las unidades sanitarias, especialmente los oficiales provenientes de Japón. Fukuyama Haru, estudiante y enfermera del hospital de campaña de la unidad Tama, fue testigo de la ejecución de dos ancianos acusados de ser espías. Estos no sabían hablar japonés y al dirigirse a Fukuyama en la lengua local para venderle batatas y azúcar el doctor de su unidad mandó su asesinato. Fukuyama también enfatizaba su escasa formación en enfermería y estando en segundo curso de secundaria le fue expedido un certificado de aptitud, junto al resto de sus compañeras, para que pudiera ingresar como enfermera en las diversas unidades del 32º Ejército. Otra de las prácticas más traumáticas que recuerda Fukuyama fue cuando su superior médico le ordenó suministrar cianuro de potasio a diversos pacientes y también a la propia tropa y unidad sanitaria. Fukuyama se negó y huyó hasta ser interceptada por los estadounidenses y recluida en un campo de prisioneros¹⁰⁷⁵.

¹⁰⁷³ Ryukyu Shimpo; Elay Mark y McLauchlan (trads.), *Descent into Hell. Civilian Memories of the Battle of Okinawa*. Merwin Asia, 2014, p. 78.

¹⁰⁷⁴ AMCPPO, testimonio de Miyagi Michiko, consultado en mayo de 2023.

¹⁰⁷⁵ AMCPPO, testimonio de Fukuyama Maru, consultado en mayo de 2023.

Figura 39. Soldados *nisei* de las Fuerzas Armadas estadounidenses junto a civiles okinawenses, 1945.



Fuente: Densho Digital Archive (DDA), “Akira Nakamura Family Collection”, 1945.

Figura 40. *Comfort women* coreanas en Okinawa tras ser rescatadas por una patrulla del Cuerpo de Marines, 30 de abril de 1945.



Fuente: Archivo Prefectural de Okinawa (APC), “Batalla de Okinawa, mujeres de consuelo coreanas documentadas por Marines”, 30 de abril de 1945.

Los conflictos armados siempre son escenarios donde salen a relucir diversas formas de violencia. La Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial fueron contiendas que evidenciaron una amplia gama de violencias en los escenarios insulares de Canarias y Okinawa. Así, más allá del puro acto homicida, hemos hecho patente la compleja tipología de violencias que se suceden en estos contextos. Los planteamientos de autores como Kavylas, Ziemann, Casanova o Alegre entre otros nos han permitido abordar con mayor nitidez -a raíz del aparato teórico desarrollado- las violencias desencadenadas en ambos archipiélagos. Violencia política, violencia instrumental, violencia sexual, violencia coercitiva o violencia arbitraria fueron solo algunos ejemplos más destacados y que tuvieron su aparición en los entornos citados.

En este sentido, nos hemos acercado a la concreción de estas violencias de la mano de sus principales actores, a saber, los combatientes y la población civil. En efecto, los moldes y estructuras taxonómicas de la violencia entran en conjunción y diálogo con las experiencias de los sujetos aludidos. La percepción e interpretación de estos acerca de los contextos bélicos que vivieron es relevante en tanto que nos permiten ahondar en la formación de sus subjetividades y, por extensión, en la configuración de las violencias de las que fueron partícipes. En otras palabras, la utilización de sus testimonios en calidad de “testigos carnales” nos ofrece la posibilidad de vislumbrar -con las salvedades metodológicas que ello requiere- el impacto de la violencia en las sociedades insulares.

Por todo ello, la figura de los combatientes se presenta como la primera para ser capaces de comparar las experiencias de violencia en Canarias y Okinawa. A este respecto, los postulados de Harari nos han ayudado a entender la conformación del imaginario colectivo de los soldados -gracias a sus testimonios- a raíz de la evocación de sus vivencias a posteriori. Y aunque el paradigma propuesto por el historiador israelí no encaje con exactitud en todas y cada una de las realidades históricas, ello no es óbice para que las particularidades de los combatientes insulares puedan ser analizadas bajo estos parámetros. Así, y poniendo de relieve una de las similitudes entre ambos escenarios, las experiencias o fenomenología del combate del soldado canario y okinawense partieron del mismo punto que en las del resto de combatientes en España y Japón. La mezcla o simbiosis de un idealismo -dominio de la mente sobre el cuerpo- con la crudeza del campo de batalla -dominio del cuerpo sobre la mente-, moldeadores de la interpretación que los soldados poseían de la guerra, estuvo latente en ambos casos.

Durante la Guerra Civil, los combatientes sublevados eran inculcados con una variedad de valores en aras de que estos se sintieran impelidos a defenderlos. Destacaron los ideales falangistas del valor, la masculinidad, la camaradería, el fervor religioso, el anticomunismo, el heroísmo o el sacrificio por la nación. Unos ideales que, aunque marginales dada la permeabilidad social desde abajo que había sustentado Falange -más aún en Canarias-, lograron tener una presencia notable en los resortes movilizados de la tropa. Los ideales revolucionarios también tuvieron su incidencia en el caso de los combatientes republicanos. Los incentivos económicos -para el caso del fenómeno divisionario-, las penurias materiales y la camaradería formada desde la base fueron los elementos que mayor peso tuvieron en la configuración de las experiencias de la guerra de los soldados insulares.

Por su parte tanto los combatientes okinawenses como canarios se vieron expuestos a un fuerte adoctrinamiento de valores militaristas-la diferencia reside en la intensidad y brutalidad de ese adoctrinamiento, así como en una parte de su contenido ideológico-.

Unos valores que, como se remarcó anteriormente, ponderaban un claro dominio de la mente sobre el cuerpo. El sacrificio por la nación, el honor, la absorción de valores militares históricos romantizados -de la antigua clase samurái- o la veneración y culto hacia la figura imperial -piedad filial- que se transfería a la obediencia a los superiores fueron los ideales más destacables a los que fueron sometidos los soldados japoneses. En el caso okinawense, estos valores impregnaban con vehemencia la educación reglada que recibían los lugareños. La formación de la Guardia Nacional (*Boeitai*) y los *Tekketsu Kinnōtai* fueron las materializaciones más evidentes de ello.

Y, al igual que en el archipiélago canario, los ideales del imperio contrastaban notoriamente con las vivencias de primera mano que experimentaban los combatientes de Okinawa -vivencias extrapolables a fin de cuentas al resto de soldados japoneses en mayor o menor medida-. Así, las vejaciones y el embrutecimiento general en la instrucción militar se combinaban con las precariedades del campo de batalla en un amplio sentido. Los desmanes cometidos por las tropas japonesas -incluyendo los okinawenses movilizados en otros territorios- fueron justificados a posteriori por diversos motivos. La obediencia a los dictámenes imperiales y a las órdenes de los superiores, la presión de grupo, el puro placer o, incluso, el rechazo de tales actos mediante la vergüenza y la culpa fueron los filtros más comunes que utilizaron los soldados imperiales para interpretar sus experiencias de guerra. Y en el caso de las experiencias de los okinawenses, estas se veían aún más endurecidas por el desprecio y discriminación al que estos eran sometidos dentro del propio Ejército imperial.

Por otro lado, otra de las semejanzas de las que partieron España y Japón fue la no participación de estos en la Primera Guerra Mundial. Esta condición no es baladí. Ello dio como resultado que ambos países se vieran desprovistos de una gran masa de excombatientes. Así, no se produjo un corte de paradigma tan claro en la interpretación de las experiencias de la guerra de la mano de los veteranos como fueron los casos de Alemania, Francia o Reino Unido, entre otros. También supuso que no se dispusiera de una masa de soldados retornados para nutrir a las principales fuerzas y movimientos totalitarios y paramilitares -como fue el caso de la exigua notoriedad de Falange-. O, en otras palabras, la presencia de esta masa de excombatientes fue condición *sine qua non* para la aparición de estas organizaciones y movimientos cuyas señas identitarias eran la violencia y la camaradería militar forjada en las trincheras. En este sentido, la ausencia de esta dinámica en España y Japón explica por qué las experiencias de los soldados -incluyendo los insulares- estuvieron marcadas, además de por sus vivencias personales, por un fuerte idealismo tradicional castrense -al menos el que se impuso desde las instancias superiores-.

Respecto a la experiencias de violencia por parte de la población civil, aquí encontramos diferencias más notables. La primera de ellas radica en el propio punto de partida del que despegaron ambos archipiélagos en sus respectivas contiendas. Mientras Canarias se situó rápidamente bajo la órbita y control sublevado al inicio de la Guerra Civil -exceptuando los cortos focos de resistencia iniciales en algunas zonas-, Okinawa se erigió como primera línea defensiva en los momentos de mayor retroceso del expansionismo nipón. Pero que el archipiélago español se encuadrara primigeniamente en la retaguardia sublevada no fue un impedimento para que se desataran diversas formas de violencia -desterrando así la tesis extendida de que Canarias fue un territorio carente de cualquier acción represiva y violenta-.

Sin embargo, que se produjeran dinámicas de violencia en las islas atlánticas no significó que estas cobraran la misma intensidad y forma que las llevadas a cabo en Okinawa. En efecto, la ausencia de frentes de batalla en Canarias dio paso a que se gestaran diversos tipos de violencia. En primer lugar, y con mayor preeminencia, una violencia política manifestada en la represión aplicada contra los desafectos al nuevo régimen -ejecuciones, desapariciones, detenciones e internamientos en campos de concentración y presidios-. Unos desafectos que estaban encarnados en figuras políticas, sindicales y en los allegados de estos -especialmente relevante era el caso de las mujeres que mantuvieron algún tipo de relación con los represaliados-. Seguida de la violencia política sobresalía también una violencia arbitraria e instrumental. Así, era perentorio reeducar y adoctrinar a los opositores que no habían pasado por el cañón de los fusiles. La aleatoriedad de los castigos físicos bajo cualquier pretexto -palizas, trabajos forzados, malnutrición y condiciones de vida insalubres- estaban a la orden del día en realidades destacadas como los campos de concentración o los batallones de soldados trabajadores.

Por su parte, y como ha quedado señalado, la disposición de Okinawa como el último gran campo de batalla japonés puso de relieve con claridad las caras de la violencia generada. De este modo, la violencia militarizada se erigió como una de mayor impacto en las vidas de la población insular. Además de la movilización de los combatientes okinawenses en la Guardia Nacional (*Boeitai*), otros grupos sociales como los estudiantes, sin importar su género, también fueron impelidos a ayudar a la defensa de la prefectura. La organización de los *Tekketsu Kinnōtai* y los cuerpos de enfermeras conllevó a que la población más joven de la isla fuera arrastrada igualmente a los frentes de combate. En otra posición de violencia, en este caso sexual, se encontraron las mujeres -okinawenses y coreanas en mayor medida- que fueron prostituidas bajo la gestión oficial y al servicio del Ejército imperial.

En todo caso, la población general de Okinawa fue sometida directa o colateralmente a la violencia militar que se desencadenaba en combate. El aniquilamiento de un tercio de esta o los miles de huérfanos y refugiados que se abrían paso a través de montañas de cadáveres, tal y como recordaban muchos supervivientes, eran los resultados más visibles de la violencia citada. Pero el denominador común que experimentaron tanto las milicias estudiantiles como el resto de la población era el fuerte adoctrinamiento en los valores militaristas -acompañados por constantes vejaciones- a la par de una discriminación e infravaloración de los militares nipones provenientes de otras prefecturas. Se producía, en último término, una dinámica contradictoria al tratar de integrar a los okinawenses dentro del imperio a la vez que se los posicionaba en los márgenes de este.

CONCLUSIONES

A lo largo de la historia, los espacios archipelágicos con dimensiones modestas han presentado una serie de particularidades inherentes dada su propia condición geográfica y que han influido en su evolución histórica. En otras palabras, la insularidad en sí misma ha influido, y continúa influyendo, en las dinámicas -históricas, económicas, políticas, sociales, logísticas, culturales o biológicas- que se gestan en estos marcos territoriales. Claramente, esta premisa parte de una marcada visión o acercamiento nesológico que tanta preponderancia ha cobrado durante los últimos años en diversas disciplinas académicas. Si bien el factor insular se proyecta como un eje transversal en nuestra investigación y en muchas de las premisas que planteamos, no pretendemos tampoco caer en un reduccionismo. En este sentido, nuestras conclusiones van a conectar con las premisas de las que partimos para ratificarlas o matizarlas después de un proceso de análisis y comparación inductivo de los casos de Canarias y Okinawa.

Así, la primera de las conclusiones que ratifica una de nuestras proposiciones es la del valor geoestratégico de Canarias y Okinawa durante el periodo abarcado por esta investigación. En efecto, estos escenarios archipelágicos se insertaron tempranamente en el sistema-mundo que se gestó durante los siglos modernos. La impronta insular en este caso influyó en la condición geoestratégica de Canarias y Okinawa. Canarias estuvo pronto bajo la órbita de la Monarquía Hispánica desde el siglo XV para, con posterioridad, erigirse como una plataforma indispensable en los circuitos comerciales y diplomáticos tricontinentales. Tal fue la preminencia del archipiélago atlántico que este cobró un protagonismo propio. Las conexiones y el trato directo con África, potencias del norte de Europa o América fueron evidencias de la autonomía y valor que poseía Canarias durante la modernidad. Una importancia similar fue replicada en el caso okinawense. No obstante, la principal diferencia respecto a Canarias es que Okinawa fue un reino más o menos independiente -Reino de las Ryūkyū-. Un reino que igualmente estuvo sometido a las dinámicas expansionistas e influencias de otros Estados como la China imperial o el Japón del periodo *Sengoku* y Tokugawa a posteriori.

En cualquier caso, la condición insular y la localización de estas islas en el Atlántico y el Pacífico afianzó el valor geoestratégico de estas. Ello provocó que las potencias dominadoras de las rutas marítimas del momento no fueran ajenas a las oportunidades que ofrecían estos enclaves dentro de los procesos expansionistas. Unos procesos que se consolidaron durante el siglo XIX para posicionar definitivamente a Canarias y Okinawa dentro de la edificación imperialista y capitalista que diversas potencias iban moldeando. El claro ejemplo de esta consolidación, y donde la consideración geoestratégica de las islas era un aspecto crucial, fue la incorporación oficial de Okinawa como prefectura en 1879 al embrionario Imperio japonés. En efecto, el afán nipón nació por tratar con

diligencia la definición de su emergente Estado-nación y para ello era preciso disponer de unas fronteras definidas sobre las que proyectar su dominio pelágico a otros territorios. El caso canario fue más bien el inverso. El retroceso territorial español había estado consumándose a pasos agigantados durante todo el siglo XIX. La crisis finisecular se presentó como un punto de inflexión para Canarias, no tanto por la definición de esta dentro del Estado español sino por las eventuales amenazas que podían cernirse sobre ella. La debilidad que encarnaba el archipiélago al calor de los intereses de otras potencias impelió a Madrid para mostrar mayor interés en su territorio más austral. La lejanía y la fragmentación -insularidad- junto a el escaso papel que jugaba España en el orden internacional condicionó sobremanera la posición de Canarias para este periodo.

Pero el valor geoestratégico de Canarias y Okinawa cobró tintes dispares durante la Segunda Guerra Mundial. Igualmente divergentes fueron los momentos en los que dicho valor salió a relucir durante la contienda. Pero lo que quedó patente fue el interés que mostraron las potencias aliadas, Reino Unido y Estados Unidos eminentemente, sobre estos espacios insulares. La principal diferencia radica en la propia motivación que tenían estas potencias sobre las islas. Así, Canarias salió a la palestra cuando los británicos temían una inminente beligerancia española al lado de las fuerzas del Eje. En este sentido, y puesto que se daba por sentado la pérdida de Gibraltar, el archipiélago atlántico se erigió como la opción más conveniente para poseer una alternativa al peñón. El dominio marítimo aliado del Atlántico, las infraestructuras aeronavales canarias, la ventaja de dedicar una pequeña fuerza para defender las islas y la posibilidad de continuar con las maniobras de bloqueo junto a un menor esfuerzo logístico en la ocupación de Canarias respecto a otros territorios fueron los atractivos más influyentes. Así, hasta 1942 y 1943 la tentativa de invasión sobre Canarias estuvo latente.

Por el contrario, la necesidad de ocupar Okinawa estuvo marcada por circunstancias diferentes. Incluso, el interés norteamericano de disponer de esta isla estuvo a la sombra de otra mejor opción: la posición de Taiwán. La inviabilidad de lanzar un asalto sobre esta dada su mejor defensa provocó, finalmente, la conveniencia de tomar Okinawa. Además de ello, la posición okinawense era crucial para proyectar la última fase de invasión sobre las principales islas japonesas. Fuera un interés más tardío y por motivos diferentes a razón del transcurso de la guerra, podemos hallar atractivos similares en Okinawa si los comparamos con los presentados en Canarias: dominio marítimo aliado, menor coste logístico para lanzar ataques sobre Japón, facilidad de defensa o la disposición de infraestructuras aeronavales que, aunque tuvieron que ser reconstruidas, eran acordes a los medios que tenían que albergar.

Estos mismos atractivos eran apreciados, tanto en Canarias como en Okinawa, por parte de los estrategas estadounidenses para los proyectos de posguerra. Y, de nuevo, volvieron a reverberar las variables que posicionaron a ambos marcos insulares en la órbita geoestratégica y militar norteamericana. En efecto, si bien el archipiélago español y japonés aparecieron a la par en los planes elaborados por el *Joint Chief of Staff* (JCS) en 1943, su posterior consideración dentro de estos tornó en sendas divergentes. Unas divergencias influenciadas por la política exterior que Estados Unidos mantenía con España y Japón. La condición de estos dos países fue crucial para la decantación de la potencia norteamericana en los eventuales territorios de los que estaba interesada. Pero aunque el ostracismo internacional impuesto sobre el país ibérico poco tenía que ver con la situación de nación derrotada del Imperio japonés, ello no fue óbice para que en la praxis Estados Unidos llevara la iniciativa negociadora en ambos contextos. Ciertamente, el denominador común de España y Japón fue la precariedad material de la que partieron en la mesa diplomática.

Okinawa estaba ya marcada para erigirse como la piedra angular del Pacífico en lo referido a las maniobras aeronavales antes del fin de la guerra. La ocupación de la isla tras la campaña quedó corroborada en el Tratado de San Francisco en 1952. Un aspecto reseñable fue que las operaciones diplomáticas dirigidas a afianzar la presencia norteamericana en Okinawa estuvieron desligadas de las negociaciones generales mantenidas con Tokio respecto a otros territorios japoneses. Sin embargo, la revalorización geoestratégica de la isla solo tenía fuerza real en el marco teórico. Hubo que esperar hasta la segunda mitad de la década de 1950 para que en Okinawa se desplegaran auténticas políticas de reacondicionamiento del lugar para los fines geoestratégicos y militares. La propia historiografía oficial estadounidense reconoció este hecho. Por su parte, Canarias siempre se situó a la sombra de alternativas mejores. La preferencia por las eventuales instalaciones en Casablanca-Por Lyautey o en las Azores posicionaron en todo momento a las islas atlánticas españolas como una segunda opción.

Por tanto, la dinámica internacional no ayudó a que Canarias fuera más trascendente. La mejor predisposición de negociar con Francia, el rechazo al régimen franquista o la ausencia de una amenaza soviética en el Atlántico a corto plazo fueron factores también determinantes. La desvalorización final del archipiélago canario quedó sellada con los Pactos de Madrid en 1953 cuando la potencia norteamericana ya obtuvo las instalaciones y derechos sobre suelo español que requería. Aun así, esta devaluación solo se presentaba con tintes político-diplomáticos ya que Canarias seguía siendo, dado su carácter insular y localización, un escenario con alto valor estratégico para maniobras militares ofensivas y

de apoyo logístico como quedó reflejado en los informes de inteligencia norteamericanos a principios de 1950.

La misma disparidad en política exterior por parte de España y Japón estaba presente durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, ello no fue impedimento para que se evidenciara un eje común entre Canarias y Okinawa, a saber, la negligencia y desidia por parte de los gobiernos centrales. Por tanto, nos encontramos con dos Estados marginados en el tapete de la política internacional. Mientras España era excluida por su propia incapacidad para imponerse en el marco internacional, Japón lo estaba por la voluntad de otras potencias. España acumulaba un legado de retrocesos territoriales y diplomáticos desde el siglo XIX que la posicionaron en una delicada tesitura en el momento de los conflictos mundiales. La crisis finisecular y la liquidación de las últimas posesiones ultramarinas, la fatigosa, sangrante y dilatada campaña en Marruecos para asentar un dominio en África -destaca el desastre de Annual en 1921- y la Guerra Civil dejaron mermadas las capacidades reales de España -tanto militares como diplomáticas- para ocupar un lugar prominente en el marco internacional.

Por su parte, el emergente Imperio japonés parecía que no encontraría obstáculo alguno en sus proyectos expansionistas. Pero las primeras décadas del siglo XX atestiguaron la marginalización impuesta sobre Japón. La Conferencia de Washington en 1921 fue una muestra de esta dinámica. El éxito militar en las campañas de China a lo largo de 1930 se tornó en condenas diplomáticas por parte de las potencias tradicionales y que tenían una marcada presencia en Asia -Reino Unido, Francia y Estados Unidos en menor medida-. El abandono de la Sociedad de Naciones en 1933 por parte de Japón fue el ejemplo más significativo de esta pugna diplomática.

A pesar de todo, la situación de Canarias y Okinawa en este marco general fue bastante similar. Y es que tanto España como Japón contemplaban a ambos espacios insulares desde las lentes del desinterés o la negligencia. Estos marcos archipelágicos se presentaban para Madrid y Tokio como lugares fronterizos cuyo valor geoestratégico o diplomático variaba según la coyuntura. Precisamente, este factor fronterizo junto con la condición insular influyó en el acrecentamiento del desinterés español y japonés por momentos. Así, Canarias tuvo que esperar hasta mediados de 1940 para que se iniciaran los primeros pasos defensivos ante un eventual ataque aliado. Cuestión similar a la de Okinawa, solo que esta prefectura fue tenida seriamente en cuenta a finales de 1944 cuando era inminente el asalto norteamericano. Antes de ello, la isla estaba guarnecida por un raquítrico y deficiente dispositivo defensivo.

En efecto, los planes defensivos desplegados en estos archipiélagos conectan directamente con otra de las variables analizadas en esta investigación: la indefensión. La

precariedad de los recursos materiales y humanos estuvo a la orden del día y fueron elementos compartidos en ambos escenarios. Esta indefensión respondía no solo a la falta de interés, medios y capacidades por parte de los militares españoles y japoneses, sino también a una serie de factores exógenos. El más evidente era el apabullante dominio aeronaval que poseían los Aliados tanto en el Atlántico como en el Pacífico, especialmente durante la fase de retroceso del Eje. Otro de ellos, y en conexión con el anterior, era la lejanía de Canarias y Okinawa respecto al territorio metropolitano. Así, las operaciones logísticas de cualquier índole estaban más agravadas que otros territorios. Pero que ambos contextos padecieran una indefensión no quiere decir que los proyectos defensivos compartieran la misma naturaleza.

Ciertamente, la doctrina, la dotación, la organización material y humana y la ejecución de las maniobras eran muy distintas. En este sentido, las autoridades militares españolas optaron por una tradicional doctrina defensiva, de influencia alemana, en la que las primeras líneas de resistencia se situaban en las costas y en las playas. Las unidades de infantería y artillería -de costa y de campaña- estuvieron posicionadas en los lugares citados junto con el entramado de fortificaciones que se erigió para la defensa. En cambio, los encargados de la defensa de Okinawa aplicaron las innovaciones tácticas y estratégicas que se venían gestando en campañas anteriores como fue la de Iwo Jima. Ante un fuerte asalto frontal estadounidense, respaldado por un contundente apoyo aeronaval, los oficiales del 32º Ejército japonés optaron por replegar las unidades de infantería y artillería al interior de la isla. El aprovechamiento de la montañosa orografía insular, la construcción de fortificaciones y refugios subterráneos alejados de las costas y la renuncia a defender los aeródromos confirieron a la guarnición japonesa un planteamiento acorde a sus objetivos: ejecutar una guerra de desgaste. Un desgaste que, además de materializarse en el elevado número de bajas aliadas, permitiría a Japón tener una baza con la que negociar su rendición. Al menos esta era la premisa afianzada en las mentes de las autoridades japonesas.

Efectivamente, los planes defensivos planteados para Canarias y Okinawa respondieron también a la naturaleza diversa de las maniobras anfibia que poseían las potencias aliadas. Así, el momento de la elaboración de los planes aliados para el ataque de las islas coincidió con diferentes fases en la evolución de la doctrina de los asaltos anfibios para cada una de las potencias. Cabe destacar a este respecto igualmente el bagaje teórico japonés referido a las operaciones anfibias en el prelude de la Segunda Guerra Mundial. El Imperio del Sol Naciente se caracterizó por poseer una base solvente para este tipo de maniobras con un marcado carácter ofensivo. En este sentido, los asaltos anfibios nipones consistieron en ofensivas rápidas, aprovechando el factor sorpresa y los puntos débiles de

las defensas adversarias, el uso de material y armamento ligero y un apoyo escaso del fuego aeronaval. Todos estos elementos permitieron que Japón ocupase con presteza multitud de territorios continentales e insulares que luego formaron parte de la Esfera de la Coprosperidad. De igual modo, la obsesión por una actitud ofensiva no solo en la doctrina de las maniobras anfibias, sino en el resto de las operaciones militares explica también el desinterés por los elementos defensivos de Okinawa al igual que en otros territorios.

Por la parte aliada, tanto Reino Unido como Estados Unidos se situaron en posiciones diferentes al comienzo de la contienda. Comparadas con Japón, las potencias anglófonas partieron de un desarrollo menos elaborado en lo que a las maniobras anfibias se refiere. Los asaltos anfibios británicos para 1941 y 1942 -momento de apogeo en los planes de invasión de Canarias- se distinguían por preferir ofensivas nocturnas debido al factor sorpresa, la ausencia de un sólido apoyo de fuego aeronaval, la insuficiente preparación de la tropa de asalto tanto en el ámbito táctico como en el manejo logístico y la falta de una coordinación eficiente entre los mandos. En el caso norteamericano, los estrategas estadounidenses se diferenciaron claramente de los británicos a la hora de formular y ejecutar los asaltos anfibios. Así, estos eran ataques frontales directos ante líneas defensivas bien dispuestas. Al inicio de la guerra la potencia norteamericana tenía una serie de anomalías que debían ser solventadas. Disposición de un reducido contingente especializado en las maniobras anfibias, ausencia de experiencia en estas operaciones, falta de coordinación entre los mandos o la carencia de un gran número de vehículos dedicados a los ataques anfibios eran solo algunas de las deficiencias más destacadas. Unas deficiencias que tuvieron que ser remediadas durante el transcurso del conflicto *ad hoc*. En efecto, las campañas del Pacífico se presentaron como los escenarios de ensayo y error de los asaltos anfibios estadounidenses. Por ende, no es de extrañar que la ofensiva contra Okinawa en el último año de la guerra alcanzara un alto grado de refinamiento y fueran minimizados los problemas de las campañas previas.

Pero, las comparaciones entre Canarias y Okinawa no se mueven solo en el ámbito de los asuntos militares y geoestratégicos. Un acercamiento al plano político, económico y social de ambos archipiélagos nos permite seguir indagando y revelando multitud de variables. Una de ellas se relaciona con la edificación de las identidades insulares. Unas identidades que mostraron sus características propias desde el siglo XIX. El contexto geoestratégico, político y socioeconómico es esencial para comprender la dinámica identitaria de las islas y, por ende, para establecer las comparaciones oportunas. Dada la marginalidad que ocupaban Canarias y Okinawa en el siglo XIX -lugares de frontera- la cuestión identitaria se forjó de manera tangencial. Así, una de las primeras características

similares o transversales en ambos espacios insulares fue la débil incidencia de una identidad político-social independiente. O en otros términos y atendiendo a los parámetros conceptuales que hemos tratado en este trabajo, Canarias y Okinawa no albergaron fuertes movimientos nacionalistas con un impacto relevante. Si la dependencia político-administrativa de Canarias se había consolidado desde su propia conquista por parte de la Monarquía Hispánica y los señores feudales al servicio de esta, Okinawa, aunque reino independiente, arrastró igualmente una fuerte dependencia que culminó con su definitiva anexión a Japón. Esta marginalidad respondió, al igual que otras cuestiones mencionadas, al carácter insular periférico de los respectivos marcos geográficos.

En todo caso, la gestación de una identidad particular isleña para ambos casos se fraguó bajo el halo del regionalismo o insularismo. Un insularismo caracterizado por enfatizar su particularismo político-cultural y por las pugnas entre las élites insulares y los gobiernos centrales sin cuestionar el domino existente. La liminalidad fue, por tanto, el estado frecuente en que se encontró la conformación de las identidades insulares. Por otra parte, la precaria situación económica que experimentaron Canarias y Okinawa durante las coyunturas de este periodo forzó la generación de un fenómeno inevitable conectado también con la insularidad: la diáspora migratoria. Efectivamente, la comunidad insular emigrada fue el principal artífice de la identidad canaria y okinawense. La proliferación de asociaciones, publicaciones y personalidades destacadas en los territorios coloniales y descolonizados fueron, junto a otros, los frutos más reseñables del fenómeno migratorio. Así, mientras las comunidades de emigrados canarios -eminentemente en Cuba y Venezuela- avivaron la concepción de un nacionalismo romantizado respecto al legado histórico del archipiélago, el asociacionismo okinawense en los márgenes del imperio y América se presentó como una reacción contra la discriminación descarada que estos sufrían en comparación con sus homólogos nacionales de otras prefecturas.

Con el avance de las primeras décadas del siglo XX el insularismo canario y la identidad liminal de Okinawa fueron progresivamente insertadas en los amplios proyectos de configuración nacional español y japonés. La llegada del periodo autoritario en Japón y España a mediados de 1930 interrumpió con mayor fuerza las dinámicas particularistas e identitarias insulares. En este sentido, la reconquista nacionalista o imposición nacional española, tanto en el plano eidético como práctico, coincidió con las políticas de imposición nacional y militaristas que se llevaron a cabo en Okinawa. La supresión de los elementos culturales okinawenses -uso de la lengua local- o el papel adoctrinador de las consignas nacionalistas por parte de Falange en Canarias fueron algunas de las realidades tangibles que se dieron durante los regímenes militaristas japonés y español.

Otro de los contextos que han ofrecido una amplia gama de paralelismos es el de la economía. Ciertamente, la evolución de las economías de Canarias y Okinawa desde los siglos modernos hasta la contemporaneidad estuvo notoriamente moldeada al calor de la impronta insular de estos espacios. Y, nuevamente, el marcado valor geoestratégico de sendos archipiélagos encaminó el desenvolvimiento de sus modelos productivos. En este sentido, no es osado aseverar que la condición insular junto a las indisolubles posiciones tricontinental y bicontinental posicionaron a Canarias y Okinawa como nexos relevantes en los circuitos geopolíticos y comerciales de diversas potencias. El papel de mediación fue crucial para que estos contextos insulares atrajeran capitales y mercancías para el desarrollo de sus economías. Unos capitales que eran reinvertidos en la formación de sus modelos productivos y unas mercancías que eran, en muchas ocasiones, reexportadas a otros mercados.

A la luz de esta dinámica, cabe matizar cuanto menos los planteamientos de Wallerstein sobre las relaciones de dependencia y dominación de los centros de poder respecto a sus periferias. Así, si bien Canarias y Okinawa estaban encuadradas geográficamente en las periferia o semiperiferia de sus respectivos sistemas-mundo, ello no fue óbice para que también ejercieran un rol preminente. Las islas atlánticas lograron forjar un modelo productivo hiper-especializado cuyos productos, eminentemente agrícolas, eran notoriamente competitivos en los mercados internacionales. Ello le confirió gran autonomía como enclave geoestratégico durante la modernidad. Una dinámica similar se dio en Okinawa que, durante su existencia como reino independiente, fue un engranaje esencial en la cadena de transmisión que conectaba el norte y sur del Pacífico además de los territorios continentales asiáticos. Sin embargo, la llegada del periodo contemporáneo atestiguó una ruptura de esta tendencia para ambos escenarios archipelágicos que, a raíz de las nuevas coyunturas, tuvieron que reconvertir y modernizar sus estructuras económicas.

En efecto, la expansión imperialista de las potencias occidentales -incluyendo a Japón- amén de la consolidación capitalista de la economía mundial a finales del siglo XIX produjo en los citados entornos insulares considerables cambios. Unos cambios que, no obstante, no modificaron en exceso los modelos productivos implementados en las islas. En el caso de Okinawa, la alteración más notoria vino dada por la mayor intensidad que cobró el modelo agroexportador afianzado en el azúcar. Por su parte, el archipiélago canario obtuvo un marco institucional favorable con la implementación del régimen de Puertos Francos en 1852. De este modo, su modelo igualmente agroexportador salió fortalecido para apoyarse sobre la tríada agraria del plátano, el tomate y la patata.

Uno de los puntos de unión entre Canarias y Okinawa en este proceso de revitalización económica fue la incursión de los capitales foráneos. Aunque la producción azucarera okinawense se encontraba más atomizada su impulso vino dado, al igual que en las islas atlánticas, por las inversiones y pujanza de empresas externas. La presencia de empresas azucareras provenientes de otras prefecturas -y que operaban en otros territorios coloniales como Taiwán- era replicada igualmente con el papel desempeñado por parte de las compañías extranjeras -especialmente británicas- en Canarias. Podemos aseverar que la condición insular de estos espacios influyó en la incapacidad o indecisión de las élites y burguesías isleñas de Canarias y Okinawa para invertir y ampliar el modelo agroexportador. Los altos costes derivados de la accesibilidad a las islas a cualquier actividad logística y la considerable cantidad de capitales necesarios para la construcción y adecuación de las infraestructuras navales eran los principales obstáculos -inmanentes al factor insular- que debían enfrentar las élites insulares. En todo caso, la dependencia no solo se plasmó en la llegada de inversiones externas sino también en el empuje institucional de los gobiernos centrales -régimen de Puertos Francos para Canarias y proyecto expansionista japonés para Okinawa-.

La evolución de los modelos productivos de las economías archipelágicas continuó con altibajos hasta llegar a la década de 1930. A partir de este momento, la irrupción de los contextos bélicos -Guerra Civil española y Segunda Guerra Mundial- marcó el nuevo viraje de las economías insulares para con sus respectivos Estados. De esta forma, tanto en Canarias como en Okinawa prosiguió el funcionamiento de los modelos hiperespecializados y agroexportadores pero al calor de un progresivo y férreo control. La instauración de regímenes militaristas en España y Japón se tradujo en la implementación de políticas como el racionamiento, la búsqueda de la autosuficiencia alimentaria y energética y la obtención de divisas provenientes de los modelos agroexportadores. La realidad resultante de estas medidas cuartelarias para organizar las economías insulares fue la extensión de hambrunas, el empobrecimiento de las sociedades archipelágicas, el cortocircuito de los nexos comerciales a raíz de los bloqueos marítimos aliados, el desabastecimiento energético y alimentario -originando así el mercado negro en Canarias- y el fin del modelo agroexportador.

Ciertamente, las vivencias relacionadas con las penurias económicas por parte de las sociedades insulares durante este periodo no fueron las únicas experiencias ligadas a la coyuntura bélica. La proliferación de dinámicas de violencia estuvo igualmente presente en las experiencias rutinarias. En este sentido, el análisis comparado nos permite abordar con mayor claridad la última de las cuestiones que atañen a esta investigación: la violencia experimentada por los combatientes y civiles canarios y okinawenses. Así, nuestra

aproximación comparada no se queda meramente en la confirmación o matización de nuestras hipótesis y premisas, sino que también nos ha facilitado ahondar en esta temática tan poco estudiada -especialmente en el contexto canario- respondiendo así a un doble propósito: por un lado, comparar dichas experiencias de ambos entornos insulares y, por el otro, profundizar en cada escenario en particular. En efecto, la indagación en las experiencias de violencia de la mano de los combatientes y civiles canarios, junto con la edificación de las subjetividades individuales y colectivas a raíz de estas vivencias, ha sido un asunto poco trabajado. Una situación similar se da para el ámbito okinawense, aunque este sí ha estado más conectado con los estudios centrados en las experiencias de los soldados y civiles japoneses de un modo más genérico.

Por ende, debemos en primer lugar remarcar que tanto Canarias como Okinawa albergaron una diversa tipología de violencias, tal y como en esta investigación hemos expuesto. La condición insular de estos espacios influyó en los procesos de represión y violencia. La incapacidad de los combatientes y civiles, especialmente okinawenses, de huir a otros lugares junto al mayor control de la sociedad canaria durante el conflicto civil fueron las muestras más evidentes de esta condición. En otros términos, la insularidad fue un elemento notorio en la intensificación de las experiencias de violencia que se sucedieron en estos entornos. En todo caso, podría parecer que esta intensificación fue aminorada para el contexto de las islas atlánticas. Así, la posición de Canarias como una de las primeras retaguardias del régimen franquista neutralizó la posibilidad de que las islas mutaran en escenarios de batallas. Si bien esto es cierto, además de la menor intensidad de la violencia en comparación con Okinawa, la condición de retaguardia no fue un impedimento para que Canarias albergara diversas dinámicas violentas. Unas dinámicas que, si bien no tuvieron un gran impacto cuantitativo -número de muertes-, sí se dejaron sentir en las experiencias de los combatientes y civiles insulares.

Lo más relevante en lo referido a las experiencias de los combatientes es que tanto los soldados canarios como okinawenses transitaron por caminos similares a la hora de interpretar sus vivencias. El fuerte adoctrinamiento de valores militaristas impuestos por los regímenes de España y Japón fue notorio en el día a día de los movilizados insulares. A ello debemos añadir otra de las semejanzas transversales para ambos contextos: la ausencia de una gran masa de excombatientes retornados de la Gran Guerra. Efectivamente, tanto España como Japón no dispusieron de esta base social -más allá de los movilizados en campañas de menor escala en África y Asia- que tan primordial fue para la militarización de la sociedad con un cambio de paradigma en la cosmovisión que se poseía de la guerra. En su lugar, las interpretaciones y experiencias de los soldados insulares de Canarias y Okinawa estuvieron a caballo entre el idealismo militarista que

les fue inculcado y la arrolladora realidad de la violencia bélica. El heroísmo, el patriotismo, las muestras de virilidad, el pliegue ante los valores revolucionarios, la camaradería -tanto impuesta como la gestada en el campo de batalla-, la añoranza del hogar, la culpa, el remordimiento o el puro placer de ejercer la violencia eran los filtros que salían a relucir -en muchas veces en simbiosis los unos con los otros- para interpretar las experiencias de la guerra.

Por su parte, las experiencias de violencia de la población civil sí que presentaron claras diferencias. La posición de Okinawa como el frente de batalla más sangriento de las campañas del Pacífico reverberó con notoriedad en las vidas de los civiles insulares. La organización de grupos paramilitares -*Boeitai*, *Tekketsu Kinnōtai* y los cuerpos de enfermeras estudiantiles- con el objetivo de encuadrar a toda la población fueron solo algunas muestras de la violencia vivenciada por los civiles. A ello se le sumaba las prácticas homicidas que el Ejército imperial aplicaba sobre los isleños -suicidios colectivos con o sin fines militares, expolio de propiedades, profanación de tumbas y ejecuciones-. Así, el servicio a los valores militaristas se conjugó con el sempiterno desprecio y discriminación que las autoridades japonesas habían mantenido desde las anteriores décadas. A esta violencia militarizada se sumaba también una violencia sexual encarnada en el fenómeno de las *comfort women*. La explotación sexual de las mujeres se combinaba igualmente con ejecuciones y humillaciones al tiempo que generaba cierto rechazo por parte de los locales okinawenses. El desplazamiento forzado de miles de civiles y la proliferación de huérfanos a raíz de los combates también fueron dinámicas recurrentes.

Por ende, la propia condición de vanguardia de Okinawa poco tenía que ver con la retaguardia del archipiélago canario. En efecto, la violencia experimentada en las islas atlánticas estuvo ligada con una violencia política, arbitraria e instrumental. Los reclusos de los campos de concentración -La Isleta, Fyffes y Gando- junto con los encuadrados en los batallones de soldados trabajadores ejemplificaron las violencias citadas. Colateralmente sufrían y experimentaban políticas de violencia los allegados de todos los desafectos al nuevo régimen. La resignación, la frustración y la añoranza por los valores republicanos fueron los ejes que vertebraron las experiencias de violencia por parte de los represaliados canarios.

En suma, nuestra investigación ha tratado de abordar de manera integral y holística multitud de elementos que, a nuestro juicio, se erigen como variables indisolubles de la condición insular de estos espacios y, por tanto, son susceptibles de ser comparados. Así, el factor insular se presenta como hilo conductor desde el que estudiar comparadamente cuestiones geoestratégicas, militares, diplomáticas, políticas, económicas y sociales en

Canarias y Okinawa. Pero, como aseveramos al inicio, no creemos que todo deba reducirse a esta condición geográfica, sino que en ambos casos es preciso considerar factores de ámbito estatal e internacional, sin olvidar que, más allá de las diferencias constatadas a escala local, nacional o internacional, la condición humana es la misma, aunque presentada bajo una apariencia distinta.

CONCLUSIONS

Throughout history, archipelagic spaces with modest dimensions have presented a series of inherent particularities given their own geographical condition and that have influenced their historical evolution. In other words, insularity itself has influenced, and continues to influence, the dynamics - historical, economic, political, social, logistical, cultural or biological - that are developed in these territorial frameworks. Clearly, this premise is based on a marked vision or nosologic approach or that has gained so much preponderance in recent years in various academic disciplines. Although the insular factor is projected as a transversal axis in our research and in many of the premises we propose, we do not intend to fall into a reductionism either. In this sense, our conclusions will connect with the premises from which we start to ratify or qualify them after a process of analysis and inductive comparison of the cases of the Canary Islands and Okinawa.

Thus, the first of the conclusions that ratifies one of our propositions is that of the geostrategic value of the Canary Islands and Okinawa during the period covered by this research. Indeed, these archipelagic scenarios were inserted early in the world-system that was conceived during the modern centuries. The insular imprint in this case influenced the geostrategic condition of the Canary Islands and Okinawa. Indeed, the Canary Islands were soon under the orbit of the Hispanic Monarchy from the fifteenth century to, later, become an indispensable platform in the tricontinental commercial and diplomatic circuits. Such was the preeminence of the Atlantic archipelago that it took on a role of its own. The connections and direct contact with Africa, powers of northern Europe or America were evidence of the autonomy and value that the Canary Islands possessed during modernity. A similar importance was replicated in the Okinawan case. However, the main difference with respect to the Canary Islands is that Okinawa was a more or less independent kingdom -Kingdom of the Ryūkyū-. A kingdom that was also subject to the expansionist dynamics and influences of other states such as imperial China or Japan of the *Sengoku* and Tokugawa periods.

In any case, the insular condition and location of these islands in the Atlantic and Pacific strengthened their geostrategic value. This meant that the dominant powers of the maritime routes of the moment were not oblivious to the opportunities offered by these enclaves within the expansionist processes. Some processes that were consolidated during the nineteenth century to definitively position the Canary Islands and Okinawa within the imperialist and capitalist construction that various powers were shaping. The clear example of this consolidation, and where the geostrategic consideration of the islands was a crucial aspect, was the official incorporation of Okinawa as a prefecture in 1879 to the embryonic Japanese empire. Indeed, Japan's eagerness was born to deal diligently with the definition of its emerging nation-state and for this it was necessary to have defined

borders on which to project its pelagic dominance to other territories. The case of the Canary Islands was rather the opposite. The Spanish territorial retreat had been consummating by leaps and bounds throughout the nineteenth century. The end-of-the-century crisis was presented as a turning point for the Canary Islands, not so much because of the definition of this within the Spanish State but because of the possible threats that could hover over it. The weakness embodied by the archipelago in the heat of the interests of other powers impelled Madrid to show greater interest in its southernmost territory. The remoteness and fragmentation -insularity- together with the scarce role that Spain played in the international order greatly conditioned the position of the Canary Islands for this period.

But the geostrategic value of the Canary Islands and Okinawa took on disparate tinges during World War II. Equally disconcerting were the moments in which this courage came to the fore during the war. But what was evident was the interest shown by the allied powers, the United Kingdom and the United States eminently, in these island spaces. The main difference lies in the motivation that these powers had on the islands. Thus, the Canary Islands came to the fore when the British feared an imminent Spanish belligerence on the side of the Axis forces. In this sense, and since the loss of Gibraltar was taken for granted, the Atlantic archipelago stood as the most convenient option to have an alternative to the rock. The allied maritime dominance of the Atlantic, the Canary naval air infrastructures, the advantage of dedicating a small force to defend the islands and the possibility of continuing with the blockade maneuvers together with a lower logistical effort or in the occupation of the Canary Islands with respect to other territories were the most influential attractions. Thus, until 1942 and 1943 the attempted invasion of the Canary Islands was latent.

On the contrary, the need to occupy Okinawa was marked by different circumstances. Even the American interest in disposing of this island was in the shadow of another better option: the position of Taiwan. The infeasibility of launching an assault on it given its better defense finally provoked the convenience of taking Okinawa. In addition, the Okinawan position was crucial to project the last phase of invasion over the main Japanese islands. It was a later interest and for different reasons because of the course of the war, we can find similar attractions in Okinawa if we compare them with those presented in the Canary Islands: an allied maritime domain, lower logistical cost to launch attacks on Japan, ease of defense or the provision of air-naval infrastructures that, although they had to be rebuilt, they were commensurate with the means they had to house.

These same attractions were appreciated, both in the Canary Islands and in Okinawa, by American strategists for post-war projects. And, once again, the variables that positioned both island frameworks in the US geostrategic and military orbit reverberate. Indeed, although the Spanish and Japanese archipelago appeared at the same time in the plans drawn up by the *Joint Chief of Staff* (JCS) in 1943, their subsequent consideration within these turned into divergent paths. Divergences influenced by the foreign policy that the United States maintained with Spain and Japan. The condition of these two countries was crucial for the decantation of the American power in the eventual territories of which it was interested. But although the international ostracism imposed on the Iberian country had little to do with the situation of the defeated nation of the Japanese empire, this did not prevent the United States from taking the negotiating initiative in both contexts in practice. Certainly, the common denominator of Spain and Japan was the material precariousness from which they started at the diplomatic table.

Okinawa was already marked to stand as the cornerstone of the Pacific in terms of naval air manoeuvres before the end of the war. The occupation of the island after the campaign was corroborated in the Treaty of San Francisco in 1952. A noteworthy aspect was that diplomatic operations aimed at strengthening the American presence in Okinawa were unrelated to the general negotiations held with Tokyo regarding other Japanese territories. However, the geostrategic revaluation of the island only had real force in the theoretical framework. It was not until the second half of the 1950s that Okinawa had to develop genuine policies of refurbishment of the site for geostrategic and military purposes. Official American historiography itself recognized this fact. For its part, the Canary Islands have always been in the shadow of better alternatives. The preference for the eventual installations in Casablanca-Por Lyautey or in the Azores positioned at all times the Spanish Atlantic islands as a second option.

Therefore, the international dynamics did not help to make the Canary Islands more transcendent. The better willingness to negotiate with France, the rejection of the Franco regime or the absence of a Soviet threat in the Atlantic in the short term were also determining factors. The final devaluation of the Canary archipelago was sealed with the Madrid Pacts in 1953 when the North American power already obtained the facilities and rights on Spanish soil that it required. Even so, this devaluation was only presented with political-diplomatic dyes since the Canary Islands remained, or its insular character and location, a scenario with high strategic value for offensive military manoeuvres and logistical support as reflected in US intelligence reports in the early 1950s.

The same disparity in foreign policy by Spain and Japan was present during World War II. However, this was not an impediment to the evidence of a common axis between the

Canary Islands and Okinawa, namely negligence and apathy on the part of the central governments. We therefore find ourselves with two marginalized states on the table of international politics. While Spain was excluded by its own inability to impose itself in the international framework, Japan was excluded by the will of other powers. Spain accumulated a legacy of territorial and diplomatic setbacks since the nineteenth century that positioned it in a delicate position at the time of world conflicts. The end-of-the-century crisis and the liquidation of the last overseas possessions, the tiring, bloody and prolonged campaign in Morocco to establish a dominion in Africa – the Annual disaster in 1921 stands out – and the Civil War left diminished the real capacities of Spain – both military and diplomatic – to occupy a prominent place in the international framework.

For its part, the emerging Japanese empire seemed to find no obstacle in its expansionist projects. But the first decades of the twentieth century witnessed the marginalization imposed on Japan. The Washington Conference in 1921 was an example of this dynamic. The military success in China's campaigns throughout 1930 turned into diplomatic condemnations by the traditional powers that had a marked presence in Asia – the United Kingdom, France and the United States to a lesser extent. Japan's abandonment of the League of Nations in 1933 was the most emblematic example of this diplomatic struggle.

In spite of everything, the situation of the Canary Islands and Okinawa in this general framework was quite similar. And it is that both Spain and Japan contemplated both island spaces from the lenses of disinterest or negligence. These archipelagic frameworks were presented for Madrid and Tokyo as border places whose geostrategic or diplomatic value varied according to the conjuncture. Precisely, this border factor together with the insular condition influenced the increase of Spanish and Japanese disinterest at times. Thus, the Canary Islands had to wait until mid-1940 for the first defensive steps to begin against an eventual allied attack. A question similar to that of Okinawa, only that this prefecture was taken seriously into account at the end of 1944 when the American assault was imminent. Before that, the island was garrisoned by a rickety and deficient defensive device.

Indeed, the defensive plans deployed in these archipelagos connect directly with another of the variables analyzed in this research: defenselessness. The precariousness of material and human resources was the order of the day and were shared elements in both scenarios. This helplessness responded not only to the lack of interest, means and capabilities on the part of the Spanish and Japanese military, but also to a series of exogenous factors. The most obvious was the overwhelming air-naval dominance of the A-allied in both the Atlantic and the Pacific, especially during the retreat phase of the Axis. Another of them, and in connection with the previous one, was the remoteness of the Canary Islands and Okinawa with respect to the metropolitan territory. Thus, logistical operations of any kind

were more aggravated than other territories. But the fact that both contexts suffered from a defenselessness does not mean that the defensive projects shared the same nature.

Certainly, the doctrine, the endowment, the material and human organization and the execution of the maneuvers were very different. In this sense, the Spanish military authorities opted for a traditional defensive doctrine, of German influence, in which the first lines of resistance were located on the coasts and on the beaches. The infantry and artillery units -coast and field- were positioned in the aforementioned places along with the network of fortifications that was erected for defense. Instead, those in charge of the defense of Okinawa applied the tactical and strategic innovations that had been brewing in previous campaigns such as Iwo Jima. Faced with a strong American frontal assault, backed by strong air-naval support, the officers of the Japanese 32nd Army opted to withdraw the infantry and artillery units to the interior of the island. The use of the mountainous island orography, the construction of fortifications and underground shelters away from the coasts and the renunciation of defending the airfields gave the Japanese garrison an approach according to its objectives: to execute a war of attrition. An attrition that, in addition to materializing in the high number of allied casualties, would allow Japan to have a trump card with which to negotiate its surrender. At least this was the premise entrenched in the minds of the Japanese authorities.

Indeed, the defensive plans proposed for the Canary Islands and Okinawa also responded to the diverse nature of the amphibious maneuvers possessed by the allied powers. Thus, the timing of the elaboration of the Allied plans for the attack of the islands coincided with different phases in the evolution of the doctrine of amphibious assaults for each of the powers. Also noteworthy in this regard is the Japanese theoretical background on amphibious operations in the prelude to World War II. The Empire of the Rising Sun was characterized by having a solvent base for this type of maneuvers with a marked offensive character. In this sense, the Japanese amphibious assaults consisted of quick offensives, taking advantage of the surprise factor and the weak points of the adversary defenses, the use of material and light weapons and a scarce support of the aeronaval fire. All these elements allowed Japan to quickly occupy many continental and island territories that were later part of the Sphere of Co-Prosperity. Similarly, the obsession with an offensive attitude not only in the doctrine of amphibious maneuvers, but in the rest of military operations also explains the lack of interest in the defensive elements of Okinawa as in other territories.

On the Allied side, both the United Kingdom and the United States were in different positions at the beginning of the war. Compared to Japan, the English-speaking powers started from a less elaborate development in amphibious maneuvers. The British

amphibious assaults for 1941 and 1942 -moment of apogee in the plans of invasion of the Canary Islands- were distinguished by preferring night offensives due to the surprise factor, the absence of a solid support of air and naval fire, the insufficient preparation of the assault troops both in the tactical field and in the logistic management and the lack of efficient coordination between the commands. In the American case, American strategists clearly differed from the British when formulating and executing amphibious assaults. Thus, these were direct frontal attacks against well-disposed defensive lines. At the beginning of the war the American power had a series of anomalies that had to be solved. The availability of a small contingent specialized in amphibious manoeuvres, lack of experience in these operations, lack of coordination between commanders or the lack of a large number of vehicles dedicated to amphibious attacks were just some of the most outstanding deficiencies. These shortcomings had to be remedied during the course of the *ad hoc* conflict. In effect, the Pacific campaigns were presented as the trial-and-error scenarios of American amphibious assaults. Therefore, it is not surprising that the offensive against Okinawa in the last year of the war reached a high degree of refinement and the problems of the previous campaigns were minimized.

But the comparisons between the Canary Islands and Okinawa do not move only in the field of military and geostrategic affairs. An approach to the political, economic and social level of both archipelagos allows us to continue investigating and revealing a multitude of variables. One of them relates to the construction of island identities. Identities that showed their own characteristics since the nineteenth century. The geostrategic, political and socio-economic context is essential to understand the identity dynamics of the islands and, therefore, to establish the appropriate comparisons. Given the marginality occupied by the Canary Islands and Okinawa in the nineteenth century – frontier places – the identity question was forged tangentially. Thus, one of the first similar or transversal characteristics in both island spaces was the weak incidence of an independent political-social identity. Or in other words and according to the conceptual parameters that we have dealt with in this work, the Canary Islands and Okinawa did not host strong nationalist movements with a relevant impact. If the political-administrative dependence of the Canary Islands had been consolidated since its own conquest by the Hispanic Monarchy and the feudal lords at its service, Okinawa, although an independent kingdom, also dragged a strong dependence that culminated in its definitive annexation to Japan. This marginality responded, like other issues mentioned, to the peripheral insular nature of the respective geographical frameworks.

In any case, the gestation of a particular island identity for both cases were forged under the halo of regionalism or insularism. An insularism characterized by emphasizing its

political-cultural particularism and by the struggles between the insular elites and the central governments without questioning the existing domination. Liminality was, therefore, the frequent state in which the conformation of island identities was found. On the other hand, the precarious economic situation experienced by the Canary Islands and Okinawa during the conjunctures of this period forced the generation of an inevitable phenomenon also connected to insularity: the migratory diaspora. Indeed, the emigrated island community was the main architect of the Canary and Okinawan identity. The proliferation of associations, publications and prominent personalities in the colonial and decolonized territories were, among others, the most notable fruits of the migratory phenomenon. Thus, while the communities of Canary émigrés – eminently in Cuba and Venezuela – fueled the conception of a romanticized nationalism with respect to the historical legacy of the archipelago, the Okinawan associationism on the margins of the empire and America was presented as a reaction against the blatant discrimination they suffered compared to their national counterparts in other prefectures.

With the advance of the first decades of the twentieth century, the Canarian insularism and the liminal identity of Okinawa were progressively inserted into the broad projects of Spanish and Japanese national configuration. The arrival of the authoritarian period in Japan and Spain in the mid-1930s interrupted with greater force the particularist and insular identity dynamics. In this sense, the nationalist reconquest or Spanish national imposition, both eidetic and practical, coincided with the policies of national and militarist imposition that were carried out in Okinawa. The suppression of Okinawan cultural elements -use of the local language- or the indoctrinating role of nationalist slogans by the Falange in the Canary Islands were some of the tangible realities that occurred during the Japanese and Spanish militarist regimes.

Another context that has offered a wide range of parallels is that of economics. Certainly, the evolution of the economies of the Canary Islands and Okinawa from the modern centuries to the contemporary was notoriously shaped by the heat of the insular imprint of these spaces. And, once again, the marked geostrategic value of both archipelagos led to the development of their production models. In this sense, it is not daring to assert that the insular condition together with the indissoluble tricontinental and bicontinental positions positioned the Canary Islands and Okinawa as relevant links in the geopolitical and commercial circuits of various powers. The role of mediation was crucial for these island contexts to attract capital and goods for the development of their economies. Capital that was reinvested in the formation of its productive models and goods that were, on many occasions, re-exported to other markets.

In light of this dynamic, Wallerstein's approaches to the relations of dependence and domination of the centers of power with respect to their peripheries can be qualified at least. Thus, although the Canary Islands and Okinawa were geographically framed in the periphery or semi-periphery of their respective world-systems, this did not prevent them from also playing a preeminent role. The Atlantic islands managed to forge a hyper-specialized production model whose products, eminently agricultural, were notoriously competitive in international markets. This gave it great autonomy as a geostrategic enclave during modernity. A similar dynamic occurred in Okinawa which, during its existence as an independent kingdom, was an essential cog in the chain of transmission connecting the North and South Pacific as well as the Asian mainland. However, the arrival of the contemporary period witnessed a break in this trend for both archipelagic scenarios that, as a result of the new conjunctures, had to reconvert and modernize their economic structures.

Indeed, the imperialist expansion of the Western powers - including Japan - in addition to the capitalist consolidation of the world economy at the end of the nineteenth century produced considerable changes in the aforementioned island environments. These changes, however, did not modify too much the production models implemented on the islands. In the case of Okinawa, the most noticeable alteration was given by the greater intensity of the agro-export model based on sugar. For its part, the Canary Islands obtained a favorable institutional framework with the implementation of the Free Ports regime in 1852. In this way, its agro-export model was strengthened to rely on the agricultural triad of bananas, tomatoes and potatoes.

One of the points of union between the Canary Islands and Okinawa in this process of economic revitalization was the incursion of foreign capital. Although Okinawan sugar production was more atomized, its impulse was given, as in the Atlantic islands, by the investments and strength of external companies. The presence of sugar companies from other prefectures – and operating in other colonial territories such as Taiwan – was also replicated by the role played by foreign companies – especially British – in the Canary Islands. We can affirm that the insular condition of these spaces influenced the inability or indecision of the island elites and bourgeoisies of the Canary Islands and Okinawa to invest and expand the agro-export model. The high costs derived from the accessibility to the islands to any logistical activity and the considerable amount of capital necessary for the construction and adaptation of naval infrastructures were the main obstacles - immanent to the insular factor- that the island elites had to face. In any case, the dependence was not only reflected in the arrival of external investments but also in the

institutional thrust of the central governments -Free Ports regime for the Canary Islands and Japanese expansionist project for Okinawa-.

The evolution of the productive models of the archipelagic economies continued with ups and downs until the 1930s. From this moment on, the irruption of the war contexts - Spanish Civil War and Second World War- marked the new turn of the island economies towards their respective States. In this way, both in the Canary Islands and in Okinawa, the operation of hyper-specialized and agro-export models continued, but in the heat of a progressive and tight control. The establishment of militaristic regimes in Spain and Japan resulted in the implementation of policies such as rationing, the search for food and energy self-sufficiency and the obtaining of foreign exchange from agro-export models. The reality resulting from these barracks measures to organize the island economies was the extension of famines, the impoverishment of archipelagic societies, the short-circuiting of commercial links as a result of the allied maritime blockades, the energy and food shortages -thus originating the black market in the Canary Islands- and the end of the agro-export model.

Certainly, the experiences related to the economic hardships on the part of the island societies during this period were not the only experiences linked to the war situation. The proliferation of violent dynamics was also present in routine experiences. In this sense, the comparative analysis allows us to address more clearly the last of the issues that concern this research: the violence experienced by Canary and Okinawan combatants and civilians. Thus, our comparative approach does not remain merely in the confirmation or nuance of our hypotheses and premises but has also facilitated us to delve into this subject so little studied -especially in the Canary context- thus responding to a double purpose: on the one hand, to compare these experiences of both island environments and, on the other, deepen in each particular scenario. Indeed, the investigation into the experiences of violence by the hands of combatants and Canary civilians, together with the construction of individual and collective subjectivities as a result of these experiences, has been a matter little worked. A similar situation occurs for the Okinawan area, although this has been more connected with studies focused on the experiences of Japanese soldiers and civilians in a more generic way.

Therefore, we must first of all emphasize that both the Canary Islands and Okinawa hosted a diverse typology of violence, as we have exposed in this research. The insular condition of these spaces influenced the processes of repression and violence. The inability of combatants and civilians, especially Okinawans, to flee elsewhere along with the greater control of Canary society during the civil conflict were the most obvious signs of this condition. In other words, insularity was a notorious element in the intensification

of the experiences of violence that occurred in these environments. In any case, it might seem that this intensification was slowed for the context of the Atlantic islands. Thus, the position of the Canary Islands as one of the first rearguards of the Franco regime neutralized the possibility that the islands mutated into battle scenarios. While this is true, in addition to the lower intensity of violence compared to Okinawa, the condition of rearguard was not an impediment for the Canary Islands to host various violent dynamics. Some dynamics that, although they did not have a great quantitative impact -number of deaths-, they were felt in the experiences of the combatants and island civilians.

The most relevant thing regarding the experiences of the combatants is that both the Canary and Okinawan soldiers traveled similar paths when interpreting their experiences. The strong indoctrination of militaristic values imposed by the regimes of Spain and Japan was notorious in the daily life of the island mobilized. To this we must add another of the transversal similarities for both contexts: the absence of a large mass of ex-combatants returned from the Great War. Indeed, both Spain and Japan did not have this social base – beyond those mobilized in smaller-scale campaigns in Africa and Asia – which was so essential for the militarization of society with a paradigm shift in the worldview of war. Instead, the interpretations and experiences of the island soldiers of the Canary Islands and Okinawa straddled the way between the militaristic idealism that was instilled in them and the overwhelming reality of war violence. Heroism, patriotism, displays of virility, bowing to revolutionary values, comradeship – both imposed and gestated on the battlefield – longing for home, guilt, remorse or the pure pleasure of exercising violence were the filters that came to light – often in symbiosis with each other – to interpret the experiences of war.

On the other hand, the experiences of violence of the civilian population did present clear differences. Okinawa's position as the bloodiest battlefield of the Pacific campaigns reverberated with notoriety in the lives of island civilians. The organization of paramilitary groups – *Boeitai*, *Tekketsu Kinnōtai* and the student nurse corps – with the aim of framing the entire population were just some examples of the violence experienced by civilians. To this was added the homicidal practices that the imperial army applied to the islanders – collective suicides with or without military purposes, plundering of property, desecration of graves and executions. Thus, service to militaristic values was combined with the perennial contempt and discrimination that the Japanese authorities had maintained since the previous decades. To this militarized violence was also added a sexual violence embodied in the phenomenon of *comfort women*. The sexual exploitation of women was also combined with executions and humiliation while generating some

rejection by Okinawan locals. The forced displacement of thousands of civilians and the proliferation of orphans as a result of the fighting were also recurring dynamics.

Therefore, Okinawa's own vanguard condition had little to do with the rear of the Canary archipelago. Indeed, the violence experienced in the Atlantic islands was linked to political, arbitrary and instrumental violence. The inmates of the concentration camps - La Isleta, Fyffes and Gando - together with those framed in the battalions of working soldiers exemplified the aforementioned violence. Collaterally, the relatives of all those disaffected to the new regime suffered and experienced policies of violence. Resignation, frustration and longing for republican values were the axes that structured the experiences of violence on the part of the Canary repressed.

In short, our research has tried to address in an integral and holistic way a multitude of elements that, in our opinion, stand as indissoluble variables of the insular condition of these spaces and, therefore, are susceptible to comparison. Thus, the insular factor is presented as a common thread from which to study comparative geostrategic, military, diplomatic, political, economic and social issues in the Canary Islands and Okinawa. But, as we stated at the beginning, we do not believe that everything should be reduced to this geographical condition, but that in both cases it is necessary to consider factors of national and international scope, without forgetting that, beyond the differences observed at the local, national or international level, the human condition is the same although presented under a different appearance.

BLIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

Bibliografía

Abad Ripoll, Emilio y Castro Martín, Juan Antonio, *Aportaciones a la defensa de Tenerife en la Segunda Guerra Mundial*. Ediciones Idea, 2013.

Akamine, Mamoru, *The Ryukyu Kingdom. Cornerstone of East Asia*. University of Hawaii Press, 2017.

Alares López, Gustavo, “Ruralismo, fascismo y regeneración. Italia y España en perspectiva comparada”, *Ayer*, nº83, (2011) pp. 127-147.

Alcalde Fernández, Ángel, *Los excombatientes franquistas. La cultura de guerra del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes (1936-1965)*. Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014.

Alegre Lorenz, David y Alonso Ibarra, Miguel, “Reclutamiento, encuadramiento y experiencia de guerra desde la Antigüedad hasta nuestros días”. *Millars: Espai i historia*, vol.43, nº2, 2017, pp. 9-34.

Alegre Llorenz, David, *La batalla de Teruel: Guerra total en España*. La Esfera de los libros, 2018.

Alegre Lorenz, David *et al.* (coords.), *Europa Desgarrada. Guerra, ocupación y violencia, 1900-1950*. Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018.

Alegre Lorenz y Alonso Ibarra, “Guerra y género, mundo militar y sociedad: experiencia bélica, guerras de ocupación, relaciones con la retaguardia”. *Jerónimo Zurita: Revista de Historia*, nº24, 2019, pp.9-25.

Allen, George C., *A Short Economic History of Modern Japan*. The Macmillan Press, 1983.

Allen, Mathew, “Okinawa, ambivalence, identity, and Japan”. En Weiner, Michael (ed.), *Japan's Minorities. The illusion of homogeneity*. Routledge, 2009, pp. 188-205.

Alonso Ibarra, Miguel, “Ex-combatientes. Un análisis del fascismo español a través de las memorias de los soldados de Falange”. *Claves del mundo contemporáneo. Debate e investigación: actas del XI Congreso de la Asociación de la Historia*, 2013, pp. 1-19.

Alonso Ibarra, Miguel, “Combatir, ocupar, fusilar. La evolución de la violencia bélica de los sublevados en la guerra civil española (1936-1939)”, en Alegre Lorenz *et al.* (coords.), *Europa Desgarrada. Guerra, ocupación y violencia, 1900-1950*. Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018, pp. 195-244.

Álvarez Junco, José, *Dioses útiles. Naciones y nacionalismos*. Galaxia Gutenberg, 2016.

Álvarez Santos, Javier Luis, *De la Historia Atlántica a la Nesología. La formación de una identidad insular macaronésica durante la consolidación del mundo atlántico*. Instituto de Estudios Canarios, 2018.

Álvarez Santos, Javier Luis, “Identidad y pacto social: los portugueses en Canarias durante la Unión Ibérica”. *Anuario de historia regional y de las fronteras*, vol.24, nº1, 2019, pp. 139-154.

Álvarez, José E., “Between Gallipoli and D-Day: Alhucemas, 1925”. *The Journal of Military History*, vol. 63, nº1, 1999, pp. 75-98.

Álvarez-Maldonado Muela, Ricardo y Gamundi Insua, Abel, *Las operaciones anfibias*. Bazán, 1994.

Anaya Hernández, Luis Alberto *et al.*, “Huidos, evadidos, desertores y canjeados. Los canarios republicanos en la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial, 1936-1945”. En *III Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote. Tomo I*, Cabildo Insular de Fuerteventura y Cabildo Insular de Lanzarote, 1989, pp. 329-358.

Anaya Hernández, Luis Alberto *et al.*, “Los evadidos y exiliados canarios en Francia y en las colonias francesas del África Occidental (1936-1946)”. *X Coloquio de Historia Canario-Americana*, vol. 2, 1994, pp. 619-646.

Appleman, Roy E.; *et al.*, *United States Army in World War II. The War in the Pacific. Okinawa: The Last Battle*. Center of Military History United States Army, 1993.

Arendt, Hanna, *Los orígenes del totalitarismo*. Taurus, 1998.

Armitage, David, “Tres conceptos de historia atlántica”. *Revista de Occidente*, nº281, 2004, pp. 7-28.

Aróstegui, Julio, “Una dictadura conservadora”. *La aventura de la Historia*, nº16, 2000, pp. 16-18.

Aznar Vallejo, Eduardo “Estado y colonización en la Baja Edad Media. El caso de Castilla”. *La España Medieval*, vol. 11, nº7, 1988, pp. 7-22.

Baldacchino, Godfrey, “The coming of age of island studies”. *Tijdschrift voor economische en sociale geografie*, vol. 95, nº3, 2004, pp. 272-283

Baldacchino, Godfrey, “Islands, island studies, *Island Studies Journal*”. *Island Studies Journal*, vol. 1, nº1, 2006, pp. 3-16.

- Baldacchino, Godfrey, *A World of Islands: An Island Studies Reader*. Institute of Island Studies – University of Prince Edward Island, 2007.
- Barbé, Esther, *Relaciones Internacionales*. Tecnos, 2000.
- Barciela, Carlos, “El mercado negro de productos agrarios en la posguerra, 1939-1945”. En Fontana, J. (ed.): *España bajo el franquismo*. Editorial Crítica, Barcelona, 1986, pp. 192-205.
- Barclay, Kate, “Between modernity and primitivity: Okinawan identity in relation to Japan and the South Pacific”. *Nations and Nationalism*, vol,12, nº1, 2006, pp. 117-137.
- Barnhart, Michael A., *Japan Prepares for Total War. The Search for Economic Security, 1919-1941*. Cornell University Press, 1987.
- Beasley, William G., *Japanese Imperialism 1895-1945*. Oxford University Press, 1987.
- Beevor, Anthony, *La Segunda Guerra Mundial*. Pasado y Presente -versión Epub-, 2014.
- Benesch, Oleg, *Inventing the Way of the Samurai. Nationalism, Internationalism, and Bushidō in Modern Japan*. Oxford University Press, 2014.
- Betancor Quintana, Gabriel, “Identidades atlánticas: la perspectiva patrimonial”. *Cartas diferentes. Revista de patrimonio documental*, nº16-17, 2020, pp. 13-40.
- Bettwy, Samuel W., “Amphibious Warfare since World War II”. *Electronic Journal*, 2015, pp. 1-5.
- Bhowmik, Davinder L., *Writing Okinawa Narrative acts of identity and resistance*. Routledge, 2008; Allen, Mathew, “Okinawa, ambivalence, identity, and Japan”. En Weiner, Michael (ed.), *Japan's Minorities. The illusion of homogeneity*. Routledge, 2009, pp. 188-206.
- Bittner, Donald F., “Britannia's Sheathed Sword: The Royal Marines and Amphibious Warfare in the Interwar Years-A Passive Response”. *The Journal of Military History*, vol. 55, nº3, 1991, pp. 345-364.
- Blasco Cruces, Diego (ed.), *No esperamos volver vivos. Testimonios de kamikazes y otros soldados japoneses*. Alianza editorial, 2015.
- Bloch, Marc, "Toward a Comparative History of European Societies,". En Lane, Fredric C. y Riemersma, Jelle C., (eds.), *Enterprise and Secular Change: Readings in Economic History*. Homewood, Ill. R.D. Irwin, 1953, pp. 494-521.

Bloch, Marc, *Apología para la Historia o el oficio de historiador*. Fondo de Cultura Económica, 2001.

Bosch, Aurora, *Historia de Estados Unidos 1776-1945*. Crítica, 2005.

Bourke, Joanna, *Fear: A Cultural History*. Virago, 2006.

Bourke, Joanna, *Rape: A History from the 1860s to the Present*. Virago, 2007.

Bourke, Joanna, *Sed de sangre*. Crítica, 2008.

Bourke, Joanna, *The Story of Pain: From Prayer to Painkillers*. Oxford University Press, 2014.

Bowen H., Wayne, “Con la mayor reticencia: Harry Truman, Francisco Franco y la alianza España-Estados Unidos”. En Maria Thomàs, Joan (coord.), *Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, Japón y sus relaciones con España entre la guerra y la posguerra (1939-1953)*, Universidad Pontificia Comillas de Madrid, 2016, pp. 63-99.

Bradford, Marlene, *Scanning the Skies. A History of Tornado Forecasting*. University of Oklahoma Press, 2001.

Brown, Louis, *A Radar History of World War II. Technical and Military Imperatives*. Institute of Physics Publishing, 1999.

Buckley, John, “Air Power and the Battle of the Atlantic”. *Journal of Contemporary History*, vol. 28, nº1, 1993, pp. 143-161.

Bueno, Gustavo, *Diccionario filosófico*. Biblioteca Filosofía en Español, 2000.

Buruma, Ian, *El precio de la culpa. Cómo Alemania y Japón se han enfrentado a su pasado*, Duomo ediciones, 2011.

Caballero Escorcía, Boris Alexander, “La historia comparada. Un método para hacer Historia”. *Sociedad y Discurso*, nº28, 2015, pp. 50-69.

Cabrera Acosta, Miguel Ángel (ed.), *La Guerra Civil en Canarias*. Francisco Lemus Editor, 2000.

Cabrera Armas, Luis Miguel, “The Ports of the Canary Islands: The Challenges of Modernity”. En Suárez Bosa, Miguel (ed.), *Atlantic Ports and the First Globalisation, c. 1850–1930*. Palgrave Macmillan, 2014, pp. 19-48.

Caprio, Nark E. y Sugita, Yoneyuki (eds.), *Democracy in Occupied Japan. The U.S. occupation and Japanese politics and society*, Routledge, 2007.

- Carreras, Albert y Tafunell, Xavier, *Historia Económica de la España Contemporánea*. Crítica, 2003.
- Casanova Ruiz, Julián, *Una violencia indómita. El siglo XX europeo*. Crítica, 2020.
- Casanovas, Martín, “El Espectáculo de la Descomposición Española”. *El Guanche*, 30 de abril de 1924.
- Castro Martín, Juan Antonio, *Los ingenieros y el plan de obstrucciones. La defensa de Canarias durante la Segunda Guerra Mundial*. Ediciones Idea, 2014.
- Catalán, Jordi, *La economía española y la segunda guerra mundial*. Ariel, 1995.
- Churchill, Wiston, *The Grand Alliance*. RosettaBooks, 2002.
- Clifford, Kenneth, *Progress and purpose: A Developmental History of The United States Marines Corps 1900-1970*. History and Museums Division Headquarters, United States Marine Corps, 1973.
- Clifford, Kenneth J., *Amphibious Warfare Development in Britain and America from 1920-1940*. Edgewood, 1983.
- Clúa Méndez, José Manuel, “La línea Pirineos (línea P): la mayor obra de fortificación en España”. *Ripacurtia*, nº5, 2007, pp. 151-158.
- Cokely, Megan E., “British counter-intelligence in Gibraltar: Deciphering Spanish ‘neutrality’ during the Second World War”. *International Journal of Iberian Studies*, vol. 20, nº2, 2007, pp. 129-153.
- Converse, Elliot V., *Circling the Earth. United States Plans for a Postwar Overseas Military Base System, 1942-1948*. Air University Press, 2005.
- Cotau Bégarie, Hervé, *Geoestrategia del Atlántico sur*. Ediciones Ejército, 1989.
- Dallanegra Pedraza, Luis, “Teoría y metodología de la geopolítica. Hacia una geopolítica de la «construcción de poder»”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 2010, pp. 15-42.
- De Belot, Raymond, *La guerra aeronaval en el Pacífico (1941-1945)*. Editorial Naval, 1983.
- De la Torre Champsaur, Bernardo, “Recuerdos y datos sobre el batallón «Canarias» del 5º Regimiento de Milicias Populares”. En Méndez Ascanio, Eladio (ed.), *Guillermo Ascanio. Comandante del Batallón Canarias*. Gobierno de Canarias – Consejería de

Educación, Cultura y Deportes. Dirección General de Cooperación y Patrimonio Cultural – Centro de la Cultura Popular Canaria, 2007.

De Paz Sánchez, Manuel, “Identidades lejanas. El proyecto nacionalista canario en América (1895-1933)”. *CATHARUM. Revista de Ciencias y Humanidades del Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias*, nº10, 2009, pp. 43-70.

De Paz Sánchez, Manuel, *La piratería en Canarias*. Centro Cultura Popular Canario, 2009.

De Sequera Martínez, Luis, *Historia de la fortificación española en el siglo XX*. Caja Duero, 2006.

Díaz Benítez, Juan José, “Pilgrim y la defensa de Gran Canaria en 1941”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº46, 2000, pp. 349-364.

Díaz Benítez, Juan José, “Náufragos en Canarias durante la batalla del Atlántico”. *Revista de historia naval*, nº77, 2002, pp. 35-51.

Díaz Benítez, Juan José, “El anteproyecto de flota de 1938 y la no beligerancia española durante la Segunda Guerra Mundial”. *Ayer*, nº49, 2003, pp. 271-289.

Díaz Benítez, Juan José, “La indefensión naval de Canarias durante la Segunda Guerra Mundial”. *Revista de Historia Naval*, nº85, 2004, pp. 57-72.

Díaz Benítez, Juan José, “La defensa de Canarias contra asaltos aerotransportados en 1943”. *Vegueta: Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, nº8, 2004, pp. 93-108.

Díaz Benítez, Juan José, “Voluntarios de la zona aérea de Canarias y África occidental en la Wehrmacht”. *Historia Social*, nº53, 2005, pp. 47-62.

Díaz Benítez, Juan José, “Colaboración naval hispano-alemana en Canarias durante la II Guerra Mundial”. *XVI Coloquio de Historia Canario-Americana*, 2006, pp. 989-1000.

Díaz Benítez, Juan José, *Anglofilia y autarquía en Canarias durante la Segunda Guerra Mundial*. Ediciones Idea, 2008.

Díaz Benítez, Juan José, *Canarias indefensa: los proyectos aliados de ocupación de las Islas durante la II Guerra Mundial*. Ediciones Idea, 2008.

Díaz Benítez, Juan José, “Aproximación a la guerra naval en Canarias entre 1939 y 1945”. *XVII Coloquio de Historia Canario-Americana*, 2008, pp. 1561-1569.

Díaz Benítez, Juan José, *La Armada española y la defensa de Canarias durante la II Guerra Mundial*. Idea, 2009.

Díaz Benítez, Juan José, “Canarias en la estrategia de EE.UU. durante la II Guerra Mundial y el comienzo de la Guerra Fría”, *Boletín Millares Carlo*, nº29, 2010, pp. 221-238.

Díaz Benítez, Juan José, “La defensa imposible: la planificación militar de la guarnición de Canarias en 1943”, *XIX Coloquio de Historia Canario-Americana*, 2010, pp. 1343-1358.

Díaz Benítez, Juan José, “Fuentes archivísticas sobre la importancia estratégica de Canarias durante la II Guerra Mundial: problemas y posibilidades”. En Pérez Herrero, Enrique (coord.), *Los documentos hacen historia*. Boletín del Archivo Histórico Provincial de Las Palmas, 2012, pp. 59-98.

Díaz Benítez, Juan José, “Los proyectos británicos para ocupar las islas atlánticas durante la no beligerancia española (1940-1943)”. *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea*, nº11, 2013, pp. 1-28.

Díaz Benítez, Juan José, “Aproximación a la importancia estratégica de Canarias durante el franquismo (1939-1975)”. En León Álvarez, Aarón, (coord.), *El franquismo en Canarias: actas del Encuentro de Historia sobre el Franquismo en Canarias*, Le Canarien: Instituto de Estudios Canarios, 2014, pp. 321-338.

Díaz Benítez, Juan José, “La *Deutsche Lufthansa*, Iberia y el espionaje alemán en Canarias durante la II Guerra Mundial”. En Ponce Marrero, Javier y Fernanda Rollo, Miranda (eds.), *Poder, comunicaciones y propaganda: Reflexiones desde el Sur*. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Servicio de Publicaciones y Difusión Científica, 2016, pp. 75-115.

Díaz Benítez, Juan José, “Spanish-German Military Collaboration during the Spanish Non-Belligerency: German Advice for the Defence of the Canary Islands in November 1942”. *War in history*, vol. 23, nº3, 2016, pp. 362-381.

Díaz Benítez, Juan José, “German Supply Ships and Blockade Runners in the Canary Islands in the Second World War”. *The Mariner's Mirror*, vol. 104, nº3, 2018, pp. 318-329.

Díaz Benítez, Juan José. “Submarinos en Canarias durante la Segunda Guerra Mundial”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº.65, 2019, pp. 1-17.

Díaz Benítez, Juan José, Martínez de Merlo, Jesús y Romero Serrano, José, *La defensa militar de Fuerteventura en la Segunda Guerra Mundial*. Ministerio de Defensa, 2022.

Díaz Benítez, Juan José, “El desabastecimiento de petróleo en Canarias durante la Segunda Guerra Mundial”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº69, 2023, pp. 1-19.

Dilworth, David y Taira, Sato (trad.), “The Logic of the Species as Dialectics”. *Monumenta Nipponica*, nº24, 1969, pp. 273–288.

Dolores Elizalde, María Dolores, “La proyección de España en el Pacífico durante la época del imperialismo”. *Hispania*, vol. 1, nº183, 1993, pp. 277-295.

Doumanis, Nicholas, (ed.), *The Oxford Handbook of European History, 1914–1945*. Oxford University Press, 2016.

Dower, John, *War without mercy: race and power in the pacific war*. Pantheon Books, 1986.

Dower, John, *Embracing Defeat: Japan in the Wake of World War II*. W. W. Norton & Company, 2000.

Dower, John, *Culturas de guerra. Pearl Harbor, Hiroshima, IIS, Iraq*. Pasado y presente, 2012.

Dower, John, *El violento siglo americano: Guerras e intervenciones desde el fin de la Segunda Guerra Mundial*. Crítica, 2018.

Drea, Edward J., *In Service of the Emperor: Essays on the Imperial Japanese Army*. University of Nebraska Press, 2003.

Drea, Edward J., *Japan's Imperial Army. Its Rise and Fall, 1853-1945*. University Press of Kansas, 2009.

Drea, Edward J. y Van de Ven, Hans, “An Overview of Major Military Campaigns during the Sino-Japanese War, 1937-1945”. En Peattie Mark R., Drea, Edward J. y Van de Ven, Hans (eds.), *The Battle for China. Essays on the Military History of the Sino-Japanese War of 1937-1945*. Stanford University Press, 2011, pp. 27-48.

Duus, Peter y Okimoto, Daniel I., “Fascism and the History of Pre-War Japan: The Failure of a Concept”. *The Journal of Asian Studies*, vol. 39, nº1, 1979, pp. 65-76.

Egido León, “Franco y la Segunda Guerra Mundial. Una neutralidad comprometida”. *Ayer*, nº57, 2005, pp. 103-124.

Eiji Yoshikawa, *Mushashi. La leyenda del samurái*. Quaterni, 2020 [1935].

Eldridge, Robert D., *The Origin of the Bilateral Okinawa Problem. Okinawa in Postwar U.S. – Japan Relations, 1945-1952*. Garland Publishing, 2001.

- Elias, Norbert, “Civilización y violencia”. *REIS: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 1981, nº43, pp. 141-151.
- Elliot, John, “Historia nacional y comparada”. *Historia y Sociedad*, nº6, 1999, pp. 12-36.
- Elliot, John, “En búsqueda de la Historia Atlántica”. *XIV Coloquio de historia Canario-Americana*, 2000, pp. 20-36.
- Elliot, John, *Imperios del mundo atlántico: España y Gran Bretaña en América, 1492-1830*. Taurus, 2011.
- Escuadra Sánchez, Alfonso, “Los informes de agosto de 1940. Estudios sobre España y Gibraltar del alto mando de la Wehrmacht y el Heer”. *Almoraima: revista de estudios campogibraltareros*, nº38, 2009, pp. 323-338.
- Escuadra Sánchez, Alfonso, “Megalitos de hormigón. La comisión de Jevenois y el Cerrojo fortificado del istmo”. *Almoraima*, nº29, 2003, pp. 543-560.
- Escudé, Carlos, “¿Cuánto valen esas bases? El tira y afloja entre Estados Unidos y España, 1951-1953”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº25, 2003, pp. 61-81.
- Evans, David C. y Peattie, Mark R., *Kaigun. Strategy, Tactics and Technology in the Imperial Japanese Navy, 1887-1941*. Naval Institute Press, 1997.
- Feifer, George, *Tennozan. The Battle of Okinawa and the Atomic Bomb*. Ticknor & Fields, 1992.
- Ferrer Peñate, Mario, “Ecos del segundo «pleito insular»: el insularismo en la prensa histórica de Lanzarote y Fuerteventura”. *XX Coloquio de Historia Canario-Americana*, 2014, pp. 1181-1190.
- Ferris, John *et al.* (eds.), *The Cambridge History of the Second World War. Volume I, II & III*. Cambridge University Press, 2015.
- Finney, Ben, “The Other One-Third of the Globe”. *Journal of World History*, vol. 5, nº2, 1994, pp. pp. 273-297.
- Fisch, Arnold G., *Military Government in the Ryukyu Islands 1945-1950*. Center of Military History United States Army, 1988.
- Ford, Douglas, “Brute Force or Combat Finesse? The Evolving Role of Firepower in US Amphibious Operations against the Imperial Japanese Forces, 1941–1945”. *War in History*, vol.23, nº3, 2016, pp. 341-361.

Franklin, William M. y Gerber, William eds., *Foreign Relations of the United States. Diplomatic Papers. The Conferences at Cairo and Tehran 1943*. United States Government Printing Office, 1961.

Fukuri Toshiaki, "Considering Okinawa as a frontier". En D. Hook, Glenn D. y Siddle, Richard (eds.), *Japan and Okinawa. Structure and subjectivity*. Routledge Curzon, 2003, pp. 21-39.

Gabriel, Richard A., *No More Heroes: Madness and Psychiatry in War*. Hill and Wang, 1987.

García Cabrera, Marta, "Operation Warden: British sabotage planning in the Canary Islands during the Second World War". *Intelligence and National Security*, vol. 35, nº2, 2019, pp. 252-268.

García Cabrera, Marta, "La información y la propaganda como instrumentos preparatorios de las operaciones militares británicas en Canarias (1941-1943)". *XXIV Coloquio de Historia Canario-Americana*, 2020, pp. 1-11.

García Cabrera, Marta, "British geographic intelligence during the Second World War: a case study of the Canary Islands". *Intelligence and National Security*, vol. 37, nº2, 2022, pp. 262-280.

García Delgado, José Luis, "Autoritarismo político y tensiones económicas: Un balance crítico de la política económica de la dictadura de Primo de Rivera en España (1923-1930)". *Fondo de Cultura Económica*, vol.50, nº198(2), 1983, pp. 807-828.

García Ruíz, José Luis, "Política y hacienda en el periodo de entreguerras". En Matés Barco, Juan Manuel y González Enciso, Agustín (eds.), *Historia económica de España*. Ariel, 2006, pp. 619-648.

Garrido González, Luis, "Guerra y economía (1936-1939)". En Matés Barco, Juan Manuel y González Enciso, Agustín (eds.), *Historia económica de España*. Ariel, 2006, pp. 649-686.

Geniola, Andrea, "Esos entrañables afluentes de la patria. El «sano regionalismo» del franquismo". *Ayer*, nº3, 2021, pp. 13-21.

Gentile, Emilio, *Fascismo. Storia e interpretazione*. Laterza, 2005.

Gentile, Emilio, *Il fascismo in tre capitoli*. Laterza, 2010.

Gil Pecharrromán, Julio, "Un partido para acabar con los partidos: el fascismo español, 1931-1936". *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, nº51, 2017, pp. 69-84.

- Goda, Norman J.W., "The Riddle of the Rock: A Reassessment of German Motives for the Capture of Gibraltar in the Second World War". *Journal of Contemporary History*, vol. 28, nº2, 1993, pp. 297-313.
- Goda, Norman J.W., "Franco's bid for empire: Spain, Germany, and the western Mediterranean in World War II". *Mediterranean Historical Review*, vol.13, nº1-2, 1998, pp. 168-194.
- Godenu, Dirk, y Hernández Martín, Raúl, "Insularidad: ¿Un concepto de relevancia analítica?", *Estudios Regionales*, nº45, 1996, pp. 177-192.
- González Pérez, Teresa, "Mujeres republicanas y represión en Canarias (1936-1939)". *XIV Coloquio de Historia Canario Americana*, 2000, pp. 1763-1778.
- González Vázquez, Salvador y Millares Cantero, Sergio, "Los campos de concentración en Canarias". En León Álvarez, Aarón (coord.), *La represión franquista en Canarias*. LeCanarien Ediciones, 2015, pp. 213-250.
- Gordon, Andrew, *A Modern History of Japan: From Tokugawa Times to the Present*. Oxford University Press, 2002.
- Gordon, Andrew, *Labor and Imperial Democracy in Prewar Japan*. University of California Press, 1991.
- Gottlieb, Mathew, *Is It Nationalism? History's Impact on Okinawan Identity*. Virginia Polytechnic Institute and State University, 2008.
- Gottlieb, Nanette, *Language and Society in Japan*. Cambridge University Press, 2005.
- Greenwood, John T., "The U.S. Army and Amphibious Warfare During World War II". *Army History*, nº27, 1993, pp. 1-13.
- Griffin, Roger, *The Nature of Fascism*. Routledge, 2003.
- Griffin Roger, *Fascismo. Una introducción a los estudios comparados sobre el fascismo*. Alianza Editorial, 2019.
- Grossman, Mark (ed.), *Encyclopedia of the Interwar Years: From 1919 to 1939*. Facts on File, 2000.
- Grove, Eric, "The Battle of the Atlantic: A legend deconstructed". *The Mariner's Mirror*, vol. 105, nº3, 2019, pp. 336-339.

Guerra Palmero, Ricardo, “El mercado negro en Canarias durante el periodo del Mando Económico: una primera aproximación”. *Revista de Historia Canaria*, nº183, 2001, pp. 175-189.

Guerra Palmero, Ricardo, “El racionamiento en Canarias durante el periodo del Mando Económico del archipiélago (1941-1946): una primera caracterización”. *Revista de Historia Canaria*, nº185, 2003, pp. 211-236.

Guerra Palmero, Ricardo, *Sobrevivir en Canarias (1939-1959): racionamiento, miseria y estraperlo*. Ediciones Idea, 2006.

Guerra Palmero, Ricardo, “La larga posguerra en Canarias. Notas socioeconómicas”, *Cuadernos del Ateneo*, nº23, 2007, pp. 53-72.

Guerra Palmero, Ricardo, *La Falange en Canarias (1936-1950)*. Centro Cultura Popular Canario, 2007.

Guerra Palmero, Ricardo y Domínguez Prats, Pilar, “La implantación de la autarquía, la ruptura del puertofranquismo y el papel de la mujer”. En Millares Cantero, Agustín *et al.* (dirs.), *Historia contemporánea de Canarias*. Caja Insular de Ahorros de Canarias, 2011, pp. 435-459.

Guerra Palmero, Ricardo y Millares Cantero, Sergio, “Las instituciones franquistas y la imposición de la cultura oficial”. En Millares Cantero, Agustín *et al.* (dirs.), *Historia contemporánea de Canarias*. Caja Insular de Ahorros de Canarias, Obra Social, 2011, pp. 471-484.

Guerra Palmero, Ricardo y León Álvarez, Aaron, “La españolización de Canarias a través de la propaganda falangista (1936-1945)”. En Ruiz Carnicer, Miguel Ángel (coord.), *Falange, las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*. Instituto "Fernando El Católico", 2013, pp. 195-220.

Guimerá Peraza, Marcos, *El pleito insular (1808-1936)*. Caja General de Ahorros, 1976.

Gulliver, Katrina “Finding the Pacific World”. *Journal of World History*, vol. 22, nº1, 2011, pp. 83-100.

Hall, John W., *Japan: From Prehistory to Modern Times*. Dell, 1970.

Halpern, Paul G., *A Naval History of World War I*. University College London, 1995.

Hamashita, Takeshi, “A History of Maritime Asia and East Asian Regional Dynamism 1600-1900 - Maritime Asia from the Ryukyu-Okinawa to the Hong Kong Networks”, *19th International Congress of Historical Sciences*, 2000, pp. 1-16.

Hamashita, Takeshi, *China, East Asia and the Global Economy. Regional and historical perspectives*. Routledge, 2008.

Hane, Mikiso, *Breve Historia de Japón*. Alianza Editorial, 2003.

Harari, Yuval Noah, “Military Memoirs: A Historical Overview of the Genre from the Middle Ages to the Late Modern Era”. *War in History*, vol. 14, nº.3, 2007, pp. 289–309.

Harari, Yuval Noah, *The Ultimate Experience Battlefield Revelations and the Making of Modern War Culture, 1450–2000*. Palgrave Macmillan, 2008.

Harari, Yuval Noah, “Combat Flow: Military, Political, and Ethical Dimensions of Subjective Well-Being in War”. *Review of General Psychology*, vol. 12, nº3, 2008, pp. 253-264.

Harari, Yuval Noah, “Scholars, Eyewitnesses, and Flesh-Witnesses of War: A Tense Relationship”. *Partial Answers: Journal of Literature and the History of Ideas*, vol.7, nº2, 2009, pp. 213-228.

Harkavy, Robert E., *Strategic Basing and the Great Powers, 1200–2000*. Routledge, 2007.

Hastings, Max, *Némesis. La derrota del Japón, 1944-1945*. Crítica -versión Epub-, 2007.

Hastings, Max, *Se desataron todos los infiernos: Historia de la Segunda Guerra Mundial*. Crítica, 2014.

Hawk, Francis L., Perry, Matthew C. y Lilly, Lambert, *The Narrative of the Expedition of an American Squadron to the China Seas and Japan: performed in the years 1852, 1853, and 1854, under the command of Commodore M.C. Perry, United States Navy, by order of the Government of the United States*. Ulan Press, 2012.

Hernández Bravo de Laguna, Juan, “El insularismo canario: caracterización política, ofertas electorales y resultados”. *Papers: revista de sociología*, nº33, 1990, pp. 121-129.

Hernández Bravo de Laguna, Juan, “El nacionalismo y el regionalismo canarios en torno al siglo XX”. *Cuadernos del Ateneo*, nº18, 2004, pp. 13-24.

Hernández de Miguel, Carlos, *Los campos de concentración de Franco. Sometimiento, torturas y muerte tras las alambradas*. Ediciones B, 2019.

Hernández González, Manuel, “El nacionalismo canario ante el 98”. *Cuadernos del Ateneo*, nº4, 1998, pp. 6-9.

- Hess R., Gary, "The Iranian Crisis of 1945-1946 and the Cold War", *Political Science Quarterly*, vol.89, nº1 (1974), pp. 117-146.
- Hicks, Norman W., *A Brief History of The Marine United States Marine Corps*. Marine Historical Reference Series Number 1, 1961.
- Hirofumi, Hayashi, "Japanese Deserters and Prisoners of War in the Battle of Okinawa". En Moore, B. y Hatley-Broad, B. (eds.), *Prisoners of War; Prisoners of Peace. Captivity, Homecoming and Memory in World War II*. Berg, 2005, pp. 34-58.
- Hong, Yushin, "*Comfort Stations*" as Remembered by Okinawans during World War II. International Comparative Social Studies, 2020.
- Hotta, Eri, *Pan-Asianism and Japan's War 1931-1945*. Palgrave Macmillan, 2007.
- Hotta, Eri, *Japón 1941. El camino a la infamia: Pearl Harbor*. Galaxia Gutenberg, 2015.
- Haupt, Stefan y Rojo Cagigal, Juan Carlos, "El Desarrollo de la gran industria". En Matés Barco, Juan Manuel y González Enciso, Agustín (eds.), *Historia económica de España*. Ariel, 2006, pp. 521-550.
- Huber, Thomas M.: *Japan's Battle of Okinawa, April-June 1945*. Leavenworth Papers No. 18, 1990.
- Hughet Santos, Montserrat, "Descubrir el Mediterráneo: una orientación recurrente en el ideario exterior franquista". *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº19, 1997, p. 89-116.
- Inazō, Nitobe, *Bushidō: el alma del Japón*. Dojo ediciones, 2010 [1905].
- Iriye, Akira, *Power and Culture. The Japanese-American War, 1941-1945*. Harvard University Press, 1981.
- Ishizu Tomoyuki y Callahan Raymond, "The Rising Sun strikes. The Japanese invasions". En Marston, Daniel (ed.), *The Pacific Companion. From Pearl Harbor to Hiroshima*. Osprey Publishing, 2005, pp. 47-63.
- Jaén Suárez, Omar "La cuenca del océano Pacífico y la Historia Global". En Montero Llácer, Francisco J. (coord.) *El océano Pacífico. Conmemorando 500 años de su descubrimiento*. Editorial centro de estudios Ramón Areces, 2014, pp. 73-86.
- Jansen, Marius, *The Making of Modern Japan*. The Belknap Press of Harvard University Press, 2002.

Jarque Íñiguez, Arturo, “España, Estados Unidos, Guerra Fría y Bases”. *REDEN: Revista Española de Estudios Norteamericanos*, nº5, 1992, pp. 92-103.

Jiadong, Yuan, “Satsuma’s Invasion of the Ryukyu Kingdom and Changes in the Geopolitical Structure of East Asia”. *Social Sciences in China*, vol. 34, nº 4, 2013, pp. 118-138.

Jiménez Medina, Antonio M., Hernández Padrón, Alicia de J. y Zamora Maldonado, Juan M., “Los pozos de los desaparecidos durante la represión franquista de 1937 en Arucas”. *XVII Coloquio de Historia Canario-Americana*, 2008, pp. 1085–1114.

Jowett, Philip y Stephen Andrew: *The Japanese Army 1931-1945. Volume 2, 1942-45*. Osprey Publishing, 2002.

Junco Toral, Antonio, *Héroes de chabola. Memorias de encarcelamiento en prisiones y campos de concentración de Canarias durante la Guerra Civil*. Mercurio Editorial, 2022.

Junena, Monica y Pernau, Margrit, “Lost in Translation? Transcending Boundaries in Comparative History”. En Haupt, Heinz-Gerhard y Kocka, Jürgen (eds.), *Comparative and transnational history: Central European approaches and new perspectives*. Berghahn Books, 2009, p. 105-133.

Kabira, Nario, “Senji tōsei keizai-ka ni okeru Okinawa keizai no hen'yō — nitchūsensō-ki o chūshin ni —”, *Ryūkyūdaigaku keizai kenkyū* (dai 52-gō) 1996-nen 9 tsuki [“La transformación de la economía de Okinawa bajo una economía controlada en tiempos de guerra – Estudio de caso del periodo de la guerra sino-japonesa -”, *Estudios Económicos - Universidad de Ryukyus*, nº52, 1996, pp. 287-312].

Kabira, Nario “Senji tōsei keizai-ka no Okinawa-tō-gyō”, *Ryūkyūdaigaku keizai kenkyū* (56), 1998: 77 – 91. [“La industria azucarera de Okinawa bajo una economía controlada en tiempos de guerra”, *Estudios Económicos - Universidad de Ryukyus*, nº56, 1996, pp. 77-91].

Kabira, Nario, “Senji tōsei keizai-ka no haikyū tōsei to Okinawa minshū”, *Ryūkyūdaigaku keizai kenkyū* (dai 65-gō) 2003-nen 3 tsuki, p. 14. [“El control de distribución y el pueblo de Okinawa bajo la economía controlada en tiempos de guerra”, *Estudios Económicos - Universidad de Ryukyus*, nº65, 2003, pp. 11-44].

Kasza, Gregory J., “Fascism from Below? A Comparative Perspective on the Japanese Right, 1931-1936”. *Journal of Contemporary History*, vol.19, nº4, 1984, pp. 607-629.

Kaufmann, J. E. y Jurga, Robert M., *Fortress Europe. European Fortifications of World War II*. Da Capo Press, 2002.

- Kavylas, Stathis N., *La lógica de la violencia en la guerra civil*. Ediciones Akal, 2010.
- Keegan, John, *El rostro de la batalla*. Turner, 2014.
- Kennedy, Paul, *Auge y caída de las grandes potencias*. DeBolsillo, 2004.
- Kerr, George H., *Okinawa. The History of an Island People*. Tuttle Publishing, 2000.
- Kimbal, Warren F. ed., *Churchill & Roosevelt. The Complete Correspondence. Vol. I Alliance Emerging*. Princeton University Press, 1983.
- Kingston, Jeff, *Japan in Transformation, 1945–2020*. Routledge, 2022.
- Kyodo, Jiji, “Japan government ordered to pay damages for noise from U.S. base”. *The Japan Times*, 11 de marzo de 2022.
- Kyodo, Jiji, “Okinawa urges dropping base transfer plan ahead of 50th return anniversary”. *The Japan Times*, 8 de mayo de 2022.
- LaFeber, Walter, *The clash: a history of U.S.-Japan relations*. W. W. Norton & Company, 1997.
- Large, Stephen S., “Oligarchy, Democracy and Fascism”. En Tsutsui, William M. (ed.), *A Companion to Japanese History*, Blackwell Publishing, 2007, pp.156-172.
- Layne, Christopher, *The Peace of Illusions. American Grand Strategy from 1940 to the Present*. Cornell University Press, 2006.
- Leira Castiñeira, Francisco J., *Soldados de Franco. Reclutamiento forzoso, experiencia de guerra y desmovilización militar*. Siglo XXI, 2020.
- León Álvarez, Aarón, *Consenso y resistencia en Canarias durante el primer franquismo*. Ediciones Idea, 2008.
- León Álvarez, Aarón, “Falange y la construcción del consenso en Canarias durante el primer franquismo”. En Ruiz Carnicer, Miguel Ángel (coord.), *Falange, las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*. Instituto "Fernando El Católico", 2013, pp. 278-300.
- León Álvarez, Aarón, “Los mártires del falangismo canario: Entre el frente de guerra, la retaguardia y las instituciones”. En González Madrid, Damián Alberto *et al.* (coords.), *La Historia: lost in translation?* Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2017, pp. 3589-3600.

Lewis, Adrian R., “The Failure of Allied Planning and Doctrine for Operation Overlord: The Case of Minefield and Obstacle Clearance”. *The Journal of Military History*, vol. 62, nº4 1998, pp. 787-808.

Lewis, Adrian R., *Omaha Beach: Una amarga victoria*. Ariel, 2002.

Lobo Cabrera, Manuel, *El comercio canario europeo bajo Felipe II*. Secretaria Regional do Turismo, Cultura e Emigração, 1988.

Lobo Cabrera, Manuel, *El comercio del vino entre Gran Canaria y las Indias en el siglo XVI*. Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993.

Lobo Cabrera, Manuel, “Canarias y el mar”. *Catharum: Revista de Ciencias y Humanidades*, nº1, 2000, pp. 62-79.

Lobo Cabrera, Manuel, “El comercio canario europeo en tiempos de Carlos I”. *XIV Coloquio de Historia Canario Americana*, 2000, pp. 1998-2009.

Lobo Cabrera, Manuel y Hernández Suárez, Sergio, “Las fortalezas de la isla de la Palma durante la segunda mitad del siglo XVI”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº66, 2020, pp. 1-19.

López Vera, Jonathan, *Historia de los samuráis*. Satori, 2016.

Lorenz, Chris, “Comparative Historiography: Problems and Perspectives”. *History and Theory*, vol.38, nº1, 1999, pp. 25-39.

Luce, Henry, “The American Century”. *Life Magazine*, 17 de febrero de 1941, pp. 61-66.

Macías Hernández, Antonio M., “La construcción de las sociedades insulares: el caso de las Islas Canarias”. *Estudios Canarios: Anuario del Instituto de Estudios Canarios*, nº45, 2000, pp. 61-91.

Macías Hernández, Antonio M., “Canarias, una economía insular y atlántica”. En Germán Zubero, Luis Gonzalo et. al. (eds.), *Historia económica regional de España: siglos XIX y XX*. Crítica, 2001, pp. 476-506.

Macías Hernández, Antonio M., “Canarias, 1800-2000: La singularidad de la historia económica isleña”. *Historia contemporánea*, nº42, 2011, pp. 225-259.

Mahan, Alfred T., *The Influence of Sea Power Upon History, 1660–1783*. Blackmask Online, 2004.

Marcon, Federico, “The Quest for Japanese Fascism: A Historiographical Overview”. En Bulian, Giovanni y Rivadossi, Silvia (eds.), *Itineraries of an Anthropologist: Studies in Honour of Massimo Raveri*. Edizioni Ca’ Foscari, 2021, pp. 53-86.

Márquez Quevedo, Javier, “Los cables submarinos en el Atlántico y las potencias imperialistas europeas (1885-1914)”. En Ponce Marrero, Javier y Fernanda Rollo, Miranda (eds.), *Poder, comunicaciones y propaganda: Reflexiones desde el Sur*. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Servicio de Publicaciones y Difusión Científica, 2016, pp. 17-37.

Márquez Quevedo, Javier, *Canarias en la crisis finisecular española (1900-1907): Del desastre ultramarino a la garantía de seguridad exterior*. Ministerio de Defensa, 2007.

Marquina Barrio, Antonio, “Las negociaciones entre España y los Estados Unidos (1953-1982): algunas cuestiones centrales en retrospectiva”. *UNISCI Discussion Papers*, nº3, 2003, pp. 1-11.

Marquina Barrio, Antonio, *España en la política de seguridad occidental 1939-1986*, Ediciones Ejército, 1986.

Martín Aceña, Pablo, “La economía en la Guerra Civil”. En Malefakis, Edward (dir.), *La Guerra Civil española*. Taurus, 2006, pp. 349-399.

Martín Fernández de la Torre, Néstor, *Habla Néstor: un ideal para Gran Canaria*. Amagro ediciones digitales, 2014 [1936].

Maruyama, Masao, *Thought and Behaviour in Modern Japanese Politics*. Oxford University Press, 1963.

Masahide, Ota, “The U.S. Occupation of Okinawa and Postwar Reforms in Japan Proper”. En Ward, Robert E. y Sakamoto, Yoshikazu (eds.), *Democratizing Japan, The Allied Occupation*. University of Hawaii Press, 1987, pp. 283-304.

Masato Yamauchi, Soichiro Uema y Yasufumi Shiroma, “Okinawa ni okeru kigyō no seisei hatten ni kansuru shiteki kenkyū”, *Hiroshimakeizaidai gaku keizai kenkyū ronshū dai 36-kan dai 2-gō 2013-nen 9 tsuki* [“Un estudio histórico sobre la formación y el desarrollo de empresas en Okinawa”, *Documentos de investigación económica - Universidad de Economía de Hiroshima*, vol.36, nº2, 2013, pp. 39-53].

Matsuda, Hiroko, “Becoming Japanese in the Colony. Okinawan migrants in colonial Taiwan”. *Cultural Studies*, vol.26, nº5, (2012), pp. 688-709

Matsuda, Hiroko, “Yaeyama: From Periphery of the Ryūkyūs to Frontier of Japan”. *Japanese Studies*, vol.28, nº2, 2008, pp. 149-164.

- Matsuda, Hiroko, *Liminality of the Japanese Empire. Border Crossings from Okinawa to colonial Taiwan*. University of Hawaii Press, 2019.
- Matsumura, Wendy, *The Limits of Okinawa. Japanese Capitalism, Living Labor, and Theorizations of Community*. Duke University Press, 2015.
- Matthews, James, *España en guerra. Sociedad, cultura y movilización bélica 1936-1944*. Alianza Editorial, 2021.
- Matthews, James, *Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la Guerra Civil, 1936-1939*. Alianza Editorial, 2013.
- Matthews, James, *Voces de la trinchera. Cartas de combatientes republicanos en la Guerra Civil española*. Alianza ensayo, 2015.
- Mc Mahon, Robert, *La Guerra Fría. Una breve introducción*. Alianza, 2009.
- Medlicott, W. N., *The Economic Blockade*. His Majesty's Stationery Office and Longmans, Green and Co, 1952.
- Melissen, Jan, "Cooperación y competencia: relaciones entre Gran Bretaña y los Estados Unidos durante la Guerra Fría". *Revista de Estudios Políticos*, nº68, 1990, pp. 227-250.
- Meyer, Stanislaw, "Between a Forgotten Colony and an Abandoned Prefecture: Okinawa's Experience of Becoming Japanese in the Meiji and Taishō Eras". *The Asia-Pacific Journal – Japan Focus*, vol.18, nº7, 2020, pp. 1-16
- Meyer, Stanislaw, "The rhetoric of the assimilation ideology in the remote islands of Okinawa: becoming Japanese or Okinawan?". *Eras*, nº9, 2007, pp. 1-29.
- Millett, Allan R., "Assault from the sea: The development of amphibious warfare between the wars - the American, British, and Japanese experiences". En Murray, Williamson y Millett, Allan R. (eds.), *Military Innovation in the Interwar Period*. Cambridge University Press, 1996, pp. 50-95.
- Mimura, Janis, *Planning for Empire: Reform Bureaucrats and the Japanese Wartime State*. Cornell University Press, 2011.
- Miralles, Ricardo, "Una visión historiográfica: la dictadura franquista según Manuel Tuñón de Lara", en De la Granja, José Luis, Reig Tapia, Alberto y Miralles Ricardo (eds.), *Tuñón de Lara y la historiografía española*, madrid, siglo xxi, 1999, p. 55-68.
- Miranda Encarnación, José Antonio, "El fracaso de la industrialización autárquica". En Barciela López, Carlos (coord.), *Autarquía y mercado negro: el fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959*. Crítica, 2003, pp. 95-122.

- Moore, Aaron S., *Constructing East Asia: Technology, Ideology, and Empire in Japan's Wartime Era, 1931-1945*. Stanford University Press, 2013.
- Moore, Richard S., "Blitzkrieg from the Sea: Maneuver Warfare and Amphibious Operations", *Naval War College Review*, vol. 36, nº6, 1983, pp. 37-47.
- Moradiellos, Enrique, "España y la Segunda Guerra Mundial, 1939-1945: Entre resignaciones neutralistas y tentaciones beligerantes". En Navajas Zubeldia, Carlos e Iturriaga Barco, Diego (eds.), *Siglo. Actas del V Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*, Universidad de La Rioja, 2016, pp. 55-74.
- Morales Lezcano, Víctor, *Historia de la no-beligerancia española durante la Segunda Guerra Mundial*. Artes Gráficas Soler, S.A, 1980.
- Morales Lezcano, Víctor, *Canarias en la II Guerra Mundial*. Edirca, 1995.
- Morck, Randall K. y Nakamura, Masao, "A Frog in a Well Knows Nothing of the Ocean: A History of Corporate Ownership in Japan". En Morck, Randall K., (ed.), *A History of Corporate Governance around the World: Family Business Groups to Professional Managers*. University of Chicago Press, 2005, pp. 367-465.
- Moreno Juliá, Xavier, "Alemania frente a España, 1939-1953: Supremacía, distanciamiento y reencuentro". En Maria Thomàs, Joan, (coord.), *Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, Japón y sus relaciones con España entre la guerra y la posguerra (1939-1953)*. Universidad Pontificia Comillas de Madrid, 2016, pp. 103-149.
- Moscoso Sarabia, Javier, *Historia cultural del dolor*. Taurus, 2021
- Moulton, J. L., *The Royal Marines*. Leo Cooper Ltd., 1972.
- Murdock, George P., *The Civil Affairs Handbook: Ryūkyū (Loo choo) Islands*, (OPNAV 13-31), 1944.
- Murray, Williamson y Millet, Alan R., *La guerra que había que ganar*. Crítica, 2006.
- Mussolini, Benito, *El Fascismo*. Librería de San Martín, 1934.
- Nadal, Jordi, *El fracaso de la revolución industrial en España, 1814-1913*. Ariel, 1978.
- Nadal, Jordi, "El fracaso de la revolución industrial en España: Un balance historiográfico". *Papeles de economía española*, nº20, 1984, pp. 108-125.
- Nakajima, Shigeru, "Japanese Radar Development Prior to 1945". *IEEE Antennas and Propagation Magazine*, vol. 34, nº6, 1992, pp. 17-22.

Nasca, David S., *The Emergence of American Amphibious Warfare 1898-1945*. Naval Institute Press, 2020.

Negrín Fajardo, Olegario, “La depuración franquista del profesorado de los institutos de segunda enseñanza de la Provincia de Santa Cruz de Tenerife (1936-1943)”. *XV Coloquio de Historia Canario-Americana*, 2004, pp. 1067-1087.

Negrín Fajardo, Olegario “La depuración del profesorado de los institutos de segunda enseñanza de España durante la Guerra Civil y el primer franquismo”. En Cuesta Bustillo, Josefina (coord.), *La depuración de funcionarios bajo la dictadura franquista (1936-1975)*. Fundación Francisco Largo Caballero, D.L, 2009, pp. 64-81.

Negrín Fajardo, Olegario, “El magisterio de la Provincia de Las Palmas en torno a 1936. Relación de maestros ejercientes y listas de depurados por el franquismo (1936-1942)”. *TEBETO. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, nº20, 2012, pp. 125-181.

Negrín Fajardo, Olegario “Balance de la depuración y represión franquistas del profesorado de los Institutos canarios de segunda enseñanza (1936-1942)”. En Gómez Bravo, Gutamaro *et. al.* (coords.), *Actas del Congreso Posguerras 75 aniversario del fin de la Guerra Civil española*. Editorial Pablo Iglesias, 2015, pp. 1-16.

Nichols, Charles S. Jr. y Shaw, Henry I. Jr., *Okinawa: Victory in the Pacific*. Marine Corps Monographs, 1955.

Nicolau, Roser, “Población, salud y actividad”. En Carreras, Albert y Tafunell, Xavier (coords.), *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*. Fundación BBVA, 2005, pp. 77-155.

Nietzel, Sönke y Welzer, Harald, *Soldados del Tercer Reich. Testimonios de lucha, muerte y crimen*. Crítica, 2012.

Nilá y Rolfe, *Japanese Special Naval Landing Force: Uniforms and equipment 1932-45*. Osprey Publishing, 2006.

Norma, Caroline, *The Japanese Comfort Women and Sexual Slavery during the China and Pacific Wars*. Bloomsbury Academic, 2016.

Nuez Yáñez, Juan Sebastián y Cáceres Hernández, José Juan, “La economía agroexportadora: esplendor y ocaso, 1480-2000”. En Macías Hernández, Antonio M. (ed.), *Economía e insularidad: (siglos XIV-XX)*. Universidad de La Laguna – Servicio de Publicaciones, 2007, pp. 149-176.

Núñez Seixas, Xosé Manoel, “De gaitas y liras: Sobre discursos y prácticas de la pluralidad territorial en el fascismo español (1930-1950)”. En Ruiz Carnicer, Miguel Ángel (coord.), *Falange, las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*. Insituto “Fernando el Católico”, 2013, pp. 289-316.

Núñez Seixas, Xosé Manoel, *Camarada invierno. Experiencia y memoria de la División Azul (1941-1945)*. Crítica -versión Epub-, 2016.

O. H. K. Spate, *The Spanish Lake*. University of Minnesota Press, 1979.

Okazaki, Tetsuji, “The Japanese Firm under the Wartime Planned Economy”. En Aoki, Masahiko y Dore, Ronald (eds.), *The Japanese Firm: Sources of Competitive Strength*. Oxford University Press, 1994, pp. 350-378.

Olábarri Gortázar, Ignacio, “Qué historia comparada”. *Studia historica. Historia contemporánea*, nº10-11, 1992-93, pp. 33-75

Ōoka Shōhei, *Hogueras en la llanura*. Libros del Asteroide, 2006 [1951].

Palmer, Brandon, *Fighting for the enemy. Koreans in Japan's War, 1937-1945*. University of Washington Press, 2013.

Pardo de Santayana, José R., “Geoestrategia y espacio español”. *Política Exterior*, vol.10, nº49, 1996, pp. 121-133.

Pardo Sanz, Rosa y Portero Rodríguez, Florentino, “Las relaciones exteriores como factor condicionante del franquismo”, *Ayer*, nº33, 1999, pp. 187-218.

Pardo Sanz, Rosa, “La política exterior del Franquismo: aislamiento y alineación internacional”. En Moreno Fonseret, Roque y Sevillano Calero, Francisco (eds.), *El Franquismo. Visiones y balances*. Universidad de Alicante, 1999, pp. 93-117.

Parker, Geoffrey (ed.), *Historia de la guerra*. Akal, 2010.

Paterson, Thomas G., *On Every Front: The Making of the Cold War*. W. W. Norton & Company, 1979.

Paul, Herman, *La llamada del pasado. Claves de la teoría de la historia*. Institución Fernando el Católico, 2016, p. 172.

Payne, Stanley G. y Palacios, Jesús, *Franco: Una biografía personal y política*. Temas de Hoy -versión Epub-, 2014.

Payne, Stanley G., *El fascismo*. Alianza Editorial, 1980.

Pérez Jiménez, Rafael y Quintana Navarro, Francisco, “Conectando el Atlántico: La radiotelegrafía en Canarias en el periodo de entreguerras”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº65, 2018, pp. 1-20.

Pinker, Steven, *The Better Angels of our Nature: The Decline of Violence in History and its Causes*. Penguin, 2011.

Pizarroso Quintero, Alejandro, “La Guerra Civil española, un hito en la historia de la propaganda”. *El argonauta español*, nº2, 2005, pp. 1-18.

Polo Blanco, Jorge, “Romanticismo y etnicismo en los orígenes del andalucismo y del nacionalismo canario”. *Revista de Estudios Políticos*, nº193, 2021, pp. 73-100.

Ponce Marrero, Francisco Javier, “Canarias y la expansión de los imperialismos: de la Europa Bismarckiana a la crisis finisecular, 1880- 1899”. *Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, nº1, 1993, pp. 167-177.

Ponce Marrero, Francisco Javier, “La rivalidad anglo-alemana en Canarias en vísperas de la Gran Guerra”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº48, 2002, pp. 133-152.

Ponce Marrero, Francisco Javier, *Canarias en la Gran Guerra, 1914-1918 estrategia y diplomacia. Un estudio sobre la política exterior de España*. Cabildo Insular de Gran Canaria, 2006.

Ponce Marrero, “España en la Primera Guerra Mundial: política exterior, neutralidad y algunos apuntes sobre Canarias. *XXI Coloquio de Historia Canario-Americana*, 2014, pp. 1-8.

Preston, Paul, *Franco. Caudillo de España*. Debate, 2015.

Quintana Navarro, Francisco, *Barcos, negocios y burgueses en el Puerto de la Luz: 1883-1913*. La Caja de Canarias, 1985.

Quintana Navarro, Francisco, “Santa Cruz de Mar Pequeña y las tentativas «africanistas» de la burguesía grancanaria 1860-1898”. *VI Coloquio de Historia Canario-Americana*, 1987, pp. 332-352.

Quintana Navarro, Francisco, “Los intereses británicos en Canarias en los años treinta. una aproximación”. *Vegueta: Anuario de la facultad de Geografía e Historia*, nº0, 1992, pp. 149-172.

Quintana Navarro, Francisco, “El Puerto de la Luz, 1883-1983: un prototipo de puerto de escala internacional”. *Boletín Millares Carló*, nº15, 1996, pp. 187-195.

- R. H. Havens, Thomas, *Farm and Nation in Modern Japan. Agrarian Nationalism, 1870-1940*. Princeton University Press, 1974.
- Rabson, Steve, “Okinawan Perspectives on Japan's Imperial Institution”. *The Asia-Pacific Journal – Japan Focus*, vol.6, nº2, 2008, pp. 1-23.
- Redford, Duncan, “The March 1943 Crisis in the Battle of the Atlantic: Myth and Reality”. *The Journal of History*, vol. 92, nº305, 2007, pp. 64-83.
- Rees, Laurence, *Los verdugos y las víctimas. Las páginas negras de la historia de la segunda guerra mundial*. Crítica, 2008.
- Rees, Laurence, *El holocausto asiático. Los crímenes japoneses en la segunda guerra mundial*. Crítica, 2009.
- Reynolds, E. Bruce (ed.), *Japan in the Fascist Era*. Palgrave Macmillan, 2004.
- Rhodes James, Robert, *Gallipoli*. Pimlico, 1999.
- Ribeiro da Silva, Filipa, “The slave trade and the development of the Atlantic Africa port system, 1400s–1800s”. *The International Journal of Maritime History*, vol. 29, nº1, 2017, pp. 138-154.
- Rodao García, Florentino, “El trampolín tecnológico. El «Incidente Laurel» y España en la II Guerra Mundial”. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, H.ª Contemporánea*, nº7, 1994, pp. 387-412.
- Rodao García, Florentino, “Difícil y sin apoyos políticos. La Representación por España de los intereses japoneses durante la Guerra del Pacífico”. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, H.ª Contemporánea*, nº8, 1995, pp. 179-194.
- Rodao García, Florentino, “Lo que perdió también España en la batalla de Manila”. *Revista Española del Pacífico*, nº6, 1996, pp. 145-148.
- Rodao García, Florentino, “Japón y la propaganda totalitaria en España, 1937-1945”, *Revista española del Pacífico*, nº8, 1998, pp. 435-454.
- Rodao García, Florentino, *Franco y el imperio japonés. Imágenes y propaganda en tiempos de guerra*. Plaza & Janes -versión Kindle-, 2013.
- Rodao García, Florentino, “La difícil (des)protección: la España de Franco y la representación de intereses japoneses en América Latina durante la Guerra del Pacífico”. *Cuadernos CANELA. Revista anual de Literatura, Pensamiento e Historia, Metodología de la Enseñanza del Español como Lengua Extranjera y Lingüística de la Confederación Académica Nipona, Española y Latinoamericana*, nº26, 2015, pp. 24-39.

- Rodao, Florentino, “España y Japón durante la II Guerra Mundial. Contextualización de una relación cambiante” en Thomàs, Joan Maria (coord.), *Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, Japón y sus relaciones con España entre la guerra y la postguerra (1939-1953)*. Universidad Pontificia Comillas, 2016, pp. 191-266.
- Rodrigo Fernández, Rafael, “La defensa de las islas baleares durante la primera fase de la Segunda Guerra Mundial”. *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol.3, 2014, pp. 143-164.
- Rodrigo Sánchez, Javier, “Vae victis! La función social de los campos de concentración franquistas”. *Ayer*, nº43, 2001, pp. 163-188.
- Rodrigo Sánchez, Javier, *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*. Crítica, 2005.
- Rodrigo Sánchez, Javier, “Internamiento y trabajo forzoso: los campos de concentración de Franco”. *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, nº6, 2006, pp. 1-29.
- Rodrigo Sánchez, Javier, *Una historia de la violencia. Historiografías del terror en la Europa del siglo XX*. Anthropos Editorial, 2017.
- Ros Agudo, Manuel, *La guerra secreta de Franco (1939-1945)*. Crítica, 2002.
- Ros Agudo, Manuel, *La gran tentación: Franco, el Imperio Colonial y el proyecto de intervención española en la Segunda Guerra Mundial*. Styria, 2008.
- Rosales Ariza, Gustavo, *Geopolítica, geoestrategia, liderazgo y poder*. Publicaciones y Comunicaciones UMNG, 2005;
- Rottman, Gordon L., *Japanese Pacific Island Defenses 1941-1945*. Osprey Publishing, 2003.
- Rottman, Gordon L., *Japanese Army in World War II. Conquest of the Pacific 1941-1942*. Osprey Publishing, 2005.
- Rubio Damián, Francisco, “Importancia estratégica del Pacífico”, *Revista Ejército*, nº871, 2013, pp. 12-19.
- Rumeu de Armas, Antonio, *Piraterías y Ataques Navales contra las Islas Canarias*. Instituto Jerónimo Zurita, Tomo I, 1947.
- Ryukyu Shimpo; Elay Mark y McLauchlan (trads.), *Descent into Hell. Civilian Memories of the Battle of Okinawa*. Merwin Asia, 2014.

Saburo, Ienaga, *The Pacific War, 1931-1945. A Critical Perspective on Japan's Role in World War II*. Nueva York, Pantheon Books, 1978.

Sáenz-Francés San Baldomero, Emilio, *Entre la antorcha y la esvástica: Franco en la encrucijada de la II Guerra mundial*. Editorial Actas, 2009.

Sáenz-Francés Baldomero, Emilio “De águilas y leones. Diplomacia británica en España 1939-1953: Tiempo de guerra y era de cambios”. En Maria Thomàs, Joan, (coord.), *Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, Japón y sus relaciones con España entre la guerra y la posguerra (1939-1953)*. Universidad Pontificia Comillas de Madrid, 2016, pp. 151-189.

Sáez Rodríguez, Ángel J., “España ante la Segunda Guerra Mundial. El sistema defensivo contemporáneo del Campo de Gibraltar”. *Historia Actual Online*, nº24, 2011, pp. 29-38.

Sagan, Scott D., “The Origins of the Pacific War”. *The Journal of Interdisciplinary History*, vol. 18, nº4, 1988, pp. 893-922.

Samuels, Richard J., «*Rich Nation, Strong Army*» *National Security and the Technological Transformation of Japan*. Cornell University Press, 1994.

San Román, Elena, *Ejército e Industria: el nacimiento del INI*. Crítica, 1999.

Sánchez Recio, Glicerio, “Dictadura franquista e historiografía del franquismo”. *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, nº52, 2017, pp. 71-82.

Santana Nelson, Teodoro y Díaz Benítez, Juan José, “El control naval aliado entre Canarias y la península durante la Segunda Guerra Mundial (septiembre de 1939-junio de 1940)”. *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea*, nº.19, 2021, pp. 166-195

Santana Pérez, Germán, “Canarias en las relaciones hispano-africanas (I) De los orígenes hasta la transición”. *Palabras*, nº4, 2012, pp. 25-44.

Santana Pérez, Germán, “El África Atlántica: la construcción de la historia atlántica desde la aportación africana”. *Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, nº14, 2014, pp. 11-25.

Santana Pérez, Juan Manuel, “Islas atlánticas en el comercio entre América y África en el Antiguo Régimen”. *Cuadernos Americanos: Nueva Época*, vol. 4, nº142, 2012, pp. 113-135.

Sarantakes, Nicholas Evan, *Keystone: The American Occupation of Okinawa and U.S.-Japanese Relations*. Texas A&M University Press, 2000.

Saz, Ismael, “El primer franquismo”. *Ayer*, nº36 1999, pp. 201-221.

Saz, Ismael, “Franco, ¿Caudillo fascista? Sobre las sucesivas y contradictorias concepciones falangistas del caudillaje franquista”. *Historia y Política*, nº27, 2012, pp. 27-50.

Scarry, Elaine, *The Body in Pain: The Making and Unmaking of the World*. OUP USA, 1987.

Schaller, Michael, *Altered States. The United States and Japan since the Occupation*. Oxford University Press, 1997.

Schnabel James F., *History of the Joint Chiefs of Staff. Volume I The Joint Chief of Staff and National Policy 1945-1947*. Office of Joint History, 1996.

Seidman, Michael, *La victoria nacional*. Alianza Editorial, 2012.

Séneca, Lucio Anneo, *De la ira (Libro I)*. Versión de edición Geenbooks Editore, 2021 [41 d.C].

Sewell, William H., “Marc Bloch and the Logic of Comparative History”. *History and Theory*, vol. 6, nº2, 1967, pp. 208-218.

Shillony, Ben-Ami, *Politics and Culture in Wartime Japan*. Oxford University Press, 1991.

Siddle, Richard, “Colonialism and identity in Okinawa before 1945”. *Japanese Studies*, vol,18, nº2, 1998, pp. 117-133.

Sims, Richard, *Japanese Political History since the Meiji Renovation. 1868-2000*. Palgrave, 2001.

Sloan, Bill, *Okinawa. La última batalla*. Crítica, 2008.

Smith, Robert R., *The War in the Pacific. Triumph in the Philippines*. Center of Military History United States Army, 1993.

Smits, Gregory, *Visions of Ryukyu. Identity and Ideology in the Early-Modern Thought and Politics*. University of Hawai'i Press, 1999.

Smyth, Denis, *Diplomacy and Strategy of Survival. British Policy and Franco's Spain, 1940-41*. Cambridge University Press, 2008.

Spaatz, Carl, “Strategic Air Power: Fulfillment of a Concept”. *Foreign Affairs*, vol. 24, nº3, 1946, pp. 385-396.

Speller, Ian y Tuck, Christopher, *Amphibious Warfare. The Theory and Practice of Amphibious Operations in the 20th Century*. Amber Books, 2001.

- Stewart, R. A., “The Japanese Assault on Timor, 1942”. En Bartlett, Merrill L. (ed.), *Assault from the Sea: Essays on the History of Amphibious Warfare*. Naval Institute Press, 1983, p. 202-210.
- Stewart, Richard W. (ed.), *American Military History Volume II. The United States Army in a Global Era, 1917-2008*. Center of Military History United States Army, 2010.
- Stille, Mark E., *The Imperial Japanese Navy in the Pacific War*. Osprey Publishing, 2014.
- Studer Villazán, Luana *et al*, “La violencia política y social durante el franquismo en el archipiélago canario (1936-1975). Una mirada desde el presente”. En Cabrera Acosta, Miguel Ángel *et al*. (coord.), *Luces sobre un tiempo en gris. Exposición bibliográfica sobre la represión franquista en Canarias*. Servicio de Publicaciones Universidad de La Laguna, 2013, pp. 25-71.
- Suárez Bosa, Miguel, “Puertos Francos y empresas en Canarias”. *XV Coloquio de historia canario-americana*, 2004, pp. 1905-1922.
- Suárez Mosa, Miguel y Cabrera Armas, Luis, “Los Puertos Francos y las economías insulares atlánticas”. *7º Congreso Ibérico de Estudios Africanos*, 2011, pp. 1-24.
- Suárez Bosa, Miguel, “Atlantic Ports: An Interpretative Model”. En Suárez Bosa, Miguel (ed.), *Atlantic Ports and the First Globalisation c. 1850-1930*. Palgrave Macmillan, 2014, pp. 1-18.
- Suárez Bosa, Miguel, *Atlantic Ports and the First Globalisation c. 1850-1930*. Palgrave Macmillan, 2014.
- Suzuki, Taku, *Embodying Belonging: Racializing Okinawan Diaspora in Bolivia and Japan*. University of Hawaii Press, 2010.
- Tajima, Nobuo, “Tripartite Pact between Japan, Germany and Italy”. *International Forum on War History*, 2016, pp. 45-60.
- Tanaka, Toshiyuki, *Japan’s Comfort Women. Sexual slavery and prostitution during World War II and the US occupation*. Routledge, 2003.
- Thomàs, Joan Maria, “La Alemania nazi y el fascismo español durante la Guerra Civil”. *Cuadernos de Historia de España* nº87 2020, pp. 37-54.
- Thomàs, Joan Maria, “La larga sombra de la Guerra Civil: España y las grandes potencias (1939–1953)”. *Dictatorships & Democracies. Journal of History and Culture*, nº8, 2020, pp. 11-26.

Thompson, Julian, *The Royal Marines. From Sea Soldiers to a Special Force*. Pan Books, 2000.

Toriyama Atsushi y David Buist, “Okinawa's ‘postwar’: some observations on the formation of American military bases in the aftermath of terrestrial warfare”. *Inter-Asia Cultural Studies*, vol.4, nº3, 2010, pp. 400-417.

Toshiaki, Furuki, “Considering Okinawa as a frontier”. En Hook, Glenn D. y Richard Siddle, Richard, (eds.), *Japan and Okinawa. Structure and subjectivity*. Routledge Curzon, 2003, pp. 21-39.

Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Libro I, 2, vv. 38-44. Versión: Diego Gracián (trad.), *Historia de la guerra del Peloponeso*. Ediciones Orbis, S.A., 1986.

Tuñón de Lara, Manuel y Biescas, José Antonio, *España bajo la dictadura franquista (1939-1975)*, tomo X de la *Historia de España* dirigida por Manuel Tuñón de Lara, Labor, 1980.

Tusell, Javier, *Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco*. Temas de Hoy -version Epub-, 1993.

Umemura, Mataji, “An Analysis of Employment Structure in Japan”. *Hitotsubashi Journal of Economics*, vol. 2, nº2, 1962, pp. 16-29.

Véliz, Claudio, *The New World of the Gothic Fox: Culture and Economy in English and Spanish America*, University of California Press, 1994.

Vicenç Navarro, “Franquismo o Fascismo”. *Público*, 2017, pp. 1-11.

Vine, David, *Base Nation: How U.S. Military Bases Abroad Harm America and the World*. St. Martins Press, 2015.

Viñas, Ángel, *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*, Crítica, 2003.

Viñas, Ángel, *La otra cara del caudillo. Mitos y realidades en la biografía de Franco*. Crítica, 2015.

Viñas, Ángel, *Sobornos. De cómo Churchill y March compraron a los generales de Franco* Crítica, -versión Epub- 2017.

Von Clausewitz, Carl, *De la guerra*. Tomo I, Venezuela, Fondo Editorial Hormiguero, 2017 [1832].

- Von Lehman, Hans G., “Japanese Landing Operations in World War Two”. En Bartlett, Merrill L. (ed.), *Assault from the Sea: Essays on the History of Amphibious Warfare*. Naval Institute Press, 1983, pp. 195-202.
- Walker, Brett L., *Historia de Japón*. Akal, 2017.
- Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. Siglo XXI, 1979.
- Wallerstein, Immanuel, *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*. Siglo XXI, 2006.
- Weiner, Michael, “«Self» and «other» in imperial Japan”. En Weiner, Michael (ed.), *Japan’s Minorities. The illusion of homogeneity*. Routledge, 2009, pp. 1-21.
- Weiss, Leonard, “U.S. Military Government on Okinaawa”, *Far Eastern Survey*, vol.15, nº15, 1946, pp. 234-238.
- White, Hayden, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Ediciones Paidós, 1992.
- William M. Tsutsui, “The Pelagic Empire”. En Jared Miller, Julia A. Thomas y Brett W. Walker (eds.), *Japan at nature’s edge: the environmental context of a global power*. University of Hawaii Press, 2013, pp. 21-38.
- Williams, Andrew, *La batalla del Atlántico*. Crítica -versión Epub- 2018.
- Wright, Derrick, *La batalla de Iwo Jima*. Inedita, 2005.
- Wright, Derrick, *Pacific Victory. Tarawa to Okinawa 1943-1945*. Sutton Publishing Limited, 2005.
- Wukovits, John, *Pacific Alamo. La batalla de la isla de Wake*. Inedita, 2004.
- Yahara, Hiromichi, *The Battle for Okinawa*. John Wiley - Sons Inc., 1995.
- Yanes Mesa, Julio, “El insularismo, el nacionalismo y el independentismo en el periodismo canario de la emigración en Cuba”. *Revista internacional de Historia de la Comunicación*, nº12, 2019, pp. 67-86.
- Yoshida, Kensei, *Democracy Betrayed: Okinawa Under U.S. Occupation*. Center for East Asian Studies – Western Washington University, 2001
- Yoshida, Yutaka, “The Battlefield Experience of Japanese Soldiers in the Asia-Pacific War”. *The Asia-Pacific Journal | Japan Focus Volume*, vol. 18, nº2, 2020, pp. 1-29

Yoshimi, Yoshiaki, *Esclavas sexuales. La esclavitud sexual durante el Imperio Japonés*. Ediciones B, 2010.

Yoshimi, Yoshiaki, “The Second Sino-Japanese War and national mobilization: the issue of rallying soldiers and personal experiences of the battlefield”. *Japan Forum*, vol.24, nº1, 2012, pp. 119-130.

Yoshimi, Yoshiaki, *Grassroots Fascism: The War Experience of the Japanese People*. Columbia University Press, 2015.

Zaloga, Steven J., *Tank Battles of the Pacific War 1941-1945*. Concord Publications Company, 1995.

Zaloga, Steven, *Defense of Japan 1945*. Osprey Publishing, 2010.

Zaloga, Steven J., *Kamikaze. Japanese Special Attack Weapons 1944-45*. Osprey Publishing, 2011.

Ziemann, Benjamin “La violencia como objeto de estudio en las investigaciones recientes sobre la Primera Guerra Mundial”. *Historia Social*, nº84, 2016, pp. 141-159.

Žižek, Slavoj, *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Ediciones Paidós, 2009.

Tesis doctorales y tesinas de máster

Batista Rey, Diego, *La búsqueda de identidad cultural canaria (a través del tópico marino) en la obra de Tomás Morales y Pedro García Cabrera*. Tesis Doctoral – University of Oklahoma, 2011.

García-Funes, Juan Carlos, *Espacios de castigo y trabajo forzado del sistema concentracionario franquista*. Tesis Doctoral – Universidad Pública de Navarra, 2017.

Geniola, Andrea, *La patria interferida. Nacionalismos y regionalismos en la España franquista*. Tesis Doctoral - Universidad de Autònoma de Barcelona, 2021.

Jarque Íñiguez, Arturo, *Queremos esas bases: el acercamiento de Estados Unidos a la España de Franco*. Tesis Doctoral - Universidad de Alcalá, 1998.

Jiménez Soto, Francisco, *Voluntarios de Canarias en la División Azul*. Tesis Doctoral – Universidad de las Palmas de Gran Canaria, 2015. Tesis editada bajo el título *La División Azul en el frente de Rusia (1941-1943). Voluntarios de Canarias*. Mercurio Editorial, 2019.

Lynette D. Zeitz, *No Half-Hearted Soldiers. The Japanese Army's experience of defeat in the South-West Pacific 1942-1945*. Tesina – University of Adelaide, 1992.

Munderloh, Moritz, *The Imperial Japanese Army as a Factor in Spreading Militarism and Fascism in Prewar Japan*. Tesina - Universität München, 2013.

O'Sullivan, Brian, *Away all Boats: A study of the evolution and development of amphibious warfare in the Pacific War*. Tesina - University of Canterbury, 2008.

Rodao García, Florentino, *Relaciones Hispano-japonesas, 1937-1945*. Tesis Doctoral - Universidad Complutense de Madrid, Biblioteca virtual Miguel de Cervantes, 1993.

Rodrigo Fernández, Rafael, *El Ejército de Tierra en la España de posguerra (1939-1947): Instrumento y pilar en la consolidación del régimen franquista*. Tesis Doctoral – 2017, Universidad Autónoma de Madrid.

Vargas García, Elizabeth, *El rol de Estados Unidos en el sistema político internacional de la posguerra fría*. Tesis Doctoral - Universidad Complutense de Madrid, 2017.

Yamaguchi, Kenichi, *Post-World War Governance in Okinawa: Normalizing U.S. Military Exceptionalism*. Tesis Doctoral – University of Saskatchewan, 2014.

Fuentes primarias

Archivos Nacionales de Reino Unido (NA)

NA, CAB 84/15, informe JP (40), 291, 28 de junio de 1940

NA, AIR 8/893, informe JP (41) 313, 23 de abril de 1941.

NA, AIR 8/893, informe COS (41) 313, 23 de abril de 1941.

NA, CAB 119/29, informe COS (41), 28 de julio de 1941.

NA, CAB 119/29, informe COS (41), 29 de julio de 1941.

NA, WO 106/2954. informe JP (42) 591, 3 de julio de 1942.

NA, CAB 121/478 informe JP (41) 1112, 30 de diciembre de 1941.

NA, AIR 9/336, informe JP (42) 345, 8 de abril de 1942.

NA, CAB 120/693, informe JP (42) 828, 20 de septiembre 1942.

NA, WO 106/2954, informe JP (43) 144 (E) 12 de abril 1943.

NA, CAB 84/56, nota JP (43) 316, 6 de septiembre 1943.

NA, AIR 8/889, COS (41) 121 (O), Memorándum de los jefes de la expedición *Puma*, 30 de junio de 1941.

NA, WO 206/2953, informe del comandante de la Fuerza 110 sobre el ejercicio combinado *Leapfrog*, del 10 al 11 de agosto de 1941.

NA, CAB 121/478, COS (41) 534, memorándum del comandante militar de la expedición *Pilgrim* y su empleo durante el invierno, 29 de agosto de 1941.

NA, WO 106/2949, instrucción PJ 1 para la operación *Pilgrim*, 20 de septiembre de 1941

NA, WO 106/2949, instrucción PJ 1 (x) para la operación *Pilgrim*, 20 de septiembre de 1941.

NA, WO 208/1008, Japanese defense against amphibious operations, febrero de 1945.

NA, WO 208/1010, Iwo Jima and Okinawa Campaign, “Extracts from Military Research Bulletin No.17 – Comparison of Japanese Tactics on Okinawa and Iwo”, 20 de junio de 1945.

NA, WO 208/1010, Iwo Jima and Okinawa Campaign, “Extracts from Operations Reports on Reduction of Japanese Cave-type Fortifications Part II”, 1 de junio de 1945.

NA, WO 208/1010, Iwo Jima and Okinawa Campaign, “Extracts from Military Research Bulletin Japanese Intelligence No.18 - Tactics and strategy”, 4 de julio de 1945.

NA, WO 208/1211 *Japanese secret societies and nationalist organizations*, octubre 1942 - mayo 1946.

NA, FO 371/89525, *Economic reports on the Canary Islands*. Code WS file 1102. “Canary Islands Economic Report – September/October 1950”, 4 de noviembre de 1950.

NA, FO 371/89525, *Economic reports on the Canary Islands*. Code WS file 1102. “Bi-Monthly Economic Report: Canary Islands”, 18 de enero de 1950.

NA, FO 371/89525, *Economic reports on the Canary Islands*. Code WS file 1102. “Economic unrest in Tenerife”, 16 de febrero de 1950.

NA, WO 208/1010, *Iwo Jima and Okinawa Campaign*. “Okinawa Diary: Extracts from the personal diary of Miyashita Kuraji”, 15 de julio de 1944 – 22 de febrero de 1945.

Centro de Información Técnica de Defensa (DTIC)

DTIC, Comander in Chief Pacific Ocean Areas (CINCPOA), “Joint Staff Study ICEBERG Operation”, Serial 000131, 25 de octubre de 1944.

DTIC, First Marnie Division, “informe de Pedro del Valle, Operation Plan 1-45 ICEBERG”, Serial 00015, 10 de febrero de 1945.

DTIC, ADA637637, Operation Plan I-45 ICEBERG, 10 de febrero de 1945.

DTIC, ADA638135, Operation Plan 14-44 ICEBERG, 31 de diciembre de 1945.

DTIC, ADA438611, Information on Japanese Defensive Installations and Tactics, 3 de agosto de 1945

DTIC, ADA438611, 32D Army Combat Directive No.13, Information on Japanese Defensive Installations and Tactics, 3 de agosto de 1945.

Archivo de Seguridad Nacional (NSA)

NSA, RG 107, Memorandum from Chief of Staff Marshall to the Secretary of War, 15 de junio de 1945, enclosing "Memorandum of Comments on 'Ending the Japanese War'" prepared by George A. Lincoln, 14 de junio de 1945, Office of the Secretary of War, Correspondence of Secretary of War Stimson ("Safe File"), July 1940-September 1945, box 8, Japan (After December 7/41).

Archivos Nacionales de Estados Unidos (NARA)

NARA (National Archives and Records Administration), RG 457, "Magic" - Diplomatic Summary, War Department, Office of Assistant Chief of Staff, 22 de julio de 1945. Records of the National Security Agency/Central Security Service, "Magic" Diplomatic Summaries 1942-1945.

NARA, Collection HST-Naval, *The Berlin Conference Agenda Proposed by the Department of State*, 30 de junio 1945.

NARA, RG 263, ORE 1, *Soviet Foreign and Military Policy*, 23 de julio de 1946.

NARA, RG 263, ORE 3-1, *Soviet Capabilities for the Development and Production of Certain Types of Weapons and Equipment*, 31 de octubre 1946.

NARA, RG 263, ORE 60-48, *Threats to the Security of the U.S.*, 28 de septiembre de 1948.

NARA, RG 263, ORE 6-1, *The Greek Situation*, 7 de febrero de 1947.

NARA, RG 263, ORE 50, *The Current Situation in Turkey*, 20 de octubre de 1947.

NARA, RG 263, ORE 48, *The Current Situation in Iran*, 20 de octubre de 1947.

NARA, RG 165, *Memorandum for General Gerow: Military Agreement with the British*, 18 de febrero de 1941.

NARA, RG 165, *Memorandum for the Commanding General, Army Air Forces – U.S. Military Requirements for Air Bases, Facilities, and Operating Rights in Foreign Territories*, 22 de octubre de 1943.

NARA, RG 165, Entry 421, Caja 611, *Joint Chief of Staff – U.S. Requirements for Post-War Air Bases*, 6 de noviembre de 1943.

NARA, RG 165, Entry 421, Caja 611, *Joint Staff Planners – Over-all Examination of U.S. Requirements for Military Bases*, 1943.

NARA, RG 165, Entry 421, Caja 612, *Memorandum for the Joint Staff Planners*, 4 de septiembre de 1945.

NARA, RG 165, Entry 421, Caja 613, *Attributes of United States Overseas Bases*, 2 de noviembre de 1945.

NARA, RG 59, Planning Staff Papers, *The Japanese Treaty Islands*, 15 de junio de 1953.

NARA, RG 342, Series Film Reports, 9/1958 – 1971, *Okinawa – Keystone of the Pacific*, 31 de enero de 1958.

NARA, RG 342, Photographs of Activities, Facilities and Personnel, *Aerial View of Naha Airfield, Southwest Corner of Okinawa, Ryukyu Retto*, 9 de julio de 1946.

NARA, RG 342, Photographs of Activities, Facilities and Personnel, *Construction of Kadena Airfield, Okinawa, Ryukyu Retto*, 17 de mayo de 1945.

NARA, RG 263, ORE 53, *The Current Situation in Spain*, 5 de noviembre de 1947.

NARA, Collection HTS-Naval, *Brief of Telegrams of the Department of State prepared by Division of Naval Intelligence*, 29 de mayo 1945.

NARA, RG 165, Entry 421, Caja 625, *United States requirements for military rights which require negotiation with the Spanish Government*, 10 de julio de 1946.

NARA, Collection HST-PSF, NSC 2/1. *A Report to the President by the National Security Council on Base Rights in Greenland, Iceland, and the Azores*, 25 de noviembre de 1947.

NARA, RG 319, Entry NM3 82A, Caja 184, *Intelligence Study - Atlantic Fleet Intelligence Center: Canary Islands*, abril de 1950.

NARA, RG 127, Records of the U.S. Marine Corps, “World War II – Okinawa”, fotografía tomada por el sargento Robert T. Stewart, 1945.

NARA, RG 127, Records of the U.S. Marine Corps, “World War II – Okinawa”, fotografía tomada por el cabo Arthur Hager, 1945.

Archivo Digital del Museo Nacional de la Guerra del Pacífico (NMPW)

NMPW, “Explanation of Japanese Defense Plan and Battle of Iwo Jima” por el Mayor Horie, World War II Documents Collection, 25 de enero de 1946.

Universidad de Hawaii – Asian Collection (UHAC)

Anónimo, *Okinawa: Keystone of the Pacific*, sin fechar, probablemente de la década de 1950.

Archivo General de la Administración (AGA)

AGA, Marina, caja 23624, “Para el despliegue sobre la costa N.N.O, S.O y de Levante y Sur de la península de unidades de la serie 100”, mayo de 1943.

AGA, Marina, legajo 3, “Introducción a un Anteproyecto de Flota Nacional”, junio de 1938.

Archivo Intermedio Militar de Canarias (AIMC)

AIMC (antigua signatura BRMC, legajo 17), Instrucciones para la defensa contra desembarcos, 4 de abril de 1940.

AIMC, (antigua signatura BRMC, legajo 17), Ligero estudio de la defensa militare del archipiélago, 9 noviembre de 1940.

AIMC (antigua signatura BRMC, legajo 17), Plan de defensa de Canarias, 8 septiembre de 1943.

Archivo Varela (AV)

AV, caja 99, escrito del capitán general de Canarias al ministro del Ejército, 24 de abril de 1940.

Archivo Histórico del Ejército del Aire (AHEA)

AHEA, expediente M-3257, Orden número 1 para la defensa de Gran Canaria, 26 abril de 1941.

Archivo General Militar de Ávila (AGMA)

AGMA, Subsecretaría del Ministerio del Ejército, caja 23.010, contingente presente en filas según los datos facilitados por la 1ª Sección del Estado Mayor Central del Ejército, 6 de octubre de 1944.

Archivo General Militar de Guadalajara (AGMG)

AGMG, caja 30.3363, expediente 88.989, “Expediente Personal del Soldado Trabajador Félix Martínez [Martín] de León”, 17 de mayo de 1941.

Biblioteca Virtual de Defensa (BVD)

Anónimo, “Concepto del dominio bélico”. *Revista General de Marina*, tomo 120, 1941.

Anónimo, “Cómo se levantó la línea Sigfrido”. *Ejército. Revista ilustrada de las armas y servicios*, nº5, 1940.

Anónimo, “Infantería y transportes aéreos”. *Ejército. Revista ilustrada de las armas y servicios*, nº5, 1940.

Ardenú, M., “Los barcos”. *Revista General de Marina*, tomo 123, 1942.

Capitán de artillería Sánchez García, Carlos, “Desembarcos navales”. *Ejército. Revista ilustrada de las armas y servicios*, nº35, 1942.

Capitán de artillería Lorenzo García, José, “La Defensa artillera antiaérea de las Bases Navales”. *Ejército. Revista ilustrada de las armas y servicios*, nº6, 1940.

Capitán de artillería Sintés, Francisco, “Defensa de costas”. *Ejército. Revista ilustrada de las armas y servicios*, nº37, 1943.

Capitán aviador Presa Alonso, M., “Aviación... ¿Doctrina?”. *Ejército. Revista ilustrada de las armas y servicios*, nº6, 1940.

Capitán de fragata Carrero, Luis, “Las costas”. *Ejército. Revista ilustrada de las armas y servicios*, nº11, 1940.

General Latorre Roca, “El momento actual de la fortificación y aviación”. *Ejército. Revista ilustrada de las armas y servicios*, nº28, 1942.

Teniente coronel de ingenieros Montaner, Baltasar, “Defensa del litoral. Ideas”. *Ejército. Revista ilustrada de las armas y servicios*, nº46, 1943.

Archivo Histórico Municipal de Arucas (AHMA)

AHMA, Patrimonio histórico – “Serie 07 Tropas embarcadas I”.

Biblioteca Digital – Memoria de Madrid (BDMM)

Gómez, Ángel F., *Canarias Libre. 5º Regimiento. Boletín del Batallón Canarias*. Nº 5 del 19 de noviembre de 1936, Madrid.

Entrevistas personales

Entrevista a Faustino Benítez Rodríguez realizada por Juan José Díaz Benítez, 20 de julio de 1999.

Entrevista a José Suárez Déniz realizada por Juan José Díaz Benítez, 25 de abril de 2002.

Entrevista a Manuel González Sosa realizada por Juan José Díaz Benítez, 8 de abril de 2002.

Entrevista a Félix Martín Méndez -primogénito de Félix Martín de León- realizada por Ismael Rodríguez Marrero, 15 de enero de 2023.

Archivo de la Memoria Histórica del Gobierno de Canarias (AMHGC)

AMHGC, entrevista a Domingo Valencia, junio de 2012.

AMHGC, entrevista a RHA (nombre abreviado por deseo de la propia entrevistada), octubre de 2012.

AMHGC, entrevista a Rosa Morales Ruiz, septiembre de 2012.

AMHGC, entrevista a Segundo Ángel Fernández Tijera, julio de 2012.

Biblioteca Nacional de Australia (NLA)

NLA, 5159208, *Field service code (Senjinkun)*, 8 de enero de 1941.

Archivo del Museo Conmemorativo de la Paz de la Prefectura de Okinawa (AMCPPO)

AMCPPO, testimonio de Seitoku Nakasone, consultado en mayo de 2023.

AMCPPO, testimonio de Chiko Nakamura, consultado en mayo de 2023.

AMCPPO, testimonio de Fumio Shimabukuro, consultado en mayo de 2023.

AMCPPO, testimonio de Chotoku Yoshihama, consultado en mayo de 2023.

AMCPPO, testimonio de Chiko Nakamura, consultado en mayo de 2023.

AMCPPO, testimonio de Tamaki Shimpuku, consultado en mayo de 2023.

AMCPPO, testimonio de Asatoshi Kamida, consultado en mayo de 2023.

AMCPPO, testimonio de Kawasaki Seigo, consultado en mayo de 2023.

AMCPPO, testimonio de Nakamoto Masako, consultado en mayo de 2023.

AMCPPO, testimonio de Oshiro Isao, consultado en mayo de 2023.

AMCPPO, testimonio de Yogi Seiji, consultado en mayo de 2023.

AMCPPO, testimonio de Motonaga Shoken, consultado en mayo de 2023.

AMCPPO, testimonio de Kamiya Yoko, consultado en mayo de 2023.

AMCPPO, testimonio de Kishaba Shosei, consultado en mayo de 2023.

AMCPPO, testimonio de Miyagi Michiko, consultado en mayo de 2023.

AMCPPO, testimonio de Fukuyama Maru, consultado en mayo de 2023.

Archivo Digital Densho (DDA)

DDA, “Akira Nakamura Family Collection”, 1945.

Archivo Prefectural de Okinawa (APC)

APC, “Batalla de Okinawa, mujeres de consuelo coreanas documentadas por Marines”, 30 de abril de 1945.

Biblioteca Nacional de la Dieta japonesa (NDL - Kokuritsu Kokkai Toshokan)

NDL - *Kokuritsu Kokkai Toshokan*, 323: RYCOM, Binder No. 3, 16 Aug - 31 Dec 1950, *Directive for United States Civil Administration of the Ryukyu Islands*, 5 de diciembre de 1950.